

BIBLIOTECA DE ESCRITORES DE CHILE

VOLUMEN X


BALCELLS
y CA.
IMPRENTA
BARCELONA
MONEDA
801 A 843
SANTIAGO
CHILE
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION

Santiago, Noviembre 10 de 1908

Teniendo presente:

Primero.—Que la producción intelectual de Chile durante los cien años de vida independiente que la República está próxima á cumplir, constituye, así por el número y variedad de las obras como por la importancia y entidad de las materias, una de las manifestaciones más características y honrosas del progreso nacional;

Segundo.—Que esta producción no es suficientemente conocida y apreciada en el país, y aun menos en el extranjero, por cuanto se halla esparcida en ediciones ó publicaciones aisladas, algunas de las cuales están agotadas ó son de difícil adquisición, haciéndose en todo caso necesario incorporarla en un cuerpo de publicidad que la presente, debidamente seleccionada, bajo un orden metódico de materias, de autores y de fechas;

Tercero.—Que tanto en cumplimiento de los deberes educacionales que la Constitución le impone, como en estímulo de la propia producción intelectual del país, incumbe al Gobierno difundir el conocimiento de los escritores que han ilustrado las letras nacionales ó realizado estudios de mérito en los diversos ramos del saber;

Cuarto.—Que el cumplimiento de tal deber permite á la vez iniciar la realización de este propósito como uno de los más elevados y significativos homenajes que la nación pueda tributar al centenario de su independencia;

Quinto.—Que desde varios años atrás las leyes de presupuesto vienen consultando sumas de dinero más ó menos considerables para costear la publicación de obras de determinados autores, sin obedecimiento á un plan y selección sistemáticos; y

Sexto.—Que con tales cantidades, y aún sin perjuicio de mantener la publicación ya iniciada de ciertas obras, puede sobradamente efectuarse la edición paulatina y metódica del gran conjunto de la producción intelectual chilena, en la forma que el presente decreto determina, decreto:

I.—Establécese, con el nombre de «Biblioteca de Escritores de Chile», una publicación permanente destinada á coleccionar, previa selección, las obras escritas en el país y las de autores chilenos publicadas en el extranjero.

II.—Esta Biblioteca comprenderá la producción posterior al 18 de Septiembre de 1810; ninguna obra podrá incorporarse en sus ediciones sino después de fallecido el autor.

III.—Una comisión especial permanente, compuesta del Ministro de Instrucción Pública, que la presidirá, del Decano de la Facultad de Humanidades, que será su Vice-presidente, del Secretario General de la Universidad, del director de la Biblioteca Nacional y de tres personas designadas por el Presidente de la República, tendrá a su cargo la publicación de la Biblioteca, determinando las obras que deban insertarse en ella, los detalles relativos á su edición y reparto, y todo lo demás que a tal publicación se refiera. La comisión tendrá, además, un secretario.

IV.—Las obras de cada autor irán precedidas de un estudio biográfico y crítico, cuya redacción se encomendará por la comisión permanente de la Biblioteca á las personas que juzgue idóneas.

V.—De cada autor se elegirán aquellos trabajos que por su mérito intrínseco, ó por revelar el estado de cultura ó mentalidad de un determinado período de la historia patria, se estimaren dignos de ser reproducidos.

VI.—Los volúmenes se imprimirán en formato de cuarto menor, á dos columnas, con tipo del número 9, interlineado; y sus demás condiciones de impresión serán también uniformes en toda la serie. Ningún ejemplar se entregará á la circulación sin pasta.

VII.—El número de ejemplares de cada edición no bajará de tres mil.

VIII.—Se repartirán gratuitamente ejemplares de cada uno de los volúmenes de la Biblioteca á todas las bibliotecas públicas, á las de todos los establecimientos fiscales de enseñanza, á las oficinas de las Legaciones chilenas y consulados de profesión, á las principales academias é institutos científicos extranjeros, y á las sociedades nacionales obreras de instrucción con personalidad jurídica.

IX.—Del resto de la edición se reservará una tercera parte, que quedará á disposición del Gobierno, en los almacenes del Ministerio de Intrucción Pública; y el remanente se pondrá á venta, al precio de costo de cada ejemplar, en las librerías del país ó del extranjero que la comisión designe. Cada ejemplar llevará impreso en la carátula el precio de venta.

X.—Del producto de la venta y de las comisiones corrientes en el comercio que se paguen á las librerías, se enviará trimestralmente una planilla detallada al Ministerio de Instrucción Pública, el cual ordenará su publicación en el *Diario Oficial*.

XI.—La comisión permanente de la Biblioteca se reunirá por lo menos una vez al mes y podrá celebrar sesión con tres de sus miembros.

XII.—El secretario tendrá directamente á su cargo la recolección de los impresos ó manuscritos que se necesiten para la publicación de las obras, la corrección de las pruebas y la vigilancia de la impresión. Le corresponderá, asimismo, llevar las actas de las sesiones de la comisión y la contabilidad de los fondos de que ella disponga, atender al reparto de las obras de la Biblioteca, y á los trabajos de redacción y demás que se le encomienden. En el desempeño de todas estas funciones procederá con arreglo á las instrucciones de la comisión.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.*

MONTT. *Eduardo Suárez Mujica.*

Núm. 1,851.—Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la comisión permanente encargada de organizar la Biblioteca de Escritores de Chile ha acordado solicitar del Supremo Gobierno la modificación del decreto de 10 de Noviembre de 1908 en orden al número de miembros de que consta dicha comisión y al formato elegido para editar las obras que formarán la Biblioteca.

SEGUNDO.—Que para el expedito funcionamiento de la comisión permanente hay conveniencia en aumentar el número de miembros que la componen, á fin de que pueda sesionar con la frecuencia que requieran las necesidades del servicio.

TERCERO.—Que hay también conveniencia manifiesta, dado el objeto que se tuvo en vista al crear esta Biblioteca, en modificar el formato primitivamente adoptado para la edición de las obras, el cual no cumple con todas las condiciones prácticamente convenientes á juicio de la comisión expresada,

Decreto:

Créanse dos nuevas plazas de miembros de la comisión permanente encargada de la organización de la Biblioteca de Escritores de Chile.

Adóptase como modelo para la edición de las obras que compondrán la Biblioteca, el formato de los volúmenes de la *Colección de los mejores autores españoles* de don Eugenio de Ochoa, edición Baudry, octavo francés, con las modificaciones que señale la comisión permanente.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.*

MONTT. *Jorge Huneeus G.*



BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

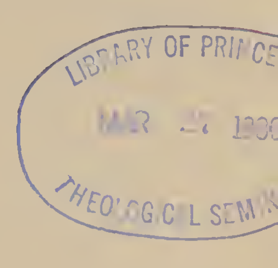
ORADORES SAGRADOS CHILENOS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO

por don **MANUEL ANTONIO ROMAN**

Dignidad de Chantre de la Metropolitana de Santiago, Vicario General de la Arquidiócesis, Individuo correspondiente de la Real Academia Española, de la Arcadia de Roma, etc.





IMPRENTA BARCELONA
Moneda esquina San Antonio
Santiago de Chile — Año 1913

PRÓLOGO

El fin más noble y sublime con que puede honrarse la palabra humana vertida ante el público, es el de hablar á los hombres en nombre de Dios; y esto es lo que hace el sacerdote como orador sagrado, y por eso su predicación se llama palabra de Dios. Enseñar á los hombres las grandes verdades de la religión, su origen divino y su último fin; enseñarles á aborrecer el vicio y á practicar la virtud, cumpliendo así su destino en esta vida, y todo esto con los mejores medios que puede discurrir la humana inteligencia ayudada de los auxilios de la divina gracia, ora exponiendo las verdades con suavidad y dulzura, de suerte que las almas se penetren de la doctrina como los campos se empapan con la lluvia tranquila y reposada; ora rogando y convidando con los atractivos y premios de una eterna felicidad; ya fulminando con la amenaza de castigos también eternos, ya abriendo el tesoro de las bondades y misericordias de Dios para con el hombre: he aquí, en resumen, el vasto campo de la oratoria sagrada.

La misión que con tanta gloria cumplieron los profetas de Israel hablando en nombre y por orden de Dios al pueblo escogido; y más aún, la que desempeñó aquí en la tierra el mismo Verbo humanado evangelizando por toda la Palestina durante tres años, misión que por mandato suyo prosiguieron después por todo el mundo sus apóstoles, esta

misma es la que cumple también ahora y cumplirá hasta el fin de los tiempos el orador sagrado en las distintas formas y aplicaciones que tiene su oratoria.

Tenemos encargo de estudiar lo que ha sido la oratoria sagrada en Chile durante el primer siglo de su emancipación política, es decir, desde 1810 hasta 1910. Mas, como este estudio, por ser para la Biblioteca de Autores Chilenos, forzosamente ha de referirse á la palabra impresa y nó á la hablada, que no ha dejado más huella que un recuerdo tradicional, tenemos que prescindir de la mayor parte de nuestros oradores que no consignaron sus discursos en el papel, sea porque nunca los escribieron, sea porque, escritos, no los legaron á la posteridad ni los imprimieron. Y es triste resignarse á esto, porque hay enorme diferencia entre la palabra escrita en la calma y silencio del gabinete, por más que se la presente adornada con todas las galas del buen decir, y la que brota espontáneamente de la inspiración de la gracia ó de las circunstancias del asunto. La una agrada y deleita más, pero la otra penetra con más agudeza y profundidad, persuade y arrastra; la primera puede equipararse á las flores artificiales que fabrican las criaturas, la segunda á las flores naturales, que con nada pueden compararse, porque son obra del Criador.

Muy poco ó casi nada diremos pues de los primeros oradores, porque su palabra, viva y eficaz, como espada de dos filos, en expresión del Apocalipsis, no ha llegado á nosotros sino como simple recuerdo, á manera de las hojas ó flores secas que en los libros suelen conservar los estudiantes. De otros se conservan recuerdos más bien candorosos y pueriles, y no pocas veces cómicos, que edificantes y serios, y por eso no deben ni mencionarse. El que verdaderamente no merece quedar en el olvido es el santo

sacerdote don José Manuel Irarrázaval, desprendido y mortificado como pocos, celoso é infatigable apóstol de la predicación. Pero hable por nosotros el señor Deán de la Catedral de Concepción, don Domingo B. Cruz, que alcanzó á conocerlo y á oírlo.

Hé aquí sus palabras:

«¿Qué decir de la oratoria del señor Irarrázaval?

Nosotros fuimos testigos oculares, en nuestros primeros años, de la innumerable concurrencia de pueblo que lo seguía á todas las iglesias donde predicaba, y creemos asegurar sin exageración que en todo el siglo XIX no hubo en Chile ningún orador á quien el pueblo oyera con mayor atención ni talvez con mayor fruto. Los templos eran estrechos para la concurrencia, la que se extendía hasta las plazuelas y calles vecinas; la cátedra se colocaba en la puerta del templo para que pudieran oír tanto los que estaban adentro como fuera de él. ¿Cuál era el secreto de su oratoria? El celo de la salvación de las almas que lo animaba, el fuego de amor á Dios que ardía en su pecho, y que sabía comunicar á sus oyentes (y ésta era su especialidad), la claridad de su lenguaje y sus oportunas comparaciones con la vida ordinaria del pueblo.

Todos los preceptistas de elocuencia señalan como primera cualidad de los discursos y de los escritos el que se expresen con toda claridad las ideas del que habla ó escribe, para que las entienda perfectamente el que oye ó lee; pues ése es el fin esencial de la palabra y del escrito. Pero sucede muy á menudo (y lo enseña la experiencia diaria) que muchos oradores sagrados usan en nuestro Chile un lenguaje levantado y castizo y muy digno de Cervantes ó de Donoso Cortés, pero lenguaje incomprensible para nuestro pobre pueblo, que no entiende al predicador, y que, por tanto, no percibe las verdades evangélicas, ni las aprovecha. La predicación, que es el medio ordinario que señaló y ordenó nuestro Salvador para convertir á las almas, se vuelve un ejercicio académico de declamación, completamente estéril é inadecuado á su objeto. Ni puede llamarse predicador quien habla en un lenguaje su-

perior á la inteligencia del pueblo é incomprensible á su auditorio.

El señor Irarrázaval consideró ese grave defecto, que anula los frutos de la palabra de Dios, se propuso curarlo, y tomó resueltamente el camino contrario á los predicadores elegantes y conceptuosos. Conservando las reglas gramaticales, adoptó el lenguaje del pueblo, usó de los chilenismos cada vez que fué útil y evitó toda palabra rara y no usada por el pueblo.

De esa manera el instruído y el ignorante, el niño y el anciano le entendían con perfección: éste era el secreto de su popularidad. Pondremos algunos ejemplos de su oratoria, según nos lo refería el señor Salas y valiéndonos de nuestros propios recuerdos.

Después de haber predicado en los ejercicios y misiones durante los primeros días acerca de la muerte, el juicio de Dios y el infierno, tocábale tratar de la misericordia de Dios bajo la parábola del Hijo Pródigo, y comenzaba su sermón de esta manera. Queridos hijos, vosotros hasta ahora os habéis encontrado en estos ejercicios en la misma situación de un hombre que sale de su casa á un largo viaje, solo en su caballito, y al llegar la noche le pilla un terrible aguacero, sin tener dónde refugiarse; no tiene sino que encogerse y mojarse, porque llueve y llueve agua y Dios en los cielos. Así anda algunas leguas hasta que le amanece y al subir un portezuelo ve que sale el sol reverberando; el caballo relincha y se sacude; el hombre se saca el poncho, y lo sacude, empieza á calentarse con el sol y sigue su camino con más empeño. Esta es vuestra situación: os ha caído desde el cielo, mandado por Dios, el aguacero saludable de las verdades eternas y de la justicia divina, y ojalá que esas santas aguas penetren hasta el fondo de vuestras almas.

Hoy sale el sol de la misericordia de Dios y de sus bondades para con los pecadores, voy á hablaros del Hijo Pródigo, etc., etc. ¿Cuál otro exordio podría ser más comprendido y gustado por nuestro pueblo de los campos?

Otro ejemplo. Al fin de sus sermones, tomaba siempre el crucifijo en sus manos, y le dirigía una alocución ú oración.

En uno de esos sermones le decía: Vos, Señor, estáis ahora manso y humilde como un cordero, porque esperáis á los pecadores para que hagan penitencia; los *futres* libertinos y los rotos viciosos no lo comprenden y se ríen de Vos; pero á la hora de su muerte recobráis vuestra majestad y os volvéis un *Zañartu;* nadie os la juega, Señor, porque Vos sois el *Tata de los costinos...*

Hé aquí un incidente que tuvimos la fortuna de presenciar en nuestra niñez en la iglesia de San Pablo. Predicaba el señor Irarrázaval sobre las falsas excusas de los pecadores y dijo: Muchos dicen que no se casan, porque no tienen cómo pagar los derechos á los curas: ¡falsa excusa! Los curas de esta capital son todos desinteresados, y casan de balde á los pobres: aquí está mi compañero Mendoza (que se encontraba al pie del púlpito) que sirve la parroquia de la Catedral y que nada pide; lo mismo pasa con Francisco Matte en Santa Ana, con Villarroel en la Estampa, y así en las demás. Mas, si por desgracia hubiera algún cura que no comprendiera su deber ó que no creyera vuestra pobreza, acudid á José Manuel Irarrázaval, á quien no le faltarán cuatro reales para pagar los derechos del casamiento, y aquí tenéis la prueba... Diciendo esto, sacó una gran bolsa, que parecía de cuero, llena de plata, y, levantándola sobre la baranda del púlpito, la dejó caer con fuerza por tres veces sobre la barandilla haciéndola resonar: ¡chas, chas, chas! Algunos se rieron, y entonces dijo, levantando la voz con gran energía: Reíd en hora buena; pero sabed que el día del juicio, Satanás presentará esta misma bolsa á Dios como un testigo de que no faltaban dineros para pagar los gastos de los que dicen que no se casan por no tener cómo pagar los derechos. Miradla bien, pecadores, porque la volveréis á ver el día del juicio, como testigo contra vosotros.—El sermón continuó hasta que el llanto y gemidos del auditorio ahogaron la voz del predicador. Se comprende la profunda impresión que debían causar sobre el pueblo aquellos sermones de fervorosa unción, y de un interés verdaderamente dramático, y todo eso expresado en lenguaje popular, y con alusiones constantes á la vida del pueblo chileno.

El señor Irarrázaval solía predicar rarísima vez, y sol

mente por orden del Prelado ó por su cargo de capellán, sermones de alguna festividad, ante gente ilustrada. Cambiaba entonces su estilo ordinario acomodándose á su auditorio, sus discursos eran muy cultos, pero siempre muy fervientes.

El Illmo. señor Vicuña tenía en tanto aprecio al señor Irarrázaval, cuyo gran celo y virtudes conocía de cerca, que deseó fuese su sucesor en el Arzobispado de Santiago; por lo cual, al morir, le legó en su testamento, en Mayo de 1843, sus ornamentos pontificales. Fallecido el Prelado, el señor Irarrázaval rogó con especial fervor á Dios que, si no era él el escogido por su Providencia para sucesor del señor Vicuña (pues ya el Gobierno se empeñaba en ese sentido), lo sacara pronto de esta vida y colocara en el Arzobispado el más útil á la Iglesia. Estas fervientes súplicas las comunicó á otro apóstol venido á Chile de la República Argentina, el señor don Pedro Ignacio de Castro Barros, quien lo refirió al señor Presbítero don Blas Cañas. Dios escuchó el voto del señor Irarrázaval y lo llamó á Sí el 22 de Marzo de 1844». (*Historia del Illmo. señor Salas.*)

Entre los oradores sagrados más cultos y que pudiéramos llamar académicos, merecen citarse muchos otros, fuera de los que van incluídos en esta colección. Y sea el primero el Presbítero don Manuel Hurtado, rector del Seminario en 1813, y del cual dice el Sr. Pbo. D. Crescente Errázuriz que «era respetado justamente no sólo por su piedad, sino por sus conocimientos y su talento. Orador distinguido, en las pláticas que todos los Jueves hacía, era siempre escuchado por un escogido concurso de caballeros, que nunca olvidaron después su palabra elocuente y sólida doctrina». (*Biografía del señor Ariztegui*, publicada en *El Estandarte Católico*).

También tuvo en su tiempo fama de orador el Illmo. Sr. D. Diego Elizondo, que llegó á ser Obispo de Concepción; pero no hemos hallado descritas por nadie sus dotes oratorias. Publicamos un discurso suyo sobre el triunfo de Yungay.

El Illmo. y Rmo. Dn. Manuel Vicuña, primer Arzobispo de Santiago, es ya más conocido. De él dejó escrito la insigne poetisa chilena doña Mercedes Marín del Solar el siguiente honroso testimonio: «Familiarizado con las Santas Escrituras, habíase apropiado en cierto modo su estilo, y menos se ocupaba de citar los textos, que se servía, sin pensarlo, de aquellos vivos coloridos y aquellos giros elevados y majestuosos de que tanto abundan los Sagrados Libros. Si reprendía los vicios, si anunciaba los terribles castigos de la justicia divina, era con la voz tremenda de Isaías ó los lúgubres acentos de Jeremías. Si hablaba del último día del mundo, parecía escuchar, como San Jerónimo, el sonido de la terrible trompeta. Si era la eternidad el tema de su discurso, á todos los oyentes agobiaba la sublimidad de este pensamiento sublime. Pero, si excitaba á los pecadores al arrepentimiento y la penitencia, era entonces el buen pastor, corriendo por los amenos campos de la misericordia del Señor, en pos de la oveja perdida, y empleando, para llamarla, voces tan dulces como las sentidas quejas de la esposa á los melodiosos acentos del Rey Profeta». (*Galería Nacional de hombres ilustres*).

Un orador chileno y, por consiguiente, juez en la materia, el Prebendado Dn. Francisco de Paula Taforó, describía así la oratoria del santo Arzobispo: «Su continente es imponente y noble, pero bañado en angélica dulzura: sus diversas actitudes en el púlpito son espontáneas y dignas como las de un apóstol; su voz flexible y sonora, acompañada de una pronunciación fácil, sabe recorrer todos los tonos. Ora severa y aterradora como el remordimiento y la maldición; ora dulce y suave como la súplica; á veces tierna y melodiosa como la plegaria; por fin, melancólica y desgarradora como la dolorida queja de una madre...

«No exageramos, señores; jamás orador alguno reunió

tantos recursos de conmover al auditorio como el señor Vicuña. Familiarizado con las Santas Escrituras, los Padres de la Iglesia, la historia eclesiástica, y con un conocimiento profundo del corazón humano, toda vez que subía al púlpito, apenas dejaba oír sus primeras palabras, cuando se hacía dueño de todos sus oyentes, de tal manera que uno sentía en su interior lo que él sentía, amaba lo que él amaba y detestaba lo que él aborrecía... el pecado». (*Discurso en la inauguración de su estatua*).

Y hasta el historiador Dn. José Zapiola, que también conoció y oyó predicar al señor Vicuña, escribió de él: «Toda la atención estaba fija en el insigne misionero, que, por su voz simpática y robusta y, más que todo, por aquellos ojos en que estaban pintados la humildad y el cariño á sus oyentes, se atraía la atención respetuosa de todo su auditorio». (*Recuerdos de treinta años*).

Es sensible que no haya llegado á nosotros ninguna pieza oratoria de este apostólico prelado, como tampoco del que alcanzó á ser propuesto por el Gobierno para sucederle en el cargo, el Deán de esta Iglesia Metropolitana Dn. José Alejo Eyzaguirre. De él dejó un brillante testimonio como orador el Prebendado Taforó, en la oración fúnebre que en elogio de él predicó. (Véase la pág. 523).

Viene después su sobrino, Monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre, que tiene el gran mérito de haber fundado en Roma el Colegio Pío Latino-Americano para los estudiantes americanos que deseen abrazar la carrera eclesiástica. Monseñor Eyzaguirre fué un sacerdote bastante ilustrado y de claro talento y, como escritor, uno de los más fecundos. Considerado como orador, tenía voz poderosa y solemne, accionaba con energía, pero de una manera rígida y uniforme. Los períodos de sus discursos eran rotundos y altisonantes, y su lenguaje, generalmente correcto. En sus discursos hacía mucha gala de los conocimientos adquiridos en sus frecuentes viajes por Europa, Asia y

América, para interesar, deleitar y mover á su auditorio.

Orador muy discutido, y, por ende, difícil de calificar, fué el Prebendado Don Francisco de Paula Taforó, que, así como tuvo numerosos y entusiastas admiradores, tuvo también censores bien severos. Tan contrarias apreciaciones se explican por las cualidades positivas y *negativas* (pase este último término) del personaje. Poseía, es verdad, muchas de las dotes externas del orador, pero carecía de ilustración vasta y profunda, pues su educación eclesiástica había sido muy precipitada. Sin embargo, como estaba dotado de una imaginación exuberante y de una elocución fácil y galana, sus discursos cautivaban á la juventud de levita y al auditorio de manto y basquiña; pero nó á las personas más serias, ni al clero en su mayor y más sana parte. En ellos se nota la falta de plan sólido y la poca propiedad de algunas expresiones, fuera del lenguaje, que tampoco sobresale por lo serio ni por lo castizo (1). En cuanto á lo físico, el señor Taforó tenía que vencer, y generalmente lo conseguía con ventaja, dos deficiencias naturales: su voz apagada y sus ojos pequeños y medio perdidos debajo de unas cejas escasas. Las vencía con la enérgica inflexión que daba á sus palabras y con los elegantes ademanes de su cuerpo y con su acción excesivamente mímica. El movimiento rítmico de su brazo interpretaba admirablemente las emociones de su alma, y mucho más agradaba y atraía cuando ese movimiento se tornaba suave y delicado al llegar al extremo de unas manos pequeñas en que se dibujaban los anillos uniformes del índice con el pulgar, como las ondulaciones de manso lago que van á morir tranquilamente en la orilla.

Como declamador, el señor Taforó formó escuela, espe-

---

(1) En el tomo VI de esta Biblioteca, pág. 377, puede verse un retrato caricaturesco de Taforó como orador, hecho por Jotabeche.

cialmente en algunos conventos, que lo llamaron para que diera lecciones de oratoria sagrada á sus religiosos.

Y, ya que nombramos la palabra *escuela*, advirtamos que en Chile nunca ha habido lo que pudiera llamarse escuela tradicional de oratoria sagrada, es decir, un sistema uniforme y manera peculiar de predicación; nó: los que se han sentido con dotes particulares para ese sublime y difícil arte han tratado de formarse en los buenos modelos extranjeros, principalmente franceses del siglo de Luis XIV, y en seguida se han ensayado y ejercitado prácticamente. Por eso se notará en esta colección que en el primer tiempo de nuestra independencia no aparecen oradores sagrados dignos de este nombre. En ese tiempo gran parte de nuestro clero era de origen español, y todo él formado en los métodos españoles, que, ciertamente, no eran entonces los mejores para producir oradores. A eso se agregó el gran trastorno causado por las guerras de la misma independencia, el cual tampoco era favorable, sino más bien adverso, á la oratoria del púlpito, comoquiera que más había de ocuparse en hacer vibrar las cuerdas del patriotismo que en propagar las verdades de la fe y en cultivar las virtudes de la religión. Por esta razón y por abundar en ellos las ideas y términos inconvenientes, no presentamos ninguno de los llamados sermones ó discursos de *Dieciocho*, ó sea, de acción de gracias por nuestra independencia. Eran piezas de ocasión, concebidas y escritas en un ambiente de ideas no bien limpio y sereno, y por eso no deben perpetuarse en un libro que se desea corra por todas partes y dé á conocer lo que son Chile y sus hombres.

A tanto llegó la falta de escuela oratoria entre nosotros, que, no habiendo texto adecuado para dirigir una clase, hubo de escribir uno un seglar, Dn. Jacinto Chacón, periodista de profesión. Como texto, no es malo, y aun lleva la recomendación del príncipe de nuestros ora-

dores sagrados, el Illmo. Sr. Salas, que fué su revisor y censor por comisión de la Facultad de Teología de la Universidad; pero basta que sea obra de una persona extraña á ese arte, la cual, por más que lo haya estudiado, no puede penetrar íntimamente sus secretos, sus recursos ni sus grandezas como el que se ha dedicado á él prácticamente; para que el discípulo y, en general, todo lector le nieguen la fe, la confianza y hasta el amor que debe inspirar un texto de enseñanza. Hasta en el colegio principal de Santiago se cometió el error de tener por algún tiempo como texto de oratoria sagrada el de un laico español y que es harto pesado y charlatán.

Una anécdota, que, así como fué particular de una casa religiosa, pudo haber sido general para casi todas, confirmará lo que venimos diciendo de la carencia de escuela oratoria. Habían resuelto los superiores de un convento introducir entre sus estudios el de la oratoria sagrada y buscaron para que dirigiera su enseñanza teórica y práctica á un sacerdote secular que tenía bien ganada su fama de orador y de literato. Antes de convenir en las condiciones, les dijo éste que deseaba conocer la biblioteca para ver qué modelos de predicadores tenían. Viendo que no había sino una cáfila de autores adocenados y de mal gusto, ninguno de los cuales servía para el objeto, les agregó que aceptaba la clase, pero con la condición de que quemaran todos esos autores y adquirieran los que él les indicaría. Los religiosos amaban sus modelos y no quisieron sacrificarlos; se quedaron con ellos, y el famoso profesor hubo de retirarse.

Sigamos la enumeración de nuestros principales oradores.

Acabamos de decir que el príncipe de ellos fué el Illmo. señor Salas. En efecto, nadie lo ha superado en la preparación científica que tenía para el ejercicio de la oratoria: instrucción filosófica, teoísgica, patrística, escrituraria,

histórica, etc.; nadie en Chile ha dado como él á la oratoria sagrada toda la gravedad y majestad, que en lo humano puede dársele, acompañadas de la sencillez y sobriedad clásicas y de la cristiana sublimidad según los casos; nadie como él ha ostentado en la cátedra sagrada aquel señorío que admira y atrae, que seduce y subyuga, ni aquella profunda compenetración y respeto del oficio que se está cumpliendo. A todo eso contribuían también su gallarda estatura, su rostro grave y venerable, su «voz poderosa y resonante como las olas del mar», su mirada inteligente y avasalladora. Algunos ha habido que lo han aventajado en la elegancia del lenguaje, otros en la ternura de los afectos, y muchos en la mímica; pero en el conjunto de todas las cualidades, ninguno puede sostener el parangón con él. El señor Salas, como orador sagrado, es una estatua griega de la edad de oro de la antigua Grecia. Tal vez nadie se ha entregado en Chile al ministerio de la divina palabra por tanto tiempo y tan universalmente como el elocuente Obispo de Concepción, con razón llamado el Crisóstomo y el Bossuet chileno. Desde que se ordenó de sacerdote hasta que murió de Obispo, practicó todos los géneros de la oratoria sagrada, desde la sencilla plática de misión y de ejercicios espirituales hasta los sermones más vehementes y patéticos, desde el panegírico bien preparado hasta la oración fúnebre de grandes personajes; y esto con toda clase de auditorios y en todas partes donde se hallaba. Había nacido para la oratoria y en ella estaba como en su elemento.

El que más se acercó al señor Salas, y aun lo superó en algunas cosas particulares, fué el Illmo. y Rmo. señor Casanova, tercer Arzobispo de Santiago. Ambos se estimaban y admiraban como oradores, tanto que el señor Salas, después de oírlo en una ocasión, le dió la enhorabuena con estas palabras: *Diffusa est gratia in labiis tuis* (la gracia está derramada en tus labios), y aun trató de llevárselo á

su diócesis de Concepción, cuando el señor Casanova era todavía joven, para pedirlo como Obispo coadjutor. El señor Casanova, más fino y social en su trato, más elegante en su persona, y nervioso por temperamento, tenía las cualidades correspondientes á todo esto; así que, era más pulcro y florido en el lenguaje (sin ser por eso enteramente atildado y castizo), y más suave y medido en la acción. En una sola cosa lo damos como único é insuperable: en la unción, es decir, en el don que tiene el orador sagrado de mover á su auditorio para que piense y sienta como él. Desplegaba á veces, aun en las alocuciones más sencillas é improvisadas, tal ternura de afectos, que, aunque no quisieran, todos se sentían conmovidos hasta las lágrimas. Esto fué lo que hizo decir á un diputado chileno, gran orador forense y parlamentario, después de oírlo en una de esas ocasiones: «¿Qué máquina perforadora tiene Ud., señor? Los demás no perforan los corazones como Ud.»

El retrato del señor Casanova como orador está magistralmente hecho por el insigne escritor Pbo. don Rodolfo Vergara; por eso lo transcribimos literalmente: «El señor Casanova nació predestinado para el ministerio público de la palabra: si no hubiera sido sacerdote, habría sido orador en cualquier otro género de elocuencia. Esta predestinación se manifiesta en el conjunto de cualidades que forman al orador y que raras veces se reúnen en un hombre. Talento fácil, memoria feliz, imaginación viva, sensibilidad exquisita, facilidad de expresión, serenidad de espíritu, pronunciación clara y correcta, voz sonora, gallardía del cuerpo, nobleza y animación en el semblante, dignidad en la acción; tales son las cualidades con que lo dotó la naturaleza. Estas cualidades han recibido realce y perfeccionamiento con la práctica y el arte hasta llegar á hacer del señor Casanova uno de los más distinguidos oradores del púlpito chileno. No diremos, sin embargo, que posee todas estas cualidades en grado excelente: su voz no

es bastante melodiosa, y sus inflexiones suelen ser duras, el tono dominante no cambia fácilmente en las transiciones, y su acción carece de variedad y á veces de vigor. Pero, en cambio, su palabra conserva siempre el acento oratorio y tiene la virtud preciosa de interesar y cautivar á sus oyentes, aun en sus instrucciones más familiares». (*Obras Oratorias del Illmo. y Rmo. señor Casanova*).

Astro de primera magnitud en el cielo de nuestra oratoria fué también el Prebendado Don Esteban Muñoz Donoso. En cuanto á la parte literaria, vale sin duda alguna más que todos. Poeta, como fué, y de gusto clásico, era un cantor lírico, y á veces épico, de los triunfos de la religión y de los santos, de nuestros héroes y glorias nacionales; elegante, ingenioso y nuevo en las descripciones, sobrio en la narración, llegaba, cuando el asunto lo requería, á lo patético y á lo sublime. En una palabra, es el orador sagrado más literato que hemos tenido. Bien preparado, siempre gustaba y admiraba, y hasta suspendía y arrebataba; su único defecto era que no movía: le faltaba la ternura y ese no sé qué de misterioso y de santa é íntima efusión que se llama unción sagrada. Su acción era parca y elegante; pero su voz dejaba qué desear: era algo chillona y la bajaba tanto al fin del período, que solían perdérsele algunas palabras.

Los demás oradores que siguen en esta galería pueden calificarse de *minora sidera* (astros menores), y el que más se distingue entre ellos es el Presbítero Don Alejandro Echeverría, que durante algunos años hizo pública profesión de orador, monopolizando, digamos así, todos los púlpitos de Santiago. Como era matemático y filósofo, el plan de sus discursos era irreprochable: la proposición muy bien planteada, la división perfectamente hecha, las pruebas, sólidas y bien escogidas. Su carácter enérgico y constante, que tomaba las cosas por sus principios y fundamentos, lo indujo á ensayarse en la declamación como un

principiante, estudiándola hasta en los actores, como Rafael Calvo y Sara Bernardt, cuando estuvieron en Chile; y todo esto con magnífico resultado, aunque por temperamento no era declamador. Llegó á tanto su fama de orador, que, cuando fué cura de Santa Ana, iban á oírle con gusto las homilías de los domingos los mejores caballeros y hasta oradores seglares de esta capital.

Con esto ponemos fin á esta mal pergeñada introducción, advirtiendo que sólo hemos dado cabida en esta colección á los oradores fallecidos antes de 1910, por razones fáciles de entender; y que, en la elección de las piezas, hemos preferido por lo general las oraciones fúnebres, tanto porque son los discursos que se preparan con más atención y madurez, cuanto porque darán á conocer al mundo entero lo que han sido nuestros grandes hombres. Todo el que las lea, nos parece que exclamará: ¡Qué hombres tan superiores ha tenido Chile!

Réstanos solamente pedir indulgencia á los lectores por ciertos vicios de lenguaje de algunos de nuestros oradores, como la mezcla del *tú* y el *vos* en un mismo párrafo; el abuso del *por* afrancesado en vez de *á*, *hacia*, *con* en giros como *amor por*, *desprecio por*; el galicismo *sufrimientos* por *padecimientos* ó *dolores; trepidar*, temblar, estremecerse, por *vacilar*, *dudar*, y uno que otro más. Recuérdese que antes de Bello no se hacía tanto caso de la pureza de la lengua.

Vuelvan pues los discursos de nuestros oradores sagrados, trabajados casi todos con tanto cuidado y arte por sus autores, á repetirse en este libro, para que deleiten, enseñen y muevan á muchos. Vuelvan á oírse sus sentidas y vigorosas expresiones, sus arranques y vuelos oratorios, sus llamamientos á la virtud, para que se repita el bien que obraron en su tiempo. ¡Ecos lejanos de aquella palabra viva que recuerda á tantos oradores populares y queridos, á tantos chilenos ilustres por sus virtudes y talentos,

sea este libro como un fonógrafo sagrado que siempre nos haga oír lo que con placer y admiración oyeron nuestros antepasados! (1).

M. A. R.

---

(1) Estimamos que la publicación de este volumen es la mejor desmentida de lo que afirmó Don Jorge Huneeus Ganà sobre la oratoria sagrada chilena en el tomo I de esta Biblioteca, pág. 629.



Don José Gregorio Meneses

Nacido en Santiago por los años de 1775, murió en la misma ciudad en 1843, siendo Canónigo Penitenciario. Sirvió varias parroquias en calidad de cura interino y propietario, ministerio que alternó con el de capellán de ejército en la guerra de la Independencia. Fué, además, diputado en los Congresos de 1824 y 26.

ORACIÓN FÚNEBRE

Por el Dr. Don José Gregorio Argomedo (16 Oct. 1830)

Consummatus in brevi explevit tempora multa: placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum. (Sabiduría, IV, 13, 14).

Consumado en breve, llenó muchos tiempos: porque su alma era agradable á Dios, por eso se apresuró á librarle del contagio de las iniquidades.

Señores:

He aquí el orden con que la Divina Providencia parece haber fijado el término de la vida de aquellas almas que de algún modo han llenado sus miras sobre la tierra, ejerciendo las virtudes celestiales con que las condecora. Débiles órganos de sus profundos planes, mil veces se extravían en una senda en que la debilidad humana encuentra tantos escollos y precipicios para sumergirse y perderse; pero la sabiduría de Dios al fin los ilumina, los guía por el verdadero camino, y concluye la prueba de su preciosa peregrinación. Así ha concluído ya la de aquel ilustre ciudadano que tributó tantos y tan distinguidos servicios á la patria, y cuyas virtudes me es tan lisonjero exponer en vuestra presencia para atraer sobre su memoria las alabanzas á que le hacen tan digno después de sus días.

Tan justo, tan oportuno objeto al cumplimiento del ministerio sagrado que ejerzo en la cátedra de la verdad, me excusa el renovar en vuestros corazones el doloroso sentimiento que debe haberos inspirado la pérdida del benemérito compatriota Dr. Don José Gregorio Argomedo, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, porque demasiado públicas han sido las tristes emociones que han experimentado en general aun las almas menos tiernas y sensibles, y que parecen haberse prolongado del mismo modo que las que excitó al pueblo de Israel la del prudente y valeroso Macabeo (1).

Para que este sentimiento no sea estéril, y estas lágrimas ahogadas en un silencio inútil, me propongo fijar en vuestra imaginación el recuerdo de aquellas acciones distinguidas, dignas de imitación y de aplauso, que tienen su origen en las altas virtudes que el Ser Supremo suele esculpir aun en los corazones más débiles, para inspirarles fuerza y constancia en el camino de la salvación. Con este objeto voy á presentaros: 1.º un ciudadano que dedicó sus servicios públicos y privados á la independencia de su patria y al bienestar de sus semejantes; 2.º un funcionario recto, desinteresado y prudente en la administración de justicia, y que murió ejemplarmente como un verdadero cristiano.

La verdad sincera, la única que deben producir mis labios en tan augusto lugar, será el solo órgano de mis reflexiones, y me esforzaré tanto más en no salir de tan precisa senda, cuanto me será satisfactorio repetir con el Profeta: «¡Ay de vosotros, los que á lo malo decís bueno, y á lo

---

(1) I Macabeos, IX, 20.

bueno malo, poniendo tinieblas por luz, y luz por tinieblas!» (1).

Si estuviéramos en aquellos tiempos en que, para recomendar el mérito de algún personaje distinguido, era necesario remontarse á la antigüedad más remota, por consignar en el lustre y fabulosidad de las genealogías aquella nobleza tan ávidamente adquirida y decantada, sin duda que me hallaría detenido en el curso de esta oración, no descubriendo en los progenitores del Dr. Argomedo sino unos ciudadanos honrados, celosos profesores de nuestra santa religión, á cuyo esplendor y sostén los pueblos de su residencia pueden presentar testimonio de sus oblaciones y legados (2). Mas, por fortuna, la carrera del Dr. Argomedo fué demasiado ilustre desde sus primeros años, para que me vea en la precisión de ir á buscar entre otras fuentes el origen de su mérito personal. Si mi objeto principal fuera difundirme en elogios antes que describir servicios y virtudes, yo retrocedería á aquellos tiempos de la antigua dominación, en que, para recibir algunos honores de la autoridad, era necesario el trascurso de la mayor parte de la vida y labrarse méritos muy recomendables. Entonces aparecería el Dr. Argomedo colmado de distinciones en el curso de sus tareas literarias (3), elevado en su edad juvenil al empleo de primer municipal de un pueblo respetable, y que su moderación le indujo á dimitir; excitado, y aun obligado por la Audiencia Real á dedicarse á la profesión del foro, en que fué distinguido con los más lisonjeros honores; y aparece-

(1) Isaías, V, 20.

(2) Su padre, Don Tomás Argomedo, estableció escuelas pías en la villa de San Fernando, y fundó y sostuvo á su propia costa una casa de ejercicios, que es la mejor que ha habido en la provincia de Colchagua.

(3) Desempeñó dos cátedras en la Universidad de San Felipe en el tiempo en que ésta gozaba de más crédito, y antes había ya recibido el grado de doctor en leyes. Después fué electo rector varias veces.

ría, en fin, al frente de dos subdelegaciones, y prolongando en el término de su ejercicio por su justificación, desinterés y equidad, por cuyas dotes aquellos ciudadanos lamentan hasta hoy su falta (1).

Pero una época más brillante, en que el curso de los acontecimientos y la ilustración del siglo abrían los ojos á los pueblos para conocer y reclamar sus derechos nacionales, y sacudir la odiosa servidumbre en que por tantos años yacían, presentó al Dr. Argomedo un campo más extenso para manifestar las felices disposiciones con que la Providencia quiso hacerlo uno de los primeros instrumentos de la emancipación de su patria. Así como el odio por las usurpaciones de los reyes fué un sentimiento hereditario en su familia, seguramente encontró en las máximas de los Sagrados Libros el más fuerte motivo para no desmentirlo, sostener la soberanía de los pueblos y consagrarse á su defensa (2). Fijada su residencia en esta capital, no tardó mucho en asociarse á aquellos patriotas que promovieron los célebres acontecimientos de Julio de 1810, época brillante que eternizará las glorias de nuestra nación y las hará inseparables de las que se adquirió entonces el Dr. Argomedo. ¿Cuántos de vosotros, señores, seréis los compañeros y testigos de sus memorables esfuerzos con el noble Cabildo y vecindario al dar los primeros pasos de la revolución? al intimidar y desarmar con el más heroico denuedo al tirano que amenazaba vuestras vidas con

---

(1) A la edad de 19 años fué electo alcalde de San Fernando y dimitió; algunos años después fué honrado con el mismo cargo dos veces, y con el de subdelegado interino, que en seguida desempeñó en propiedad en Curicó, y fué continuado más de cinco años, que era el término ordinario.

(2) Proverbios, XIV, 28.

las bayonetas? (1) al deponer ese gobernante ilegítimo y absoluto, y colocar en su lugar otro más apto al desenlace de nuestra emancipación? al libertar á aquellos tres distinguidos ciudadanos (2) del terrible fallo de proscripción con que la tiranía quería castigar su patriotismo? Pero será inútil extenderme en hechos que tanto sabéis, y por los cuales el más ilustre vecindario interpuso tan decididos empeños a fin de hacerle partícipe de la administración suprema (3).

No fueron inútiles, como es constante, los primeros ensayos de nuestra revolución; y los inapreciables sucesos del 18 de Septiembre de aquel año, á que tanto contribuyó el Dr. Argomedo, fueron la bella aurora de nuestra emancipación política. Si yo quisiera describir aquí todos los sacrificios que arrostró después de aquella época en favor de la felicidad del país, sería indispensable tocar el triste recuerdo que ofrece el cuadro de aquellas debilidades, desaciertos y miserias, tan propias de la ceguedad humana, aun en sus más nobles y desinteresadas empresas, fatalidad que envuelve y sepulta las más brillantes acciones en la obscuridad que sólo pertenece á otras mu-

---

(1) En una de las primeras reuniones populares de Julio de 1810 en el palacio de gobierno, en que se hallaba presente el Cabildo, el Dr. Argomedo era procurador interino de ciudad; y, habiendo tratado el presidente Carrasco de intimidar al pueblo, dando á entender que estaba rodeado de tropas, y preguntando si alguno se creía seguro de salir de aquel recinto, el Dr. Argomedo contestó que había cuatro mil hombres reunidos en la plaza dispuestos á sostener los derechos del pueblo. Sobrecogido de temor el gobernante, fácilmente se procedió á su deposición y colocación de otro nuevo.

(2) Los Sres. Rojas, Ovalle y Vera.

(3) A consecuencia de una nota del Cabildo, y de una petición suscripta por los vecinos titulados y más distinguidos, en que se recomendaba en sumo grado el mérito y patriotismo del Dr. Argomedo, se le nombró secretario del gobierno electo popularmente, Existen estos documentos originales.

chas. Sin embargo, siempre aparecería el Dr. Argomedo como un patriota infatigable, ocupado en favor de su país, y aun desempeñando sin compensación algunos cargos de la mayor importancia y laboriosidad (1).

Muy sensible me es, señores, el verme conducido á aquella época fatal que produjo las pérdidas más irreparables á la patria y los sacrificios más terribles á los ciudadanos. El Ser Supremo, único dispensador de las victorias, dió una dolorosa lección de que, para purificar los pueblos del despotismo y del yugo inveterado de los conquistadores, es necesario á veces arrostrar pérdidas inmensas, y labrar á fuerza de grandes padecimientos la capacidad de ser libres y dichosos. Entonces los infelices ciudadanos prófugos, expatriados y mendigos de la propia subsistencia en los pueblos limítrofes, ¿cuántas miserias no se veían precisados á sobrellevar? El Dr. Argomedo fué uno de éstos, que buscó y encontró en aquéllos un asilo generoso, después de haber dejado sus cortos bienes expuestos al pillaje y secuestro, de que fueron presa, y á su numerosa familia en medio de una desvalida orfandad. Pero bien luego su carácter laborioso y su profesión literaria le ofrecieron los medios, no sólo de segundar y sostener los heroicos esfuerzos de las provincias unidas para la recuperación del país, sino también para crearse arbitrios con que aliviar las necesidades de sus conciudadanos. El general del ejército restaurador le hacía servir á la causa de la independencia como uno de sus consejeros más útiles y respetables, y por su conducto se giraban y sostenían las relaciones secretas con los patriotas de este país, cuya cooperación contribuyó tan poderosamente al restablecimiento de la libertad perdida. Su hospitalidad, virtud dominante, que era el ali-

(1) Tales eran la secretaría y asesoría del gobierno de Valparaíso, en que funcionó más de ocho meses en 1814, y cuyo sueldo renunció.

mento de su alma, no conocía límites ni distinción, y le conducía muchas veces á partir el único pan y quitar la capa de sus hombros para socorrer á otros á quienes consideraba más indigentes. ¿Cuántos sois testigos, señores, de esta conducta franca y bienhechora que hacía de la casa del Dr. Argomedo el centro y el apoyo de la amistad, y en que la más desolada emigración parecía proporcionar realmente aquellas delicias que sólo es capaz de conceder la cara patria?

No duró para ello mucho tiempo esta escena de consternación y de luto, porque bien pronto aparecieron aquellas huestes triunfantes que sellaron de un solo golpe el exterminio de la tiranía (1). Restituído á su patria el Dr. Argomedo, vino á continuar en la carrera de sus servicios, y fué distinguido con los importantes cargos de fiscal y miembro de las altas cortes de justicia, hasta llegar al rango más elevado que podía tener en su esfera (2). Los pueblos le condecoraron varias veces con el noble título de representante nacional, apareciendo sólo en su persona el raro fenómeno político de ser electo unánimemente por un vecindario numeroso (3). Tantos rangos, tantas condecoraciones, eran sin duda el premio de su constante anhelo por la causa pública, del acendrado amor por sus conciudadanos, y de la generosa protección que como magistrado y como particular es indudable prodigaba, sin distinción de clase ni partido, á cuantos eran víctimas de sus propias debilidades ú opiniones (4). Su corazón no

(1) En la memorable jornada de Chacabuco.

(2) De los dos únicos nombramientos que se han hecho por los Congresos Nacionales, ha resultado el Dr. Argomedo electo presidente de la Suprema Corte de Justicia.

(3) En la elección popular de diputados para el Congreso de 1823 por la villa y jurisdicción de San-Fernando.

(4) Habrá muchos ciudadanos que puedan sostener la exactitud de este aserto, y no se hallará uno solo capaz de comprobar que el Dr. Argomedo contribuyó á un fallo de proscripción ó arresto por causas de opinión.

conocía la venganza ni el odio, y el día más desgraciado de su vida era aquel en que, á pesar de su más fuerte resistencia, su deber le obligaba á subscribir su fallo contra su semejante. La beneficencia, la humanidad, la bondad de corazón, virtudes que la Providencia Divina casi siempre corona sobre la tierra, le ganaron amigos y protectores entre los partidos más opuestos, y aun en los lances más desesperados de su vida encontró como por obra de milagro ángeles tutelares que le brindasen los más tiernos tributos de gratitud (1). Pero el recuerdo de estas prendas personales, que ejercía sin ostentación ni vanidad, me conduce á la demostración de las que forman el asunto de mi segunda parte.

«La sabiduría es mejor que las fuerzas; y el varón prudente que el fuerte» (2); dogma sagrado con que el Espíritu divino quiso esculpir en nuestros corazones el amor á la verdad; fundamento eterno de la justicia, de la rectitud y de aquella sabia prudencia que es «el resplandor de la luz perdurable, espejo sin mancilla de la majestad de Dios é imagen de su bondad» (3). Si estas virtudes son tan necesarias y recomendables aun en la vida privada, ¿cuánto más no lo son en la carrera de la magistratura? Y el funcionario público, que se distingue en el ejercicio de ellas en favor de la inocencia ó de la debilidad perse-

---

(1) No será fácil ni oportuno enumerar aquí los sucesos á que se alude; pero la moral y la historia podrían recoger en la vida de este ciudadano hechos muy interesantes para probar que las buenas acciones tienen siempre su premio sobre la tierra.

(2) Sabiduría, VI, 1.

(3) Sabiduría, VII, 26.

guida, ¿cuán laudable no se hace al cumplir debidamente el sublime cargo de representar sobre la tierra la autoridad del magistrado supremo? Estos encomios, estas bendiciones á la justificación y á la rectitud constante, caerán siempre como un rocío fecundo sobre la memoria del Dr. Argomedo, haciéndola inmarcesible é independiente del tiempo, que todo lo disipa.

Vosotros, señores, que tanto lo conocisteis y le observasteis en su conducta pública, ¿no le visteis siempre, ó como depositario del poder, protector incansable del orden y de la propiedad del ciudadano, ó como representante de los pueblos, defensor impertérrito de sus derechos, ó como juez incorruptible administrando imparcialmente justicia? ¿Qué familia, cuál ciudadano, desprendido de los odios y resentimientos infundados, de que es tan susceptible nuestra flaca naturaleza, podrá elevar al cielo una sola queja contra su memoria, y acusarle de haber convertido en miseria y amargura los frutos de la justicia? (1). Al contrario, yo no me engaño en considerar una parte muy numerosa de la sociedad que le bendice como á protector de su bienestar, de su honor, de su libertad, y aun de su existencia. En él miran aquel juez tan infatigable en sus deberes, tan distante de rendirse á las sugestiones del poderoso, como al llanto simulado del miserable, tan popular y accesible al débil como al fuerte, y tan dispuesto á oír con paciencia los relatos y difusos memoriales en que tantas veces la inocencia oprimida apenas puede depositar su defensa y desahogo. La humanidad lamentará siempre con ternura la falta de aquel corazón sensible en que parecía tener su inmutable asiento, y era la espada siempre desnuda contra la usurpación y el despojo, el escudo impenetrable en favor de la inocencia desvalida, y el punto de unión y concordia en que iban á fenecer y con-

(1) Amós, VI, 13.

vertirse en lazos de estrecha amistad los odios más inveterados.

Esta última prenda característica era, sin duda, la facultad más activa de su alma, que tanto se complacía de ejercer en el tribunal de paz. ¿Quién depuso ante él las más pertinaces y encontradas pretensiones, que al fin no llegase á convenir gustoso en la transacción y avenencia? ¡Esposos divididos, hijos desobedientes, padres opresores de vuestras propias familias, hermanos, amigos, compañeros enemistados por intereses efímeros! ¿á quién, decidme, debéis los tiernos lazos que os ligan, y han convertido en indisoluble unión vuestras interminables discordias? ¿A quién, sino á aquel que sabía erigirse en defensor é intérprete de los derechos de cada uno, y despertar en vuestros corazones los sentimientos adormecidos de la naturaleza? Gozad, pues, en el seno de la paz los beneficios que os concede la Providencia, y adorad su mano protectora, reconociendo los órganos de que se vale para colmaros de felicidad, mientras sois pacíficos, humildes y amantes de vuestros hermanos.

Y, si he de hablar, señores, de la moderación y desinterés que el Dr. Argomedo demostró sin cesar en su carrera funcionaria, ¿quién, al oírme hacer el cuadro interesante de sus servicios y virtudes, no aguardará á que diga haber recogido por fruto una fortuna soberbia, y una influencia irresistible al lado del poder, para recibir y dispensar favores á su arbitrio? Pues, señores, estoy muy lejos de hallar motivo á recuerdos de esta clase, porque jamás se observó en sus recursos y acciones sino la imagen del más noble desinterés. El cumplimiento de grandes deberes era el norte de sus pasos y el objeto de su ambición. No rodeaba al poder sino cuando esperaba contribuír á la felicidad de la patria, ó á la protección del ciudadano oprimido. Nada pretendía para sí, y las riquezas y honores no lisonjeaban sus deseos ni vanidad, cual si

hubiera tenido siempre á la vista las terribles maldiciones del Evangelista (1) y del Profeta (2): «¡Ay de vosotros que juntáis casas y tierras sin término, estimáis los primeros asientos en las sinagogas, y ser saludados en las plazas!»

Pero la sabiduría de Dios reservaba otra corona más sublime con que premiar sus sacrificios. Su adorable Providencia hace admirar entre sus sabias medidas la de conducirle al través de tantos trabajos, peligros y emigraciones, que rodearon su existencia, al centro de su patria y de su familia para disponerlo á entrar religiosamente en el seno de la eternidad. Yo repetiré aquí lo que un sabio orador (3) en la muerte de un gran general: «Si hubiera acabado sus días en la ceguedad y el error, en vano alabaría unas virtudes que Dios no había coronado: yo derramaría unas lágrimas inútiles sobre su sepulcro; y, si hablara de su gloria, no sería sino para llorar sus desgracias». Tampoco el Dr. Argomedo llegó á tocar el término de su existencia sin convertir mucho antes su corazón al Ser Supremo, y disponerse como un verdadero cristiano á habitar en su celestial morada. Y si no ¡Dios de misericordia! ¿cuál otro pudo ser el fin de vuestros impenetrables pensamientos al abrir tan visiblemente á esta alma contrita el camino de la salvación, inspirándole ánimo y una paciencia inimitable para resignarse y ofreceros en desagravio de sus culpas las graves mortificaciones y martirios que sufría en su triste enfermedad? al ilustrarla y disponerla con ejemplar fervor á recibir los santos sacramentos, de cuyos sublimes actos tanto me lisonjeo de haber sido yo mismo el testigo y el sacerdote? al conducirlo por pasos tan medidos á aquella muerte consoladora, que, siendo improvisa, no es sorprendente, y que, libre de agonía y

(1) San Lucas, XI, 43.
(2) Isaías, V, 8.
(3) El Sr. Flechier, *Oración Fúnebre del general Turena.*

desesperación, parece ser la misma que preparáis á los justos? No han podido ser otras ¡Dios eterno! vuestras augustas miras, que las de darle todos los estímulos de vuestra divina gracia, para que, después de una larga carrera, no olvidase su penitencia y su purificación, porque tal vez el recuerdo de sus buenas acciones hacía apreciable su alma para con Vos. *Consummatus in brevi, explevit tempora multa: placita enim erat Deo anima illius.* ¡Recibid, pues, Señor, en vuestro seno esa alma por quien hicisteis tan inmensos sacrificios; y que, si carece de los méritos y pureza de los ángeles y de los santos que rodean vuestro venerable trono, al menos tiene que ofreceros grandes padecimientos, virtudes recomendables y una muerte penitente y cristiana!

Feliz yo, señores, si al recomendaros la memoria de este ilustre ciudadano, y al exponeros el cuadro de su conducta, he podido describiros acciones bellas y virtudes dignas de imitación y recuerdo, para que, excitándoos á su constante ejercicio, podáis merecer aquella dicha inmortal que tanto deseo para él y para vosotros.



Illmo. Sr. Don Diego Elizondo

Nació en Quillota en 1780, se doctoró en leyes en 1802 y se recibió de abogado en 1806. Fué cura de San-Fernando y Canónigo de la Catedral de Santiago, donde llegó á la dignidad de Chantre; Secretario del primer Congreso Nacional en 1811, Diputado en distintas legislaturas, de 1823 á 28, y después Senador y elector de Presidente de la República. Instituído Obispo de Concepción en 1840, murió en Valparaíso en 1852. Fué también miembro de la Facultad de Teología de la actual Universidad.

Discurso por el triunfo de Yungay

Accipietis gloriam magnam, et nomen aeternum. (Macabeos).
Vuestra gloria es verdaderamente grande, y vuestro nombre se extenderá sobre la duración de los siglos.

SEÑORES:

El Dios de la eternidad y de los tiempos, que desde el eminente solio de las luces preside la suerte y destino de los mortales, es el mismo de cuya mano poderosa dependen los más raros y gloriosos acontecimientos. La ligera impunidad del crimen no se opone á este constante principio, del que jamás distó una filosofía juiciosa. Bien pudo la ambición aparecer sancionada por un público y numeroso séquito y la tiranía por el inevitable sufrimiento; mas, al fin la justicia recupera su imperio, y los proyectos de usurpación ceden al escarmiento de inevitables ruinas.

Empero, los instrumentos que emplea la Divina Providencia no son los falsos héroes que se presentan á figurar en la escena del mundo, sin otras virtudes que los pomposos títulos inventados por ellos mismos para fascinar la ignorancia, sino los hombres virtuosos que se hacen grandes por la nobleza de sus acciones. La injuria destructora de los tiempos lleva tras de sí el olvido de los hechos de aquéllos, y, si deja algunos vestigios, sirven de objeto a la execración de la posteridad; al paso que la gloria del

varón fuerte y virtuoso se encuentra libre de tan funestos presagios. Ella excede á la dilatada dimensión de los siglos, y, prolongada á las generaciones distantes, se conserva escrita con caracteres indelebles en la gratitud nacional. Los romanos serán justamente elogiados por haber colocado el templo de la Fama dentro del de la Virtud. Un oráculo divino es quien garantiza la extensión más ilimitada á la gloria de los ilustres defensores de la patria, de la justicia y religión, á los que ofrecieron su sangre en víctima por conservar sus derechos, libertad y leyes.

Bien creo, señores, comprenderéis el tan importante objeto á que se dirige mi débil voz en este día. Los triunfos, los inmarcesibles laureles recogidos por nuestro ejército en el peruano campo de Yungay, transportan improvisamente nuestros ánimos al entusiasmo y alegría, induciéndome á tributar gracias religiosas y humilladas al Dios de las alturas, soberano autor de las victorias, y á preconizar en vuestra presencia la heroica fama y el nombre eterno del esclarecido patriota, del invencible General Don Manuel Bulnes. ¡Oh, si yo fuese capaz de expedirme en la premura del tiempo, de un modo propio á su dignidad! Pero, ya que soy insuficiente, insinuaré al menos un verdadero culto y deseo de llenar los deberes de amistad, justicia y gratitud. Ayudadme, etc.

Concluída felizmente la guerra de la Independencia, y sepultados para siempre los horrores de la anarquía, gozábamos tranquilos los dulces efectos de saludables instituciones. Chile, llamado á colocarse en el rango de las primeras naciones, por la bondad de clima y riqueza de frutos, subía rápidamente á la cúspide de la grandeza. Ningún obstáculo cruzaba progresos tan felices. Siete años de un gobierno filantrópico regeneraron con exceso la

moral, crédito é industria, perdidos casi del todo por las continuas convulsiones interiores que tanto plagaron al país. Por donde esparciésemos la vista, se presentaban los grandiosos resultados de una buena administración. La actividad del comercio y de las artes, la abundante agricultura, la riqueza de la hacienda, la protección al culto y muy especialmente la opinión reconcentrada en nuestro gobierno, ¿no nos prometían la dignidad propia de una poderosa nación? Mas, esta misma prodigiosa carrera estimula la ilimitada codicia de un maléfico genio extranjero, nacido de la nada, para perturbar el reposo de los mismos que á costa de sangre hicieron flamear en su patria el pabellón de la libertad. Hablo, señores, de Santa-Cruz, que, no contento con oprimir á la desgraciada Bolivia, de introducirse al Perú con un numeroso ejército, de haber hecho correr á torrentes la sangre de los hijos del Sol, de formar el más abominable trono de tiranía, concibe el torpe y execrable designio de introducirnos encubiertamente la guerra destructora, para hacer gemir entre cadenas nuestro querido suelo, en imitación de su semejante Manco Cápac. Vosotros mismos, mis oyentes, sois testigos de este hecho criminal, y el mundo todo, del inaudito ultraje de prisión al representante de la República.

Para emprender el tirano Andrés la delirante obra de conquista sobre nuestro país, prepara un numeroso ejército, rompe los códigos de Bolivia y del Perú, formando de estos Estados una dictadura que usurpa con el título de Protector. La libertad fué destruída allí hasta los cimientos, y la voz del opresor era la única ley. Ya que no me es dado, señores, publicar los otros medios nefarios que se emplearon al mismo fin, mi corazón, como el de todos los chilenos, los deplorará siempre.

En tanto que Santa-Cruz combina los planes de la horrible ofensa, nuestro digno gobierno, ángel tutelar de

la libertad, se pone alerta contra tales maquinaciones, y, corrido el velo á la simulación, fué indispensable declarar la más justa guerra. No eran todos, señores, los que auguraban un suceso feliz. La reciente salud de la Patria, la nueva formación de la hacienda, y la disciplina militar, pocos años ha adquirida, eran, por cierto, dificultades superables sólo al genio criador que, sin haber tocado las fortunas de los ciudadanos, forma en breves días una imponente escuadra, y alista seis mil intrépidos guerreros, para vengar el pabellón tricolor. Recordad vosotros nuestra historia pasada, y encontraréis ejemplares de haberse usado de las propiedades particulares, aun para perseguir partidas de bandidos.

Pero no eran sólo éstas las dificultades que se ofrecían á la expedición. Combatir contra el formidable coloso, dueño opresor de tres repúblicas, que sin respeto ni consideración sacaba recursos de lo más sagrado, prodigando sin límites gracias y empleos á la consecución de su fin; y, lo que es más, combatir en un país extraño, cuyo temperamento mortífero sólo es favorable al indígena, demandaban el talento eximio, la admirable constancia, la intrepidez heroica, en una palabra, la brillante espada del General Bulnes. En efecto, este infatigable guerrero es nombrado con acierto de General en Jefe del ejército, y en el acto mismo se difunde por las venas de los veteranos el ardor entusiasta con que á su lado triunfaron en innumerables batallas. La expedición se apresta y se hace á la vela en medio de vivas y aclamaciones á nuestro Excmo. Sr. Presidente, General Don Joaquín Prieto. Ni la expresión más viva y elocuente bastaría á diseñar los esfuerzos que costó esta incomparable obra al Jefe Supremo. ¡Mil veces alabado, mil veces bendecido, mil veces perpetuado sea su gobierno!

El pueblo peruano ansiaba por el día en que desembarcase nuestro ejército, como término preciso á la reivindi-

cación de sus derechos; y, conociendo Santa-Cruz que el trono de la opresión principiaba ya á conmoverse, inventó la artimaña de prevenir á uno de sus satélites, proclamase falsa y aparentemente la libertad, para acallar así el clamor general. No faltaron algunos imbéciles que se satisficiesen con este fingimiento, sin advertir que el delegado de Santa-Cruz estaba á la cabeza de la combinada convulsión, como que muy en breve él propio arrojó la máscara del engaño, resistiendo perseguir á Santa-Cruz en unión con nuestro ejército y aun negando á éste una ligera acogida. Pero ¿qué podríamos esperar de Orbegoso que, en vez de recibir nuestra expedición con los brazos abiertos, al haber procedido de buena fe, ordena su formidable línea, compuesta de hombres alucinados, y presenta la más injusta y temeraria batalla? Las súplicas expresivas, ni los racionales convencimientos pudieron evitar la acción de Malambo.

No me detendré en detallar esta memorable jornada, en que el valor, á la par de la intrepidez, desplegaron el mérito sublime. La ciudad de Lima fué ocupada á costa de algunas dichosas víctimas, y los habitantes, engañados por la tiranía, conocieron que el aspecto horrible con que se pintaba á nuestro ejército eran vanos temores, fantasmas entretejidas por el alucinamiento y perfidia. Admira ciertamente la moralidad y disciplina de nuestro ejército; pues, á pesar de poseer el justo orgullo de vencedor, miraron á los vencidos como á sus propios hermanos: toda clase de extracción, todo atentado, fueron ajenos de la conducta militar. No hay peruano alguno que se queje de la menor injuria, antes bien, son ellos admiradores de la honradez y familiaridad con que se condujeron los chilenos.

La posición de Lima no era en verdad la más aparente para resistir ó acometer al grueso ejército que Santa-Cruz hacía marchar sobre el Restaurador, y nuestro General,

como hábil y experto guerrero, dirige entonces sus velas al Departamento de la Libertad. Esta medida, necesaria como movimiento militar, dió sin duda ocasión al tirano para apodar nuestras huestes con el feo epíteto de cobardía, y quizá para prometerse el seguro triunfo: prueba inequívoca de que Santa-Cruz desconocía el carácter chileno, ó que del menor paso sacaba ventajas. El ligero ensayo del 6 de Enero sobre el puente de Buin, le dió sobradamente á entender había de combatir con veteranos encanecidos en el arte de la guerra, con soldados acostumbrados á defender enérgicamente á su patria, y, en fin, con un joven General cubierto de trofeos militares. ¡Cuán diferentes fueron los planes del tirano, al tocar tan tristes desengaños! La ofensiva, que llevaba con violencia, se convierte en construcción de murallas y trincheras. Los montes más escarpados é inaccesibles los corona de tropas, coloca al medio numerosas columnas y circula las bases de líneas escudadas de fosos y precipicios. De esta manera, superior aún á la fuerza numérica que mandaba, espera el desproporcionado combate.

La serenidad de Aníbal, el denuedo de Federico habrían quizá vacilado en esta vez difícil; pues, además de las posiciones inaccesibles ocupadas por el enemigo, no presentaba el terreno capacidad para que obrase nuestra brava caballería. Algunos pocos días transcurrieron en consultas de guerra, y al cabo, impaciente el valor del ínclito General Bulnes, empuña la espada, presentando su línea el 20 de Enero, día glorioso para Chile, día de felicidad para el Perú, y día de admiración para el orbe. Antes de acometer renueva en su interior el solemne juramento que hizo al separarse de nuestras playas, *morir, ó la gloria para su Patria;* y, asegundado por el valiente General Cruz y demás nobles guerreros, se dió la voz de combate. En contra de las fortificaciones, oponían nuestros soldados sus desnudos y valerosos pechos; á las cimas escarpadas, el

incontrastable empeño, y á la fuerza numérica, el valor exorbitante. El orden reina en nuestras filas, la alegría se advierte en los semblantes y el entusiasmo bélico impone miedo y espanto á los enemigos. La velocidad del plomo no los contiene, y el estrepitoso estallido del cañón inflama el sagrado deseo de la victoria. No hubo posición dificultosa que no superasen nuestros batallones, esparciendo el terror y muerte por todas partes. En los primeros encuentros mordieron la tierra varios generales enemigos, y el mismo Santa-Cruz habría llevado la propia suerte, si su cobardía no le hubiese hecho desaparecer en lo más reñido de la acción.

Pocas horas de pelea fueron suficientes para fijar la bandera de la restauración en las alturas peruanas; timbre glorioso que inmortalizará la memoria de aquel venturoso día. Ved aquí, señores, acabada para siempre la Confederación Perú-Boliviana. Ved aquí vengados los atroces ultrajes inferidos á Chile; y ved aquí que el Perú vuelve de nuevo á ser independiente. Así concluye la arrogancia, así el despotismo y ambición perecen.

¡Oh tú, 20 de Enero de 1839! La carrera de los siglos no perturbará jamás los gratos recuerdos estampados en los corazones chilenos y peruanos. Los primeros te colocarán en los anales de sus victorias, y los segundos datarán desde ti su restauración política.

Y vosotras ¡oh ilustres víctimas que regasteis con vuestra sangre el honroso campo de Yungay! La tumba dichosa que recibió el depósito de vuestras cenizas, se ha convertido en suntuoso templo de libertad. ¡Ah, quién pudiera recompensaros el inapreciable mérito de tan valioso sacrificio! ¡Quién pudiera colocaros en medio de nosotros para que celebraseis el vasto triunfo de vuestras manos! Pero, ya que no es posible volveros á la vida, nos congratulamos de saber, que gozáis en las mansiones celestes del premio que el Divino Remunerador tiene deparado á los

buenos. Desde allí recibiréis siempre los debidos homenajes que os tributan vuestros compatriotas.

No es la sabiduría del elogio la que decide el mérito del héroe. La posteridad severa castiga inexorable la falsa adulación del panegirista. A pesar de las bellísimas prendas de Cicerón y Claudio, ellos serán reconvenidos por habernos formado falsos, aunque muy hermosos cuadros de los opresores de Roma. La historia de los tiempos, el exacto análisis de los sucesos, es quien establece el debido crédito á las proezas, para memoria y veneración de sus autores. La sucesión más distante se complace en las producciones de sinceridad que niegan abrigo á la ficción. Con todo, verdad es también resentirse el personaje que no tuvo hábil historiador que hiciese el perfecto cuadro de sus acciones. Alejandro deploró con justicia la falta de un Homero que publicase sus glorias.

El nombre de General de Chile, que preconizamos, se ofendería, quizás, si no le contuviese su tan conocida moderación, de haber cabido á nuestras expresiones formar el panegírico de sus virtudes. La historia de sus triunfos necesitaba de un proporcionado tiempo que excediese al nuestro de treinta horas; de una voz superior á la de Tácito, que, reuniendo lo agradable y bello á la sinceridad de los hechos, formase el atractivo dulce de la admiración. En efecto, compatriotas, ¿qué deber más sagrado que tributar elogios al nombre del General Bulnes, al ejército de su mando, é infundir en nuestros corazones los puros sentimientos de respeto y gratitud?

Todos los chilenos han presenciado los eminentes servicios del General Bulnes á su Patria. Desde su tierna infancia abrazó la causa de la independencia, haciéndose distinguir entre sus compañeros de armas por la generosidad, franqueza, denuedo y arrogancia. Los primeros

pasos de su carrera fueron las grandes batallas con los peninsulares, y, acabada aquella obra santa, continuó ora destrozando á los bárbaros que incursaban al país, ora conteniendo los espantosos estragos de la insurrección y anarquía. Un solo día de descanso no ha conocido nuestro General; su vida toda de trabajos, ha sido vida toda de glorias.

Si nos detenemos en considerar el triunfo de Yungay, encontraremos no sólo la venganza de injurias, sí también la paz, libertad y reposo de tres hermosas naciones. La República de Bolivia no ha podido en tantos años romper las cadenas de opresión, é insultada la dignidad de los peruanos con la afrentosa conquista, no tenían otro arbitrio que gemir en la obscuridad. Chile, también amenazado, esperaba sin duda ver en su seno la desoladora invasión, y las Provincias Argentinas, seguras de otro tanto, declararon la guerra á Santa-Cruz, haciendo toda clase de sacrificios para sostener en sus fronteras el ejército que no les fué dado conservar. Todo el Sud-América parece estaba condenado á ser presa del tirano.

Combinadas las Repúblicas de Buenos-Aires, Chile y Colombia para desalojar á los españoles del Perú, fueron necesarios seis años de ensangrentada guerra á la consecución del triunfo. El ejército del rey Fernando era odiado en todo el país, y, sin embargo, en vano San-Martín, Bolívar, Sucre y tantos otros valerosos héroes redoblaban sus esfuerzos para terminarla. La sangre enrojecía los campos de Torata, Moquehua, Junín, etc., y la lid renacía con mayor encarnizamiento. ¡Qué paralelo, señores, tan desigual con la presente campaña! El General Bulnes por sí solo, sin otro apoyo que la cooperación de algunos beneméritos patriotas, como los Gamarras y La-Fuentes, en cuatro meses venga los ultrajes de Chile, devuelve á los peruanos la libertad, rompe las cadenas de Bolivia y asegura á Buenos-Aires la felicidad. Nada hay,

chilenos, tan valioso que pueda satisfacer el mérito del General Bulnes.

La nación peruana recordará eternamente con entusiasmo el robusto brazo que en pocos momentos les puso en goce de sus regalías, haciendo volver al seno de sus familias á los innumerables personajes que había desterrado la opresión. Ya tienen un Gobierno paternal, guarda seguro de sus garantías, al Excmo. señor Gamarra.

¡Fortunoso Chile! ¡amable ciudad de Sión! tú eres de quien predijo Zacarías, no necesitaba de manos para ser invencible, para habitar con tranquilidad, y para eludir todo género de ambición por el carácter valeroso de vuestros apreciables hijos. Las repúblicas americanas tributarán loores á nuestro gobierno por su maravillosa constancia, actividad y patriotismo tan probados en la segunda regeneración del Perú, y las naciones más distantes conocerán en el General en Jefe de nuestro Ejército el valor de Aquiles, la prudencia de Ulises y la discreción de Adrastro.

¡Habitantes de Concepción, gloriaos de haber sido vuestro pueblo el lugar de tan ilustre cuna! Felicitaos unos á otros por el singular triunfo de Yungay, y cantemos himnos de alabanzas á la gloria de nuestro paisano! ¡Chilenos todos, publicad con el clarín sonoro de la fama el nombre de nuestro Presidente y sabios Ministros, del insigne jefe vencedor del denodado ejército y de las víctimas sacrificadas á la patria! Oíd que ellas os hablan desde el lugar de su descanso. Escuchad qué os dicen: Conciudadanos:—¡Unión, unión! Segundad las intenciones del Gobierno, si queréis ser felices. Conclúyanse ya las divergencias, prevalezca la paz, y os haréis merecedores de un hermoso suelo y de las promesas inefables que en premio de la justicia os ofrece una mansión divina de eterno reposo.

Don Buenaventura Durán

Fué religioso de la Orden de San Francisco y secularizó en la Arquidiócesis de Santiago, donde desempeñó el cargo de párroco y el de capellán en varias ocasiones. Murió el año 1878.

ELOGIO FÚNEBRE

Del Sr. Don José Miguel de la Barra (Asilo del Salvador

(19 de Mayo de 1851).

Pertransiit benefaciendo.
Ha pasado haciendo beneficios. (Actas de los Apóst., X, 38).

SEÑORES:

¿Es esto todo lo que queda de aquellas cosas que el mundo ha respetado? ¿Qué se han hecho los títulos pomposos con que los hombres se han condecorado tan solemnemente? ¿A dónde se han ido las glorias ruidosas con que nos envanecemos mientras se vive? ¿Por qué guardan silencio las grandezas humanas? ¡La presencia de unas insignias que ya han caducado, una ceremonia momentánea, un monumento efímero, forman el desenlace de todo aquello á que se ha atribuído tanta importancia! ¡Bien afligentes, en realidad, son los desengaños de ilusiones, que nos son tan caras; pero es indispensable que tengan esta suerte los artificios de una miseria que apura sus recursos para ocultarse! La muerte nos despoja de esos adornos postizos, que no nos pertenecen; y deja de manifiesto la realidad humillante, que nos es propia. El sepulcro, que oculta nuestro cadáver, sepulta también la atmósfera inconsistente que le rodea. Así han marchado

á su ocaso los grandes astros, llevando consigo el falso brillo con que deslumbraban; y aquellos colosos que han sido admirados, descienden al polvo á confundirse con los pequeños. Pero, lo que es más triste, si durante la vida se ha lisonjeado hasta los mismos vicios de los que han gozado de algún prestigio, después que desaparecen, se les niegan tal vez hasta sus buenas cualidades. Todos los días vemos que el mundo, que había elevado esos ídolos de barro, los derriba al día siguiente, y que se venga con satisfacción, por la libertad de sus censuras, de la violencia é injusticia de sus elogios. Así es como terminan las glorias que no tienen por base más que las convenciones arbitrarias, ó acatamientos falaces de un mundo instable. Así es también como el Señor hace palpable la verdad de sus palabras, aun de las que parecen sin sentido á la prudencia del siglo. Vos lo habéis dicho, Dios mío, que no hay grandeza sólida, sino en los que os temen (1).

Sólo la virtud puede salvarse del triste destino á que están sujetas las cosas humanas. El mundo, que parece menospreciarla, no estima y respeta más que á ella. Si erige estatuas á los que llama grandes, si los poetas hacen resonar por todas partes sus alabanzas, si la elocuencia agota sus recursos para elogiarlos; todos saben que éste es un deber que hay que cumplir á pesar de nosotros mismos, que es necesario quemar este incienso, aunque nos sea nauseabundo; que es indispensable que la lisonja hable su lenguaje á despecho de la conciencia; que no es más, en fin, que un mecanismo sin alma y sin sentimiento, supuesto que el corazón no participa de tales demostraciones. Sólo la virtud tiene el privilegio de excitar las simpatías, que son espontáneas, la admiración secreta y sincera y las alabanzas reales y duraderas.

Por esto, señores, que importaba el que yo viniese ante

(1) Judit, XVI, 19.

esa tumba á encomiar glorias, cuyo fundamento ha sido profano. Mis expresiones, quizás exageradas por respetos humanos, serían desmentidas por la frialdad de vuestro corazón. No esperéis, pues, el que traicione mis deberes de orador sagrado, incensando un fantasma, que vosotros sabéis cuán despreciable debe ser para un ministro del Evangelio; y el lugar destinado á combatir las preocupaciones, convirtiéndolo en la tribuna que las apoye. No busco flores que sean indignas de la sencillez del santuario para adornar la losa que oculta los restos mortales del hombre virtuoso, cuya pérdida deploramos. Las obras mismas en que ocupó su corta existencia el Sr. Don Miguel León de la Barra, formarán su elogio. Una vida ocupada en obrar el bien es el mejor panegírico que pueden tener los que han desaparecido de entre nosotros. Los hechos pues hablarán por mí, y todo mi trabajo será el presentarlos. Puedo asegurar, sin temor de que la lisonja haya contribuído á formar mis conceptos, que la vida del Sr. Barra no fué más que una cadena de hechos virtuosos y benéficos, y que, por lo mismo, es acreedor á que le apliquemos las grandes expresiones de mi tema: *Pertransiit benefaciendo*. Como hombre privado se ocupó en hacer el bien, porque todas sus obras fueron justificadas; y como hombre público, porque se valió de su descendiente para dispensar beneficios. Esto es lo que forma el objeto que me propongo desarrollar.

¡Quiera el Padre de las misericordias asistirme con sus luces, y dirigir mis labios para llenar mi intento!

Como nuestro corazón ama la gloria, buscamos siempre las ocasiones favorables para adquirirla. La vida privada es el punto de vista que á ello menos se presta. Fuera del hogar doméstico, el rango, los homenajes, las conside-

raciones, sostienen al corazón contra su mismo peso y le hacen luchar contra sí mismo. La esperanza de aprobación ó el temor de las censuras le hacen cumplir con deberes muy penosos. Pero retirad esa persona del espectáculo público que le hace aparecer lo que no es, penetrad en el recinto secreto en que puede despejarse libremente de ese máscara engañosa, y decidnos, ¿qué es lo que encontráis? aquel que antes admirábais por la estrictez de sus máximas, por lo delicado de sus sentimientos, por lo compasado de sus acciones, ha desaparecido. Como por encanto, y en lugar del verdadero David, diré con las Escrituras, no hallaréis sino un vano simulacro, que en nada se le parece: *Et inventum est simulacrum solum* (I Reg., XIX, 16). Formados por las miradas públicas, desde que llega á faltarles este centinela importante, se desquitan á su grado de la violencia que les impone el desempeño de su papel. En el silencio de la habitación es donde podéis sorprender á los hombres con todas sus nulidades. Allí vienen á encerrarse, como uno de los príncipes que mandaba sobre toda la tierra, con insectos bien repugnantes, para formar de ellas su entretenimiento (1). allí es donde vuelven á estrecharse cordialmente con sus compañeros queridos, los caprichos, los vicios las pasiones, de quienes se habían separado por un momento, de temor que los hicieran despreciables.

Por eso. nada es más raro que la virtud doméstica, y, si la virtud es siempre grande y siempre digna de aplausos, lo es mucho más cuando se contenta con obrar en silencio, bastándole la aprobación de su propia conciencia. y las miradas del *Testigo fiel que está en los cielos*. Entonces es lo que debe ser, sin que la vanidad ó el amor propio hayan concurrido á formarla ó sostenerla. Es entonces

---

(1) Uno de los emperadores romanos se entretenía cazando moscas en su habitación.

cuando todo lo debe á sí misma, y cuando es sólo su energía la que le ha hecho vencer los obstáculos, mil veces funestos, que le presentan el silencio y la oscuridad.

Bien sé que el mundo no aprecia sino lo que se presenta rodeado de un fausto que le deslumbre y que le arranque, como por fuerza, los homenajes que siempre está dispuesto á tributar. Pero ¿qué importa? La virtud no necesita del falso apoyo que intenta dispensarle con mano desdeñosa; ni tampoco tiene por qué temer su contrariedad. ¿Podrán acaso sus juicios injustos despojarla de su mérito intrínseco, porque se presenta desnuda del atavío que se le exige? Esta virtud *humilde*, si puedo llamarla así, triunfará de las preocupaciones que la abatían; y se realizarán sobre ella las sublimes alegorías de un profeta. Vendrán á ti los que te humillaron, y se inclinarán en tu presencia; vendrán á buscarte los que te detraían, y adorarán los vestigios de tus pisadas; y, por cuanto fuiste desamparada, el Señor te pondrá por lozanía de los siglos, y para gozo de las generaciones (1).

Ya veis, señores, que no es sin razón que yo intente formar el elogio del Sr. Barra de sus mismas virtudes domésticas. Si la manifestación de los hechos privados es para el vicioso su mayor castigo, sea para el justo el pedestal que lo alza á las miradas de la posteridad.

No ignoro que es insensato el fatalismo, y que la doctrina que nos despoja de la libertad es el mayor extravío de la razón; pero también sé que hay vasos de indignación, y tan perversos desde su origen, que ya desde temprano se les ve preparar la iniquidad en medio de los objetos inocentes que les rodean, y que de su propio tesoro sacan aquel caudal de perversidad, que los hace aparecer como nacidos solamente para el mal. Bien sé que el orden

(1) Isaías, LX, 14 y 15.

moral tiene también sus anomalías, y que así como de vez en cuando aparecen monstruos en lugar de seres humanos, también suele presentar criaturas privilegiadas, que parece no han participado de la masa corrompida de que se forman los demás. El Sr. Barra podía gloriarse de que le había cabido en suerte aquella alma dócil y formada para la virtud, de que nos hablan los Libros Santos (1). Si el príncipe más grande que vieron los siglos antiguos, confesaba que todas las prosperidades extraordinarias que le rodeaban, le habían venido con la sabiduría, el Sr. de la Barra podía decirnos que todas las disposiciones benéficas de su corazón le habían venido con la índole bella de que el cielo le dotara.

La infancia, que parece destinada á la frivolidad y á los movimientos inconstantes de la naturaleza, preludia en él aquel fondo de probidad que formó su carácter, como la semilla anuncia las cualidades de la planta que saldrá de su seno. Si el hombre, aunque se envejezca, jamás desmentirá sus primeros pasos, según está escrito (2), ¿qué frutos tan sazonados no nos promete para más tarde la tierna edad del Sr. Barra, marchando desde luego por los senderos de la virtud? (3). En sus entretenciones infantiles se le ve ensayarla, y la ama aun antes de conocer sus atractivos, y con un corazón que apenas es capaz de sentimiento. Con un juicio y una gravedad, que se adelantan á sus años, se le ve huír de la compañía de los que podían corromper su inocencia, y sólo se asocia con los ancianos de Judá para sentarse en medio de su casa (4). Su piedad y amor para con sus padres le hacen recomen-

(1) Sabiduría, VIII, 19.
(2) Proverbios, XXII, 6.
(3) Eclesiastés, LI, 20.
(4) Ezequiel, VIII, 1.

dable, porque también es una virtud el cumplir con los deberes de la naturaleza.

Pero, señores, muy pronto pasan los días de la inocencia, como pasan todas las cosas de nuestra pobre vida; y el corazón que no había sabido respirar más que candor, se encuentra de repente en una región borrascosa y desconocida. La juventud, que es la época de los hechizos y de los encantos, es por lo mismo la más peligrosa. Entregados á las agitaciones y á los furores de un corazón vivo, combatidos por la multiplicidad y por la contrariedad de sus inclinaciones tumultuosas, fluctuamos en medio de olas que nos sacuden en todos sentidos y que nos hacen el juguete de sus corrientes, para marchar como naves sin lastre y sin piloto, á ser el despojo de los escollos. Destituídos de apoyo, por falta de experiencia, y cubiertos solamente con el ropaje débil de la inocencia, nos presentamos en los umbrales de un mundo maligno, que se apodera de nuestra persona para despojarnos de un traje que no corresponde á la importancia de sus bodas. Los miasmas mortíferos que exhalan los lugares deliciosos en que nos introduce, hacen caer de nuestro corazón la semilla de virtud que el Padre de familia había sembrado, como los vientos abrasadores que vienen del desierto desnudan á los árboles de su follaje. ¡Ah, cuán tristes recuerdos no despierta esa época aun en las almas consagradas á la virtud! ¡Cuántos movimientos de la gracia paralizados por la perversidad de las máximas, y por lo funesto de los ejemplos de este mundo! ¡Cuántos delitos vergonzosos, de cuyo aguijón largos años pasados en la penitencia y en la amargura de nuestro espíritu, no han podido libertarnos! David, formado según el corazón de Dios, con toda la austeridad de sus maceraciones, gemía bajo el peso de sus recuerdos y pedía al Señor que no quisiera acordarse de los crímenes é ignorancias de su

juventud (1). Apartad, Señor, de mi memoria, le decía, esas imágenes terribles, que por todas partes me persiguen, cubiertas de sangre, dando voces en contra mía, (2): yo conozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre en mi presencia (3). Job, aquel portento que admiró la tierra de Hus, se lamentaba, anegado en llanto, de que el Señor, al formar la historia secreta de sus acciones, escribía amarguras en contra suya, y que quería consumirle por los deslices de su adolescencia. *Scribes enim contra me amaritudines, et consummere vis peccatis adolescentiae meae* (Job, XIII, 26). El remordimiento es, pues, el fruto que la mayor parte de los hombres recoge de lo que ha sembrado en sus primeros años.

Pero el Sr. Barra ¿tiene algo que reprocharse? ¿Habrá pasado su juventud en la disolución y en el libertinaje, como la mayor parte de nuestros jóvenes? ¿Tendremos que tirar un velo sobre escenas que á sus cenizas cubrirían de confusión? ¿Tendremos que dejarlo sin juventud, como á muchos héroes que celebra el mundo, y cuya historia sólo se comienza por donde pueden principiar sus elogios? Nó, señores; el ministro sagrado no tiene que usar aquí de reticencias sospechosas é indignas de su independencia. Una conducta laboriosa sin afectación, modesta sin artificios, honrada sin fingimiento, como la del Sr. Barra, no puede encontrarse en el corazón desarreglado que marcha en pos de las impresiones de los sentidos. Formado por la virtud, la virtud sola ocupa sus afecciones. Prepara su corazón desde temprano para recibir la sabiduría; pero, como ésta tiene por base el temor del Señor, hizo de este temor la piedra fundamental del hermoso

---

(1) Salmo XXIV, 7.
(2) Salmo L, 16.
(3) Salmo L, 5.

edificio que le ha cubierto de gloria (1). La madurez de sus talentos le hace aparecer en el consejo de los ancianos, á pesar de su juventud, porque el Señor le había dado la honra de la vejez (2). Su piedad le hace volver la espalda al mundo antes de recibir aquellas laceraciones dolorosas que le condenan, y que forman todo el mérito de resoluciones tardías que quieren pasar por espontáneas y generosas.

Pero, temiendo no ser llamado á participar del real sacerdocio y de los misterios del Santuario, abandona su determinación. Estaba destinado para formar el modelo de un virtuoso padre de familia.

El mundo, dominado por las leyes de los sentidos, encuentra insoportable la moral del Evangelio. Si permite el respeto á vínculos sagrados, es mientras los atractivos arrastran al corazón, y mientras las ilusiones alcanzan á detenerlo. Pero, desde que ya no se siente aquella tendencia que nos obligaba á fijarnos, podemos trasladar nuestras afecciones á objetos que son prohibidos, y pagar con esas infidelidades secretas, tan funestas al reposo de las familias, el desengaño á que están sujetas las cosas de acá abajo. Pero la religión puede hacernos amar contra las veleidades y repugnancias de un corazón carnal. Los sentidos se hartan y se rebelan, y lo que les era dulce lo encuentran insoportable; pero el Evangelio, á quien se ha imputado destruír nuestro corazón, viene á sostenerlo y ensancharlo más allá de sus límites. La lucha contra este desfallecimiento en medio de los compromisos que voluntariamente se impuso, es el deber más sagrado de la virtud; y el Sr. Barra lo cumplió con perfección, porque era virtuoso. ¿Qué esposo más fiel, más tierno, más complaciente, habéis conocido? Su carácter manso ¿se

(1) Eclesiastés, I, 16.
(2) Daniel, XIII, 50.

desmintió jamás en su trato doméstico? ¿Fué alguna vez uno de tantos que alucinan con la promesa de un corazón que siempre se reservan, y que, en lugar de hacer la felicidad de la esposa, son más bien *los primogénitos que forman el principio inagotable de su dolor?* Muy lejos de eso, el Sr. Barra marchó siempre en la paz y sencillez en medio de los suyos (1).

La afabilidad es el carácter del mérito, y la soberbia el triste disimulo de la mediocridad. Tememos que se trasluzcan nuestros defectos, y recurrimos al orgullo para ocultarlos, y para hacerlo el suplemento de lo que nos falta. ¡Cuán recomendable no se hace el Sr. Barra por su afabilidad y por la grande sencillez de sus maneras! Elevado á un rango importante, ¿es acaso uno de aquellos vanos ídolos, ante quienes no es posible acercarse sino arrastrándose, y para quienes un simple olvido es un crimen que no tiene expiación? Enemigo de la ostentación, aborrece las ocasiones que mortificarían su modestia. Siempre igual, jamás parece que pasan por el fondo de su corazón aquella sucesión continua de sentimientos opuestos, de esperanzas y de alegrías, de temores y de pesares, que en otros nos manifiesta tan variado su semblante. Resignado por carácter, mira sin inquietud los vaivenes y vicisitudes de una fortuna instable. Ciudadano pacífico, aun en medio de los compromisos, huye de las agitaciones y furores insensatos de unos partidos que en vano se jactan de liberales, supuesto que es sabido que la mentira usurpa el nombre de la verdad y el vicio el de la virtud. Pero, si alguna vez el deber sagrado de sostener los derechos de la patria viene á llamar á sus puertas, entonces se le ve revestirse de la bravura y marchar al combate con los pasos tranquilos de la heroicidad. Amigo fidelísimo,

---

(1) Salmo C, 3.

¿quién no creía poseer una parte de su corazón? En fin, por la justificación de su conducta y por la mansedumbre de su carácter, parece que se han escrito para él las palabras que se dijeron de la Sabiduría: «Todos tus caminos han sido bellos, y pacíficos todos tus senderos» (1), y que en su persona se ha verificado el ósculo de la paz y de la justicia: *Justitia et pax osculatae sunt* (Psal. LXXXIV, 11). Pero, si sus virtudes domésticas le han hecho el blanco de nuestras simpatías, veamos cómo su misericordia lo recomienda á nuestra gratitud.

Un deseo secreto de ensancharnos más allá de nosotros mismos nos hace mirar con disgusto lo que está sobre nosotros, y que creemos un obstáculo á nuestro aumento. Los títulos, los talentos que elevan á los demás, son ofensa que no sabe perdonar nuestra soberbia, un peso que nos abruma, y que queremos sacudir, aunque sea apoyándonos en la injusticia. La conciencia de nuestra inferioridad, lejos de ser un motivo que nos recomiende el mérito, viene á ser el origen de esa pasión ingrata que, como víbora, no puede abrigársela, sin que se sientan sus mordeduras. Los hombres apetecen las alabanzas, pero entre tanto son el ruido más insoportable para sus oídos las alabanzas ajenas. Enemigos de todo lo que los humilla, aborrecen esos elogios, porque son una confesión pública de la superioridad que envidian. Sin embargo, hay acciones que por su eminente beneficencia, los hombres no pueden menos que aplaudirlas á pesar de su soberbia: Por este medio el Sr. Barra se ha adquirido los justos elogios que se le han tributado.

Llamado á desempeñar papeles importantes en la Di-

(1) Proverbios, III, 17.

plomacia, en la Universidad y en la Magistratura, veamos cuál es el uso que hizo de su elevación.

Mas ¿qué es por lo regular la elevación? Un estado brillante á los ojos del mundo, pero que, encargada de hacer la felicidad de otros, en realidad los constituye en servidumbre. ¿Qué son esos que veis elevados, tal vez sin más fundamento que su ambición? No son más que aquellos falsos sacerdotes de una religión vana, que devoran las ofrendas de los pueblos, y que, sin embargo, tienen impudencia para asegurar que la divinidad se ha criado con lo exquisito de esos manjares; que convierten en su propio beneficio lo que de ningún modo se les ha dado para ellos; que no ven en los títulos la carga que imponen, sino un motivo para exigir acatamientos que no permitan el que olviden su grado; un salvoconducto para soltar la rienda á la destemplanza de sus humores y de sus caprichos, un deber de que se les toleren sus vicios, aun los más vergonzosos; una autorización, en fin, para sacrificar todo á su egoísmo, que es el ídolo asqueroso que se oculta tras del aparato del lenguaje solemne con que se expresa la hipocresía.

Pero el Sr. Barra no mira en su rango sino la obligación. Si se halla con ascendiente, cree que debe servirle exclusivamente para influír en beneficio de su país y de sus semejantes. Revestido de un alto carácter cerca de dos cortes de las más respetables de Europa, su único anhelo es el desempeñar á satisfacción de su patria la misión delicada que se le ha encargado.

Llamado á ocupar un asiento distinguido en la Universidad, se le ve siempre solicitando la cooperación de aquel cuerpo para satisfacer los instintos bondadosos de su corazón. El título de Decano no es para él un nombre vacío é inventado solamente para lisonjear la vanidad: se le ve con frecuencia recorrer los establecimientos de educación, á fin de introducir las mejoras oportunas. Pero el amor

de los pobres lo hace recomendable en todas partes; y en la Universidad trabaja por mejorar y generalizar la instrucción de la clase menesterosa.

Como Intendente, ¿qué multitud de proyectos no sabe desarrollar su beneficencia? Si todos no se realizan, es debido tal vez á la escasez de hombres como el señor Barra. Por todas partes se le encuentra atento, espiando las ocasiones para obrar con misericordia. Las muchas atenciones de un magistrado que se halla á la cabeza de esta provincia, no son bastantes para impedir los ímpetus de su caridad. ¡Qué multitud de vasos de perdición no arranca de manos de la lubricidad, y con consejos suaves y paternales les hace mirar con horror sus extravíos! ¡Cuánta su solicitud por hacer más tolerable la suerte de los que gimen bajo el peso de las cadenas! Las cárceles, que, por lo general, son el escollo fatal del pudor y la escuela de los vicios, lejos de ser un sostén de la moral, quiere el Sr. Barra que sean un taller, bajo el influjo de la religión, que convierta en hombres morales y de sentimientos humanos á los que habían sido hombres sólo en la figura. Con este intento ¡cuánto ascendiente no trata de dar sobre esos infelices al sacerdote que los asiste, haciendo pasar por su mano todas las gracias y beneficios que se le dispensan! ¡Cuánto anhelo no pone de su parte para dar madres adoptivas á esos infantes desgraciados, á quienes un crimen ha introducido en el mundo, y otro crimen los abandona en las puertas de la vida! ¿De cuánto no le es deudora la clase obrera? ¿Cuáles son las instituciones que tienden al mejoramiento de su condición, en que no haya tenido la parte más influyente? Por todas partes llevan sus obras estampados los rasgos del sentimiento que le fué dominante. Poco sería para satisfacer su corazón establecer una sociedad que consultara las necesidades de la agricultura, si no le imprimiera al mismo

tiempo el carácter de *benéfica*: anomalía que será chocante para los que no hayan conocido á su piadoso fundador.

Chile, que tanto se ha jactado de marchar á la vanguardia de muchas repúblicas de este continente, que tanto llama por sus riquezas la atención de los extranjeros; Chile, harto de sí mismo, ocultaba una llaga repugnante con el lujo ostentoso de que se cubría; y la misma abundancia que contribuía á multiplicar sus glorias, *multiplicaba sus ignominias*. Chile dejaba á sus vírgenes huérfanas gemir de miseria, y á sus viudas sin más recursos que la mendicidad; y lo que forma el decoro de las hijas de Sión, se veía abandonado por las calles á merced del pillaje y por blanco de las asechanzas del desenfreno.

Estaba reservada para el señor Barra la gloria de realizar un benéfico pensamiento que otros habían concebido. Aplica sus manos y desaparecen los obstáculos que se oponen á la planteación de un Asilo, salvador de las confusiones de la indigencia. Su tacto fino, su fe, superior á los contratiempos, le hacen ver con sus propios ojos lo que formará la alegría de su pueblo. El Asilo, aunque no derrame todavía los consuelo con la abundancia que desean sus beneméritos fundadores, ¿qué inmensos beneficios no nos promete? ¿Cuántas, que han marchado sin inclinarse en medio de unas sendas difíciles y resbaladizas, vienen, arrastradas por la miseria, á deponer sus glorias sobre las aras de la ignominia? ¿Cuántas vírgenes destituídas de apoyo, y para quienes su confusión es su mayor tormento, sucumben bajo el peso del hambre y de la desnudez? ¿Cuántas se ven precisadas á hacerse el pábulo de pasiones infames, á pesar de un fondo de honradez que les hace mirar con desconsuelo sus extravíos, porque pidieron pan y no había quién se lo partiese? (1) Esta casa está llamada á re-

(1) Trenos, IV, 4.

mediar esos males; y, si no atiende á cuantas solicitan sus beneficios, la falta es de la penuria de sus ingresos y de lo insuficiente de sus edificios.

¡Qué satisfacción para el Sr. Barra al verse en medio de esas pobres, como aquellos antiguos patriarcas, rodeados en sus tiendas de los que hospedaban! Al acordarse que mediante sus esfuerzos la indigencia honrada encontraría una tutela de su inocencia y un apoyo de su debilidad, ¡qué gozo tan puro no experimentaba su corazón misericordioso, y cuán recompensados no hallaba sus sacrificios! Vosotros mismos habéis sido testigos, no ha muchos meses, de aquellos momentos de indecible fruición que hacen en el tiempo la recompensa de la virtud. Yo confieso, señores, que el espectáculo que más eco hizo en mi corazón, y que dejó en él una impresión más duradera en la solemnidad de la dedicación de este templo, fué el ver el rostro amable del Sr. Barra regado por un llanto que en vano trataba de reprimir. ¡Lágrimas suaves, lágrimas preciosas, que solamente sabe verter sin amarguras un corazón que hace beneficios!

Sí, la dulzura que se experimenta al hacer el bien, es un placer que jamás se agota. El corazón se acostumbra á la prosperidad, y muy pronto se hace indiferente; y, mientras más gusta de los placeres, más se endurece; pero la frecuencia de hacer beneficios lo hace más sensible para un placer que, mientras más se gusta, más se apetece. Pero es cosa extraña que, teniendo la misericordia, aun en esta vida sujeta á pruebas, una recompensa tan importante, sean tan pocos los que se consagran á ella de corazón. Es el orgullo el que hace todo el fondo de nuestras liberalidades, y por eso no sentimos la satisfacción que las acompaña. Siempre en espectáculo á los demás, son las miradas ajenas las que nos hacen abrir la mano, cuando á pesar nuestro nos encontramos con la indigencia; pero, des-

de que falta quien nos aplauda, desaparece la compasión.

Gustadlo por la experiencia, y veréis cuán suave es el hacer felices á los que sufren. Ahí tenéis esa pobre casa, que gime como viuda, *porque se le ha caído la corona de su cabeza*; ahí tenéis esas pobres que con rostro abatido *han convertido sus cánticos en luto*, *porque ha desfallecido* el *gozo de su corazón*. ¿Qué uso más acertado podéis hacer de vuestros bienes de fortuna y de vuestro ascendiente? ¿Permitiréis que sus *lágrimas no desaparezcan* de sus mejillas y que se lamente con Jeremías de que *no hay quién las consuele*, *y que las han abandonado todos los que debían ser sus* amigos? Toleraréis que las esperanzas de un retiro pacífico *se les conviertan en una profecía de terror y quebranto?* (Trenos).

Si queréis ser dichosos, sólo las obras de misericordia pueden hacer gustar á vuestro corazón una felicidad la más depurada de sinsabores, y la más grande que puede encontrarse sobre la tierra. Si apetecéis la gloria, ellas dejarán rasgos indelebles, que pasarán vuestra memoria á la posteridad. Ellas, sin que se pretenda, se convierten en el monumento que sostiene la imagen de quien las hizo, y las lágrimas de una generación reconocida es la tinta más indeleble con que puede estamparse su nombre. Sed útiles á los hombres, y ellos os colocarán entre los *inmortales*. El reconocimiento es el que indujo á las pueblos gentiles á contar entre los dioses á los que les habían hecho beneficios...

Y Vos, divino de Jesús de nuestras almas; Vos, que por caridad quisisteis descender á la tierra para enseñarnos esta virtud; Vos, que por caridad os sacrificasteis por nosotros; Vos, que á la caridad habéis prometido el perdón de los pecados; ostentad vuestras antiguas bondades con el que ha sido misericordioso. Si la fragilidad le ha hecho

participar tal vez de las miserias á que están sujetos los que han sido concebidos en pecado, aplicadle el tesoro de vuestros méritos, para que su alma, purificada más que la nieve, vuele á recibir la corona que preparáis á esa virtud en la mansión de la eterna paz.—Así sea.



Don Juan Francisco Meneses

En 1785 nació en Santiago, donde murió en 1860. Se recibió de abogado en 1804; fué catedrático y consiliario de la antigua Universidad, miembro y decano de la Facultad de Leyes en la moderna, escribano y asesor del gobierno realista. Viudo de Doña María del Carmen Bilbao, fué ordenado en 1822. En seguida fué Cura de Los-Andes, Rector del Instituto Nacional, Diputado, Senador, Ministro de Estado y Canónigo de esta Catedra en la cual llegó á la dignidad de Deán.

SERMÓN

En la solemne acción de gracias por la victoria de Yungay

Et nunc, reges, intelligite; erudimini qui judicatis terram. Servite Domino in timore, et exultate ei cum tremore. (Salmo XXXI, 10-11).

Y ahora, Reyes, entended; aprended los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor, y regocijaos en El con temblor.

Excmo. Señor:

Aquel Dios grande que todo lo sacó de la nada; el que dió el primer movimiento á los orbes, no dejó al acaso el gobierno de las obras de sus manos. Supremo Conservador del orden, El lo mantiene sujeto á leyes infalibles, y todo lo dispone con su infinita sabiduría, según conviene á sus fines altísimos é impenetrables. Si permite los males, ellos mismos entran en sus soberanos designios á producir bienes, en que resplandece el poder de su diestra y nos da claras lecciones; lecciones á las veces terribles, para enseñarnos que sólo en su mano está el reino, la potestad y el imperio; que El eleva y humilla á las naciones y los pueblos; premia las virtudes, castiga los vicios de los mortales; y que éstos no pueden encaminarse á su fe-

licidad, sino por la senda que les trazó antes de todos los tiempos.

Entended, ahora, Reyes, aprended los que mandáis en la tierra: no es vuestra la autoridad, ni podéis usar de ella á vuestro arbitrio. Reducidos á cierta esfera, no os es dado traspasar sus límites; y si, despreciando el orden de las cosas, queréis invertirlo, os será permitido tal vez avanzar pasos que parezcan seguros; los acontecimientos os serán por algún tiempo lisonjeros; tomará acaso un cuerpo parecido á la realidad el fantasma de gloria y de grandeza, en pos del cual os habéis lanzado; pero, cuando ya juzguéis que os coronan los triunfos, el Señor se burlará de vosotros, haciendo que vuestras propias astucias os deslumbren, que os enreden vuestros propios lazos y que vuestro propio edificio, levantado sobre arena, os sepulte en sus ruinas y os reduzca al polvo de vuestra nada.

Muy distinta será siempre la suerte de los que se fundan sobre la firme é indestructible piedra de la justicia: ellos no podrán ser conmovidos. Que les embistan las furiosas olas de la tribulación; que soplen los embravecidos huracanes de los vicios; que los hombres y la naturaleza toda parezcan conspirar á su ruina: han puesto sus esperanzas en el Altísimo, y no serán burladas; porque su mano omnipotente, por medios ajenos de la humana previsión, les dará el auxilio oportuno, cuyos efectos serán siempre superiores á cuanto pudieron prometerse.

Creo no equivocarme, señores, si afirmo que en lo que acabáis de oír se está presentando á cada uno de vosotros la escena, cuyo glorioso desenlace os ha traído, llenos del más justo regocijo, á ofrecer en este santo templo al Señor el sacrificio de alabanzas, como único obsequio digno y proporcionado á los inestimables bienes de que ha querido colmarnos. ¿Qué es, en verdad, lo que ha pasado delante de nosotros? Hemos visto un hombre que se levantó como una nube, y cuya carrera fué semejante á la de la

tempestad; que turbó la tierra llenando de luto y desolación los pueblos; que destruyó unas repúblicas, amagando á otras con iguales estragos. Lo vimos hecho el árbitro de los destinos, sujetándolo todo á la sola razón de su fuerza. Lo vimos ayer soberbio y elevado: hoy se busca y no se encuentra su lugar. Como el incendio, que sólo alumbra para dejar conocer sus ruinas, él brilló para hacer patentes las calamidades que ha causado y para llevar tras sí el sitio del oprobio, el dolor de la viuda, el llanto del huérfano, los ayes del menesteroso y los clamores del oprimido. Sus esperanzas perecieron para siempre; y de sus fantásticos progresos sólo le quedan remordimientos desesperados.

¡Oh, cuán contrario es el cuadro que presenta al mundo el pueblo dichoso, á quien ha cabido la gloria de poner un dique al torrente de males que amenazaba inundar á toda la América del Sur; destruír al usurpador de la soberanía de las naciones; volver la vida civil á dos repúblicas hermanas, y afianzar él mismo su seguridad, que llegó á ver amagada! Contenido en los límites de su justicia, él declaró una guerra necesaria, aunque mirada por muchos como superior á sus recursos: guerra desigual, contra quien nunca se paró en la elección de los medios; guerra en que, peleando contra mayor número de enemigos y contra cuanto puede oponer la malignidad del hombre, ha triunfado de un modo digno y correspondiente á los nobles fines que se propuso y á los justos medios que empleó para lograrlos.

Señores, en los cuadros que acabo de ofreceros, os he presentado el plan de un discurso en que el orador cristiano debe cuidar de la doctrina que ministran los hechos, para no defraudar de ella á su auditorio. Con este designio, yo os propongo la destrucción del tirano levantado en América, como la lección más eficaz á los hombres, á los pueblos y á los gobiernos, para no acometer empresa al-

guna, por conveniente que parezca, como sea contraria á la justicia. Os propongo el triunfo que de ese tirano hemos reportado, como la lección más importante á nosotros, para que, confiando en la protección del Señor, nada temamos cuando se ofrezca defender justamente la dignidad de nuestra Nación. ¡Quiera el Padre de las luces darme las que necesito, para explicarme de un modo digno de este lugar santo y de la concurrencia respetable que me escucha! Ayudadme á pedirlo, Cristianos, por la intercesión de la que es Madre de la luz increada, á quien saludo reverente: *¡Ave María!*

Et nunc, Reges, etc.

Solo Dios es grande, poderoso y sabio: y en El tan sólo puede el hombre encontrar el poder, la sabiduría y la grandeza; pero, desviado de esa fuente de todo bien, nada tiene sino ignorancia, debilidad y miseria. Faltó el primer hombre á la justicia, y en lo que creyó hallar la mayor perfección de su ser, causó la última desgracia suya y de toda su posteridad; han faltado sus descendientes, solicitando un aparente bien, y un cúmulo de males ha sido el único fruto de sus acciones. La desgraciada historia del género humano casi no presenta otra cosa que tristes ejemplos de tan claras verdades; en el curso de nuestra vida á cada paso tropezamos con ellos; y no parece que permite la Providencia Divina se reproduzcan y continúen en el mundo sino para que aprendamos á poner en nuestros pensamientos y en nuestras obras el término debido.

Entre esos ejemplares obtendrá siempre un lugar señalado el que hoy miramos. Un hombre que, elevado á un rango no merecido, debió sólo ocuparse en la felicidad de los pueblos que le exaltaron; dominado por la ambición, pensó únicamente en el engrandecimiento de su persona.

El presidente de Bolivia concibió y puso en ejecución el mal acordado y detestable proyecto de formar y presidir un imperio sobre las ruinas de las repúblicas sudamericanas. Ni el pacto solemne establecido y respetado por ellas, ni el juramento que le ligaba al de su nación, ni tantos obstáculos en el orden natural, moral y político, fueron suficientes para curarle de su manía; y, resuelto á la empresa, empleó en ella medios que necesariamente debían corresponder á sus falsos principios.

Trabajar en la oscuridad para aprovecharse de la inexperiencia y falta de previsión de hombres y pueblos nuevos en la vida política; fomentar en todas partes las divisiones; soplar en ellas el fuego de la discordia; causar desastres, y proporcionarse de este modo su deseada intervención, éstos fueron sus ardides favoritos.

Logró al fin por medio de ellos su degradante victoria de Socabaya; y se abrió con ésta las puertas del Perú. Entonces unos simulacros de representación nacional echaron á tierra la Constitución y la Independencia peruana, para que en el célebre pacto de Tacna se derrocasen también las de Bolivia; y, á la sombra de una pretextada Confederación, se pusiesen las bases del poder más absoluto; á cuyo carro debían seguir después atadas las repúblicas que conservaban su soberanía. Chile era una de ellas; y el tirano no dudó sojuzgarla, haciéndole primero el presente de la guerra civil, conforme á su sistema de dividir para dominar.

¡Insensato! Mal conocía el carácter de un pueblo que, si se distingue por el estricto respeto que guarda á los demás, ni conoce peligros, ni repara en sacrificios cuando se trata de defender su dignidad y honor. Pero ésta fué una disposición especial de la adorable Providencia, que, queriendo enjugar las lágrimas de los oprimidos, cegó al opresor, para que se estrellase contra la nación á que había librado su castigo.

Poco tardó en principiar á sentirlo el temerario, que, cuando esperaba alegres noticias de los desgraciados que mandó á perturbar nuestro reposo, miró los efectos del justo enojo de un pueblo altamente ofendido. Nuestro Gobierno, nuestras Cámaras, los hombres todos del Estado pesaron en la más justa balanza los hechos del tirano y los intereses vitales de Chile, tan ligados con la suerte de las Repúblicas oprimidas y de las demás á quienes de diversos modos se habían tendido y se tendían los lazos de la traición. No era posible dejar al déspota en su actitud, y esperar la paz interior; no se podía existir sin temores por las repúblicas libres, dejando á dos hermanas esclavas; ni era justo mirar con indiferencia la suerte desgraciada de dos grandes pueblos dignos de otra mejor.

Tan justas causas produjeron la decisión más unánime y mejor acordada. Notificar al déspota que dejase al Perú en entera libertad para decidir de su suerte, y en su negativa declararle la guerra; tal fué el voto de Chile, y fué cumplido. Pero aquél, que sobre todas las cosas estimaba su falso puesto, lo prefirió á una guerra inevitable, en que creyó podría superarnos, cuando no con las armas, con la intriga y con todos los reprobados arbitrios que después le hemos visto tocar; pero se engañó. En todos los sucesos de esta contienda siempre probó amargos desengaños: una vez sola le halagó la ilusión, mas duró poco tiempo; y últimamente vino á experimentar en un solo golpe la absoluta pérdida de cuantos materiales había acopiado entre injusticias y violencias para levantar su quimérico trono. Los soldados, las armas, el ejército más bien ordenado, el fundamento único de la tan preconizada como mentida opinión de los pueblos, todo pereció y quedó sepultado en el campo de Yungay; y el miserable voló despavorido en alas de su miedo, pero aun sin perder sus agonizantes esperanzas.

Poco tardaron los pueblos en desmentirlas. A los que

antes reprimía la fuerza, la libertad hizo expresar sus votos de un modo franco y firme. El opresor destruído oye la voz unánime que lo repele y amenaza; procura evadirse del castigo que teme; y, perseguido en su fuga hasta las orillas del mar, mira como gran bien perder la patria que no merecía, y hallar un asilo entre las gentes del viejo mundo, ante quienes se empeñó tanto, para hacer que apareciese su persona con colores que de ningún modo le convenían, para degradar á los pueblos que tenían la desgracia de sufrirle, y aun al mismo imperio que pensaba establecer.

Correrá pronto el tiempo, y la culta Europa y el mundo todo conocerá los engaños de aquel delirante. Si él, en lo exaltado de su frenesí, se lisonjea alguna vez con la protección de las grandes potencias, éste será uno de sus sueños más dislocados. Ni el pundonor de aquellos gobiernos permitirá su intervención en los intereses de naciones independientes, ni las relaciones con éstas pueden posponerse á la amistad de un hombre sin hogar, ni es ya desconocido el resuelto problema, de que toda fuerza es insuficiente para superar á la nación que conoce su dignidad y está dispuesta á sostenerla.

Tal ha sido el desenlace de las torpes marañas de quien, declarando en todo sentido guerra á la justicia, se ha precipitado en lo profundo de la abyección y de la nulidad. Esta es la suerte que ha cabido siempre á cuantos han querido llevar hasta este grado la arrogancia y la violencia. Esta es la conducta tan propia del que abate á los soberbios y levanta á los humildes; y la más conforme con las reglas de su sabiduría, con las determinaciones de su justicia y el ejercicio de su poder. Esta es la suerte de los Faraones, de los Goliats, de los Baltasares, Antíocos y otros tantos que, fiados sólo en la fuerza de su brazo, insultaron al pueblo de Moisés, de David, de Daniel y de los ilustres Macabeos; ella, la de todos los tiranos, ó sus des

cendientes, en cuyas manos el Señor ha querido continuar, por juicios incomprensibles, las calamidades que causaron sus autores.

¡Dígase todavía, á vista de estos desengaños, que sólo debe cuidarse de la fuerza para dominar los pueblos! Si así fuese, nuestra causa habría perecido. Sin contar con que nuestro adversario hacía servir á sus caprichos las personas y las fortunas de una población incomparablemente mayor que la nuestra; y con un ejército en que invertía toda la substancia de los pueblos; tenía una marina, cuando nosotros nos hallábamos sin un solo buque de guerra en estado de combate. Tomó la ofensiva alevemente, cuando nosotros dormíamos en el sueño de la buena fe; y las noticias de su agresión nos llegaron cuando las naves, que arrojó para sumirnos en el desorden, ya estaban inmediatas á nuestras costas. ¿Pudo él pensar que esas mismas naves nos sirviesen para deshacer sus propias tentativas? ¿Le pudo ocurrir que un solo bergantín de guerra le quitaría las embarcaciones destinadas para invadirnos *como defensor de los Gobiernos legítimos*, *y juez, declarado por él mismo, de la legitimidad?* ¿Pudo prometerse que, á pesar de cuanto trabajó por enervar nuestra acción, llevásemos por dos ocasiones la guerra al Perú y fijásemos allí el estandarte de la libertad, para que se nos uniesen los peruanos virtuosos á trabajar en su causa y la nuestra? ¿Pudo consentir en que la multitud de sus veteranos, las ventajas de sus posiciones, todo había de ceder y ser destruído en un momento al impulso de nuestras armas? Nó, por cierto: nuestro enemigo contaba segura nuestra pérdida; pero no se acordaba del Dios de los Ejércitos. El había decidido la causa á nuestro favor, y nuestro triunfo era ya necesario.

Desengañémonos, señores: los pensamientos de los hombres son vanos, falsos sus pesos, errados sus cálculos, si en ellos no entra Dios; porque sin Dios no hay verdad; ni El,

que es por esencia la bondad suma, puede alguna vez ponerse de parte de la injusticia; y para creer en los progresos de ésta, es preciso desconocer una providencia que gobierna el orden y preside los acontecimientos.

Pero, aun prescindiendo de los altos principios de nuestra religión, la razón sola basta para convencernos. Son la injusticia y desorden compañeros inseparables: no puede cometerse aquélla sin que éste se introduzca; ni él puede existir sin que principie y concluya la ruina de los Estados. Así, al modo que la carcoma progresa en el leño hasta destruírlo, la injusticia hace iguales avances en los cuerpos políticos para echarlos á tierra en medio de la confusión y del oprobio. La injusticia no gana amigos, y hace, por lo mismo, débil al Gobierno que la admite, precisándolo á sostenerla con otras mayores, á condescendencias indebidas, manantial fecundo de otras muchas, ó á tomar el camino de la crueldad y el terror, de que sólo reporta la humillación y el odio de los súbditos, el desprecio y el atrevimiento de los extraños. Verdad es que nada hay tan frecuente como ver á la injusticia entronizada y á la justicia abatida: efectos propios son éstos de la degradación de nuestra naturaleza; disposiciones son del que todo lo regla para castigar la culpa de los hombres, para traerlos al camino verdadero, ó para perfeccionarlos en él; pero es el orden constante de la Providencia arrojar y quemar el azote de que se ha valido, cuando ha llegado el tiempo de suspenderlo.

No cantéis victorias, tiranos; ni creáis que quedarán impunes los insultos que hacéis á los hombres y á las naciones débiles: día vendrá en que vuestra misma opresión ministre las armas y los arbitrios todos para destruíros; y entonces, á vuestro despecho, aunque tarde, conoceréis que hay Dios, que hay Providencia, que hay justicia, y que el poder de que abusasteis ha desaparecido como el humo. Mirad el ejemplo que hoy se os presenta; y á su

vista, reyes, entended, aprended los que mandáis en la tierra; servid al Señor en los altos destinos que os ha confiado; pero servidle con temor de quebrantar sus Leyes santas é inmutables; no prefiráis jamás la aparente conveniencia á la justicia, porque no puede haber sin justicia conveniencia; huíd de los falsos políticos, que prefieren á lo justo lo que llaman razón de estado; máximas semejantes han sido y serán en el mundo, fecundos manantiales de inquietudes, guerra, desolación é ignorancia; y por ellas siempre han venido á concluír los grandes imperios. Escuchad sólo al espíritu de Dios que os dice: *servite Domino in timore*; y, obedeciendo á este oráculo, confiad que en los peligros estaréis siempre serenos, y en las lides seréis seguidos siempre del triunfo.

No lo dudéis, señores: la victoria es de Dios; al hombre toca la acción; á Dios el coronar sus resultados: debemos en todo trabajar hasta donde alcanzan nuestras fuerzas, y más allá esperar seguro el oportuno auxilio. Cada favor que recibimos de la liberal mano del Señor, es un argumento que tenemos para esperar otros mayores. ¿Y cuánto no deberemos prometernos después de los repetidos y tan singulares que ha querido hacernos en la guerra que hemos concluído?

Ellos son tales que, quitando todo lugar á nuestro orgullo, nos ponen en la dulce necesidad de conocer y confesar que todas son obras de la mano del Altísimo. ¿Quién sino ella pudo hacer lo que nosotros no pudimos prevenir, ni esperar de la fragata *Monteagudo?* Substraída por dos chilenos de la expedición invasora, vino á nuestro poder para que con ella restituyésemos el orden en Chiloé, y redujésemos á nuestro servicio los buques que se habían destinado para principiar nuestra ruina. Nuestra pri-

mera empresa sobre el Callao, tan bien lograda como útil, ¿á quién puede atribuírse sino al que sugiere los grandes pensamientos y da la resolución y la fuerza para ejecutarlos? Pero el unánime sentir de toda la República, la decisión, el entusiasmo general por la guerra más justa, la formación casi repentina de un Ejército, puesto ya en estado de embarcarse para salir al Perú, ¿de qué otra fuente podía provenir, sino del que sólo tiene la virtud de reducir los ánimos á la unidad y dar todo el vigor y la oportunidad á las acciones de los hombres?

¡Cuánto debemos, Señor, á tus bondades, en los tiempos primeros de nuestra contienda! Pero ¡ay! que tal vez, desconocidos á tus beneficios, ó fiados más de lo que convenía en la mano del hombre, te pusimos en la necesidad de afligirnos, ó queriendo purificarnos en la tribulación y seguramente manifestarnos la ternura de tus paternales cuidados, permitiste aquella catástrofe, que aun en medio del júbilo hace asomar las lágrimas á nuestros ojos. ¡A dónde me ha conducido, Señores, el discurso! ¡Hombres inhumanos, asesinos crueles! ya sentisteis nuestra indignación y expiasteis vuestra culpa. ¡Víctima amada! ya pagamos, y pagaremos siempre ante tu tumba, el tributo del dolor.... Corramos, Señores, un denso velo soel trágico suceso de Quillota; pero en esta revista de los beneficios del Señor, no olvidemos con cuántos prodigios se dignó salvar entonces la nave del Estado, ni los muchos bienes con que se apresuró á enjugar nuestro llanto. Tres meses pasaron, y el ejército rehecho, mejorado en su moral y disciplina, aumentado con nuevos valientes y provisto de todos los elementos necesarios, partió de nuestras costas al Perú, unido á los peruanos libres que, acogidos en nuestro suelo, pusieron aquí las bases del ejército con que habían de trabajar en unión de nosotros.

¡Cuántos presagios no tuvimos entonces de una cierta y pronta victoria! Pero ella debía diferirse para que fuese

más meritoria y más deseada. Estaba reservada para que el Rímac y el Santa recordasen en los tiempos más remotos las glorias del genio del Bío-Bío, del guerrero de Arauco, del que puso fin en Chile á la guerra, del que ha sido dotado por la Providencia, del ardor y la calma en los combates, y de la dulzura de la paz. Era preciso que recogiese sus laureles el primer veterano del Perú, el hombre honrado, que, probado en las aguas de la tribulación, debe haber recibido eficaces lecciones de prudencia, justicia y fortaleza, para desempeñar los altos destinos á que parece ser llamado. Era en extremo conveniente que á ese ilustre Jefe se uniesen estrechamente los que parecen llamados también á cooperar con él en la grande obra de la prosperidad del Perú. Era sobre todo necesario supiese el mundo entero que Chile en ningún caso capitula con la sinrazón.

Los tratados de Paucarpata fueron desechados. Nuestros guerreros corrieron por segunda vez á la lid; y en vano el genio del mal concitó todas las furias para destruírlos, apenas pisaron el teatro de sus glorias; ellos en el puente del Rímac sobre los cañones que vomitaban sin cesar balas y metralla, ostentaron un valor que tiene pocos ejemplos; y en la capital del Perú, después de un triunfo, la moderación y el sufrimiento que no tienen semejantes. Desde ese momento, la victoria no se separó de nuestras armas. Matucana, Llaclla y Buín serán eternos monumentos de vergüenza para el tirano y sus esclavos; de denuedo, arrojo y firmeza para los chilenos; y al ruido de las olas de Casma, se recordará siempre el escarmiento de extranjeros especuladores sobre las desgracias de los americanos, que no repararon en venderse al déspota para hacer el vil oficio de corsarios.

Estos fueron preludios del gran día en que tuvo lugar la nunca bien alabada batalla de Yungay. En aquel sitio, tan proporcionado para la más ventajosa defensa, se ofre-

ce á vuestra consideración el usurpador de la libertad de los pueblos con siete mil veteranos aguerridos, orgullosos y provistos aun de lo superfluo. Allí permanece sin buscar á los nuestros, que á distancia de tres leguas le esperan. El enemigo quiere precisar al Ejército Restaurador á consumirse en medio de las privaciones, ó á buscarle en su formidable guarida, en que cree segura la victoria. Los nuestros corren á esa mansión de la injusticia, que será muy pronto para ella el lugar de su suplicio y de su sepulcro. El número de esos valientes es casi doblemente inferior al de sus contrarios; van trabajados por el hambre, desnudez y enfermedades; y la mayor parte de ellos es nueva en el ejercicio de las armas; pero vedlos, señores, cómo corren alegres á los peligros que desprecian. ¿Quién les ha dado en cada pecho un muro, ha convertido sus pies en alas, y en armas irresistibles sus brazos? Mirad cómo acometen, y observad que ni las formidables alturas defendidas por hombres desesperados, ni las lluvias de plomo, ni los arrojados peñascos, ni el profundo cauce, ni el desigual terreno, ni los atrincheramientos de la línea del tirano, ni, en fin, el último esfuerzo de sus tropas, puede evitar la destrucción más completa del ejército protectoral, ni la victoria más señalada que se ha visto en América. Ella se canta al fin por los libres; y, corriendo con la velocidad del viento, con la misma cambia la faz del Perú y Bolivia. Las cadenas se rompen al instante; los pueblos entonan himnos de alegría; y entre sus júbilos, celebran con justo entusiasmo al pueblo cuya decisión y constancia les restituyó la libertad perdida.

¡Eterno loor á Ti, Suprema Mano, de quien recibimos tantos bienes! ¡Eterna gratitud, porque, para lograrlos, no hemos sentido ninguna de las calamidades de la guerra: ni impuestos agravados ó creados de nuevo, ni extraordinarias contribuciones ó empréstitos, ni el menor insulto á la propiedad han tenido lugar entre nosotros! La lista civil,

el crédito público, todas, en fin, las cargas del Erario no han padecido el menor atraso. La agricultura, el comercio, han seguido en progreso; y á nada se ha faltado de cuanto conduce al lustre y al decoro de la República.

¿Qué retribuiremos nosotros al Señor por tantos dones? Un corazón agradecido y confiado en que ha de dispensarnos todavía otros más grandes. Esto es lo que nos pide ese Ser todo amor, que, conociendo nuestra miseria, ha querido lo esperemos todo de su misericordia; y todo nos ofrece á condición de nuestra confianza, bajo la garantía de su Omnipotencia.

Bajo tal auspicio os he dicho, señores, que no debemos temer peligros, sin querer por esto haceros temerarios: no intento excitaros á las guerras, sean cuales fueren; pero sabéis que hay puntos vitales en que no es posible transigir ni ceder, y es necesario ocurrir al tribunal terrible de la fuerza. En estos conflictos, no debe asustarnos el mayor poder del injusto, antes bien debemos en ellos esperar en el que tiene á su arbitrio la victoria, y puede darla con pocos ó con muchos combatientes. Por esta confianza fueron vencedores de las naciones extrañas Gedeón, Barac, Sansón, Jepté, David y Samuel, que, fuertes en la fe, deshicieron los ejércitos. Esta confianza fué la que dió ánimo al viejo Matatías para levantarse él solo contra todo el poder de Antíoco y emprender aquella guerra que legó á sus hijos y que produjo á éstos y á su pueblo tantas glorias. Ella, la que inflamaba el pecho del Profeta-rey cuando decía en los transportes de su júbilo: «El Señor es mi luz y mi salud; ¿á quién temeré? El Señor es el protector de mi vida; ¿de quién podré temblar? Aunque se levanten ejércitos contra mí, no temerá mi corazón; aunque venga sobre mí la guerra, yo esperaré en el Señor. Una cosa le he pedido, y ésta le pediré siempre: que habite yo en la Casa de mi Dios todos los días de mi vida».

¿Podría yo deciros más, señores, por mucho tiempo que

ocupase? Os he vertido á la letra las palabras que inspiró para nuestra enseñanza el Espíritu Santo á un corazón el más conforme con el corazón de Dios, y ésta es la prueba más relevante que puedo dar á mi proposición. Habitemos, católicos, en la Casa del Señor; no andemos por otros caminos que por los de la justicia; sea Dios el principio, sea el fin de nuestras operaciones; sirvámosle con temor de ofenderle; regocijémonos en El con temblor de esa Majestad que está presente á nuestros más íntimos pensamientos; hagámosle, como nos aconseja el mismo real Profeta, el sacrificio de justicia; esperemos en El, y nada temamos: así veremos siempre á nuestros pies nuestros enemigos; porque no se ha disminuído el poder del que destruyó al soberbio Holofernes por la mano de una mujer; ni la justicia que hizo aparecer aquellos dedos que escribieron la ruina de Baltasar cuando se gloriaba en su grandeza y opulencia; ni puede faltar la voluntad al que es todo misericordia para los que le temen: á ese Dios bueno, que tantos prodigios ha obrado con nosotros y que en este día, siempre memorable para Chile, sobre esta misma capital, dió la victoria, casi siempre inesperada, que decidió para siempre de nuestra suerte. Esperemos, os repito, señores, esperemos con justicia, y venga contra nosotros el poder todo de los enemigos que se nos declaren: nosotros cantaremos siempre con el mismo Profeta-rey: «Confíen ellos en sus armas, nosotros en el nombre del señor: ellos cayeron, nosotros nos levantamos y estamos erguidos». ¡Oh vosotros los que estáis llamados á intervenir en los negocios públicos! advertid que no hay otra política para establecer y consolidar la felicidad de los Estados, que la estricta observancia de los principios eternos de la justicia; y que cuanto salga de ellos, no pasa de una ilusión que se desvanece tarde ó temprano.

¡Ciudadano Ilustre, á quien el cielo ha favorecido más que á cuantos han gobernado á Chile independiente, y so-

bre quien más gravita la carga del reconocimiento á los divinos favores y de la conservación de los bienes que tu administración ha traído al Estado! grandes compromisos te ligan con ese Dios celoso de su gloria, con tu pueblo y con el mundo que observa y es un censor severo de los procedimientos del que manda. Los primeros exigen que continúes en ese cuidado, solícito de no separarte, ni permitir que se separen del camino recto los que de ti dependen; no sea que, enojado el Señor, te separe y nos separe á todos de la senda de la felicidad en que nos ha puesto por tu mano. Los otros te demandan por ahora el pronto regreso de nuestros valientes al seno de su Patria: veámoslos cuanto antes coronados de esos laureles tan bien adquiridos; y reciban de nosotros el más tierno abrazo de amor y gratitud. Véalos volver el Perú, sepa su regreso Bolivia, y certifíquese uno y otro Estado de sus nobles y puras intenciones y de que la guerra sólo fué dirigida contra el hombre funesto que causó en ellos tantas desgracias. Mírenlo á su pesar los temerarios, que se atrevieron á imputar á tan noble empresa planes de dominación y de conquista; y sepúltense en el abismo de su confusión. Sépalo el mundo entero, y conozca que *Chile es tan valiente como leal, tan pundonoroso como delicado.*

¡*Sacerdote grande*, y vosotros todos, Ministros del Santuario, que desde el principio de nuestra contienda no habéis cesado de clamar al Señor por el triunfo! ofreced en nuestro nombre la hostia inmaculada en acción de gracias por el que hemos reportado, y pedidle que conserve en nosotros su espíritu de rectitud y justicia, para que podamos recibir nuevos dones de su liberal mano.

¡*Dios Santo*, que desde tu trono excelso has visto nuestra lid, y en ella nos has dado la victoria! recibe los más humildes votos de nuestra gratitud y continúa en nosotros tus favores. Desde hoy á Ti dejamos todas nuestras causas: haz, Señor, que ellas sean siempre dignas de Ti. A Ti

consagramos nuestras voluntades: Tú les darás la paz, que sólo es tuya. Mira á nuestros hermanos del Perú y Bolivia, cuyas cadenas te dignaste romper: que aprovechen las lecciones que les has dado en la tribulación: dígnate unirlos con los estrechos lazos de la fraternidad, y haz que reluzcan en aquellas repúblicas la justicia y el orden. Vivamos todos siempre confiados en tu auxilio, y, siendo tan felices cuanto es dable sobre la tierra, á Ti cantemos la gloria en el día de la eternidad. *Amén.*



ORACIÓN FÚNEBRE

Por Fray Andrés García, franciscano, fallecido el 14 de Enero de 1853. Pronunciada el 23 de Julio de 1855 en las exequias que se hicieron en la Recolección con ocasión de la translación del cadáver del cementerio á la iglesia.

Vir simplex et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo. (Job, I, 1).
Varón sencillo y recto, y también temeroso de Dios y apartado del mal.

¿Os habréis congregado, señores, en este santo templo á renovar el llanto que el día 14 de Enero de 1853 causó la muerte del hermano Andrés García, hijo de esta santa Recolección? ¿Aun vuestros corazones estarán poseídos de la tristeza que en ese día se dejaba conocer en todos los semblantes? Nó: entonces nuestras sentidas lágrimas eran las más justas, nuestro duelo el más debido, por la separación de un individuo tan benemérito de Dios y de la humanidad: ahora nos convienen sentimientos de otra especie, á que nos llama nuestra sumisión filial á los inescrutables juicios del Arbitro Supremo de los destinos de los hombres; y á que nos invitan dulcemente el conocimiento que tuvimos y el amor que profesamos al que con su falta hizo sentir nuestro dolor. Dejemos ya la tristeza

para los que no tengan esperanza (1); y nosotros, que por la misericordia del Altísimo tenemos la que nos da nuestra fe y prescribe nuestra religión, vengamos poseídos de una santa alegría, no á esparcir flores sobre el sepulcro del hermano Andrés, sino á recoger las que en su alrededor producen con abundancia la consideración de sus virtudes y el recuerdo de sus ejemplos.

Sí, vengamos, separada la vista de las ilusorias figuras del siglo; retraídos en el secreto de nuestros corazones, á mirar al hermano Andrés, tal cual fué cuando tuvimos la dicha de conocerle; bendigamos al Señor, con cuya gracia practicó obras tantas y tan dignas de alabanza; y excitémonos á imitarle, caminando con la misma gracia por la senda de los santos mandamientos; ésta es la línea de conducta que hoy nos traza la razón ilustrada por la fe.

¿Qué os diré en estas circunstancias, de un sujeto por tantos títulos apreciable? Muy pocas palabras; las que empleó el texto sagrado para designar al santo Job en el principio de su historia: *Varón sencillo y recto, y temeroso de Dios y apartado del mal.* ¿No miráis, señores, contenido en estas palabras á todo el hermano Andrés? Seguidme en la aplicación de ellas á su persona, y hallaréis comprobadas estas proposiciones: 1.ª El hermano Andrés García, varón sencillo y recto, practicó con la divina gracia cuanto conviene á un sujeto dedicado enteramente al servicio del Señor. 2.ª El hermano Andrés García hizo en su vida cuanto el hombre, poseído del amor de Dios, debe hacer por amor de sus semejantes. De estas dos proposiciones deduciréis cuántas gracias debemos al Señor por habernos dado en este su siervo un fiel dechado de la vida cristiana; y cuánto debe ser nuestro empeño en imitarle, para que no nos sea infructuosa su memoria.

(1) I Tesalonicenses, IV, 12.

Asunto es éste que, si no desempeño á vuestra satisfacción y á medida de mi voluntad, no dejará por ello de producir al espíritu el aprovechamiento que os deseo: estadme atentos.

Había en la tierra de Hus, dice el texto sagrado, *un varón llamado Job y era aquel varón sencillo y recto y temeroso de Dios y apartado del mal:* principia señalando al sujeto cuyas hazañas, en el más recio combate del espíritu, van á ser el fin de su narración; demostrando todas las cualidades que lo adornaban y lo hacían apto para el triunfo; bien así como, debiendo referirse el de un luchador fuerte, antes se hace la descripción de su persona, lo recomendable de su estatura, lo vigoroso de sus brazos, lo pronunciado de sus músculos, la proporción toda de sus partes, la fuerza que está entrañada en ellas y la destreza adquirida por su continuado ejercicio, antes de su empeño en el conflicto de la lucha.

La de Job debía ser grande, toda del espíritu, y de las relevantes prendas de ese espíritu se hace la más completa mención en las pocas voces que ya hemos repetido. Llámasele varón, palabra que tiene tres significados en el idioma original de su libro; y que en este lugar designa, no un hombre cualquiera, sino dotado de un ánimo superior; de un hombre, en quien la razón impera y el sentido obedece, que no es afeminado para la virtud, y tiene toda la fuerza de ánimo necesaria para vencer cuanta dificultad pueda oponérsele. Llámasele sencillo ó simple; no ignorante, porque es un defecto la ignorancia, y la palabra *tham*, hebrea, significa sencillo y perfecto; debemos pues entender, sincero, puro, no doblado, ni con dos fases, una exterior, que demuestra bondad; interior otra, que es de la maldad la expresión toda: debemos entender

en lo sencillo un ánimo poseído y decidido por la verdad que conoce y manifiesta, siempre ajeno de ficciones y apariencias.

Consiguiente era que de ese varón sencillo se predicase el atributo de la rectitud; pues, siendo ésta una regla, cuyas líneas sólo pueden dirigirse á la verdad, el espíritu sencillo, del que la verdad es esencial constitutivo, de la verdad sola puede partir en el principio de sus operaciones, y á ella únicamente puede mirar como fin, sin desviarse á una parte ni á otra; lo que importaría dejar de ser sencillo y dejar también de ser recto.

A tales dotes, que como naturales considera la historia en la persona de su héroe, agrega lo sobrepuesto por la gracia, *temeroso de Dios y apartado del mal;* mas no expresa en esto el solo temor, sino aquel temor filial, que trae consigo todas las virtudes, y que señaló el Espíritu Santo, diciendo por boca del Profeta rey: *Bienaventurado el varón que teme al Señor, él tendrá toda su voluntad en sus mandamientos* (1); siendo de éstos pues, el primero, amar á Dios sobre todas las cosas; y el segundo semejante, como dijo Nuestro Señor Jesucristo (2), amar al prójimo como á sí mismo; nada es tan cierto como que el verdadero temor de Dios encierra todo el cumplimiento de la ley (3), que no puede darse sin la posesión de todas las virtudes; así es, que la sagrada historia, después de describir el ánimo de Job, hace relación prolija de sus acciones virtuosas, hasta decir que, en expresión del mismo Dios, no se encontraba sobre la tierra un hombre semejante á él en bondad (4).

Dispensadme, señores, si os he molestado demorándo-

---

(1) Salmo CXI, 1.
(2) San Mateo, XXII. 38.
(3) San Mateo, XXII, 40.
(4) Job, I, 8; II, 3,

me en la explanación de mi tema; la he estimado precisa para que se conozca el verdadero sentido de cuanto he de deciros justificando su aplicación al sujeto que nos ocupa. No esperéis en ella relación de otros hechos que de aquellos cuya noticia es general entre nosotros y cuya verdad es por todos reconocida, sin que haya uno solo que pueda atreverse á impugnarla; menos os hablaré de particulares portentos; muchos se refieren, en esta línea, del hermano Andrés; empero, ellos deben sujetarse al muy severo juicio de la Iglesia, suspendiendo entretanto el nuestro en punto tan delicado; ya porque en él puede excederse la piedad, ya porque la común afición á lo extraordinariamente maravilloso produce siempre en la generalidad el conato de dar demasiado bulto á los sucesos. De un solo acontecimiento me ocuparé, después que os haya demostrado la prueba de mis proposiciones, que ya principia.

El hermano Andrés García fué ciertamente un varón en el sentido que ya dejo expuesto: él manifestó siempre esa fortaleza y constancia de ánimo, tan necesaria, en la guerra del espíritu, para resistir á los ataques exteriores; y mucho más necesaria para los que interiormente se sufren por las malas inclinaciones propias de una naturaleza degradada. Nacido de una familia humilde pero piadosa, recibió de ella la educación cristiana, cuyos primeros rudimentos sembraron en la tierra bien dispuesta de su corazón aquella pequeña semilla del Evangelio; que, echando hondas raíces desde los primeros albores de su razón, fué cultivada por él con todo el cuidado que es preciso, para darle su perfección é incremento; defendiéndola contra tantos enemigos, que de distintas y esmeradas maneras trabajan en todos los instantes de la vida con el fin de arruinarla (1). Andrés, apenas informado en las primeras

(1) Job, VII, 1.

letras, fué destinado al ejercicio de pastor, en que, al mismo tiempo que se ejercitara su paciencia, se le expusiera á todos los peligros de la vida pastoril; que, si es muy adecuada para conservar y robustecer la virtud, ya concebida en el ánimo atento y cuidadoso, es también la más propia para dar fuerza á las pasiones y hacer grandes estragos en el corazón descuidado y distraído; pues, llevando el hombre á la soledad de los campos su mayor enemigo en sí mismo, si no procura tener á raya ese adversario, debe ser precisamente vencido: por esto el divino Maestro, queriéndonos prevenir contra las tentaciones, cuando por nuestro bien tuvo la dignación de hacer que las viésemos en su adorable persona, fué llevado por su espíritu á la soledad para ser tentado por el demonio (1): haciéndonos así conocer el peligro que en tal situación corre el espíritu mal prevenido.

Pastores fueron los hijos de Jacob, y, distraídos en la soledad, cometieron aquel crimen pésimo, de que fueron acusados á su padre por su hermano José, y redoblaron su malicia maquinando la muerte de su hermano (2). Pastor fué David, y, siempre vigilante en dirigir á Dios todas sus acciones, pulsando las cuerdas de su arpa, entonaba las divinas alabanzas, obteniendo las gracias que de grado en grado lo llevaron al punto más feliz que pudiera fingirse. Pastor fué Andrés, y en los campos al són de un panderillo hacía que resonasen en su boca los tiernos afectos á la Divinidad, de que abundaba su corazón, ahuyentando de ese modo al tentador y desbaratando todos sus recursos; de suerte que cada día era una repetición de sus triunfos, un aumento de fuerza para obtener otros mayores, una confirmación de su fe y de su

(1) San Mateo, IV, 1.
(2) Génesis, XXXVII, 2, 18.

esperanza en Aquel que nos fortifica, y en quien todo lo podemos (1).

Así crecida la virtud de Andrés, se hizo admirar de sus compatriotas como un verdadero varón; pero la Providencia, que lo destinaba á que fuese conocido lejos de su patria, las islas Canarias, dispuso viniese á nosotros. Una navegación, que probó su paciencia por graves injurias de los tiempos y gravísimas de sus compañeros de viaje, lo condujo á Montevideo; y de allí, tolerando una travesía extraordinariamente penosa, arribó á nuestras playas, en compañía de un ejemplar sacerdote, á quien había confiado la dirección de su espíritu (2).

Decid ahora los que le conocéis, los que observasteis á ese hombre, cuyo corazón podemos decir que estaba puesto en transparencia: ¿visteis en él un solo movimiento de inquietud, de destemplanza, de ira, ó de otros, que no dejan de percibirse, aun en los que de buena fe trabajan en su santificación? Nó: Andrés siempre el mismo, siempre fijo en el desempeño de su misión sobre la tierra, siempre cuidadoso de lo uno necesario; era el que, después de continuadas victorias, había conquistado la posesión de sí mismo, el establecimiento del hombre nuevo sobre las ruinas del hombre viejo; victoria por la cual resplandece su cualidad de varón, dotado de un valor y fortaleza, en cuya comparación nada vale lo que se admira en esos héroes mundanos, que con el ardid ó con la fuerza sojuzgaron los pueblos, quedando ellos atados con

---

(1) Filipenses, IV, 13.

(2) Fr. Felipe Echenagucia, vizcaíno, que, habiendo empleado la mayor parte de su sacerdocio en la conversión de los indígenas del Perú, vino á esta Recolección, en la cual fué prelado y vivió ejemplarísimamente por doce años. Murió el 6 de Septiembre de 1851. El hermano Andrés lo creía un santo y atribuía su muerte á castigo del cielo para nosotros.

las duras cadenas de sus viles pasiones y dejando á la posteridad en sus cuadros, feos lunares que hicieron odiosa su memoria antes de ser condenada al olvido.

Fué, pues, el hermano Andrés García verdadero varón, y varón sencillo, con esa sencillez que consiste, según ya he insinuado, en la constante adherencia á la verdad; con esa sencillez que la mundana sabiduría desprecia como fatuidad, pero que, haciendo al hombre puro, lo aleja de cuanto pueda degradarlo y lo conduce á su perfección. ¿No estáis viendo aquella sencillez que formaba el distintivo de su persona? ¿Habrá quien hubiese podido notarle la ficción más ligera, la más mínima reserva maliciosa, ó algo que no fuese la expresión de la verdad en todos tiempos y circunstancias? Nó: celosísimo siempre de la verdad y enemigo de las apariencias, manifestó en todas ocasiones sus sentimientos tales cuales eran; lo mismo al más poderoso, que al más infeliz del pueblo; sus expresiones eran iguales para todos, sin que jamás pecase por defecto de lo necesario, ni por declinación á lo superfluo: desprendido de todo interés, menos del interés del cristiano, su suprema solicitud consistía en que todo contribuyese al santo fin de su profesión. Todo esto visteis. ¿Puede decirse más para calificarlo con el atributo de sencillo? Pues, así calificado, es necesario reconocerlo por recto; siendo la rectitud y la sencillez tan unas, que no puede existir la una sin la otra.

El temor de Dios y la separación del mal, que he predicado del hermano Andrés; esas gracias que recayeron sobre su ánimo recto y sencillo, las hallaréis comprobadas en cuanto la precisión del discurso me permita deciros de aquello que vosotros mismos habéis visto observado.

Sabéis, señores, que Andrés, llegado á esta ciudad, fué dado á conocer por el sacerdote, su amigo y director, al nunca bien alabado Infante, ocupado entonces del restablecimiento de esta santa comunidad; sabéis que, conocido

su espíritu, aquel venerable guardián lo recibió en el número de sus súbditos, en la clase de un simple donado, y lo destinó desde luego á pedir la limosna del sustento, propia del instituto mendicante; dándole facultad para que también pudiese hacer la misma limosna á los necesitados y constituyéndolo precisamente en el teatro que le deparara la Providencia para hacer entre nosotros ostentación de sus maravillas. En efecto, apenas ese hombre, insignificante á los ojos del mundo, cubierto de un tosco sayal, se dejó ver en las calles y casas de Santiago, cuando atrajo sobre sí todas las miradas; apenas se le oyó hablar, cuando fueron en pos de él los corazones todos; y, no bien principió á ejercitar las obras de su tan conocida beneficencia, cuando comenzó á ser generalmente respetado; como no puede dejar de serlo el que, con absoluto desprendimiento de sí mismo, todo lo procura para gloria de Dios y bien de sus prójimos.

Comprobad vosotros mismos lo que acabo de decir: ¿no visteis en Andrés ese sujeto igualmente afable con todos, que en su aspecto, en sus palabras y acciones, daba á conocer á primera vista un candor verdaderamente infantil? no visteis que en él no había ni aun remotas señales de pretensiones propias, de singular, ni de otras que la hipocresía ó la irreflexión hacen aparecer en los que tienen pretensión de devotos? ¿No observasteis que, al mismo tiempo que atendía y contestaba á todos, se manifestaba en él una habitual suspensión, que á los ojos reflexivos hacía contemplar en su persona dos hombres, uno atendiendo á lo terreno, y otro interior, extático en la meditación de las eternas verdades? Resultado de esa situación dichosa de su alma, era el tenor siempre constante de sus operaciones: la humildad, ese fundamento sobre que únicamente puede erigirse el templo de la virtud, era demasiado manifiesta; pero su profundidad aparecía inmensurable; el último lugar era el que más esti-

maba y buscaba solícito, sin que se conociese alguna sombra de esa humildad falsa que apetece ser acatada por los hombres. Su obediencia no tenía restricción ni límites: sus prelados siempre miraron en él al súbdito más sumiso, á pesar de no hallarse ligado á la obediencia por voto; y su nítida pureza en todo sentido realizaba aquellas prendas de un verdadero religioso.

De tan hermosos antecedentes debía resultar esa entera consagración que le notamos al no interrumpido ejercicio de los actos de amor de Dios, de devoción y de caridad con el prójimo, de que hemos tenido testimonios imposibles de enumerar. Sí, Dios era el que ocupaba á todo Andrés; ó más bien, Andrés estaba todo en Dios; y así lo creemos por lo que vimos en su persona. En verdad, ¿qué podemos juzgar de un sujeto cuya vida daba las señales de una oración continua; cuyo cuerpo estaba destinado á no tener descanso, y cuya alma no podía ocultar las exhalaciones del divino amor en que ardía?

No de otro modo podía sostenerse sin alteración alguna un género de vida cuyo método era bajo todos aspectos admirable. Antes de la aurora principiaba, si puede decirse, su oración, á que daba nuevo vigor presenciando el tremendo sacrificio de nuestros altares; y después de recibir en su pecho la sacrosanta Víctima inmolada en ellos, cuando ya poco avanzado el día comenzaba el tráfico de los hombres, salía de su convento á cumplir con el ministerio que le estaba encargado. En su ejercicio no se proporcionaba el menor descanso, no obstante sus largas excursiones por la capital y sus más distantes suburbios; excursiones en que á un tiempo mismo se procuraba el sustento de sus hermanos y la noticia de las necesidades todas para prestarles el remedio. Pasado el día entero en ocupación tan penosa, volvía al claustro, donde no se le conocía reposo: la devota práctica del vía-crucis, á la que algunos días de la semana convocaba al pueblo, muchas

particulares devociones, la disciplina y otros actos de penitencia llevaban la mayor parte de la noche, haciendo su sueño demasiado corto.

El anhelo por el culto de la Divinidad, de esa manifestación exterior con que el cristiano confiesa su fe delante de los hombres; ese homenaje visible que se tributa á la Majestad Suprema, ya en el Hombre-Dios, que nos fué dado para nuestra reparación; ya en los santos, en quienes quiso resplandeciesen sus prodigios para nuestro bien; ya en la Reina de todas las criaturas, Madre de Dios y de los hombres; ese culto, repito, era á vista de todos el que formaba su atención predilecta, el que causaba sus más gratas delicias, y el que procuraba inspirar á todos con sus palabras y sus ejemplos.

Demasiada sabida es su singular devoción á la admirable virgen y mártir Filomena, cuya memoria, oculta á los hombres por más de quince siglos, dispuso el Señor, por uno de sus designios inescrutables, apareciese en el nuestro con la invención de su santo cuerpo, y se justificase con indecibles portentos, reconocidos y autorizados por la Iglesia. El hermano Andrés recibió las primicias de esta devoción de un sacerdote virtuoso y sabio, que todos hemos conocido (1); y se aficionó tanto á ella· que, de un modo sorprendente, no sólo la generalizó en esta ciudad, sino en todo el Estado: tal era su conato, tal su dedicación, tales, en fin, los efectos de la fe que tenía en esa nueva taumaturga, que no podía menos de grabar sus sentimientos en el crecido número de personas que atrajo á su culto, del que en este mismo templo nos dejó testimo-

---

(1) El Pbo. Dr. Don Pedro Ignacio Castro Barros, natural de la Rioja (Argentina), padre de la independencia de aquella nación y que pasó en Chile los últimos años de su vida en medio de la veneración y del cariño de todos. Véase la oración fúnebre que le predicó Don J. Larrain Gandarillas.

nios irrecusables; y esta santa comunidad recibe pruebas que convencen su continuada y progresiva extensión.

Mucho más podría deciros del amor de Dios de que estaba poseído el corazón de Andrés; pero ya me llama el recuerdo de lo que por ese amor practicaba respecto de sus prójimos, proporcionando el alivio ó el remedio de todos sus males; y en esta parte sois, señores, vosotros los que vais á justificar mi discurso; porque ¿en qué género de necesidades no lo visteis ejercitarse? Díganlo, si no, los enfermos, á quienes curaba con acierto y prontitud, supliendo su fe y su caridad los conocimientos médicos de que carecía; díganlo aquellos cuyas úlceras limpiaba con su lengua; manifiéstenlo las viudas y otras personas menesterosas, á las que llevaba el alimento y auxilio pecuniario á sus propias casas; díganlo otros enfermos más necesitados y que llamaban su preferente atención, los pecadores, cuya salud espiritual solicitaba con esmerada sagacidad y dulzura, y disponía con severidad varonil cuando era necesario, empleando al mismo tiempo las insinuaciones, las limosnas y cuantas diligencias eran precisas. Pero en este número, hablen especialmente muchos, cuya obstinación había rechazado los empeños de los ministros del Señor y cedieron á muy pocas palabras del hermano Andrés, clamando por el remedio saludable de la penitencia.

Aun os diré más de lo que es tan notorio: todos lo vimos acariciando con ternura á los párvulos, al mismo tiempo que en sus pequeñuelos corazones esparcía las primeras semillas del santo temor de Dios, instruyéndolos en las verdades de la religión del modo más adecuado á su edad. El hermano Andrés, si llevaba siempre consigo los remedios que confeccionaba para los enfermos, nunca dejaba los dulces que destinaba á los niños; ellos le seguían á todas partes, y eran principalmente sus inseparables compañeros en las repetidas visitas que hacía al Cemen-

terio General á orar por los fieles difuntos; con cuya práctica atraía muchas personas á obra tan santa y saludable, y se le aumentaban las ocasiones de procurar las almas para Dios; solicitud que fué siempre objeto de sus más interesados desvelos. Podía llamarse á Andrés cazador de las almas, como se llamó al glorioso San Cayetano; pues él por todas partes y de distintos modos les tendía sus redes; su cebo y su reclamo eran tan dulces, que no podían dejar de atraer numerosa caza; y su cuidado tan eficaz, que sería muy rara la que no quedase prendida.

Si no me engaño, señores, ya os he demostrado los dos puntos que os propuse al principio, á saber: que el hermano Andrés García en su vida había obrado cuanto podía por amor de Dios y por amor de sus prójimos; si recordáis, os dije que después de esto me haría cargo de una maravilla que no podía dejar de mencionarse; y voy á cumplirlo. No se crea que voy á tratar del estado de integridad en que al tiempo de su exhumación se ha encontrado el cuerpo del hermano Andrés después de dos años y medio de sepultado en distancia de una tercia de una acequia de agua más de un año há corriente. Es esto, á la verdad, extraordinario y constituye uno de los signos que suelen tenerse presentes para la calificación de una vida en que se notaron virtudes singulares; empero, no es del tiempo presente valorar este suceso. La maravilla anunciada es otra, que vosotros mismos, señores, la estáis tocando.

Decid: ¿quién era Andrés García cuando llegó á nuestras playas? ¿Vino á nosotros con grandes recomendaciones que autorizasen su persona? ¿Trajo algo de esos intereses materiales, cuya importancia nunca se ha proclamado tanto como ahora, ni jamás se ha buscado con una

avidez tan exclusiva? ¿Era un gran literato, de los que el mundo aplaude y cuyas producciones tanto aprecia? ¿Tenía en su favor una hermosa figura, un trato fino, alguna habilidad ó gracia terrena? Nada de esto; era un hombre absolutamente pobre en el sentido del siglo, allegado á un religioso pobre como él, y destituído de todas relaciones; procedía de una familia humilde en su patria, y totalmente desconocida entre nosotros; no poseía otros conocimientos que los de la religión de Jesucristo; su figura nada tenía de recomendable; su estilo, si no tosco, no era á propósito para causar una agradable armonía; estaba, en fin, destituído de todo aquello que, humanamente hablando, podía atraerle las afecciones. ¿Cómo, pues, este hombre, nulo á los ojos del mundo, se hizo admirar de todos, amar de todos y conciliarse tantos respetos? ¿Cómo adquirió tanto ascendiente sobre las voluntades, por el que podemos decir, que generalmente sus pequeñas insinuaciones tenían la fuerza de un precepto? ¿Cómo proveer no sólo al sustento de sus hermanos mendicantes, sino también proporcionarse cuantiosos auxilios para el culto, para remedio de tantas necesidades temporales y para sufragio de los fieles difuntos? ¿Era acaso importuno en sus demandas? nó, por cierto; la importunidad lo habría hecho odioso, y producido efectos muy contrarios. ¿Usaba de algunas astucias ó suposiciones? nada menos; la sencillez, como ya hemos considerado, era el distintivo de su caracter. ¿Cuáles, pues, fueron sus recursos? ¿Qué medios empleó para ser acatado aun de los fanáticos por la impiedad, que acusan de fanatismo á toda acción virtuosa? ¿Por qué esos mismos, como lo vimos muchas veces, lo recibían con agrado, le daban limosna, y muchos se convertían por sus consejos? por qué esa aceptación general, por qué ese sentir unánime de todas las clases de la sociedad, de los grandes y de los pequeños, lo calificó siempre por un varón sencillo, recto, temeroso de Dios y aparta-

do del mal? por qué la noticia de su muerte, esparcida en momentos por todo Santiago, atrajo con increíble prontitud á esta casa una concurrencia innumerable, que demostraba la gran posesión del sentimiento de su pérdida? por qué, en fin, su memoria, lejos de desvanecerse, de día en día recibe más aumento? Y de ese aumento ¿no es el más claro testimonio la presente reunión? Sólo podemos decir después de estas consideraciones: *«esto es hecho por el Señor y es admirable á nuestros ojos»* (1).

Sí, señores, ésta es la maravilla que yo reservaba poner á vuestra vista; porque ella está libre de toda sospecha de falsedad, de ponderación ó de ardid de la piedad, exagerada, si se quiere, para dar bulto á los hechos: los que hemos tenido presentes son innegables; y la deducción que de ellos he sacado no puede ser más legítima, porque tal unanimidad de sentimientos, tantos afectos, tan desinteresados, de innumerables personajes respecto de un solo sujeto, forman una acción que sale del orden regular de la naturaleza.

Ciertamente, cuanto hemos observado en Andrés no ha podido tener otro principio que su fe, su firme esperanza y su caridad; esa fe, de cuyos efectos en cada uno de los Santos tiene el pueblo cristiano tan relevantes pruebas; esa esperanza, inseparable de la fe verdadera, precioso don del Altísimo y precisa condición puesta por El para la consecución de sus gracias; esa caridad, que todo lo supera, todo lo abraza, y cuyos beneficios son tan conocidos de cuantos los contemplan de buena fe á la clara luz de la religión. Esas virtudes, cultivadas por Andrés, han sido las que, con la gracia del Señor, le hicieron un varón tan recomendable y tan digno de nuestra memoria y de la más remota posteridad. Juzgad ahora si no debemos tributar al Señor las mayores gracias por habernos con-

(1) Salmo CXVII, 23.

cedido por el espacio de tres lustros á un sujeto en quien tanto han resplandecido las obras de su diestra poderosa. Para que nuestras gracias sean verdaderas, debemos empeñarnos en imitar el dechado de perfección cristiana que quiso poner á nuestra vista, no sin especiales designios de su infinita sabiduría y bondad.

Sí, señores: todos debemos imitar á Andrés, sea cual fuere nuestro estado y condición, porque todos, así como somos iguales delante de Dios, ante quien no hay acepción de personas, así somos destinados igualmente á una felicidad eterna, que no puede darse sin la santificación, ni la santificación puede existir sin las virtudes, ni éstas encontrarse sino en los sencillos, rectos, temerosos de Dios y apartados del mal. Sí, todos sin excepción alguna, porque la virtud verdadera no es exclusiva de determinadas clases ó personas; y así como en el mundo son diversos los estados, así cada uno de ellos tiene cuanto necesita para amar á Dios sobre todas las cosas, y como á sí mismo al prójimo; en lo que, como dije, y nunca será bastante repetido, consiste toda la perfección de la ley.

Imitemos, pues, señores á Andrés, y en su imitación, al mismo tiempo que aseguraremos una dichosa eternidad, tendremos en este lugar de miserias la dicha más cumplida que en él puede esperarse. Hombres constituídos en el poder, sed sencillos, rectos, temerosos de Dios y apartados del mal, como Andrés; y vuestras resoluciones todas tendrán el distintivo de la verdad, equidad y justicia; os conciliaréis el amor, el respeto y la obediencia de vuestros súbditos; y de esos resortes, no de los efímeros del temor servil ó las recompensas, os serviréis para conseguir la administración más cumplida. Súbditos, imitad á Andrés; y así, cuidadosos de hacer la voluntad de Dios en el cumplimiento de las leyes y el respeto á las autoridades (1),

(1) Hebreos, XIII, 17.

viviréis libres de destructoras inquietudes, y gozaréis de los inestimables beneficios de la paz. Opulentos de la tierra, tened el desprendimiento de Andrés en vuestros corazones; y, poseyendo vuestras riquezas como un don que habéis recibido para instrumento de vuestra santificación (1), seréis grandes en vuestra opulencia como Job, y pacientes como él, si llegáis á veros destituídos de la que el mundo llama fortuna.

Pobres según el mundo, imitad á Andrés y, dejando toda vuestra solicitud en las manos del que da de comer á las aves del cielo y viste los lirios del campo (2), estaréis siempre más contentos, más satisfechos y ricos que el avaro con cuantos tesoros puede imaginarse. Sabios del mundo, imitad á Andrés, y conoceréis que el principio y el fin de toda sabiduría es el santo temor de Dios; y con él, sin querer indagar misterios superiores á la humana inteligencia, y sin salir de su esfera, recorreréis el vasto campo que puede andar sin peligro, para conocer lo creado y elevarse por este medio á mirar las cosas invisibles de Dios. Destituídos de humano saber, imitad á Andrés, y podréis decir con David: «porque no he conocido la literatura, entraré en las potencias del Señor» (3): en ellas tendréis cuanto puede desearse para poseer las luces que sean necesarias á la consecución de vuestro último fin; luces verdaderas, sin las cuales, tinieblas son las que llenan de presunción á los mundanos. Pecadores todos, miremos á Andrés y, procurando imitarle, obtendremos el único recurso que puede reparar nuestras pérdidas, la penitencia; y sus dulces lágrimas nos traerán el placer que en vano

(1) I Timoteo, VI, 17.
(2) San Mateo, VI, 28, 29.
(3) Salmo LXX, 15.

han buscado nuestros cuidados, todos dirigidos á lo terreno.

¿No es cierto, señores, que esa imitación unánime hará de nosotros, si la emprendemos, la sociedad más feliz, en que resplandezcan en su verdadera acepción la independencia, la libertad, la igualdad y todos los otros bienes sociales, que tanto más se alejan de los hombres, cuanto más se proclaman; y tanto menos se encuentran, cuanto más se apuran los recursos humanos, fuera de la única senda trazada por el Soberano Autor de todo bien? (1). No hay duda; y sólo delirando puede pensarse de otro modo. Si somos, pues, amantes de nosotros mismos; si, ni nuestra felicidad, ni la de nuestra patria nos son indiferentes, si procedemos de buena fe, imitemos, cada uno en proporción al lugar que ocupamos, á aquel por cuyo recuerdo, no sin especiales designios del Altísimo, se han puesto en nuestra consideración tan sólidas, tan consolatorias y al mismo tiempo tan tremendas verdades.

Venerables individuos de esta santa Recolección, restablecida por la caridad y celo ardiente de aquel verdadero hijo de nuestro padre San Francisco, antes ya insinuado, fray José Cruz Infante; y llevada á un engrandecimiento inesperado por una especial protección del Altísimo: tributadle gracias; porque, no estando cansada su diestra, ha hecho que entre vosotros se reproduzcan en Andrés las maravillas que antes resplandecieron en otro Andrés Etíope (2), en el venerable Bardesi, y en otros

(1) II Corintios, III, 17.

(2) La precipitación con que se hizo desocupar el convento de Recoletos de esta ciudad para que se trasladasen á él las monjas de la Victoria, obligó á que se remitiesen en carretas los libros y papeles de dicho convento á la posesión de la Granja, á cuyo punto llegaron disminuídos en más de dos terceras partes, perdiéndose así todo lo correspondiente al archivo. Esta deplorable circunstancia nos priva de tener en el día más

piadosos varones de vuestra comunidad, de los cuales algunos hemos alcanzado á conocer; y, aumentada con esto vuestra esperanza, seréis cada vez más solícitos de adquirir la ciencia de los santos, y más fervorosos en ejercitar las virtudes que ella os enseña; para que seáis los maestros de los ignorantes, los despertadores de los que duermen en las sombras de la muerte; en fin, los que socorráis todas las necesidades espirituales y temporales con las luces adquiridas en la oración y con los tesoros inagotables de la santa pobreza.

¡Alma dichosa del hermano Andrés! si, como piadosamente creemos, gozas allá en la patria de los bienes pro-

---

noticias que las que se encuentran al pie del retrato del donado Andrés Etíope, que copiamos á la letra.

Dice así: «Retrato del Hermano Andrés, negro de Guinea, que sus enemigos lo cautivaron y en dos veces lo libró Dios de que lo hubiesen muerto; y los portugueses lo mercaron. Se bautizó y vino á esta ciudad, abrazó la religión y fué muy devoto de oír misa; habiendo amasado un día y echado el pan al horno, se fué á misa; su amo lo llamó y no lo encontró: fueron á ver el pan y lo hallaron quemado: vino de misa y su amo lo mandó sacar el pan, y lo sacó como unas flores; y visto este prodigio, le dió su amo libertad y luego tomó el hábito en esta santa Recolección. Tenía don de lágrimas cuando se confesaba: comulgaba todos los días. Un día, antes de comulgar, quiso chupar tabaco, se le apareció un niño hermosísimo y le dijo, que cómo quería chupar tabaco antes de comulgar; y desde ese día dejó el tabaco por Nuestro Señor Jesucristo. Nunca salió del convento y vivió santamente. El día de su muerte tembló la tierra: á la media noche en el techo de la capilla cantaron jilgueros. En la sepultura no se ha encontrado su cuerpo. Murió á fines de Abril del año de 1665».

El retrato de este venerable negro se hallaba, entrando por la antigua portería del convento, al lado de una capilla pequeña, que se decía haber sido habitación del venerable siervo de Dios Fray Pedro Bardesi; y el que escribe esta nota recuerda haberlo visto y leído la precedente inscripción ahora 62 años y advierte este particular; porque, reconocido ahora el retrato, ha encontrado que lo retocó y desfiguró un pintor que, no contento con esto, se inscribió como autor del retrato el año de 1809.

metidos á los justos; allí, donde tu caridad ha llegado á su último término, ten presente al pueblo en que tanta caridad ejercitaste; é intercede por todos los que, aun luchando con nuestros enemigos, debemos trabajar para conseguir la victoria: pide para nosotros al Señor todas las gracias, y muy en particular, la del reconocimiento á sus divinos favores; para que, correspondiendo á ellos nuestras obras, sean aceptables en su divino acatamiento.

¡Tú, Señor Dios eterno, á cuya vista, no se oculta el secreto más escondido, y cuyos juicios, muy distintos de los de los hombres, son del todo incomprensibles! ¡Dios, á cuya presencia se anonadan las más sublimes celestes jerarquías! no apartes en estos momentos tus oídos de las súplicas que acá en la tierra te hacemos los que, si indignos de ser oídos por nuestras culpas, confiamos en tu bondad y en los méritos del Salvador que nos diste, para elevarnos á la excelsa dignidad de hijos vuestros. Si por uno de esos juicios adorables, aun purga el alma del hermano Andrés García las manchas que pudo llevar á tu presencia, por la fragilidad de la humana naturaleza, sean tus misericordias tan grandes, que den valor á la nulidad de nuestros ruegos; y por ellos lleva cuanto antes á tu siervo á tu eterno gozo; y, atendiendo á sus preces, derrama sobre nosotros todas tus bendiciones; para que, haciéndonos dignos de Ti, logremos bendecirte en unión del que os dignaste darnos para nuestro ejemplo, por los siglos de los siglos.

Illmo. Sr. Don Vicente Gabriel Tocornal

Hijo de Don Gabriel José de Tocornal, Regente de la Corte de Apelaciones, nació en Santiago en 1823. Bachiller en Teología por la antigua Universidad y miembro de la moderna en esa Facultad, fué Provicario del Arzobispado desde 1849. Instituído Obispo de Ancud en 1853 para suceder al Sr. Don Justo Donoso, renunció á la dignidad episcopal y acabó aquí en Santiago en 1857 en el cargo de Provicario.

ORACIÓN FÚNEBRE

En la iglesia de la Compañía por las almas de la guerra civil (30 Marzo 1853).

Et si appropiavit tempus nostrum, moriamur in virtute propter patres nostros et non inferamus crimen gloriae nostrae. (I Macabeos, IX, 10).

Y, si nuestra hora es llegada, muramos virtuosamente por nuestros hermanos, y no echemos un borrón á nuestra gloria.

Excmo. señor:

Criado el hombre á imagen y semejanza de su divino Hacedor y sólo inferior á los ángeles, fué constituído señor de todas las obras de la creación. Una corona de honor y gloria ciñó sus sienes. Las ovejas, los bueyes, la multitud de bestias que pacen los campos, las aves del cielo y los peces del mar que hienden las ondas del inmenso océano, todo, todo fué colocado á sus pies. Mas, infiel y prevaricador, fué expelido del jardín de delicias y despojado de su señorío: las pasiones esclavizaron su espíritu, y las penas y trabajos remacharon las cadenas de su fatigosa vida. Empero, en el destierro y en medio de la humillante degradación, conservó siempre como vestigio de su antigua grandeza un gran poder, pero poder terrible: el poder de la destrucción.

A la verdad, la historia del género humano nos presenta á la humanidad afanosa y solícita, trabajando siglos para edificar lo que en poco tiempo ha de ser derribado por el golpe sañudo de la mano del hombre. Este marcha siempre al frente de las calamidades y desgracias, y parece que estuviera inquieto é impaciente cuando tarda el azote que la divina Providencia tiene deparado para afligirlo y castigarlo. En la cuna de la raza humana, no bien se principiaba á formar la familia de nuestros primeros padres, y cuando los vínculos tiernos de la fraternidad comenzaban á estrecharse, el primogénito de Adán, ardiendo en cólera, se lanzó sobre el inocente Abel y con un golpe fratricida dió por primera vez campo libre á la guadaña de la muerte. Y, como si el espectáculo espantoso de aquel ensangrentado cadáver no fuese bastante para escarmentar á aquellos pocos habitantes tan íntimamente ligados entre sí, hubo de necesitar el infortunado y errante Caín que Dios marcase su frente con una señal visible de su protección, para que el contagio homicida no se propagase con celeridad. Los nietos de Adán no fueron más pacíficos que sus hijos, y la historia de las naciones es la de la fuerza potente del brazo destructor de sus más célebres campeones. Dondequiera que tendamos la vista, allí divisamos monumentos auténticos de asoladora devastación. Las ciudades populosas y las solitarias ruinas ostentan la fuerza del hombre para derribar y aniquilar. En aquéllas, los soberbios alcázares, bajo cuyos dorados techos se guardan las insignias del poder, no se construyeron sino con los tristes despojos de una dominación abatida; y los restos de magníficos edificios anuncian el pujante esfuerzo del brazo armado que convirtió en escombros su antiguo esplendor.

Parece que el hombre no viviera más que para destruír, y en sus manos los inventos de las ciencias, los productos más perfeccionados de las artes y hasta los más ri-

cos veneros de la naturaleza, todo se convierte en armas fratricidas para hacer la guerra. Pero ¿acaso Dios, nuestro Señor, habrá abandonado su obra predilecta á las furias de los mortales? Nó, por cierto. Contra la fuerza devastadora hay un poder reparador, y así como aquélla nace de las pasiones que desencadenó el pecado, éste viene de la religión, que rehabilitó al hombre pecador. Sí: la religión, que colocó la gloria más arriba de los pomposos atavíos de la ambición y de los seductores atractivos de los sentidos, que consagró en deber el amor fraternal, y que sobrepuso la conciencia del hombre á las comodidades y al apego de la misma vida, ella es un fuerte dique contra los elementos de destrucción que abriga el corazón humano. El imperio que la religión ejerce sobre los hombres, ó los preserva de sus fieros instintos, ó les da fuerza y resolución para contener á aquellos, que, sordos á sus santas prescripciones, se dejan arrastrar de sus maléficos apetitos y desenfrenados furores.

Sin la abnegación que inspira la religión no serían más que necia estupidez ó mezquinos cálculos los sacrificios que la sociedad debe á sus heroicos defensores. El hombre, después de sufrir la muerte, es necesario que coloque más allá de la vida su recompensa; y ved aquí lo que forma el mejor elogio de las víctimas sacrificadas al deber de defender las leyes y derechos de la patria, que hoy recordamos. El hombre que sólo escucha su corazón, huye en el peligro, siempre que puede salvar su persona, y es preciso que la voz de la conciencia se deje oír para que generoso ofrezca su vida. Cuando las numerosas huestes de Baquides y Alcimo acosaban á los fieles judíos acampados en Laisa, los compañeros de Judas instaban á éste para que se pusieran en salvo, pero el religioso y esforzado Macabeo, rechazando con indignación el cobarde consejo, les decía con denuedo: «Líbrenos Dios de huír delante de los enemigos: si ha llegado nuestra hora, muramos virtuosa-

mente en defensa de nuestros hermanos y no echemos un borrón á nuestra gloria». Un valor inspirado por tan nobles estímulos es superior á todo elogio, y los generosos soldados que ofrecieron su vida en Santiago, Aconcagua, Petorca, Valparaíso, Serena, Chañarcillo, Loncomilla, Magallanes y demás encuentros de la reciente campaña por salvar á sus hermanos de los horrores de la guerra civil, y por no manchar la honra de un verdadero cristiano, que es la que reposa en el cumplimiento de los deberes de su conciencia, no solamente se adquirieron una gloria imperecedera, sino que subministraron una prueba espléndida de los beneficios que reporta la sociedad de la religión divina.

Y Vos ¡Dios de la verdad y de amor! no permitáis que, al manifestar el indecible beneficio de la religión derramado por vuestra suprema diestra sobre la tierra, y al encomiar el ardor guerrero de los que rindieron su vida por reconquistarnos la paz, sea instrumento de odios ni de rencores: haced que mis pensamientos sirvan de elocuente lección para que jamás reaparezcan entre nosotros los tristes resultados de una cruel discordia.

La doctrina celestial del catolicismo es la que verdaderamente conduce á las naciones á la cumbre de su engrandecimiento y bienestar, y los pueblos que, obligados á conservarla intacta, alguna vez olvidaron sus divinas enseñanzas, tarde ó temprano se ven en la triste necesidad de probar el fruto amargo de su prevaricación y de su extravío. Apure todos sus recursos el humano saber; dése el ensanche posible al desenvolvimiento de la industria; sanciónense las leyes más á propósito para el desarrollo de la vida material de un país, y nada se hará si el edificio social no aparece cimentado sobre la fe: la grandeza

del siglo sólo deja tras de sí desolación y miseria. El brillo de las riquezas y lo que el mundo llama civilización y cultura son ídolos desdeñosos, que hacen pagar bien caro el logro de su favor; ellos no ofrecen otra cosa á sus ciegos adoradores que una esclavitud lucida. Estaba reservado á la moral sublime del Crucificado zanjar los cimientos sólidos y perdurables de la felicidad del género humano. Abrazando todos los estados y clases de la sociedad, enseña á reprimir las pasiones de los mortales, como á los únicos enemigos que deben aprisionarse; y el consuelo del afligido, el socorro del necesitado y un amor entrañable á los mismos perseguidores, forman los monumentos que perpetúan la gloria de sus triunfos. Por más que el hombre en la ceguedad de sus delirios se obstine en obscurecer sus benéficas influencias, lo cierto es que sólo la religión santa que profesamos es la que hace virtuosos y verdaderos ciudadanos.

La paz, la subordinación, la concordia y la felicidad de las naciones, no pueden establecerse sino bajo el imperio de la justicia y de la equidad. Para que la marcha de la sociedad sea firme y próspera, necesario es que se observe ingenuidad en las palabras, rectitud en el proceder, inviolable fidelidad en el cumplimiento de las promesas y una noble emulación en cultivar y perfeccionar los talentos nacidos del deseo de la pública utilidad; es indispensable que, mirando el hombre al bien ajeno como al suyo propio, tenga por verdadera desgracia todo lo que le engrandezca con detrimento de los demás hombres; es preciso que los ciudadanos que la componen no conozcan ni la indolente ociosidad, ni aquella insensibilidad de corazón que, no dando entrada á la compasión benigna, jamás gustó del virtuoso placer de derramar lágrimas sobre las ajenas calamidades; menester es, en fin, que allí no reine el necio orgullo del poderoso, cuya ostentación desdeñosa llena de rubor al necesitado que implora el beneficio de

su mano, ni aquellas desenfrenadas pasiones de ambición, de avaricia y de sensualidad, cuyas terribles escenas tenemos que deplorar todos los días. Y ¿qué sistema, sino sólo la divina religión de nuestros padres, puede establecer la sociedad sobre principios tan sólidos? Sólo ella, porque viene de Dios; sólo ella, porque abriga en su seno el fuego de vida que debe salvarnos; y sólo ella, porque engendra en el corazón un santo amor á la justicia y una saludable detestación del mal. La fe en un Dios autor y protector de pueblos y naciones, es su base; la esperanza en una feliz inmortalidad, su apoyo; la caridad, su término y su fin. A pesar de los encontrados intereses que han agitado al mundo en tantos siglos como cuenta de edad, por la distinción de clases y de empleos, por la desigualdad de condiciones y bienes, y por la diversidad de genios é inclinaciones, ella forma de todos los hombres una sociedad de hermanos ligados con el vínculo estrecho del amor.

Cierto es que la recta razón nos dicta las ideas de orden, de justicia, de fidelidad y de bien público; pero, cuando intenta elevar estas mismas ideas á la esfera de obligaciones, de preceptos y de leyes que encadenan al hombre, si al mismo tiempo no nos pone delante ni al legislador que tiene derecho á nuestra sumisión, ni los premios acordados á la virtud, ni las penas sancionadas contra los transgresores del deber, la razón se subleva contra sí misma y se empeña en derribar el edificio que piensa levantar. Mas, nuestra santísima religión, descorriendo el velo que oculta los misterios de nuestro ser y de nuestra dependencia, nos manifiesta el origen de las leyes de la sociedad, y nos hace entender en el mismo lenguaje de la razón la voz de aquel Supremo Dios que con caracteres indelebles ha grabado su voluntad en lo más íntimo de nuestras almas. ¿Queréis ver fundada la pública felicidad sobre bases inconmovibles? Levantad los ojos á ese Dios principio fe-

cundo de todas las cosas; contemplad cómo imprime en todas sus obras la bella imagen de su divinidad, no divisándose otro superior que El solo sobre todos los que mandan, sobre todos los que obedecen. Este grande y sublime espectáculo representaba el Apóstol con viveza á los antiguos fieles. Hermanos míos, les decía, sabed que las obligaciones del hombre no son otra cosa que las obligaciones mismas del cristiano. ¡Oh tú, pueblo que te hallas reducido á la sumisión y dependencia! advierte que Dios es el que reina en los reyes, el que sentencia en los jueces, el que manda en los superiores, y el que gobierna en los padres.

Grandes del mundo, depositarios del poder y de la autoridad, entended que para con esa multitud de hombres que os reconocen y respetan, debéis ser siempre padres y no amos; la afabilidad y mansedumbre deben tener su asiento en el solio de la suprema magistratura, porque Dios oye los suspiros y las lágrimas de los pueblos; la equidad ha de ostentarse siempre en los tribunales, porque son los derechos y los intereses de Dios los que se pesan en la balanza de la justicia; la paz y la concordia deben reinar siempre entre los esposos, porque Dios ha consagrado los estrechos lazos de su indisoluble unión; los padres deben recibir el humilde agradecimiento y la veneración rendida, y los hijos la vigilancia próvida y el amor benéfico, porque quien ha santificado los vínculos de la naturaleza y de la sangre es el mismo Dios; la humanidad nunca desmentida, el valor que no sabe huír del peligro y una lealtad á toda prueba deben nivelar siempre la conducta del guerrero, porque Dios es quien admite y recibe las promesas hechas á la patria un día; todos los hombres, en fin, deben ser verdaderos en sus palabras, porque andan en la presencia del Dios de la verdad, y compasivos y liberales, porque Dios ha depositado el remedio del pobre en el corazón y manos del rico.

De aquí resulta una elevación de sentimientos que sobrepone á un alma generosa sobre las bajezas del interés, y una fidelidad que no se acobarda con el temor, porque, si del bien que hace no pretende otro premio que el santo gusto de hacerle en Dios y por Dios, nada importan las amargas penalidades que cuasi siempre acompañan al lleno del deber. El buen cristiano sabe que el tiempo de esta vida mortal es el tiempo de sufrir y de merecer, que sucederá otro tiempo de paz y de serenidad, que aquel Dios que aflige ahora es rico en bondades y misericordias, y que el sacrificio de su corazón con los mentidos halagos del mundo y sus pasiones en las aras de la cruz, es el camino seguro que conduce á una dichosa inmortalidad.

Y ¡qué sería de la humanidad si no contase con estímulos tan poderosos y tan eficaces para practicar el bien! ¡Cuántos, cuán diversos y cuán imperiosos intereses no la agitan y se disputan sin cesar el triunfo sobre la tierra! ¡Oh, y no es esto de ayer ni de hoy, sino que es y será la historia de todos los siglos! Contemplad al ciudadano constituído en la más alta dignidad, que, teniendo bastante elevación de ánimo para conocer la grandeza que le agobia, desearía vivir como un hombre del común, y que, rereducido á ser esclavo de cuantos al parecer es superior, no puede impedir que sus beneficios hagan ingratos, ni su rectitud descontentos, y que ni puede esperar justicia para sus virtudes, ni indulgencia para sus defectos. Considerad un magistrado que sólo emplea para su desahogo los ratos que le deja libres el servicio público, que nunca se tiene por bastante instruído en la ciencia legal, tan vasta y superior al entendimiento más capaz, y que, siendo en el trato ordinario de la vida compasivo, oficioso y fiel amigo, sentado como juez en el tribunal, pronuncia el fallo contra quien ama, sin escuchar el eco afectuoso de un corazón sino el de la justicia y la equidad. Pues ¿qué será si, al sacrificio de la propia comodidad, necesario es añadir el

de los intereses más caros, el de las amistades más tiernas, el de las inclinaciones más vivas? ¿A qué sagrado se acogerá la honradez en medio de esta tormenta, sino al de la religión? Sólo ella puede subministrarnos razones verdaderas y eficaces que nos conmuevan, que nos penetren y que nos hagan triunfar sobre las consideraciones humanas y poderosa fuerza de la sangre; de suerte que no afianza y consolida únicamente á la sociedad demarcando con firmeza sus deberes á todos los hombres, sino que también sirve de lenitivo de amargas contradicciones y derrama en el alma el dulce bálsamo de los divinos consuelos.

Por último, el buen cristiano no tiene necesidad de alimentarse con esperanzas humanas, porque se cuida muy poco del aplauso y recompensa de los hombres, y los rehusa constantemente, temeroso de que el Señor á quien sirve le niegue el premio por que pelea. Jamás se debilita su paciencia en medio del rudo sufrimiento, pues sabe que aquel Dios cuyo ejemplo se empeña en seguir, le reconocerá por imagen suya en el día de la verdad. Sordo á todo género de mundana ambición, y no vacilando en preferir la probidad á la fortuna, marcha tranquilo por el camino del deber, seguro de que el cielo le recompensará con ventaja lo que la tierra le haya negado.

En vista de esto, señores, figuraos una nación verdaderamente cristiana. ¡Qué paz, qué unión, qué concordia! Veríais gobiernos paternales y celosos, magistrados libres de pasión y de interés, superiores sin altanería ni caprichos, inferiores sin murmuraciones ni ociosidad, amigos fieles y constantes y guerreros decididos á derramar su sangre mil veces antes que ser instrumentos de la ruina de la patria. Allí jamás se oirían los clamores de la inocencia oprimida, ni los suspiros de la indigencia, ni la perturbación de las familias; allí no se vería alzado y triunfante el crimen, postrada y abatida la virtud; allí la

sociedad sería una mutua comunicación de beneficios, y todos felices harían felices á otros.

¡Oh espectáculo digno de las miradas de un Dios! Y, ya que nos es permitido abrigar en el alma tan lisonjeras esperanzas, aprendamos al menos, señores, y leamos en esta bella imagen de la más completa dicha, lo que el mundo pierde cuando sacude el yugo de la religión, cuando mira con indiferencia los ataques con que se intenta deprimirla, y cuando no trata de inocularla y hacerla reinar en todas las instituciones, en todas las clases y en todas las condiciones de las sociedades humanas.

Empero, si el interés de la pública felicidad es inseparable de la religión, si el bienestar de la sociedad depende de las virtudes de los asociados, cuando éstas faltan, cuando la voz de aquélla se desoye, ¿qué debe esperarse sino violentos trastornos y luchas desastrosas? Sofocada la conciencia del deber y desenfrenadas las más viles pasiones, la nave del estado se agita, se sacude y está próxima á zozobrar. A la verdad, ¿á qué atribuír los terribles estragos de la guerra civil que desgraciadamente hemos sufrido? ¿Cuál ha sido la causa del lamento y la aflicción, cuyos doloridos ecos resonaron de un extremo á otro de la República? El olvido de los deberes religiosos y la falta de virtudes cristianas nos trajeron la espantosa ruina que hemos deplorado con tanta justicia.

Chile se ocupaba en afianzar sus instituciones. En medio de las convulsiones políticas que han conmovido últimamente á las naciones, él se ostentaba tranquilo, presentando á la faz del mundo una excepción feliz en su gloriosa é imperturbable marcha. El rápido vuelo que iba tomando con los sensibles progresos de la industria y del comercio le habían granjeado la admiración y confianza de los pueblos extranjeros. A la sombra bienhechora de la dulce paz, cuyos goces saboreaba desde algunos años, trataba de realizar vastos proyectos á que estaba

vinculado en gran parte el porvenir de sus intereses materiales. Pero de repente empezó á obscurecerse el horizonte político y en pocos días vimos los efectos de la tempestad más deshecha. A la apacible bonanza sucedió la agitación universal y la gran familia chilena apareció dividida en partidos que lidiaban por obtener el triunfo.

No creáis, señores, que pretenda descender al terreno de la política, ajeno de esta cátedra, consagrada á predicar la verdad evangélica. En el ejercicio del santo ministerio jamás deben desplegarse los labios del sacerdote sino para enseñar la paz y la unión de los estados y de las familias. Quiero sólo poner ligeramente á vuestra vista las desgracias de la guerra, y á la guerra misma como una consecuencia precisa de la falta de caridad y de virtudes cristianas que con gran dolor se han hecho sentir entre nosotros.

Empeñada la lucha electoral, principiaron á desencadenarse fieras pasiones. Las prensas no respetaron ni el sagrado de la vida privada, ni los fueros debidos á la autoridad y á las leyes, y, convertidas en instrumentos de negras calumnias, sembraron por todas partes la desmoralización y el desorden. Divididas las opiniones, no se trabaron disputas sino rudos combates, en que á porfía se empleaban las armas injustas de la pública difamación y amargo sarcasmo. Hollando los divinos intereses de la religión, aparecieron impías publicaciones en que se trataba de arrancar del corazón chileno el santo temor de Dios, y llegó á hacerse burla con ridículas parodias de las condenaciones lanzadas por la Iglesia contra los libros de perniciosa doctrina. Rotos así los vínculos de la caridad para con Dios y el prójimo, tuvimos necesariamente que recoger el fruto de semejante semilla.

Alzado el grito de rebelión contra la autoridad legalmente constituída, una sucesión no interrumpida de motines y asonadas hacía presagiar el triste desenlace de un

incendio universal. Los ciudadanos pacíficos divisaron, desde las primeras tentativas revolucionarias, el origen de inmensos males que se acarrearían á Chile, y ya creyeron ver á la república anegada en sangre y hecha el teatro de las interminables venganzas de una guerra civil. En todas partes se improvisan ejércitos, como si hubiera sonado la hora del peligro para la patria; y, negando sus antecedentes de gloria y de heroico denuedo, hollando los vínculos del honor militar, manchando las insignias conquistadas en cien combates, comprometiendo la existencia del país en pro de indignos fines, violando las prescripciones severas de la disciplina, burlando las esperanzas fundadas en la bella carrera de mejores tiempos, el soldado se rebela, y las armas, que sólo debiera empuñar en defensa de la independencia y de la soberanía del suelo en que ha nacido, se convierten en los instrumentos del fratricidio y del luto que humilla al pendón del estado.

La guerra, este azote de los pueblos y cuyas lamentables consecuencias no es dado evitar á sus promovedores, aun cuando lo quisieran, tiene precisamente que hacer pesar su mano de hierro dondequiera que estalle su terrible explosión. Derrocada la autoridad y entronizada la fuerza, no hay leyes que no se pisen ni respetos que no se renuncien. Aquí se decretan exacciones contra los particulares, en que, sólo resignándose éstos á ser víctimas de penosos destierros ó de crueles vejaciones y tratamientos por lo menos, pueden negarse á entregar el grueso desembolso que con tanta injusticia se les exige. Allí los perturbadores del reposo público, prevalidos de su impunidad, tratan de violar el hogar doméstico con escandalosa audacia, y, sin respetar los derechos sagrados del honor y de la naturaleza, quisieran hacer sentir el furor de sus pasiones sobre la virtuosa familia. Acá hordas indomables se lanzan al pillaje y al saqueo, cometiendo crímenes y las depredaciones más violentas. Allá, conculcadas las divinas leyes, se

profanan los santos templos del Señor, se degüella al sacerdote, y tan sacrílegos atentados llevan de pueblo en pueblo la consternación y el espanto.

En medio de este cuadro de tan afligente desolación, cuando el corazón flaquea ante el natural temor, cuando, desbordado el torrente de las pasiones, le halaga la esperanza de medrar en las turbaciones de la revuelta, y cuando por el contagio universal campea la predicación seductora del delito, ¿dónde encontrar ciudadanos dispuestos á sacrificarlo todo por obediencia á la ley? ¿Podrá acaso servir de estímulo la esperanza de una recompensa terrena que deja de serlo para el que ya no existe? Y ¿ á qué quedaría entonces reducida la gloria de los que exponen su vida por un caduco interés, renunciando hasta el bello porvenir de su familia en la flor de sus días? Nó: el desprendimiento y la abnegación sublimes de los guerreros tienen un origen más elevado. Pero ¡cuán inciertas y cuán raras serían estas virtudes en el mundo si para ello no se contase con el auxilio de Dios! Sólo la divina religión en que tenemos la dicha de haber nacido puede suscitar pechos nobles y generosos, resueltos á arrostrar peligros en defensa de las leyes y la salud de la patria. Ella ha santificado el valor y la constancia del guerrero en una causa justa, y, acercándose el momento del conflicto, le obliga á romper las cadenas que le apegan á la tierra, para que, fija su mirada en el cielo, exclame con asombroso denuedo: «Líbrenos Dios de huír delante de los enemigos: si nuestra hora es llegada, muramos virtuosamente por nuestros hermanos y no echemos un borrón á nuestra gloria».

Si el soldado que con planta ligera marcha al campo de batalla en defensa de las leyes y de las autoridades constituídas merece bien de la religión y de la patria, inmensa es la deuda de gratitud que pesa sobre nosotros para con los valientes que sacrificaron su existencia en obsequio de la paz y de las instituciones. Ya que no nos

es posible volverlos á la vida, conservemos en el corazón siempre fresca la memoria de sus relevantes virtudes; y, si alguna vez apareciese amagada la pública tranquilidad, el bello ejemplo de valor y de generosa abnegación que nos dieron, sirva de poderoso baluarte para afianzarla y sostenerla: pasemos sus nombres á la posteridad, inscribiéndolos en la página brillante de los defensores de la libertad que no perdonaron sacrificios por conservarla incólume. Sí: la verdadera libertad consiste en la sujeción á la ley, y el pueblo más esclavo de la ley es el pueblo más libre. Ella no es ni puede ser la relajación de las trabas que nos colocan á la sombra y dependencia de la autoridad; ella no es ni puede ser la engañosa imagen del bien ni la detestable realidad del mal. Sin autoridad no hay orden, sin orden no hay sociedad, y por cierto que la libertad, esta hija del cielo, no ha descendido ni podido descender á la tierra para labrar la ruina de los mortales. Grande pues debe ser el reconocimiento para con nuestros hermanos sacrificados en las aras de la verdadera libertad. Las futuras generaciones bendecirán el heroísmo de nuestros bravos, que, á impulso del amer patrio y sin más estímulos que el deber, se desprendieron de las afecciones más tiernas por salir al encuentro del peligro y reconquistarnos la paz.

Pero, ¡ah! que aquellos á quienes este denuedo, este sacrificio heroico adquirió tantos títulos á nuestra gratitud, no existen ya. Los nobles corazones que, menospreciando su propia vida, nos restituyeron el sosiego y la tranquilidad, han dejado de latir. Mientras el anciano con mano trémula contemplaba silencioso la devastación del suelo patrio que veía aproximarse con el triunfo del desorden; mientras el activo comerciante aguardaba por momentos que la amotinada plebe, seducida con perversas doctrinas, entregase al saco su opulenta fortuna y sepultase las más fundadas esperanzas de sus profundos cálculos; mientras

el pacífico labrador sentía á lo lejos el confuso tropel de las huestes merodeadoras que venían á talar sus doradas mieses y á degollar sus rebaños; mientras la cariñosa madre, la tierna doncella buscaban sin aliento un asilo donde guarecerse contra la fuerza del forajido violador del hogar doméstico; mientras la recia tempestad lo amagaba todo, los valientes se esfuerzan por conjurarla; empuñan la espada; presentan sus pechos desnudos; triunfan, pero muchos de aquellos que siegan tan gloriosos laureles, no alcanzan á ceñirlos. El más puro gozo anega los espíritus atribulados: renace la tranquilidad y la confianza; más la oliva de la inestimable paz ha sido fecundada con sangre. Torrentes de ella inundan los campos de Loncomilla, Monte-Urra, Petorca y Fuerte-Bulnes; miembros mutilados de ilustres guerreros quedan sembrados en las calles y plazas de Santiago, Valparaíso y Copiapó; los fosos y trincheras de La-Serena arrebatan á la patria esforzados defensores, y no se puede entonar el himno de acción de gracias por la victoria, sin verter lágrimas sobre la tumba de tan nobles víctimas. ¡Ah, si fuera dado volverlos á la vida para glorificar sus hazañas, para pregonar su elevación, para recompesar su mérito, para coronarlos de los homenajes más puros de tierna gratitud! Pero ¡vana ilusión! Este lúgubre aparato es todo lo que nos resta hoy de tan sublimes proezas, y, mientras que unos disfrutan los opimos frutos de la victoria, los padres, las viudas y los tiernos hijos de los ilustres finados lloran sin consuelo su orfandad.

Desoladas viudas, huérfana descendencia, ved ahí lo que nos queda de los heroicos campeones que nada reservaron por conservar ilesas las glorias de la patria y salvar á sus hermanos. Mas nó: sus almas sobreviven á los golpes de la inexorable guadaña, y la religión franquea el abismo que de ellas nos separa. Podemos ofrecerles votos dignos de nuestro reconocimiento, que aceleren el mo-

mento dichoso en que reciban un premio eterno y una corona de inmarcesible gloria. Unamos, pues, á la Víctima inmaculada, que acaba de inmolarse sobre esas aras sacrosantas, nuestras fervientes preces; pidamos al Dios de los ejércitos que la sangre de los guerreros sacrificados sea la postrera que vierta el acero fratricida, y que sus espíritus purificados vuelen al seno del Eterno para descansar en perpetua paz. Amén.



DEDICACIÓN

de la Capilla de la Vera-Cruz (1855).

Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum. (II Paralipómenos, VII, 10).

He escogido y santificado este lugar para que en él resplandezca eternamente la gloria de mi nombre.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

Aunque en todas partes resplandece la gloria de Dios, y los cielos, no menos que la tierra, dan elocuente testimonio de la grandeza de su nombre, es indudable que ésta se manifiesta más palpablemente en los templos que la religión consagra en lugares de adoración, donde los fieles rindan los solemnes homenajes debidos á nuestro Criador y Señor. Esta verdad consoladora, tan acorde con la imperiosa voz de la naturaleza y con el sentimiento de nuestras debilidades que nos empujan á reconocer nuestra dependencia implorando al mismo tiempo el término de nuestros infortunios, es la que hoy día confirmamos con la inauguración de este templo preparado para trono y habitación de Dios.

Un conjunto admirable de gloriosos y embelesantes re-

cuerdos se reúnen, señores, en este santo lugar. Aquí se dedica un templo y un altar á la sagrada efigie del Señor de la Vera-Cruz, precioso trofeo de las primicias de la fe católica de España, importada en América por la piedad de Carlos V; aquí se encuentra el busto venerando de Nuestra Señora del Socorro y una imagen de Santa Lucía (1) que, según la tradición de nuestra historia, el conquistador de Chile cargaba consigo en los peligros y combates, llevando en el arzón la primera y siempre pendiente del cuello la segunda; y el mismo suelo que en otro tiempo sirviera de asilo y de hogar doméstico al ilustre Pedro de Valdivia se halla hoy convertido en pavimento del Santuario. ¡Cuántas veces este mismo recinto, cercado de fuerzas enemigas que impedían con bélico furor el establecimiento de nuestra santísima religión, fué teatro de sangrientos hechos, y hoy le vemos elevado por la mano poderosa de Dios á casa de oración y puerta del cielo! Bendigamos al Señor que, no contento con habernos llenado de beneficios sin medida, hoy se ostenta todavía más pródigo en bondades, eligiendo este lugar para su perpetua morada.

Pasados los momentos de la exaltación producida por los combates y elevado este país al rango de nación independiente, el corazón chileno recobró el aplomo que le dan su carácter y sus tendencias. Si ayer no más el nombre sólo de español era mirado como baldón de oprobio entre nosotros, debemos gloriarnos que la religión, la cultura y la civilización pulverizaron ya esa extraviada inteligencia que se hace sentir en medio de terribles trastornos ó en los arranques de un grande entusiasmo. No

(1) La imagen de Santa Lucía que se encuentra en la capilla es la que trajo el capitán Don Jerónimo Alderete, y nó el pequeño cuadro á que se alude.

era posible que nosotros, que tanto debemos á España; que nosotros, españoles por el lenguaje, por las costumbres, por la legislación, por la sangre, y, sobre todo, por la fe, conservásemos largo tiempo ni apariencias de rivalidad siquiera con esa grande nación que se identifica con nuestra vida; con España, digo, cuya unidad religiosa ha sido la enseña de su estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna, que condujo á sus marinos al descubrimiento de nuevos mundos, á dar los primeros la vuelta á la redondez del globo y que alentó mil veces á sus guerreros á llevar á cabo conquistas heroicas. ¡Ah! esa nación nos pertenece, y las glorias del gran Gonzalo, de Hernán Cortés, de Pizarro, de Valdivia y del vencedor de Lepanto son nuestras glorias. No pueden menos que infundirnos un profundo respeto sus sombras venerandas, so pena de quebrantar el lazo que á ellos nos une y de hacernos indigna prole de tan esclarecidos varones. Sí: ellos son nuestros abuelos, su sangre nuestra sangre, y sólo rompiendo con nuestras tradiciones, sólo separando por insondable abismo nuestras creencias de sus creencias, nuestras costumbres de sus costumbres, y sólo consintiendo en cegar para siempre los ricos manantiales que nos legó el honor y la religiosidad de nuestros gloriosos antepasados, podríamos mirarlos con desdeñosa indiferencia y no dedicar tarde ó temprano, especialmente al ilustre fundador de esta ciudad, un monumento de gratitud á su memoria.

Empero, nada haríamos con esto y nuestra ofrenda sería indigna de la divina aceptación si no estuviese acompañada de la pureza y rectitud del corazón, porque éste es el altar más grato á Dios, y la grande obra que exige para su habitación. Llegó á rayar en delirio el empeño que Jerusalén tomara en los preciosos tiempos de su fidelidad, por la construcción de un templo que excediese á las maravillas del arte y fuese el asunto de la admiración de

todos los siglos. Empleáronse para su adorno las maderas exquisitas del Líbano y el oro más acendrado del Ofir; los alabastros, los pórfidos y los jaspes se labraron por manos maestras para sus columnas y capiteles; y, para que nada faltase á la ostentación y magnificencia del lugar santo, la plata y los metales no se escasearon en el lucimiento y la firmeza de los muros y las cornisas; los operarios se contaban por millares, y su extensión era tanta, que, según el lenguaje de la Sagrada Escritura, no se oía dentro del templo ni el desapacible ruido de la sierra ni los molestos golpes del martillo.

A pesar de toda esta grandeza, David había protestado ya delante del Señor que no hay obsequio alguno digno de la Majestad del que es dueño absoluto de todo lo que existe y... yo sé muy bien ¡oh Dios mío! exclama, que lo único que aprecias es la pureza del corazón y la sinceridad del que lo ofrece.

Una comprobada experiencia acreditó más tarde esta verdad. Tan pronto como esa misma Jerusalén rompió los pactos celebrados con Dios tornando la santa casa en teatro de espantosa disolución; tan pronto rindió allí mismo sus homenajes á las falsas deidades extranjeras y franqueó la entrada en el santuario á los que el Señor la había entredicho; tan pronto, corrompido el corazón, se entregó sin reserva á los desórdenes, cuando todas las cosas cambiaron de aspecto ante los ojos de Dios. Comenzó á empañarse el oro purísimo del tabernáculo, y, profanado el culto, adulterados los ritos, despreciados los ministros y desierto el lugar santo, principió la infeliz Jerusalén á sentir las consecuencias de sus repetidas prevaricaciones y la poca sinceridad de sus obsequios. Irritado justamente el Señor, la amenazó por Malaquías de que arrojaría á su cara las inmundicias de sus solemnidades, y aun protestó por Isaías que estaba fastidiado de sus víctimas, que aborrecía sus festividades y que no sufriría más sus

dedicaciones, porque le eran molestas, y había tenido que hacerse violencia para tolerarlas. Y ¿por qué? porque sus ofrendas y solemnidades no eran obsequios del corazón. En vista de tan terrible ejemplo, ¿cómo no esforzarnos en domar la altivez de las pasiones y el necio orgullo, en apagar el rayo de las instigaciones del genio del mal que pretendieran eclipsar la brillante pureza de nuestro sacrificio? Lejos sean de nosotros las profanaciones é irreverencias del santuario, si, como es natural, deseamos que nuestra súplica penetre al cielo al presentar á Dios este templo de la Vera-Cruz.

Dispensadme, señores, este arranque de imaginación que me ha trasportado a exigir de los autores y ejecutores de este grandioso pensamiento una rectitud que publican sin embozo sus mismos antecedentes. Todo se reúne aquí para no abrigar sombra de duda ni sobre la sinceridad del obsequio que hoy tributamos á Dios, ni sobre sus adoradores, que lo son en espíritu y verdad. Sí, yo veo delante de mí un Pontífice que, fiel á Dios y lleno de celo por el bien de sus diocesanos, se ha dignado solemnizar con su asistencia esta augusta ceremonia; veo que por la honrosa protección que el Supremo Gobierno y el Congreso han dispensado á la obra, su construcción se ha hecho con fondos nacionales, que el señor Intendente de esta provincia ha sido su más fiel ejecutor y que el Ilustre Cabildo de Santiago es su patrono; de suerte que la dedicación de este templo encierra la ofrenda que la nación chilena, esencialmente católica y llena de la más tierna gratitud por tan singular favor, hace de su corazón entero al Dios omnipotente que vive en los siglos de los siglos.

Anégase el alma en júbilo inexplicable al solo pensamiento de que Dios habita en medio de nosotros, eligiendo este lugar para su permanente morada.

Si con agradable satisfacción debemos recordar que dedicamos un templo á Dios para ofrecerle la víctima sa-

crosanta que se inmoló por los pecados del humano linaje y cuyo acto va á ser un imán poderoso para traer sobre nosotros sus misericordiosas bondades, también debemos tener en cuenta que la inauguración solemne que celebramos es del sagrado monumento de la fe que importaron nuestros padres en estas regiones del nuevo mundo. No podemos, á la verdad, hacer á nuestra posteridad un legado más precioso, que al mismo tiempo que la estimule á conservar intacta la doctrina celestial del catolicismo, le sirva, además, de elocuente reprensión y de cruel remordimiento cada vez que intente probar el fruto amargo de su prevaricación y de su extravío.

¿Quién es el que no ha experimentado profundas impresiones con el simple recuerdo de las virtudes y buen ejemplo de nuestros antepasados? ¿Habrá corazón tan helado que no se inflame al sentir el alivio de la desgraciada humanidad en esos asilos del dolor fundados por el desprendimiento generoso y la caridad de nuestros padres? Luego, necesario es confesar que, así como en nosotros las bellas acciones despiertan en el alma un vivo deseo de noble imitación, los que vengan más atrás y contemplen el espíritu que nos ha guiado al dedicar este templo al Señor de la Vera-Cruz, no podrán menos que respetar esta tradición del honor, de la justicia, de la gratitud y de la ardorosa fe que desde hoy día les legamos.

Entonemos cánticos de célica armonía, porque ya todo está santificado con la divina posesión que ha tomado el Primogénito de los escogidos, en cuya presencia se inclinan las eternas colinas del mundo; sobrecójanos un santo respeto, porque nos hallamos en la casa del Dios de poder y majestad; y despiértese también en nuestras almas la más consoladora esperanza, porque el divino Jesús ha erigido en este templo su esplendente trono de amor para guarecer con su sombra protectora á la desgraciada posteridad de Adán en las terribles avenidas de las pasiones. Aquí

se encuentra rico de inmesos bienes para remediar nuestros males, para consolar nuestras penas y para templar nuestra sed. ¡Ah! ¿y qué sería de nosotros, si no contásemos con Protector tan poderoso en esta mansión de llanto? Marchando siempre al frente de las calamidades y desgracias, y rugiendo á cada paso la tormenta sobre nuestras cabezas, ¿cuál sería nuestra suerte sin este faro divino en medio de la borrasca de nuestros días llenos de amargura y sinsabor? Empero, nada debe arredrarnos, porque el Señor habita aquí, se ha herido á Sí mismo para curar nuestras heridas, y sus manos triunfantes, en signo de paz, derramando en nosotros el fruto precioso de su victoria, rompen nuestras cadenas, nos abren los cielos, enjugan nuestras lágrimas y hacen resonar en el alma el verdadero eco de la felicidad. Cuando la tentación nos agite, cuando el remordimiento de nuestra flaqueza nos despedace, cuando en los ensayos alarmantes gimamos bajo el peso de la corrupción, vengamos con humilde corazón á este santo lugar y una sentida pleglaria al Señor de la Vera-Cruz restablecerá la tranquilidad que nos arrebatara la propia miseria, y exhalará nuestra vida el perfume de la piedad y el aroma de las virtudes. Colocados al pie de la Cruz, nada importa que de una parte miles de instigaciones nos persigan, miles de asechanzas nos combatan, porque de otra veremos asomar el porvenir más halagüeño, miraremos el pasado como una tempestad y el presente como el arribo al puerto de salud.

Dirijamos, pues, el corazón á Dios, y, al entonar el cántico de acción de gracias por la realización del grande pensamiento que encierra la dedicación de este templo, hagamos un ferviente voto para que reaparezcan en España, hoy por desgracia marchita, los días gloriosos de la esplendente fe de nuestros padres, que tan brillantes páginas ha dado á la historia del mundo católico; roguemos al Señor por el feliz descanso del ilustre fundador de

esta ciudad, cuyos eminentes servicios, su heroica abnegación y el sangriento sacrificio de su vida le han hecho acreedor á nuestra más tierna gratitud; pidámosle también que arraigue en nuestras almas una veneración profunda á sus divinas leyes, para que Chile, ostentándose digno de sus religiosos antecedentes, camine siempre tranquilo por el precioso sendero de la justicia y de la paz.

Sí, Jesús benigno: aceptad propicio el humilde homenaje que hoy os tributamos al consagraros este templo como un vivo trofeo de la fe de nuestros padres; estableced en él vuestra perpetua morada para que en todo tiempo el que os implore aquí mismo alcance vuestra poderosa ayuda; haced que sea para esta ciudad de Santiago un augusto santuario donde fluyan sin cesar el alivio de sus penas, el remedio de sus males y el consuelo en sus desgracias; acordadnos, en fin, vuestra celestial bendición para que, unidos por los estrechos vínculos de la caridad, reine entre nosotros vuestro divino amor, que es la prenda segura de la corona inmortal, que á todos deseo. Amén.



Don Casimiro Vargas

Nació en 1826 en Santiago, donde murió en 1872, siendo Canónigo y Vicario General del Arzobispado. Había enseñado varias asignaturas en el Seminario, inclusa la Teología Moral, y había desempeñado varios cargos secundarios, entre otros, el de capellán y administrador de la fábrica del templo de la Compañía.

ORACIÓN FÚNEBRE

Por el Sr. Don José Gandarillas. (Iglesia de la Compañía, 5 de Diciembre de 1854).

Pietas autem ad omnia utilis est. (I Timoteo, IV, 8).
La piedad es útil para todo.

ILLMO. SEÑOR (1), SEÑORES:

El fúnebre ornato de este templo; las lúgubres ceremonias que acabamos de presenciar; el vestido de duelo de los ministros de la religión; todo lo que nos rodea, en fin, y los recuerdos que ocupan en este momento nuestra memoria, nos hablan muy alto de la triste suerte de las cosas humanas. ¡Todo está sometido al imperio inexorable de la muerte! Los que ayer eran los compañeros de nuestra vida, los depositarios de nuestras confianzas, hoy, convertidos en fríos despojos, moran en la mansión solitaria de los que fueron. ¡Qué lección tan elocuente para los que andan perdidos en pos de las grandezas y pompas del mundo! Del hombre herido por la hoz exterminadora de

(1) El Illmo. Sr. Obispo de Concepción, Dr. Don José Hipólito Salas.

la muerte, ¿qué es lo que queda en esta tierra? Un yerto cadáver y un recuerdo. Y, con todo, ¡cuán pocos son los que sobreviven en la grata memoria de sus semejantes! ¡Cuán pocos los que dejan en pos de sí una huella luminosa que la mano destructora de la muerte no alcanza á borrar!

Hay hombres que al desaparecer de la escena quedan completamente olvidados de la posteridad; porque nada hicieron en su favor. Hay otros cuyos nombres no se recuerdan sin traer también á la memoria la funesta historia de sus delitos. Hay otros, por fin, cuya vida, empleada en procurar el bien de los demás, no perece jamás en los corazones en que se alberga el noble sentimiento de la gratitud. Estos son aquellos preclaros varones, nutridos de la piedad cristiana, á cuya preciosa existencia, si la muerte es capaz de poner un pronto término, no por eso consigue llevar también á la tumba su nombre ilustre. Mil gloriosos monumentos que recuerdan sus virtudes y sus nombres, dan bastante derecho para decir con el Apóstol: *Ubi est, mors, victoria tua?* ¿En dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿En dónde, cuando ellos viven, aun después de sus días, en el corazón agradecido de los que fueron objeto de sus incesantes fatigas y desvelos, ó testigos y sabedores de sus esclarecidas virtudes? Nó, la muerte no triunfa de aquellos que, llenos de un sublime desprendimiento, y ardiendo en el vivo fuego de la caridad, trabajan con entusiasta celo por el bienestar de sus hermanos; porque su nombre se encuentra también grabado en los asilos del desvalido, en los talleres del obrero, en los museos de las artes, y, en general, en dondequiera que se necesita su cooperación para el esplendor de la religión ó de la patria. Por eso su tumba es venerable y gloriosa, y el viajero no la visita sin tributarle un profundo homenaje de respeto y de amor. No así sucede con los que, burlándose de la piedad y reputando á los que la practican

como seres degradados y ociosos, pasan sus días acumulando riquezas para emplearlas en el goce y el placer. El tiempo con su inexorable fallo viene á poner en claro quiénes son los verdaderos bienhechores de la humanidad; y la sombra impenetrable del olvido que cubre los restos de los unos, y los honrosos epitafios que se leen en la tumba de los otros, no son más que la severa sentencia en que la posteridad da á cada uno lo que le corresponde.

Hoy va á servirme de comprobante de estas verdades la piadosa vida del esclarecido Sr. Don José Gandarillas. Si una temprana muerte lo separó pronto de entre nosotros, su memoria permanecerá grabada en monumentos que recuerden á la posteridad sus afanosos desvelos por el bienestar de sus hermanos y el engrandecimiento de esta patria de su nacimiento y afecciones. Su vida fué un conjunto admirable de saludables acciones y trabajos vinculados al árbol fecundo de la piedad cristiana, que tan hondas raíces había echado en su noble corazón. Su nombre venerable y puro pasará á los dominios de nuestra historia, y una página brillante será consagrada al varón modesto y piadoso que pasó sus días haciendo bien á sus compatriotas y hermanos. Entretanto, quiera el cielo que la insuficiencia del orador no empañe el mérito del héroe; y que consiga manifestaros que la piedad cristiana llevó al Sr. Gandarillas á consagrarse con generoso desprendimiento al bien de la humanidad.

Nacido el Sr. Gandarillas en esta ciudad de Santiago, el 12 de Enero de 1810, comenzó á distinguirse desde sus primeros años por los piadosos sentimientos que se albergaban en su tierno corazón; sentimientos que supo cultivar con esmero durante el período de su existencia, y que tantos y tan sabrosos frutos produjeron para la religión y

la patria. La piedad era el alma de su vida: ella lo hacía tan recomendable, que no necesito, por cierto, traeros á la memoria los antecedentes honrosos de su ilustre cuna, ni el brillante esplendor de las grandezas humanas, para despertar en vosotros la admiración y el respeto por tan preclaro varón. El Sr. Gandarillas era cristiano de corazón, porque se hallaba animado del espíritu de N. S. Jesucristo; de ese espíritu sublime que da origen á la verdadera piedad. Bajo sus favorables auspicios se desarrollaban sus facultades intelectuales, y cultivaba con lucimiento las ciencias exactas, que más tarde había de emplear en beneficio de su patria.

Lejos de imitar la insensata conducta de tantos jóvenes, que en la edad más peligrosa de la vida se confían á la dirección funesta de las pasiones, manteniéndose en un criminal divorcio de las prácticas religiosas, el Sr. Gandarillas comprendía la necesidad de lavar constantemente su alma candorosa en las aguas saludables del sacramento de la reconciliación: así la prudencia y madurez se anticipaban á sus años; así despertaba el aprecio y confianza de los demás, y comenzaba desde temprano á producir frutos saludables, consagrándose al servicio público.

Nutrido el joven Gandarillas de los nobles sentimientos de la piedad cristiana, y acompañando las vigilias del estudiante con las piadosas prácticas del cristiano sincero, se presentaba como un modelo digno de imitarse. El mundo, es verdad, no podía aprobar semejante conducta, porque tiene la necia pretensión de relegar á los claustros el cultivo de las virtudes domésticas; como si éstas no fuesen la base de las virtudes cívicas que aplaude. Así es que ese joven estudiante, que en los primeros albores de su vida comenzaba ya á protestar contra el espíritu del mundo, llevaba en su tierno corazón el espíritu de Dios, y en él el germen fecundo de los generosos servicios que más tarde había de prestar á la religión y á la patria.

En efecto, conocedor el Supremo Gobierno de las relevantes prendas del joven Gandarillas, lo nombró visitador de las casas de educación primaria, en unión con otros distinguidos ciudadanos. Quien conozca la importancia de la educación religiosa de la juventud podrá apreciar cual merecen los servicios del Sr. Gandarillas en asunto tan delicado y trascendental. Es sabido que la educación de la juventud no podrá ser perfecta, mientras no se halle vivificada por la influencia benéfica de la religión, que se apodera al propio tiempo del entendimiento y del corazón del educando; del entendimiento, para fijarlo en la verdad, é iluminarlo con la brillante antorcha de la revelación: impidiendo de este modo la anarquía en las inteligencias, que produce por resultado lógico la aparición de esos porfiados enemigos de la sociedad, que recorren la tierra y sólo dejan en pos de sí ensangrentadas huellas. Frutos amargos de esa funesta anarquía son los pavorosos sistemas del socialismo y comunismo, que han afligido y bañado en sangre á la Europa, y que en una república hermana han engendrado una persecución abierta á la Iglesia y el destierro de sus Pontífices. Sí, vosotros, señores. habéis visto uno de sus venerables Pastores, buscando en nuestra patria un asilo hospitalario, que le negaba la tierra en que se meció su cuna; mientras que el ilustre y venerable metropolitano de esa desgraciada república atravesaba los mares, para ir á cerrar sus ojos en extranjera tierra, lejos del suelo que le vió nacer.

La religión se apodera también del corazón del educando; y, suavizándolo y purificándolo con sus virginales manos, arranca de él las pasiones bastardas, que, al paso que lo degradan, cubren de espesas nieblas el entendimiento, y planta en su lugar el árbol frondoso y fecundo de las virtudes cristianas. Sentimientos nobles y generosos, precursores del heroísmo, se despiertan en el joven, y bajo su saludable influencia comienza el desarrollo de

su vida. Así que, no hay cosa más conforme á los verdaderos intereses del país, que la educación religiosa de la juventud; sin ella no se tendrán jamás esos ciudadanos sumisos á la ley, de que tanto necesita principalmente una república democrática. Nó, los hombres entusiastas por el bien público; los verdaderos hijos de la patria, que la han de elevar á un alto grado de gloria y esplendor, no se sacarán por cierto de entre las filas de aquellos que pasaron sus años juveniles sin saborear los preciosos frutos de una virtud verdadera y sólida. Los que tan sólo han cultivado el entendimiento, enriqueciéndolo con los conocimientos de las ciencias puramente humanas, no pueden menos de sentir el hondo vacío que en ellos deja la ausencia de la religión. Los que se imaginan que puede darse una educación completa, sin colocar á la juventud bajo la égida protectora de la religión, ignoran que el hombre es también una tierra maldita, que sólo sabe producir abrojos y espinas; y que, para que produzca algunos frutos saludables es menester fecundarlo con esas aguas misteriosas que forman una fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna. Sí, señores, la religión es la brújula de la inteligencia, el faro luminoso que brilla radiante al través de las tinieblas que cubren el proceloso mar de la vida. Ella dirige rectamente las pasiones y hace que en el corazón humano tan sólo se aniden los sentimientos nobles y generosos.

El Sr. Gandarillas, pues, verdaderamente religioso y amante sincero de los progresos religiosos de la juventud, prestaba un eminente servicio consagrándose á velar por la acertada dirección de los establecimientos de educación primaria.

Empero, no era éste tan sólo el teatro de los afanosos desvelos del Sr. Gandarillas. Su anhelo por la difusión de las buenas ideas hacía que estuviese siempre dispuesto á tomar parte en las empresas que tenían por objeto propa-

garlas. En efecto, reunióse una asociación con el fin de procurarse una imprenta destinada á la publicación de buenos libros, y á oponer un dique al torrente devastador de los extravíos de la prensa; y el Sr. Gandarillas no sólo contribuyó con erogaciones pecuniarias, sino que también fué uno de sus socios administradores. En medio de las multiplicadas tareas que reclamaban su atención, el piadoso autor de la vida del Siervo de Dios Fr. Pedro Bardesi, tomaba la pluma, ora para combatir los avances de la impiedad, ora para promover mejoras útiles; ya para reprimir abusos; ya, en fin, para inmortalizar con los acentos entusiastas del poeta la vida de algún ilustre personaje, ó para cantar inspirado las bellezas de la creación. ¡Oh, y cuán importantes servicios prestó el Sr. Gandarillas como colaborador del único periódico religioso que se publica entre nosotros! Sí, como lo dijo muy acertadamente ese mismo periódico, consagrando un recuerdo á la memoria del Sr. Gandarillas, tuvo el distinguido mérito de haber empleado sus talentos en el servicio y defensa de los intereses católicos. El comprendía muy bien que la causa del catolicismo es la causa de todos, la causa de la humanidad: tan sólo en sus banderas se encuentra escrita la verdadera libertad, que pone al abrigo de los abusos de la autoridad y del despotismo de la multitud; el verdadero progreso, que no puede considerársele jamás aislado de la religión y la moral, porque de otro modo se convierte en el sensualismo más refinado y en el torpe y grosero materialismo, que venda los ojos de la especie humana, para hundirla en el hondo abismo á que conducen las pasiones desenfrenadas.

La piedad del Sr. Gandarillas, que engendraba en su cristiano corazón el amor á la humanidad, le hacía comprender muy bien que sus trabajos por la defensa del catolicismo se identificaban con sus tareas por la prosperidad moral y material del pueblo. Por eso la impiedad

jamás podía hallarlo sentado en un banco de nieve, mirando con criminal apatía la religión perseguida y calumniada, huyendo con pasos más ó menos precipitados del suelo de su amor y nacimiento. El era un valiente campeón que corría al lugar del peligro para emprender la defensa de los caros intereses de la humanidad; él tenía, gracias á su piedad, bastante abnegación y desprendimiento para soportar las fatigas del combate; protestando de este modo elocuente contra la conducta indiferente de tantos católicos que, creyendo exclusivamente confiada la defensa de la religión á sus ministros, se duermen tranquilos al son de los golpes que la impiedad asesta contra la religión, esa columna de oro en que estriba el edificio social. ¡Cosa rara! Cuando se trata de intereses materiales, que perecen en un día, se despliega un celo ardiente; se arrostran peligros y dificultades de todo género; se someten á penosas privaciones, y nada se reputa perdido, si al fin se consigue el logro de lo intentado. Mas, cuando son los intereses morales y religiosos los que demandan la cooperación de los que hacen profesión de militar bajo su glorioso estandarte; cuando la religión se mira combatida por innobles enemigos que le hacen una guerra traidora y desleal; cuando suena la hora del peligro para la salud eterna de las almas, entonces es cuando se hiela el entusiasmo; se apodera del corazón el miedo; se buscan los goces del dinero, y todo se juzga perdido, si se ha de consagrar á la defensa del catolicismo.

Empero, ¡cuán miserablemente se engañan los que creen que no les alcanzan los golpes asestados contra la religión! La experiencia está demostrando con frecuentes lecciones que cuando se hostiliza á la religión á mansalva, y se logra que los hombres la miren con indiferencia, si no con desprecio, los vínculos sociales se relajan; el respeto á la autoridad y la ley no cuenta con más garantías que la fuerza bruta, y la propiedad misma es mirada con ojos ávidos

y de hito en hito por aquellos que aguardan el momento oportuno para lanzarse sobre ella y despedazarla. Y, cuando llega la hora de escuchar el sordo bramido de la tempestad revolucionaria, todo anuncia que la nave del Estado está próxima á sumergirse con todas sus riquezas y navegantes y pilotos, ora en un mar de sangre, ora en las aguas de la tribulación y el llanto. No hay que equivocarse, señores: la defensa de la religión interesa á todos; y muchas veces sucede que los que se creían más dispensados de emprenderla, eran precisamente las víctimas que la impiedad tenía designadas de antemano, para ofrecerlas en holocausto ante las aras de criminales y vergonzosas pasiones.

Bien comprendía todo esto el Sr. Gandarillas; porque la escuela á que pertenecía era la de los cristianos fervorosos, llenos de caridad y de fe, que, en dondequiera que divisen el estandarte de la religión vilipendiado por sus enemigos, allí se lanzan llenos de entusiasmo y valor combatiendo en su defensa. Así que, cuando lo sorprendió la muerte, fué cuando meditaba en dar á luz el prospecto de una nueva publicación destinada al servicio de los intereses religiosos y sociales del país. Para calcular los inmensos bienes que habría producido, basta considerar un momento la influencia de la prensa periódica, en estos tiempos sobre todo, en que el hombre, embebido en los intereses materiales, no tiene paciencia para leer obras voluminosas, contentándose tan sólo con la lectura de periódicos. Repetir día á día unas mismas ideas, revestidas de formas más ó menos brillantes y seductoras: consagrarse con constancia y fe á la defensa de unos mismos principios: lograr ser escuchado de un mismo auditorio, y de un auditorio que ha pagado con dinero el derecho de escuchar, es hallarse colocado en un terreno muy ventajoso para cualquiera especie de propaganda. Por eso el Sr. Gandarillas, difundiendo por la prensa las buenas ideas en la

publicación mencionada, habría prestado al país servicios positivos y de inmensa valía. ¡Ojalá que su pensamiento tan benéfico encuentre cabida entre aquellos que, con las mismas convicciones del Sr. Gandarillas, desean consagrarse al servicio de su patria!

Entretanto, los que miran con indiferencia la causa santa de la religión, y que sólo se agitan y conmueven por los intereses materiales, no deben echar en olvido que de nada vale al hombre el ganar todo el mundo, si al fin ha de perder su alma; y que, mientras forma proyectos de engrandecimiento la ambición humana, y el hombre sensual se cree harto de placeres, escucha en lo íntimo de su corazón una voz misteriosa que le dice: «Necio, en esta noche se te pedirá tu alma: y lo que has adquirido ¿de quién será?»

El Sr. Gandarillas, defendiendo por la prensa los sagrados intereses del catolicismo, única fuente del verdadero progreso y bienestar público y privado, prestaba un importante servicio á la religión y á la patria, que veían en él un cristiano de corazón y convicciones profundas, un patriota desinteresado y celoso por la próspera suerte del país. Pero su piedad no quedaba satisfecha con esto solo. Los intereses materiales del pueblo le llamaban también la atención; porque él comprendía muy bien que el catolicismo no anda reñido con la industria; sino que, por el contrario, ennoblece y santifica el trabajo, mandándolo como un deber y una expiación; de tal suerte que la pereza y la ociosidad han recibido de la religión los más fulminantes anatemas.

No era el Sr. Gandarillas de aquellos que andan imbuídos en la extraña preocupación de que la industria es el patrimonio de los hijos del error, y que abogan, en consecuencia, por la libertad de cultos, como un medio eficaz de protegerla. La claridad y exactitud de juicio, que lo distinguían, hacían que estuviese muy lejos de convenir

en que un hombre, por el solo hecho de abrazar la verdad, se hiciese de peor condición; ni en que se ganase algo en actividad industrial sólo por ser partidario del error. El sabía muy bien que hay pueblos católicos que pueden rivalizar en progresos industriales con los protestantes más aventajados. Los imperios de Francia y de Austria, la Bélgica, la Alemania del Sur, están vindicando gloriosamente á los católicos de la acusación que les hacen los que los juzgan poco aptos para los progresos industriales. Lejos de ser un estímulo para la industria la funesta libertad de cultos, condenada solemnemente por el Vicario de N. S. Jesucristo, ella es muchas veces la causa del atraso que naturalmente resulta de las odiosas rivalidades y contiendas á que da origen con no poca frecuencia. A pesar de la decantada tolerancia de los Estados-Unidos de América, tienen allí lugar escenas vergonzosas, nacidas de la multitud de religiones que pululan en esa patria de las sectas; y no hace mucho tiempo que nuestra prensa ha publicado los repetidos incendios y vejaciones con que los protestantes perseguían en una de las ciudades de la Unión á los irlandeses católicos.

Los sólidos y verdaderos progresos de la industria deben hallarse basados sobre la unidad católica, que, dando garantías de moralidad y de orden, asegura la paz doméstica y social. La religión debe ser el alimento sustancioso del pueblo, si se quiere que el trabajo lleve consigo la conservación de su honradez y la expectativa de alcanzar una posición mejor. Así lo comprendía el Sr. Gandarillas; y por eso se le veía trabajar no sólo por los progresos de la industria, sino también por los progresos religiosos.

En prueba de sus servicios prestados á la industria y las artes me bastará recordar que la Sociedad de Agricultura lo contaba en el número de sus socios fundadores; y que constantemente se le veía en el taller del obrero, estimulán-

dolo al trabajo ó auxiliándolo con el abundante caudal de luces que poseía. El sentimiento general de nuestros obreros, cuando supieron la muerte del Sr. Gandarillas, y la espléndida manifestación de gratitud con que honraron sus cenizas, prueban muy claramente los importantes servicios que les prestara el ilustre finado. En efecto, el Sr. Gandarillas era su consultor; y algunas de nuestras obras modernas más notables no se han llevado á cabo sin sus auxilios y conocimientos.

Las bellas artes en Chile lo contaban como su más decidido protector; y su museo de pintura, que á juicio de los inteligentes es el primero del país, supone su constancia y el buen gusto de su distinguido genio artístico. Su deseo de estimular al hombre del pueblo lo llevaba á sentarse en unión con él en la Academia de Pintura; y por cierto que no es difícil concebir los sacrificios que demandaba al Sr. Gandarillas esta elocuente prueba de su amor á las artes.

Pero, mientras recordamos estos servicios del Sr. Gandarillas, no debemos dejar pasar desapercibido que ellos son un solemne desmentido dado á los que acusan á la piedad cristiana de enemiga de la industria. Precisamente los que tales cargos hacen á la piedad y al catolicismo acaso no pueden presentar otro género de servicios que la ingrata tarea de calumniar la religión y á los que la practican; mientras que los calumniados trabajan con modesto celo, con generosidad y desprendimiento, por el progreso material y el engrandecimiento de la patria.

Réstame aún considerar al Sr. Gandarillas en sus servicios prestados á la beneficencia. En dos distintas ocasiones fué nombrado administrador del Hospicio de inválidos de esta ciudad; y en ambas prestó servicios de importancia, desplegando un celo admirable por su mejora y progreso; siendo de notar que para ello tuvo que so-

meterse á sacrificios penosos. El varón modesto y piadoso que consagraba una buena parte de su tiempo á la mejora de la clase pobre, no podía dejar de mirar con interés la suerte del desvalido: su corazón, fecundado con el espíritu cristiano, era el que se necesitaba para derramar verdaderos consuelo, en esa casa de beneficencia.

Aun no es esto todo: el Asilo del Salvador lo contó como uno de sus más celosos fundadores; y su constancia y contracción á la planteación y progresos de esa obra hija de la caridad, lo hacen sin duda acreedor á un distinguido lugar entre los ciudadanos beneméritos de la religión y la patria. El gótico templo que hermosea ese edificio; los corazones agradecidos que bendicen su memoria; los acentos de sentido dolor con que se deplora su irreparable pérdida, serán otros tantos honrosos monumentos, que conservarán el grato recuerdo de las relevantes virtudes del Sr. Gandarillas. Su carácter dulce, su corazón bondadoso, sus delicados sentimientos, todo, en fin, lo llamaba á regir con acierto el Asilo del Salvador. Este bello plantel, objeto de sus caricias y desvelos, será un recuerdo perenne de los sentimientos dominantes del Sr. Gandarillas. ¡Qué consagramiento tan desinteresado al bien de la humanidad! ¡Qué caridad tan ardiente para con los pobres, que los grandes del mundo miran con orgulloso desdén! ¡Oh, sí! el Asilo del Salvador es una valiente pincelada que nos traza el espíritu y tendencias del Sr. Gandarillas.

En la imposibilidad, señores, de seguir al Sr. Gandarillas por la espaciosa senda de sus virtudes cristianas y de sus importantes y modestos servicios, me veo precisado á terminar aquí el cuadro de su vida, que tan imperfectamente os he bosquejado. Pero antes de concluir séame permitido preguntar: ¿Qué es lo que hizo al Sr. Gandarillas lo que fué? ¿Qué lo hacía consagrarse con tanto desinterés al progreso religioso é industrial del país? ¿Quién lo llevaba á acercarse al obrero para estimularlo al trabajo?

¿Quién le hacía tomar como propia la suerte del desvalido, y enjugar las lágrimas del infeliz que no tiene más patrimonio que la caridad ajena? ¿Quién lo hacía, en una palabra, útil para todo? La piedad: sí, la piedad; y es preciso confesarlo en esta cátedra de verdad, por más que el hombre mundano lo escuche con la sonrisa del desprecio. La piedad es útil para todo, nos dice el grande Apóstol que, abrazado de la cruz, se inmolaba en ella por el bien de la humanidad

Como el árbol plantado junto á la corriente de las aguas crece frondoso y fecundo, así el Sr. Gandarillas, vivificado por la piedad cristiana, producía los opimos y saludables frutos que hemos visto. No era el siervo perezoso que enterrara el talento que le había entregado su señor; él había aumentado el caudal que se le había confiado: y cuando llegó la hora suprema de comparecer ante el Divino Juez, bien pudo decirle el Sr. Gandarillas: «Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que yo he ganado:» á cuyas palabras, sin que yo pretenda anticiparme al juicio de la santa Iglesia, se seguirían estas otras, precursoras de la eterna dicha: «Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.» Así piadosamente creo que sucedió en la noche del 4 de diciembre de 1853, en que ese varón justo exhaló su postrimer aliento. ¡Oh noche memorable, jamás se borrará de mi memoria la lúgubre escena que cubrían tus sombras! En la hora en que reina un sepulcral silencio; en que todo es imponente y majestuoso; cuando la naturaleza entera se presenta sublime cubierta con el negro ropaje de las tinieblas; cuando el hombre yace profundamente adormecido, entonces es cuando el padre de los pobres y el bienhechor de la humanidad se encuentra tendido en su lecho de muerte, rodeado de sus deudos y amigos, que le prodigan sus últimos servicios: entonces es cuando los ministros de la religión están elevando al Pa-

dre de las misericordias las devotas preces, con que la Iglesia acompaña la última partida de sus hijos; entonces es cuando el frío de la muerte hiela un corazón ardiente, precioso albergue de virtudes cristianas. ¡Oh! Muere entonces un padre amante, un esposo fiel, un noble y generoso amigo, un protector del desvalido, un cristiano ejemplar, un patriota desinteresado y celoso. ¡Oh! Entonces palpaba yo, que presencié sus últimos suspiros, la profunda verdad con que exclamaba el Rey Profeta: *pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus:* preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos.

Empero, el varón justo, que acababa de dejar esta tierra de infortunio y de dolor, no era por cierto en esta triste escena más que la víctima aparente de la muerte: él volaba á una patria mejor. Los que habían de apurar hasta las heces el cáliz de la amargura eran sus numerosos deudos y amigos; los desvalidos á quienes socorría; la patria, en fin, que se veía privada de un hijo ejemplar, que con singular anhelo había trabajado por su progreso religioso y su engrandecimiento material.

La noticia de su fallecimiento se esparce por todas partes, y por todas partes también se escuchan sentidos lamentos, que prueban claramente el lugar distinguido que el Sr. Gandarillas ocupaba en el corazón de los que aprecian el verdadero mérito. Todos lloran su temprana muerte; pero no hay quien no abrigue la firme esperanza de que ella ha sido el principio de una vida mejor. Mas, en lugar de derramar lágrimas sobre su huesa, vamos á su tumba á inspirarnos allí de las sólidas virtudes de que nos dió tan claros ejemplos: vamos á aprender en ese lugar de desengaños que el verdadero patriotismo y la herencia más rica del cristiano es la piedad, cuya naturaleza y esencia nos manifiestan los Libros Santos, cuando nos dicen: el que no tiene el espíritu de Cristo, no le pertenece.

Vamos á su tumba, y elevemos allí fervorosas preces al Altísimo por el feliz descanso de su alma. Vamos por fin á su tumba, y, al separarnos de ella, llevemos profundamente grabadas en nuestros corazones las santas y saludables impresiones que experimentemos, para emular con provecho su cristiana vida y sus relevantes virtudes. Así sea.



Illmo. y Rmo. Sr. D. Rafael Valentín Valdivieso

Nació en Santiago el 2 de Noviembre de 1804 y siguió la carrera del foro. Fué defensor de menores y administrador del Hospicio de ancianos é inválidos; después abrazó la carrera eclesiástica y llegó á ser Arzobispo de Santiago, consagrado el 2 de Julio de 1848. Murió en esta misma ciudad en Junio de 1878.

ORACIÓN FÚNEBRE

Por las almas de los patriotas que murieron en la jornada de Yungay

Constantes effecti sunt, et pro legibus et patria mori parati. (II Macabeos, VIII, 21).
Llenos de valor y constancia, se hallaron dispuestos á morir por las leyes y por la patria.

Excmo. Señor:

Los imperios más poderosos que han existido en el mundo no se cuentan ya en el catálogo de las naciones. Bosques sombríos ó melancólicas ruinas ocupan hoy el lugar donde en otro tiempo brillaba la opulencia de ciudades ricas y populosas. Se han desmoronado como el carcomido leño los tronos mejor cimentados y que habían sido erigidos con las victorias y triunfos más ruidosos. Aquellos famosos conquistadores, cuya formidable espada subyugaba pueblos y naciones, descendieron al sepulcro, donde yacen confundidos con el polvo, sin que se conserve otra cosa de su grandeza, que monumentos de vanidad destinados á recordarnos la decadencia de su poder. Solo Dios permanece inmutable, haciendo servir á su gloria las continuas vicisitudes de esta mansión de llanto. «Su reino, en expresión del real profeta, es reino de to-

dos los siglos, y su dominación se perpetúa de generación en generación» (1). Desde el solio de majestad en que habita, se complace en confundir los vanos proyectos de los mortales, manifestándoles que es sombra fugaz aquello que más lisonjea sus esperanzas.

Aunque basta el transcurso de los años para arruinarlo todo, cuando Dios quiere hacer ejemplares castigos en los soberanos y sus pueblos, manda al tiempo que entregue su hoz destructora al hombre, y entonces ve el tiempo con espanto cómo arruinamos en un instante lo que él necesitaba de muchos siglos para destruír. Sea que el Señor permita encadenar las naciones, sometiéndolas al capricho de un injusto invasor, ó sea que rompa su ominoso yugo. siempre obra de un modo propio de su incomparable grandeza y sabiduría, haciendo unas veces resaltar su justicia, y otras abriendo nuevos caminos para que resplandezca su misericordia. Por más que la guerra se mire como azote del género humano, ella es, sin embargo, el instrumento de que Dios se vale para la ejecución de su decretos soberanos; y el soldado, pronto á ofrecer la vida en defensa de una causa justa, se constituye en un verdadero ministro de Aquél á quien, no sin misterio, titulan tantas veces las Santas Escrituras el Dios de los Ejércitos.

No consiste el valor en un ciego arrojo para talar y destruír, porque entonces en nada se distinguiría de la rapacidad de las fieras, y, lejos de merecer aplausos, sólo podría mirarse con horror y espanto. Lo que verdaderamente honra á los guerreros, es aquella varonil constancia para arrostrar peligros y sufrir la muerte por obedecer las leyes y salvar la patria. El escritor sagrado nos dice que éstos eran los sentimientos del pequeño ejército con que Judas Macabeo derrotó á Nicanor: *Constantes effecti*

(1) Salmo CXLIV, 13.

sunt et pro legibus et patria mori parati: y yo he creído que exactamente conviene igual elogio á los beneméritos patriotas que perecieron en Ancach. Quiero que, cuando la nación tributa este homenaje de reconocimiento á su memoria, conozcáis que su sacrificio es el más importante para la felicidad pública, y que no hay otro título que pueda hacer al hombre más acreedor á la gratitud de sus conciudadanos. Bien sé que para elogiar dignamente las glorias de nuestros bravos se necesitaba la elocuencia de los Gregorios, ó la destreza de los Flecheres y Bossuets; pero á vosotros toca suplir la debilidad de mi voz, y por el aprecio que habéis hecho de la victoria, calcular el mérito de los que la ganaron con sus vidas.

Y Vos ¡oh Dios de la verdad! haced que mi lengua la pronuncie ahora sin lisonja, y que, al encomiar el ardor guerrero, lejos de excitar pasiones, edifique á mis oyentes.

Mas no penséis, señores, que, para aplaudir el heroico esfuerzo de los distinguidos ciudadanos que han colmado de honor las armas de la República en el Perú, venga yo ahora á pintaros la guerra como un teatro brillante donde las naciones deben buscar su engrandecimiento. Por más que quisiese ponderar el lustre de los inmarcesibles laureles que Chile ha recogido en la campaña que emprendió con denuedo asombroso y ha terminado por uno de los triunfos más completos, yo no podría disimular que esos mismos laureles han germinado con sangre; que los campos del honor lo fueron de luto y aflicción; que, si el enemigo para afianzar su dominación agotaba la sustancia de los infelices á quienes oprimía, era también preciso para libertarlos inquietar al ciudadano pacífico, arrancarlo del seno de su familia, llevarlo á climas mortíferos, empleando en matar y destruír los tesoros que la naturaleza prodigaba para nuestra dicha y prosperidad; y, en fin, que

debían ser taladas muchas fértiles campiñas de las que fecunda el sol del Perú, porque toda la moral de nuestras tropas y cuantas precauciones se tomen para regularizar la guerra, no alcanzan á evitar la destrucción y los desastres que ella siempre lleva consigo. Sí: los labios del ministro de un Dios de paz, jamás deben desplegarse para alabar la guerra, porque sería profanar la cátedra del evangelio, predicar en ella la destrucción de aquellos con quienes Jesucristo nos enseñó á fraternizar sin distinción de amigos ó enemigos, haciendo del amor el distintivo de sus creyentes. Pero ¡oh condición infeliz de los mortales! casi no podemos adquirir bien alguno sobre la tierra sin someternos á tolerar el mal, y para conservar la quietud y poner fin á los lamentables destrozos de una guerra asoladora, es forzoso terminarla en un combate, y comprar la paz con la vida de virtuosos y esforzados ciudadanos.

Sería imperturbable la tranquilidad de los estados si sus gabinetes siempre respetasen la equidad y la justicia; pero, por desgracia del género humano, su moral generalmente no es la más austera, y por lo regular los políticos trepidan poco en la adopción de medios cuando ellos facilitan los planes que se han propuesto. El hombre en su elevación no pierde sus pasiones; antes, por el contrario, con el poder adquieren un nuevo y más peligroso giro. El interés y la ambición, el orgullo y la venganza, clavan su aguijón en las naciones más pacíficas, y muchas veces no se sacian mientras no hayan corrido raudales de sangre inocente. Se inventan nombres pomposos para justificar proyectos los más inicuos, y no hay invasor, por perverso que sea, que deje de paliar sus injusticias con los especiosos pretextos de conveniencia pública y decoro nacional. Por más que la razón persuada que la prosperidad de un Estado en nada perjudica á la felicidad de los otros, pocas veces se mira aquélla sin envidia, y á pesar de los progresos de la civilización, raros son los hombres públicos que,

al dirigir la marcha de los gobiernos, no gradúen la justicia de sus pretensiones por el número de sus tropas y el poder de sus escuadras.

Y ¿creéis que, para contener los amagos de tan temibles y multiplicados enemigos, le bastaría á un estado proceder con equidad y moderar sus aspiraciones? Nó: su misma rectitud le haría presa del vecino menos fuerte, si para sostener sus derechos sólo contaba con la justicia de su causa, y no poseía valientes militares, dispuestos á despreciar los riesgos y sufrir la muerte en defensa de las leyes y la salud de la patria. Los brazos esforzados son el mejor baluarte de las naciones y sin aquéllos no se conservaría en éstas largo tiempo la paz, la independencia ni la seguridad personal. Los desvelos del sabio para establecer leyes benéficas y las fatigas del labrador y acertadas empresas del hombre industrioso para acumular riquezas, son otros tantos estímulos de la codicia y ambición extraña y quizá la causa por que una nación se concita enemigos encarnizados.

Chile sólo pensaba en cimentar sus instituciones; proporcionar garantías al hombre honrado y laborioso que las respetase; sostener la moral pública, y, sin envidiar prosperidades ajenas, buscaba la propia por aquellos medios que le ofrecían la naturaleza y su misma posición. Celoso hasta el extremo por el respeto á sus vecinos, jamás quiso mezclarse en discordias de las repúblicas hermanas, sino es para mediar en su reconciliación, cuando ambos contendientes se lo pedían. Desde los primeros pasos del conquistador boliviano, penetró sus designios y conoció los peligros que amenazaban á nuestra tranquilidad, y, aunque entonces nada le había sido más fácil que impedir los triunfos de Yanacocha y Socabaya, quiso más bien tolerar el engrandecimiento de su enemigo, que alterar en lo más leve la estrictez de su neutralidad. Empero, ¿de qué nos habría valido esta severidad austera de nuestros

principios, sin el coraje, moralidad y disciplina de nuestros soldados? Cuando menos lo debíamos esperar, llegaron á las playas chilenas naves enemigas que conducían los elementos más á propósito para encender en este suelo pacífico una guerra fratricida, y, apenas el titulado Protector se hizo dueño del Perú y Bolivia, cuando, orgulloso con los recursos para oprimirnos que ponían en sus manos la población y riqueza de ambas repúblicas, creyó que podía ya burlarse impunemente de nuestro enojo; y, sin respetar la dignidad ni la inocencia del representante chileno, cometió en su persona un atentado que ha escandalizado á la civilización del siglo y que será el baldón eterno de la política protectoral.

Quizás hoy veríamos el patrio suelo anegado en llanto, y por todas partes no se descubriría otra cosa que triste desolación y los despojos de la libertad, y quién sabe si el hábito de cargar cadenas nos habría envilecido hasta llegar á derramar sangre por afianzar la dominación de nuestro opresor, si nuestros hermanos no hubiesen sacrificado gustosos sus vidas en tierras lejanas por salvar la República, y si su valor constante no les hubiese hecho superar los invencibles obstáculos que encontraban á cada paso en las maléficas impresiones de un clima mortífero, escabrosidades del terreno, el oro y la astuta política del Protector. Pero el triunfo de Ancach será una lección de escarmiento para los que en adelante, prevalidos de su preponderancia, quieran apurar nuestra modesta circunspección, y el heroico ejemplo de las víctimas chilenas nos empeñará en respestar más esta patria y sus leyes, por cuya defensa marcharon tranquilos á perecer en el combate. La sangre preciosa que se derramó en Malambo, Matucana, Buin, Ancach y las playas de Casma, será una fecunda semilla de impertérritos defensores de los derechos sagrados é independencia de la nación. Sus nobles pechos opondrán un muro de bronce á la osadía de los ex-

traños que, abusando de nuestro sufrimiento, intenten envilecernos con injustas y ominosas pretensiones; y, si alguna vez el poder irresistible de la fuerza numérica llegase á triunfar, conocerían por lo menos que Chile puede ser destrozado, pero no vencido, y que para establecer su dominación sólo encontraban cadáveres á quienes remachar cadenas.

No hay un sacrificio que más importe para la felicidad pública, que el del militar honrado; pero tampoco puede imponerse un deber más penoso. Si el hombre se somete á las privaciones que la sociedad exige, es por conservar los goces de que ella sale garante; mas los pierde todos el que rinde la vida en la batalla. Dejando de existir, nada le aprovecha de cuanto queda sobre la tierra, y, como por lo regular sus bienes consisten en la renta que disfruta, sufre el sentimiento de perder las más caras prendas de su corazón con el desconsuelo de abandonarlas á una triste orfandad. Su virtud y la esperanza de una recompensa futura, son los únicos apoyos con que puede contar en el peligro, y sin estas prendas recomendables nada habría digno de aplauso en su sacrificio. Y, en verdad, que, si la religión no hubiese consagrado el valor y la constancia, cuando se emplean en la defensa de las leyes y de la patria, yo, en lugar de elogiar la muerte de nuestros bravos, vendría solamente á lamentar con vosotros su desventura; y, si no creyese que sus almas generosas poseían la inmortalidad, con igual respeto miraría ahora la espada y el cañón que destruyeron al enemigo, que los brazos esforzados por que fueron con tanto acierto dirigidos.

No dudo que podría formarse un ejército de ateos, y que tal vez peleasen con denuedo; pero sólo la ambición ó interés podrían ser la causa de su ardor guerrero. Sin más relaciones según sus principios con la sociedad y sus conciudadanos, que las que se fundan en la propia conveniencia, no teniendo nada que esperar después de la muerte,

ni pudiendo temer otro mal peor que sufrirla, sólo podían marchar al combate, computando el riesgo de sus personas como precio de los honores y riqueza que debe proporcionarles la victoria. En tal caso, todo el heroísmo militar sólo se distinguiría del frío cálculo de un comerciante que se expone á perecer en los mares por ganar dinero, en que, por lo menos este último, no especulaba con la vida de sus semejantes, y los gloriosos defensores de la patria quedaban entonces reducidos á viles esclavos de sus vergonzosas pasiones. Pero nó: el soldado cristiano sabe que los azares de la guerra son el camino de su dicha, y el denuedo para arrostrarlos la virtud que Dios le exige. Su valor no pende de la riqueza del botín ni la esperanza de los ascensos; porque conoce que su mérito, mientras más olvidado sea de los hombres, ha de ser mejor premiado por Aquél que no deja sin recompensa un jarro de agua fría dado en su nombre. Bien puede encontrarse sin testigos de su cobardía; mas no por eso abandonará el puesto peligroso, pues su conciencia, que jamás lo desampara, le dice que es un crimen no hacer su deber. El filósofo (1) que más se ha burlado de la religión, no pudo menos que confesar francamente, que un ejército pronto á perecer por servir á Dios debía ser invencible.

Nada ha contribuído más que el cristianismo á suavizar las guerras y contener los arroyos de sangre inocente, que sin este freno haría correr la cólera del vencedor. El ha desterrado aquellos temerarios arrojos que sólo tenían por objeto sacrificar á la vanidad millares de víctimas, entregando á las llamas ciudades enteras, porque no se dijese que fueron vencidas. El ha enseñado que es coraje propio de fieras el que ceba su furia en cuanto se presenta, y que

---

(1) Voltaire, Historia de Luis XV, hablando del piadoso y valiente Marqués de Fenelón.

debe pelearse no para destruír, sino por alcanzar victoria. La religión prohibe ofender al enemigo que se confiesa humillado, y encarga al vencedor que procure en lo posible minorar las desgracias del vencido, persuadiéndole que nunca es más glorioso que cuando se muestra humano y compasivo. Hasta la piedad tierna y devoción afectuosa, lejos de enervar el valor, han exaltado al guerrero para acometer empresas arriesgadas y difíciles. El cilicio no embarazaba á S. Luis bajo la coraza, y la oración tampoco impidió al grande Alfredo conducir cincuenta y seis veces sus huestes á la victoria (1).

Los mismos triunfos serían funestos para el vencedor, si la religión no moderase su influjo. La gloria que se adquiere en las batallas, es una tentación violenta que pervierte á las naciones; porque, envanecidas con el brillo de sus armas, se encuentran dispuestas á suscitar pretextos con que llevarlas á todas partes. A más, en las repúblicas cada victoria fomenta el ardor militar, que no siempre es lo más favorable á la obediencia ciega con que el ciudadano debe estar sometido á la ley para que se conserve la igualdad. La espada que empuñó el entusiasmo del patriotismo, muchas veces ha servido para extinguirlo. Desde que Lisandro consiguió humillar á la orgullosa émula de la invencible Esparta, en nada se parecieron los Lacedemonios á los heroicos defensores de las Termópilas, y las mismas legiones romanas, que extendían á lo lejos el poder de la república, fueron quienes cavaron su sepulcro. Por mucho que un pueblo idolatre su libertad, se ve obligado á tributar cierto sometimiento humillante á los brazos esforzados que acaban de pulverizar sus enemigos, y cuando el incienso de los aplausos lisonjea la vanidad de los que ya son árbitros de la fuerza, porque supieron conducirla á la

---

(1) Albano Butler, en la Vida del Rey Alfredo.

victoria, solamente la moral austera y el freno de la religión pueden moderar sus aspiraciones.

No temáis que para alabar á mis héroes necesite ocurrir á exageraciones inverosímiles, pintándolos á todos como defensores entusiastas del honor nacional, que, sin esperar premio alguno, por puro patriotismo corrieron voluntariamente á engrosar las filas del ejército. Bien sé que éstos son muy raros; pero lo cierto es que la religión posee el secreto de generalizar el heroísmo é infundir valor en los más pacíficos ciudadanos. Desde que la ley los llama á pelear, saben que Dios les pide el sacrificio de sus personas, y cuando se resignan á tolerar los riesgos y penalidades de la guerra, se hacen tanto más dignos de alabanza, cuanta era la repugnancia que antes tenían para adoptar una profesión que contrariaba sus inclinaciones.

De esta manera habéis visto formar en poco tiempo un numeroso ejército, cerrando para ello el artesano su taller, y abandonando su arado el sencillo labrador por cargar el fusil. Dos veces ha pisado las costas del Perú, y, si la primera no derrotó las fuerzas protectorales, tuvo por lo menos la satisfacción de que le rehusasen un combate á que se vieron repetidas veces provocadas, con la mitad menos de tropa y notable desventaja en el terreno. En la segunda ocasión creyeron los falsos amigos de la libertad peruana que el atrincheramiento sobre el puente del Rímac y los recursos que poseían en la misma capital para su defensa, arredrarían la constancia chilena; pero acabó de escarmentarlos la marcha tranquila por calles sembradas de metralla en la jornada de Malambo. Cerca de una fuerza triple repentinamente cae en Matucana sobre una división nuestra que no podía esperarlos; pero ellos encontraron la muerte donde se creía segura la sorpresa. Nuestros piadosos compatriotas, con la misma serenidad que en el templo, tributaban á Dios las gracias por la independencia chilena, cuyo aniversario celebraban, hicieron la

salva de honor sobre los fuegos del enemigo, antes de haberlo puesto en vergonzosa fuga. Los especuladores que aventuraron la empresa de armar corsarios en defensa de la Confederación, se figuraron que eran ya dueños de una parte de nuestra escuadra que se hallaba fondeada en la bahía de Casma, y, orgullosos por la fortaleza y celeridad de sus buques, no menos que por el crecido número y pericia de marinos extranjeros que los tripulaban, volaron sobre aquélla con el designio de abordarla; mas, la presa de una de sus naves y los torrentes de sangre que inundaron las otras hicieron que la Confederación perdiese para siempre la esperanza de ver tremolar sus banderas en el Pacífico.

Después de una marcha penosa por caminos ásperos y climas variados y mortíferos, agobiado de privaciones por respeto á la propiedad peruana, nuestro ejército no daba cuidados al protector; porque nada le parecía más fácil que destruír unos pocos soldados convalecientes y casi desprovistos. El creía eclipsar la estrella del pabellón tricolor, y de este modo afianzar para siempre su odiosa dominación; pero los encuentros de Buin y Llaclla le hicieron buscar nuevas ventajas, fortificándose en sitios donde sus tropas, lozanas y perfectamentes equipadas, fuesen inexpugnables por su excesiva mayoría, las elevadas eminencias que ocupaban, los fuertes muros y profundas zanjas que los defendían. Mas, los valientes restauradores de la independencia peruana no conocen obstáculos; sólo se acuerdan de la misión que su patria les ha confiado, siéndoles indiferente volver á ella victoriosos, ó rendir la vida en la batalla. Ellos acometen una empresa que parecía temeraria, y seis horas del más reñido combate sepultaron en las cercanías de Yungay las glorias del Protector bajo las ruinas de su confederación. Pero este triunfo ha costado doscientas veinte y nueve vidas preciosas, y no existen ya aquellos esforzados campeones. Los unos, des-

pués de trepar los escarpados precipicios de Pan de Azúcar, exánimes por el cansancio, ofrecen su pecho á los tiros del enemigo á fin de dar lugar á que sus compañeros cobren aliento para batirlo. Los otros, despreciando los fuegos vivísimos que se les dirigían desde las trincheras, se abalanzan sobre ellas, marcando con su sangre las señales de su arrojo. Estos salvan el muro y no sienten ser traspasados con las bayonetas que lo defendían, al ver que su denodado esfuerzo ha puesto en precipitada fuga los mejores batallones del Protector. Aquéllos, sin vida para proseguir la derrota, pierden para siempre de vista á los compañeros de su triunfo. Nuestros valientes oficiales mueren con la tranquilidad de los héroes, aprovechando algunos los pocos momentos que les quedan para despedirse de sus deudos y saludar desde tan lejos á la Patria por la completa victoria.

¡Ah! el campo de la gloria está regado con la sangre ilustre de los mismos que nos la han adquirido! Aun no se puede entonar el cántico de alegres vivas, porque todavía palpitan los cadáveres de tan preciosas víctimas. Aquí se levanta un altar formado de tambores, sobre el cual la voz del sacerdote hace bajar al Dios de las batallas con todo su poder para ofrecerlo por los valientes difuntos. Allí ancianos guerreros, que muchas veces despreciaron la muerte en los combates, trayendo aún las armas teñidas en sangre enemiga, doblan la rodilla delante de la Cruz, y vienen á deponer su bélico furor para regar con lágrimas los miembros mutilados de sus amigos. Acá, al redoble de enlutadas cajas y las salvas interrumpidas del cañón victorioso, conducen los soldados el cuerpo de su benemérito jefe al sepulcro que le abrió su mismo valor. Los heroicos defensores del honor de Chile no pueden ya recibir el tierno abrazo de nuestra gratitud; y, mientras nos entregábamos al gozo y danzabais con alegría por la victoria, sus ancianos padres, fieles esposas y tiernos hijos, se vestían de

luto y lloraban sin consuelo su orfandad. ¡Ay! ¡esos huesos ilustres yacen confundidos con los míseros esclavos del conquistador, y esta lúgubre ceremonia es toda la recompensa que la Patria puede conceder á tan generoso sacrificio! Pero ¿es acaso sólo un aparato de tristeza lo que consagramos á su memoria? Nó: Jesús, el hijo de Dios vivo, que se inmoló por la salud del género humano, acaba de ofrecerse sobre esas augustas aras, y su sangre divina purificará las faltas que la flaqueza humana pudo haber hecho cometer á nuestros valientes hermanos.

Sí, piadoso pontífice: completad las preces del incruento sacrificio. Ministros del Señor: unid también vuestros ruegos á los suyos; consolad á la afligida Patria, y, ya que no es posible restituír la vida á los que la perdieron en su defensa, alcanzad del Señor que sus almas inmortales reciban en los cielos el premio de sus trabajos. Respetables magistrados: acercaos á la tumba erigida en honor de los que reposan en paz por obedecer las leyes y hacer respetar los derechos sagrados de la nación, cuya guarda os está confiada; y para conservar ileso tan precioso depósito, no olvidéis lo que él ha costado. Ilustres militares: enlutad vuestras armas; llorad la pérdida de tan esclarecidos compañeros; haced la salva de honor á su memoria; y, al empuñar la espada, mirad el sendero de verdadera gloria que ellos os han demarcado con su sangre. Tierna juventud que debéis transmitir á la posteridad la noticia de los triunfos de Chile: grabad en vuestro pecho los nombres de los vencedores de Ancach, que mezclaron su sangre con las aguas del Santa para sofocar en su cuna las primeras tentativas que se hacen en América contra las formas republicanas; y, si alguna vez peligra la independencia de Chile, mostrad á sus hijos las armas teñidas con la sangre de sus invasores.

¡Oh sombras venerables de heroicos guerreros! sed el terror de nuestros enemigos y el vínculo de una paz dura-

dera; haced q. vuestro noble ejemplo infunda un amor acendrado á esta Patria, por cuyas glorias os habéis sacrificado, y si hay chileno que se atreva á mancillarlas, cubridlo de confusión y vergüenza, amargando sus días con pavorosos espantos.

Y Vos, Jesús benigno, que á imitación de vuestra muerte nos habéis dicho debíamos rendir la vida por nuestros hermanos: aceptad el sacrificio de los que cumplieron tan á la letra este encargo amoroso; y, mientras el mundo celebra la victoria, tejiendo coronas de un laurel que fácilmente se marchita, ceñid á los héroes, cuyas exequias celebramos, con las vuestras inmarcesibles y gloriosas, por los siglos de los siglos. Amén.



ORACIÓN FÚNEBRE

En elogio del señor ministro don Diego Portales

Et exquisivit omni modo exaltare populum. Et in diebus ejus prosperatum est in manibus ejus. (I Macabeos, XIV, 35, 36).
Procuró de todos modos exaltar á su pueblo; y en sus días todo prosperó en sus manos.

Excmo. Señor:

El esplendor de la majestad, los rendidos homenajes que se tributan á una autoridad bien cimentada, el influjo encantador de los talentos, y el brillo halagüeño de las riquezas, todo al fin viene á quedar sepultado bajo la frialdad de un insensible mármol. No hay más poder, no hay más grandeza ni otra gloria permanente que la del Soberano Dueño del universo que lo sacó de la nada y que preside sus destinos, sin que jamás pueda embarazarse su imperturbable marcha. Agote el hombre su saber para combinar planes de engrandecimiento; despliegue toda su actividad y tino para ejecutarlos; llegue, al fin, á disfrutar los favores de la fortuna, que basta sólo un ligero soplo de lo alto para derribar el coloso de su felicidad, no dejándole más que su propia flaqueza y el triste desengaño de su impotencia.

La divina Escritura nos enseña que todo en el siglo es

sombra fugaz y aflicción de espíritu (1); que es maldito el hombre que fía en otro hombre (2); y que no son dichosos. sino aquellos que mueren en el Señor (3). Empero, yo no sé qué venda funesta cubre los ojos de los mortales para no dejarles ver otra cosa que los inciensos de la gloria vana, con cuyo humo pestífero quedan sumergidos en el más profundo letargo. Para dispertarlos es necesario que la paternal Providencia del Señor acompañe también á sus lecciones ejemplos frecuentes de una prosperidad lisonjera, que se disipa cuando se creía más segura, y que se cambia en un abismo de infortunios por los mismos medios con que intentaba afianzarse. ¡Ah, y cómo abunda en estas santas reflexiones la memoria del ilustre personaje que es hoy el objeto de este lúgubre aparato! Aquel hombre, que no parece buscaba á la fortuna, sino que la obligaba con imperio á que favoreciese sus empresas; que para realizar sus proyectos no veía obstáculos ni en las asechanzas de los enemigos, ni en el desagrado de los amigos, y que en el manejo de los negocios públicos no encontró digno competidor de su genio y talentos políticos que le disputase el triunfo: este hombre singular, cargado de cadenas por el amigo más favorecido, y á quien había elevado á un alto predicamento, y postrado en tierra para recibir en premio de su generosa munificencia una muerte cruel é ignominiosa: ved aquí un espectáculo horrendo, pero mil veces más eficaz que toda la pompa de la elocuencia para inspirar desprecio por la gloria vana, y un patriotismo que sólo espere por recompensa la corona que tiene ofrecida Aquel que juzga nuestros corazones y penetra sus más íntimos secretos. Sí: las virtudes del ma-

---

(1) Eclesiastés, I, 14.
(2) Jeremías, XVII, 5.
(3) Apocalipsis, XIV, 13.

gistrado no son un sacrificio estéril consagrado neciamente á la vanidad ó interés. Para ponderar el mérito del valiente y distinguido Simón, nos dice el escritor sagrado que «procuró de todos modos ensalzar á su pueblo; y que en tiempo de su gobierno todo prosperó en sus manos»; y yo he creído que sin exageración podía aplicar este mismo elogio al patriota é ilustre Ministro Sr. don Diego Portales. Quiero que comparéis sus servicios con el fin trágico de su vida, para que imploréis en su favor con más confianza las misericordias del Señor. No os parezca que se me oculta la desproporción que hay entre el héroe y su orador; así es que, con gran desaliento y casi forzado vengo á tributar este homenaje de reconocimiento á nombre de la Patria al hombre grande que siempre ilustrará sus anales. Yo quisiera, señores, que mis débiles fuerzas igualasen á la importancia del asunto, á vuestros deseos y esperanzas, y á los trasportes de gratitud con que me siento conmovido cuando recuerdo la distinguida predilección que le debí, aun sin haberle jamás servido ni tratado; pero, donde desfallezca y se abata mi voz, hablen sus hechos esclarecidos y vuestro justo entusiasmo.

Y tú, Espíritu divino, que sugieres palabras de verdad y santificación, no permitas que yo degrade el sagrado decoro y dignidad de este lugar, convirtiendo la función augusta del ministerio en baja adulación ó haciéndola servir de vil instrumento para encarnizar odios ó rencores. Haced que no salga de mi boca otra cosa que paz y edificación.

Olvidemos, señores, los servicios esclarecidos con que enriquecieron á su antigua casa los ilustres antepasados del Sr. Portales; no fijemos la atención en el lugar preeminente que su propio padre ocupó entre los fundadores de

la independencia americana; pasemos en silencio los progresos que hizo en el estudio de humanidades y bellas letras, filosofía, ciencias de religión y jurisprudencia, porque en los grandes hombres queda obscurecido todo aquello que no es extraordinario. El brillo de sus principales acciones se asemeja al resplandor del sol, que no deja percibir los demás astros del firmamento. Aunque el talento y los cuidados de su educación le ofrecían un vasto campo de gloria y lucimiento en la carrera literaria, eran, no obstante, incompatibles con su genio activo y emprendedor una vida sedentaria y la lentitud en las empresas del literato. Desde luego llamaron su atención las especulaciones mercantiles, porque en ellas encontraba un poderoso aliciente su fino é infalible cálculo, y, tan pronto como se dejó ver, fué ya de todos admirado. El mayor y más complicado negocio que se ha formado en el país; ese primer ensayo de una asociación, que, difundida en toda la república, debía eslabonar sus relaciones con la misma Inglaterra, se confió á la dirección del Sr. Portales, que fué quien hizo propuestas más ventajosas; y desde entonces no trepidaron los más antiguos y acreditados comerciantes del país en someter sus fortunas y sus luces al magisterio de un joven que apenas había llegado á los treinta años. No es concebible de cuánto saber y destreza necesitó para vencer los obstáculos que le oponían la novedad en el sistema de su administración, el interés de los unos, las venganzas de los otros, y hasta la oposición del mismo gobierno. Sus émulos celebraron como triunfo la disolución del contrato; pero esta circunstancia hizo público el manejo del empresario, y sacó á luz los libros y documentos, sin que sus calumniadores hayan podido hasta ahora aprovecharse de uno solo.

Los cuantiosos capitales que poseía, con sobrado talento y crédito para incrementarlos, habrían alejado del teatro político al Sr. Portales, si su patriotismo le hubiese

permitido mirar con indiferencia la suerte de la república. Su primer cuidado fué reunir á los ciudadanos pacíficos, que, debiendo ser los más interesados en el establecimiento de un orden permanente, por efecto sólo de un perjudicial y mal entendido desprendimiento, no aspiraban más que á vivir retirados en el reposo de sus casas; y no es la menor de sus glorias haberles comunicado parte de su fuego, haciéndolos entrar en la lid política. En su oposición á los partidos jamás traspasó los límites de la moderación y la decencia, ni desmintió una vez sola aquella noble franqueza que fué siempre su divisa; pero ellos le miraban como enemigo temible, haciéndolo desde entonces el blanco de sus tiros. Los conspiradores de 1827, después de acertado el golpe, no se consideraban seguros, mientras quedase libre el Sr. Portales, á pesar de que en esa época ninguna parte tenía en la administración pública; sin embargo, lleno de la nobleza y humanidad que han desconocido, los de 1837 se contentaron con aprisionarle. Mas, como las almas grandes hacen que hasta los contratiempos contribuyan á su gloria, el ilustre preso, desde la obscuridad del calabozo, no solamente restituyó la tranquilidad perturbada, sino que también sometió á sus perseguidores á la suerte que le preparaban, cuando ya creían jactarse de un triunfo el más completo. Pero, sin ambicionar poder, satisfecho con haber acreditado la capacidad de poseerlo, volvió tranquilo al retiro de su casa.

No es posible referir aquí todos los hechos distinguidos del Sr. Portales, y apenas podremos recorrer algo de lo más importante durante la época que influyó con sus sabios y acertados consejos en los destinos de la Patria. Pero no os figuréis por eso que ahora me detenga en hacer la apología de sus opiniones políticas, lanzando invectivas amargas contra los que pensaron de diverso modo. Esto sería convertir en tribuna la cátedra de la verdad divina, confundiendo la voz de Dios, que reveló su santa doctrina

para salud del hombre, con el eco tal vez apasionado de mis ideas y afecciones. Nunca he creído que el interés y el crimen fuesen los principios que nivelaron la conducta de todos los vencidos en Lircay y cuantos tomaron su defensa. Los hombres somos muy débiles para no mirar con indulgencia extravíos que nacen del entendimiento. Lo confieso sin rubor, y aun me glorío de esta confesión ingenua, que quizá llegó á aplaudir tanto la honrada comportación de algunos, cuanto me desagradan sus opiniones, y habría lamentado para siempre su triunfo. La gloria del Sr. Portales ha consistido en medir sus fuerzas con enemigos poderosos, despojarlos del prestigio que los hacía temibles, desvanecer sus tentativas y no desviarse por ellos un punto del sistema que se propuso á los principios de su administración.

Cuando se promulgó la constitución de 1828, los pueblos se resignaron á obedecerla, aburridos ya con una serie no interrumpida de inquietudes y revueltas; pero las elecciones populares de 1829 y la que hizo el cuerpo legislativo para vicepresidente de la República fueron un manantial inagotable de altercados y querellas que cubrieron de luto á la nación. En vano los amantes de la tranquilidad suspiraban por algún avenimiento; en vano el mismo jefe que presidía el Estado confesaba la infracción para que se procurase el remedio; fué preciso someter la decisión de esta acalorada disputa al filo de las bayonetas, y el honorable caudillo, á quien cinco provincias en masa y multitud inmensa de ciudadanos respetables de las otras llamaron en su socorro, quiso partir sus glorias con el sabio y prudente consejero que le designaba la opinión pública. Poco más de dos meses bastó para formar de una pequeña porción del ejército cuerpo de tropas capaces de batir á las que se consideraban como el grueso de las fuerzas chilenas, y en donde peleaban los vencedores de Maipo, Las-Vegas, Pudeto y otros mil encuentros gloriosos

Lamentemos la sangre de tanto bravo chileno; pero no defraudemos el mérito á quien supo de tal modo allanar el camino para la victoria, que, aun en caso de suerte adversa, tenía preparativos con los cuales ni se hubiese conocido la más completa derrota.

La jornada de Lircay quitó las armas de las manos á unos cuantos enemigos del Gobierno que no ocultaban serlo, y peleaban á cara descubierta; pero los diseminó por todas partes, encarnizó su odio é hizo su enemistad irreconciliable. Ya, en lugar de la espada y el cañón, sólo podían servirse de la rebelión, tanto más temible, cuanto es mayor la dificultad de prevenir sus tiros. En esas circunstancias la nueva administración aun no había tenido tiempo de radicar sus cimientos, y los cuantiosos gastos que acababa de ocasionar la guerra civil, la desconfianza que inspira un gobierno reciente y los vaivenes que todavía sufría el Estado como consecuencias de la conmoción más general y violenta que se había visto hasta entonces, todo parecía presagiar la más próxima ruina. Por otra parte, se hallaba la autoridad debilitada en sí misma con siete años de continuas variaciones en el sistema administrativo; durante los cuales habíamos visto adoptar unos principios y dejar otros, vituperándose hoy lo que ayer se aplaudía, y alternándose sucesivamente la anarquía, el orden constitucional y la dictadura, las formas unitarias más centralizadas y una federación que intentó hacer popular hasta el nombramiento de un simple párroco. No quedaba, pues, al parecer, otro arbitrio para afianzar la permanencia del Gobierno, que hacerlo contemporizar con sus enemigos y ceder algún tanto de sus mismas prerrogativas. Pero el Sr. Portales no conoce obstáculos, porque siempre todos los encuentra allanados en los inagotables recursos de su genio criador. Semejante á aquellas águilas que en el rápido curso de su vuelo, sea que se remonten sobre inflamados volcanes, hondos precipicios, lagos insonda-

bles, ó escarpadas montañas, jamás detienen su vista en lo que se halla á sus pies; así el laborioso Ministro, sin reparar en las dificultades que le cercan, dirige sus miras a enfrenar la licencia, reformar los abusos, dar nervio y respetabilidad al Gobierno, crédito á sus promesas, moralidad á las masas, economía y pureza en la administración de las rentas públicas. En todo trabaja con buen éxito por sí ó por medio de diestros cooperadores, cuya elección es también debida en gran parte á la penetrante perspicacia con que leía en los corazones y adivinaba aquel destino que á cada uno convenía según sus aptitudes. El talento y su infatigable contracción le hacen familiar todo aquello que forma el secreto y constituye el magisterio de cada profesión. Nombrado Ministro de Guerra y Marina, á los pocos días ya se deja escuchar con interés sobre el arte militar. En los negocios que tienen atingencia con el comercio y jurisprudencia civil y eclesiástica, oye, pero resuelve por sí mismo.

Era su máxima favorita, que, para mantener la libertad de los pueblos y la independencia del Gobierno, debía hacerse entender al soldado que su oficio es pelear contra los enemigos de la Nación y no discutir con espada desnuda las cuestiones políticas. A fin de reprimir el orgullo militar y dar un noble giro al espíritu marcial de la juventud chilena, consagró todos sus desvelos al establecimiento y arreglo de las guardias cívicas hasta ponerlas en un estado, que dejan poco que envidiar á los países en que ha progresado más esta benéfica institución. Fruto es de sus tareas la victoria del Barón, que no alcanzó á disfrutar, pero que servirá de lección saludable á cuantos en adelante pretendan invadir la autoridad con las armas que la Nación puso en sus manos para defenderla. Al paso que trabajaba por contener á los veteranos, quería hacerlos ilustrados y capaces de dar glorias á su honrosa profesión. La Academia Militar, erigida con este objeto,

será un monumento eterno de la sabiduría y patriotismo de su digno fundador.

Enemigo acérrimo de toda mitigación ó condescendencia en la observancia de la ley, estaba dispuesto á procurarla aun cuando fuese preciso sacrificar sus intereses y las más caras afecciones. Pudo como hombre padecer alguna equivocación; pero ella y cierta inflexibilidad nacían de de un fondo de justificación y laudable celo. Miraba como vicios generalizados en el país y origen de inmensos males la indiferencia por los perjuicios públicos y el propender á la impunidad de los culpados, y no es de extrañar que el temor mismo de que llegase á contaminarle este contagio le hiciese atribuír a vergonzosa cobardía lo que otros consideran prudente discreción en la severidad del castigo. Al mismo tiempo que perseguía los delitos, no había para él mejor recomendación que el mérito y los talentos, y cuantos poseían estas apreciables cualidades sólo dejaban de ser sus amigos cuando conceptuaba que podían emplearlas en perjuicio del orden establecido. Siempre que no hubo este temor ocupó en empleos de importancia, y talvez los más apetecidos, á personas que le habían sido desafectas.

Protector declarado de la juventud, se propuso valerse de aquellos jóvenes en quienes descubría moralidad é instrución, porque juzgaba que el entusiasmo republicano que ardía en sus pechos y la falta de apego á costumbres inveteradas los dispondría mejor para adquirir hábitos de respeto á la ley é imperturbable constancia para procurar su ejecución, que eran el eje sobre que debía girar todo el vasto plan de sus premeditadas reformas. Ellas sin duda se habrían realizado, y así nos es lícito vaticinar los resultados por lo que ya tenía hecho, por el espíritu regenerador y talentos que había desplegado y por el tesón infatigable para llevar al cabo sus más arduas empresas. ¡Cuán-

ta pérdida no ha sido para la Patria su prematura y temprana muerte!

Ningún hombre público le ha excedido en laboriosidad y contracción: unos pocos meses que gobernó á Valparaíso, eternizaron allí la memoria de su incansable celo y perspicaz vigilancia.

A la vez con uno, dos y hasta tres ministerios á su cargo, despachaba los negocios de cada uno como si fuesen solos, y se ha oído generalmente á los oficiales de quienes se servía, que con tal jefe no se logra un momento de desahogo. Los negocios de suma importancia que siempre le ocupaban, y que al parecer exigían toda su contracción, no le impedían descender á pequeñeces que otro habría despreciado, pero de las cuales sacaba inmensas ventajas. Para él nada era perdido; porque todo entraba en la ilimitada extensión de sus planes. El artesano, el labrador, el soldado y hasta el despreciable mendigo, no había uno que no fuese detenido por su habitual jocosidad y de quien no adquiriese sagazmente noticias de algún provecho.

Pero la cualidad más notable, la que parece formaba el alma de sus otras relevantes prendas, era un tino para acordar sus providencias y cierta previsión para calcular sus efectos, que no parece sino que llevaba en las manos la voluntad de los hombres y el poder de los elementos. ¿Cuántas veces no se temía un descalabro donde tal vez se daba el golpe decisivo? Durante los siete años y medio que ha intervenido en los negocios públicos, no ha quedado tentativa de que los enemigos del Gobierno no se hayan valido para derrocarlo, y en todas han encontrado su triste desengaño. ¿Quién no creyó envuelta la república en guerra civil, á lo menos por algún tiempo, cuando repentina é improvisamente se tuvo la noticia de que debía estar ya en nuestras costas una expedición formal, mandada por el caudillo de la oposición al Gobierno, y, según

todas las apariencias, dirigida y sostenida por el afortunado conquistador que acababa de ganar al Perú con una empresa semejante? ¿Quién? Solamente el Ministro y los que conocían de lo que él era capaz. Vosotros visteis en pocos días formar escuadras, disponer ejército y dirigir sus operaciones como si la guerra y los mares no ofreciesen contratiempos. Supisteis después que, mientras en Chiloé eran presos el jefe de la expedición con sus tropas, buques y bagajes, flameaba el pabellón chileno en el Callao, y se firmaba por el señor de tres repúblicas una tregua que, aun cuando vergonzosa para él, con todo, no satisfizo las grandes miras del autor de tan gloriosos triunfos.

Pero ¿creéis, acaso, que estas ú otras hazañas semejantes bastarían para formar su elogio? Adornado de todo aquello que la gloria mundana tiene más seductor, ¿qué le quedaría hoy de sus atavíos? «No queráis engañaros, hermanos míos muy amados, decía el Apóstol Santiago; toda dádiva preciosa, y todo don perfecto viene de arriba, como que desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación» (1). Sí, dones del Cielo son los sabios consejos, los sentimientos generosos, el talento, el denuedo y los aciertos; pero dones que son nada sin la piedad, y que llegan á ser nocivos sin ella á quien los posee. ¿Qué sería del ilustre Ministro, de sus proezas, de su grande alma, de su incomparable genio, si la religión no hubiese consagrado estas prendas recomendables? Sin ella, ¿cuál sería el consuelo que podíais encontrar para vuestro dolor? cuál la confianza que animaría nuestros ruegos y oraciones? ¿Ni cómo este religioso Pontífice habría ofrecido sobre esas aras sacrosantas al Hijo Unigénito del Eterno Padre? Yo mismo no podría sostener las

---

(1) Santiago, I, 16, 17.

alabanzas que son debidas á un hombre tan distinguido. Mas, confundamos con su ejemplo la grandeza mundana y hagámosle entender que los héroes cristianos acopian un tesoro que no roe la polilla de la envidia, ni quita el ladrón astuto, y para el que un golpe alevoso sólo abre el camino de su eterna posesión.

El Sr. Portales, como hombre público y como un simple particular, ha dejado testimonios irrecusables de su piedad. En el tiempo de su administración las iglesias depusieron el luto de su penosa viudedad, teniendo ya pastores adornados del carácter episcopal que las rijan. Se había proyectado la creación de otras dos más y una metrópoli eclesiástica para que, multiplicados los auxilios de la religión y establecido un sistema reglado en los juicios eclesiásticos, se forme también un cuerpo de episcopado chileno que sirva de muro inexpugnable contra los enemigos de la religión y de la Iglesia. Las comunidades religiosas volvieron al goce tranquilo de sus rentas, sin las cuales no podían subsistir, y cuya propiedad habían sancionado y garantido las leyes, cuando la piedad de nuestros abuelos consagró al Dueño del universo parte de sus fortunas, á fin de que hubiese ministros destinados á su culto. Desde entonces poblaron sus noviciados y abrieron de nuevo las escuelas de enseñanza científica que ofrecen en sus claustros gratuitamente al público. Pero la obra exclusiva de nuestro religioso Ministro, en la que su virtud encontró sacrificios más penosos, fué el restablecimiento de los seminarios conciliares, cuya juventud florida anuncia á la Iglesia días de gloria y prepara á los fieles sacerdotes celosos é ilustrados.

No se limitaron por eso sus cuidados á lo que tiene relación directa con el orden civil y político, sino que trabajó por llevar los consuelos de la religión y por que se predicase penitencia en los puntos más remotos y cuyo desamparo lloraban amargamente los pastores sin divisar

el remedio. Ha sido necesario todo el influjo de su autoridad y la firmeza invencible de su carácter para realizar las expediciones de misioneros á Chiloé y Valdivia, que, según él mismo aseguró, fué la providencia entre todas las de su administración en que tuvo mayores compromisos que arrostrar. Todo esto aun no satisfacía su piedad; fiel imitador de los Estéfanos, Olaos y Canutos, pensaba aprovecharse de los recursos que la autoridad ponía en sus manos para facilitar la conversión de los bárbaros araucanos y aun de aquellos que habitan al sur de los confines civilizados de la república. Tuve la honra de escuchar de su boca el bello plan de misiones que se había propuesto, y más de una vez creí llegar á ver guaitecas y trasmontanos postrados ante la Cruz que con inocentes y suaves acentos bendecían al Señor. ¡Ah, y que no exista ya el genio de cuya valentía é intrepidez se necesitaba para realizarlo! ¡Y que tan lisonjeras esperanzas puedan ser sólo un sueño alegre, que no sirve más que de tormento cuando se despierta! ¡Dios mío! si nuestra maldad nos ha hecho indignos de tanta dicha, retribuíd por lo menos la voluntad y el deseo de aquel á quien Vos lo inspirasteis y no permitisteis ejecutarlo. Y vosotros, mis oyentes, tolerad este desahogo á un corazón que con tal recuerdo siente toda la amargura del desconsuelo.

Nuestro cristiano Ministro había aprendido del Apóstol Santiago que «la religión pura y sin mácula delante de Dios Padre es ésta: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y no mancharse con los halagos engañosos de este siglo» (1). Y ¿quién llegó á él con aflicción, que no saliese consolado? Nada queda de su ingente fortuna, porque toda se ha empleado en favorecer al oprimido, educar al pupilo, socorrer á la viuda y mante-

(1) Santiago, I, 27

ner al desvalido; y aun ha sido necesario que los administradores de sus rentas se constituyan en tutores suyos para que siquiera tuviese con qué sostener la decencia de su casa. A pesar de su severidad, estaba dispuesto á perdonar ofensas, porque no conocía otros enemigos que los que creía del Estado; y aun con éstos, mientras una mano firmaba decretos contra ellos, alargaba la otra para aliviar sus miserias. Durante el tiempo que vivió en el campo, todo su placer consistía en procurar la felicidad de los sencillos aldeanos; él era su consultor, su padre y hasta su médico; habiendo hecho con este solo objeto un detenido estudio de los medicamentos más usuales y su oportuna aplicación.

Pocos han mirado con tanto desdén el falso brillo de la pompa mundana, y al paso que su rango y los destinos que ocupó le colocaban entre los primeros hombres del país, su vestido, su tren y todo el aparato de su casa no anunciaba otra cosa que sencilla mediocridad. Siempre los que apetecen la gloria vana se procuran una clientela lucida para que así se dé más crédito á las alabanzas que les prodigue; pero, enemigo irreconciliable de la adulación y lisonja como franco é ingenuo por carácter, más bien parece que estudiaba el modo de disminuír sus aplausos. Hizo el más alto desprecio de las riquezas, y hasta los émulos más obcecados se ven precisados á confesar su inimitable desinterés. Dueño de un caudal que podía llamarse opulento, cuando se contrajo á los negocios de Estado abandonó enteramente el cuidado de conservarlo. Invirtió sumas cuantiosas en objetos públicos, y no consintió en su vida que se le pagasen. Sirvió constantemente empleos lucrativos; pero de ellos no percibió otra cosa que el asiduo trabajo. Ya casi no le quedaba con qué subsistir, y para que recibiese sueldo en la última época que despachó el Ministerio, fué necesario todo el empeño de los amigos, un formal precepto del Gobier-

no. Ved aquí hasta dónde llevó el Sr. Portales su amor á los prójimos. El divino Salvador del mundo no dejó otra señal para conocer á sus verdaderos discípulos. Y ¿no le contaréis entre ellos? Sí: las lágrimas de tanto menesteroso á quien socorría. serán el mejor timbre de su inmortal gloria.

Es verdad que debía ser para él una noble satisfacción llegar á ver logrados sus molestos sacrificios, pues á dondequiera que tendiese la vista, allí se le presentaba la la más risueña perspectiva. Mejoras en la administración de justicia y en la policía de los pueblos; incremento pasmoso de las rentas públicas, ejército, marina y preparativos para llevar la guerra fuera del Estado, sin que para ello hubiese sido preciso obligar á una exhibición extraordinaria; respetabilidad en el Gobierno; decencia en su manejo; crédito dentro del país y fuera de él; progreso en el comercio; ahorro de gastos; edificios públicos de gran costo; establecimientos para educación de eclesiásticos y militares; nuevas cátedras de enseñanza; ved aquí los frutos de la administración de que ha sido el consejero, el alma y el más firme apoyo nuestro distinguido Ministro. El ha dado á Chile la gloria de ser el primero de los estados americanos que alza la voz para defender la independencia del Perú y derribar la espada que asesta sus golpes contra las formas republicanas.

Pero tanta fortuna, tanto poder, tanta gloria, no eran el mejor camino para la recompensa de sus virtudes. La tribulación y las adversidades son las pruebas de las almas grandes y el patrimonio de los escogidos. Este era el triunfo que sólo restaba á nuestro héroe, y el último y más glorioso sacrificio que debía consagrar á su amada Patria.

El deseo de activar por sí mismo los aprestos de la expedición al Perú le condujo en persona al campamento del ejército, y entonces fué cuando el amigo de sus íntimas

confianzas, el más beneficiado de todos, á quien acababa de conferir el segundo lugar en el mando de las tropas, se subleva, le sorprende y apresa, pocos momentos después de haber recibido las últimas pruebas de ternura y amistad sincera. ¿Os parece que, ardiendo en cólera, lanzaría rayos de furor contra tan negra perfidia? ¿Creéis que lloraría la pérdida de la autoridad y del poder? ¿Os le figuráis confuso por su humillación y abatimiento? Nó: jamás estuvo más tranquilo; y, si manifestó algún sentimiento, fué sólo por los males que la sublevación iba á causar á la Patria. ¡Qué señorío de espíritu! qué patriotismo! Luego le conducen cargado de cadenas y custodiado por un grueso respetable de tropas; porque la memoria de sus virtudes y talentos llenan de pavor y espanto á los revoltosos: éste es todo su delíto y el único principio de sus desgracias. Piensan que el amor á la vida le haría perder algo de su dignidad y llegan á intimarle que sufrirá la muerte si no escribe al jefe de la plaza de Valparaíso para que la entregue; pero él desprecia sus amenazas y y sólo por prevenir á la guarnición contra cualquier sorpresa, toma la pluma y traza algunas líneas, en que, olvidándose totalmente de su persona, no hace más que recomendar el que se mantenga ileso el decoro del país y se evite hasta donde se pueda la efusión de sangre; cada palabra respira dignidad y los sentimientos más puros de un corazón humano y generoso.

Después de tres días, en que no sabemos cuál admirar más, si la amargura de los penosos sufrimientos ó su invencible constancia, conoce que va ya á consumar el sacrificio; y aquí es, cristianos, donde le veo mil veces más grande que cuando confundía á sus enemigos y reposaba tranquilo en el colmo del poder. Su generosidad sobrepuja á la ingratitud é inhumanidad de sus verdugos, y para referir al fiel amigo que le acompañó en su prisión los indignos tratamientos que había sufrido durante unas pocas

horas de separación, cuida cautelosamente de no descubrir las personas. Cuando pierde la esperanza de ser útil á la Patria, entonces olvida todas las cosas de la tierra y, reconcentrado en sí mismo, permanece por media hora contemplando en Aquél, cuya bondad misericordiosa era su consuelo y debía ser también la eterna recompensa de sus trabajos..... Se acerca el momento fatal: resuena la voz terrible, y el mismo que la pronuncia huye confuso por no presenciar la ejecución. El soldado que, sumiso á sus jefes, marcha sin replicar para recibir la muerte, horrorizado se detiene y rehusa obedecer las órdenes sangrientas que se le intiman. Sólo la víctima honorable no da el más ligero indicio de flaqueza, y sin afectar valor con largos razonamientos, que, en sentir de un sabio orador cristiano (1), por lo regular son señales de un orgullo encubierto, ó á lo menos esfuerzos de un alma agitada que combate por disimular su temor secreto, aguarda en silencio....... ¡Ah noche infausta! ya que cubriste en tu obscuro seno fiero atentado, ¿por qué no ocultaste para siempre con densas tinieblas el desventurado campo de la Viña del Mar? ¡Ojalá que el sueño poderoso del olvido borre de nuestras páginas el aciago 6 de Junio de 1837!

Pero Portales no existe ya, y cuarenta y cuatro años de una vida gloriosa sólo ofrecen un recuerdo melancólico. Mientras su cadáver yacía confundido con asesinos y traidores, la noticia de su muerte llevó á todas partes el horror y el desaliento. Los unos ven destruída la tranquilidad y el sosiego, que en el corto espacio de siete años hizo prosperar tanto á la república. Los otros creen extinguido el patriotismo; porque no esperan que á vista de este ejemplar haya quien se consagre con tanto desinterés y anhelo al servicio público. Estos, en el desenlace cruel é inhumano de la revolución, que es la primera que en el país se mancha con la muerte de un ilustre magistrado, miran

(1) Bossuet, Oración fúnebre del Príncipe Condé.

á la república nadando en sangre y hecha el teatro de interminables venganzas. Aquéllos llegan á temer que el extranjero enemigo de nuestra independencia realice en Chile sus planes liberticidas; porque en la guerra exterior, mientras había un genio que tan sabiamente la dirigiese, nadie pensaba ni en el número de las tropas ni en las dificultades de la empresa. Hasta los más desafectos al ilustre Ministro que abrigan sentimientos nobles, se llenan de indignación; todos llevan en su semblante impresa la imagen del sobresalto y del dolor. El mismo Gobierno en tan apuradas circunstancias sólo se ocupa de su aflicción. Nadie se acuerda del triunfo contra los amotinados, el más glorioso paralosbuenos ciudadanosy funesto para el despotismo militar. Los cívicos de Valparaíso, victoriosos contra una fuerza veterana, que era tal vez la que desde muchos años antes se había presentado con más prestigio, abandonan sus laureles para cubrirse de luto y hacer los funerales á aquel á quien debían su establecimiento y disciplina; todo anuncia que la muerte de este hombre eminente es para la república su mayor calamidad.

Cristianos: ¿y no habrá algún consuelo para nuestro dolor? ¿Lágrimas? tiernos sollozos? amargos suspiros? Pero nada de esto alcanza á la mansión del reposo. ¡Oh, qué triste desventura! Yo así no leo en los anales de la libertad de Chile el nombre de aquellos que los enriquecieron con acciones gloriosas, sin recordar al mismo tiempo sus infortunios. Y ¿cuál será su recompensa? ¿Bellas inscripciones? estériles elogios? magníficos mausoleos, destinados más bien para servir de pábulo á la vanidad de los vivos que de provecho alguno á los ilustres muertos? Nó, nó: Vos, Señor, esculpís con buril indeleble los sacrificios que hacen por los prójimos aquellos á quienes alimentó vuestra santa palabra. Vos, buen Jesús, enseñasteis que el amor verdadero consiste en dar la vida por los suyos; disculpasteis con generosidad á los que os cruci-

ficaban; y demostrasteis con afectuoso llanto el amor á la santa ciudad; acoged, pues, también propicio á aquel que ha procurado imitar tan heroicas virtudes.

Chilenos todos: sean cual fuesen vuestras opiniones, aprended en las heridas de este ilustre cadáver y en la calidad misma de sus asesinos, hasta dónde puede conducirnos el espíritu de discordia. No olvidéis que es un torrente impetuoso que arrastra consigo aun á aquellos que le dieron impulso; y, si no os ha espantado promoverlo, temed por lo menos llegar á ser sus víctimas. Si queréis borrar á la Patria la negra mancha que en estas escenas de horror ha mancillado sus glorias, hacedle el sacrificio de toda personal afección, y no haya más que un solo anhelo, un solo esfuerzo en la defensa contra el enemigo común.

Y tú, sombra venerable del ilustre mártir por las glorias de Chile, recibe en testimonio de nuestra gratitud las tiernas lágrimas con que quisiéramos a un mismo tiempo cicatrizar las heridas y lavar la mano sangrienta que las abrió. Tu nombre angusto será escrito con caracteres de oro en los fastos más honrosos de la Patria, y el corazón de sus hijos eternamente lo conservará marcado con un sello indeleble de sincero amor. En tus heroicos ejemplos hallará siempre el magistrado la firmeza, la intrepidez el soldado, y la tierna juventud un noble desinterés; mientras que nosotros en torno de tu tumba rogamos al Señor que, en recompensa de tus trabajos, te ciña una inmarcesible corona en la mansión eterna del descanso, y te dé paz sin fin, ya que por nuestro bien te privaste de ella en la tierra. Amén.



SERMÓN

En honor de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima. (8 Dic. 1855).

Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo. (San Lucas II, 10).
A la verdad que vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo.

Las ciudades y los pueblos se visten de gala y celebran su ventura cuando un caudillo afortunado abate á sus enemigos, cuando sus Príncipes ó Gobernantes añaden posesiones á las que antes reconocía su poder, cuando una nueva fuente de riqueza viene á anteponerlos á sus vecinos, cuando un genio aventajado excita la emulación de los extraños, ó cuando cualquier otro acontecimiento próspero distrae á los mortales de las penalidades de la vida. Pero ¿qué produce todo esto sino un gozo limitado y pasajero, que, mientras envía á otros el llanto y la envidia, como la flor apenas nace, ya se marchita y á manera de la sombra pasa sin detenerse estable? Siempre las huellas del vencedor quedan marcadas con sangre y la dominación no se extiende sin opresión. Regularmente las cualidades distinguidas despiertan recelos, y se mira como desgracia propia la riqueza y prosperidad ajenas. Todo cambia con rapidez y las naciones no conservan largo

tiempo esa ventura en que cifran su gozo; porque á la serie de victorias sucede otra de descalabros, á la elevación del poder su decadencia, y á la prosperidad y abundancia, la adversidad y pobreza.

Desde el día en que el Señor en castigo de la rebelión de nuestros primeros padres maldijo la tierra de nuestra peregrinación, ni el hombre puede encontrar en ella el gozo cumplido, por que tanto anhela su corazón, ni esos gustos pasajeros con que adormece sus penas, pueden hacerse extensivos á todo el linaje humano. La dicha y la alegría en la marcha de la humanidad forman aquí y allá una verdadera excepción, por más que algunos espíritus hayan querido ilusionarse con halagüeños sistemas de una pretendida perfectibilidad progresiva. La raza de Adán es raza desheredada, y en vano busca la felicidad y el contento que fueron su primitiva herencia. Sólo pueden encontrarse consuelos en las promesas y esperanzas con que la misericordia de nuestro buen Dios templó la severidad de la fatal sentencia que fulminara su justicia infinita. Al mismo tiempo que El anunciaba nuestra redención, fuente de todo consuelo, dijo á la infernal serpiente que acababa de seducir á nuestros primeros padres: «Una mujer te pondrá su planta, y por más que le aceches, ella quebrantará tu cabeza»: y ved aquí que la solemne declaración del cumplimiento do este augusto vaticinio es la que ahora vengo á anunciaros. María, madre virgen de nuestro Redentor Jesús, es la afortunada mujer que en fuerza de los méritos de su divino hijo quebrantó la cabeza de la maligna serpiente, habiendo sido concebida sin mancha de culpa original desde el primer instante de su animación. Tal fué el oráculo que pronunció la Iglesia Católica por boca de su cabeza visible N. Smo. Padre Pío IX un año há en la basílica de San Pedro á presencia de Cardenales y Obispos reunidos de casi todas las regiones del globo. Y, si la madre de Dios fué entonces glorificada

con la proclamación de tan augusta prerrogativa, no lo fué menos la Iglesia con el ejercicio de un poder que tanto realza la divinidad de su origen. Estas dos grandes glorificaciones son las que quiero proclamar en este día; grande por cierto y sin mezcla alguna de tristeza debe ser nuestro gozo por tan plausibles motivos. *Evangelizo vobis gaudium magnum.* Todos somos hijos de María, porque en el leño de la Cruz fuimos encargados á su maternal tutela, y lo somos también de la Iglesia católica, porque en ella recibimos nuestra regeneración á la gracia; y, como la gloria de los padres es la alegría del hijo, el gozo y contento que ha de excitar en nosotros tan feliz y venturoso anuncio, ha de ser universal: *Erit omni populo.* En verdad que, siendo llamada todala descendencia de Adán á participar de la redención en el seno de la Iglesia y bajo la protección de María, á toda ella le interesa la exaltación de la una y la glorificación de la otra.

De aquí es que este gozo puro, grande, exquisito y universal, que excita el próspero y plausible acontecimiento que nos ha reunido en este templo para alegrarnos en el Señor y tributarle rendidas y fervorosas acciones de gracias, se halla vinculado á dos triunfos magníficos y muy gratos para el pueblo católico, á saber: el de la gloriosísima Virgen María, nuestra madre adoptiva, y el de la santa Iglesia, nuestra madre espiritual; y ved ahí todo lo que va á ocupar vuestra atención.

Y vos, tierna madre y poderosa protectora nuestra, digno objeto de la piadosa alegría que rebosa en nuestros corazones, presentad al Señor las preces humildes que le dirigimos, iluminad mi espíritu, purificad mi lengua é inflamad mis palabras para que debidamente pueda tributar alabanzas al singular privilegio de vuestra Concepción inmaculada; mirad que todos á una voz os lo pedimos, usando de las mismas palabras con que el celestial men-

jero, al anunciaros que ibas á ser madre de Dios, os saludó pura y sin mancha de pecado original.—*¡Ave, María!*

En el principio crió Dios el cielo y la tierra. A impulsos de su voz omnipotente la luz, el firmamento, los astro y nuestros globo salieron de la nada. El espíritu de Dios corría sobre las aguas, y éstas se sintieron henchidas de vivientes. La misma palabra creadora tachonó el cielo de centellantes estrellas, cubrió la tierra de árboles frondosos y verdes prados, matizados de vistosas y fragantes flores: hizo que variadas especies de aves hendiesen los aires, que todo género de animales paciera en los campos y que multitud de reptiles cobijase la tierra. No descansó el Señor en su obra; pero, como si se detuviera un tanto para tomar consejo, dijo: «hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza», y, formando un cuerpo de barro, le inspiró sobre su rostro un soplo de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma (1). Bajo sus plantas fueron colocadas todas las cosas; los bueyes, ovejas y todos los rebaños, y hasta los cuerpos celestes fueron destinados á su servicio. Su grandeza llegó á ser poco menos que la de los espíritus angélicos, y quedó constituído como el rey de la creación, coronado de gloria y honor. No bastó que Dios crease al hombre á imagen suya, quiso además recrearlo con su amor y la dicha inefable de su amistad y gracia, le colmó de una felicidad que estamos muy lejos de comprender ahora. Entonces la inteligencia humana reflejaba el abismo insondable de la divina. Libre de las tinieblas del error, penetraba todos los secretos de la verdad de que era capaz su ser; y con predominio absoluto sobre sus pasiones, mantenía intacto el poderío de su libre voluntad; toda la naturaleza se le brindaba sumisa, pudiendo disfrutar de ella sin trabajo ni zozobra.

(1) Génesis, II, 7.

El candor y la inocencia perfumaban sus goces, y, aunque vivía en tanta desnudez, la vergüenza no había aún enrojecido sus mejillas. Pero este estado de primitiva grandeza no fué estable, porque un ser maldito se afanaba por envolver á todos en su eterna desdicha. Para probar el Señor la obediencia de nuestros primeros padres y darles en qué labrar su mérito, les había impuesto un solo precepto, y éste de fácil ejecución, prohibiéndoles comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Mas, seducidos por la falaz promesa de la infernal serpiente, probaron la malhadada fruta y atrajeron sobre sí y sobre su numerosa posteridad fatales desgracias. Una sola mujer, María, la que debía llevar en su vientre al Redentor del linaje humano, salvó de este común naufragio. Ella, como la zarza incombustible, se mantuvo ilesa en medio de las voraces llamas. A nosotros, destronados y sumergidos en nuestra propia degradación, no nos es dado formar idea justa de tan dichosa exención; porque, como dice el Apóstol: «El hombre animal no puede percibir las cosas que tocan al espíritu de Dios; falto de inteligencia, las mira como necedades (1)». Empero, la vista de los males que palpamos puede hacernos rastrear algo de la felicidad que perdimos y que la Santísima Virgen conservó intacta.

Recibimos el ser manchado con la iniquidad y nuestra madre nos concibe en pecado (2). Por esto, según la fe, somos hijos de ira por naturaleza (3).

Penetrado el Santo Job de esta desgracia, exclamaba: «Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: concebido queda un varón. Conviértase aquel día en obscuridad; no haga Dios cuenta de él desde lo alto, ni sea con luz alumbrado. Obscurézcanle las tinieblas y la sombra de la muerte; cúbrale densa niebla y sea envuelto

(1) I Corintios, II, 14.
(2) Salmo L, 7.
(3) Efesios, II, 3,

en amargura» (1). Y con razón, porque ese primer pecado que se nos trasmite, es una fuente inagotable de males, que, sumergiendo nuestro entendimiento en el error y arrastrando á nuestra voluntad con el turbión impetuoso de la concupiscencia, desfiguró monstruosamente la obra predilecta del Creador. Desde entonces groseros errores ofuscan la razón, y pasiones vergonzosas ejercen sobre el corazón su tiránico imperio. La imaginación es el juguete de sus ilusiones, y nuestros sentidos son incentivos poderosos de la incontinencia. Inconstantes y vanos en nuestros pensamientos, y frecuentemente dominados por el temperamento y los humores, no damos un paso en que no se descubra nuestra propia flaqueza. De aquí proviene la propensión al mal, la resistencia á nuestras obligaciones, la mortal languidez para obrar el bien, el desdén por la virtud y los funestos encantos del vicio. De aquí la lucha constante de la carne contra el espíritu, y la secreta rebelión de nuestro corazón contra Dios. Pudiera al menos servirnos de precaución la experiencia de nuestras miserias; pero, lejos de humillarnos por ellas, aborrecemos toda verdad que tienda á corregirnos; nuestro orgullo sólo apetece lisonjas, y, satisfechos de nosotros mismos sin verdaderos méritos, despojados de la inocencia, y en medio de nuestra ignorancia y flaqueza, vivimos henchidos de vanidad y soberbia. Siendo miserables esclavos, no sentimos el peso que nos abruma. Estamos lejos de Dios, y el temor de su indignación no nos asusta ni incomoda; vemos que nuestras pasiones no nos dejan acercarnos á El, y si algo turba nuestra alegría, es la dificultad de satisfacerlas y las melancolías y pesares que ellas llevan consigo. A todo se resigna el pecador, y, á trueque de cumplir sus deseos, consiente en vivir rendido á la carne y esclavo del demonio.

Pero es algo más que insensibilidad de nuestros males

---

(1) Job. III, 3, 4, 5.

la que nos aqueja. Una densa nube cubre nuestra vista, y la ceguedad es tal, que el hombre en su esclavitud, ríe y canta al ruido de sus propias cadenas. El iracundo se gloría en sus crueles venganzas y, encuentra una feroz complacencia en el gemido de sus víctimas. El avaro sacrifica sus comodidades, su reposo, sus amigos y hasta su propia persona, y se llena de gusto al abrazarse con su adorado tesoro. Un ambicioso no repara en vergonzosas humillaciones ni en degradantes iniquidades para escalar la elevación á que aspira, y, no obstante, celebra como triunfo el buen suceso de sus tentativas. No hay traidor fementido que allá en su interior no se goce en sus falsías y ruindades. engalanando su ingenio con los trofeos de sus infames perfidias. Hasta el voluptuoso, cuanto más sumergido en el fango de su corrupción, tanto más la aplaude como una felicidad, jactándose de sus inmundos deleites; y, como si no fuera bastante el incentivo de su apetito, atiza en su imaginación el fuego de su lascivia, y no pocas veces empuja á su concupiscencia para que atropelle á la naturaleza. De modo que los hombres, cuando se hallan dominados de sus pasiones, las miran como deidades y cifran toda su gloria en que la sumisión sea cada vez más profunda y servil.

Tal es el hombre después de su caída: así quedaron eclipsados su gloria y esplendor primitivos. Verdad es que el Señor no le abandonó para siempre; que, obrando un prodigio mayor que la creación del universo, reparó con usuras la fatal culpa, y que el Verbo encarnado abolió el decreto de nuestra reprobación fijándolo en la cruz en que quiso morir por nuestra salud. Verdad es también, que, abiertas las puertas del cielo que nos había cerrado el pecado de nuestros progenitores, el torrente de gracias que brotó del Gólgota inundó toda la tierra; que Dios saca de las piedras hijos de Abrahán, forma de corazones endurecidos héroes de abnegación, y puebla de justos la tierra, y

de santos el cielo. Pero, al mismo tiempo que Dios nos llama, nos santifica y nos salva, no ha querido que cicatricen enteramente las llagas que abrió á la humanidad la desobediencia de Adán. El hombre sin gracia y sin la cooperación á ella es lo que fué al momento de su caída. Su naturaleza corrompida conserva el obscurecimiento de la inteligencia y la depravación de la voluntad todo el tiempo que dura nuestra peregrinación en este valle de lágrimas. Mas, esta ley, por general que sea, no lo ha sido sin excepción. Acaso la perfección primitiva que brilló en nuestros primeros padres antes del pecado, ¿no había de ser más que un lampo fugaz, cuyo resplandor deslumbra, pero que presto desaparece sin dejar rastros ni señales de su existencia? La obra grande por excelencia en la creación del universo y como el centro adonde convergen los radios de este inmensurable círculo, ¿no había de conservar el tipo de su original belleza? Sí, por cierto: en los consejos eternos estaba decretado que la que había de concebir al Hombre-Dios, debía ser desde el principio de su animación tan bella y perfecta según la naturaleza, como lo fué Adán, y que, libre de la mancha que eclipsó la gloria de éste, había de permanecer refulgente con inmarcesible pureza por toda la eternidad, como muestra y testimonio del esplendor de la humanidad en la risueña aurora de su dichosa aparición. María es la segunda madre del género humano; y en contraposición á Eva, como ésta nos introdujo á la muerte, aquélla nos sacó á la vida; y no podía la madre triunfante carecer de la prerrogativa de justicia original que poseyó Eva antes que tuviese la desgracia de perderla.

Pero no es éste el único previlegio de María. Para ser madre de Dios fué enriquecida desde el instante de su animación con tal cúmulo de dones espirituales, que jamás podría alcanzar alguna pura criatura. El Señor prepara con sapientísima economía todo aquello que debe servir

para sus altos designios; y así como no puede excogitarse elevación mayor que la divina maternidad, tampoco puede nadie exceder á María desde su creación en hermosura y santidad. Hija del hombre, sobrepujó en perfección á toda la humana naturaleza; se elevó sobre la angélica, y constituyó por sí sola un rango especial en la escala de los seres criados. La gloria de María emana enteramente de su divino hijo; y es tan interesante á la de éste, que en el profético anuncio que hizo Dios á nuestros primeros padres del Redentor de su caída, unió en cierto modo el triunfo de la madre al que había de obtener el hijo sobre el mortal enemigo del linaje humano. «Yo pondré enemistades», dijo Dios á la serpiente,«entre ti y la mujer y entre su raza y la descendencia suya. Ella quebrantará tu cabeza y tu andarás acechando á su carcañal» (1). La que había de luchar contra la serpiente hasta quebrantar su cabeza, no pudo haber permanecido un instante bajo su dominio y señorío, y era preciso que fuera concebida sin pecado original. La profecía divina del reparador del género humano tuvo su cumplimiento cuando el Verbo eterno y Dios increado tomó nuestra naturaleza, y entonces marcharon juntas la causa de la madre con la del divino hijo. El Arcángel San Gabriel, destinado para anunciar á María que por obra sobrenatural del Espíritu Santo el Verbo divino debía encarnar en su purísimo vientre, al descubrir este celestial arcano, le dió á entender que la Concepción de ella carecía de mancha original, saludándola llena de gracia y con una plenitud tal, que excedía á la medida de todas las que habían sido concedidas á las puras criaturas. Así lo denota la fuerza de las expresiones del texto evangélico y de las que no usa otra vez la Escritura siempre que habla de gracias divinas. Corren, pues, juntas la gloria de la madre y la del hijo. A ella está vinculado el rescate de

(1) Génesis, III, 15.

nuestro linaje. ¡Misterio estupendo del amor divino! Pero gocémonos ahora que, en la Concepción de María, la raza de Adán ha visto renacer el lustre obscurecido de su antigua grandeza; porque, si la humanidad por su unión con el Verbo se encuentra á la diestra del Padre, también ella sola brilla por sí misma en María sobre las más elevadas criaturas. Sí ¡Virgen inmaculada, madre nuestra! tu gloria nos pertenece por muchos títulos, y el gozo qne á todos nos causa es grande, grandísimo y sin medida.

«Dios, que en otro tiempo hablaba á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero universal de todas las cosas» (1). Así escribió el Apóstol á los Hebreos. Y, en verdad, que nuestro Señor Jesucristo predicó á todas las turbas: recorrió los pueblos haciendo bien, confirmó su doctrina con milagros, y, después de haber aleccionado á los Apostoles, les dijo: «Id, pues, instruíd á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado, y contad por cierto que siempre estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» (2). Algunos discípulos del Salvador, inspirados por el Espíritu Santo, escribieron mucho de sus hechos y palabras; el resto de su enseñanza fué transmitida á los cristianos por la predicación oral de los Apóstoles. Los libros de los primeros y la tradición apostólica forman todo el cuerpo de la revelación evangélica, cuyo depósito ha sido confiado á la Iglesia. Las obras de Dios no se atropellan; nacen y

(1) Hebreos. I, 1, 2.

(2) San Mateo, XXVIII. 19, 20.

crecen con admirable concierto, y á la manera que la luz del sol no disipa repentinamente las tinieblas de la noche, sino que se hace preceder de un crepúsculo, que alborea insensiblemente, la revelación divina siguió un curso lento y progresivo. En el Antiguo Testamento la antorcha de las profecías crece y se aviva á medida que se acerca la venida del prometido Mesías, hasta que con su aparición se disipan las sombras. La predicación misma del Salvador se desarrolla con la propia sabia mesura, y no recibe su complemento sino en el Cenáculo, cuando al estrépito misterioso el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego. De aquí es que, aun cuando en la ley de gracia la revelación haya sido completa, no fué por eso infecunda, pues contiene verdades encubiertas, digámoslo así, que, según conviene á los altos designios de la Providencia en la sucesión de los tiempos, se van proponiendo á los fieles; y ved aquí á lo que está reducida la autoridad de la Iglesia para definir los dogmas.

De esta naturaleza era el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Como habéis oído, ya se hallaba revelado con más ó menos claridad en ambos Testamentos. La tradición conservaba su memoria, tal vez sin advertirlo ella misma lo bastante; y los fieles se alarmaban siempre que las sutilezas de la escuela pretendían debilitar sus creencias. Sin embargo, en los decretos del Altísimo no había llegado el tiempo en que se manifestara con todo su esplendor esta verdad consoladora. Esto se hallaba reservado para una época de lucha, en que el orgullo y la indiferencia no perdonasen medios para dar en tierra con la Iglesia Católica. El genio del mal, que sabe unir contra ella los elementos más discordes, había logrado poner en combustión al mundo y ya neciamente se jactaba de que el catolismo estaba moribundo, cuando el Pontífice destronado y fugitivo alzó la voz y con su Encíclica

de 2 de Febrero de 1849 abrió el proceso que un año há vino á terminar con la definición dogmática que celebramos. El mundo se burlaba de los misterios y miraba como un anacronismo ridículo el que se pretendiera en pleno siglo XIX imponer dogmas á la razón. Entre tanto, doscientos millones de católicos diseminados por todo el globo encorvan su frente á la voz del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo y, lejos de hacerse violencia para cautivar su entendimiento en obsequio de la fe, despliegan todo el calor del entusiasmo y agotan la efusión de sus corazones para celebrar tan fausto acontecimiento. ¡Ah! y qué espectáculo tan grandioso no presenta la Iglesia con este acuerdo de entendimientos, estrecha unión de voluntades, y sumisión libre, razonada y profunda, al tiempo mismo que la sabiduría terrena, después de incesantes ensayos de teorías y sistemas, fatigada con tanto demoler y desunir, desespera ya de encontrar medios humanos que resistan á la discrepancia é insubordinación de los espíritus! ¡Qué vida y lozanía no muestra la Iglesia en su unión, siendo compuesta de tan numerosos miembros esparcidos en tan remotos países, separados entre sí por distancias, intereses idiomas, costumbres y gobiernos, y careciendo de todo vínculo de fuerza material que los mantenga en obediencia! ¿Cómo no divisar el dedo de Dios en el testimonio unánime acerca del misterio y en la uniformidad de miras acerca de su definición, que manifestó todo el numeroso episcopado católico en sus dictámenes expedidos sin previo acuerdo ni concierto? Todos á una voz han instado para que pronuncie su inefable oráculo el sucesor de aquel á quien Nuestro Señor Jesucristo dijo: «Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, alguna vez convertido, confirma á tus hermanos (1)». Sí: el eco de la voz de Pedro ha resonado en todo el orbe á despecho de sus enemigos; y el menosprecio de éstos y sus

(1) San Lucas, XXII, 32.

sarcasmos sólo han servido para su propia confusión y vergüenza.

Sin duda que éste es un triunfo que cubre de gloria á nuestra Santa Madre Iglesia y que por él debemos gozarnos sus fieles hijos; pero lo que más hace á mi propósito es que este gozo debe crecer tanto más, cuanto que la infalibilidad de la Iglesia, que es aquí glorificada, asegurándonos la posesión de la verdad, es uno de los mayores beneficios que la misericordiosa bondad del Señor nos dispensara. Por cierto que la razón, este don precioso con que el Criador enriqueció al hombre, y con el cual se eleva sobre todos los seres que habitan nuestro planeta, no ha sido criada para el engaño y la ilusión. La verdad debe ser su alimento, y siempre que no se nutre de ella, pierde su nobleza, se abate y envilece. Los que han ensalzado sus fueros y proclamado su imperio sin contar para nada con sus extravíos, se han olvidado de que no es el poder de un general ni el número de sus tropas, sino sus victorias lo que inmortaliza su nombre. Ellos han desconocido la naturaleza del entendimiento humano, pretendiendo arrancarle el apoyo que más lo robustece y fortifica. Un sabio Obispo y filósofo cristiano decía: «Cada uno siente en sí una razon limitada y subalterna que se extravía desde que se sustrae á la subordinación, y que no se corrige sino cuando se somete al yugo de otra razón superior, universal é inmutable. Así es que, todo lleva en nosotros la marca de una razón limitada inferior, participada, prestada, que tiene necesidad á cada momento de que otro le traiga al camino (1).» La misma idea había expresado el Padre San Agustín con las palabras de luz iluminante y luz iluminada que se encuentran en el hombre.

A la verdad, si consultamos á la experiencia, ¿cuál nos dice que ha sido la suerte de la razón humana desde que, cerrando los ojos para nos ver esa luz iluminante se ha obs-

(1) Fenelón, *Existencia de Dios*, c. II, n. 57.

tinado en obrar de su propia cuenta? Desde la más remota antigüedad la investigación de la verdad, y aun de la verdad puramente filosófica, no ha sido más que un campo de batalla abierto á todos los errores, á todos los sistemas, á todos los delirios, aun á los más absurdos. Todavía no se está siquiera de acuerdo en la regla ó criterio que debe servir para fijar la certidumbre. En nombre de la razón se le ha identificado, no diré ya con los brutos que perciben y sienten, sino con la piedra inerte, sosteniendo que no hay más que materia. Por huír de este triste anonadamiento, se ha pretendido que sólo exista el espíritu, negando que la tierra que nos sostiene, el fruto que nos alimenta y el cuerpo mismo que tocamos y se anima, tengan existencia real, y sean otra cosa más verdadera que los objetos y movimientos que la imaginación representa en el sueño. Todas las opiniones que caben entre tan distantes extremos han tenido escuelas que las patrocinen, sin que se divise término á la monstruosa fecundidad para inventar sistemas. Igual suerte que la verdad especulativa ha corrido la verdad moral siempre que se ha desoído la voz de Dios. A ningún vicio ó acción contraria á la naturaleza del hombre han faltado los honores de la virtud; y, como si esto no bastara para humillar la razón, se ha llevado el desvarío hasta idolatrar el crimen personificado en deidades. Y aquellos errores y estos extravíos no son por cierto producciones de entendimientos incultos y de gente ignorante, sino el fruto de los estudios del sabio y de los meditados cálculos de grandes políticos, cuyo renombre se ha transmitido á la posteridad. A vista de tan opuestos dictámenes y del triste éxito de las empresas de la razón, el escéptico. llegando á desesperar de la posibilidad de alcanzar la verdad, ha concluído por suicidar su entendimiento entregándose á la universal y mortífera duda.

Y ¡qué! ¿Dios habrá abandonado así al hombre á su desventurado consejo? No, por cierto. Después de velar sobre

él durante la edad patriarcal y la mosaica, en la plenitud de los tiempos «el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros». El arrebató á la muerte nuestra inteligencia, porque en él estaba la vida, «y la vida era la luz de los hombres, y esta luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron». Bien puede el orgullo, que había sumergido á la razón en las tinieblas del error, obstinarse en no ver la luz; «nosotros hemos visto la gloria del Verbo, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1). Sí: abundante gracia para que la voluntad triunfo de la concupiscencia, y sólida verdad, para que el entendimiento no sucumba al error. Pero no basta librar al hombre de la letra muerta de la Santa Escritura. Por luminosa que ella sea en sí, sometida á la razón humana, corría el peligro de tener la suerte de la revelación primitiva infusa en nuestras almas, tan obscurecida y maltratada en la sucesión de los tiempos. Es necesario que haya un oráculo subsistente y claro que nos sirva de faro para no perder de vista la revelación divina, y éste jamás ha faltado. El Señor conversó con los patriarcas; confirió cierta autoridad á la sinagoga para interpretar la ley del Sinaí, y suscitó una serie no interrumpida de profetas que la comentaran y explanaran; estableciendo al fin en la Iglesia una autoridad permanente para custodiar la verdad y servir de guía á la razón. Nuestro Señor Jesucristo, al constituír á San Pedro cabeza del cristianismo, le dijo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y jamás las puertas del infierno prevalecerán contra ella (2).» Y podrían prevalecer sin duda, si la Iglesia no fuera dispensadora perpetua de la verdad con autoridad para declarar las dudas que sobre ella se suscitan; pues que sin esto podía dejar

(1) San Juan, I, 5, 7, 14.
(2) San Mateo, XVI, 18.

de ser la Iglesia de Dios vivo, columna y apoyo de la verdad, como la llama el Apóstol (1). La experiencia de diecinueve siglos tiene confirmada ya la previsión divina; pues cuantos se han sublevado contra la autoridad de la Iglesia han abusado de las Santas Escrituras. Cada uno de los sectarios, desde Simón Mago hasta los Mormones, no ha hecho otra cosa que arrancar una piedra al majestuoso edificio de la revelación, de tal manera que el que quisiera apoyar su juicio en la certidumbre humana, no encontraría un solo dogma á que poder atenerse con seguridad. Y, como si fuera poco atacar las doctrinas, las exégesis racionalistas han tomado la triste tarea de derrocar los hechos, negando hasta la existencia real de Nuestro Señor Jesucristo. Y notad que este delirio es lo que ofrece el más adelantado cultivo de la razón en el siglo que se llama de luces; por más que no con semejante sistema pueda probarse que son otra cosa que un mito los hechos mejor averiguados de la historia, y personajes fabulosos los fundadores de nuestra independencia política, á quienes muchos de los presentes conocimos. Y después de tantas aberraciones ¿se querrá que nos fiemos de la razón sola y sin guía? Decidnos ¿confiaríais la administración de vuestra hacienda al que, ponderando su capacidad, no negara que había envejecido arruinando á cuantos habían hecho de él igual confianza? Y ¿cómo pretende la razón gobernar por s sola nuestras inteligencias después que en sesenta siglos no ha hecho otra cosa que extenuar sus fuerzas, elevando y demoliendo, afirmando y negando para confundirlo todo? Nó, mis queridos hijos en Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia con su luz indeficiente mantenga nuestros espíritus en posesión de la verdad; y este tesoro de la inteligencia forme nuestra gloria, abandonando á la razón presuntuosa la triste herencia de las fantasmas del error y la fluctuación de

(1) I Timoteo, , 15.

la duda. Por esto nosotros creemos con firmeza en la Inmaculada Concepción de María y nuestros corazones se agitan con dulces emociones del más justo y festivo gozo al celebrar su triunfo y al contemplar la actitud noble, imponente y grandiosa que en la definición de tan grato misterio ha tomado nuestra Santa Madre Iglesia, esta esposa querida del Salvador que adquirió con su sangre.

Y vos, Virgen Inmaculada, regocijaos, porque en todo el universo habéis bastado para alejar la herejía de los que os invocan. Traed á las ovejas errantes al gremio del catolicismo para que todos no formemos más que un solo rebaño bajo un solo Pastor (1). Acoged los votos de este pueblo fiel que se gloría en teneros por patrona bajo el título de vuestra Concepción Inmaculada. Conservadlo cada vez más adherido á la Cátedra de la unidad católica que meció la cuna de su civilización. No permitáis que la planta mortífera y turbulenta l de error tale nuestros verdes prados y marchite la lozanía de nuestras mieses, ni menos que discordias religiosas tiñan con sangre nuestro feraz suelo. Presentad al Príncipe de los Pastores, vuestro hijo querido, la súplica que hoy le dirige el más indigno de los que ha colocado al frente de su rebaño. Sí, Señor: haced, os ruego, que cuando comparezca en vuestra presencia, pueda deciros, como Vos dijisteis á vuestro Eterno Padre: «Mientras estaba con ellos, yo los defendía en tu nombre. He guardado lo que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de perdición, (2)» para que todos juntos logremos eternamente cantar vuestras alabanzas en la gloria. Amén.

---

(1) San Juan, X, 16.
(2) San Juan, VIII, 12,



Monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre

Nació en Santiago en 1817. Fué bachiller en Teología en la antigua Universidad y se recibió de abogado en 1838, dos años antes de ser presbítero. Fué miembro de la moderna Universidad en la Facultad de Teología, decano de ésta dos veces, diputado por Putaendo en 1849, secretario del Arzobispado y vicepresidente de la Academia de Ciencias Sagradas. Parte de su vida empleó en viajes, fundó en Roma el Colegio Pío Latino Americano y murió en alta mar en 1876.

SERMÓN

De nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán, predicado en la Iglesia de Real Colegio de Misioneros de China, Tonkín y Filipinas, de la Orden de los Hermanos Predicadores de la ciudad de Ocaña.

> *Non enim dedit nobis Deus spiritum timoris, sed virtutis et dilectionis.* (II Timoteo, I, 7).
>
> No nos ha dado Dios espíritu de temor sino de fortaleza y de caridad.

Señores:

Jesucristo fué anunciado como señal de contradicción, y su doctrina, que naturalmente había de correr igual suerte que el que la enseñó, nada podía encontrar sobre la tierra que no fuesen desprecios y persecuciones. El Salvador del mundo, aceptando aquel carácter tan en armonía con su misión de redimir a los hombres con sus ignominias y con su muerte, opuso en su fortaleza y en su amor una valla superior a todos los esfuerzos unidos del espíritu del mundo y del príncipe de las tinieblas. La consumación de su ministerio sobre la cruz es el triunfo más espléndido de aquellas virtudes, y la suerte de su doctrina en la sucesión de diecinueve siglos nos representa continuada la serie de victorias que la paciencia y la caridad iniciaron en el Calvario y terminarán el día último de los tiempos.

El poder humano, sin elementos para sobreponerse a las alternativas de su condición débil y de su existencia pre-

caria; el talento y la elocuencia que, acostumbrados a triunfar, enmudecen, no obstante, delante del temor y la experiencia de nosotros mismos, que nos convence cada día de nuestra insuficiencia para combatir, nos demuestran hasta la evidencia que la propagación del Evangelio no pudo realizarse sin virtudes superiores que elevasen a sus predicadores sobre los obstáculos que su celo y su doctrina habrían de encontrar entre los hombres. Jesucristo, señores, que triunfó del mundo y del infierno por su fortaleza y por su amor, dió en dote a sus discípulos estas mismas virtudes como armas que habrían de manejar en la grande empresa de convertir a su fe el género humano. En vez de la pusilanimidad, natural en los hijos de Adán, les concedió ese espíritu de fortaleza y de caridad que abundaba en el Apóstol de las gentes cuando escribía a su discípulo Timoteo: *No nos dió el Señor espíritu de temor, sino de fortaleza y caridad.*

En un hombre cuyo pensamiento se dilata sobre la tierra y abraza con la intensidad de su fervor la suerte del género humano; en un hombre cuyo corazón vive inflamado por el deseo ardiente de salvar á todos los hijos de Adán, y que en la ejecución de su propósito hace brillar su celo predicando la verdad, su desinterés en su pobreza voluntaria, y su grandeza de alma en medio de los riesgos inminentes que le rodean; en un hombre, en fin, que, llamado por Dios, se lanza en el ministerio apostólico con la fuerza del torrente que se precipita desde la pendiente elevada, y derrama en sus palabras inteligencia y virtud sobre naciones enteras esterilizadas por el error y por los vicios, vemos brillando aquellas mismas prerrogativas que forman el invencible carácter de los apóstoles del cristianismo y son una de las demostraciones irrefragables de la divinidad del Evangelio. La Iglesia Católica publica hoy el nombre ilustre de este varón, de este apóstol, de este gran santo, ostentando las nuevas luces de sabiduría ce-

lestíal que derramó en su seno, los nuevos dones de merecimientos y virtudes con que enriqueció su tesoro, y los nuevos ejemplos de maravillosa santidad con que ilustró y edificó á sus fieles. La fortaleza y la caridad, virtudes por excelencia del apostolado cristiano, lo fueron también de Santo Domingo de Guzmán, cuya misión en la Iglesia de Dios ni fué menos ardua ni menos difícil que la de los primeros padres de nuestra fe. A él dotó el Señor de fortaleza, porque había de combatir vigorosamente a los enemigos de la casa de Dios, porque en la ejecución de esta empresa necesitaba triunfar de los esfuerzos de la tierra y del infierno, soportando para ello todo género de trabajos, y porque en el seno de la misma Iglesia había de perpetuar los prodigics de su infinito fervor. A él dotó el Señor de caridad, porque su misión era también curar las llagas del pueblo escogido, renovar en su corazón la pureza de costumbres que inspira el Evangelio, y enseñarle con el ejemplo y sus exhortaciones el fervor de los fieles de los siglos primitivos. Una vida apostólica en toda la extensión de la palabra y un anhelo ardiente por inspirar en los sucesores de su santo ministerio sus mismas virtudes, de tal modo que en medio de las revoluciones humanas pudiesen manifestar hasta dónde se extiende la virtud del cristianismo; ved, señores, los motivos que nos dan derecho para decir de él lo que San Pablo aseguraba de sí mismo y de los demás apóstoles del Evangelio: *Non dedit nobis Dominus spiritum timoris, sed virtutis et charitatis.* Estas dos grandes virtudes del Patriarca y Padre de los predicadores, Santo Domingo, van á darme la materia de su elogio.

En una época en que el sacerdocio cristiano está llamado á sostener duros combates entre los domésticos y los extraños en la fortaleza y en la caridad de nuestros antecesores, debemos contemplar nuestro modelo y estudiar la regla de nuestra conducta, si queremos triunfar como ellos

triunfaron, y alcanzar la corona de que ellos disfrutan. Quiera Dios pueda yo desarrollar mi pensamiento, concediéndome la gracia que pido por intercesión de la Santísima Virgen. ¡Ave María!

Sufrir sin quejarse, divisar los peligros sin pertubación, acometerlos vigorosamente y lidiar hasta vencer, ved ahí, señores, la virtud prodigiosa que vemos brillando en los apóstoles del cristianismo. Pero no es el hombre quien á su arbitrio maneja en estos casos los movimientos de su corazón ni de su espíritu, ni es el hombre quien se sobrepone á su flaqueza, que le angustia y le retrae acaso de obrar con energía en la ejecución de proyectos que demandan el propio sacrificio; no, por cierto: *jamás el fuerte tendrá derecho para llamarse autor de las obras grandiosas que realice, ni el sabio para gloriarse de su sabiduria; mías son, dice Dios, esas virtudes, y mi poder las da á quien quiere* (1) Publique el hombre enhorabuena su debilidad, publique la miseria de su condición que se trasluce en todos los actos de su vida, esto es solamente lo que le pertenece; mas el poder y la virtud que en él alguna vez se manifiestan, no son sino efecto de la bondad del que mandó á sus discípulos «luchar vigorosamente con la antigua serpiente para hacerse dignos del reino eterno.» Sin aquella fortaleza celestial el hombre habría desfallecido delante de la empresa que se le encomendaba de predicar á toda criatura, su palabra habría sido nula para renovar el mundo por el conocimiento de la verdad, y su virtud sin eficacia para convertir á los demás. Pero existe, señores, en el seno de la Iglesia católica un poder invencible que, colocado por Dios en el espíritu de sus apóstoles, ha de triunfar eternamente; existe esa virtud sobrenatural que vestirá, según la pro-

(1) Jeremías, IX y XXII.

mesa del mismo Dios, al ministro del Evangelio como noble divisa de su misión celestial; existe esa heroica resignación, esa constancia inmutable, esa abnegación que el mundo no posee ni conoce, y que triunfará siempre, porque encierra una fuerza superior á cuantos elementos pudieran combinarse para combatirla. Esta es la fortaleza de Dios derramada sobre los ministros de su palabra, y cuyos efectos prodigiosos descubrimos leyendo la vida del apóstol del siglo XIII, Santo Domingo de Guzmán.

El Apóstol de las gentes, escribiendo á Timoteo, dibuja el retrato admirable de esta virtud, siguiéndola en los diversos ejercicios en que dirige al hombre que la posee. «El Señor, dice, nos ha hecho sus apóstoles para que trabajemos como soldados valientes, siguiendo constantemente la justicia,... viviendo crucificados con Jesucristo, sufriendo las persecuciones sin avergonzarnos de nuestras cadenas, y hechos todo para todos y siervos de todos por el amor del mismo Jesucisto.» Esta es la filosofía más sublime que puede ofrecerse á la consideración humana, y que presenta en bosquejo los efectos maravillosos que produce la virtud de Dios en la conducta de sus ministros.

La victoria sobre nosotros mismos es el primero de aquéllos, porque no puede triunfar en el corazón de los demás quien vive esclavo de sí propio. El espíritu de Dios inspira á Domingo esta verdad; así es que, apenas posee la luz de la razón, cuando emprende la conquista de sí mismo como la más importante de sus obras, y de la que penden cuantas ha de ejecutar en el discurso de su vida. Tomando por modelo al Apóstol de las gentes, castiga su cuerpo con rigor para rendirle al espíritu, macera su carne para domarla, y la despedaza para apagar la llama que incita al hombre á rebelión. «Yo corro, dice como aquél, mi carre-

ra, seguro de mi premio; yo peleo, no como el que da golpes en el aire; yo trabajo, pero no en vano ni sólo con palabras, sino que castigo mi cuerpo con la penitencia.» En la infancia se familiariza con el ayuno, y, cuando en la edad juvenil sus fuerzas se lo permiten, su abstinencia no encuentra ejemplos sino entre los antiguos moradores de los desiertos del Jordán, de Nitria y la Tebaida. Las obras de estos Padres de la vida espiritual y modelos hermosísimos del fervor evangélico eran entonces mismo todo su embeleso; en sus ejemplos procuraba amoldar su conducta, y en los documentos que nos dejaron escritos en sus preciosos libros beber como en clarísima fuente la inocencia, la castidad, la oración, la humildad, la mortificación, la obediencia y todas las virtudes que deben adornar al soldado de Cristo que se apresta para la conquista del reino de los cielos. La aspereza de los yermos donde ve florecerá Pablo y á Pacomio, cuales palmas solitarias combatidas sin cesar por los huracanes del desierto; la aridez horrible de los montes en cuyo corazón crecen Sabas y el grande Antonio, cuales cedros elevados que pierden su copa entre las nubes; las grutas y cavernas desde cuyo fondo salen los gemidos de Arsenio ó las palabras inspiradas de los ilustres Efrén y Damasceno; la pintura de la vida penitente de estos fervorosos monjes, anacoretas y ermitaños, que lee en sus mismos escritos, inflama el alma del fervoroso joven, se resuelve á vivir como ellos, y, abandonando la casa paterna, busca en los escarpados montes de Castilla un lugar á propósito donde renovar las austeridades asombrosas de aquellos fundadores de la vida monacal. ¡Cueva de Segovia! grutas profundas de la Vieja Castilla! en vuestro seno realizó su santo designio; allí se escuchó el eco de sus gemidos, allí empaparon sus lágrimas las duras peñas, y en vuestros contornos silenciosos resonaron tres veces cada noche los golpes de sus sangrientas disciplinas. ¡Oh, si pudiese puntualizar yo las maceraciones con que entonces

excita su fervor! ¿Hablaré, católicos, á cada uno de vuestros sentidos, reprentándoos minuciosamente las mortificaciones con que afligía Domingo á cada cual de los suyos? No lo creo necesario; lo extraordinario y sobrehumano no puede contemplarse regularmente sino en globo, y de esta naturaleza fueron las penitencias de Domingo. Su cuerpo privado de alimento, su carne despedazada por disciplinas y cilicios, su sueño tomado sobre el duro suelo é interrumpido por la oración de media noche, siete horas pasadas de rodillas cada día en el estudio alternado con la meditación, ved ahí la palabra más viva y elocuente que las describe. Dios le inspira dejar la soledad; pero en los palacios de los grandes, en medio de las ciudades populosas, en los caminos ásperos andados á pie descalzo, en la fatiga de largos viajes emprendidos por la gloria de Dios, ¡cuántas nuevas mortificaciones no se procura! «Dondequiera que vaya lleva en su cuerpo la mortificación de Jesucristo.» Como el Apóstol, á quien imita, en todo lugar y en todo tiempo se proporciona amarguras, privaciones y tormentos, «para que la vida de Jesucristo se manifestase en su cuerpo sin interrupción».

Mas esta victoria, católicos, no habría sido completa si, domando su carne, no hubiese humillado al mismo tiempo la secreta presunción, alimento ordinario de la vanidad y estimación propia. En el desprecio de sí mismo consideró Santo Domingo la corona de su victoria, y en sus humillaciones interiores y exteriores hizo consistir su única elevación y su única gloria. Resplandeció su humildad en el juicio bajo que tuvo siempre de sí mismo, creyendo ser el más criminal de los pecadores, y pidiendo á Dios no castigase por sus culpas á los pueblos que le hospedaban. Resplandeció su humildad en el aborrecimiento que profesó á las distinciones de cualquier género que fuesen, en su aversión á las dignidades y desprecio á los vanos honores de la tierra. Resplandeció su humildad en los vivos

ejemplos con que la predicaba, en las palabras con que exhortaba y en la doctrina misma con que combatía. Vierais, señores, á este hombre que ha renunciado ocho obispados, dos arzobispados y una silla en el Sacro Colegio, á este hombre respetado por los reyes, consultado por el pontífice y solicitado por los príncipes para resolver sus dificultades intestinas, llamarse el más vil de los hijos de Adán, ocupar en la comunidad de que era fundador y padre el lugar más humilde, y en las chozas de los pobres servir á los enfermos en los menesteres más abyectos. Resplandece su humildad en la confesión de sus imperfecciones que hace públicamente anegado en llanto y pidiendo á voces á los religiosos le impusiesen por ellas severas penitencias. «Temo, repite muchas veces, ser reprobado, porque en mí no hay más que miserias é imperfecciones.» Resplandece su humildad cuando en presencia de pueblos enteros, testigos de muertos que ha resucitado, de enfermos que ha sanado milagrosamente, del fuego que ha extinguido con solo su mandato y de otros mil prodigios que ha obrado en Francia, Italia y España, reconoce su nada y da solamente á Dios la gloria como autor de toda maravilla. «Por su gracia soy, dice, lo que soy, y su gracia no fué vacía en mí,... mas en mí mismo nada tengo por qué gloriarme sino en mis enfermedades.» Resplandece su humildad en el desprecio que hace del mundo, en la satisfacción que experimenta cuando éste le desprecia, y en los trabajos con que Dios prueba frecuentemente su fortaleza. Esta es, católicos, la humildad de corazón que hace fuertes á los Santos en el combate diario de la propia estimación. Humillarse voluntariamente es virtud, no hay duda; mas gloriarse en las humillaciones con que otros nos mortifican, abrazarlas con alegría y repetir de corazón: «No debo gloriarme sino en la cruz de Jesucristo», es virtud perfecta y demostración de santidad.

Un hombre que se ha vencido hasta este punto no puede, sin embargo, reposar seguro sobre sus laureles; la victoria sobre nosotros mismos no nos da el dominio sobre nuestras pasiones para siempre. ¡Verdad eterna que publica la miseria del hombre obligado á combatir toda su vida! Su soberbia, su orgullo natural y su amor propio se sienten estimulados fuertemente cuando son halagados, y crecen sin medida cuando la lisonja viene á su socorro. Santo Domingo, siguiendo el ejemplo de David, hace pacto con sus sentidos para no ver la vanidad, con su corazón para no regocijarse sino en su nada, y con su alma para persuadirse más y más en el abatimiento y en la bajeza de su ser. De aquí nacen, católicos, esas virtudes perfectísimas que admiramos en él: su obediencia, comparable con la de Isaac; su sencillez, semejante á la de Jacob, y su paciencia, invencible como la de Job. De aquí nace su oración, que busca á Dios como el Profeta de día y de noche, ó como la esposa de los Cánticos con el corazón y con el alma, dormido y despierto, solo y acompañado, en lo más escondido del retiro y en medio de las plazas y de los caminos. Oración fervorosa que no consiste sólo en palabras, sino que eleva su espíritu, abrasando su corazón con afectos y derritiéndolo como la cera puesta sobre el fuego. Oración sublime en que su alma se eleva desde la tierra hasta el cielo, donde conversa con Dios cara á cara como Moisés, y registra como Pablo secretos que á ningún hombre es lícito explicar. Oración abundante en gracias celestiales, que derraman en su entendimiento una luz vivísima para conocer la grandeza de Dios, las inestimables riquezas de su gracia, los secretos de la predestinación y los misterios inescrutables de su providencia. Hasta aquí hemos bosquejado, señores, la serie de las victorias que reportó Domingo sobre sí mismo. Pero no eran estas todavía más que su preparación para el apostolado en que le llamaba Dios á dar pruebas de la fortaleza con que le

había distinguido: *Dedit iili Dominus spiritum fortitudinis.*
Entrad con él en Francia, teatro en aquella época del furor fanático de los albigenses y waldenses, tan memorables por las aberraciones de su espíritu como por el desenfreno de sus costumbres. Esa Francia, que desde el siglo de Clovis y San Remigio se apropió, por decirlo así, la defensa del santuario, esa Francia que jamás ahorró sus sacrificios por conservar sin mengua el puesto de hija primogénita de la Iglesia católica, que le alcanzaron su celo y su fervor; esa misma Francia invadida por la herejía que desgarra la unidad de sus creencias, obscurece y confunde la santidad de sus tradiciones y deja apagar en su seno la llama ardiente de la piedad: ve con placer perseguidos á los fieles discípulos de Cristo, teñido su hermoso suelo con sangre sacerdotal y levantadas por todas partes legiones de apóstatas que, como los Israelitas idólatras, doblan su rodilla en presencia de vanos simulacros. El corazón de Domingo palpita delante de un espectáculo semejante; defensor de la ley de Dios, como el profeta del Carmelo, no puede tolerar que el pueblo escogido la abandone para contaminarse con las prevaricaciones de las gentes; los profundos gemidos que le arranca su ardiente caridad, añaden pábulo á su celo; se dispone para hablar al pueblo prevaricador, y, rodeado de los vivos resplandores de su fe y de su amor, baja la montaña santa, donde, cual otro Moisés, tantas veces conversara rostro á rostro con su Dios. Pero la empresa era infinitamente más ardua de lo que parece á primera vista. No se trataba solamente de hacer triunfar la verdad sobre el error, ni de restablecer los derechos de la fe conculcados por la herejía; la misión de Domingo se extendía mucho más allá. Buscando á los enemigos de la causa de Dios, debía combatirlos dondequiera que los hallase: encontrando los muros que les servían de trinchera, había de allanarlos; y conociendo los pretextos que dieran apariencia de justicia y de verdad á

la rebelión del espíritu del mal, debía removerlos á toda costa: de tal modo que su misión abrazaba combatir los errores de los enemigos de la Iglesia de Jesucristo y reformar las costumbres relajadas de los fieles que los hicieron abortar. La verdad posee en sí misma una fuerza poderosa para triunfar; mas en el hombre existe á la vez cierta disposición secreta para cerrar sus oídos á sus convencimientos y á sus inspiraciones; aquélla marcha siempre de frente y desnuda de todo aparato, sus armas son la luz de la inteligencia eterna de quien es emanación, y su eficacia la de la palabra de Dios que encierra ella en sí misma. El error, al contrario, se disfraza de mil maneras para sorprender, halaga las preocupaciones de cada uno, su marcha es tortuosa como su fin, y sus armas sofismas artificiosos é invectivas, hijas de la malicia ó de la ignorancia. Estos son los dos grandes adversarios que se disputan la posesión del género humano, y su lucha es el origen de los males que sin cesar nos mortifican. El triunfo de la verdad, aunque muchas veces tardío, es seguro, mientras que el error no triunfa sino momentáneamente y en cuanto dura el monopolio de la razón que alcanzó alejándola del conocimiento de la verdad. Esta era la grande solicitud de los disidentes del catolicismo en el siglo XIII; después de separar á los cristianos de la Iglesia de Dios, después de separarlos de su fe y de la obediencia á su legítima cabeza, para asegurar la duración de sus conquistas, perseguian de muerte á los ministros fieles del Señor, que alzaron su voz entre la confusión y el tumulto que causaban las sacrílegas profanaciones de la herejía. No es singular esta conducta, al contrario, es la única que conocen los propagandistas del error, que desgraciadamente abundaron en todos los siglos. Jamás fueron combatidos los dogmos católicos sin que sus perseguidores procurasen erigir en principio sus opiniones, forzar á los demás á aceptarlas como verdades irrecusables, y condenar á la persecución

y á la muerte misma á cuantos tuvieron valor para resistirles abiertamente.

Al pie de los Pirineos resuena por primera vez la voz de Santo Domingo: Tolosa, Montpeller y Perpiñán, grandes centros de los albigenses y waldenses, lo fueron también de su empresa apostólica. Los pueblos se conmueven al oír su palabra, ya viva y enérgica como la de Pablo, ya dulce y celestial como la de Juan; las gentes corren de todas partes para escucharle: una multitud prodigiosa le sigue dondequiera que vaya, atraída por las señales evidentes de su misión celestial que divisa. El poder de la tierra pretende detenerle en su ejecución; porque el error había penetrado hasta el trono de los príncipes y hasta el solio de los magistrados, y los que llevaban en sus manos las insignias del gobierno y de la autoridad no empleaban ésta sino para hostilizar á cuantos diferían de su juicio. Se le manda callar, se le intiman penas severas en que incurrirá si continúa predicando; se ponen asechanzas contra su vida; pero las amenazas y las persecuciones encuentran un espíritu impertérrito un pecho de bronce, un hombre que vive armado con la fe en aquella promesa divina que será eternamente el más firme apoyo de los apóstoles del Señor: «No temas, yo estoy contigo para librarte de sus manos.» La empresa, señores, era de Dios, y Este vino en socorro de su apóstol. La voz apostólica de Santo Domingo condenada á callar por los que tenían en sus manos el poder, sofocada por la estrepitosa gritería de mil fanáticos, y perseguida á muerte, dondequiera que llegase á resonar, por los golpes despóticos de los gobernantes, fué entonces mismo más enérgica para conmover, y más eficaz para convertir.' *Dedit illi Dominus spiritum fortitudinis.* Miradle arrastrado á sostener disputas con los fautores de la herejía, tan desprovistos de buena fe como abundantes en malicia: le preparan asonadas, en las que muera á manos de los enemigos del dogma católico;

pero Dios le socorre haciendo que un libro, en que había escrito un comentario del dogma, arrojado por aquéllos tres veces á las llamas, salga de las mismas ileso milagrosamente. Vedle conducido alevosamente al suplicio, y veréis al mismo tiempo el brazo de Dios, ya abriendo camino expedito entre las aguas y los montes para salvarle como á Israel de Faraón, ya derramando tinieblas en rededor de sus perseguidores, renovando el castigo con que hirió á los verdugos de uno de sus profetas. Tan cierto es que los socorros humanos se agotan en vano cuando el mundo insensatamente se propone medir sus fuerzas con las de Dios, porque entonces mismo se levantarán las aguas, se moverán los montes, y gritarán las piedras dando testimonio de la verdad de Aquél de cuyo poder son obra, y á cuya voluntad todo se somete. Y ¿no fué esto mismo lo que presenciaron los siglos desde que la cuchilla de los tiranos se escondía en el pecho de los confesores de Cristo, hasta hoy, cuando el despotismo, envuelto traidoramente en el manto de la libertad, procura sublevar la conciencia de los pueblos contra sus sagradas creencias? La experiencia lo dice, señores, con más fuerza y con mayor elocuencia que cualquier palabra. Esa fe que ostenta sus laureles enrojecidos con la sangre de sus fervorosos confesores, esa Iglesia que de sus cenizas vuelve á levantarse llena de vida, esa religión que en los golpes de los tiranos manifiesta un vigor celestial, son la prueba más concluyente de la impotencia del hombre para destruír lo que Dios levanta, y para abatir lo que El sostiene.

Nosotros hemos visto en momentos de exaltación lanzarse sobre el Santuario turbas de furiosos, conmovidos por declamaciones de impíos que explotan en provecho propio las pasiones de pueblos sencillos é inexpertos; hemos visto incendiados los templos, correr á torrentes la sangre de los sacerdotes, arrebatados sus emolumentos á la Iglesia, allanados los monasterios de religiosas, mendi-

gando las vírgenes inocentes de puerta en puerta su alimento, y condenados los ministros de Dios á perecer de hambre y de miseria. Mas ¿qué aprovechó todo esto? vuelvo á preguntar. La virtud de Dios ¿parece acaso hoy menos eficaz para conservar sus obras que lo fué antes para fundarlas á despecho de esos mismos hombres? ¡Pensamiento insensato! *Durum est contra stimulum calcitrare*, dijo una voz eterna al primer perseguidor de cristianismo al derribarle del caballo para levantarle luego convertido en apóstol de la fe que perseguía; y esa misma voz divina repite eternamente su palabra, burlando cuantos pensamientos tienden á trastornar ó á variar, á destruír ó á modificar su obra por excelencia. Todos esos pueblos que hemos visto perseguir encarnizados á la religión y sus ministros desde la postración, el abatimiento y otros mil infinitos males á que la religión conduce á los Estados, corren á buscar el abrigo de esa madre cuyas entrañas despedazaron, porque ella y sólo ella puede regenerarlos y salvarlos de su ruina total.

Con aquel auxilio, católicos, hizo Santo Domingo triunfar la fe sobre el poder humano, á la doctrina católica que predicaba, aparecer ajena de las manchas con que la ajaban la herejía, la corrupción y los intereses individuales. Más de cien mil albigenses abjuraron sus errores entre las manos de su apóstol, y los mismos príncipes que lo persiguieron antes, conmovidos por la fuerza de su palabra y por la eficacia aun mayor de sus prodigios, se apresuraron para venir á llorar, postrados á sus pies, sus pasados extravíos. Agregad ahora á estos gloriosos triunfos obtenidos por Domingo con su celo, su doctrina y sus milagros; agregad, digo, los que reportó entre los domésticos de la fe: la relajación de costumbres de sus ministros ha causado á la Iglesia iguales ó mayores males que los mismos errores, á que sirven de pretexto muchas veces. Los novadores del siglo XIII, como los de otras

edades posteriores, predicaban reforma, mientras que, por una de esas inconsecuencias propias de todo el que toma la defensa de una mala causa, contradecían con su conducta lo que predicaban como necesario. Santo Domingo combate á unos y á otros: mueve á los primeros á abrazar vida más severa con el vivo ejemplo de la santidad y pureza de su vida, con el desprecio absoluto de la grandeza y vanidad terrena, y con la invencible abnegación que resplandece en todos sus actos. Uno de los ministerios más espinosos que suele encomendar la Iglesia es la aplicación de sus leyes sancionadas para la observación de su disciplina. De la manera de ejecutarla depende muchas veces el éxito de la comisión: la prudencia y santidad de Santo Domingo brilló en el desempeño de la suya, que se extendía á promover la regularidad de costumbres en el sacerdocio y en los fieles, en los claustros y en el siglo. La jurisdicción de que le investía el carácter de legado apostólico, y el apoyo que le ofrecieron á veces las potestades del siglo, no entraron jamás en los planes que desarrolló para llevar á cabo su santa empresa. Los hombres santos llevan en sí mismos algo más imponente que la majestad del poder: la influencia de la virtud es, católicos, mil veces más eficaz que el prestigio de éste y alcanza sobre los corazones victorias tan espléndidas como las que aquél jamás obtuvo. Antiguas abadías del Langüedoc, Delfinado y Provenza, vosotras visteis florecer vuestros cenobitas con igual fervor que en los siglos primitivos del monacato; visteis trocado el esplendor, incompatible con la pobreza, por la modesta simplicidad que recomiendan los consejos evangélicos, y visteis también renovado en los pueblos el espectáculo glorioso para la religión de tantos hombres trasformados en ángeles por el ejercicio de las virtudes sublimes del Evangelio. Esto mismo sucedió en Viterbo, Faenza y Bolonia; Roma, en

fin, la capital del orbe católico, le recibe como su apóstol, y el pontífice le confía la reforma de algunos institutos religiosos de la ciudad eterna. Memorables fueron las conferencias de San Sixto, en las que dió muestras tan esclarecidas de celo, prudencia y fortaleza apostólica; pero más memorables fueron aún los dos muertos que resucitó en el mismo acto de llenar las funciones de su ministerio. Mas ¿quién podrá, señores, recorrer el conjunto admirable de tantos dotes apostólicos que resplandecen en todas estas fatigas soportadas por nuestro apóstol? «Dióle el Señor espíritu de fortaleza», diré, repitiendo las palabras de san Pablo, pues en ellas encuentro compendiados hermosísimamente tantos bellos rasgos de virtudes tan admirables con que Dios le dotó para redimir á su pueblo, para edificarlo y para hermosearlo. «Dióle Dios espíritu de fortaleza», y con él desterró de sí mismo todo lo que no encontró en armonía con el alto ministerio de apóstol para que era destinado; tuvo espíritu de fortaleza, y con él venció á los enemigos de la fe que sembraban el error y la disolución de costumbres en el seno de la Iglesia; tuvo espíritu de fortaleza, y, vestido de él, luchó con la relajación que aniquilaba al pueblo de Dios, reformó sus costumbres, reformó la disciplina del santuario, y restituyó á éste todo su esplendor. *Dedit illi Dominus spiritum fortitudinis.* Ni tuvo menos el de caridad para llenar empresa tan superior á las fuerzas humanas.

Hay, católicos, un resorte que mueve al hombre más eficazmente que todos cuantos otros se conocen, resorte cuyo origen encontramos en el cielo, y cuyos misterios están ocultos al mundo. El le descarta de los hábitos que

son comunes al hijo de Adán degradado, le separa de las propensiones rastreras que alimenta el corazón terreno, le viste de sentimientos elevados que desconoce el alma desterrada en este mundo, le inspira ideas nobles, generosas y propias del espíritu que se eleva hasta Dios; y en Este, que es fuente insondable de virtudes, le hace beber todas las que le trasforman en nuevo hombre, muy diferente de los demás. Este resorte es la caridad. El Apóstol, con admirable laconismo, nos pinta su eficacia. «Todo lo vence, dice, porque todo lo cree; espera siempre, y se hace todo para todos.» En efecto, contemplando la inimitabl evida del patriarca Santo Domingo, encontramos demostrada en toda su extensión la verdad de esta sentencia. Su caridad lo venció, todo tratando de llenar el ministerio de apóstol que Dios le encomendara, principiando como Moisés por triunfar de la timidez propia á su modestia y recogimiento. Dióle Dios espíritu de caridad, inmensa como el firmamento, abundante como las aguas del océano, y, animado por él, realiza obras que parecerán imposibles á quien no participe de su mismo espíritu. La indigencia del pobre conmueve su corazón tierno, el mundo le ve entonces despojarse de sus bienes y de sus rentas, y distribuírlos de limosna, sin exceptuar sus libros ni vestidos. Los gemidos de una viuda que llora el cautiverio de su hijo único le enternecen, y con asombro universal se le ve correr en busca de las cadenas para ofrecerse en cambio del joven esclavo. Los llantos de los que perecen oprimidos por un magistrado tan poderoso como injusto le inspiran compasión, y en presencia de los jueces pide se le aplique á él la pena que aquéllos no habían merecido. Ved, señores, cuántos rasgos de la caridad más ardiente, y que, según la palabra de Jesucristo, ninguna tiene que sea superior.

Pero venid y observad los esfuerzos que practica animado por esta misma caridad para dar al hombre otros soco-

rros más nobles que la comida y más preciosos que los vestidos; vedle atravesando descalzo campos cubiertos de espinas, recorriendo á pie España, Francia, Italia, Tirol, Flandes y una parte de la Alemania; vedle desempeñando infatigable el ministerio apostólico entre pueblos infectados por la herejía, entre fanáticos que ponen asechanzas á su vida y entre malos católicos á quienes ofende la santa libertad de sus amonestaciones; vedle persiguiendo al vicio donde quiera que lo divise, y siempre con el santo celo y con la invencible energía que le caracteriza. Con pensamiento tan vasto como el de Elías, quiere socorrer las necesidades de todos los hombres y reproducir su espíritu en todos los puntos de la tierra durante todas las edades, y en su instituto de Predicadores llena en efecto este santo propósito. Un joven sacerdote que subió descalzo los Pirineos y los Alpes, sin más recomendación que sus virtudes, atraviesa las calles de la ciudad eterna y presenta al pontífice Inocencio III las constituciones de una nueva congregación. Este pensamiento no fué acogido favorablemente; pero vos, Dios mío, en él disponíais mientras tanto uno de los elementos que obrasen en los miembros de vuestra Iglesia una reacción favorable hacia la virtud, que propagase el conocimiento de vuestra fe en pueblos remotos y dispensase al género humano toda especie de beneficios. En esa misma ciudad, donde era entonces desconocido vuestro siervo, se habían de levantar templos suntuosos para recordar sus esclarecidos servicios prestados á vuestra Iglesia; sus grandes basílicas habían de ser adornadas con monumentos que atestiguasen sus prodigios á las generaciones venideras, y los sitios sagrados donde los primeros pontífices, rodeados de futuros mártires, ofrecieron los tremendos misterios, habían de servir también de seminarios á la generación de Santos de que él sería padre y fundador. Dios cambia, señores, la disposición y la voluntad del Papa; la orden de los Hermanos Predicadores comien-

za a existir, y su actividad y celo á vencer en todas partes la oposición que encuentra esta nueva falange del Señor.

La historia eclesiástica y la historia política nos pintan el fervor, la abnegación, el valor, la humildad y el desprendimiento con que edificó al mundo entero; el púlpito y el confesonario, las escuelas y las academias, los fieles y los infieles entraban en su programa, y todos fueron socorridos en efecto. Despreciando océanos y desiertos, despreciando hambres y epidemias, sin tomar en cuenta leyes formidables, prisiones, cadenas ni catastas, los Hermanos Predicadores se dejaron ver en todos los países del viejo mundo, disputando, convenciendo, instruyendo y consolando, dirigiendo el corazón del joven, fortaleciendo la conciencia del tímido y auxiliando en sus últimos momentos al moribundo. Suecia, Noruega y Dinamarca les vieron abrirse paso entre los hielos para ir á establecer sus misiones entre los rudos habitantes de las márgenes del Torneo y de las montañas de Finlandia, mientras que los bordes del Danubio y las selvas de la Valaquia ó se enrojecían con la sangre de sus mártires ó se hacían fecundos con el sudor de sus confesores. Y no fué la Europa tan sólo quien presenció estos prodigios de celo; el Asia y el Africa los vieron también cuando en la Armenia y el Kurdistán, en la Etiopía y la Abisinia, en el Tonkín y la Gran China resonaba el eco de los hijos de Santo Domingo. Mas ¿no hablo, señores, en presencia de los mismos que llevaron á la China el Evangelio, y predicaron á Cristo en las ciudades populosas del Tonkín y Cochinchina? ¿No fueron los dominicanos españoles salidos de este mismo suelo los que plantaron la cruz en el imperio cerrado tantos siglos para los europeos con leyes más formidables todavía que las eternas murallas que lo circundan? Y ¿no son Hermanos Predicadores salidos de este colegio de Ocaña los que enseñan todavía la fe de Cristo en la corte de los reyes Anamitas?

Mas el viejo mundo no bastó para su celo activo y fervoroso; los Hermanos Predicadores invadieron todos los países que los descubrimientos marítimos del siglo XV y XVI franquearon á las empresas europeas. Ellos fueron á establecer misiones en las selvas y en los montes de América, del mismo modo que las habían establecido en los mercados de Africa, sobre las costas de Irlanda y cerca de los observatorios de Pekín. Ellos contaron convertidos á millares en regiones donde ni la avaricia, ni la curiosidad, ni el amor á las ciencias, ni el poder habían llevado hasta entonces á ningún europeo, y predicaron y enseñaron en idiomas absolutamente desconocidos á los naturales de Occidente. Cuando, distante 4,000 leguas de mi patria tengo el honor de bosquejar en vuestra presencia, católicos, los trabajos apostólicos de tantos ínclitos varones, permitidme que, volviendo mi vista á las orillas del Maule y Bio-bío, ó penetrando las selvas de Arauco y de Valdivia, evoque las sombras venerandas de tantos varones ilustres y de tantos padres de infinitos pueblos para preguntarles cuántas peregrinaciones no emprendieron, cuántas fatigas no soportaron, cuántos peligros no arrostraron, cuántos hombres no ilustraron, cuantos corazones no conquistaron y cuántas coronas inmarcesibles no ganaron á precio de su sangre y de su vida.

«Servicios pasados, grita hoy una generación presuntuosa y que cierra sus ojos para no ver; servicios pasados, de los que no existen más que las pocas líneas que encontramos trazadas por la historia; servicios pasados y de cuyos héroes vive apenas la memoria.» Los hombres que así hablan no conocen la actualidad de su historia, ignoran los únicos rasgos verdaderamente gloriosos con que su patria se ennoblece en los países remotos de Asia, Africa y América. Extended la vista al otro lado del Mediterráneo, atravesad el grande Océano Indico, entrad en el imperio Chino, recorred el Tonkín y Cochinchina, y

allí encontraréis seis obispos, más de cien sacerdotes, ocho pequeños seminarios, infinitas casas de asilo y veinticinco monasterios de mujeres; allí veréis establecidas un sinnúmero de escuelas para la instrucción de los niños, organizadas diferentes asociaciones para librar á los párvulos de morir á mano de crueles parricidas y para rescatar con dinero á los que estaban destinados á ser vendidos como esclavos. Estos son bienes sensibles, palpables y de la naturaleza de los únicos que aprecia una generación materialista. Para aquellos en quienes vive la fe hay otros que valen todavía más que éstos. Una falange de mártires que, llevando á su frente dos obispos, marcha en nuestros mismos días con paso intrépido á inclinar su cuello bajo la cuchilla de un tirano; una multitud de hombres apostólicos que corren á ocupar los puestos que al morir dejan vacíos los heroicos confesores de la fe; dos millones de católicos habituados á la persecución y á los tormentos; centenares de iglesias edificadas y sostenidas entre enemigos encarnizados de la religión, es ciertamente espectáculo más espléndido que cuantos ofrece el egoísmo que caracteriza á muchos que en nuestra época se llaman filantrópicos. Los que acometen, no obstante, aquellas empresas son religiosos, como lo eran los que penetraron en China por primera vez en el siglo XV; y de este mismo colegio salieron los venerandos obispos Delgado y Henares, que murieron mártires en 1838, como salieron los mil que regaron con su sangre las plazas del Tonkín, del Fokién y de la Cochinchina en los tres siglos anteriores Las setenta misiones de las islas Filipinas, el crecido número de religiosos que trabajan en ellas con celo infatigable y virtud ejemplar, las infinitas conquistas que día por día se hacen allí para la fe y la civilización, confunden victoriosamente las suposiciones de los enemigos del monacato, y prueban a la vez que el espíritu de Santo Domingo vive todavía tan activo y enérgico como el de

Elías en Eliseo y como el de San Pablo en Tito y Timoteo, sus discípulos. Vive en los numerosos sacerdotes que sostienen, alientan, instruyen y edifican á los católicos en las vastas provincias del imperio Moscovita. Vive en los que predican el Evangelio bajo las nieves de la Siberia, así como en los que lo propagan bajo el clima abrasador de la América y Mesopotamia. Vive en los que luchan cuerpo á cuerpo con la herejía y el materialismo en Holanda, Inglaterra y Estados-Unidos, así como en los que instruyen á los bárbaros del cabo de Buena-Esperanza y de las Indias holandesas. Vive en los que edifican los países más cultos de la Europa con la severidad de sus costumbres, así como en los que refutan los fútiles argumentos de la impiedad y falsa filosofía en medio de la juventud que corre ansiosa á oír su palabra viva y elocuente. Vive en los que dirigen hoy mismo grandes colegios para la juventud en Francia, así como en los que se ocupan en recoger y educar á los niños desamparados en Bélgica y los Países-Bajos; y vive, en fin, en tantos otros que prestan á la Iglesia y á la sociedad servicios llenos de celo y desinterés. Tantos hombres apostólicos, tantos pastores vigilantes, tantos sacerdotes celosos, tantos maestros de la juventud, tantos religiosos fervorosos y tantos hombres de caridad valen infinitamente más que aquellos menos observantes que suelen aducirse por los enemigos de las instituciones monásticas como argumento contra su conveniencia y utilidad. Pero no debemos olvidar que uno de los caracteres de las obras de Dios es la contradicción que están llamadas á sostener de parte de los hombres, así como lo son también la lucha constante que deben soportar y la guerra á muerte con que de vez en cuando se las combate. Hoy, señores, cuando observamos en todo el mundo ese fenómeno singular de la libertad que se invoca para entronizar el despotismo, y de los antiguos códigos que se pisotean para sancionar como leyes los caprichos de revolucionarios, las órdenes

monásticas siguen la suerte de la Iglesia de Jesucristo, que se propagó bajo la cuchilla de los perseguidores. Arrojadas de España, se propagan en la Bélgica, y, perseguidas en el Piamonte, florecen en Francia é Inglaterra. Es propio de gobiernos ilustrados comprender que la libertad política es inseparable de la libertad individual, y que en cada hombre existe sin disputa el derecho de abrazar la manera de vida que sea más conforme á sus honestas inclinaciones. Los que atentan contra este derecho, son enemigos de la libertad, tanto como los que sancionaron las leyes más opresoras para el linaje humano.

Hemos considerado, católicos, al espíritu de Santo Domingo dilatando su acción desde el siglo XIII hasta nuestros tiempos; hemos considerado á su caridad, que hizo prodigios en el mediodía de la Europa, extenderse y dilatarse por medio de su instituto por todo el mundo, y, sin que el tiempo ni la muerte lo debiliten ó concluyan, vivir en medio de las borrascosas vicisitudes de los siglos que atraviesa, y conservar su vigor en medio de las calamidades mismas de que le rodean los enemigos de todo bien. *Dedit illi Dominus spiritum charitatis.* Hemos visto que la caridad no fué en él una virtud estéril, ni cuyas exigencias pudieran satisfacerse compadeciendo los males de sus semejantes ó ardiendo en vivos deseos de remediarlos, nó; esto es lo que suele llamarse ternura, y es calidad natural en el corazón de muchos hombres. No fué tampoco un espíritu que le impulsase á emprender obras provechosas para los demás sin otro motivo que obrar un bien transitorio, nó; ésta es propiedad de todo hombre que posee un corazón noble y la que el mundo suele llamar filantropía. Existió en él, católicos, la caridad de Dios, grande, infinita, con todos sus dones, con todas sus propiedades y con toda su virtud. *Dedit illi Dominus spiritum charitatis.*

Pero nuestra consideración debe extenderse todavía más: la fortaleza y la caridad nos son tan necesarias hoy

cuando la gran causa de la fe se ve combatida por hijos desnaturalizados como cuando lo era por extraños que sin rebozo la perseguían. A vosotros y á mí mismo hablo, domésticos de Dios. La fortaleza nos hará incontrastables á los golpes arbitrarios del poder de la tierra, impertérritos para defender los sacrosantos derechos de la Religión, y constantes en el desempeño del ministerio augusto que hemos recibido de Dios, de quien somos ministros. La caridad nos conservará alegres en medio de los trabajos, pacientes entre las persecuciones y tranquilos en el seno de los peligros que el mundo y el abismo nos presentan á cada paso. Pero á vosotros, católicos, no son menos necesarias estas virtudes: hoy, especialmente, cuando calamidades de toda especie os circundan, cuando plagas y desventuras entristecen por todas partes el hermoso suelo de vuestra España, debéis estar ceñidos de fortaleza y caridad para humillaros bajo la mano poderosa de Dios, pero sin perder la grandeza de alma, la confianza y el amor filial que han de caracterizar en todas las circunstancias de la vida á los discípulos de Cristo. Levantemos á una hacia el cielo nuestras manos, y pidamos incesantemente para nosotros y para todos los miembros de la Iglesia de Jesucristo espíritu de fortaleza y de caridad que, haciéndonos fuertes mientras duren los combates de este mundo, nos hagan merecedores de la corona eterna.



DISCURSO

Pronunciado en la inauguración del monumento conmemorativo del incendio de la Compañía.

Excmo. Señor:

Os habéis apresurado, señores, para venir á contemplar el suceso sin semejante que á estas horas, diez años atrás, se realizaba en este mismo recinto. ¡Ocho de Diciembre de 1863, será para Chile, durante largo tiempo, día de recuerdos espantosos y de amargo luto! Las madres que, abrazadas de sus hijas, arden hasta consumirse en una inmensa hoguera; los esposos, que corren sin aliento las calles de Santiago llamando á sus esposas, mientras que éstas perecen sofocadas, las unas por el fuego, y oprimidas las otras por dos mil compañeros de infortunio; los jóvenes que se acercan trémulos á las puertas del sagrado templo y ansían por distinguir entre la multitud de los que perecen, quién á su madre, quién á su hermana, quién á su amigo; pero sin nada oír fuera de los alaridos de las víctimas, ni nada ver más que el montón de cadáveres formados por dos mil personas que devoran las llamas... ¡Gran Dios! ¡qué espectáculo tan doloroso y tan terrible!

Permitidme, católicos, que, poseído del justo dolor que me inspira su consideración, repita con uno de los profetas del Señor: «Oíd, oíd, moradores de la tierra; ¿sucedió

acaso un hecho semejante en vuestros días ó en los días de vuestros padres? Contadlo, padres, á vuestros hijos, y los hijos de éstos cuenten á las generaciones futuras que el fuego abrasó y sus llamas consumieron lo más hermoso de Israel.»

Mas, el hombre cristiano, al contemplar acontecimientos de la especie del incendio de la Compañía, después de pagar á la naturaleza su tributo, de entre los gemidos y las lágrimas, de entre la confusión y el espanto, levanta su espíritu á otra región elevada, y donde su fe divisa á la Providencia Divina, aprovechando los descuidos de los hombres, los errores de los hombres y hasta la falta de los hombres, para que todo vaya á servir en beneficio de los mismos hombres.

El hombre presencia en el incendio de la Compañía un acontecimiento que arranca á todas las almas un grito de horror, y lleva la amargura y la consternación á todos los corazones. En los movimientos apasionados que excita en su espíritu la vehemencia del dolor, no sólo condena las causas que pudieron producir tan espantosa catástrofe, sino que va hasta execrar lo bueno y lo santo, porque, á su juicio, podrían ocasionar su repetición.

Pero el cristiano, desde aquella altura ve en esas causas la mano de Dios, que escribe, sobre las llamas que consumen y sobre las cenizas de los muertos, lecciones que traduce nuestra fe y conserva cuidadosamente nuestra piedad. Y ojalá, señores, que esas lecciones las aprovechemos todos, y este grandioso monumento, que el celo infatigable de un inteligente mandatario, auxiliado por la generosidad jamás desmentida de los pueblos de Chile, eleva hoy, nos las haga meditar cada día. ¿Cuáles son estas lecciones? Escuchadme y meditadlas conmigo, católicos.

Cuando os digo, señores, que en la espantosa catástrofe de la Compañía el hombre cristiano divisa la mano de la Providencia, no es ciertamente acumulando los combustibles de la espantosa hoguera, ni disponiendo alguna de las otras causas que produjeron aquel acontecimiento funesto. La mano del Señor se deja ver, pero como cuando escribía sobre los muros del palacio del rey Caldeo (1). Allí, en medio del asombro y del terror de todos cuantos presencian, el rey de reyes intima á los soberanos de la tierra la elevación de un reino sobre las ruinas de otro; y aquí, en la intensidad del fuego y en la voracidad de sus llamas, escribe también la purificación de las almas y su ascensión al reino de los escogidos. Allá Daniel, hombre de fe y observante de las instituciones de su ley, explica el escrito misterioso, y acá los hombres, que como Daniel mantienen viva en su alma la luz de la fe, pueden también explicar la voz del gran Dios que hace ministro de su Providencia al fuego abrasador.

Santiago vió, señores, acudir el 8 de Diciembre de 1863, á este mismo lugar, cubierto entonces por las suntuosas bóvedas del templo de la Compañía, más de tres mil personas, que se proponían dar culto á Dios, honrando á María, su purísima madre. Su fe era pura, ardiente y llena de esa devoción santa que produce en las almas cristianas el perfecto amor á Dios; amor que impulsa á la creatura á correr veloz como el ciervo que desea refrigerar su sed en la fuente de las aguas, para buscar á su Creador y estrechar con él más y más las relaciones de su espíritu. Era este amor el que llevaba á David mil veces cada día al tabernáculo de Dios para ofrecerle su propio ser en suavísimo holocausto. Era este amor el que ponía en el corazón y en los labios de Israel los votos que públi-

(1) Daniel, V.

carnente profería en honra del Altísimo; y era, en fin, este amor el que conducía á la Magdalena á los pies de Jesucristo para significárselo con sus ardientes lágrimas, sus preciosos ungüentos y sus demás obsequios afectuosos.

Dios autoriza todas estas significaciones del amor de sus creaturas, aceptándolas y consagrándolas en el seno de Israel y haciendo su apología cuando se las ofreció la fervorosa Magdalena. Pero aún más: en el fondo mismo de la naturaleza humana puso la mano del Creador el principio de ese estímulo que guía al hombre en la confesión pública de sus creencias religiosas; y con las máximas de su santo evangelio nos ilustró en la práctica de aquellas manifestaciones, purificándolas de todo lo que no esté en armonía con la grandeza y perfección del Dios, á quien nos enseña á conocer y nos manda adorar.

Guiadas por esta luz divina, invadían las víctimas de la Compañía las naves del sagrado templo, trayendo muchas de ellas en sus manos ramos de flores, que colocaban con tierna solicitud á los pies de la sagrada imagen de María Inmaculada. Yo, católicos, comparo el fervor de todos estos fieles al que brillaba en los grandes sacrificios que ofrecía Israel en los días de David y de Salomón; y sin divisar las nubes inefables, en medio de las cuales apareció la Majestad del Santo de los Santos, iluminando con ráfagas pasajeras de su resplandor eterno el sagrado tabernáculo, y sin oír la voz de Jehová que percibían los hijos de Jacob, más suave y armoniosa que la melodía de sus cánticos, me parece ver que la oración de tantas almas reunidas en el sagrado templo, llega hasta el trono del Señor; me parece oír la voz de la Majestad que, premiando su generosa fe, hace descender sobre ellas gracias inefables de fortaleza y caridad. ¡Ah, y qué necesarias les eran en aquellos momentos!

Causas que hasta hoy no conocemos perfectamente hacèn que en muy pocos minutos se extienda y se propa-

gue por el sagrado recinto el fuego pegado por casualidad á uno de los adornos del sagrado tabernáculo. Esa llama voraz sobre toda comparación se dilata y se extiende por todas las naves. Los altares, sus imágenes, sus adornos y todo cuanto para decorarlos había colocado la piedad generosa de los fieles, todo, señores, en breves instantes es invadido por las llamas.

Y entonces ¿y los fieles fervorosos que habían asistido al templo en alas de la fe y de su amor? y las tres mil personas que cobijaba aquél en esos momentos bajo sus bóvedas? las nobles matronas, decoro de Santiago, tan respetables por sus virtudes cristianas como por la educación esmerada que recibieron de sus mayores? y las tiernas niñas, hermosos lirios de inocente candor y rosas fragantes de acendrada caridad? y aquella joven, esperanza de su anciano padre, cuyos pasos vacilantes sostenía con afecto tan filial? ¿Qué suerte corren todos éstos? ¿Dónde están? ¡Ah, señores! ¿debo acaso renovar en vuestra consideración aquel cuadro espantoso que todos vemos con nuestros propios ojos el 8 de Diciembre de 1863 en el abrasado templo de la Compañía? ¿Debo recordar las escenas desgarradoras de aquella noche funesta en que Santiago gimió con un mismo gemido, que sintieron todos los corazones y repitieron todos los labios? Nó, no ahondaré el pesar de los padres, de los hijos y de los esposos, amortiguado apenas; me elevaré mejor con vosotros hasta el santuario del Señor y registraré los secretos de aquella inefable Providencia que aprovecha nuestros errores, haciéndolos servir como instrumentos en beneficio de sus criaturas. Hablaré el lenguaje de la fe, para los hombres que lo entienden, diciendo que Dios purifica con ese tormento sus criaturas para introducirlas al goce eterno de su bienaventuranza.

Yo considero, católicos, que pertenecían á dos suertes de personas las que llenaban el recinto del templo de la

Compañía la tarde del 8 de Diciembre de 1863. En la primera incluyo á muchas cuya vida, inspirada por el fervor cristiano, servía de ejemplo y de estímulo á su vez á tantas otras. A la segunda corresponden aquellas cuya vida mundana y trivial les hacía tropezar á cada paso en culpas, negligencias é imperfecciones.

Habían venido, las unas estimuladas por el deseo eficaz de dar culto á Dios y de honrar á su Madre Inmaculada; y mezclando las otras á este objeto piadoso la curiosidad vana, el deseo de divertirse y esa distracción habitual, propias de las personas negligentes en el cumplimiento de sus deberes religiosos.

Mas, unas y otras eran hijas del Padre celestial, que hace brillar su luz sobre los buenos y los malos y á todos ve desde lo alto del firmamento con esa bondad que el profeta con elocuencia inimitable nos daba á conocer cuando decía: «Nos protege bajo la sombra de sus alas». La tribulación de todas estas almas sube hasta el Señor, y del trono de su infinita misericordia manda sobre cada una auxilios oportunos.

Fortaleza necesita la situación de unas; arrepentimiento sincero de faltas cometidas, el estado de las otras; y la mano de Dios hace descender esas virtudes sobre las unas y las otras.

Desciende para unas la fortaleza, y, cuando las vivísimas llamas que amenazan por todas partes, cuando, enrarecido el aire, la sofocación era inminente, esas almas, dotadas de fortaleza superior, tentaron su salvación con firmeza y serenidad que asombran verdaderamente. Y, cuando se persuadieron que salvarse de las llamas era ya imposible, buscaron los rincones del templo y se prepararon allí para morir con resignación.

¡Ah, señores! ¡cuán cierto es que una conciencia pura no teme la muerte ni todas las consecuencias que han de seguir á ésta! ¡Cuán cierto, que la fe viva y eficaz hace

á quien la posee divisar abierto el reino de los cielos y vivir sediento por refrigerarse cuanto antes con el agua viva que beberá en los tabernáculos de Dios! Mas, á otros dije que era necesario el espíritu de compunción para ofrecer á la justicia divina un horrible suplicio, en expiación de las propias faltas. En efecto, el Señor, en cuya mano están los corazones, toma las grandes calamidades que sobrevienen á los hombres como instrumentos de las trasformaciones asombrosas que en ellos opera de cuando en cuando. Así, con el azote de la peste corrige el amor propio y la vanagloria de David; con los horrores de la esclavitud castiga los vicios de Manasés hasta convertir su corazón á la virtud; y con tinieblas y tribulaciones llama á las almas que deseen purificarse y hacerse dignas de El. En los excesos de su misericordia derrama gracias abundantes sobre los que asistían al templo de la Compañía sin pureza de corazón, de tal modo que, en medio de la confusión indescriptible que causaban las vastas proporciones del incendio, me parece oír la voz de que nos habla Ezequiel, y mandaba señalar á los arrepentidos para que no les comprendiese en la destrucción eterna con que amenazaba la justicia del Señor. ¡El fuego que consume sus cuerpos; el calor que suspende su aliento vital; la ansiedad, la amargura, la agonía!... ¡Gran Dios! en el conjunto de tantas desgracias diviso el sacrificio, mediante el cual Vos les purificasteis como se purifica el metal precioso en el fuego del crisol.

Ved ahí cómo la mano del Señor arranca á sus escogidos de la tempestad y de la verdadera muerte. Ved ahí cómo esa espantosa catástrofe, que pudiéramos creer hija de los descuidos, de las negligencias y aun de las temeridades de los hombres, y que arrebató de la tierra dos mil personas, viene á servir de medio para dar vida inefable y eterna á los que fueron sus víctimas.

Humíllese el hombre que, guiado por la fe, medita estas

verdades, é incline su frente delante de aquella admirable Providencia que da vida cuando mortifica y salva cuando, al parecer nuestro, deja fenecer.

Pero sucesos de la naturaleza del que nos ocupa deben sin duda perpetuarse en la memoria de los pueblos. El incendio de la Compañía, por las circunstancias que lo acompañan, es hecho sin semejante y como tal fué calificado en todas partes. Desde los países escandinavos hasta las regiones más meridionales de Italia, España y Portugal, la prensa, con asombrosa uniformidad, repitió: «El incendio de un templo en medio de una gran solemnidad religiosa y en el que las víctimas del fuego y la sofocación se cuentan por millares, es el primero que registra la historia de las naciones civilizadas». Debo confesar que esa impresión de indescriptible amargura causada en Chile, fué reproducida aun en los países más distantes, donde llegaba la noticia del tremendo acontecimiento.

Suntuosos funerales celebrados en casi todas las capitales de los Estados americanos, ya decretados por la autoridad, y ofrecidos espontáneamente por los ciudadanos; discursos ardientes y en los que imperaron casi siempre las pasiones exaltadas; composiciones poéticas, destinadas á decorar la tumba de las víctimas; todo esto, señores, forma un monumento colosal que, elevándose de todos los países y desde todos los trópicos del continente americano, recibe todavía mayores dimensiones con los artículos escritos por los diaristas y escritores europeos. Ese acontecimiento no podría ya ser olvidado; está grabado en la memoria de todos y vivirá muchos siglos en el recuerdo de todos.

Pero el lugar donde se realizó, aquí, aquí mismo, donde se escucharon tantos ayes y gemidos, cuyo eco lastimoso se dejó sentir al otro lado de los mares; aquí, donde la tierra fué empapada por las lágrimas de las víctimas, y donde sus despojos mortales formaron esos montones de

cadáveres carbonizados, que recordaremos con terror mientras vivamos; aquí era necesario levantar el monumento material que consagre este lugar durante todas las generaciones. Fué ésta la empresa que acometió el digno magistrado de la provincia de Santiago, llamando á ciudadanos de buena voluntad para que cooperasen á la obra en las diversas provincias de la República. ¡La Providencia coronó sus esfuerzos y vosotros veis elevado el monumento!

Pero reflexionad, señores: este monumento entraña en sí recuerdos dolorosos que sólo dulcifica la fe cristiana. Es monumento que, contemplado con los ojos del egoísmo ó de las prevenciones, excitará mil pasiones odiosas, mil preocupaciones mezquinas y mil recuerdos indignos por cierto del cristiano. Mas ¿no es acaso la fe la que inspira la obra de este monumento y la que preside su ejecución? Vosotros lo veis y yo no necesito empeñarme en demostrarlo. Todas sus figuras son símbolos hermosos de las virtudes cristianas y hablan á nuestra alma aquel lenguaje sublime con que un ilustre caudillo hablaba á Israel. Había éste luchado durante cuarenta años con la amargura y la desesperación: va ya á atravesar las aguas del Jordán, va á pisar la tierra prometida, y eleva un monumento, obedeciendo las órdenes de Dios. Las piedras del misterioso río elegidas para la obra, la presencia del arca de la alianza, el concurso de todas las tribus, la majestad solemne del desierto que acababa de atravesar, y las regiones desconocidas para él que iba á invadir, todo concurría para hacer su erección más importante. Pero ese monumento recordaba cuarenta años de suplicio, recordaba que cuantos individuos formaban ese pueblo cuando fué libertado de los faraones, todos habían perecido en la travesía. Recordaba que sus blancos huesos estaban allá esparcidos sobre las arenas del desierto, y recordaban á los hijos no haber tenido el consuelo de

colocarlos en su tumba para que allí fuesen luego confundidos con los suyos. ¡Ah, señores! ¡cuántos recuerdos amargos! Pero oíd, oíd cómo la voz de Josué eleva los sentimientos de ese pueblo haciéndole percibir los fines grandiosos de la obra que venían de cumplir. «Esas piedras que levantasteis, les dice, recordarán perpetuamente á todos los pueblos de la tierra, que la mano de la Divina Providencia es muy fuerte y poderosa y que todos deben temer al Señor Dios en todo tiempo».



ORACIÓN FÚNEBRE

Por las víctimas del Callao (2 de Mayo 1866).

Adolescentibus autem exemplum forte relinquam, si prompto animo, ac fortiter pro gravissimis ac sanctissimis legibus honesta morte perfungar (II Macabeos, VI, 28).

Dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza, si sufriere con ánimo pronto y constante una muerte honrosa en defensa de la ley, la más grave y la más santa.

¡Grandes de la tierra! oíd la voz de Dios que, en presencia del polvo de los sepulcros y en medio del majestuoso aparato de esta lúgubre solemnidad, nos dice: «Mía es la vida: mía es la muerte: hago vivir y hago morir; elevo y abato, según el propósito de mi voluntad». Y á la verdad, católicos, nada hay grande delante de nuestra fe fuera de Dios. Nuestro amor propio, es cierto, se complace en vestir al hombre de ropajes que no le pertenecen y en pronunciar nombres que le son amables, entre recuerdos de una gloria que se disipa como la tierra sacudida por el viento, ó sea, marchita á manera de una flor abrasada por el estío. Empero, dad vosotros un paso adelante y preguntad á las frías cenizas de la tumba: ¿qué cosa es la grandeza de este mundo? Y ella, haciendo oír en el fondo de nuestra conciencia la severa voz de la verdad, os responderá: «que todo hombre es heno, toda

su gloria sombra y toda su fortuna lodo» (1). ¡Feliz quien alimenta su espíritu con la savia de esta profunda verdad y busca sólo en Dios el fundamento de la sólida y verdadera grandeza!

De este carácter es el espectáculo que nos ofrece el magistrado venerable y maestro ilustre de la ley de Moisés, que soporta todos los horrores del suplicio y sufre la muerte con fortaleza varonil en defensa de la ley de Dios y de las instituciones de su patria. ¿Qué eran á sus ojos la vida, el honor y la prosperidad de la tierra? Ilustrado por destellos de la inteligencia eterna, una sola cosa ve grande: ésa era la ley; una sola cosa heroica, y era morir por su defensa. Se encamina por eso intrépido al martirio, diciendo: «dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza, si sufriere con ánimo pronto y constante una muerte honrosa en defensa de la ley, la más grave y la más santa». *Adolescentibus autem exemplum forte relinquam, si prompto animo ac fortiter pro gravissimis ac sanctissimis legibus honesta morte perfungar.*

Ese ciudadano que, ardiendo en amor á la patria, defiende con valor sus venerables instituciones; ese magistrado que extiende su celo más allá del tiempo presente, y rinde su vida por legarlas sin mengua á las generaciones venideras, ved ahí, ved ahí, repito, al varón á quien la voz de Dios llama grande en las Santas Escrituras.

Al hombre, señores, juzgado tan sólo por lo externo y superficial de sus obras, ordinariamente se le encuentra pequeño y colocado á infinita distancia, de la grandeza sólida é imperecedera. Por eso, para conocer al héroe, necesitamos elevar nuestro espíritu sobre nosotros mismos, estudiarlo más allá de lo que palpamos, y juzgar el motivo de sus acciones á la luz clara é inefable que arroja la fe sobre el fondo de nuestra conciencia. Guiado yo por esa

(1) Isaías, XL, 6.

luz divina, llamo héroes á los que han muerto en el Callao en la memorable jornada del 2 del presente mes. ¡Grandeza mundana, tenéis vuestro límite! Eleváis, pero vuestro fundamento es movedizo. Perecéis; y la nombradía que concedisteis perece también confundida en la nada.

¡No es de esta clase, católicos, la gloria que se conquistaron los valientes del Callao!

Porque ellos muriendo por las instituciones patrias, han erigido un monumento inmortal al verdadero civismo.

Porque con su sangre han marcado el sendero glorioso por donde deben marchar la presente y las futuras generaciones de la América.

Ved aquí lo que nuestra fe llama grande en los héroes cristianos y que yo, en dos sencillas reflexiones, os propongo como digno de imitar en los valientes por cuyo descanso ofrecemos al Señor este solemne sacrificio.

¡Quiera Dios, en cuyas manos están los corazones humanos, derramar en el vuestro ese espíritu de valor y fortaleza que exigen la defensa de la justicia y la obediencia á la ley!

Recibid también vosotros con indulgencia mis palabras, que no formulan, por cierto, la obra acabada que merece el asunto de que vamos á ocuparnos.

Vosotros conocéis, señores, la historia de los dos últimos años que vamos atravesando. Historia bien triste, si atendemos á la fuerza que pretende usurpar su imperio á la justicia, á la arrogancia que conculca la ley, á la más repugnante violencia que trata de humillar á pueblos nobles, educados por la libertad y para la libertad.

Tal es la historia de las relaciones de España con el Perú primero, y luego después con Chile. Magistrados débiles, colocados á la cabeza de un gobierno trabajado por divisiones intestinas, pareció á los agentes del gabinete de

Madrid, época á propósito para realizar en el Perú sus planes de humillación y de conquista. Y por un momento ¡quién lo creyera, señores! la hermosa república, cuya cabeza coronan las nieves de los Andes y á cuyos pechos se cría el robusto Marañón, deja contemplar, abatida y como aherrojada, poniendo sus tesoros á los pies de un soberano extranjero. Mas ese bello Perú no había muerto: nó, no había muerto! Estaba solamente detenido, como el hombre atado con cadenas en una profunda mazmorra.

Ciudadanos ilustres alzan su voz enérgica para protestar contra la deshonra de su patria. Arequipa, la siempre y denodada Arequipa, es la primera que se pone de pie para lavar la mancha ignominiosa que España ha pretendido arrojar sobre la hermosa frente del Perú. Una noble figura se levanta de su seno, que descuella entre otras muchas. Era un joven, en cuyo espíritu Dios ha colocado el valor y la constancia, que han de salvar la patria. Este hombre de corazón, á quien el Perú no tarda en aclamar su primer magistrado, depositando en sus manos la suma del poder, se rodea de buenos patriotas y de ciudadanos honrados, prontos á sacrificarse gustosos en defensa de la patria ultrajada.

El doctor Gálvez, la víctima más ilustre entre las del *Dos de Mayo*, es el primero en cooperar á esta grande obra, que va á dar días de gloria á la América entera. A su cargo se confían los negocios más delicados en aquella difícil situación; y vosotros, conciudadanos, le visteis en esta capital trabajar infatigable por reunir elementos que debían preparar el triunfo de las instituciones de su patria. Y ¿quién no admiró la regularidad y circunspección de sus acciones? ¿Y á quién no inflamó el fuego de su amor patrio? Había en la palabra del señor Gálvez la elocuencia que revelaba el poder vigoroso de su voluntad y la energía sincera de sus convicciones. Estas

raras dotes le sirvieron, sin duda, para honrar el alto puesto que desempeñaba.

Un numeroso ejército se pone en campaña. Las banderas que triunfaron en Ayacucho y en Junín se ostentan nuevamente evocando sus gloriosos recuerdos. La sombra veneranda de Bolívar parece que abandonase su morada solitaria para venir á contemplar la restauración de su obra aniquilada. Días de prueba y de adversidad atraviesan; mas, al fin, el Perú triunfa; su honor se salva y su independencia y libertad se afianzan. El 6 de Noviembre de 1865, durante largas generaciones. será día de recuerdos gloriosos para el Perú.

En esa larga serie de fatigas, de contradicciones y de prueba arraigaron los buenos ciudadanos su amor á la República y su respeto profundo á las instituciones de la patria. Dios permite, católicos, ordinariamente la adversidad para templar la virtud en el alma de sus criaturas, haciendo á éstas capaces de realizar obras señaladas.

Los patriotas peruanos aprovechan esta enseñanza. Sobre las ruinas de la administración derrocada elevan el monumento grandioso de la restauración. Pero de esa restauración fundada sobre la justicia que eleva á los pueblos y les hace grandes y famosos (1). No permita Dios que yo manche alguna vez la cátedra de la verdad dejando oír desde ella palabras que lisonjeen el amor propio de los que administran el poder. Pero haga El mismo que esa justicia que predico, encuentre en mí los encomios que merece. La justicia, señores, brilló en los grandes actos administrativos de los que triunfaron el 6 de Noviembre.

Chile sostenía la guerra contra España desde el 24 de Septiembre, en que el almirante español se propuso castigar el patriotismo de sus habitantes. Las simpatías de éstos por la causa del Perú, era el verdadero motivo del proce-

(1) Proverbios, XIV, 34.

der violento é irregular de la Península respecto á Chile. Un general al frente de una poderosa escuadra en el día glorioso de la nación, intima á ésta recibir de su mano la estigma de ignominia y envilecimiento. Confiaba en las fuerzas de sus naves y en el alcance de su cañones. Chile, pequeño y desapercibido, se alza, no obstante, como un solo hombre para rechazar el reto de su enemigo. De los labios de sus magistrados se desprenden en los momentos más solemnes de conflicto tan hermosas palabras:—«La República, fortalecida por la justicia de su causa, sostenida por el heroísmo de sus hijos, tomando á Dios por juez, y al mundo civilizado por testigo de la contienda, defenderá su honra y sus fueros hasta el último trance (1)».... Este era el triunfo moral. El formal vendrá después. Esperemos.— El combate y rendición de la *Covadonga* sobre las aguas del Papudo, no será sino el principio de las victorias de Chile sobre su orgulloso adversario.

El Perú regenerado no trepida en asociarse á nuestra causa. Sus naves y sus armas, sus soldados y sus marinos, todo viene en nuestro auxilio. No puede ocultarse á sus magistrados que un paso semejante debilita su fuerza interior; y que, provocado el enemigo, convertirá las hermosas poblaciones de su extenso litoral en otros tantos blancos de su ira; pero á la grandeza de la justicia se asocia la magnanimidad de su abnegación. El pueblo que se conoce a sí mismo sabe hacer prodigios, así como «el que no se conoce ni se estima está próximo á perder su nacionalidad», y este gran principio les guía para arbitrar nuevos recursos con que reponer aquellos de que se desprenden. Nosotros experimentamos las consecuencias de tanta abnegación. No necesitamos que las nobles víctimas que sucumbieron en el combate sangriento del *Dos de Mayo* se

(1) Nota del Ministro de lo Interior, D. Alvaro Covarrubias, al Comandante de la escuadra de S. M. Católica en el Pacífico, D. José Manuel Pareja, de 21 de Septiembre de 1865.

alcen de la tierra y vengan á revelarnos la serie de fatigas que su virtud les enseñó á soportar. El Callao, armado completamente; el extensó litoral de la República, suficientemente resguardado; los intereses de la guerra, protegidos por una serie de decretos que revela energía y previsión; ved ahí, señores, cuanto nos prueba con verdadera elocuencia la abnegación de aquellos soldados ilustres. La Providencia, en sus insondables juicios, parece quisiera dar en tan hermosa conducta una de esas grandes lecciones que forman, según su palabra, «el corazón de los pueblos.» Parece que se propusiera recordarnos que la vida del buen ciudadano es vida de dolor y prueba, cuando así lo exigen los intereses de la patria; y, en fin, que nuestro amor á ésta más debe significarse con obras que con vanas palabras.

Empero, aquella abnegación ofrecerá todavía un sacrificio sangriento en las aras de la patria; *Dos de Mayo*, vos lo presenciasteis! ¡Pueblos del Perú, vuestras generaciones más remotas lo recordarán! ¡América toda, es éste el noble monumento que se alza en vuestro seno para estimular y fortalecer vuestra virtud!

La escuadra española, después de bombardear el indefenso pueblo de Valparaíso, se dirige al Callao, y el *Dos de Mayo* abre los fuegos de sus baterías sobre los heroicos defensores de las instituciones patrias. ¡Trescientos cañones arrojan sobre éstos más de siete mil proyectiles! El hermoso cielo del Callao queda oscurecido por el humo de la pólvora. Las aguas claras de la pacífica bahía se enrojecen con la sangre de centenares de cadáveres. No es ésta la hora cuando la muerte asesta acá y allá su cruel guadaña; es el brazo enemigo, es el arma española la que busca su víctima y en ella ceba su cruel venganza.

¡Coronel Gálvez! vos corristeis á ocupar vuestro puesto en el momento del peligro. La fortaleza de la Estrella fué elegida por nuestro valiente como punto de observar y com-

batir; como Ministro de estado en el Departamento de la Guerra, quería por sí mismo estar al cabo de los más pequeños movimientos del campo enemigo. Como soldado, quería combatir, y combatía efectivamente dirigiendo su cañón sobre las naves enemigas. Ni á él ni á sus compañeros nada pudo intimidar. Cincuenta cañones oponen apenas contra trescientos; sus pechos desnudos contra naves blindadas, y su energía á toda prueba contra la arrogancia presuntuosa de su enemigo. Mas el cristiano en el fondo de su conciencia escrita encuentra por el dedo de Dios, «que debe combatir por la justicia hasta la muerte» (1), y nada teme. Su fe le dice que morir por la justicia es ofrecer de su vida un sacrificio heroico que Dios consagra, y espera la muerte, pero en medio de los actos más denodados de valor.

El señor Ministro Gálvez alienta con su intrepidez á sus compañeros, su pericia militar da órdenes oportunas. Su serenidad es el pronóstico de la victoria. Mas ¡oh gran Dios! ni el ilustre guerrero ni muchos de sus compañeros habían de saborear los frutos de este triunfo espléndido. La explosión de una bomba pone fin á los días del Ministro en lo más recio del combate, mientras que otros sucumben bajo los rudos golpes del enemigo. Pero mueren, señores, para vivir vida inmortal; mueren para coronar el eterno monumento que alzaron sus virtudes al verdadero civismo. La justicia, católicos, que les inspiró la defensa de la santa causa de las instituciones patrias, del honor nacional y de cuanto hay de venerando para el ciudadano, la abnegación más heroica que le sostuvo en su propósito, ved ahí ese monumento que la América toda contemplará asombrada desde el uno al otro polo.

Los grandes soberanos erigieron desde los siglos remotos suntuosos recuerdos que perpetuasen su memoria. Hasta hoy subsisten las soberbias pirámides que cubren

1) Eclesiástico, IV, 33.

las cenizas de los reyes de Egipto. Nuestro pensamiento, al contemplarlas, se eleva hasta aquella remota edad y, buscando al personaje que recuerdan, introduce, tantas veces, nuestro espíritu en las regiones mismas de la eternidad. ¡Que el glorioso monumento, erigido con su muerte por los héroes del Callao, recuerde á la América sus virtudes y estimule á las generaciones presentes y futuras á marchar por el glorioso sendero que aquellos nos marcaron!

Dios forma el orden del universo y dispone la marcha de los sucesos de tal modo, que el grande y el pequeño, el sabio y el ignorante, encuentren en ellos lecciones provechosas.

Tan pronto habla al soberano para humillar su altivez, como al abatido mendigo para alentar su esperanza. Tan pronto condena la ignorante presunción del sabio, como pone al alcance del humilde los tesoros de su insondable inteligencia. ¡Dichoso el hombre que atiende aquella voz y sabe aprovecharla!

Traicionaría, católicos, el deber que me impone el sagrado ministerio que desempeño, si no os dijese con sinceridad que, en el sacrificio de los héroes del Callao, marca la mano de Dios á las generaciones de América el sendero glorioso por donde han de marchar constantemente. Mártires de su amor á la unidad americana, no trepidaron un instante en hacer suya nuestra causa en la manera de indicar nuestros agravios; porque ellos comprendieron que en la unión está la fuerza de la América y que la duración de nuestra vida política será á medida que estrechemos más y más los lazos de la fraternidad con que nos unió la Providencia. A la verdad, la misma fe, el mismo idioma y los mismos intereses, naturalmente deben llevarnos también al mismo fin. Y ese fin, señores, ¿no es la grandeza de la América basada sobre la justicia y el derecho? Medio siglo de aislamiento y división debilitaron y casi aniquilaron

aquellos vínculos, que eran también el título en que descansaba la esperanza de nuestro porvenir. El peligro ha hecho palpar los serios inconvenientes del aislamiento, y la historia nos recuerda la grandeza gloriosa de la unión. ¡Antigua Colombia, tierra clásica de los más grandes capitanes de la independencia americana! decidnos: ¿no fué ella el más firme propósito de vuestro ilustre fundador? Esa Colombia poderosa por la unión,—recordadlo, señores—arma ejércitos de valientes, que recorren mil leguas dando patria y libertad á medio mundo. Mas, al contrario, mirad á unas repúblicas divididas de las otras, y las veréis ofrecerse como presas de negras intrigas y de ambiciones bastardas.

¿Contemplasteis algunas vez lo que sucede en esas selvas espesas que colocó la mano de la Providencia en el continente americano? Uno de sus hermosos árboles queda separado del resto por la fuerza del aluvión, y el huracán aprovecha su aislamiento para convertirlo en blanco de sus violencias. Cae al fin tronchado ¡perece! mientras la selva frondosa conserva sin mengua su belleza virginal.

Israel fué robusto mientras sus doce tribus vinieron unidas á ofrecer sus víctimas en Jerusalén. Sus escudos y sus armas brillaron con terror de Madián y de la Siria, mientras se conservó superior á todo interés mezquino y á toda ambición personal. Mas la fortuna le abandona cuando Samaria se levanta contra Jerusalén y diez tribus se separan de la casa de Judá. Los reyes de Asiria lo baten fácilmente; los Caldeos lo cautivan; sus armas y estandartes van á ostentarse en Babilonia como trofeos, y muere al fin su nacionalidad bajo el peso de la dominación romana. Confió Israel en Egipto, dió fe á sus promesas, firmó con sus reyes alianza solemne, y Egipto le abandonó en la hora del peligro. La voz de sus profetas se lo previno. Israel no la escuchó.

«La América para los americanos». Ved ahí, señores, una

verdad que, puesta en práctica de una manera prudente, engrandecerá las secciones latinas del Nuevo Mundo.

Mas no solamente la unión fué el objeto que consagraron muriendo los héroes del Callao, quisieron que ésta descansase sobre el respeto á las instituciones. La ley es el alma de la sociedad y apenas puede concebirse la existencia de ésta, donde la ley no impera vigorosamente. El despotismo repugnante, la odiosa tiranía son las consecuencias necesarias de su ausencia. «Dios aflige á los pueblos que necesitan corrección, permitiendo la decadencia de la ley, que era el fuerte escudo de sus derechos» (1). Nadie está llamado en la República á juzgar de la ley sino el mismo poder que la dictó. El buen ciudadano le consagra su obediencia y sumisión, aun cuando sea á costa de grandes sacrificios.

Una serie de trastornos políticos, durante medio siglo, ha aniquilado en la conciencia de muchos americanos este espíritu de obediencia y sumisión á las leyes. Vosotros conocéis las consecuencias del mal y yo ahondaría más el pesar profundo que nos aqueja si quisiera haceros de él algún bosquejo. Sostener esa ley en presencia de un ejército extranjero que pretende conculcarla, morir combatiendo por ella, ved aquí el ejemplo heroico que necesitaba la América y que, imitado fielmente, ha de contribuír á su completa regeneración.

¡Caudillos de la guerra civil! alguna vez fuisteis llamados héroes por hombres de partido; pero vuestro sacrificio, cualquiera que fuese, distaba mucho de ser aquel que nos pide la patria. Venid y meditad en este que ofrecen las *víctimas del Dos de Mayo*, y vuestra conciencia ilustrada comprenderá que merece bien quien respeta y obedece la ley que pudiera a mansalva quebrantar. Mas,

---

(1) Palabras que repetía Lacordaire desde el púlpito de N.ª Sra. de París.

entendedlo, católicos, la primera entre las leyes es la fe, y sobre ésta fundaron los grandes hombres el edifici osocial.

El Perú, así como la América toda, vió escandalizado el desacato práctico de esa fe en el bombardeo de Valparaíso en uno de los días más augustos para la religión (1). El Perú y la América toda vió también con escándalo adoptado el suicidio como recurso en la adversidad; y ese Perú, repito, religioso de corazón, alzando hasta el cielo la voz de su indignación profunda, determina vengar los ultrajes inferidos á la religión, la más santa de sus instituciones.

¿Habéis contemplado, señores, el sendero que, muriendo por la patria, nos dejan marcado los héroes del *Dos de Mayo*, y en cuya penosa travesía la unión fraternal y el profundo respeto á las leyes ha sido la brillante antorcha que los guió hasta llegar á su término? Que la fe de esos valientes sea también para vosotros el lazo que os úna para imitar sus heroicas hazañas y ofrecer en las horas de prueba ese sublime sacrificio que sólo es propio de las almas grandes y de los corazones nobles.

¡Víctimas ilustres del más puro y acendrado patriotismo! que vuestros grandes ejemplos, grabados íntimamente en todo corazón americano, nos estimulen á imitaros!

Derramad, divino Jesús, sobre sus almas vuestra preciosa sangre, que las purifique de sus manchas y las introduzca en la Jerusalén de paz; y vos, Pontífice venerable, repetid vuestros ruegos sobre el sagrado altar donde acabáis de ofrecer por su expiación el sacrificio de valor infinito.

---

(1) El 31 de Marzo de 1866, sábado santo.



Don Juan Bautista Ugarte.

Nacido en Santiago en 1813 y muerto aquí mismo en 1880. Fué bachiller por la antigua Universidad, capellán del convento de Capuchinas y de la Hermandad de Dolores y administrador de la Çasa de Ejercicios de San José. Fué miembro de la junta directiva de la Casa de Orates al crearse en 1852 y provicario del Arzobispado.

ORACIÓN FÚNEBRE

En elogio del Sr. Don José Gandarillas y Gandarillas

> Immortalis est enim memoria illius quoniam apud Deum nota est et apud homines. (Sabiduría, IV, 21).
> Inmortal es su recuerdo, porque es conocido de Dios y de los hombres.

Señores:

La fúnebre decoración que eclipsa hoy la risueña perspectiva del santuario; el eco fatídico de las campanas que en triste armonía ha ido representando el horror, la desolación y el llanto, y la majestuosa melancolía de los himnos que en este día ha derramado acíbar sobre nuestro corazón, anuncios son certeros que Chile ha sufrido una pérdida inmensa, tal vez irreparable. Efectivamente, mis hermanos, un excelente patriota, cuyo nombre merece un lugar muy distinguido en las páginas de nuestra historia; un ciudadano modelo, altamente interesado en las glorias y venturoso porvenir de nuestro país, un celoso é incorruptible defensor de la verdad y de la religión; un esposo fiel, un padre amante, un amigo sincero, ha sido, no ha muchos días, borrado del libro de los vivientes. Víctima de la inexorable guadaña, nos lega, á la par de admirables ejemplos, un vacío inmenso, difícil de llenar.

Las artes pierden en él un insigne protector; la Patria, uno de sus hijos más esclarecidos; y el cuerpo social, uno

de sus ornamentos más brillantes y recomendables. ¡Qué desgracia, señores! El señor don José Gandarillas y Gandarillas, este buen ciudadano, este eminente patriota, ya no existe! ¡Su grata memoria arranca á nuestra alma hondos suspiros! Al lado de una viuda que entre amargos deliquios sólo escucha el balbuciente gemido de sus tiernos hijos, la muchedumbre distinguida de sus deudos y amigos aun no puede rehacerse del desfallecimiento mortal en que le sepultó su muerte prematura. La falange artística, tan pujante y aventajada por sus infatigables desvelos; los establecimientos públicos de caridad y beneficencia, que con paso gigante avanzaban bajo su filantrópica dirección; la ilustre aristocracia, el Supremo Gobierno, la sociedad entera, ha sufrido crueles amarguras, profundo sentimiento.

El señor Gandarillas no contaba con la pompa de los respetos y privilegios que la magistratura acuerda á los que desempeñan su complicada ramificación. Su frente no brillaba con la aureola que el saber y las penosas vigilias adjudican al aventajado literato; ni menos con los deslumbrantes resplandores que reverberan sobre la cabeza de las testas coronadas. En su modesta historia no figuran las jornadas bélicas, las ruidosas proezas del guerrero ni los arrojos fabulosos que adquieren celebridad á los conquistadores. Al recorrer el cuadro de sus pocos años, el ojo perspicaz del biógrafo no encuentra ni obeliscos consagrados en su honor, ni monumentos decorados con aquellos trofeos que siempre se compran con desesperantes prodigios de valor entre el silbo de las balas y el humo del cañón; sin embargo, los homenajes tributados á su memoria han excedido en cierto modo á los que se rinden á los héroes más ilustres. Sus yertas cenizas, altamente ensalzadas por las inspiraciones de entusiasmo que se apoderó de los chilenos, cruzaron en pleno día las calles y plazas de nuestra capital. El gremio eclesiástico, escu-

chando la imperiosa voz del deber, apresuróse á abrir sus templos, vistió de luto sus altares para tributar honor solemne á los restos del hombre honrado que había sabido conquistar sus poderosas simpatías. Muchedumbre de ciudadanos de ambas categorías, apiñados en torno del sarcófago funerario, hermanaban sus votos con los que el santuario realizaba por el reposo de su alma. Hasta la prensa impía tomó la senda del deber, haciendo sentir el elocuente acento de su voz para denunciar su muerte y preconizar sus glorias. Sí, ¡cosa sorprendente! la prensa, este poderoso elemento de vida social, transformado hoy día en elemento de muerte por el cinismo de los que aspiran á ceñir su frente con el laurel de la más torpe celebridad, esparció flores olorosas al rededor de su tumba venerable. La prensa indolente, corrompida, vilmente degradada por la protervia de los que sacrifican la importancia de los buenos principios al sórdido interés, mezcló también sus lágrimas con las nuestras. La prensa, en fin, destinada á ser el vehículo de las luces que con pasmosa impudencia ha cambiado la suprema misión de evangelizar por la de calumniar, blasfemar y desmoralizar á mansalva, ha franqueado gratuitamente sus columnas para hacer justicia al señor Gandarillas: preciso es que su mérito sea de colosales dimensiones para que la prensa impía, desde el hondo abismo en que la tiene sumida la licencia del libertinaje, entone loores á un cristiano que vivió y murió condenando la extravagancia de sus desvaríos.

¡Qué grande, señores, es el hombre cuando desaparece de la tierra después de haber vegetado en ella á la sombra del estandarte bendito de la cruz! ¡Qué exquisito, qué espléndido, qué irresistible es su influjo cuando, al terminar la carrera de la vida, se encuentra con derecho para decir con el Apóstol á sus conciudadanos: «He cumplido entre vosotros los deberes de un acendrado patriotismo, sin traspasar las santas barreras de la fe y sin emanciparme del

sagrado imperio de la virtud. He profesado en toda su extensión los principios tutelares del verdadero republicanismo, sin comprometer en lo menor el grandioso dogma de la Iglesia Católica; entro en el reposo eterno, sin haber turbado la paz de las familias, sin haber despertado animosidades públicas ni privadas, sin reprenderme la más pequeña injusticia y sin haber realizado otras violencias que las que demanda el Evangelio. Imitadme, pues, si no queréis añadir á los horribles desastres de la muerte los horrores desesperantes del remordimiento: *bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi... imitatores mei estote.*

Al recobrar pues el uso de nuestras facultades, embargadas por el sentimiento, no menos que por la pompa de los homenajes tributados á la memoria de nuestro difunto amigo, ocurre naturalmente preguntar: ¿quién es este hombre que, inanimado y convertido en polvo, aun tiene poder para insinuarse y hacerse dueño de los corazones? ¿Qué ha hecho para que con tanta profusión se queme ante sus restos el incienso de las alabanzas, cual si fuese uno de esos esclarecidos héroes de la gracia? ¿Cuáles son los frutos de este árbol prodigioso que, aun marchito y deshojado, ostenta tanta frondosidad y lozanía? Eso es lo que os vengo á decir, hermanos míos, en este día de luto y de consternación, sin pretender por eso anticiparme al juicio de la Iglesia, nuestra madre. Ojalá el demérito y conocida insuficiencia de mis mezquinos talentos no empañe el resplandor que arroja el féretro de nuestro ilustre compatriota. Escuchadme.

SEÑORES:

Al emprender la tarea de formar el elogio del señor Don José Gandarillas, he tenido presente que los mundanos, embrutecidos con el sensualismo de los goces materiales, no se sorprenden ni ofrecen su admiración sino á los grandes y extraordinarios acontecimientos. La vida normal de un pacífico y modesto ciudadano les parece obscura, vacía y qué sé yo si también odiosa y despreciable, cuando no ven figurar en ella aquellas empresas ruidosas, aquellos arranques atrevidos que, consumados con éxito feliz, más sirven para embellecer los fastos históricos, que para estimular á la noble imitación. Una virtud oculta tras el velo del hogar doméstico, un patriotismo perseverante y desinteresado, ejercido en el terreno de la vida privada, la pureza é inocencia de las costumbres, la afabilidad y clemencia, la aplicación heroica aunque secreta al desempeño de los más importantes deberes, se consideran circunstancias vulgares, que deben relegarse al olvido ó sepultarse en un inviolable silencio. Triste es decirlo: para los que así discurren, las misteriosas maravillas de la fe no gozan ya del mismo privilegio que las ilusiones del sentido. Lo que constituye un espectáculo digno de Dios y de sus ángeles se considera indigno de la atención mundanal. El hombre que prefiere la obligación á la fama; que hace el bien sin ostentación ni vanidad; que condena y desprecia el lujo y la molicie más con el ejemplo que con las palabras; que ve desfilar sus años sin abrigar pretensiones ambiciosas y que cifra su gloria en triunfar de sí mismo y observar el evangelio: un hombre de este temple se mira como insignificante; diré más, se mira como si no existiera. Sin embargo, éste es el campo que ofrece el señor Gandarillas á nuestras escrutadoras miradas: campo inculto, estéril y de ninguna valía para aquellos seres superficiales que sin luz en la mente ni probidad en el corazón, sólo

viven de quimeras ó fantásticos ensueños; pero campo feraz, ameno, fecundo en bellezas para el filósofo cristiano que sabe apreciar el hechizo de su sencilla perspectiva y la rica vegetación de sus plantíos y pequeñas praderías.

En efecto, mis hermanos, el señor Gandarillas no escaló, como Amán, las encumbradas regiones del poder para granjearse la vanidad de los aplausos y enseñorearse de los respetos y serviles rendimientos de un pueblo adulador; pero logró, como Mardoqueo, inmortalizar su nombre y adquirirse una memoria por demás grata para el presente y para el porvenir, trabajando infatigable por el bien y felicidad de su nación. No recorrió la brillante escala de los Constantinos, Clodoveos, Luises, Eduardos y Fernandos, pero realizó las estupendas maravillas de los Alejos, Isidros y Espiridiones. Su virtud no era ruidosa, pero en cambio, era sólida, austera, perseverante; su probidad siempre incontrastable; su veracidad, jamás desmentida. Filósofo sin ostentación, fiel observador de las atenciones públicas, enemigo del fingimiento, amigo y protector del mérito, celoso defensor de los buenos principios, antagonista impertérrito del vandalismo y error hasta el último cuarto de hora de su vida, he aquí lo que fué el señor Gandarillas; he aquí lo que podemos y debemos ser también nosotros, si queremos que nuestra memoria sea monumental y no recaiga sobre ella la maldición del tiempo y el anatema de la eternidad.

Empero, ¿por qué medio el ilustre difunto llegó á ser el prodigio que acabo de bosquejar? Por medios fáciles, que están proporcionados y al alcance de toda clase de personas; por las floridas sendas que la Iglesia y la patria trazan respectivamente á sus hijos.

Como hijo legítimo de la Iglesia, su amor a esta tierna madre fué respetuoso, cordial y sincero; su piedad exquisita; su fe ardorosa; su devoción edificante. No era de aquellos cristianos en el nombre, cuya fe y religión co-

mienza y acaba en una lucida pero vana e indigna palabrería. Contentos con saber, que llevan sobre sus frentes el sello indeleble de la regeneración salvadora, se creen dispensados de lo que esa celestial regeneración les demanda. Satisfechos de su propia grandeza y hartos de complacencia y vanidad, califican de ridículas las prácticas piadosas y las consideran indignas de ser acatadas y mucho menos seguidas por las inteligencias ilustradas. Creen que hacen honor á Dios y que protegen su religión adorable, tolerando que el vulgo las practique con candor y sencillez. Divorciados constantemente con el templo, con la oración y los sacramentos, compadecen, si no es que mofan; odian y persiguen a los que, como el señor Gandarillas, cifran toda su delicia en frecuentarlos. Cierto es que execran y detestan los principios disolventes de la impiedad y libertinaje, pero es porque temen, más que la pérdida de la religión, la de los gruesos haberes, de que por desgracia se miran poseídos. Invocan y acogen al catolicismo, no como la salvaguardia del orden y de la moral, sino como la garantía del oro que adoran en sus arcas, ó como el verdugo que enfrena la licencia de los atrevidos invasores de la propiedad. No estando en evidente conflicto sus intereses materiales, ni un recuerdo les merece siquiera esa inmortal institución. Al paso que arrojan, fervorosos, un millón de anatemas contra el socialista usurpador, ni una palabra se escapa de sus labios contra el infame corruptor: que el impío blasfeme día por día; que calumnie, escarnezca y desprestigie la autoridad suprema de la Iglesia y la del Estado, íntimamente relacionadas; que aventure proposiciones heterodojas, constantemente heridas por los ardientes rayos del Vaticano; que arroje desenfrenado sobre los más nobles y respetables chilenos el tósigo pestífero de la inmoralidad y del insulto; que apellide fanatismo, estafa, tráfico vergonzoso el desempeño de los deberes sagrados y sanciones eclesiásticas;

que maldiga á Dios y á sus Pontífices: esos cristianos de parada, cuales actores de teatro que representan lo que no son, permanecen impasibles. Les parece que la defensa del honor de Dios y de la religión es un deber exclusivo del sacerdote: ¡como si Dios fuese solamente creador y supremo benefactor del sacerdote; como si la religión hubiese sido establecida para moralizar, engrandecer y salvar únicamente al sacerdote! En fin, como si Dios y la religión, cuyos hechizos arrebatan, no mereciesen lo que les merece el vil metal de la tierra! Si el horror de las blasfemias y de inquisitoriales atentados llega á inspirarles alguna indignación, la expresan en el secreto del gabinete doméstico, y eso temblando y en voz bastante imperceptible. Ni una protesta ante el público; ni una manifestación enérgica; ni un solo paso para que el peso de un severo y ejemplar escarmiento contenga la audacia de los insolentes que insultan á Nuestro Señor Jesucristo y á sus legítimos representantes. ¡Infelices! no reflexionan que la inmoralidad es el preludio del despojo que recelan, ó el cadalso de la propiedad en que idolatran: mejor diré, no quieren persuadirse que la tolerancia que dispensan á los protervos apóstoles de la impiedad, al lado de esa criminal indiferencia con que contemplan su inaudito y escandaloso desenfreno, es la azada que mina por sus cimientos el fuerte valladar que resguarda á la vez la fe y el oro material. Sentados sobre un trono de nieve y sordos aun á los formidables gritos de una espantosa experiencia, ríen cuando debieran llorar amargamente; persuadidos de que el ardor de nuestro celo es efecto de una imaginación acalorada, creen que exageramos ó que damos libre curso al lenguaje de la impostura cuando les advertimos que, una vez apagada en un pueblo la luminosa antorcha de la religión, la rabia de la codicia comunista y los avances del latrocinio no se hacen largo tiempo esperar. Si con santos artificios abandonamos las poderosas

armas de la lógica para que sean reemplazadas por el irrecusable testimonio de los hechos, la esperanza de mejores resultados se desvanece al tocar de cerca con esa marmórea insensibilidad que les caracteriza. Les mostramos la Francia, ayer no más cubierta de ruinas, representando la imagen de un vasto cementerio de hombres y de propiedades, y no se conmueven. Oyen al inmortal de Genoude asegurar que la inmoralidad amontonó sobre ella en pocos meses más desastres que los que un ejército de tártaros hubiera podido hacinar en la toda la extensión de la Europa á los diez años de invasión, y no se estremecen. Leen en las ensangrentadas páginas de su historia que el desenfreno de los bandidos y aventureros redujo á sistema la expoliación y el homicidio hasta en las pequeñas poblaciones, acabando con decretos lo que había empezado con puñales, y no se horrorizan. ¿Qué resta pues? Nada más que ver sus desgraciadas cenizas encerradas en el mismo ataúd que los impíos preparan á las de la fe y la propiedad: perecerán, pues, supuesto que quieren perecer mostrándose contentos en los dominios de ese escepticismo imbécil. Su muerte trágica será el eco destemplado que advierte al porvenir chileno que las alturas del patíbulo ó el alevoso asesinato, es la recompensa ordinaria con que los malvados pagan la tolerancia que se les dispensa y la indiferencia con que se les mira: nosotros, entretanto, seguiremos demostrando que el señor Gandarillas jamás tuvo la desgracia de pertenecer al gremio de esos cristianos indolentes.

Efectivamente, él comprendió que la fe sin obras es un cadáver, un cuerpo sin alma; que la esperanza es ilusoria cuando no reposa sobre la práctica de sólidas virtudes, y que la caridad jamás consistió en las elocuentes peroratas de una mentida filantropía. Oraba hincado de rodillas en público y en privado. No miraba á Dios cual una divinidad doméstica digna sólo de ocultos homenajes: nó: le

confesaba y adoraba á la faz del universo. Repetidas ocasiones en cada mes se le veía, como San Pablo, á los pies de Gamaliel, prosternado humildemente en las gradas del confesonario, aceptando, con la bendición suprema, la enseñanza de vida que el confesor derramara sobre su alma; momentos después, bañado en lágrimas, enajenado ó como fuera de sí, acercábase al altar á comer el pan de los fuertes. ¡Ah! era grato y edificante, señores, observar los divinos arrebatos que la santa comunión operaba en el devoto Gandarillas, Centenares de hombres y mujeres fueron testigos de la inmoble compostura con que se abismaba en la contemplación del misterio que acaba de divinizarle. Ellos presenciaron, llenos de admiración, las respetuosas aptitudes que en el transcurso de horas enteras conservaba, cuando estaba místicamente unido al Santo de los Santos. La atmósfera chilena aun permanece perfumada con el aroma de su fervor y de sus piadosos ejemplos. Ojalá lo sea nuevamente por mil imitadores (1).

Inflamado con el fuego de esa caridad que todo lo acomete, dejaba el santuario del Dios vivo para trasladarse al templo de la patria: era su objeto explotar la benevolencia del Supremo Gobierno en favor del huérfano y del desvalido; recomendar el mérito del artesano, cuya honradez é ingenio debían ser premiados, recabar; en fin, abierta protección para desarrollar vastos proyectos de engrandecimiento nacional.

De los salones de gobierno volaba presuroso á los establecimientos de beneficencia á derramar el bálsamo del consuelo sobre las víctimas de la miseria allí hacinadas, arrastrando más que viviendo una existencia de maldición. Del Hospicio tornaba sus pasos al Asilo del Salvador

---

(1) Es constante y bien notorio que en los paseos al campo, donde no se piensa más que en la diversión y en el placer, el señor Gandarillas, sin dejar de ser social, ameno y festivo, diariamente recibía, con edificante devoción, el adorable cuerpo de Jesús Sacramentado.

á enjugar las lágrimas de la infeliz viuda ú honesta virgen que le acataban y bendecían cual á un ángel tutelar. De aquí partía á la Universidad á ocupar, con bien notoria utilidad, el asiento que superiores decretos habían asignado á su mérito é ilustración. Cuando no á las Cámaras, volvía al seno de su familia; pero ¿á qué? por ventura, ¿á rehacer en los brazos del descanso las fuerzas agotadas en tan largas y penosas jornadas? Nada menos que eso, señores. Levantemos el velo que cubre el hogar doméstico: penetremos en esa región de la vida privada, adonde no alcanzan las miradas universales, y en donde el hombre común, desnudo del fingimiento fascinador, ocupa su puesto y aparece como es en realidad: ¿qué vemos allí? al señor Gandarillas embriagado con la práctica del bien. Ora postrado ante la imagen del Salvador crucificado, dirigía al cielo fervientes plegarias; ora en respetuoso ademán con el breviario en sus manos, cual ministro del Altísimo, recitaba las alabanzas divinas; ora daba interesantes lecciones á sus tiernos hijos, aun en los momentos en que la naturaleza reclama con imperio la refacción cuotidiana. Estos momentos, que un padre descuidado destina á la murmuración, al relato de aventuras inmodestas, al placer de la intemperancia, realzado no pocas veces con el escándalo de brindis inmorales, eran para el ilustre difunto instantes preciosos que deben aprovecharse. Ni creáis que á esto estaban reducidas sus domésticas ocupaciones; nó: la oración, las alabanzas divinas, el análisis de sus paternales instrucciones, eran solamente el preludio de sus grandiosas tareas. Encerrado en su humilde gabinete, veía trascurrir las horas redactando unas veces prolijas memorias sobre los hombres y los hechos que realzan las glorias de la religión y de la patria; otras, trazando majestuosos cuadros; hacía admirar la destreza de su pincel y la variada delicadeza de sus piadosos pensamientos. Hoy haciendo estudio formal de las Santas Escrituras;

mañana consultando con sorprendente avidez alguna de las inagotables fuentes del saber, bebía á torrentes las luces é inspiraciones que un día después debían hacer brillar las columnas de «La Revista Católica». ¡Ah, qué poesías tan patéticas, qué conceptos tan animados, qué imágenes tan valientes las que salían de su mente iluminada por el mismo que fecundaba el genio precoz del ángel de las escuelas! A pesar de la modestia y natural suavidad de su carácter, su pluma á la vez dibujaba con caracteres de fuego los transportes de indignación que incendiaban su alma: era que abogaba por los principios católicos soezmente amancillados por los ataques de los patriotas impíos, si es que los impíos pueden llamarse patriotas; anatematizaba el vandalismo y desembarazo con que los malos cristianos profanan el santuario del Dios vivo: condenaba el repugnante prurito con que muchos de ellos sustituyen las invenciones modernas á los grandiosos monumentos artísticos de la antigüedad cristiana; detestaba la extravagante piedad con que algunos fieles bien intencionados pero irreflexivos identificaban el templo del Señor á un salón de baile, decorándolo en las festividades de gran tono con adornos profanos.

Así giró el señor Gandarillas en torno del árbol de la Cruz, recorriendo en toda su extensión la escala santa del catolicismo. Veámosle ahora girar en torno del árbol de la libertad y recorrer á la sombra del pabellón tricolor, la escala inmensa del verdadero patriotismo.

Empero, para poder apreciar en su justo valor los hechos y el mérito patriótico de nuestro difunto amigo, necesitamos previamente adquirir, si no una idea clara, por lo menos nociones exactas acerca de la libertad, que es el principio, medio y fin de la igualdad y de la fraternidad en que están comprendidos todos los deberes y virtudes que la patria demanda sin excepción á sus hijos.

Para ello debemos considerar la libertad principalmente

bajo tres puntos de vista: 1.º como la posesión del espíritu de Dios, que adjudica al hombre un entendimiento despejado que comprende la justicia, un corazón noble que ama la justicia, y una decisión emprendedora que con generosa porfía realiza la justicia en el más alto grado de perfectibilidad posible: lo cual importa el genio, la voluntad y el poder de obrar el bien sin restricción ni traba alguna. Así la define el Apóstol cuando exclama: *Ubi spiritus Domini, ibi libertas*. En segundo lugar, tradúcese la libertad: la completa emancipación del imperio de los vicios que aleja al hombre del despotismo y vergonzosa tiranía de los pasiones y que dulcemente le transporta al campo ameno del orden y de la sólida virtud: *ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertatem gloriae filiorum Dei*. Finalmente, podemos definir también la libertad: la facultad absoluta de obrar el mal indistintamente, que es la acepción que mejor cuadra á los corazones depravados y el funesto sentido en que la reclaman los impíos y los facinerosos. De tales antecedentes se infiere que sólo en el primero y segundo caso la libertad está en su terreno; expresa su verdadera significación; en el tercero significa licencia, desenfreno, vandalismo, etc.

Sin embargo, hay una multitud de escribas y fariseos modernos, que en nada se diferencian de los antiguos, sino es en el cinismo con que maldicen todo lo que enfrena el desorden y malignidad de sus estrafalarias é inicuas pretensiones. No es libre, dicen, el que vive sujeto á la voluntad de otro hombre. La libertad consiste en poder cada cual obrar según le inspire su inclinación arreglada ó caprichosa. Todo lo que tiende á deprimir la espontaneidad individual, es un liberticidio infame, un atentado nefando contra la más preciosa prerrogativa del hombre, una esclavitud insoportable á que se quiere reducir al ser esencialmente libre. Halagan así al espíritu humano con una libertad mal entendida; le aterran con la idea de una escla-

vitud peor aplicada y concluyen magistralmente asegurando que la autoridad de Dios y la del hombre es un despotismo cruel, que la ley humana y la divina es una arbitrariedad, una opresión, una anarquía, de que es forzoso emanciparse para saborear el dulce encanto de la verdadera libertad. Aserción monstruosa, ante la cual la sociedad cristiana desaparece, para ceder su puesto á la sociedad salvaje y orgullosa con toda su barbarie. Yo dejaría al forajido saborear tranquilamente el depravado placer de creerse libre, cuando marcha por la senda que le conduce á la categoría de los estúpidos jumentos, si esto fuera racional; si mi profesión no me apremiase á luchar cuerpo á cuerpo con la mentira y el error; si el mal hubiera sólo de operar sobre los insensatos que invocan el imperio de una libertad brutal y si, además, no viese ya al frente de mi pueblo la columna de bandidos que, con puñal en la mano y abrasados de un furor que no conoce límites, asechan los momentos para sumirlo con la desolación y la miseria.

Y, á la verdad, mis hermanos, ¿cuál sería la suerte de nuestra sociedad si, como pretende el hombre impío, la libertad consistiese en que cada individuo pudiese obrar según los antojos de la ignorancia, de la pasión ó del capricho? ¿Qué vendrían á ser la magistratura, los respetos paternos, la fidelidad conyugal. el orden y la moralidad del cuerpo social? Quedando, como indefectiblemente quedaría establecido el derecho del más fuerte, quedaría, por consecuencia necesaria, canonizado el vicio y condenada la virtud. Y en tal caso, ¿cuál será el rol que desempeñan la igualdad y la fraternidad republicana? ¿Puede concebirse igualdad entre el malvado que oprime y el inocente que es oprimido? entre el débil que sufre y el fuerte que hace sufrir? Si no es que se afirme que lo mismo significa oprimir que ser oprimido, sufrir que hacer sufrir, la igualdad es inexplicable, indefinible: su existencia es

de todo punto imposible. Del mismo modo, ¿qué puesto asignaría á la fraternidad esa libertad sin freno, que transforma al hombre en tigre feroz y carnicero? ¿Podrá llevar el mágico título de fraternidad republicana el atentado bárbaro de arrojar á un semejante nuestro en el abismo de una miseria desesperante, deprimir su mérito, corromperle el corazón, despojarle violentamente de sus bienes ó asesinarlo con placer alevoso? Si no lo definimos fratricidio, salteo, venganza, sed de sangre, muerte y exterminio, la fraternidad es una quimera, con nombre pomposo pero sin sentido.

Resulta pues de lo dicho que la libertad en su acepción más razonable no es otra cosa que la justicia ó el bien para todos; la igualdad, nada más que la humildad cristiana, desnuda de todo fingimiento, y la fraternidad, la expresión clara y formal de la caridad en su más luciente apogeo: justicia, humildad, caridad, tres virtudes que resumen toda la estupenda y sorprendente moral del catolicismo y que sirven de base á las virtudes del verdadero patriotismo. Tres plantas prodigiosas que retoñaron al pie del árbol de la cruz y que, regadas con la sangre preciosa de Jesús, han producido opimos y sazonados frutos de perfección y santidad. Tres hermanas llenas de bellezas que salieron del costado abierto de ese varón de dolores, y que, al frente de los imperios y repúblicas, poblarán de santos los altares y el cielo de bienaventurados. Transplantadas lejos de la cruz, estas plantas preciosas se inclinan, se esterilizan, se marchitan y se secan. Separadas de N. Señor Jesucristo, estas tres hermanas, pierden, *ipso facto*, toda la lozanía y pujanza de su vida, languidecen, agonizan y se mueren.

Fuera del influjo ó tutela de la Iglesia, la libertad, ya lo dijimos, degenera en licencia, la igualdad en orgullo, y la fraternidad en crueldad y en egoísmo. Entonces las tres hermanas, nacidas para hacer el encanto y la felicidad

de los pueblos, cambiadas en verdaderas furias, no serán sino el azote de la sociedad y la gangrena de la civilización.

Así lo comprendió el señor Gandarillas casi desde la cuna en que estaba arrullado cuando el horizonte chileno fué iluminado con los resplandores del sol republicano. Patriota por carácter antes de serlo por convicción, siempre se abstuvo de comprometer los principios en que reposa el verdadero patriotismo. Amante sincero de la libertad bien entendida, siempre detestó como arbitrariedad todo lo que tenía tendencia á comprimirla ó esclavizarla. Cuando la edad y la reflexión le colocaron en el terreno de obrar, la simple apariencia del bien le enajena; le transporta de gozo: no hay acción magnánima, no hay pensamiento generoso, no hay idea grandiosa, no hay empresa útil para su querido Chile, que no encuentre en él ardorosa simpatía y eficaz cooperación. ¿Se intenta hacer brillar el talento del artesano chileno, establecer sobre bases sólidas é incontrastables la escuela de pintura; recoger y guardar con esmero preciosas tradiciones acerca de los maestros que dieron vuelo á las artes en Chile?. El marcha á la vanguardia, revelando en la agradable sonrisa de su semblante el exquisito placer que extasía su alma y que arrebata su noble corazón. ¿Se pretende formar una galería de estimables cuadros de antigüedades artísticas, erigir templos, alzar monumentos que rivalicen con los de la culta Europa, visitar establecimientos de enseñanza y dirigir los de caridad y beneficencia pública? Un instinto sublime, más veloz que el pensamiento, le hace palpitar de alegría: no duda, no calcula, se olvida de sí mismo, bendice su suerte, se sacrifica á ella, sin ambicionar siquiera el inocente tributo del agradecimiento.

En sus excursiones á los sepulcros, no se proponía turbar el reposo de respetables cenizas para prodigarles calumnias gratuitas y mucho menos para hacerlas respon-

sables del oprobio del crimen ó víctimas del escarmiento. Nó: iba al solitario mausoleo á mendigar de los descarnados esqueletos gloriosas memorias; á estudiar, entre las espantosas sombras de la muerte, procedimientos monumentales. Levantaba la losa que cubre los restos de Molina, Bardesi, García y otros, pero para proponerlos por modelos, para analizar su tesón y generosos afanes por el bien de nuestra patria, para consignar en nuestros fastos un recuerdo eterno de sus heroicas virtudes y dejar al porvenir americano tipos clásicos no menos que venerandos.

Como hombre libre, abrigaba sus opiniones políticas, pero sin la ignominiosa pretensión de invadir el imperio de las ajenas: sin acechar ó poner en conflicto la libertad y modo de pensar de los demás; sin atizar el fuego de la alarma ni promover asonadas, rebeliones ni matanzas; sin desprestigiar la autoridad, sin traficar soezmente con el sufragio electoral, ni prostituír las masas del pueblo, inspirándoles ideas inmorales, sediciosas y atentatorias.

Representante de los pueblos, entraba con santa libertad en el santuario de las leyes: legislaba allí con aquella noble rectitud que le era característica, discutía con dulce modestia, sin pretender eclipsar el brillo de las sesiones parlamentarias con acaloramientos imprudentes, que tan mal sientan á los legisladores patriotas; sin hacer ostentación de odios ferinos; sin lanzar anatemas desesperados contra personajes venerados; sin querer someter á fallos populares, cuestiones que Dios ha reservado al dominio de la Iglesia; sin sostener aberraciones indignas, que apremian, que sumen en tortor las conciencias y que ofrecen serios compromisos á la autoridad, á la moral y al evangelio.

Tomaba también, como he dicho, asiento entre los que componían la facultad universitaria de que era miembro, pero con el noble y perseverante designio de proporcionar

anchurosa senda á la carrera literaria: sin la pretensiosa arrogancia de querer hacerse célebre con discursos anticatólicos; sin abortar memorias efímeras, plagadas de errores y de remarcables inconsecuencias; sin aventurar sistemas tenebrosos de educación que, despojados de ideas morales, sólo sirven para facilitar á la juventud más progresos en la corrupción del corazón que ventajas en el cultivo del entendimiento.

Mi vista, señores, le sigue todavía por la senda florida de la libertad: me pasmo de sorpresa cuando le veo descender con agradable sonrisa hasta el humilde alcázar del artesano chileno; me arrebata el asombro cuando le miro colocado sin rubor entre los toscos bancos de su taller, alternando con el más infeliz, cual si lo hiciera con el más caro de sus hermanos ó con el más decidido y apasionado de sus amigos. En sus frecuentes y prolongadas visitas llevaba el pensamiento de estimularle al trabajo, no distraerle de él como lo hacen los perversos, que por fines particulares se empeñan en fascinarlo, asegurándole que no le es vedado aspirar á la primera magistratura. Horrorizado del descaro y dañada intención con que el impío explota la ignorancia ó escasos conocimientos del obrero, para seducir y corromperle el corazón á la sombra del pomposo análisis de sus derechos, el ilustre difunto, abrasado con los incendios de un celo eminentemente patriótico, apresurábase á desvanecer la seducción, haciendo desfilar á su vista el catálogo de sus obligaciones y convenciéndole de la imperiosa necesidad que tenía de ser honrado, laborioso y buen cristiano. En vez de la rebelión y el saqueo, á que frecuentemente le instigan los que tanto se interesan en sistemar el latrocinio, á fuerza de santificar el comunismo, él trataba de inspirarle horror á esas utopías de muerte, que con puñal aleve, de un solo golpe asesinan la religión, el orden, la propiedad y la industria. Henchido de alborozo, al mirar al artesano ma-

nejar á su lado los varios instrumentos de su profesión, veía propuesto el tema por donde comenzaba á desempeñar cerca de él un sublime apostolado; ponderábale hasta el encanto los inmensos bienes vinculados á la moralidad y al trabajo; describíale con vivos coloridos las bellezas é interesantes atractivos de la virtud, la enorme monstruosidad del vicio y las tremendas maldiciones que el cielo llueve sobre los protervos invasores del reposo público. No contento con esto, y como para precaverlo de las asechanzas y pertinaces esfuerzos del libertino impostor, ofrecíale premios de oro para empeñarlo á sobresalir en honradez y en ingenio. Sacaba á luz sus obras, para tener la dulce complacencia de abrazarle coronado con los brillantes laureles que siempre brindan la admiración y el aplauso; presentábalo á la expectación pública condecorado con las preciosas medallas que por su influjo el Supremo Gobierno acordaba solemnemente á su mérito. De este modo, haciendo por una parte alabar y bendecir los tutelares y espléndidos resultados de la libertad bien comprendida, desvanecía por otro, con sus ejemplos, la repugnante idea que los patriotas orgullosos han hecho concebir contra el noble principio de la igualdad republicana.

Sí, señores, es un hecho suficientemente averiguado, que en Chile, como en todas partes, hay una multitud de necios tan groseros é inconsecuentes, que, cuando no ensayan la torpe extravagancia de dar á las cosas un nombre y significado inverso no menos que irrisible, califican de malo, perjudicial y detestable, lo mismo que poco antes habían aplaudido como bueno, grandioso y eminente. Tal es la triste suerte que ha cabido á la igualdad republicana. Al proclamarla en teoría, se la ha saludado con una inmensa explosión de vivas y estrepitosas demostraciones de júbilo; pero, cuando ha sonado la hora de someterla á la práctica, se la ha arrojado lodo, se la ha cubierto de insultos, se la ha mi-

rado como un principio odioso, cual un decreto de muerte para el honor y la reputación. Probado está que la igualdad, en su más noble significación, no es otra cosa que la humildad cristiana, tan recomendada en los Santos Libros; y es bien curioso observar que los mismos que ayer no más acogían y ensalzaban esta virtud bajo el nombre de igualdad, la detestan hoy y la maldicen, bajo el nombre de humildad.

¿Qué cosa más abyecta, exclaman, ni más indigna del hombre, que esa virtud que le envilece á sus propios ojos, vedándole con tremenda sanción el estimarse á sí mismo? ¿Qué cosa más repugnante que ese envilecimiento, que tiende á desanimarle, retrayéndole de aspirar al inocente placer de la estimación del público? ¿Cómo puede ser virtud lo que rebaja al hombre hasta la asquerosidad del cieno, forzándole á desconocer su mérito y la suprema grandeza que ha impreso en él el Eterno Jefe de la creación? ¿Qué aventaja con creerse despreciable y con provocar la indignación y el desdén del universo, pugnando con sus propios sentimientos? ¡Desacuerdo insensato, propio de almas cobardes é innobles, para quienes la verdadera grandeza mide una distancia indefinida! Ved aquí, mis hermanos, el aspecto con que se hace aparecer la igualdad, colocada una línea más allá del terreno de una teoría bulliciosa é inconsiderada.

Empero, si fuera posible entrar en discusión con gentes que se niegan á ver la verdad, por más claro y evidente que se les manifieste; si fuera posible, digo, razonar con adversarios empecinados, que no conocen más lógica ni más razones que las inspiraciones de la soberbia y los incontestables arranques del orgullo, yo les probaría satisfactoriamente que la humildad cristiana, sinónimo de la igualdad republicana, lejos de rebajar y hacer despreciable al hombre, le engrandece y magnifica, le conquista celebridad y simpatías ¡y le coloca á una altura á donde

jamás llegaron la presunción y el orgullo. Les demostraría que puede haber, y que efectivamente hay, humildad entre la seda y el oro, al lado del talento y la fortuna; así como soberbia y presunción en la obscuridad de la ignorancia y entre los tristes harapos de la miseria. San Luis, brillando con el resplandor del trono; Fenelón, rodeado de los trofeos de la erudición y la elocuencia; el grande Alfredo, recogiendo los laureles de cincuenta victorias obtenidas en los campos de batalla; el inmortal Boecio, orlando su sien con la esplendente aureola del saber y la magistratura, garantirían mis pruebas, apareciendo á nuestra vista coronados de honor y dueños del aprecio universal, comprado nada menos que con la pompa de la más sincera y profunda humildad. Diría, por último, que, si la importante é indispensable virtud de la humildad puede llevar el oprobioso renombre de absurda bajeza é ignominiosa grosería, Jesucristo Nuestro Señor es el autor de ese absurdo, de esa bajeza é ignominiosa grosería; y en tal caso, yo concluyo rectamente asegurando que, si el humilde, por el solo hecho de serlo en realidad, es un bárbaro desnaturalizado, un menguado digno de anatema y del desprecio, ninguno más bárbaro, más menguado, insensato y despreciable, que ese divino Salvador; pues, no contento con legarnos el más sublime ejemplo de esta apreciable virtud, nos conmina con un suplicio eterno, si desdeñamos ser sus perfectos y constantes imitadores: *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde.* Así discurriría, si el eco de mi voz hubiera de resonar solamente en los oídos de la gente sensata, que creen y repetan las sagradas máximas del Evangelio; pero, como por desgracia, ó mejor dicho, para afrenta nuestra, apenas hay punto en nuestra República que no esté invadido por un considerable número de impíos, que, á más de no creer los oráculos eternos, tienen sobrada osadía y desvergüenza para negar la existencia de

su soberano Autor, me contentaré con evocar por ahora la memoria del señor Gandarillas, y el peso de esta experiencia contemporánea bastará para oprimir y aun desvanecer las bastardas preocupaciones engendradas por la soberbia contra la más interesante de las virtudes que forman el patrimonio de la Iglesia y de la Patria.

Efectivamente, señores, el ilustre difunto comprendió desde sus más tiernos años que la humildad cristiana es el único medio que devuelve al hombre la dignidad y grandeza que le había secuestrado la soberbia, y que, arraigando en él el primitivo sentimiento del bien, se transforma en aroma celeste, que perfuma su corazón, á la par que en el bálsamo de salud, que cicatriza sus hondas heridas y torna en encantos los intolerables sinsabores de su existencia. Por eso, emancipado de los ensueños y vanas prerrogativas que ordinariamente la cuna hace valer sobre el resto de la raza humana, miraba á todos sus semejantes como á hermanos suyos. El sabio y el ignorante, el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el magistrado y el súbdito eran para él la misma cosa. Ni el esplendor de la nobleza y de la autoridad le deslumbraban, ni las tinieblas y miserias del infeliz le repugnaban. En los unos y en los otros veía la personificación del adorable Hijo del Padre Celestial. En los hombres de gobierno miraba y adoraba la imagen de Jesucristo clavado en la cruz sobre la cúspide del Gólgota, consumando el sacrificio de su sangre y de su vida, para hacer feliz al universo; en los hombres del pueblo miraba y acataba la imagen de ese mismo Divino Pacificador, desnudo y llorando entre las ignominias ó humillaciones del pesebre. Estos y aquéllos eran objetos que sin excepción abarcaba la ardorosa expansión de su caridad sin límites. Sí, amaba respetuosamente á los magistrados, pero con un amor que degeneraba en lástima y en amarga compasión; veía en ellos, representando al Altísimo, unos débiles hijos de Adán, abrumados con el peso de

enormes y peligrosas responsabilidades; obligados indispensablemente á ser esclavos del público, á sacrificar su reposo, su tiempo, sus intereses, y aun su vida misma, por el orden, por el progreso, por la felicidad física y moral de toda la República; compasión que le estremecía cuando los contemplaba también amenazados con el *durissimum judicium his*, *qui praesunt*, *fiet*, con el que Dios tres veces santo conmina á los que rigen los destinos públicos, si no llenan su alta y delicada misión, cual la reclama la religión y la patria. Desfallecía tal vez de espanto cuando, después de las amarguras, riesgos, sobresaltos, compromisos, persecuciones y odiosidades, que siempre escoltan á los depositarios, por no decir á los mártires de la autoridad, los veía expuestos á ser víctimas eternas de aquel *exiguo conceditur misericordia*, *quia potentes potenter tormenta patientur*, que se lee en el Cap. 6.º de la Sabiduría. Amaba también al pobre, pero con un amor tierno y congojoso, porque le veía, á más de miserable, insultado en su miseria, perseguido como Jesucristo por el orgullo y presunción de los que tan pagados viven de los vanos títulos del nacimiento ó de su posición social; por esta razón, como ya dije, alternaba con el pobre, cruzaba las calles y las plazas en su compañía, como para reparar ó suavizar los golpes que el orgulloso descarga sobre su humilde condición y trazar así á todos sus conciudadanos la senda de la sincera fraternidad.

Digo sincera fraternidad para diferenciarla de la fingida con que los falsos patriotas engañan á los hombres del pueblo, haciéndoles creer con mentidas frases que compadecen su desgracia y que intentan repararla. ¡Impostura execrable, cuyo funesto designio no es otro que el de aprovecharse de la sangre del infeliz para escalar puestos elevados y adquirir riquezas! Por eso, aun cuando vean al pobre temblando de frío, y agonizando de hambre y de necesidad, jamás le tienden una mano ge-

nerosa; jamás le dan el pan por que suspira; jamás le proporcionan arbitrios para salir de su triste situación. Por el contrario, cuando se ven colocados en el brillante predicamento que, llenos de desesperación, ambicionaban, ese infeliz obrero, que pérfidamente alucinaron; que expuso su vida entre los fuegos y cargas del combate, que fué tal vez dolorosamente mutilado por el plomo ó cortante acero de las huestes enemigas, es altamente despreciado; si reclama llorando las promesas que tan solemnemente se le hicieron, no granjea con sus lágrimas más que reproches y anatemas. En Francia, España, Inglaterra, Alemania, en todos los países y épocas en que los hipócritas halagadores del pueblo llegaron á tomar las riendas del gobierno, no hicieron más que aumentar y reagravar la desgraciada y dolorosa condición del pobre, si es que no le hicieron pagar bien caro, bajo el pesado filo de la guillotina, la noble sencillez de sus quejas y la innegable justicia de sus lamentos.

No así el eminente patriota que lloramos: arrebatado por los hechizos de la fraternidad sincera, derramó sobre el menesteroso torrentes de liberalidades bien recomendables (1); por eso la infausta noticia de su inesperado fallecimiento apiñó al rededor de su féretro multitud de trabajadores, anegados en lágrimas y oprimidos con la más negra y profunda melancolía; y esos mismos que un día execrarán, arrebatados de furor, la memoria de sus opresores recordando su protervia, sus injusticias é imposturas, bendecirán fervorosos la del señor Gandarillas entre

(1) En los libros del Instituto de Caridad Evangélica están consignadas las partidas que anuncian las gruesas cantidades de dinero que con frecuencia este ilustre ciudadano entregaba al director de dicho establecimiento para el alivio de los menesterosos, y esto sin perjuicio de las activas diligencias que practicaba para que sus amigos, á sus ejemplos é instancias, auxiliasen este Instituto expresamente fundado para cuidar del pobre y del desgraciado.

los suspiros del sentimiento y los transportes de la gratitud.

¡Chilenos: tal es el hombre que hemos perdido! ¡Tal es el fervoroso cristiano que como por encanto ha desaparecido de entre nosotros! ¡Tal es el patriota modelo que, al entrar en la región de los muertos, ha derramado acerba amargura sobre nuestro corazón, con el acento de su triste y penetrante adiós! El señor Gandarillas no existe ya entre nosotros, pero existe entre los que sin riesgo deben eternamente alabar y bendecir á Dios. Dejó una vida miserable para adquirir otra mejor, gloriosa y perdurable. Lo que ahora es causa del sentimiento que agobia y destroza nuestro corazón, debe ser cabalmente el fundamento de nuestro consuelo y el paño que enjugar debe nuestras lágrimas. El sol nunca es más benéfico para nosotros, que cuando deja las profundidades del oriente para elevarse á las encumbradas regiones del firmamento y fecundar desde allí con sus ardientes reflejos la semilla que arrojamos á la tierra después de haber disipado las tinieblas de su ausencia; así también nuestro caro amigo, extraído de las profundidades terrenas y colocado en la eminente altura que corresponde al católico sincero, al patriota de corazón, fecundará con sus ruegos la preciosa semilla de los ejemplos que con tanta perseverancia arrojó en la tierra estéril de nuestro corazón. Verdad es que no le fué posible darnos los más imponentes á que da lugar la hora tremenda que señala el eco de la eternidad; quiero decir: la violenta y convulsiva postración, que pulverizó su existencia, no le permitió edificarnos con el consuelo de recibir los sacramentos que con ardor solicitó en sus lúcidos intervalos; pero los había recibido el mismo día que fué presa de la afección homicida. Esta circunstancia, que en cualquiera otro abriría la puerta á recelos alarmantes, en el señor Gandarillas es insignificante. El fuego del cielo por sí solo basta cuando hay necesidad para encender la

hoguera y santificar la víctima. Los fervorosos deseos transfórmanse ordinariamente en la gracia que se pide, cuando la fe y el arreglo de la vida son capaces de suplir el ministerio que la brinda. ¡Tánto vale vivir como vivió el señor Gandarillas!

Laboriosos y honrados artesanos: acercaos á la huesa del mejor de vuestros amigos, del más decidido y sincero de vuestros protectores. Saludadla con gratitud y respeto; evocad sus recuerdos, para que, teniendo siempre á vuestra vista sus lecciones y ejemplos, logréis grabarlos con indeleble buril en el fondo de vuestros corazones. Habéis pagado este tributo á la memoria del hombre humilde y modesto que compartió con vosotros sus vigilias y sus conocimientos; aceptad, pues, en nombre de la religión y de la patria, el reconocimiento que por tan noble empresa yo os ofrezco en este día (1).

Y vos, sombra venerable del señor don José Gandarillas, no nos olvidéis; continuad siendo propicia á la causa del pobre y del desvalido; aterrad con pavorosos espantos al osado que intente mancillar la senda de honor y de gloria, que á las artes dejasteis trazada en este suelo querido.

Buen Jesús, Salvador amante y misericordioso, perdonad las flaquezas que la humana debilidad puede haber hecho contraer á este hijo de predilección. Haced que los

(1) ¡Loor eterno á nuestros artesanos! Ellos, después de haber consagrado parte de su tiempo y del fruto de su trabajo, para rendir con pompa regia homenajes fúnebres á la memoria del señor Gandarillas, acordaron que el sobrante de la colecta que entre ellos habían hecho para tan noble fin, se cediese al Instituto de Caridad á beneficio de los infelices enfermos, de cuya curación cuida el Instituto mencionado. Efectivamente, los encargados cumplieron con el acuerdo y el capellán de la Hermandad de Dolores recibió los cuarenta y cinco pesos seis reales que habían sobrado, con los demás útiles costeados para los solemnes funerales, que tuvieron lugar el 17 de Marzo del presente año en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced.

últimos deseos de su fe y de su amor á sus hijos suban con él hasta el pie de vuestro trono. Sea tan grato á vuestra vista como lo ha sido á la de todos sus compatriotas. Mandad escribir su nombre en el libro de la inmortalidad, así como con caracteres de oro vamos nosotros á escribirlo en nuestros fastos: de este modo podremos con confianza exclamar con el Sabio: *Immortalis est memoria illius, quoniam apud Deum nota est et apud homines.*



Illmo. señor don Joaquín Larraín G.

Nació en Santiago en 1822 y murió en San Bernardo en 1897. Se graduó de bachiller en Teología en 1844, y se recibió de abogado en 1845, dos años antes de ordenarse de sacerdote. Fué miembro de las Facultades de Humanidades y de Teología y decano de ésta. Fué rector del Seminario muchos años y después de la Universidad Católica, diputado por Rere en la legislatura de 1864 á 1867, Canónigo de la Catedral de Santiago, Vicario Capitular de la Arquidiócesis de 1878 á 1887, Obispo titular de Martirópolis y, finalmente, Arzobispo titular de Anazarba.

Panegírico de Santa Teresa de Jesús

15 de Octubre de 1847

Quae stulta sunt mundi, elegit Deus, ut confundat sapientes, et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia. (I Cor., I, 27).

Dios ha escogido á los necios, según el mundo, para confundir á los sabios; y á los flacos del mundo para confundir á los fuertes.

Católicos: Omnipotente y sabio el Ser Supremo por su propia esencia, en todas sus obras se encuentra estampado el sello de su infinita grandeza. Mientras que el hombre sólo puede acabar las suyas á costa de penosos y prolongados afanes, el solo querer de la voluntad soberana realiza las más portentosas maravillas: así en los primeros tiempos bastó el *hágase el mundo* para fecundar la nada. Necesarios son, según las reglas del saber humano, poderosos elementos para dar cima á las empresas grandiosas. Pero Dios, que se complace en confundir la sabiduría y el poder del mundo, escoge á los necios débiles, según el mundo, para llevar á cabo inmensos designios. A unos pescadores encomendó el Salvador la planteación del Evangelio y la conversión del mundo entero. Sencillos, groseros, humildes; sin el prestigio que dan las riquezas, las letras, la nobleza; sin el realce que comunican los

grandes hechos, los elevados puestos, la protección y amistad del poderoso: predicando una moral que rechazaban todas las pasiones, unos dogmas que condenaban la filosofía y el orgullo, la divinidad de un hombre muerto por impostor en un infame patíbulo; destituídos de todo amparo humano, fiados exclusivamente en el divino, llevan la religión del Crucificado hasta los últimos confines de la tierra. Y la que era escándalo del judío y necedad del gentil, es recibida como un presente divino por los doctores de Israel, y por los oráculos de la Grecia, y por poderosos monarcas; y se levantan templos á Jesucristo en medio de la envejecidas sociedades del Oriente y de las jóvenes y cultas del Occidente. Y la cruz triunfó y, enarbolada en las alturas del Capitolio, recibe las adoraciones de los habitantes de la gran ciudad, y las de los Césares que estaban sentados en el tronos de Bizancio y las de los fieros guerreros criados en las selvas espesas del norte; y nosotros, después de diez y nueve siglos, estamos viendo que casi todas las naciones han sido recogidas al seno de la unidad católica en las redes de los pobres pescadores del lago de Genesaret.

¿Hubiera jamás la ciencia humana imaginado semejantes prodigios? No; que sólo está reservado el obrarlos á la sabiduría y al poder de Dios. Y de esa sabiduría y de ese poder tenéis espléndidos y numerosos ejemplos en toda la historia de la Iglesia; y de esa sabiduría y de ese poder vengo á hablaros en este día. Del uno y del otro vengo á presentaros nuevas y hermosas pruebas en la vida de la ilustre heroína Santa Teresa de Jesús, pues también la eligió á ella el Altísimo para instrumento de altos designios.

Alzado había en el corazon de la Alemania un fraile apóstata el grito de rebelión contra la Iglesia Católica. No sólo tuvo audacia para atacar las creencias que veneraran quince siglos, sino que llevó la hoz destructora de la Re-

forma hasta los solitarios asilos en que encontraba amparo el infortunio y la orfandad. Su mano sacrílega rompió las puertas que guardaban á las vírgenes consagradas á Dios. Y, azuzando la codicia de las potestades y la voluptuosidad de sus secuaces, las persiguió con encarnizamiento inaudito, hasta ahuyentar de las pacíficas moradas á las indefensas doncellas que las habitaban. Pero, para que no pudiera dudar la posteridad del espíritu que lo animaba, nos dice la historia que Lutero fué el infame profanador de Catalina Boré. Para cubrir la vergüenza de su espantoso libertinaje, no trepidó en amontonar calumnias contras los santos institutos, sin escasear tampoco el sarcasmo y la burla. La virginidad, la renuncia del propio querer, la voluntaria pobreza, toda la vida monástica fué blanco de sus tiros. Los interesados ecos que repetían sus mentiras las extendieron por dilatadas comarcas, y las legaron también á nuestro siglo los impíos del pasado. Y casi parece que el caudillo de la Reforma hubiera herido de muerte las instituciones monásticas, tanto fué el abatimiento y descrédito en que cayeron. Pero Dios, que no permite nunca que prescriban la injusticia y la maldad en la tierra, suscitó en aquella misma época una tierna y desvalida virgen que las confundiera y que restaurara el brillo de la glorias católicas. Y Santa Teresa realizó maravillosamente los divinos designios, emprendiendo y acabando otra reforma mil veces más difícil que la de las pasiones contra la virtud: la de la orden del Carmelo; protesta elocuente y viva contra los fáciles triunfos del error, condenación solemne de la obra de Lutero y de cuantos han andado por sus huellas. Por todas partes se levantan monasterios en que florecía la observancia, y en que, guardadas severamente la castidad, obediencia y pobreza, se veían brillar las virtudes de los más hermosos días del cristianismo. Y Santa Teresa restituyó así á la

Iglesia en el suelo ibero la corona que le había arrebatado la herejía en el germano.

Pero una más provechosa y duradera lección quiso darnos la Providencia por medio de la reforma de su sierva. Se propuso manifestarnos la vanidad de la ciencia y del poder humano, avergonzando con la noble empresa á que dió feliz cima la Santa, no sólo á Lutero, sino á todos los que profesan sus doctrinas, al mundo corrompido que tiene puesta su confianza en la fortaleza de su frágil brazo. El vive enorgullecido de su sabiduría y de su fuerza, y encantado de sus propias obras, desconoce la grandeza infinita de Dios; y Dios, para humillarlo, hace brillar á veces en sus santos, parte de la que se encuentra en El, y realiza por medio de instrumentos débiles, proyectos que trastornan el cálculo y la previsión del hombre. Así lo veréis en la historía de la santa virgen á quien consagramos estos solemnes homenajes.

Conforme á mi tema, en dos sencillas partes quedará dividido este discurso: Primera: por medio de Teresa confundió Dios la sabiduría del mundo; *quae stulta sunt mundi, elegit Deus ut confundat sapientes.*—Segunda: por medio de Teresa confundió Dios el poder del mundo: *et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

Espíritu Santo que te dignaste formar en Teresa tan acabado modelo de cristianas virtudes, no permitas que mi torpe lengua empañe el lustre de su claro mérito. Haced descender vuestras celestiales influencias y que de mis labios broten palabras de vida, y en el corazón de estos cristianos, tiernos y devotos afectos. Imploramos esta gracia por la intercesión de tu esposa María. *¡Ave María!*

El mundo hace consistir la dicha en el goce de los groseros placeres de que harta á sus esclavos, en la posesión

del oro de que tiene henchidas sus arcas, en el humo del poder con que da pábulo á su orgullo. Según su mentida ciencia, el destino del hombre está encerrado en la tierra: hacia ella debe vivir siempre encorvado; y sólo embriagándose con sus fugaces deleites puede llegar á conseguirlo. Los delicados manjares, la deliciosa música, los trajes magníficos, los alegres saraos, los divertidos paseos, el prolongado sueño, una ociosidad constante; he aquí lo que constituye el encanto de la vida, he aquí el blanco de todas las aspiraciones del alma inteligente é inmortal. Sólo es feliz el poderoso que tiene acaudalados inmensos tesoros. Sólo es grande y dichoso el que ha escalado los honrosos puestos; el que tiene mil criados, fieles ejecutores de sus antojos; el que domina y manda á sus iguales; el que puede pavonear altanero el penacho de su orgullo ante sus humillados rivales. Este es el bello ideal de la felicidad del mundo. ¡Cuán profundamente dijo el evangelista San Juan, que todo lo que hay en él es sensualidad, avaricia y soberbia: *omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est et concupiscentia oculorum, et superbia vitae.*

Lo mismo que ahora, ésas eran en tiempo de Santa Teresa las máximas de la filosofía del mundo. Su contagioso espíritu se había derramado hasta en los mismos religiosos institutos, criados para combatirlo. Olvidada la severidad de la regla del patriarca Alberto, se habían introducido en los monasterios del Carmen mitigaciones que la desvirtuaban, sancionadas las unas por la autoridad competente, protegidas las otras por la relajación é inobservancia. El alma grande de Teresa no podía conformarse con ellas. Arrastrada por el deseo de llegar á la perfección más sublime, protestaba constantemente contra los obstáculos que la estorbaban. Hasta que, inspirada del cielo, concibió el proyecto de reformar y restituír á su primitivo fervor las casas de su orden.

Sobre una sola base levantó la Santa todo el edificio de

la reforma: la exacta observancia de los votos monásticos. He aquí el objeto de su ilustre empresa, he aquí el mérito de su grande obra. Proclamaba el mundo la divinización de la materia en la carne, y la Santa la abnegación y crucifixión de la carne; besaba humildemente el mundo las plantas de los poderosos y de los grandes, y la Santa hacía renunciar á sus hijas las riquezas y el mando. Sostenía el mundo que sólo eran felices los sensuales, los soberbios y los ricos; y enseñó Teresa que ésta era una grosera mentira, y que nadie bebía en tanta abundancia la copa de la dicha como las que consentían en ser perpetuamente vírgenes, obedientes y pobres. Veamos cuánta verdad entraña esta enseñanza, y cómo condena ella la ciencia vana de los secuaces del mundo.

Tres grandes vacíos se encuentran en los bienes de la tierra para que digamos que á su posesión está vinculada la dicha: 1.º los placeres no dejan contentos á los que se sacian con ellos: 2.º la propia voluntad convierte á los hombres en miserables esclavos: 3.º las riquezas no son una ventaja, aunque se disfruten inmensas. Y, al contrario, la vida religiosa del claustro da a los que la abrazan contento y paz, y los hace verdaderamente ricos y libres.

I. Muy bien saben los amadores del mundo que las delicias que él les brinda no pueden hacerlos felices. Casi siempre las envenena y amarga el ácibar del remordimiento, la reprobación de la propia conciencia. Y cuando más embriagados y satisfechos se encuentran, el terrible recuerdo de una muerte inevitable, y á la vez próxima, que para siempre ha de separarlos de ellas, hiela la sangre en sus venas; y, descorrriéndose el velo que formaba la hechicera ilusión, se encuentran cara á cara con la aterradora imagen del sepulcro y de su cuerpo convertido en polvo. Cuando, por libertarse de sus amargos pesares, corren á aturdirse en la ruidosa algazara de un festín, y locos de contento brindan por que nunca se acabe el delirio de la

orgía, un negro presentimiento oscila en su frente, y la memoria del infortunio que los aguarda á la puerta, y el cuadro de las desgracias que tienen que devorar toda la vida, hacen temblar su mano, y no alcanzan á acercarse á los labios el vaso del agradable licor. Y, aunque les sonriera siempre la diosa inconstante del placer, aunque agotara todas sus riquezas para endulzar los días de su infeliz existencia, no lograría, nó, saciar su corazón. Este se hallaría siempre atormentado por una sed inmensa de gozar y las satisfacciones de mil mundos no bastarían para llenar ese infinito vacío. Después que las hubiera probado todas, diría el hombre con el Sabio: *Yo he visto todo cuanto existe debajo del sol, y no he hallado en todas partes sino vanidad y aflicción de espíritu.* (Eclesiástico, I, 11).

La felicidad es una planta que no crece en los áridos valles de esta mansión de llanto; para encontrarla es preciso dejar la tierra y volar al cielo. Sólo la posesión del Ser de los seres puede satisfacer los insaciables deseos de nuestras almas inmortales.

II. Ni creáis que se encuentren mayores ventajas en la posesión de lo que los hijos del siglo llaman noble y dulce independencia. Ellos se reputan dichosos porque pueden dar rienda suelta á sus corrompidos deseos, y hasta llegar á compadecerse y lamentar la suerte de los que han inclinado el cuello al yugo de la obediencia religiosa. El nombre de la libertad se encuentra en sus labios á todas horas, y, á pesar de que no cesan de proclamarnos sus fueros, pocas cosas hay que menos comprendan y entiendan. Dicen ellos que son libres porque pueden hacer lo que quieren; y la recta razón nos enseña que el poder de hacer mal no pertenece á la libertad verdadera. Esta es una perfección; por lo que nadie la tiene en grado más alto que Dios, y después de El nadie en mayor que los dichosos moradores de la patria inmortal; y, sin embargo, el Ser Supremo es santo por su propia esencia, y carece del poder y de la volun-

tad de pecar, y los santos por una dichosa necesidad se ven obligados á amar eternamente al Sumo Bien. Afirman que la libertad consiste en hacer cada cual su propia voluntad, pero la voluntad de un ser criado debe estar sometida á la suprema voluntad de su Autor: la libertad que ha recibido no puede hacerlo independiente de Dios, ésa sería la libertad de Satán y de sus cómplices, que se rebelaron contra la soberana autoridad del Criador. La libertad en una criatura racional debe estar gobernada por los dictámenes de la razón; pues sería semejante al bruto, si, como él, tuviera que seguir los ciegos instintos de la carne. El arreglar su uso por medio de oportunas leyes, no es menoscabarla, es perfeccionarla y encaminarla á su objeto. El hombre es verdaderamente libre cuando sólo está sujeto al imperio de Dios, cuando no coartan su albedrío injustas é inútiles trabas, cuando sólo obedece á la voz de la religión y á las ordenanzas de la ley. Por una economía sapientísima, la pérdida ó restricción de la libertad anda inseparable de su abuso y cuando por ensancharla rompe los dulces vínculos que lo ligaban con Dios, se forja el hombre una dura y pesada cadena. Esto es lo que no quieren comprender los pecadores. Por ser libres sacuden el suave yugo de la virtud, y caen en la espantosa esclavitud del pecado; desertan de las banderas del Evangelio, y se inclinan ante las leyes tiránicas del mundo; desoyen los saludables consejos de la razón, y se entregan en brazos de sus indómitas pasiones. ¡Servidumbre cruel, servidumbre ignominiosa! Porque desgraciados esclavos son los pecadores que, abdicado el derecho á la herencia del cielo, perdida la vestidura preciosa de la gracia, borrado de la frente el título glorioso de hijos del Altísimo, se hacen siervos viles del demonio. Este amo cruel los tiene aquí en la tierra humillados á sus despóticos antojos, para vejarlos y atormentarlos después en el imperio de las tinieblas por toda la eternidad. Esclavos son del mundo todos los que se hallan dominados por

su espíritu. El mundo dispone de su tiempo, el mundo arregla sus quehaceres, el mundo los hace aprobar en público lo que condena en secreto su conciencia, el mundo los obliga á tributar incensaciones repugnantes y ridículas al ídolo vano de la moda y á practicar y seguir lo mismo contra lo que protestan y declaman. Esclavos son de sus pasiones cuantos soportan su yugo. Cautivo está quien no puede romper los lazos con que le atara pasajera belleza; cautivo está quien no tiene más ley que la ambición, el dinero ó el vino; cautivo está quien no puede resolverse á sofocar sus privados rencores. Cautiva está la que pierde largas y preciosas horas en sus frívolos y mentirosos adornos, la que carece de libertad hasta para elegir su vestido ó su calzado, ó el modo de envolver sus cabellos. ¡Infelices víctimas, tanto más desgraciadas, cuanto que besan humildemente los hierros con que se ven encadenadas, al mismo tiempo que viven ensoberbecidas con su libertad imaginaria!

Ellas son el juguete de su propia voluntad, que siempre y en todas direcciones las arrastra, ¡y se apellidan independientes y libres! ¡Oh esclavitud, diré con Fenelón, á quien la insolencia humana no se avergüenza de llamar libertad!

III. Ni tampoco es más preferible la suerte de los ricos señores que moran bajo artesonados techos. La fe y el buen sentido nos enseña que Dios es el dueño supremo de todos los bienes. El concede su uso, no su propiedad, á los hombres. Su sabiduría ha querido acumularlos en los unos, para que los cuiden y repartan a los otros. Los ricos no son, pues, más que los administradores de sus gruesas fortunas. Ellas de nada sirven á las malas pasiones: los poseedores sólo pueden tomar lo necesario para atender á sus gastos racionales, debiendo entregar al indigente lo superfluo. Según esta doctrina que la religión nos proclama, ¿de qué sirven al poderoso sus riquezas? Si presta

atento oído á la severa amonestación del Evangelio, las mirará como una pesada carga; ni en su distribución serán considerados los caprichos de la vanidad, las inspiraciones del orgullo, ni las exigencias del mundo.

Por otra parte, ¿cuántos amargos disgustos no cuesta la opulencia? La envidia del uno, la interesada adulación del otro y la ingratitud de éste, la injusta queja de aquél, el cuidado de conservarlas, el deseo de aumentarlas, el temor de perderlas, la seguridad de abandonarlas al cabo, sobra para que las riquezas sean para sus dueños una verdadera desgracia. Además, es casi imposible poseerlas y no amarlas, amarlas y no pecar.

¿Dónde están los que cumplen con el precepto del Apóstol de usar de las cosas de este mundo como si no las usaran: *tanquam non utentes?* ¿Son muchos los que, conforme al mandato del Salvador, renuncian de corazón, si no de hecho, los bienes que poseen? Nó; bien pocos son esos pobres de espíritu, á quienes está prometido el reino de los cielos. Los bienes de la tierra tienen un secreto aliciente que cautiva y deja preso el corazón. Bien lo conocía el que dijo que más fácilmente pasaría por el ojo de una aguja un camello, que el que alcanzara el cielo un rico.

¡Oh, cuán vana é ilusoria es la dicha del mundo! ¡Cuán desventurada la suerte de los que sirven á los placeres, al orgullo y al oro! ¡Oh, qué bien lo comprendió Santa Teresa! ¡Cuán atinadamente calificó de insensata la ciencia del mundo! ¡Cuánto más seguro el camino que señaló á sus hijas para que fueran felices! La renuncia de los deleites, la obediencia, la voluntaria pobreza, he aquí el secreto de la felicidad, de la sólida libertad, de la única riqueza verdadera; he aquí lo que no conoce el mundo, lo que es confusión de su sabiduría y condenación de su ignorancia; y he aquí lo que prueban con su ejemplo las heroicas vírgenes que, imitando á Teresa, vienen á desposarse para siempre con Jesús en los claustros.

IV. Ellas han renunciado, es verdad, á todos los contentos y gustos de la tierra, abandonado á parientes y amigos, elegido á la austeridad por divisa y á la mortificación por patrimonio; es cierto; pero esto mismo es la causa principal de su alegría, pues es el fundamento más sólido de la esperanza que abrigan de gozar después de una dicha inmortal. Ellas tienen siempre presente el oráculo del Maestro divino que prometió el céntuplo y la vida eterna al que abandonara casa ó hermanos ó hermanas ó padre ó esposa, ó hijos ó heredades, por causa de su nombre, y que declaró indigno de seguirlo y de ser su discípulo al que no cargaba su cruz, negándose á sí mismo, y que el reino de los cielos cuesta violencia y que sólo los que se la hacen lo arrebatan. Ellas saben que San Pablo dejó escrito que los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y pasiones, y que no son comparables los sufrimientos de la vida presente con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros. Por esto hasta llegan á apetecer las aflicciones, pues no sólo divisan en ellas la más segura prenda del dichoso porvenir que las aguarda, sino también de los preciosos galardones que hay allí dispuestos para los más ligeros sacrificios. Recordando que es ancho y cómodo el camino que va á la perdición, abrazan gustosas el estrecho y más seguro; y, rodeadas de los dolores de la penitencia, ostentan apacible y risueño semblante, cual lucen gallardas rosas de Abril sus vistosas y aromáticas hojas en medio de las agudas espinas. La ausencia de los placeres trae á su corazón el sosiego y la paz. Profundamente convencidas que ellos no son más que mentira y vanidad, tienen á gloria mirarlos á sus plantas; y pueden así gustar de toda la dulzura que deja en el alma la satisfacción de la propia conciencia. Para ellas está cerrada la fuente de los inquietos deseos, fecundo manantial para el mundano de amargos sinsabores.

Y, cuando viene á turbarlas el recuerdo de su flaqueza

ó el temor de una futura caída, pronta tienen el áncora de la cristiana esperanza que las robustece y serena, que apacigua la tempestad y preserva del naufragio. En vano se sublevan y amotinan las pasiones, pues la mano omnipotente de Dios al instante las calma; inútilmente se levantan y quieren romper sus diques; y cual furiosas olas asaltan al corazón las inclinaciones viciosas, pues al momento el aura apacible de la gracia divina contiene sus ímpetus, sujeta su vuelo, calma sus ardores. Protegidas del escudo divino, contra él se estrellan los asaltos del maligno. A sus oídos no llegan las pláticas insensatas de los hijos del siglo, ni viene á perturbar las delicias de la soledad el estrépito de las fiestas con que aturde y encanta el mundo á sus esclavos. Ocupadas siempre en hacer la voluntad de su dueño, los días que moran en el solitario albergue se deslizan tranquilos y serenos; y todas sus horas están repartidas entre los homenajes de la adoración, los cánticos de reconocimiento y los dulces transportes del amor.

Yo bien entiendo que no comprenderán este lenguaje los mundanos; porque dicho tiene la Escritura que el *hombre carnal no percibe las cosas del espíritu: animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus.* Ni ellos se han detenido á apreciar los altos timbres de la virgen cristiana, y por esto juzgan apetecibles los placeres del matrimonio, lamentando el destino de la que va á ocultar en el retiro del claustro la juventud y las gracias; y no saben que en ninguna parte brilla más la hermosura que en la frente en que luce la virginidad sus destellos, y que en ninguna conserva mejor la juventud su frescura que en las mejillas sonrosadas por el pudor, que en los ojos encendidos por el casto fuego del divino amor. ¡Oh, cuánto eleva y engrandece la virginidad al mortal! Ella requiere combate, guerra, lucha diaria, constante vencimiento y perpetua victoria; y ese combate supone un

alma generosa y grande, y la lucha de cada día, corazón esforzado y noble, y el vencimiento de toda la vida, más energía y fuerza moral que un héroe.

¿Qué guerrero más valiente, ni conquistador más esforzado que el que siempre se vence á sí mismo, que el que tiene enfrenadas las pasiones, que es señor de ellas, y las gobierna á su albedrío? El virgen se encumbra á la categoría del ángel, y aun llega á ser más que ángel, pues que á estos dichosísimos espíritus no les cuesta sacrificios su tesoro, y al pobre mortal muy costosos y duros.

El virgen vive en la tierra la vida divina que se vive en el cielo. Las vírgenes son las esposas del rey inmortal, las depositarias de sus secretas confianzas, objeto de sus dulces caricias y de sus más tiernos cuidados. Su Amado es todo para ellas y ellas para El. En sus pechos tiene su morada, en ellas sus delicias y recreos. El las embriaga de inefables placeres, las llena de interiores consuelos, les hace gustar los gozos anticipados de gloria y encontrar misteriosos encantos en los mismos dolores de la cruz.

Y ¿qué elocuencia bastará á explicar la predilección que tuvo á la virginidad el Salvador? «El fué engendrado en la eternidad por medio de una generación virginal, y no consintió en ser en el tiempo Redentor del mundo sino naciendo de una madre virgen; en la última cena sólo se reclinó sobre su pecho un discípulo virgen y este solo fué recreado con celestiales placeres; agonizante en la cruz, á vírgenes dirigió sus postreras palabras, y en su testamento dejó consignados los elogios de los pocos que se resolvían á serlo» (1). Por fin, en el cielo, dice San Juan, «tienen el privilegio de seguir al Cordero á donde quiera que vaya; en sus labios no se halló mentira ni en

(1) Bossuet.

sus almas manchas; rescatados de entre los hombres, como primicias escogidas para Dios y el Cordero, tienen grabados sus nombres en las frentes, y, colocados ante el trono de Dios, cantaban delante de los cuatro animales y de los ancianos, un canto nuevo, que sólo á las vírgenes es dado entender y cantar».

V. Si la libertad consiste en la sumisión á la ley y en el cumplimiento de las voluntades de Dios, nadie más libre que la religiosa que abraza la santidad por profesión. Sólo los que sirven á Dios son verdaderamente libres, esto es lo que nos enseñó nuestro divino Maestro: *Si filius nos liberavit, vere liberi estis.* ¿Quién más libre que el que no está sujeto á la tiranía del pecado, del mundo y las pasiones? ¿Quién más libre que el que no obedece á los antojos de su caprichosa voluntad?

«Rebelarse contra Dios, dice un elocuente orador contemporáneo, sacudir insolentemente su yugo, es tan fácil como desastroso. Domeñar el orgullo que brama, el pensamiento inquieto, las pasiones desalumbradas y todo ese yo desarreglado, cuya independencia nos envilece y nos mata, eso es libertarse y vivir: es volver á un imperio verdaderamente pacífico, donde Dios reina, donde el hombre obediente reina también, porque hace el uso más noble de su poder y de su libertad. Y, si es costoso el morir de este modo á esa falsa y funesta libertad; si es costoso conformar la inteligencia y los deseos á la sabia dirección que la religión imprime, y que Dios mismo reviste con su autoridad, también hay en ello el más esforzado, el más glorioso, el más fecundo de los sacrificios, el sacrificio de sí mismo, y la victoria alcanzada sobre los más indomables enemigos del hombre: su entendimiento y su corazón. Así es como el hombre, obedeciendo, se hace dueño de sí mismo; se levanta y agranda tanto con magnánima sencillez, cuanto dista la verdadera servidumbre de la verdadera libertad. Así la religiosa ya no

es esclava; no sirve ya al genio, al capricho, á los sentidos, al orgullo ni á las pasiones, ha hollado sus tiranos. Está libre en los caminos seguros; la verdad y la prudencia arreglan sus pasos. Es libre, porque obedece á la sabiduría de Dios» (1).

No se diga que deja de serlo porque está sujeta al superior; pues que no obedece en él á una simple criatura, sino al mismo Dios, de quien viene á ser representante. De Dios recibe el superior la autoridad y á nombre de Dios la ejerce, Dios lo asiste con sus luces, y así el mismo Dios es quien gobierna. Ni el voto de obediencia por ser perpetuo destruye la libertad: porque él fué del todo voluntario y libre. Si la libertad es el poder de arreglar nuestras acciones, nunca lo ejercemos más latamente que cuando por un solo acto disponemos de toda nuestra vida; al cumplir después con los deberes que de ese acto resultan no hacemos más que ejecutar nuestra propia voluntad. Si la religiosa obedece siempre á su regla, es porque al profesar la creyó buena y á propósito para asegurar su dicha.

VI. ¿Qué diré ahora de la santa pobreza, qué podré añadir á los elogios de Cristo? *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum:* bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados, sí, y verdaderamente ricos los que con el abandono de viles tesoros tienen asegurada la herencia inmortal. Aun acá abajo reciben centuplicados en bienes espirituales los temporales que renuncian: *centuplum accipiet.* Pero aun en temporales ¿no son realmente ricos los que los renuncian por ponerlos en común? En esas dichosas casas en que no se conocen ni el tuyo ni el mío, en que se ve renovada la vida angelical de los primeros cristianos, y realizados los más dorados sueños

(1) Ravignan.

de los amantes de la humanidad, ¿no es cierto que, aun que nadie es dueño de nada, todos son dueños de todo? ¿No se vive allí en morada propia, no se tiene la subsistencia y el vestido seguros? ¿No manda que con esto esté cada cual contento el Evangelio? *His contenti simus*. Más aún, ¿no hay afuera y dentro multitud de personas ocupadas en proveer á las necesidades más ligeras? que administran y cuidan la hacienda, que previenen y reparan las desgracias, que llevan el remedio y el consuelo á los enfermos, que les dispensan la ternura y caricias de hermanas y madres, y que en el trance fatal no se alejan ni un instante de su lado? ¿Gozan de todas estas cosas los ricos del mundo?

Siento no poder desarrollar estas ideas cual quisiera. Pero juzgo que basta lo expuesto para apreciar debidamente el profundo pensamiento que quiso realizar Santa Teresa de Jesús con su reforma. Esas grandes verdades eran las que ella traía continuamente en la mente, las que eran el tema favorito de sus discursos, las que dejó consignadas en sus inmortales escritos. *El camino de la perfección*, *el Castillo interior*, *el Libro de las fundaciones*, *la Historia de su vida*, sus obras todas revelan el soberano desprecio con que miraba los placeres, la libertad, las riquezas del mundo, y que bien conocía el mérito, la excelencia, las ventajas de la vida del claustro. Y, aunque los hombres superficiales no alcancen á comprender la alta sabiduría que encerraba su proyecto, no por eso dejará de ser la reforma del Carmen confusión de la ciencia del mundo. El tiene cifrada la dicha en la exaltación de las pasiones, en la deificación de la sensualidad, del orgullo y la codicia: y Teresa la hizo consistir en la deificación de la virtud; y destruyó el imperio del deleite enseñando á renunciar para siempre aún los legítimos, y el del orgullo con el completo sacrificio del propio juicio, y el de la codicia con la voluntaria desnudez de las

riquezas. Diga lo que quiera el mundano, la vida monástica entraña toda la sabiduría que encierra el cristianismo; porque es la realización de su parte más sublime, y la perfecta práctica de los más elevados documentos que tiene el Evangelio; y las que la abrazan son los fieles imitadores del Dios virgen, del Dios hombre, que se humilló é hizo obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de Cruz; del Verbo del Padre y Señor del Universo, que no tuvo dónde reclinar su cabeza, y que vivió de la caridad ajena, y que, fatigado del camino, se sentaba cual oscuro viajero á descansar junto á un pozo. Sí, diga lo que quiera el mundo, la reforma que acabó Teresa es la condenación de su ciencia.

Así como vais á ver en la segunda parte, que lo es también de su poder.

———

El mundo sólo lleva á cabo sus empresas cuando no tropieza con inconvenientes que le estorben o cuando dispone de abundantes medios con que poder removerlos ó vencerlos. Y Santa Teresa planteó su gloriosa reforma á pesar de los mil obstáculos que la combatieron y de la falta de recursos humanos con que superarlos ó allanarlos. Y ved ahí por qué su obra es la confusión del poder del siglo.

I. El nombre solo de reforma indica que Santa Teresa había de encontrar contradicciones y obstáculos. Nada más cierto que cuesta más reformar que criar. La fuerza de los hábitos, el apego á la vida relajada, la dificultad de entablar una ajustada y severa, la afición á lo antiguo, la desconfianza con que se mira lo nuevo, etc., le suscitaron resistencias en el seno de su propia orden. Ella se empeñaba principalmente en establecer la clausura, una estricta obediencia, una rigurosa pobreza, en proscribir las conversaciones con seglares y otras prácticas alta-

mente dañosas á la perfección religiosa: y esto había de ser duro de abrazar para las que estaban acostumbradas al régimen contrario. Por esto, lejos de encontrar el debido apoyo, ni aun las compañeras indispensables halló con que dar principio á la reforma: inconveniente gravísimo que parece debía hacerla imposible ó retardarla al menos por mucho tiempo. Además, era preciso dinero con que construír las nuevas casas, y la Santa carecía absolutamente de él. Era necesario valimiento para que los prelados otorgaran las oportunas licencias, y la Santa no tenía vía para alcanzarlo. Se requerían amigos y poderosos patronos que sostuvieran y defendieran la empresa, y la Santa vivía retirada de la amistad de los grandes. Pero Teresa atropelló por todo, y los primeros embarazos quedaron removidos. Mas, apenas se hicieron públicos sus designios, comenzó una encarnizada guerra. Las religiosas de su convento, la nobleza, los magistrados, el pueblo todo de Avila, se conjuraron para estorbarlos: reproches, injurias, atroces calumnias, nada se omitió; hasta se consiguió que el provincial de la orden revocara el permiso que tenía otorgado. Las murallas del convento que se edificaba vinieron por sí solas por tierra, y sepultaron en sus ruinas a un hijo de la hermana de Teresa que lo costeaba. La Santa no se intimida con nada: toma al niño, ora y lo restituye vivo a su madre. Dispuesta al fin la casa, parte secretamente, da el hábito á varias jóvenes, se coloca el Santísimo Sacramento, y queda instalado el primer convento de la reforma bajo la advocación del glorioso patriarca San José. Pocas horas después, dice la Santa, levantó el infierno una terrible tempestad. Su alma quedó llena de profundas tinieblas, de incertidumbres é inexplicable angustia. El maligno le sugería mil astutos pensamientos para hacerla desistir de su empeño, quitando de su vista todos los nobles y elevados que la habían sostenido é impulsado á obrar. Cesó este combate y comenzó otro

nuevo. En el convento de la Encarnación y en toda la ciudad había una vivísima y general alarma. Su prelada y el provincial del Carmen la someten á juicio; el corregidor, los regidores, varios canónigos, religiosos de todas órdenes. las personas más condecoradas, se juntan para deliberar, alzan la voz en su contra, decretan la supresión del convento, y envían diputados que informen al rey de lo ocurrido. Pero Teresa de todo triunfa; y es renombrada priora de su querida casa, y la autoriza el general para fundar otras nuevas, y aun para extender la reforma á los mismos monasterios de hombres; y la Santa la emprende, y el olor de las virtudes que cultivaron sus hijas en los de Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villa-Nueva de la Jara, Valencia, Soria y Burgos, nos revela hasta dónde llegaron su poder y su celo, y los catorce de carmelitas descalzos fundados en su vida vienen á enseñarnos también cuánto pueden los que se encuentran protegidos por el brazo de Dios.

De inferir son los inconvenientes que tendrían que superar para llevar á cabo tamaña obra. La malignidad, la corrupción, la envidia explicaban pérfidamente sus planes y hacían correr especies que, á ser creídas, sobraban para echarlos por tierra. Sus enemigos la trataban de hipócrita, ilusa, endemoniada ó loca; sus mejores amigos la abandonaban á veces, desaprobaban sus miras, calificaban de temerario arrojo su empeño, y hasta se convirtieron algunos en perseguidores y verdugos crueles. Ya le era preciso atravesar sola grandes distancias, peligrosos caminos, ya atender por sí misma á dos ó más trabajos en apartadas ciudades. Al mismo tiempo que conferenciaba con altos personajes sobre importantes y delicados asuntos, tenía que arreglar todos los pormenores y proveer á las variadas y numerosas necesidades de las casas recién fundadas. Ora venían á paralizar sus tareas

las crueles enfermedades de que se vió siempre aquejada, ora la falta completa de temporales recursos, ora las persecuciones de los poderes humanos, ora las severas prohibiciones de sus propios prelados. Hoy le veda hacer más fundaciones el mismo general de la orden y antiguo protector de la reforma, Bubeo de Ravena, mañana un capítulo general le intima que no salga más del convento que elija por reclusión, después un nuncio de Su Santidad le declara una abierta guerra y se propone acabar con todos los monasterios reformados.

Asombra cómo una pobre mujer logró extender tanto una reforma tan costosa para la flaqueza humana, y combatida por tantos y tan poderosos contrarios, y crecerá tal vez la admiración del mundano si contempla las armas con que Teresa paraba sus recios golpes.

II. La oración y la confianza en Dios por una parte y la dulzura y la humildad por otra, he aquí los elementos con que ella contaba para triunfar de todo linaje de resistencias.

Claro es que la sublime maestra de espíritu y profunda doctora de la oración había de practicar por sí misma las sabias lecciones con que ilustró al mundo é hizo inmortal su nombre. Así en todas sus aflicciones acudía á su Señor, segura de encontrar una favorable acogida. Cierta de que todo el que pide recibe y que el que tiene fe puede arrancar de sus bases las montañas y trasportarlas á otra parte, miraba la oración como inexpugnable baluarte, al que se retiraba tranquila en tiempo de los crudos combates, como llave preciosa que franqueaba las arcas de los celestiales tesoros, como medicina que curaba los males desesperados. Si á los primeros toques no abría las puertas el Esposo, resignada aguardaba que llegaran á su oído sus clamores; ó redoblaba sus gemidos, esperando que, si no de grado, había al menos de hacerle dulce violencia su porfía; y las aguas de la gracia descendían en mayor abundancia

cuando habían sido por largo tiempo apetecidas. Sus súplicas estaban animadas de viva y filial confianza. Sabía muy bien que el que en Dios confía no puede ser confundido jamás, y que Su Majestad se complace en ostentar su poder en favor de los que se apoyan en El. Por esto, apenas recibió orden del cielo para comenzar la Reforma, la acometió, sin arredrarle las baterías del infierno ni las resistencias del mundo entero. Siempre, en medio de los mayores peligros, se la veía impertérrita y serena; y, cuando más se cerraban los caminos, cuando más arreciaba la tormenta, cuando más se ennegrecía el horizonte, más firmemente esperaba en el soberano socorro. Que se desencadenaran las potestades del abismo, que las del siglo juraran su ruina, que los suyos temblaran de espanto, que los malos se unieran para hacer los golpes más certeros, que el hambre, los dolores, las lluvias, que la naturaleza entera se conjurara en contra suya, Teresa estaba siempre imperturbable. Semejante al robusto roble que, arraigado en la tierra, resiste invencible á la furia del aquilón mientras la llanura está sembrada de los despojos de los otros árboles que antes la embellecían; ó á la roca que, clavada en las entrañas de los mares, ostenta la negra frente contra que va á estrellarse la rabia de las furiosas olas; Teresa, sostenida por la esperanza y por la fe, se encontraba sosegada y tranquila en medio de las más deshechas tempestades. Una larga experiencia le había dado á conocer que siempre alcanzaba victoria el que entraba en la lucha por cumplir con las voluntades de Dios: pues no hubo empresa á que ella pusiera mano y á que no diera un fin cumplido. Por lo que podía decir con el Apóstol: *omnia possum in eo qui me confortat*: todo lo puedo con la virtud del que me conforta. Conocido es de todos el gracioso dicho de la Santa: *Teresa y estos ducados nada valen; pero Dios, Teresa y estos ducados lo pueden todo.* No se cansaba de encargar á sus hijas que no buscasen á la carne flaca

por brazo y amparo suyo, sino que descansasen en el poder invencible de Dios. «Hasta ahora, dice en una de sus cartas, parecíame había menester á otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco que, en asiéndose á ellos, no hay seguridad, que, en habiendo algún peso de murmuraciones ó contradicciones, se quiebran; y así tengo por experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos á la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío que me parece podría resistir á todo el mundo que fuese contra mí con no me faltar nada». Y así lo acreditaba con sus hechos; pues parece que le gustaba desafiar á los mismos peligros, y allí encaminar sus pasos donde preveía mayores obstáculos, y más cosecha de padecimientos y trabajos. Y hacía bien, porque el Señor á quien servía la sacaba siempre airosa de semejantes empeños: por lo que se la llamaba comúnmente *Teresa de Jesús la omnipotente*.

Pero, después de la ayuda divina, nada le daba tan irresistible poder como su dulzura ó su profunda humildad. De corazón generoso y noble, carácter jovial y franco, talento despejado y fino, cultos y graciosos modales, suaves é insinuantes maneras, al más contrario cautivaba una conversación de Teresa, pocos dejaban de rendirse á sus discretos discursos. Todos estaban animados de tanta caridad, sabía manejar con tanto tino las pasiones, se doblegaba tan hábilmente á los diversos humores, eran tan afectuosas sus palabras, tan llenas de unción y santo celo, que era arduo trabajo el resistir á sus súplicas. Sus comedidas razones recibían particular eficacia de esa vehemencia apasionada y dulce con que ella acostumbraba expresarlas. Y su rostro apacible y siempre alegre, su tierna y candorosa mirada daban bien á entender que nacían del corazón sus expresiones, viniendo á recibir todas esas prendas nuevo realce de su grande humildad. La Santa se

tenía por una vilísima criatura, indigna de pisar la tierra. Y, á pesar de las sublimes revelaciones que Dios le hacía, á pesar de las visiones de Nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen, y de la ciencia infusa con que fué favorecida, y á pesar del don de profecía y de milagros y de esa elevada contemplación y demás inapreciables gracias con que fué por su Esposo enriquecida, se reputaba por la mujer más ruin y pecadora del mundo. Por esto supiraba por las humillaciones y desprecios; por esto se regocijaba y deleitaba en ellos; por esto amaba tanto á sus verdugos, y decía que nadie la conocía mejor que ellos; y por esto también desarmaba casi siempre su cólera. En medio de las más recias borrascas la humildad era su puerto. Si la calumniaban, se callaba; si la amenazaban, se humillaba; si la insultaban, se alegraba; si la acriminaban, ella confesaba y reagravaba su culpa; si le imponían castigo, ella decía que lo merecía doblado. Y esta humildad desengañaba á sus émulos y los convertía en amigos, y ese voluntario abatimiento, que los hijos del siglo apellidarían cobardía y bajeza, le valió las conquistas y triunfos más espléndidos.

Ya se me alcanza que esto no lo comprende el mundo. Midiendo con su estrecha vara las obras del Señor, dificultoso se le hace el creer que una débil mujer pudiera con oración y humildad, con buenas maneras y firme y viva fe, hacer tan bellas cosas, y superado tanto obstáculo; pero ello es indudable, y precisamente lo que más debe confundir su imaginario poder. El se resiste á confesarlo; pero tampoco quiere confesar que los placeres terrenos no dan contento ni paz, y que la libertad del mundo es triste esclavitud, y que los caudales son pesada carga, y que la renuncia de los deleites asegura la dicha, y que la obediencia religiosa es noble independencia, y la voluntaria pobreza precioso é inestimable tesoro; en una palabra, que el sublime proyecto, la Reforma que concibió y realizó una mujer sin letras, es confusión de su cien-

cia. El desconoce la virtud secreta del árbol de la cruz, y así no puede explicarse las maravillas que ella ha obrado. No sabe que al santo madero se hallan vinculados el poder y la sabiduría de Dios: *Christum Dei virtutem et Dei sapientiam;* y por esto no alcanza á comprender los gloriosos triunfos de la santa virgen, que la enarboló por insignia en los combates, que se sentó á su pie para recibir sus lecciones, y que no tuvo más pensamiento que el hacerla dominar y reinar con la planteación de su inmortal Reforma. Pero esto mismo es nueva confusión de su falso saber.

Castas vírgenes que respiráis los aromas del valle ameno del Carmelo, seguid á vuestra ilustre madre; ella os dejó trazado el camino que lleva á la cima del monte santo. La exacta guarda de la castidad, obediencia y pobreza es para vosotras el seguro medio de llegar á la perfección y al cielo. Herederas de la obra de Teresa, sedlo también de su espíritu. Vigilad para conservarlo en toda su pureza, alejando cuanto pueda siquiera empañarlo. Acordaos que la virginidad es delicadísima flor que sufre apenas el leve oreo del aura más apacible; su belleza se marchita con extrema facilidad, sus olores se disipan como exhalación pasajera. La obediencia tiene un enemigo doméstico en el orgullo hereditario de la familia humana; y la pobreza el suyo en la secreta inclinación á la comodidad y al regalo. Y con la humildad, el recogimiento, la abnegación, la misericordia, la mansedumbre y el mutuo amor, confundid á ese mundo corrompido que os calumnia, al mismo tiempo que entretejéis la corona con que ha de orlar vuestras sienes el Esposo en la patria inmortal.

Y tú también, nuevo sacerdote, tú también caro amigo, tienes bellas lecciones que aprender de Teresa. Permite que el acento de la amistad, inspirada por la religión, te las recuerde en este día de los pensamientos grandes y severos y de las resoluciones esforzadas y magnánimas. Co-

mo Teresa, tienes que atacar sin descanso el cáncer del materialismo que devora las entrañas del cuerpo social; del materialismo que, ahogando en las almas los sentimientos generosos y elevados, sofocando el germen de las virtudes morales y dando por único alimento al hombre materiales placeres, lo reduce á vivir la vida de los brutos; del materialismo que lo hace perder la estima de su alta dignidad, y hasta el recuerdo de su origen y de su inmortal destino; del materialismo que engendra la indiferencia religiosa y la impiedad práctica, el lujo y la molicie, la corrupción y toda clase de vicios; del materialismo que ha llevado los más florecientes imperios á su ruina y que empuja las sociedades humanas á la muerte. Como ella, debes armarte de fortaleza para combatir sin tregua los abusos; bien invoquen, para conservarse, la antigüedad de su existencia, bien imaginarios pretextos ó necesidades ficticias; ya se apoyen en la protección y ejemplos de elevados personajes, ya se escuden sin reboso con máximas relajadas y mundanas. Como ella, debes confundir á la ciencia orgullosa del siglo, que recibe todas sus inspiraciones de la tierra; no quiere reconocer el heroísmo de la abnegación y del sacrificio, ni humillar su altiva cerviz ante la sabiduría del Evangelio. Como ella, debes avergonzar el vicio con la santidad de tu vida. Como ella, en fin, debes buscar tu apoyo en el brazo del Altísimo, y, escudado con la caridad, la esperanza y la fe, marchar con denuedo por medio de las persecuciones, de las asechanzas, de las burlas y denuestos del mundano y del impío; para recibir también como ella la palma de victoria, la corona de justicia que está prometida después del combate á los fieles é intrépidos soldados que han sabido pelear las guerras del Señor.

La misma que á todos vosotros os deseo.



ORACIÓN FÚNEBRE

En elogio del señor Presbítero doctor don Pedro Ignacio Castro Barros (6 de Julio de 1848).

> *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas.* (II Corintios, III, 17).
>
> En donde se encuentra el espíritu de Dios, allí se halla también la libertad.

Muy justos son, cristianos, los obsequios que en este día se tributan al ilustre extranjero cuya muerte deploramos. La virtud y el talento no tienen patria, ni se encuentran encerrados dentro de las barreras que separan los estados. Nó, su patria es el orbe, y en todos sus ámbitos debe rendírseles culto. Y la caridad, que en todos los hombres sólo descubre hermanos; la caridad, cuyos lazos no alcanza á romper la muerte; la caridad, que alimenta su divina llama en el estudio de los nobles caracteres y de los corazones generosos y puros, la caridad también cuenta entre sus más gratos y piadosos deberes el esparcir flores sobre la tumba de los que fueron, el honrar la memoria de los héroes de la religión y de los bienhechores de la humanidad.

Pero al reuniros, señores, bajo las bóvedas de la casa de Dios para elevar vuestras plegarias por el descanso eterno

del amigo que perdimos, deseáis, sin duda, y con justicia, conocer los pormenores de su preciosa vida, aguardáis que se os descubran sus virtudes. Pero yo, que vengo á desempeñar este honroso y dulce encargo, me siento abrumado por el inmenso peso de tan difícil tarea, abatido por el sentimiento de mi propia flaqueza. Es empresa ardua y muy superior á vulgares fuerzas, hacer un cumplido y cabal elogio de varón tan esclarecido y eminente como el señor doctor don Pedro Ignacio Castro Barros. Sólo la seguridad de vuestra indulgencia anima mi desconfianza y desaliento.

Además, si os trazo el cuadro de las fatigas del apóstol que consagra un sacerdocio de más de cuarenta y ocho años á promover la gloria de Dios y el bien del prójimo, no podré hablaros de las lucubraciones y vigilias del sabio, ni de su bello ingenio, ni de sus conocimientos profundos, ni de los importantes servicios que prestó á la causa de la ilustración y de las ciencias. Si describo al humilde sacerdote, tendré que callar los gloriosos hechos del esforzado patriota ó las virtudes del hijo tierno ó del leal amigo.

En la imposibilidad de formar un acabado y fiel retrato, en la necesidad de pronunciar palabras de austera é instructiva verdad, permitidme, señores, que desarrolle un pensamiento que, en mi concepto, explica la mayor parte de la vida del señor doctor Castro Barros; permitidme que os lo presente obrando bajo la inspiración de un noble y generoso instinto, consagrado al triunfo de un gran principio, sacrificado al servicio de una pasión sublime, de la pasión por la libertad, por la libertad de la religión, y por la libertad de la patria; pasión de las grandes almas, pasión que sólo el espíritu de Dios enciende: *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas*. El alma del señor Castro Barros, templada por la caridad, ardía en estos dos santos amores, en el amor de la religión y en el amor de la patria; y por eso amaba tan ardientemente la libertad de

su religión y la libertad de su patria. En la primera parte os diré lo que hizo por la *libertad política;* en la segunda, lo que trabajó por la *libertad religiosa*.

No creáis que sea escaso ó indigno del venerable sacerdote que lloramos, este homenaje de alabanzas que le ofrezco. ¡Qué! ¿Acaso no son grandes los heroicos hijos de la Polonia y de la Irlanda, que tanto han combatido y sufrido por la libertad de su patria y de su fe? El inmortal O'Connell ¿no ha debido su renombre y su gloria al denuedo y constancia con que ha luchado por ella? El gran Pontífice que está admirando al mundo con el ejemplo de su abnegación y de su amor, el augusto Príncipe que ayer estaba sentado sobre el primer trono de la Europa, y que ahora come en tierra extraña el pan del peregrino, Pío IX, ¿no es también un mártir de la libertad? no está recibiendo de la más negra ingratitud la recompensa de sus liberales reformas y de sus generosas bondades? Los santos que fecundaron el árbol del cristianismo con su inocente sangre, ¿no la derramaron en defensa de los sagrados fueros de la conciencia religiosa, en defensa de la santa libertad de adorar y de servir á Dios? no murieron en odio de la tiranía más sangrienta y más feroz? Jesucristo, en fin, el Hijo de Dios humanado, ¿no vino á romper las cadenas de nuestra esclavitud, no es el Redentor de la humanidad culpable, no le apellidamos libertador de todo el linaje humano?

Sí, es altamente honroso para el señor Castro Barros el haber servido á tan noble causa. Quiera Dios que el orador no empañe el brillante mérito del héroe, no comprendiendo bien, ó desenvolviendo mal las grandes y sagradas verdades que él tanto amó. Sagradas verdades, señores; porque una y otra libertad, la religiosa y la política, son hijas del cielo, enviadas por el Criador á los mortales para enseñarles la ciencia de la vida y el camino de la dicha; la ciencia de la vida divina que vive el alma con su Dios,

la ciencia de la vida terrena que vivimos con los hombres; el camino de la dicha, que sólo la libertad cristiana puede darnos. Sí, estas dos hermanas no han descendido á esta mansión desventurada sino para endulzar la dura peregrinación que por ella está haciendo la familia humana, para volverse después con nosotros, transformadas como nosotros, á la morada celestial de do salieron.

Espíritus honrados, ardorosos amigos de la libertad, abrigan contra la religión católica hondas prevenciones, porque la creen protectora y aliada del despotismo; y muchos católicos aborrecen la libertad, porque la consideran enemiga de su fe. Estos han visto que á nombre de la libertad se han demolido los altares, incendiado y saqueado los asilos de la virtud, condenado á los ministros del santuario al destierro y al cadalso; aquéllos han escuchado los clamores con que la impiedad y la herejía se empeñaron en hacer responsable al catolicismo de mil crueldades que su espíritu condena, ó en atribuír á sus instituciones y á sus doctrinas la tiranía que detestan.

Cuando resonaron los primeros gritos de libertad en las orillas del Plata, el señor Castro Barros, que había hecho un estudio profundo de la religión y de su historia, iluminado por las luces que comunica la fe, conoció que esas opiniones eran exageradas y falsas, y que ni la religión ni la libertad eran autoras de los excesos que se les imputaban. Lejos de creerlas contrarias, las miraba como inseparables amigas; no sólo juzgaba que la religión de Jesucristo era favorable á la libertad política, sino que esta libertad desaparecía desde que se divorciaba de la religión. De aquí su divisa: *libertad en la religión*. Esta fué la máxima que dirigió toda su vida pública, ésta la doctrina social que proclamó al alistarse en las filas de los patriotas argentinos.

Y esta doctrina, cristianos, era muy verdadera. Es una grosera calumnia y una imperdonable injusticia atribuír á la Iglesia Católica tendencias á esclavizar. Sus anales, sus enseñanzas, su gobierno están protestando lo contrario.

La historia del cristianismo es la historia de la emancipación del género humano. Encorvado bajo un ignominioso yugo se encontraba, cuando el cristianismo se presentó en el mundo. No sólo era esclavo de sus pasiones, sino de mil tiranos que no lo dejaban respirar; y el cristianismo quebrantó ese yugo, libertándolo de la esclavitud de los unos y de las otras. Al hijo restituyó los derechos que la naturaleza le concede, quitando á padres inhumanos el de matarlos, venderlos, ó tratarlos como bestias de carga. Devolvió á la mujer la dignidad de esposa, la elevó al rango de compañera del hombre, la borró de entre las cosas vendibles. Los hierros de los esclavos los aligeró primero, y los destrozó después. La Iglesia fué la protectora de todos los oprimidos y en su regazo maternal encontraron asilo las princesas injustamente perseguidas por sus maridos, los huérfanos reales, los infelices náufragos, los vasallos vejados por sus codiciosos y violentos señores. Ante su tribunal citó á los monarcas culpables, y aun fulminó contra los déspotas sus más formidables anatemas, cuando, después de la violación de los juramentos más solemnes, se negaban á reparar sus injusticias. Los bárbaros del setentrión, que todo lo sometieran á su irresistible espada, fueron sojuzgados por ella, amansados, civilizados por su ley de caridad y de paz. Cuando la invasión de los otros bárbaros del mediodía y del oriente, de los guerreros de la media luna, la Iglesia opuso un muro de bronce, y las cruzadas libertaron á la Europa de las cadenas del islamismo. Y donde quiera que las doctrinas cristianas han alcanzado considerable arraigo, allí se ha levantado vigorosa y pujante la libertad.

Y no podía ser de otra manera, porque todas esas doctrinas predican libertad. ¿Cuál es el objeto de ellas? Dios, el hombre, la sociedad. Pues bien, ¿cómo nos representamos los cristianos a Dios? Sentado en un trono de luz, gobernando por su sabiduría, su omnipotencia y su bondad, libremente y sin dependencia de nadie, este universo que su voluntad soberana sacó, por un acto espontáneo, de la nada. El hombre ¿qué cosa es, cuál su naturaleza? criatura nobilísima, dotada de un espíritu inmortal, imagen de la Divinidad, monarca de la creación, rescatada con la sangre de un Dios: ¡cuánto engrandece y eleva al hombre esta doctrina! cómo hace respetable y sagrada su persona y libertad! Todos los hombres son hermanos, y deben amarse con la ternura de tales; iguales en origen, naturaleza y destino, no se conocen privilegios ni distinciones; no hay fuerte y débil, poderoso y pobre, ignorante y sabio; todos son iguales ante Dios y ante la Iglesia; todos deben serlo, por lo mismo ante la sociedad y ante sus leyes. El alma humana es metafísica y moralmente libre: dueño de su albedrío y señor de sus actos, el hombre no puede ser forzado á querer ó á no querer; Dios mismo no alcanza á violentar la voluntad de su interior retrete. La fuerza y todo el poder de los tiranos es impotente para esclavizarla. La servidumbre, por consiguiente, es imposible en un pueblo que sepa comprender esta teoría.

Y acerca de la sociedad ¿qué nos dice la religión? qué enseña á gobernantes y á gobernados? A los primeros les advierte que su poder viene de Dios, y que es ilegal y nulo cuando no lo reciben por conducto del pueblo: hé aquí condenadas la usurpación y la conquista. Este poder, lejos de ser un beneficio, es una carga; concedido para bien de los que obedecen, no para provecho de los que mandan; otorgado, no para satisfacer su ambición ó su fausto, no para que labren la fortuna de hijos, amigos y aduladores, no como instrumento de ruines y criminales venganzas,

sino como un sacerdocio de penosas y diarias privaciones y de consagración completa al servicio de la patria. Este poder no es ilimitado ni arbitrario; los que lo ejercen son responsables de todos sus actos, y, cuando llegaran á libertarse de las iras de una nación indignada, jamás lograrían declinar el castigo del rectísimo Juzgador de las mismas justicias: hé aquí un freno que no pueden romper los tiranos. Ellos, además, tienen que respetar la ley divina y eclesiástica; pues la misma religión prohibe la obediencia cuando se tocan esos sagrados objetos. Un ciudadano cristiano no entrega su conciencia al estado; sólo Dios y la Iglesia imperan en ella. Cuando el poder humano la vulnera, se hace opresor y sacrílego. El alma, entonces, reúne toda su energía para rechazar la violencia. En vano invocaría la autoridad social sus derechos á la sumisión; que en tal caso se le contesta con santa audacia: *primero se debe obedecer á Dios que á los hombres* (1). Inútilmente se armaría de los aparatos de la crueldad; pues los cristianos se complacen en desafiar los suplicios cuando con ellos pueden comprar el cielo. Y ved cómo la religión que pone límites al mando, se los señala también á la obediencia, y de uno y de otro modo afianza y consolida la libertad.

Todas estas máximas son santamente liberales, son otros tantos gérmenes de libertad, son las que prepararon el triunfo de la libertad moderna. Muchos siglos antes de que los pretendidos filósofos del pasado escribieran los nombres de libertad, fraternidad é igualdad en sus libros, había declarado el cristianismo, á la faz de los privilegiados y de los tiranos, que todos los hombres eran libres, hermanos é iguales; y antes de que aparecieran las constituciones en que se declaraban los derechos de los pueblos, la humanidad había leído la carta de los suyos en el Evangelio.

(1) Hechos de los Apóstoles, V, 29.

Finalmente, á los que todavía duden de cuán enemiga es la Iglesia Católica de la tiranía, les diré que examinen su gobierno. Si sus doctrinas, si sus tendencias son despóticas, aquí se ha de conocer; el gobierno fundado sobre esas doctrinas, establecido para realizarlas, ha de ser su personificación verdadera, y el espíritu del gobierno de la Iglesia ha de revelarnos el espíritu que anima á la misma Iglesia. Pero, señores, no hay cosa más contraria al despotismo que el espíritu del gobierno de la Iglesia. Este es un espíritu de suavidad, es un espíritu de humildad, es un espíritu de igualdad; y por estas tres razones es eminentemente liberal el gobierno de la Iglesia, es el tipo del liberalismo que á pueblos y á gobiernos ella ofrece.

Es un espíritu de suavidad: por ella no más establece y mantiene su imperio la Iglesia. Para hacer prosélitos y reducirlos á aceptar la fe, se dirige derecho al entendimiento, le manifiesta cómo Dios ha revelado las verdades que ella le propone, y lo convence. Para sujetarlos al suave yugo de su divina moral, les descubre las dulzuras y celestiales encantos de la virtud, la vanidad de los perecederos bienes de acá abajo, el amor inefable de un Dios que muere entre infinitos dolores por el hombre; les habla al corazón, pone en movimiento sus resortes más delicados, lo despierta, lo conmueve, lo cultiva. No hay violencia, todo es voluntario; nadie más libre que el que delibera y elige, que el que sólo se rinde á la convicción ó al sentimiento, que el que sólo se obedece á sí mismo. Y para alcanzar estas hermosas victorias, la Iglesia sólo emplea la palabra; la palabra, agente de las inteligencias, órgano de los espíritus, esencialmente contraria á la inercia de la materia y a los caprichos ciegos de la fuerza; la palabra, que sólo impera é influye sobre seres libres; la palabra, hermana inseparable é imagen viva de la libertad, que no puede existir sin la discusión y el examen, y cuya vida, agitada y tumultuosa, sólo está bien representada en los infinitos movi-

mientos y caprichosas formas de la palabra. Esta es la gran palanca con que la Iglesia ha conmovido al mundo. Con su palabra echó por tierra al coloso romano, y hundió en el polvo al paganismo; con su palabra ha pulverizado la impiedad y la herejía; con su palabra ha hecho arrodillarse antes el árbol sagrado de la cruz á los más poderosos monarcas, así á los pueblos civilizados como á los pueblos salvajes.

Pero, al menos, me diréis que la Iglesia acude á la fuerza para conservar sus conquistas ó para hacerse obedecer. Nó tampoco. Después de exhibir los títulos que comprueban la divinidad de su origen y sus derechos legítimos al mando, recuerda á sus hijos los premios y castigos de la otra vida, y sólo los conmina en ésta con penas que obran sobre el alma. Aunque sí muy temibles y eficaces, no castigan ni afligen al cuerpo; espirituales, como la autoridad que las impone, nunca se presentan con aparato externo que envuelva siquiera la idea de coacción y fuerza material. Tan dulce y suave es el espíritu del gobierno de la santa Iglesia.

También es un espíritu de humildad: enemiga del orgullo y altanería de los tiranos, enemiga de la ambición y sed de mando, enemiga de la arbitrariedad y violencia, la Iglesia está recordando constantemente á sus pastores estas palabras del Salvador: «Los príncipes de las naciones las avasallan, y los que son más poderosos entre ellos los tratan con imperio. No debe ser así entre vosotros; mas es preciso que el que quisiere ser mayor sea vuestro criado. Como el hijo del hombre, que no vino á ser servido, sino á servir, y á dar su vida por la redención de muchos (1)». Quiere que digan á los fieles con san Pablo: «Nosotros somos vuestros siervos por Jesús (2)». Les repite el encargo del Príncipe de los apóstoles: «Apacentad la grey de Dios que se os ha encomendado, velando sobre su conducta, no

(1) San Mateo, XX, 25, 26, 28.

(2) II Corintios, IV, 5.

por una necesidad forzada, sino por un afecto voluntario que sea según Dios; no por un deseo vergonzoso de lucro, sino por una caridad desinteresada; no dominando sobre la heredad del Señor, sino haciéndoos modelos del rebaño por una virtud que nazca del fondo del corazón» (1). Les propone como modelo la profunda humildad de Jesucristo, y manda que, á su imitación, en uno de los días más solemnes que venera la cristiandad, desciendan de sus solios el soberano pontífice, los obispos, los primeros ministros de la religión, y que, hincados de rodillas, laven con sus propias manos los pies á doce abatidos mendigos, imprimiendo en ellos un ósculo de respeto y de amor. Decid si estará destinado para tiranizar un poder cuyos depositarios deben practicar la humildad y mansedumbre del Redentor.

Por último, señores, el espíritu del gobierno de la Iglesia es un espíritu de igualdad. Ella, que al pie de los altares no distingue entre los más altos potentados de la tierra y sus más humildes vasallos, que á todos sus hijos extiende del mismo modo el amparo de sus benéficas leyes, á todos también llama á los honores del mando. Para la Iglesia no hay familias ni clases privilegiadas; no reconoce más que el privilegio de la capacidad y del mérito. Quien quiera puede aspirar á las primeras dignidades de la Iglesia: á nadie rechaza por su pobreza ó humilde cuna; al contrario, parece que se ha complacido en elevar al trono pontificio y á las sillas episcopales á los hombres más obscuros, cuando sobre su frente resplandecía ó la aureola de la santidad ó la antorcha de la ciencia. Nada valen tampoco en su concepto la protección de los grandes, ni las adulaciones y obsequios de ambiciosos pretendientes. Ella sabe descubrir y sólo honra la verdadera virtud, las grandes prendas. Esto es muy glorioso para la Iglesia, y

(1) I San Pedro, V, 2, 3.

prueba elocuentemente la elevación de sus miras y sus liberales tendencias. Ninguna constitución humana es más liberal que la constitución de la Iglesia, y las naciones que amen de veras la libertad, que amen de veras la igualdad, debieran tomarla por modelo.

El señor Castro Barros, que conocía esta estrecha hermandad que entre la religión católica y la libertad existe, por lo mismo que era verdaderamente cristiano, amaba la libertad con pasión. Así, cuando aparecieron en el suelo argentino los primeros síntomas de la gloriosa revolución que abrió á la América las puertas de su grandioso y nuevo porvenir, sin titubear un instante abrazó sin embozo la causa de la libertad americana, alzando entre los primeros el pendón independiente.

No le arredraron ni los sacrificios ni los peligros. Su propia vida estaba dispuesto á inmolarla por la salud de la patria. Nada le detuvo; ni las terribles venganzas á que se abandonaría el gobierno caído si llegaba á fracasar la atrevida empresa, ni los frágiles elementos con que ella al principio contaba, ni la inexperiencia y divisiones que entre los caudillos patriotas asomaban, ni las crueles incertidumbres sobre la dirección que tomaría la poderosa revolución que iba á remover los cimientos sociales, y que en su impetuosa corriente podía derribar lo bueno con lo malo, y arrebatar junto con las instituciones decrépitas y gastadas las más provechosas y santas, ni el temor de incurrir en la nota de rebelde y faccioso, ni la desaprobación ni el ejemplo de ciudadanos y eclesiásticos virtuosos y respetables. ¡Cuán profunda impresión harían en la tímida y delicada conciencia del señor Castro Barros estas últimas consideraciones! Más fuertes, sin embargo, que todas ellas fueron en su noble pecho el amor de la libertad y de la patria, la convicción de la santidad de su causa, la confianza en la generosa decisión de los pueblos argentinos, que con tanto heroísmo y con tanta gloria acababan de rechazar la domi-

nación inglesa; pero sobre todo en el brazo del Dios de los ejércitos, protector de la justicia y del derecho, apoyo del desamparado y del débil. Con una fe inmensa en el porvenir se lanzó, pues, en aquel borrascoso mar.

El ejemplo de tan ilustre patriota naturalmente había de atraer á las banderas independientes numerosos partidarios. Su carácter franco y leal, sus comedidas y suaves maneras, su tierna y ardiente caridad, le habían granjeado amigos por todas partes. Y los que no hubieron experimentado su dulce trato, se dejarían vencer por los atractivos de su elocuencia, ó cederían al brillo de su virtud, ó á la fama de su talento y de su ciencia. Su conducta política era invulnerable; los más ciegos partidarios de la monarquía ¿qué le podrían censurar? Una vida inmaculada, toda entera consagrada á Dios y á la humanidad, una posición independiente, ajena de ambición y codicia, un bello ingenio, enriquecido con vastos y variados conocimientos, podían sin duda desafiar la rabia de la maledicencia.

Para afianzar el edificio cuyos cimientos arrojaron los patriotas intrépidos de Mayo, las provincias de la Unión enviaron sus diputados á la Asamblea que se reunió en la ciudad de Buenos-Aires en 1813. La alta reputación y acendrado patriotismo del señor Castro Barros le merecieron este honor de parte de la Rioja, su patria; y á esta confianza correspondió trabajando con infatigable tesón por asegurar el triunfo de la causa nacional, sin amedrentarse por ningún linaje de dificultades ni temores. Los votos de la misma provincia le llevaron al seno del gran Congreso instalado en la ciudad de san Miguel del Tucumán el 24 de Marzo de 1816. Allí se manifestaron con nuevo brillo el talento, las luces, el celo por la libertad, del señor Castro Barros. Tocaba á la edad en que los conocimientos se encuentran sazonados y el genio en toda su altura; iba á llegar á los cuarenta años. Hombres de su temple realmente se necesitaban para conjurar la terrible tormenta que

á la nación argentina amenazaba. Por el norte se presentaban amenazadoras las huestes españolas: el Oriente estaba abierto á las invasiones de una potencia codiciosa: en el interior, enarbolado por varias provincias el estandarte sacrílego de la rebelión contra el Gobierno supremo, carecía éste de energía y de apoyo: sin leyes orgánicas, agotado el erario, estagnado el comercio, desalentada la industria, yermos por falta de cultivo los feraces valles, la república caminaba á disolverse. De esta espantosa crisis la salvó el Congreso Constituyente. A todas sus llagas procuró aplicar oportuno y eficaz remedio, y tuvo la gloria de ver coronados sus esfuerzos, de darle orden, libertad é instituciones. En esta grande obra tuvo muy considerable parte el señor Castro Barros. Las Provincias Unidas del Río de la Plata recordarán siempre con respeto el nombre ilustre de este fundador de su independencia, que con mano firme rubricó el acta de ella, que como Presidente del Congreso justificó á la faz de las naciones este atrevido paso en un solemne manifiesto, cuyos enérgicos razonamientos autorizó con el prestigio de su nombre, que, como orador sagrado, lo defendió ante el tribunal de la religión, en el público hacimiento de gracias que se celebró por tan fausto suceso; de este padre verdadero de la patria, que la sirvió con tanta abnegación y celo en la presidencia del cuerpo legislativo, en arduas y espinosas comisiones, en las incesantes tareas parlamentarias de tres años, con sus esfuerzos para la promulgación y planteo de la suspirada constitución de 1819.

Si se pregunta ahora cómo miraba las formas políticas el señor Castro Barros, diré que no era entusiasta partidario de ninguna. Le guiaban en esto los instintos católicos. La Iglesia, que en su caridad abraza á la humanidad entera; La Iglesia, católica, universal por su naturaleza, institución para todos los tiempos y para todos los lugares, no condena ninguna forma de gobierno. Con tal que se la

deje obrar con libertad, sin mudarse sabe vivir bajo el imperio de las más opuestas, corrigiendo suavemente con su acción saludable sus defectos. Una sola cosa odiaba el señor Castro Barros: el despotismo, el gobierno absoluto, el gobierno que no tiene más pauta para obrar que su caprichosa voluntad. Una sola cosa apetecía: la libertad, garantías protectoras de la persona y de la propiedad del ciudadano, una buena constitución en que se encuentren bien fijados los deberes y derechos de los que mandan. En un escrito que dió á luz en 1834 decía estas notables palabras: «Pregono á la faz de todo el mundo que no he sido, ni soy, ni seré jamás monarquista, unitario, ni federal sino sólo patriota constitucional, católico romano, bajo la forma de gobierno que dictare y promulgare la mayoría de los pueblos, ó por sí mismos ó por el órgano de sus representantes. Esta sola, sea cual fuere, será la única legal, aun cuando sea la menos conveniente». Con lo que reconocía solemnemente la doctrina de la soberanía del pueblo.

Siguiendo el mismo espíritu de la religión, luego que vió asegurada la independencia de su patria, fuera ya de la posición excepcional que reclamaba y justificaba su intervención en la política, la abandonó del todo; así, aunque la provincia de Corrientes depositó en él su confianza para que la representara en el congreso de 1826, creyó que debía renunciar este cargo. Ministro del Altísimo, tenía muy presentes las palabras del Apóstol: *nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus* (1); el que sirve en la milicia de Dios no debe mezclarse en los negocios del siglo. En su concepto, el clero no puede mantenerse á la altura de su misión sino guardando neutralidad sincera con los partidos políticos; y estaba convencido de que los sacerdotes no deben adherirse á ninguno, so pena de comprometer los intereses de la religión, sin identificar

(1) II Timoteo, II, 4.

la causa de la Iglesia con la suerte inconstante y voluble del poder humano.

Terminada su carrera de hombre público, se consagró exclusivamente á las fatigas del santo misterio. Pero aun como sacerdote prestó á la libertad un servicio importantísimo.

Rota la coyunda opresora, la corona de la victoria brillaba en las sienes de la América; otro gran peligro, sin embargo, corría la libertad todavía en esta tierra afortunada; el mismo que corría la religión verdadera. Por el espacio de medio siglo han estado creyendo muchos hombres que no se podía ser liberal sin ser impío. Todo partido que aspirara á los honores del liberalismo, debía clamar contra el despotismo del papa, contra la ignorancia y ambición del clero, contra la superstición y fanatismo de los verdaderos creyentes; y por precisión tenía que pedir la abolición del celibato eclesiástico, la extinción de los institutos monásticos, el despojo violento de sus bienes. Esto, que, atendida la unión estrecha de la religión con la libertad, pudiera parecer inexplicable fenómeno, era muy natural y lógico. Los principios de libertad que los americanos proclamamos, nos los trasmitió la escúela volteriana por medio de la terrible revolución con que á fines del pasado siglo castigó la ira de Dios á una generación delincuente: tan grande era nuestro atraso, que fuimos á beber á esas impuras fuentes. Los patriarcas de la incredulidad, para engañar mejor á los pueblos y hacer sus golpes contra el catolicismo más certeros, pronunciaron las suaves y seductoras voces de *libertad* y *progreso;* y a nombre de la humanidad, cuyos derechos se atribuían el honor de haber descubierto, pidieron odio, venganza y muerte contra esa religión, enemiga implacable, según ellos, de la libertad y ventura del género humano. La Francia cayó en la astuta trama; y los revolucionarios mancharon sus manos en la inocente sangre de los ungidos del Señor, y

en el templo y sobre el mismo altar del Dios Altísimo rindieron públicas adoraciones á una vil prostituta. ¿Qué extraño es, pues, que la América Española, que despertó con la explosión del volcán revolucionario de la Francia, y que en la infancia de su nueva vida sólo se alimentó con las doctrinas de los hombres de la Enciclopedia, qué extraño es que recibiese el funesto contagio? qué extraño es que en sus ensayos republicanos participara del espíritu de la república de 1792, y que al querer plantear la libertad y la democracia, asomasen en algunos de sus hombres públicos tendencias hostiles á la religión que les aseguraban sus mentores era incompatible con la libertad y con la democracia?

El señor Castro Barros combatió desde el principio vigorosamente estas tendencias; las combatió desde los bancos legislativos en medio de borrascosas discusiones, las combatió desde la tribuna sagrada en vehementes discursos, las combatió en el recinto de las aulas en científicas lecciones, las combatió por la prensa en profundos y elocuentes escritos; las combatió, porque no sólo las creía perjudiciales para la religión, sino fatales para la misma libertad y democracia. ¿Qué es la libertad sin orden? Espantosa licencia, que degenera en anarquía y al fin en despotismo. Y ¿quién puede afianzar este orden? sólo la religión. Sólo la religión que condena todos los desórdenes, y manda todas las virtudes; sólo la religión que sabe vengar los delitos que no alcanza á hacer expiar la justicia humana; sólo la religión que con la caridad que prescribe á los ricos, y con el trabajo y frugalidad que encarga á los pobres, que con la dulzura con que enjuga las lágrimas del menesteroso y los consuelos de una vida de inmortalidad y de ventura que ofrece á los que sufren, ciega la fuente de las revoluciones, pone una barrera al torrente del pauperismo, é impide que se lancen sobre la sociedad las masas hambrientas y desesperadas.

Y esta religión, que, con el secreto que posee de hacer buenos y morales á los hombres, aleja los abusos de la libertad, evita también los peligros é inconvenientes de la democracia. En donde ésta impera, la misma igualdad que se proclama, la severa responsabilidad á que los actos de los gobernantes están sujetos, el derecho de examen que á todos francamente se concede, debilitan el respeto al magistrado y á la ley; de lo que resulta que ésta es fácilmente violada, quedando tal vez los transgresores impunes por hallarse enflaquecido el poder público con la disminución de las consideraciones que debieran guardársele: entonces, desencadenadas las pasiones, la sociedad se desquicia. Nada importa que él cuente con poderosa fuerza material; que, si le falta el apoyo moral, su existencia es borrascosa, y su dominación efímera: autoridad que no está radicada en la conciencia, jamás puede consolidarla la violencia. Esto es justamente lo que hace la religión. Convierte la obediencia en deber, y á los que mandan, en otros tantos representantes de Dios. En una nación cristiana, la sumisión á las leyes es el cumplimiento de una obligación sagrada, y el que obedece, no obedece á otro hombre sino al mismo Dios, de quien procede la jurisdicción de los que mandan. Y de este modo el cristianismo, que tan bien se alía con la democracia, corrige sus excesos, y destierra la demagogia, robusteciendo el principio de la autoridad, elemento de vida de las humanas sociedades.

Pero aun por otro motivo al lado de la libertad apetecía el señor Castro Barros la religión, porque ella estrecha los vínculos sociales y estorba que se dividan los ciudadanos en opuestos partidos. Este, que suele ser uno de los más terribles azotes de las repúblicas, afligía lastimosamente á la Argentina. La ambición de los distintos caudillos la traía sobremanera agitada y revuelta. Enconados los ánimos, andaba completamente olvidado el interés de

la patria, ocupado cada bando en satisfacer sus privados rencores. La tea de la discordia, agitada en aquellas deliciosas comarcas, prendió hasta en el corazón de los pueblos más pacíficos, y esta noble nación, digna de una más venturosa suerte, se veía condenada á llorar los horrores que engendran luchas fratricidas. La religión solamente podía remediar este mal; porque á ella sola ha sido dado anudar los lazos que rompen las pasiones. Su ley es ley de amor, de generosidad y perdón, y tiende directamente á formar de los hombres una sociedad de hermanos.

La República del Plata y todas las otras sus hermanas son, bajo este aspecto, deudoras al católicismo de un beneficio inmenso; la unidad católica las ha salvado tal vez de una disolución completa. Sin la comunión de fe, sin los vínculos religiosos que nos estrechan, ¿cómo habríamos podido resistir los americanos á los espantosos sacudimientos de tantas revoluciones? ¿Cómo conservar ilesa la unidad nacional en medio de los terribles enconos de las guerras civiles? ¡Ay de la América Española si llega á romper algún día el cetro bienhechor de la religión católica! ¿Quién pondría entonces freno al genio inquieto de la democracia? ¿Quién concierto entre tantos encontrados intereses? ¿Quién contendría en el porvenir la explosión de los combustibles que hay depositados en el seno de nuestras sociedades? El catolicismo tiene en sus manos el destino de la América. El, que presidió á la formación de la civilización europea, encierra también los gérmenes preciosos de la americana; y él, que constituyó la unidad de la Europa, es también el cimiento de la unidad de la América. Los pueblos que la componen están llamados por la Providencia á formar una sola familia, y el catolicismo es el que debe apretar los lazos que los ligan, los lazos religiosos, que son los más fuertes de todos. Solo á la sombra del catolicismo puede ser grande y feliz la América; porque sólo el catolicismo hace las grandes cosas, porque sólo el

catolicismo puede dar solución cumplida á las grandes cuestiones sociales que agitan y siempre han agitado al mundo. Bien lo ha comprendido el instinto certero de esa gran nación que, casi por encanto, se ha levantado en medio siglo bajo la inspiración del genio de Wáshington. Los republicanos del Norte han creído que ni sus admirables instituciones, ni su eminente cultura, ni su maravillosa y siempre creciente prosperidad material eran garantías bastante sólidas de ventura; y para salvarse de las formidables tempestades que ya asoman amenazadoras en el horizonte, corren presurosos á arrojarse en los brazos de la religión católica. El imperio de la herejía ó del cisma sería más funesto á la América que lo ha sido el protestantismo á la Europa. Si la Reforma perturbó la marcha majestuosa de la civilización, é impidió que el cristianismo desarrollara toda su acción bienhechora, una revolución semejante en América ahogaría la civilización en su cuna, la Europa había vivido quince siglos bajo la influencia católica, y la América apenas la ha recibido por tres.

Las precedentes reflexiones explican muy bien por qué consideraba el señor Castro Barros como una de las mayores calamidades que cayeron sobre Buenos Aires, la libertad de cultos establecida en 1826, así como la causa del profundo odio que profesaba á la impiedad, á la que atribuía gran parte de los males que todavía están afligiendo á su infortunada patria. Esto nos dirá por qué amaba y pedía la libertad en la religión: esto comprueba cuán acertado anduvo en promover los intereses de ésta para asegurar los de aquélla. En esta obra empleó sus años más floridos; desde 1800 hasta que la ingratitud y la discordia lo obligaron á abandonar para siempre el suelo natal en 1841. Cuando diputado de la tribuna parlamentaria pasaba á la sagrada para predicar á sus compatriotas paz y unión, era infatigable, y los momentos que le dejaban libres las tareas del Congreso, los ocupaba en partir á los necesita-

dos el pan de la santa palabra. Libre de las atenciones legislativas, su celo lo llevó hasta los más obscuros y apartados lugares. Obligado á retirarse á la Banda Oriental por gozar de sosiego en 1832, consagró á evangelizarla todo el tiempo que permaneció en su seno.

Inmensas soledades, oasis de la América del Sur, hondos valles, colinas deliciosas, bosques virginales que aun no ha tocado la mano destructora del hombre, selvas en que la naturaleza ostenta toda su gala y majestad, caudolosos ríos que escuchasteis los blandos acentos con que la religión atraía á vuestras encantadoras riberas cual rebaños de mansos corderos, á las hordas indómitas del Nuevo Mundo, tierra santificada por las huellas del gran Solano, hablad; contadnos las hazañas de este nuevo guerrero de la cruz. Buenos-Aires, la de los misteriosos destinos; ilustre Córdoba, seminario de sabios, Atenas de esta moderna Grecia; Tucumán, cuna gloriosa del primer congreso que tuvo la libertad en la América Austral; Rioja, San-Juan, Mendoza, ciudades todas de las provincias del Plata, romped vuestro silencio, evocad los gratos recuerdos de otros tiempos mejores. Montevideo, Canelones Santa-Lucía, San-José, Colla, Colonia ,Porengos, Maldonado, Rocha, San-Carlos, Mina, Florida, pueblos de la familia uruguaya, misiones regadas con los sudores y con las lágrimas de este heredero de Javier, fecundadas con sus vigilias, con las fatigas de veinte horas de trabajo diario, decidnos los prodigios que obró su celo en nueve años de incesantes tareas.

Pero ¿para qué necesitamos de ajenos testigos? no lo ha sido Chile de sus inmortales proezas? ¿No hemos visto con nuestros propios ojos mucho más de lo que nos había anticipado la fama antes de que pisara nuestro suelo? La-Serena, Valparaíso, Santiago, los campos vecinos, ¿no han recogido los frutos preciosos de su apostolado? ¿No resuenan todavía en nuestros oídos los ecos poderosos de su ardien-

te palabra? ¿Quién ignora que predicaba las cuaresmas enteras, y cuatro y cinco veces en el mismo día, y que aun le quedaba tiempo para administrar el sacramento de la rehabilitación á numerosos penitentes, y para ir á consagrar la postrera partida de un cristiano moribundo, y para llevar el bálsamo consolador á sus deudos y amigos dolientes, y para despachar delicadas consultas, y las comisiones con que lo honraban los Prelados, y para comunicar las luces de su vasto saber á sus alumnos del Seminario? Si á los sesenta y ocho años de su edad lo hemos visto desplegar todo el ardor de la fogosa juventud, ¿cuáles serían su actividad y su celo á los cuarenta?

Durante todo su largo sacerdocio parece que no tuvo otra misión que repartir las luces, las civilizadoras doctrinas del cristianismo por todas partes. Los pueblos americanos no estaban preparados para la república, y el señor Castro Barros creyó servir dignamente á la libertad disponiéndolos á recibir sin inconveniente sus favores. Así, lo mismo que por la religión emprendía, lo presentaba á la libertad en ofrenda; así, fué siempre fiel á su lema de no separar la segunda de la primera. *Ubi spiritus Domini, ibi libertas.*

He aquí, señores, cuanto hizo por la libertad política nuestro héroe; réstame manifestar ahora lo que le debe la religiosa.

Una singular anomalía encontraba el señor Castro Barros en la revolución americana: la de haber conservado con tanto respeto las cadenas religiosas, después de romper esforzadamente las políticas; pues religioso y político era el yugo de la España. No sólo era natural que los que proclamaron la independencia de la patria se la devolvieran también á la Iglesia, sino que era inútil que pensaran

en conquistar las ventajas de la libertad civil, si al mismo tiempo no aseguraban la religiosa. Donde ésta no es efectiva, existe por necesidad la tiranía, y la peor y más peligrosa de las tiranías; la tiranía de la inteligencia, la tiranía de los espíritus. La tiranía que descansa en la fuerza brutal no es muy temible; al fin es vencida; mientras más comprime, más acelera y más violenta hace la explosión. Pero, si se apoya en las ideas, en la conciencia que forman éstas, no queda medio de enfrenarla. Al hombre, ser espiritual, se le domina por las creencias; el que impera en ellas dispone del hombre entero. Esto es lo que sucede cuando un gobierno tiene á la Iglesia cautiva. Los ministros de ella pueden convertirse en sus más dóciles agentes, y en cómplices sacrílegos de sus violencias. Ellos hablan á los pueblos en nombre del cielo, y les imponen como mandatos de Dios los caprichos de sus amos. Revestidos de todos los símbolos del respeto, heraldos del pensamiento divino, dueños de las conciencias, si abusan de su autoridad por complacer al poder, la obra de iniquidad, la opresión, se consuma. El pueblo no discute ni duda, escucha con veneración la voz misteriosa que sale del fondo del santuario, y acepta del mismo modo las doctrinas del servilismo que las que favorecen la libertad. Según el sistema católico, los fieles no tienen el derecho de examen; su obligación es creer y obedecer con humildad. Divinizada así, elevada la esclavitud hasta la altura del deber; canonizadas todas las expoliaciones de la libertad, el despotismo es el monstruo más espantoso que puede concebirse. No se ocurre siquiera el pensamiento de que existe, y los siervos infelices besan envilecidos los grillos que les ponen sus tiranos. Y así viene á ser eterno su vergonzoso y humillante imperio.

Esto sucederá necesariamente dondequiera la religión sea esclava. Por una propensión invencible, el poder humano tiende siempre á convertir en elementos políticos

todas las influencias legítimas é ilegítimas de que dispone. Además del instinto de la propia conservación, puede alucinar el mismo deseo del bien; porque bien es, y vital, y de primer orden el poder. La idea de su importancia se encuentra en el corazón de la sociedad que siente y palpa que, sin una autoridad que las enfrene, la anarquía y la licencia despedazarían sus entrañas. El robustecerla para que lidie ventajosamente con ellas es, por lo mismo, un pensamiento muy acertado y justo. En esto, hasta los más ardientes amigos de la libertad están de acuerdo; el peligro se halla en la elección de los medios, porque es muy fácil que junto con los legítimos se eche mano de los vedados. El miedo que inspiran los horrores del desorden, el temor de que el monstruo de la revolución levante la cabeza, despertados por el sobresalto que se apodera del ánimo cuando se ve amenazada la existencia, avivados por los deseos naturales del triunfo, preocupan la atención, ofuscan la vista de los que gobiernan; en tal estado ya nada examinan, y se asen de todo lo que puede afianzar su autorinad. Si la religión depende de ellos, precisamente la harán servir á sus miras, convirtiéndola en instrumento político.

Que la independencia espiritual de la Iglesia sea una preciosa garantía de la libertad política, no podrá negarlo ninguno que haya comprendido bien su espíritu. La más hermosa teoría de los amigos del pueblo, el gran descubrimiento y conquista de los tiempos modernos es, sin disputa, el sistema de la división y equilibrio de los poderes públicos. Es realmente muy sencillo, que repartida en distintas manos la autoridad social, que ejercidas con verdadera independencia la potestad legislativa, la judicial y ejecutiva, al paso que llenan más perfectamente sus respectivos objetos, impiden que se levante un poder demasiado fuerte y peligroso. Se le enflaquece, se le pone en la feliz imposibilidad de obrar el mal, sólo se le concede la

fuerza necesaria para que conserve el orden; porque la experiencia tiene acreditado que los Gobiernos aspiran siempre á ensanchar la que tienen, siendo muy pocos los que conocen la moderación y la templanza. Pues ese mismo es el beneficio social que trae la recíproca independencia de la Iglesia y el Estado. Ciñéndose al círculo de sus privativas funciones, las desempeñan bien, y los dos poderes están en contrapeso. Al contrario, que se salga el Estado de su órbita, y no sólo estará mal servido, sino que, reunida en sus ministros la suma inmensa de la autoridad política y religiosa, queda organizado el despotismo. La acción de un gobierno de este género es irresistible; mandando sobre el cuerpo y sobre el alma, al que huye por un camino le toma por otro, y, no pudiendo los ciudadanos desenredarse de sus lazos, la libertad sucumbe. Por esto la independencia de la religión, no sólo es derecho de las conciencias católicas, sino importantísima libertad política.

No es ésta, señores, una teoría imaginaria; allí está la historia de todos los gobiernos tiránicos para confirmarla con hechos. ¿Por qué lo fueron tanto los de la antigüedad? porque en las sociedades paganas el poder público tenía en sus manos las riendas de la religión. En ellas, el despotismo político andaba siempre unido con la autoridad religiosa. Así, Roma, después que vió expirar la libertad bajo la dictadura de César, revistió á sus dominadores de la majestad imperatoria y del supremo pontificado. Mahoma, ¿cómo asentó su dominación sobre las tribus de la Arabia? apoderándose de la religión, hablando el lenguaje de una Divinidad mentida, cautivando á esos pueblos embrutecidos con los encantos de una eternidad de placeres carnales. El primer déspota del mundo cristiano, el autócrata de las Rusias, ¿no es también el jefe soberano de la religión nacional? no ha consumado á nombre de ella el martirio de la infortunada Polonia, y desatado sus terribles iras sobre las poblaciones católicas

del Imperio? ¿No han tenido el nombre de sumos pontífices, de papas, esos monarcas de Inglaterra que encendieron las hogueras de la más sangrienta inquisición, y que se han estado deleitando por tres siglos en contemplar las lágrimas y los inmensos dolores de la Irlanda? ¿Y en qué época se han desarrollado más las tendencias despóticas de la monarquía española? En los últimos trescientos años, después de abolida la institución saludable de las cortes; pues cabalmente en ese período apareció también el regalismo, y se dictaron las leyes más hostiles á la libertad eclesiástica. Así en todas partes, en el seno del paganismo, entre los pueblos musulmanes, tanto en las naciones cismáticas, como en las que viven en la herejía, como en las que han conservado pura la doctrina de Cristo, al despojo de la libertad religiosa acompaña siempre el de la política.

El señor Castro Barros era un verdadero patriota, amaba sinceramente y comprendía bien la libertad; por esto reclamó siempre la de la Iglesia, íntimamente convencido de que su esclavitud era un arma terrible para los tiranos. Pero, además de ciudadano, era sacerdote; además de liberal, profundamente cristiano; y si encontraba la religión católica favorable á la libertad civil, sabía también que la eclesiástica era uno de los primeros dogmas, una de las bases esenciales de esa religión. Y así como en su carrera política trabajó por la primera, en su carrera sacerdotal trabajó por la segunda; si antes había sido su divisa *libertad en la religión*, ahora lo es *religión en la libertad.*

Tan antiguos é inmortales como la misma Iglesia son, decía el señor Castro Barros, los augustos títulos de su libertad sagrada. Porque en realidad, señores, de muy distinta manera que los otros fundadores de religiones estableció la suya el Salvador. Revestido de los poderes que trajo del cielo, anunció su Evangelio sin el permiso, contra la voluntad de los sacerdotes y magistrados de su

pueblo. El no la consultó para reprender sus desórdenes, no la consultó para castigar á los profanadores del templo, no la consultó para enviar á los discípulos á predicar por las ciudades de la Judea, no la consultó al echar los cimientos del edificio eterno, que había de desafiar el poder del hombre, las iras del abismo y las tempestades del tiempo, cuando dijo á Cefas: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Declara, al contrario, que no depende de ningún mortal, y que «le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra». Y esta autoridad celestial la comunicó á sus apóstoles y á todos sus sucesores, diciéndoles: «Como mi Padre me ha enviado, así os envío á vosotros». Id pues, é instruíd á todos los pueblos, y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolos á observar todas las cosas que os he manifestado: y quedad seguros de que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. Todo lo que atareis en la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatareis en la tierra, será también desatado en los cielos. El que á vosotros os oye, á mí me oye, y el que os desprecia, me desprecia á mí, y el que á mí me desprecia, desprecia á Aquel que me envió». Para nada quiere que soliciten el apoyo ó licencia de las autoridades de la tierra; lejos de eso, les dijo: «Guardaos de los hombres; porque os harán comparecer en sus tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis por mi causa presentados á los gobernadores y á los reyes». Pero no importa, añade, «no los temáis. Decid pues libremente en medio de la luz del día lo que os digo en secreto, y á la faz del mundo lo que se os ha comunicado al oído. No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; sino más bien temed al que puede perder en el infierno al cuerpo y al alma». Jesucristo, pues, constituyó á su Iglesia soberana, independiente y libre; y con la concien-

cia de sus divinos derechos, la Iglesia llevó hasta las extremidades del orbe el estandarte glorioso de sus victorias, por entre las hogueras que encendía la superstición, por sobre los patíbulos que erigía la crueldad, menospreciando las prohibiciones y amenazas de la Sinagoga, y los edictos sangrientos de Roma, hollando en todas partes las religiones y leyes nacionales. En todo obra como sociedad independiente y soberana: los Apóstoles se reúnen en concilio, fijan el dogma, explican la moral, establecen las primeras leyes eclesiásticas, fundan obispados, designan los pastores, aceptan cuantiosas donaciones, nombran administradores del patrimonio de la Iglesia y de los pobres, deciden como jueces las querellas de los fieles, y castigan á los delincuentes con severas penas, libremente, por sí solos, sin la más ligera intervención de la potestad política. O nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles fueron injustos invasores de los derechos de los soberanos de su tiempo, lo que es horrible blasfemia, ó la Iglesia Católica es perfectamente independiente; porque nada más que los de aquellos tiempos tienen en su calidad de soberanos los monarcas de los tiempos actuales. Las prerrogativas de la soberanía temporal son invariables é idénticas en todos los estados, como que dependen de la misma naturaleza de la sociedad civil. Si pues la Iglesia, concluía el señor Castro Barros, fué soberana y libre en el primer siglo de su existencia, es también independiente y libre en el diecinueve, porque tampoco han podido sufrir mudanza su constitución y sus divinos fueros.

¡Cuán desconocidas andan en la presente edad estas verdades! ¡Quién me diera los melancólicos acentos del hijo de Helcías para lamentar tu desventura, ¡oh Iglesia de Jesucristo! ¡Oh, quién pudiera pulsar la lira de la hija de Sión cuando se sentaba á las orillas del Eufrates á llorar al pie de un sauce la esclavitud y oprobio de su pueblo! ¿Qué fué de tu esplendor y de tu alegría, oh Esposa del

Cordero? Tú eras en otro tiempo la reina de las naciones; nadie te disputaba tu imperio. Los pueblos vivían enorgullecidos de llamarte su madre, los reyes en tu presencia inclinaban sus cetros, los valientes venían á ofrecerte las espadas ennoblecidas con ilustres victorias. De las apartadas islas te enviaban poderosos monarcas sus rendidos tributos, al nombre de tu Dios consagraba la tierra templos inmortales, y la poesía y las artes perpetuaban en obras divinas tus hechos y tus glorias. La voz que descendía de la altura del Vaticano la recibían el rico y el pobre, el poder y el pueblo con religiosa humildad. ¡Qué venturosa era la sociedad, cuando así reconocía el poder de la religión; cuando en el sosiego del doméstico hogar contaban nuestros padres, con la sencillez de los patriarcas, la vida de los moradores de los desiertos, de las cavernas, y de las breñas, ó la historia de los cenobitas que salvaron los tesoros del antiguo saber, ó la de los que desmontaron las selvas de la Europa y fundaron los talleres de la civilización; cuando la tierna juventud leía con ojos humedecidos por piadosas lágrimas los portentos, los generosos sacrificios de los grandes amigos de la humanidad, de los esforzados discípulos de Pedro Nolasco, Vicente de Paul y Juan de Dios, de los ínclitos hijos de Domingo de Guzmán, Francisco de Asís é Ignacio de Loyola; cuando inspirados bardos cantaban el valor, así de los Apóstoles que fueron á plantar la cruz sobre las nieves de la Escandinavia y en las arenas abrasadoras del trópico africano, como de los que en frágil leño cabalgaban las tempestades del Atlántico ó del Océano Indico para ir á buscar la muerte en playas inhospitalarias, entre tribus feroces! ¿Qué se hicieron ¡ay! esos tiempos felices? ¡Qué presto pasasteis, edades de la antigua fe! Todo desapareció cual ilusión hechicera, que sólo sirve para tornar más triste la realidad que tenemos delante. Ya no palpitan los corazones con emociones generosas; el egoísmo los tiene helados. Los pueblos más cultos son los que más in-

cienso queman al vil barro. La Iglesia, entretanto, destinada para levantar de su postración al mundo, ella que inspira los designios elevados y las pensamientos grandes, yace envilecida y olvidada. Los impíos arrebataron de su frente la preciosa diadema con que su esposo la ciñó; se obscureció su brillo, los príncipes de las gentes la apellidan su esclava. ¡Ay! los que ella criara con la dulce leche de sus pechos, la han desconocido, se olvidaron de que era su madre; y la tratan como sierva y extraña. Ya no escuchan sus palabras como oráculos de infalible verdad, ni sus leyes acatan cual mandatos de legítima soberana. Aquí quieren disponer de las mitras de sus pontífices; sin su licencia no consienten que entren al santuario los levitas; los fallos que pronuncian les ancianos de la ley, los revocan y enmiendan, y arrebatan á cada paso el incensario. Allí tratan al Vicario que mora en la ciudad eterna con orgullo é injurioso recelo, y no permiten que los hijos envíen sus gemidos y súplicas al Padre de sus almas. Con un úkase, en unas partes, despojan á la Iglesia los tiranos de su herencia preciosa y sagrada, y apenas le conceden mendigar á sus puertas las sobras de su pan. Para remachar sus cadenas se fingen, en otras, generosos protectores: en vano rechaza sus pérfidos dones; como á protegida sus derechos más sagrados vulneran. ¡Oh protección más ominosa que la tiranía feroz de los Dioclecianos, Decios y Nerones! Si la cuchilla exterminadora de estos monstruos la había relegado al antro de las catacumbas, en ellas al menos reinaba libremente desde el trono que le erigieran sus hijos con los sagrados huesos de los mártires. Pero en esta éra, que llaman de sus triunfos, ni siquiera respetan la paz y el silencio del santuario.

La verdad, señores, se descubre a las inteligencias privilegiadas con todos los atavíos de su divina belleza, y tan radiante y luminosa, que, atrayéndolas con fuerza irresistible, el amor á ella se convierte en activa y podero-

sa pasión. Cuando las almas que la adoran, la contemplan perseguida y calumniada, sienten encenderse todo el fuego del entusiasmo y la energía del celo, y consagran gustosas la vida entera á defenderla. Y, si esa verdad ha descendido del cielo, y arde en el pecho la centella de la fé, y si á su triunfo se miran vinculados grandes bienes, entonces los generosos pensamientos que agitan la mente adquieren una intensidad y expansión prodigiosas.

Este efecto produjo en el señor Castro Barros la consideración de las horribles vejaciones de que era casi en todas partes la Iglesia víctima. Dos artículos de la fe católica, repetía con sentido dolor, declarados por la Iglesia solemnemente en sus concilios, se hallan muy oscurecidos y casi olvidados en nuestro siglo: el de que tiene verdadero é inviolable derecho de propiedad sobre sus bienes, y el de que es soberana y perfectamente independiente en el orden religioso. Lamentaba frecuentemente los progresos del Jansenismo, cuyos partidarios, continuando la obra de los reformadores del siglo XVI, exagerando, por recibir sus favores, las prerrogativas de la potestad civil, y, concediéndole, en virtud de títulos imaginarios, derecho para meter su mano profana en el santuario, habían erigido en sistema la opresión de la Iglesia. Lloraba al verla perseguida, no sólo en los países de herejes y cismáticos, sino en las mismas naciones católicas, merced á las pérfidas sugestiones de consejeros impíos, que, introducidos en el gabinete de los reyes, despertando su ambición y sus celos para lograr la humillación y ruina de la Iglesia, consiguieron hacerles concebir que el sumo Pontífice y los Obispos estaban siempre ocupados en minar sordamente su poder, y que el clero, lleno de injustas pretensiones, sólo aspiraba á ejercer su tiránica dominación sobre el Estado. Se indignaba al recordar que escritores que se llamaban católicos, fueron los que legalizaron, diré así, su esclavitud, desarrollando y defendiendo las teorías inventadas por

los herejes; las cuales, adornadas por los partidarios de las regalías, aparecieron con los pomposos nombres de *patronato nacional*, de *señoría territorial* de *alia policía eclesiástica*, de *disciplina eterna*, *de inspección*, etc.; se hicieron generales, y fueron ya títulos abonados para introducirse los príncipes á arreglar los negocios de la Iglesia, y tenerla á pupilaje entre ignominiosas cadenas. El alma independiente y noble del señor Castro Barros aborrecía la esclavitud y la hipocresía en dondequiera que las hallaba, y por esto se encendían en él todos los ardores del celo cuando hablabla del triste cautiverio en que vivía la Iglesia, y de los mentirosos títulos que alegan sus opresores para perpetuarlo. Este celo por la libertad y derechos de la santa Iglesia fué en él una pasión verdadera, la idea dominante desde que conoció su importancia; hasta tal punto que llegaba á decir era este celo uno de los motivos en que fundaba su esperanza de salvarse. Toda su vida la empleó en la defensa de estos grandes principios, y en acelerar su triunfo definitivo en la América del Sur. Este era el objeto de sus profundas meditaciones, y el tema favorito de sus entretenimientos familiares y de sus discursos públicos.

En los congresos fué el esforzado campeón de los derechos de la Iglesia, y, con sus sabios discursos y con sus enérgicas protestas, combatió cuantas tendencias peligrosas en ellos asomaban. En la Universidad de Córdoba opuso toda su autoridad científica, y la de Rector, que ejerció por cinco años, á los proyectos de algunos profesores, pretendidos liberales y despreocupados, que se empeñaban en sostener tesis peregrinas en materias canónicas. Si daba lecciones á sus discípulos, nunca las terminaba sin haberles citado un texto de la Escritura, ó las palabras de algún Padre ó Pontífice en favor de la soberanía de la, Iglesia. Si lo visitaban sus amigos, evitando conversaciones frívolas, procuraba amenizarlas esclareciendo las prue-

bas de la libertad religiosa, ora poniendo á contribución los tesoros de su inmenso saber histórico, ora sus vastas luces teológicas. ¿Asistía á exámenes ó á otros actos públicos? pues precisamente, si la materia lo permitía, la discusión había de recaer sobre alguna de estas cuestiones que tenía siempre entre manos. ¿Se violaba un privilegio pontificio ó alguna prerrogativa episcopal? pues ni los más fundados temores lo arredraban, y los modernos Enriques tenían que escuchar el intrépido lenguaje de los Hildebrandos y Tomases Beket. Dondequiera que se encontrase, no perdía oportunidad de inculcar sus principios acomodándose diestramente á la calidad de sus oyentes. Cuando eran sinceros cristianos, les decía, por ejemplo, que la distinción de la disciplina de la Iglesia en interna y externa, inventada para despotizarla, había sido condenada por herética por el papa Pío VII en su bula dogmática *Auctorem fidei.* ¿Qué tienen que ver, preguntaba á los republicanos, los gobiernos de la América democratica con las máximas de los monarcas de Castilla? Si se glorían de haber rompido con las tradiciones monárquicas, y de la emancipación completa de la España, ¿por qué apropiarse y conservar aún los avances de los reyes? Más daño que provecho reciben ustedes, repetía á los gobernantes, de la humillación de la Iglesia: porque, esclava, sus ministros carecen del crédito y autoridad necesarios para hacer conservar el orden. La religión, añadía á los progresistas, encierra los verdaderos gérmenes del progreso; pero para que conduzca á la humanidad por el sendero de su perfectibilidad, es preciso que se la deje en perfecta libertad para fecundarlos: no llegarán las naciones al engrandecimiento y á la felicidad, mientras no eleven un trono á la religión del Cristo; hasta que las ciencias y las artes, y la legislación y la industria, y los gobiernos y los gobernados, la adoren y sirvan, y se dejen guiar é inspirar por ella; hasta que el elemento cristiano haya encarnado en la so-

ciedad, é identificádose ella con él; pero para tan bella obra debe comenzarse por romper las duras é ignominiosas esposas con que están aprisionadas las pacíficas y benéficas manos de la Iglesia.

Y estas mismas verdades las propagaba en todas direcciones á largas distancias, tanto con sus excelentes escritos, como publicando y anotando innumerables ajenos. A pesar de su escasa fortuna, empleó la suma de más de 4,000 pesos en la realización de estos proyectos, la que no pudo erogar sino sometiéndose á crueles privaciones.

Pero la tribuna sagrada era el teatro principal de estos pacíficos combates. Allí se le veía manejar con maestría incomparable las armas de su dialéctica invencible, y pulverizar los sofismas con que los políticos herodianos, como él llamaba á los perseguidores de la Iglesia, encubren sus más escandalosas invasiones. Ya les recordaba que los gobiernos no gozan de más derechos que de los que los pueblos les delegan, y que, no teniendo éstos ningunos respecto de Dios, de quien no son más que súbditos, no pueden ellos mezclarse como soberanos en lo que pertenece á la religión. Ya les advertía que el título de protección con que pretenden gobernarla, no es derecho sino obligación, cuyo cumplimiento debe reclamar y sólo puede determinar el mismo protegido. Ya proclamaba que la Iglesia y el Estado eran dos sociedades perfectas é igualmente independientes en sus respectivas esferas, y que, si el Estado se ingería en el orden religioso, la misma intervención podía reclamar la Iglesia en el temporal. Ya... pero, ¿cuando acabaría si hubiera de referir todo lo que ha dicho y hecho este grande hombre por la santa causa que defendía? Sería interminable. Pero basta lo dicho para poder proclamarlo uno de los primeros defensores de la libertad religiosa en América; y para convenceros de que no es menor su mérito por lo que hizo por ésta, que por lo que trabajó por la política.

Resumiré, señores, en pocas palabras este discurso. La religión católica es una estrecha amiga de la libertad política; así lo comprueban los esfuerzos que por diez y nueve siglos ha estado haciendo para desterrar del mundo la tiranía y la violencia; sus dogmas que proclaman la dignidad del hombre, su libertad metafísica, la fraternidad universal, que predican el origen divino, la santa abnegación, la responsabilidad y limitación del poder; su gobierno que sólo impera por la convicción, y que á todos debe tratar con humildad é igualdad; su moral, en fin, que, afirmando el orden y robusteciendo la autoridad, evita los excesos y la destrucción de la libertad. El señor Castro Barros, inspirado por el genio de la religión, amó y sirvió á la libertad. Pero, siendo la Iglesia, esclava, dueños de las conciencias los gobiernos, la religión en sus manos viene á servir para cavar el sepulcro de la misma libertad, y al fin la religión también desmedra, porque la libertad es una condición esencial de su vida. Lleno el señor Castro Barros de santo celo, trabajó igualmente por la libertad religiosa, que miró violada, en todas partes. Buscó la libertad en la religión, porque sabía que el cristianismo es la más sólida base y la garantía más segura de la libertad; y la religión en la libertad, porque Jesucristo crió á su Iglesia libre. Fué pues el tipo del sacerdote liberal y del ciudadano cristiano, el modelo del verdadero patriota y del hombre religioso. Tan cierto es que la religión y la libertad son inseparables: *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas.*

La libertad de la religión y de la patria fué el ídolo del corazón generoso de este grande hombre, la sublime idea que la Providencia lo envió á realizar en el mundo. Y él fué fiel á esta misión. La religión y la patria no se apartaron un momento de su pensamiento desde que se abrió su inteligencia á la luz de la verdad hasta que fué iluminada con los resplandores del cielo. Cuando lo ocupaban los desvelos pastorales en las parroquias de la Rioja y de San-

Juan, ó instruía á sus compatriotas en los rudimentos de las ciencias; cuando levantaba templos á la majestad del Criador, ó sostenía la causa americana en la Asamblea de Buenos-Aires; cuando era en Córdoba el padre de las vírgenes consagradas á Dios, ó el esforzado caudillo republicano, la religión y la patria llenaban su alma. Entre las inmensas fatigas de la visita eclesiástica de las provincias de Cuyo, ó entre las de la marcha de más de cuatrocientas leguas que hizo para ir á pacificar el ejército patriota sublevado en el Perú, la religión y la patria lo alentaban. Así presidiendo los congresos de Tucumán y de Buenos-Aires, como gobernando la Iglesia Cordobesa; tanto relegado á la horrible cárcel del pontón Casique, como calumniado por hombres ingratos, la religión y la patria no se borran de su memoria. La religión y la patria templaban su espíritu; ora cuando huía en 1819 del Gobernador de Santa-Fe, por el espantoso desierto del Chaco, ora cuando arrostraba en 1841 los rigores y formidables tormentas del Cabo en busca de un cielo más propicio, ora cuando arriesgaba su vida combatiendo á los impíos, ó en los insoportables trabajos de las misiones. La religón y la patria eran el objeto de sus votos, ya ofreciese en las sacrosantas aras la Víctima divina bañado en devotas lágrimas, ya prorrumpiese en el silencioso albergue en fervorosa plegaria después de contemplación elevada. Por la religión y la patria trabajó en los púlpitos y en las tribunas políticas, en las conversaciones y en los escritos, en las meditaciones pacíficas de la soledad y en los afanes de la vida activa. A la religión y á la patria consagró su existencia entera, sin la más ligera reserva.

La historia del mundo, señores, que no es más que la de la lucha entre el error y la verdad, enseña que antes de que ella estableciera su imperio en la tierra, vivió largo tiempo desconocida y despreciada. La preciosa semilla sólo germina al principio en unas pocas cabezas privilegia-

das; y parecía infecunda y estéril, cuando se la ve de repente echar profundas raíces, y elevar hasta el cielo sus vigorosos vástagos. Así, los cristianos, que no fueron en su origen más que una honrosa minoría, llenan ahora la extensión del orbe. Esta reflexión tranquilizaba al señor Castro Barros cuando al fin de su vida observaba los reducidos partidarios que todavía tenían los santos principios que con tanto celo y á costa de tan grandes sacrificios predicara, y lo arraigados que andan en la sociedad moderna los errores contrarios. Después de haber contribuído á la grande obra con toda la parte del hombre, abandonó el resto á Dios, seguro de que en el momento señalado en los divinos designios, brillaría la luz, disiparía las tinieblas, iluminando á los mismos ciegos.

Su misión, pues, se hallaba terminada en la tierra; nada le restaba hacer en ella. El fué aquel varón de la Escritura que, como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, había dado en su tiempo copiosos y sazonados frutos, ó el siervo fiel que ya tenía los talentos duplicados. No era un joven guerrero cuya invencible lanza fuera la esperanza de la patria y el terror del enemigo: era un viejo campeón, cubierto de las cicatrices de cien combates, encorvado bajo el peso de las fatigas, que, colgadas sus armas, espera sentado á la sombra de sus laureles el término de su gloriosa carrera. El de la del señor Castro había llegado ya. Su salud de bronce no podía resistir la debilidad de los 72 años, ni á los crueles rigores de la última enfermedad. Probado por la divina Providencia con todas las amarguras de la adversidad, la aureola del sufrimiento debía aun recibir su último brillo con los agudos y no interrumpidos padecimientos de más de tres años. En este crisol de las almas fuertes mostró el señor Castro que no era la menor de sus virtudes su festiva é invicta paciencia. La debilidad del cuerpo no llegó jamás á amortiguar el vigor de aquel espíritu que hasta en sus últimos

esfuerzos parecía conservar la gallarda lozanía de la edad temprana. Postrado en el que debía ser en breve lecho de muerte, olvidaba á cada paso sus males; y ora arrebatado por su celo ardiente, se hacía conducir á la tribuna sagrada para reanimar sus fuerzas con la palabra, que él llamaba su elemento; ora tomaba un libro recientemente publicado, para saciar la sed de saber; ora daba lecciones de ciencias eclesiásticas á jóvenes sacerdotes sus compatriotas, que se preparaban para ejercer sus funciones en la patria de entrambos. ¡Ah patria del señor Castro! Los reveses sufridos en ella parece que habían contribuído á hacer más tierno el amor que la profesaba. ¡Cuántas veces en el insomnio de las crueles vigilias, alzando la cabeza atormentada por acerbos dolores, encontraba alivio tendiendo la vista por las plateadas cimas de los Andes, para hacer votos por la ventura de las regiones que ocultaban sus cortadas puntas! ¡Cuántas, al dorarlas con sus rayos, preguntaba al astro del día por esa tierra querida, y se consolaba creyendo descubrir un anuncio halagüeño en el brillo y limpieza de su disco, que tal vez acababa de iluminar un teatro de sangre! ¡Cuántas su ardiente imaginación forjaba proyectos de viajes, con los cuales su semblante extenuado se sonreía al figurarse que en las orillas del Rioja debía abrirse la fosa que encerrara su cuerpo casi exánime! ¡Ilusorios consuelos! ¡Nobles ensueños de un corazón magnánimo! Dios reservaba á su fiel servidor la posesión de otra patria, y tenía resuelto abreviar su peregrinación.

A medida que se acercaba este lance decisivo, era más fervorosa la piedad del señor Castro, más fuerte y segura su imperturbable confianza, más tierna y filial su devoción á la Virgen María. Puede decirse que sus últimos días fueron, más bien que tristes agonías, deliquios amorosos de una alma que rompe embarazosas ligaduras. Entonces más que nunca llenaban sus conversaciones de aquel sa-

bor edificante de exquisita emoción. Cada visita de sus amigos se convertía en una conferencia espiritual; y no se borrará jamás de mi memoria la última que tuvo conmigo. Entonces con lengua balbuciente, pero con nervio y calor, encarecía la práctica frecuente de la santa comunión. ¡Ah! y ¡qué sublimes me parecían aquellas palabras enérgicas interrumpidas por el sopor lánguido del que fallece, semejantes á las llamaradas de la antorcha que se extingue por falta de pábulo! Fortalecido con los sacramentos, aguardó con rostro sereno el último trance, y redoblando su fervor, terminó la última de sus jaculatorias en la mansión inmortal; donde creo piadosamente coronada una vida tan llena de méritos.

Sí; enmudeció la voz que resonaba en nuestros templos, y que conmovía á los espíritus más endurecidos. Desfallecieron los pies hermosos del evangelizador de la dicha, evangelizador de la paz. Cruzáronse los brazos que estaban siempre abiertos para estrechar con ternura á los que acudían con los corazones llagados. No se abrirán ya más los labios que con santo fuego proclamaban los derechos sagrados y la libertad é independencia de la Iglesia. El frío de la muerte los ha cerrado cuando la hidra de la revolución tiene prófugo al Padre común de los fieles, y quiere arrebatarle una de las más importantes garantías en el libre ejercicio de sus altas funciones; cuando la perfidia de los tiranos, con traidora alevosía, se atreve á invocar aún el nombre santo de la libertad para subyugar las conciencias y esclavizar á la casta Esposa del Cordero. Perdimos un leal y generoso amigo, desapareció de entre nosotros un fuerte y valeroso caudillo; pero aun subsiste su doctrina, y se hallan esculpidos con indelebles caracteres sus ilustres ejemplos. Militemos bajo la enseña gloriosa que él enarboló. Ya que la Providencia nos ha hecho depositarios de sus preciosos restos, vamos á la huesa á evocar sus sombras venerables para revestirnos de la fuerza de su no-

ble espíritu. Allí, en las huecas cavidades sepulcrales, resonarán los dulces ecos de religión y libertad, de religión y libertad que son los ángeles tutelares de la humanidad, y las únicas tablas que pueden salvar á la verdad y al derecho del naufragio que los amenaza.

Entretanto, llegue nuestra gratitud á ofrecer al Señor por las faltas propias de la flaqueza del hombre el perfume de las devotas preces con que la Iglesia estrecha los lazos de amistad más allá de la tumba. Sí; con toda la efusión de nuestro corazón pidamos á Dios que purifique al venerable sacerdote de toda mancha, y que su alma descanse en eterna paz.



Illmo. Sr. D. José Hipólito Salas

Nació en el Olivar (departamento de Caupolicán) en 1812. Fué bachiller en Teología por la antigua Universidad en 1835, año en que se ordenó de Presbítero; miembro de la moderna en la misma Facultad desde su creación en 1843, siendo ya profesor del Instituto Nacional. Fué también secretario del Arzobispado de 1845 á 1852, presidente de la Academia de Ciencias Sagradas y Decano de la Facultad de Teología. Preconizado Obispo de Concepción en 1854, murió allá en 1883. Asistió al Concilio Ecuménico del Vaticano y habló dos veces en sesiones públicas.

ORACIÓN FÚNEBRE

En elogio del Dr. D. Manuel de Vicuña y Larraín

In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. (*Eccles.*, LV, 4).

Santificóle por medio de su fe y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres.

El mundo, señores, no puede llevar al sepulcro la gloria de sus héroes; aquí se confunden con el polvo los títulos pomposos de que los mortales se valen para disimular su flaqueza. Entonces sólo les queda de su opulenta fortuna el clamor de los pobres con cuyo sudor la aumentaron; de los honores y empleos, la rabia de los émulos que los pretendían; y de las victorias ruidosas, el llanto de la viuda y del huérfano, la sangre y la desolación, á cuya costa se ganaron. Solamente la religión sabe entretejer coronas de gloria sólida y perdurable para ceñir las sienes de aquellos á quienes ella misma aplaude. A su virtud no alcanza la formidable guadaña de la muerte, y en sus triunfos pacíficos nada hay que sea estrepitoso.

Pobres socorridos, viudas y ancianos amparados, tristeza de afligidos consolada, y pecadores santificados, he aquí los trofeos de sus hazañas, los pregoneros de su inmortal renombre y la fuente de verdadero consuelo para los que deploran su pérdida. Tales son los hechos esclare-

cidos del Illmo. señor Dr. don Manuel José de los Dolores Vicuña, primer Arzobispo de esta Santa Iglesia Metropolitana y Consejero del Estado de la República, y ellos nos hacen creer con sobrado fundamento, que, al terminar una vida consagrada toda á las penosas fatigas del ministerio con solo el fin de promover la gloria de Dios y el bien de los prójimos, su gran alma voló a la mansión santa de eterna paz; y nuestros corazones no pueden menos que sentir una dulce satisfacción al recordar los heroicos ejemplos de que hemos sido testigos. Lleno de una fe viva y emprendedora, todos sus conatos se dirigieron á hacer prosperar la religión, á la que sinceramente estaba adherido.

Dotado de mansedumbre y afabilidad imperturbables, no hubo obstáculo que no venciese, ni corazón de que no fuese dueño. Llamado al fin al sumo sacerdocio con señales claras de vocación celestial, supo corresponder a gracia tan distinguida; y para hablaros hoy de su santidad quiero que notéis en ella: 1.º los efectos de una fe activa, llena de suavidad y dulzura: *in fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum*; y 2.º el poder del llamamiento divino al Episcopado: *et elegit eum ex omni carne*: de este modo sus ejemplos nos servirán de guía, y su heroica virtud enjugará las lágrimas que se han derramado sobre su tumba. No esperéis que mi débil voz alcance á bosquejar siquiera el cuadro brillante de una vida tan esclarecida; confío, no obstante, en que su nombre solo es el mejor elogio, y que vosotros sentiréis bastante lo que yo no alcance a expresar.

Cuando Dios, para realizar los designios de sus inescrutables consejos, permite que la Iglesia sea afligida, cuida siempre de preparar los consuelos que deben hacer resaltar aquella Providencia bienhechora, que todo lo ordena á la conservación de la esposa querida del Salvador, contra

quien las puertas del infierno jamás prevalecerán. Tres siglos de opresión y de muerte, que inundaron en sangre cristiana casi todas las comarcas del Imperio Romano, elevaron la cruz sobre el trono de los Césares. La desolación y la muerte que sembraba en el Oriente el alfange musulmán, abrieron camino a los predicadores apostólicos que ilustraron con sus trabajos las playas del Báltico. Los estragos de la falsa reforma fueron el anuncio de la conquista gloriosa que dió á la Iglesia un nuevo mundo donde la antorcha de la fe iluminó vastas y pobladas regiones. El siglo XVIII alzó contra el cielo su orgullosa cerviz; un espíritu del más funesto vértigo dominó los corazones, y la licencia de las costumbres rompió todos sus diques. La devoción despreciada, los Pastores oprimidos, y el Padre común de los fieles arrancado de su silla, anegaron en lágrimas á las iglesias de Europa; mientras que en el religioso Chile se reunían elementos que preparaban la decadencia de su piedad.

Porque, á la verdad, dividida nuestra Diócesis por necesidad en parroquias de una extensión desproporcionada, con feligresías que por su número, colocación de sus habitaciones, y otras circunstancias locales no pueden recibir oportunamente del párroco todos los socorros de la religión, requerían indispensablemente auxiliares celosos del ministerio parroquial. Las comunidades religiosas, y entre ellas la activa y laboriosa Compañía de Jesús, desempeñaban este ministerio, proveyendo, esta última, de apóstoles á los indígenas infieles, y de misioneros rurales á nuestros sencillos campesinos. La expulsión de ésta, y la disminución de aquéllas, que por entonces empezó á sentirse como consecuencia de las calamidades de esa época, y que después las redujeron al más deplorable estado, dejaron un vacío que era muy difícil llenar. Sin los beneficios eclesiásticos que abundan en las iglesias de Europa, y con muy pocas capellanías colativas para servir de con-

grua, nuestro clero secular debía ser insuficiente para reemplazar tan notables menguas, si un nuevo espíritu no hacía variar sus hábitos, su ocupación, y hasta su genio, dando un giro totalmente diverso á su laudable celo, y parece que el Illmo. señor Vicuña era el instrumento que destinaban los consejos eternos para realizar tan gloriosa empresa. Nacido en esta ciudad el 20 de Abril de 1778, desde su infancia dió á conocer su distinguida piedad. Recibió una educación correspondiente á su cuna, en el Colegio de San Carlos, y, después de haber cursado con lucimiento humanidades, filosofía y sagrada teología, fué condecorado en esta última facultad con el grado de bachiller en la Universidad de San Felipe, sin que fuese posible vencer su repugnancia á la borla de doctor que se le ofrecía. La contracción al estudio, la inquietud de los colegas, su natural jovialidad y la inconstancia propia de la primera edad no fueron bastantes para entibiar el fervor del joven Vicuña: ni las ocupaciones del colegio disiparon su devoción; porque la meditación asidua y la frecuencia de sacramentos eran todo el desahogo por que suspiraba. Poco podía dudarse sobre la elección de su estado; y, sin embargo, afanado por prepararse mejor, no se ofreció á los altares hasta los veinte y cinco años de su edad, é investido del carácter sacerdotal el 1.º de Abril de 1803, no hubo uno solo que no aplaudiese su resolución.

La fe que, según la expresión del Apóstol, es el alma del justo (1), y que hace posibles al que la posee las cosas más difíciles (2), cautivó desde luego el entendimiento del nuevo sacerdote, y fué en él tan viva y eficaz, que no hubo ya obstáculo que se opusiese á su celo.

Las densas nubes que para otros encubren la insondable majestad de la augusta Eucaristía, eran para él una antorcha luminosa que inflamaba su ardiente amor hacia

1) *Habac.*, *II*, 4. *Rom.*, *I*, 17.

(2) S. Marcos, IX, 22.

Jesús Sacramentado. No contento con aquellas tiernas demostraciones de respeto que en la celebración de los divinos misterios edificaban á los circunstantes, trabajó con tesón en propagar el culto y la devoción al Santísimo Sacramento. No pudo mirar con ojo frío é indiferente la escasa y deslucida comitiva que acompañaba al sagrado Viático que se lleva á los enfermos. Penetrado del santo pasmo que causa el acto sublime de la religión, en que el mismo Dios ofrece en persona sus consuelos al moribundo en el lecho del dolor, puso todo su conato en procurar que se ejecutase con pompa y solemnidad. Recorrió de casa en casa todas las calles de esta población; habló á sus vecinos, los conmovió y, penetrados todos de su mismo entusiasmo, fué esta la devoción favorita y la expresión unánime de todo el vecindario, hasta llegar los primeros personajes de la Iglesia á disputarse la preferencia para la administración del santo Viático en los días que se establecieron de solemnidad especial. Con las colectas voluntarias se costeó cuanto podía contribuír al esplendor y decencia de esta parte del culto (1). Largo tiempo duró esta devoción en el mismo pie, y cuando sucesos posteriores amenazaron resfriarla, su promotor supo afianzar la permanencia del estado en que actualmente se encuentra con la creación de un fondo aumentado con sus propias rentas.

El sacerdocio cristiano, destinado por su divino Fundador para ser el verdadero consuelo de los afligidos, cuenta como una de sus más importantes funciones el alivio de

(1) En el año de 1803 apenas había quien acompañase al santo Viático, y merced á la diligencia del señor Vicuña se introdujo entonces la costumbre de salir en procesión con faroles y hachas encendidas los principales vecinos de esta ciudad. En esa época se costeó también una música análoga á los usos que reinaban. Se establecieron funciones á propósito para cautivar la devoción de los fieles, en las que sacaban el santo Viático personas condecoradas, dando principio el Illmo. señor Aldunate, Obispo de Guamanga.

aquellos desgraciados á quienes los prolongados y penosos padecimientos de una larga enfermedad ó el peligro de la próxima muerte colocan en el más apurado conflicto. Allí, mientras la caridad atiende al remedio de las dolencias corporales, la discreción cristiana apura todos sus recursos para insinuar al paciente las verdades que deben fortificar su espíritu abatido, alentarle al sufrimiento meritorio de sus trabajos y prepararle para comparecer justificado ante el tribunal inexorable del Soberano Juez. Desde luego la fe del señor Vicuña le hizo mirar en estas infelices víctimas los sufrimientos amorosos de su adorado Jesús, y se dedicó con empeño al auxilio de los moribundos. Visitaba frecuente y constantemente los hospitales de esta ciudad; asistía á los pobres enfermos, los exhortaba con una paciencia inexplicable, y procuraba ganar su voluntad con sus anhelosos cuidados para hacer más eficaces sus oportunos consejos. Su lenguaje, sus maneras y la misma facilidad con que se prestaba, hizo que le buscasen con frecuencia de todas las partes de esta numerosa poblacion para ejercer estos actos del sagrado ministerio, y nunca se le vió más placentero que cuando pernoctaba á la cabecera de los enfermos. La miseria, la infección, y hasta la impertinencia de los pacientes eran los títulos que decidían la preferencia de los socorridos, y hubo ocasión en que, por consultar la comodidad del enfermo para administrarle el sacramento de la penitencia, tuvo que recostarse sobre el lecho cuya cercanía había hecho insoportables á los domésticos sus pestíferas exhalaciones, sin desdeñarse de mezclar sus vestidos, y hasta sus propios miembros con la podredumbre más asquerosa.

Pero un campo más vasto reservaba el Señor al celo fervoroso de su escogido ministro. La administración asidua de la penitencia le había hecho conocer lo necesario que era difundir por medio de la predicación la instrucción religiosa. Se avivaba el deseo de hacerlo con las visitas de

los campos en sus viajes á la heredad de sus padres, y parecía sonar diariamente á sus oídos el eco dolorido de millares de párvulos sencillos, que pedían el pan de la divina palabra, sin que hubiese ministros bastantes que pudiesen distribuírlo. Conocía, sin embargo, las dificultades de la empresa; era preciso vencer las asperezas de los caminos, la incomodidad de los alojamientos y las persecuciones de los mal intencionados. Era necesario acomodarse á la índole y al carácter propio de un auditorio grosero é ignorante á quien debe enseñársele todo, y mover su indolencia sin exasperarlo. También era indispensable tener ya la facilidad de improvisar exhortaciones, que, aunque sencillas, debían ser exactas y persuasivas. Faltaban modelos prácticos, y las costumbres de aquella época no daban al clero secular muchas ocasiones en que adquirir la experiencia. Sobre todo, había que tener hábitos inveterados, haciendo que los sacerdotes que habían aprendido los medios de santificarse en las ocupaciones pacíficas del ministerio, en el recinto de la ciudad, á cuyo servicio son expresamente asignados por nuestras leyes sinodales, cambiasen espontáneamente este camino por las privaciones de la vida apostólica. Su humildad le hacía desesperar el logro de sus proyectos; pero, como la fe no conoce obstáculos, porque todo lo espera de Aquél que es capaz de convertir en hijos de Abrahán las piedras insensibles, el señor Vicuña se insinúa, persuade y reúne una comitiva de eclesiásticos jóvenes, pero celosos, que recorren por primera vez algunos valles del norte. Allí la predicación, la enseñanza de la doctrina cristiana, la administración de los sacramentos, casi no les dejan lugar para reparar las fuerzas con un mezquino descanso; y, después de haber calmado rencores y restituído la armonía á los matrimonios, la paz á las familias y la tranquilidad á las conciencias, se vió florecer una piedad edificante que ha durado hasta nuestros días. ¡Ah! y cuál sería su gozo cuando, después de treinta

años, por la visita episcopal, recorriendo los lugares en que había hecho los primeros ensayos de sus tareas apostólicas, vió concurrir á pedir nuevos documentos para su dirección á las almas cuyo espíritu había formado por sí mismo! ¡Con qué tiernas lágrimas regaría los frutos permanentes de su celo!

Todos admiraron el paso gigante que se había dado en la mejora de las costumbres clericales; sólo el señor Vicuña, anonadado por la desconfianza de sí mismo, no se detenía en observar las consecuencias de su empresa. Pero á medida de su abatimiento, se complacía el Señor en adornarle con todos los dotes que deben caracterizar al verdadero predicador evangélico. Una constancia infatigable para predicar dos ó tres horas, cuando era necesario, sostenida con todos los atractivos de la más dulce suavidad y variada con todas las formas de una elocuencia natural, pero vigorosa y amena, inspiraba tal interés á sus oyentes, que siempre los dejaba ansiosos por escucharle de nuevo. Parece que hubiese estudiado en el secreto de los corazones el modo seguro de penetrarlos. Muchas veces la repetición de una sentencia, el gesto y el acento de la voz con que la pronunciaba, era como un rayo, que destruía la insensibilidad de un pecador endurecido. Todos leían en su semblante la convicción de las verdades que anunciaba, y su ejemplo daba á sus discursos una autoridad irresistible.

Fué infatigable en las misiones y ejercicios espirituales, empleando en esta piadosa ocupación una gran parte del año, todo el discurso de su vida. Proclamada la independencia del país, el crédito y relaciones del señor Vicuña le brindaban con un lugar distinguido en la política; pero él sólo se valió de su influjo para mantener la religión y la piedad, cuando se hallaban amenazadas por los temibles azotes de una guerra sangrienta y el choque encarnizado de las opiniones. Destinada á diversos objetos en 1817 la

magnífica casa nombrada la Ollería, donde se hacían los ejercicios espirituales, sintió profundamente su pérdida; y, como estaba persuadido de la necesidad que había de substraer á los hombres del bullicio y de las inquietudes para hacerles escuchar con fruto las verdades imponentes del cristianismo, pronto supo proporcionarse su celo lugares donde personas de ambos sexos hicieron bajo su dirección los ejercicios de San Ignacio, mientras que con su cuantioso patrimonio y la protección de sus amigos concluía la casa de San José. Al mismo tiempo que el ruido del cañón resonaba por todas partes, y las agitaciones de la política conmovían la República de uno a otro extremo, la voz de Dios, anunciada por el señor Vicuña, suspendía las depredaciones, confundía la impiedad, enfrenaba la disolución, moralizaba las masas, y hacía que los enemigos más encarnizados viniesen á sus pies á deponer sus rencores y darse el mutuo abrazo de paz y fraternidad.

Pero no bastaba que el señor Vicuña cultivase con tanto acierto la viña del Señor; era preciso que también pusiese los fundamentos de una obra más permanente, y que iba á perpetuar el fruto de sus trabajos. Aquel noble y elevado espíritu debía comunicar sus vuelos á todo el clero de la Diócesis, y Dios quería así glorificar sus tareas con una dilatada serie de esclarecidos discípulos. Por todas partes se presentaban obstáculos; pero, ¿de qué no triunfa la fe? Por ella, según la Escritura, los Santos vencieron poderosos reinos (1), y la del señor Vicuña no podía ser más sincera.

El miraba al sagrado carácter de que se le había investido, nó como título de honor en la Iglesia, sino como vínculo de las más importantes obligaciones. Tenía grabado en su corazón aquel consejo del Apóstol San Pablo á su discípulo Tito: «Muéstrate en todas las cosas dechado de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de

(1) Hebr., XI, 33.

costumbres, en la gravedad, en la predicación de la sana palabra (1); y quería que todos los sacerdotes nivelasen su conducta por este divino modelo. El primer paso fué estrechar cada vez más entre los eclesiásticos las relaciones de mutua fraternidad. De ellos los unos habían abrazado el estado guiados por sus consejos y estimulados con sus ejemplos, y los otros quedaron luego cautivados con el suave lazo de su incomparable afabilidad. Arbitro de los corazones, era mirado como el padre de una sola familia, con cuyo renombre fué generalmente conocido (2). Para fomentar la aplicación al estudio de la Moral y cortar la divergencia de opiniones en materias cuestionables, que tantos inconvenientes ofrece en la dirección de los fieles, se propuso conservar siempre conferencias morales voluntarias. Sabía cuánto importaba que los eclesiásticos, ocupados de continuo en la santificación de los otros, destinasen algunos días para la suya propia, renovando el espíritu de fervor é inflamando con la meditación y el retiro aquel celo vigoroso que produce las grandes empresas, y puso todo su conato en promover con frecuencia ejercicios espirituales para ellos. No ignoraba cuánto influye la modestia exterior en la regularidad de costumbres y la circunspección del trato, que tanto atraen el respeto de los fieles, con que, para su provecho, deben acatar la dignidad sacerdotal, y con este fin se propuso introducir una severidad en el uso del hábito clerical, mayor que la que entonces se acostumbraba, y que para honor suyo se ha hecho ya general en esta ciudad.

Sobre todo, había necesidad de una escuela donde se formase la juventud eclesiástica, y un punto de reunión para todos, donde, estimulándose con el mutuo ejemplo, no aflojasen el tesón con que debían dedicarse á las fun-

(1) Tit., II, 7, 8.

(2) Desde su mocedad todos daban al Señor Vicuña el título de padre, que en Chile no es costumbre dar a los sacerdotes seculares.

ciones del ministerio, y la Divina Providencia dispuso que el señor Vicuña se dedicase al servicio de la iglesia del Colegio máximo de la Compañía de Jesús. Casi se hallaba reducido á escombros este hermoso templo y faltaba hasta la decencia bastante para celebrar en una de sus capillas la sola misa de los días festivos, cuando el nuevo Esdras, desplegando toda su actividad é invocando la piedad del vecindario, trató de restablecerlo á su antiguo esplendor. Penetrado de la importancia de su obra, no pensó más que en ella, viéndosele en algunas ocasiones ayudar personalmente á los mismos trabajadores. Allí estableció distribuciones diarias de meditación y lectura espiritual para el propio aprovechamiento, enseñanza de la doctrina, misiones y pláticas morales con bastante frecuencia para la instrucción del pueblo, alternándose espontánea y gratuitamente en estos ministerios los individuos del clero, y haciendo que el más puro desinterés fuese el móvil de sus trabajos. Con la celebración solemne de la santa misa y oficios divinos, logró fomentar el culto y aficionar a los eclesiásticos al estudio de la santa liturgia, introduciendo una piadosa emulación en la exacta observancia de las rúbricas prescritas para las ceremonias, sin cuya práctica ordinariamente las olvidan los más expertos. Allí todos se contrajeron á la asidua administración del santo sacramento de la Penitencia hasta llegar la iglesia de la Compañía á ser uno de los templos más frecuentados de la ciudad. Dígalo el entusiasmo con que los fieles se han apresurado á reedificarlo, después que, reducido á cenizas por la voracidad de las llamas, se creía por muchos imposible su restablecimiento. Allí es donde los eclesiásticos jóvenes han adquirido la facilidad para la predicación que en otros tiempos talvez no lograban jamás los que no habían sido empleados en el servicio de las parroquias. Allí, finalmente, donde se han proyectado las expediciones apostólicas que no han faltado aun en tiempos de la mayor turbulencia. ¡Ah, y

cuántas lágrimas de tierno gozo no arrancó al señor Vicuña el ver fructificar un plantel puesto y cultivado por su propia mano! ¡Y qué consuelo no recibía su fe cuando miraba eclesiásticos abrumados por las fatigas de todo el año elegir la estación destinada al descanso para anunciar las palabras de paz ó bajo las lluvias interminables de las provincias del Sur, ó sobre las estériles arenas del Norte! Testigo yo de los inmensos bienes que produjo la reunión del clero en la iglesia de la Compañía, y deudor de ellos al mismo tiempo á su ilustre fundador, quisiera, señores, que el elogio de este grande hombre no me hubiese obligado á referir otros hechos, para contraerme sólo á hablaros de este rasgo tan glorioso de su preciosa vida. Sus ojos moribundos se fijaron en el templo predilecto, y sus postreros encargos se dirigieron á afianzar la permanencia de su grande obra. Mi gratitud en este momento no encuentra homenaje digno del padre, del modelo, del guía y del generoso amigo del clero chileno.

Empero, tantas virtudes debían ser probadas en el crisol del sufrimiento. La tentación, según las Santas Escrituras, es el medio con que Dios hace resaltar el mérito de sus escogidos, y no debía quedar privada el alma favorecida del señor Vicuña de los triunfos de esta nueva y peligrosa batalla. Aunque alegre y festivo, había cuidado de conservar la delicadeza de su pura conciencia; mas el cielo pierde su serenidad, retira sus consuelos, y, sumergido el Señor Vicuña en un mar de ansiedades, no ve más que la nube densa de incertidumbres y perplejidades que cubre su entendimiento. Quiere administrar los santos sacramentos, y su inquietud lo desconcierta. La recitación del oficio divino, que alimentaba su piedad, lo llena de amargura. Apenas se atreve á llegarse al altar, porque sólo encuentra temores y sobresaltos, donde antes se recreaba con celestiales delicias. Cuatro años fluctúa en dudas y sinsabores, y su corazón tímido, aterrado con la

imagen del pecado, que á cada momento se presenta á sus ojos, casi se rinde al peso de su aflicción; pero su fe no le desampara; y, sometido ciegamente como párvulo al juicio de sus directores, se deja gobernar por ellos, salvándole su humilde docilidad, del escollo en que otros muchos han naufragado.

Sí, señores; vuelve á su corazón inocente la apacible calma y dulce tranquilidad; y el espíritu de lenidad y mansedumbre con que Dios le dotó, fué desde entonces con nuevos y más poderosos títulos el móvil de todas sus operaciones, y el resorte poderoso de que se valió para llevar adelante sus más arduas empresas. Y á la verdad, ¿qué cosa más difícil que un hombre enemigo de los aplausos y por lo mismo sin el brillo de una sabiduría ruidosa, amante del retiro y de la humillación, y destituído de toda autoridad coactiva, hubiese podido arrancar á hombres pacíficos del seno de sus comodidades para hacerlos soportar lo más penoso del ministerio. realizar dilatados viajes, inventar y sostener distribuciones piadosas sin recursos terrenos; en una palabra, cambiar los hábitos y hasta las inclinaciones del clero? ¡Ah! el señor Vicuña con la dulzura de su trato y sus modales graciosos diestramente se apoderaba de los ánimos; con su genio siempre igual y su caridad activa, hacía á todos participantes de sus servicios, y su corazón poseía atractivos tan poderosos, que no podía tratársele sin quedar penetrado de sus mismos sentimientos. Su cariño afectuoso y apacibilidad imperturbable le hacían recobrar con usura cuanto había cedido por condescendencia; de manera que sus insinuaciones eran dardos que nadie podía resistir; y así, cuanto para la santificación propia y de los prójimos proyectaba su fe, realizó su mansedumbre: *In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum.*

El señor Vicuña había satisfecho sus aspiraciones cuando vió terminado el edificio de la casa de San José, fruto de los más penosos afanes de su celo. Fijó en ella su residencia para gustar en el retiro de las dulzuras celestiales, y, libre de todo embarazo, contraerse á la dirección de los ejercicios espirituales, cuyas ventajas para la religión y la moral son tan notoriamente conocidas. Entretanto, la Iglesia de Santiago lamentaba las funestas consecuencias de la orfandad en que la había dejado la expatriación del Illmo. señor Rodríguez, su digno Obispo. Son bien notorias las circunstancias de esa triste época, y el Padre común de los fieles, dispuesto siempre á mirar con especial interés los negocios de la Iglesia Chilena, instruído de su estado, pensó seriamente en el remedio de sus males, y creyó que el más oportuno era el nombramiento de un Vicario Apostólico, Gobernador de la Diócesis. Mas la dificultad consistía en la elección de la persona. Era necesario que su mérito fuese tal, que allanase por sí los embarazos que podían ocurrir para su reconocimiento, y que su tino y discreción reparasen los daños, conciliando los ánimos divididos por las cuestiones jurisdiccionales. Se elevaron preces al cielo, se pidieron listas de los eclesiásticos chilenos meritorios á cuantos podían conocerlos, y la circunstancia de hallarse en todas ellas el nombre del señor Vicuña hizo mirar á Nuestro Santísimo Padre León XII como una señal clara de ser él á quien designaba la Divina Providencia, y lo instituyó Obispo de Cerán *in partibus infidelium* y Vicario Apóstolico de esta Iglesia por sus bulas del 15 y 26 de Diciembre de 1828. La noticia inesperada de su exaltación fué recibida con general alegría; pues que calmaba las dudas, tranquilizaba los ánimos y elevaba á tan alta dignidad de un modo extraordinario al mismo á quien el sufragio unánime de los chilenos designaba por tan acreedor á ella; pero el señor Vicuña, que veía traicionada su humildad, que tenía una repugnancia invencible á

toda distinción y empleo honorífico, y que miraba para siempre escaparse los plácidos consuelos del suspirado retiro, quiso rehusar su aceptación. Su corazón tímido no podía resolverse á echar sobre sus hombres la carga del episcopado; de sus ojos corrieron copiosas lágrimas de aflicción y tristeza para mezclarse con las de puro gozo que todos derramaban á porfía. Ningunas reflexiones habrían bastado á convencerle si no se le hubiese llegado á persuadir que la Iglesia exigía de él tan costosos sacrificios. Luego que conoce la voluntad de Dios, su alma generosa no divisa obstáculos, ni duda un momento rendirse á las soberanas disposiciones del cielo.

Amado siempre de todos el señor Vicuña, no se le había presentado ocasión de manifestar la magnanimidad del corazón y aquel amor heroico que más se inflama á medida que crecen los disgustos y sinsabores. Este género de prueba estaba reservado para cuando, elevado á un alto puesto, pudiese su conducta ser mejor observada. Condecorado con el Sumo Sacerdocio el 21 de Marzo de 1830, y recibido como Vicario Apostólico, iba á dar los primeros pasos en el gobierno de la Diócesis, cuando tropezó con las dificultades que más podían afligir su corazón pacífico; pero él triunfó de ellas, no sólo sin mengua de la caridad, sino estrechando la unión fraternal con más poderosos vínculos.

Dedicado siempre el señor Vicuña á la predicación de la palabra de Dios, y ocupado desde los principios de su sacerdocio en tan importante ministerio, creyó que el cargo pastoral le imponía una nueva y más vigorosa obligación, y desde entonces redobló sus tareas y procuró que ellas no se limitasen ya á una iglesia, pueblo ó provincia, sino que todas las ovejas confiadas á su cuidado participasen de este divino socorro. El recargo de las atenciones y la agitación de los negocios no le impidieron dar por sí mismo con más frecuencia ejercicios espirituales. Para esto

jamás quiso abandonar la casa de San José, juzgando que debía negarse lo que podía contribuír al decoro exterior de su dignidad por no defraudar la dispensación asidua de una de las funciones más augustas del apostolado, de quien quería mostrarse fiel sucesor. Cerca de cinco mil personas recibían anualmente su dirección en los ejercicios de San Ignacio; cuidando de que en las parroquias donde no había casas para este objeto le remitiesen los párrocos todos aquellos pobres que querían disfrutar de este espiritual auxilio y carecían de facultades con que proporcionárselo en otros puntos. Parecía superior á las fuerzas humanas el tesón con que algunas veces soportaba estos trabajos. En la semana santa y en las fiestas principales de la Iglesia en que tenía que celebrar de pontifical y concurrir á los oficios divinos, tomaba él solo tareas que habrían dado ocupación penosa para dos ó tres sacerdotes laboriosos. No contento con esto, costeó á sus expensas, en repetidas ocasiones, misiones, que recorriesen una á una las parroquias, haciendo sus misiones en los puntos donde los fieles podían ser menos socorridos por los párrocos.

Cuando el Salvador hizo el retrato del buen pastor, dió por señal para descubrirle el conocimiento que tomaba de las propias ovejas y los silbos amorosos con que las reunía para que escuchasen su dulce voz, y el señor Vicuña se afanó por copiar los rasgos de este celestial modelo. Cualquiera que conozca nuestra Diócesis advierte á primera vista las circunstancias locales que hacen en extremo difícil y dispendiosa la visita episcopal de las parroquias. Hacía treinta y siete años que los Obispos no habían podido dedicarse á estos trabajos, cuando el señor Vicuña los emprendió, no limitándose ya á sólo aquello que por derecho debía hacer, sino proponiéndose un plan de espirituales tareas que era bastante para arredrar á quien no hubiese tenido su decisión. Precedían predicadores y confesores, que debían misionar en uno ó varios lugares de ca-

da curato. Dispuestos así los fieles, se les daban instrucciones sobre el sacramento de la Confirmación, que administraba en seguida el señor Vicuña á una multitud de párvulos y adultos (1). Se tomaba una razón circunstanciada del estado de cada parroquia, su archivo y rentas: se formaban descripciones de ellas y se copiaban todos los datos estadísticos que podían necesitarse para establecer mejoras en su administración. Iba un repuesto de paramentos y vasos sagrados para proveer á todas las iglesias en que faltaban los precisos para la administración decente de los divinos misterios. No había hora reservada para escuchar las solicitudes y hasta las impertinencias de cuantos querían hablar al prelado, y no sólo tomaba interés en los negocios espirituales, sino aun en los temporales, y nada perdonaba por reparar los escándalos, salvar la inocencia, socorrer la miseria y restablecer el respeto á la equidad y el amor á la justicia. Quería al mismo tiempo dar á conocer en todas partes la augusta majestad de nuestro culto, y continuamente repetía fiestas solemnes, según lo permitían la circunstancias de cada pueblo; presentando á la vez el espectáculo imponente de predicar sermones, celebrando de pontifical. La comitiva se componía de diez y seis ó veinte eclesiásticos con el servicio y equipajes convenientes, y casi no alcanzaban á desempeñar los trabajos que se proyectaran. El señor Vicuña á todo atendía, menos al cuidado de su persona. Por no molestar á los pobres que de lejos concurrían, continuaba en la administración de la santa Confirmación casi hasta la media noche, y ni los rigores del sol, ni la aspereza de los caminos, ni la incomodidad de los alojamientos impedían el que se detuviese á prestar los socorros de su ministerio dondequiera que se le pedían. Los pueblos, cautivados

(1) Los confirmados en la visita episcopal de los departamentos del Sur ascendieron á 117,092, y en el Norte á 105,933.

por su celo y conmovidos por su heroica piedad, se agolpaban en masa y le conducían en triunfo por los caminos donde transitaba. Catorce meses soportó el peso de estas fatigas en las dos diversas ocasiones que hizo la visita episcopal, y no habría quedado sin ser visitada una sola de las pocas parroquias donde no alcanzó, si la divina Providencia no hubiese tan temprano acortado sus pasos.

Uno de los deberes del ministerio pastoral que requiere más esmero y circunspección para su fiel desempeño es la ordenación de sacerdotes y ministros subalternos, de cuyo acierto pende, si no exclusivamente, por lo menos en gran parte, el bien espiritual de los fieles y la prosperidad de la Iglesia. Persuadido el señor Vicuña de esta verdad, no perdonó sacrificio para proporcionar á su grey virtuosos y activos operarios. Hizo grandes esfuerzos hasta conseguir el restablecimiento del Seminario Conciliar; construyó á sus expensas el edificio, lo colocó inmediato á su misma habitacion, y, ya que personalmente no podía regirlo, abrió una comunicación para visitarlo en cualesquier tiempo y hora que fuese conveniente. Aumentó las becas de los que se educan para el servicio de la Iglesia, y facilitó medios á fin de que todos los clérigos de menores órdenes pudiesen concurrir á sus clases. Anhelaba por que el clero fuese distinguido por su ilustración, y fomentaba todas las empresas que se dirigían á este fin. Pero, como sabía que las prendas más apreciables de un ministro del altar quedan obscurecidas sin la virtud, al cultivo de ésta prodigaba todos sus cuidados. Temblaba al resolver la elección de un sacerdote; tenía grabada en su corazón y repetía con frecuencia la sentencia del Apóstol (1): *No impongas de ligero las manos sobre alguno ni seas cómplice de pecados ajenos.* Los obligaba á que examinasen su vocación, á la luz de las verdades terribles de la religión, una

(1) Tim., VI, 22.

y más veces en el silencioso retiro de los ejercicios; retardaba de intento la ordenación de aquellos que se valían de algún influjo para conseguirlo, y, por muchos que fuesen los candidatos seculares ó regulares, jamás dejó de hacerse un rigoroso examen en su presencia, empleando en cada uno dos y hasta tres horas. Ni la multitud de trabajos, ni los achaques, ni su última y penosa enfermedad pudieron, á su juicio, permitirle confiar á otro el ejercicio de esta obligación tan delicada del episcopado; sin que por esto pudiese aventajarle ninguno en el deseo de multiplicar el número de celosos operarios.

Justo apreciador del relevante mérito que contrae un párroco, se desvelaba por mejorar la condición de los sacerdotes destinados á este ministerio. Partía sus propias rentas con aquellos cuyo beneficio no les proporcionaba lo bastante para su sostén; les auxiliaba en los viajes que hacían por necesidad, les ofrecía su propio palacio para hospedarse. Cualquiera diferencia ó disensión que había con ellos hería de muerte su corazón, y ningún negocio le ocupaba más profundamente que la mejora del servicio parroquial. Le compadecía la vida agitada de un cura, y para facilitar sus trabajos proyectó la formación de un manual que reuniese, á los ritos para la administración de los sacramentos, un acopio de resoluciones sobre los casos que pueden ofrecer dificultad en los procedimientos que ocurren en el servicio parroquial. No cesó de instar por la conclusión de esta obra, y en su última enfermedad manifestó el sentimiento que le causaba no verla terminada. Le era insoportable considerar que eclesiásticos envejecidos en la dirección de una feligresía, privados de las ventajas de una sociedad culta y de las comodidades terrenas por propio desprendimiento, tuviesen que venir á terminar sus días á expensas de la caridad ajena, por una enfermedad causada talvez por el peso mismo de los trabajos. Le escandalizaba, por otra parte, creer que con la colación

de un beneficio curado podía darse á un eclesiástico tibio é interesado ocasión de asegurar un título con que hacerse contribuír la pensión sinodal, escudándose para no servirlo de enfermedades que á la astucia humana no es difícil acreditar. Para remediar ambos males había resuelto fundar una casa de refugio para eclesiásticos, donde fuesen perfectamente asistidos los verdaderos necesitados, sin gravamen de aquellos que interinamente sirviesen las parroquias. Afanado por la ejecución de este plan benéfico, había reconocido el terreno, dispuesto su compra y encargado la dirección del edificio, cuando los gastos de su enfermedad dieron por tierra con sus esperanzas. Pensaba en la formación de un seminario mayor y un plan de educación parroquial que pusiese la asistencia de nuestras parroquias al nivel de las más florecientes de Europa; pero, como era preciso dar tiempo para recoger el fruto, su genio emprendedor, que no toleraba esperas, arbitró la erección de una academia en su propio palacio que supliese entretanto la falta de aquel establecimiento. Elegido yo mismo para regirla, he sido testigo de sus piadosos afanes, activos cuidados y eficaz empeño. Ni los penosos padecimientos de su prolongada enfermedad, ni el abatimiento de su ánimo contristado, ni la proximidad de la muerte pudieron entibiar sus deseos. Llamado probablemente para recibir nuevas órdenes sobre su pronta realización, quiso Dios que sólo llegase á tiempo para presenciar ¡ah! el triste desengaño de tantas esperanzas frustradas. Vos, Señor, habréis premiado su voluntad generosa; pero nosotros, confundidos en nuestra aflicción, sólo llegamos á conocerla para experimentar ahora toda la amargura del desconsuelo.

La humildad del señor Vicuña era más profunda á medida que Dios se complacía en engrandecerlo. Nombrado el 21 de Mayo de 1840 por la Santa Sede primer Arzobispo de esta Santa Iglesia, comisionado para su erección en

Metropolitana, y las dos sufragáneas de Coquimbo y Chiloé en catedrales, condecorado con los primeros puestos de la República, y saludado con respeto por casi todos los prelados americanos, era cual otro Moisés, que sólo á él se ocultaban los rayos de luz con que á todos deslumbraba. Jamás pretendió distinciones ú honores para su persona. Desconfiado en extremo de su propia sabiduría, en ningún negocio resolvía sin haber antes tomado consejo; le era familiar la máxima del Espíritu Santo (1): *Entre los soberbios hay continuas reyertas; mas los que para todo se aconsejan, se gobiernan por la sabiduría;* pero esta docilidad jamás esclavizó su opinión. Todo lo examinaba por sí mismo, leía hasta el papel menos importante que firmaba, y al pronunciar su juicio olvidaba la persona á quien se adhería. En el trato común no se distinguía del último de sus súbditos sino por su afable jovialidad; ensanchaba con su franqueza el corazón de la mujer, del niño y del mendigo. Hospedaba con generosidad á las personas de mérito que venían á habitar entre nosotros. Todos los eclesiásticos, desde el más joven minorista hasta las primeras dignidades de la Iglesia, encontraban en él el más sincero y cordial amigo. Si en alguna ocasión el deber le obligaba á corregir, apuraba toda la eficacia de su ternura y, valiéndose del secreto y hasta de la misma obscuridad, conseguía la enmienda más bien por gratitud y deferencia á su amor, que por la confusión y vergüenza de la reprensión. Pero su celo, aunque tan dulce y benigno, era activo é infatigable. No había una sola de las necesidades de su grey, cuyo remedio no procurase, llegando hasta el extremo de que, viéndose la perversidad forzada en sus últimos atrincheramientos, llegase á tener la osadía de amenazarle de muerte, asegurándole *que había veinte puñales prontos si quería llevar a la letra el Vis portare peccata populi* (2).

(1) Prov., XIII, 10.

(2) Se alude en este pasaje á una carta anónima que se dirigió al

El tino y la prudencia, al paso que tan necesarias, son las cualidades más difíciles de adquirir. El señor Vicuña las poseía en un alto grado de perfección. Era máxima suya que *no tiene el don de gobernar el que no sabe hacerse amar* y su conducta á cada paso daba pruebas claras de que Dios mismo le había elegido para regir esta Iglesia en los días que más necesitaba de un prelado prudente y discreto. Cuando tomó las riendas del gobierno, el país se hallaba envuelto en guerra civil y agitado por una de las convulsiones más violentas que ha sufrido. Posteriormente los partidos han tenido continuos choques; se han agitado cuestiones espinosas, y la nación ha tenido que luchar en el exterior. En tan críticas circunstancias parecía imposible dejarse de mezclar en la política y atraer el desagrado de algunos. Estaba reservado al señor Vicuña hacerse dueño de todos los corazones, satisfacer sus deseos sin humillación ni bajeza y dar á su nombre tal respetabilidad, que se hiciese el timbre de los que querían recomendar su opinión y ganar los sufragios para sus candidatos. No podía ser mayor ni la delicadeza de su conciencia, ni su anhelo por la defensa de las inmunidades y prerrogativas de la Iglesia; y, sin embargo, jamás se alteró la buena armonía que siempre guardó con las diversas autoridades y magistraturas del Estado. Las comunidades regulares no usaban de la exención de su jurisdicción sino para darle pruebas de su amor y deferencia. Era tan general el aprecio de su persona, que cuando en 1829 las parti-

---

señor Vicuña, en la que con tono amenazante entre otras cosas se le decían las palabras que en el texto van subrayadas. Un eclesiástico respetable (á cuya pieza de habitación se arrojó la carta) asegura que el señor Vicuña conoció quién podía ser el autor del anónimo; pero que supo diestramente ocultar su nombre, contentándose sólo con mandarlo á un magistrado de los que entonces tenían parte en el gobierno de la República. Lo que parece indudable es que el señor Vicuña se había concitado esta clase de enemigos por su celo en corregir los desórdenes y cortar de raíz los escándalos.

das de malhechores que entregaron al saco y la destrucción varias casas de los suburbios de esta ciudad, se dirigieron á la suya, su presencia sola bastó para hacerles deponer su furor y rendirse cual mansos corderos á sus tiernas persuasiones.

Instruído por el divino Maestro, de que la caridad debía ser la señal que le daba á conocer por su verdadero discípulo, quiso que ella fuese el intérprete de su solicitud pastoral. Juzgaba como una defraudación de los socorros debidos al menesteroso cualquier gasto para su propia comodidad. Su vestido interior casi llegaba á ser andrajoso; y hasta su propia cama era tan despreciable é incómoda, que en su última enfermedad fué preciso hacerla de nuevo para proporcionarle algún alivio. La poca decencia exterior que se le veía era debida al cuidado de sus amigos que burlaban sus economías. Mientras tanto, no llegaba á sus puertas un solo afligido que no saliese consolado. En las parroquias que había recorrido tenía asignadas pensiones á familias desamparadas, y en esta ciudad repartía mensualmente en limosnas una ingente suma. De todas las multas y componendas eclesiásticas había formado un fondo destinado exclusivamente á socorrer la indigencia. Daba un lugar preferente a todas aquellas personas que por su sexo, clase ó calidad, se veían precisadas á encubrir su miseria. Jamás hizo alarde de su generosidad, y ha sido necesario que experimentásemos su pérdida para conocer algo de sus oficiosas liberalidades (1). No se contentaba

(1) A más de las muchas limosnas que distribuía el señor Vicuña en su Diócesis, suyas ó colectadas por su mano, por una carta recibida después de su fallecimiento, se han descubierto los socorros que mandó á un monasterio de España. En dicha carta la superiora se expresa así: «Inmediatamente que recibí la carta, á hora intempestiva, por medio de la campana convoqué la comunidad á coro á darle gracias llenas de todo fervor por el grande favor que por medio de V. S. I., nos ha hecho nuestro buen Dios justamente en vísperas del santo tutelar de V. S. I., en cuyo acto rogamos á N. Señor por V. S. I., toda su

con remediar los males de un modo pasajero, quería curarlos radicalmente. Para ello circundó sus establecimientos piadosos de habitaciones destinadas para viudas, ó hijas de menestrales y jornaleros. Mantuvo á su costa escuelas de primeras letras en esta ciudad y en los lugares más desamparados de la Diócesis; pagaba colegio á los hijos de familias distinguidas, cuya fortuna había decaído, y que daban esperanzas de ser en lo sucesivo su apoyo. Sería interminable, señores, si quisiera enumerar uno á uno los beneficios que prodigó su mano bienhechora, y de que vosotros habéis sido, como yo, testigos y admiradores.

¡Y que no me sea lícito penetrar los secretos de su corazón para descubriros su santidad y las especiales gracias con que Dios le favoreció! Respeto las leyes de la Iglesia, no ignoro la reserva con que debe hablarse en este lugar sobre esta materia, ni pretendo anticiparme al juicio de la misma Iglesia para calificar las virtudes del personaje ilustre á quien hoy consagramos este homenaje de nuestra gratitud; pero ¿cómo podremos olvidar su prolongada oración, su devoción afectuosa, su castidad sin mancilla, su anhelo por la frecuente purificación de sus faltas en el sacramento de la penitencia, y su respeto y ternura á la

---

buena familia, y que este Señor le dé acierto para dirigir su Arzobispado, y últimamente le lleve al descanso eterno, lo que continuaremos pidiendo toda esta comunidad en todas las horas de coro, como en nuestras oraciones particulares». Después de acusar recibo del producto de 20 onzas de oro y de anunciar la distribución que se le ha dado, añade: «Ahora resta vestir, aunque sea de mal sayal, á algunas religiosas que sus hábitos muy deteriorados no les permitían salir de sus celdas ni aun á coro, y lo restante se irá conservando para la diaria manutención. El cielo oiga las gracias que esta pobre comunidad le da y pide, pues no pueden mis ojos por menos de arrasárseme con lágrimas, al considerar lo mucho que Dios me quiere al verme al frente de una comunidad que tanto ha sufrido por Dios y haberme mandado un ángel con sus socorros.»

Santa Eucaristía? A pesar de su reserva, forzado pocos días antes de su fallecimiento á descubrir sus temores para comulgar diariamente, nos ha dejado traslucir algo de las dulzuras espirituales con que Dios regalaba su alma privilegiada.

Probada su paciencia con los padecimientos de su larga enfermedad, conoció que se acercaba el término de su laboriosa carrera, y entonces sólo pensó en prepararse. La Iglesia, la juventud y los pobres fueron el objeto de sus últimos cuidados. Próximo á la muerte, todavía su alma devota conservaba todo su vigor, y cuando quiso recibir el santo Viático, sintió las mismas timideces y ansiedades que en la robustez de su salud. Cerca de diez horas permaneció llamando al confesor y deteniéndole para prepararse mejor, y fué preciso descubrirle la gravedad del peligro para calmar su inquietud. Mas ¿cuál fué su ternura al esconderse en su pecho el suspirado objeto de su amor? ¿Cómo rehusar las últimas caricias de Dios en el sacramento de su predilección? Despedidos los circunstantes, pidió un rato de silencioso retiro, para soltar la rienda á su afectuosa devoción, y sus ojos bañados en dulces lágrimas fueron el intérprete de tan edificante piedad. Atormentado con fatigas mortales, ordenó que se le administrase la Santa Unción, y aguardó sin asustarse el término de su peregrinación. El momento fatal se acerca; la muerte... aciago 3 de Mayo de 1843; infausto día para dos Metrópolis hermanas... pero nosotros... ¡ay, señores! ojalá pudiese borrar de mi memoria aquel lecho rodeado de sacerdotes venerables, sus santas palabras interrumpidas con sollozos, sus últimos adioses, anegados en lágrimas, y los tiernos acentos que con voz balbuciente entonaban el símbolo de nuestra fe, mientras que el alma del varón justo iba a penetrar los brillantes resplandores de la luz indefectible! ¡Funesta suerte! El señor Vicuña no

existe ya, y el eco dolorido de las campanas lleva por todas partes la angustia, la desolación y el dolor.

Pierde la Iglesia al pastor activo y emprendedor, de cuya virtud y crédito se necesitaba para llevar á cabo tanta empresa benéfica que había proyectado. Se arrebata al sacerdocio el ornamento ilustre que más lo adornaba. Desfallece el desvalido, porque se obscurecieron los ojos benignos cuyas miradas disipaban la horrible desesperación. Gime la viuda al mirar á los hijos que recibían el pan de su caritativo bienhechor. Mortal palidez cubre el rostro de la doncella, cuando por última vez besa las manos yertas que rompieron tantos lazos armados para su perdición. Vigilan de noche los pobres para recibir de Valparaíso el cadáver y acompañar con sus lágrimas hasta la casa de San José al que allí mismo tantas ocasiones se las había enjugado. Por todas partes no se escuchaban sino tristes clamores, y hasta aquellos que más conocían su desprendimiento tienen que admirar el número de las víctimas que van á quedar, con su muerte, expuestas á la indigencia. Y nosotros ¡ah! los que sondeamos aquel corazón tan puro, los que tratamos á tan noble y generoso amigo... Sí, dulce amistad, bálsamo de consuelo en esta vida tan frágil, tú has dejado en el corazón un hondo vacío. ¡Ojalá que jamás tus goces... pero nó, tu memoria sea siempre el lenitivo de nuestras penas, y el firme apoyo que nos sostenga en las continuas pruebas de este valle de mísero destierro!

Sí, amigos del señor Vicuña: venid y elevemos á Dios nuestras preces; cumplamos con el último encargo que hizo con voz moribunda (1). Respetables magistrados, no perdáis de vista al prelado celoso, que en el tiempo de

(1) Después de haber comunicado las prevenciones relativas á su testamento, la víspera de su fallecimiento hizo formal encargo de que se rogase á todos sus amigos que no olvidasen ofrecer á Dios sufragios por el descanso de su alma.

su gobierno supo estrechar con fuerte ósculo á la justicia inexorable y á la dulce paz. Ministros del Dios amor, asíos del cayado de nuestro pastor, y sea su mansedumbre la antorcha que guíe nuestro espíritu, y un nudo indisoluble que ate nuestras voluntades. Castas esposas del Cordero inmaculado, conservad la santa sencillez, y acordaos del que la hizo tan amena con su afable bondad. Tiernos vástagos de la familia chilena, mantened la piedad que con tantos desvelos quiso legar á vosotros el padre más anheloso. Pobres y afligidos, venerad la tumba del que os llamaba con tierna complacencia la *escolta honorífica de su persona.* Sexo devoto, continuad esparciendo hermosas flores sobre las cenizas del valiente defensor de vuestra inocencia (1). Y tú, Padre nuestro, dechado de viva fe y lenidad apacible, elegido de un modo maravilloso para regirnos; no olvides que somos tus hijos; sí, tus hijos queridos, que lloramos nuestra orfandad. Desde el eterno descanso en que, por la misericordia de Dios, esperamos que reposes, fija sobre nosotros una de aquellas miradas que tantas veces alentaron nuestro espíritu abatido, y haz que tu sombra venerable mantenga en tu Iglesia una paz profunda y duradera.—Así sea.

---

(1) Desde que fué sepultado el cadáver del señor Vicuña, se ha notado que diariamente cubrían con flores la sepultura; costumbre que por primera vez se ha practicado en el recinto de nuestros templos, y que duró hasta después que se celebraron las honras.



ORACIÓN FÚNEBRE

En las solemnes exequias que se celebraron en la iglesia de la Compañía por el alma del Sr. D. Domingo Eyzaguirre

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem. (Salmo, XL).
Bienaventurado el que sabe comprender al indigente y al pobre.

Illmo. y Rvmo. señor (1):

Señores:

Sin que yo lo diga, vosotros comprendéis muy bien el objeto de esta lúgubre ceremonia. Aquí hemos venido á pagar un tributo de veneración y de respeto á la memoria de un varón eminente, que ha merecido bien de la religión y de la patria; y tengo yo para mí, que este homenaje ofrecido al mérito del hombre humilde y modesto que consagró sus días á la gloria de Dios y al servicio de sus semejantes, le era debido en justicia. Sí, señores: la preciosa vida del Sr. D. *Domingo Eyzaguirre* es por mil títulos acreedora á los elogios y á la gratitud de la presente y de la futura generación. Sus virtudes y sus ejemplos no pueden jamás quedar sepultados bajo el insensible mármol que cubre su yerto cadáver. Corresponde á nosotros recordar su grata memoria y transmitir con honor su nom-

(1) El Illmo. señor Arzobispo, Dr. don Rafael Valentín Valdivieso.

bre á la posteridad, para que ésta y nosotros estudiemos con provecho los caracteres del cristiano fervoroso, del patriota desinteresado, del hombre de corazón y de fe, que supo granjearse la estimación pública de sus conciudadanos, pidiendo al cielo las inspiraciones de su genio activo y emprendedor, y dejando en la tierra imperecederas huellas de sus bondades y beneficios. Don *Domingo Eyzaguirre*, á ejemplo del Salvador, pasó haciendo el bien, y es justo que, después de su muerte, no dejemos caer en olvido sus obras de misericordia y de piedad. En nuestros templos deben resonar sus alabanzas, y los pueblos han de celebrar sus virtudes; porque, si su cuerpo ha sido sepultado en paz, su nombre vivirá en los siglos de los siglos.

Este es el lenguaje que usan nuestros Libros Santos al preconizar los hechos esclarecidos que inmortalizaron la fama de aquellos grandes hombres que brillaron en su época como astros luminosos en medio de la obscuridad de la noche. Reclamando vuestra indulgencia, señores, y contando con este antecedente, voy á formular el elogio fúnebre de aquel venerable anciano, que hace poco descendió en santa vejez y cargado de merecimientos al honroso sepulcro de sus antepasados. Todos le han conocido, todos acatan sus virtudes y todos deploran su pérdida. Mas, yo no podría bosquejar el cuadro de su interesante vida, si en él no viese descollar sus servicios prestados á la religión y á la patria; porque, me haréis justicia, señores, esta cátedra de verdad no puede ser profanada elogiando lo que la fe y el buen sentido de consuno condenan. Felizmente yo invoco en este día mi fe, escucho mi razón; y mi fe me dice que el señor don *Domingo Eyzaguirre* aprendió á ser lo que fué, modelo de humildad, mansedumbre, abnegación y caridad, porque el espíritu de Dios lo iluminó, lo sostuvo, lo dirigió en todas sus gloriosas empresas. Puedo, pues, sin temor elogiarlo, y tan sólo me desalientan las dificultades de hacerlo cual conviene á su

distinguido mérito. No he contado para este trabajo con los datos que habría querido: mas, si mi voz desfallece, sus hechos y vuestro entusiasmo hablarán.

Yo, resumo, señores, la vida de este cristiano fervoroso en dos palabras, á las cuales el cristianismo debe sus más bellas conquistas y los grandes hombres de la Iglesia Católica el más hermoso florón de su corona de gloria. Estas dos palabras, que levantaron al mundo de su postración y que han formado en la escuela de la cruz á los bienhechores de la humanidad, son: *abnegación y caridad.* El egoísmo hiela los corazones y seca en sus fuentes los manantiales fecundos de las virtudes cristianas. Al través de la turbia atmósfera de un materialismo grosero, no es dado divisar los horizontes de luz que la enseña gloriosa del Redentor describe al viajero del tiempo para que le sirvan de brújula en su marcha á la eternidad. Sólo el discípulo de la cruz, siempre con noble mirada, tiende al Calvario sus ojos y de aquí ve descender á la tierra la virtud teñida con sangre, la virtud que demanda la violencia y el sacrificio, la inmolación de sí mismo en provecho de los demás. Ahí, en el Calvario, es donde encuentran el principio de vida los corazones magnánimos, y sólo allí es donde se estudia la ciencia divina de comprender al indigente y al pobre. Feliz el que se ha iniciado en los misterios de esta celestial sabiduría. *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.* Bajo este punto de vista voy á considerar la vida del señor don Domingo Eyzaguirre. La cruz fué la escuela de su abnegación, y la ardiente y generosa caridad con los pobres, el fruto de su aprendizaje.

¡Pueda yo expedirme, señores, de un modo que corresponda á vuestras esperanzas! Pero la palabra humana es estéril, si no la fecunda el espíritu de Dios. Ruego, pues, á estos corazones amigos que van á recibirla, eleven sus votos al cielo para que el Padre de las luces la dé unción y santa fecundidad.

Por más que el orgullo humano quiera ocultarlo, señores, el hombre en su estado natural, tal cual es, con sus errores y debilidades, es un príncipe destronado. La historia del paganismo en las brillantes páginas de sus héroes es una prueba elocuente de tan triste verdad. Los antiguos poseían, si gustáis, las virtudes humanas; pero las virtudes divinas siempre serán el patrimonio exclusivo de los discípulos de la cruz; y esto, porque «sólo la religión produce en las almas que ha penetrado un valor superior y virtudes superiores á las virtudes humanas».

Y, en verdad, la religión cristiana es esa hija del cielo que toma en sus brazos al hombre degradado, lo purifica, transforma sus malos instintos y lo eleva hasta las regiones superiores de encumbrada santidad. Sofocando el grito destemplado de las malas pasiones, la religión hace que la práctica del bien sea la profesión de todos los días, de todos los instantes y de todos los suspiros de la vida (1). Por el influjo divino de este ángel tutelar de la humanidad el hombre se despoja de cuanto hay más querido, más inherente á su naturaleza, se inmola dolorosamente, se circuncida el corazón, no vive esclavo de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos ni de la soberbia de la vida: muere todos los días á los hechizos de esas mentidas divinidades que el mundo adora; no mira jamás el bien que hace sino el que deja de hacer; se desprecia haciendo actos de heroísmo y procura ser perfecto *como lo es el Padre Celestial que está en los cielos*. Esta vida, señores, es de luz, porque es vida de caridad, y el que no la tiene anda en tinieblas, según la bella expresión de San Juan (2).

Tal es el hombre rehabilitado por la virtud de la cruz; y creo no exagerar, si os digo que, en el cuadro que acabo de

(1) Augusto Nicolás, «Estudios sobre el cristianismo», tom. 3, part., 3, cap. 7.

(2) I San Juan, II.

trazar, mi vista divisa los rasgos característicos de la vida del señor don *Domingo Eyzaguirre.* La Providencia le dotó de un bellísimo corazón, *sortitus est animam bonam* y él, supo explotar en beneficio propio y de sus semejantes este rico presente del cielo. Al comenzar el último tercio del siglo pasado, en 17 de Julio de 1775, apareció al mundo este hijo de bendición del señor don Domingo Eyzaguirre y doña Rosa Arechavala. Su infancia correspondió á las ternuras y desvelos paternales. Bajo la dirección de una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia Chilena, de su tío el Illmo. señor Alday, cursó en el Seminario Conciliar de aquella época las clases de Gramática, Filosofía y Teología, añadiendo por aplicación el estudio de la lengua francesa y del Derecho Romano. Desde entonces él honró con sus virtudes la ilustre familia á que pertenecía.

En este período de la vida, en que los dorados ensueños y las ilusiones pasajeras absorben, por lo común, la atención, el tiempo y las ocupaciones de la juventud, la madurez anticipada de juicio, la gravedad de costumbres, la aplicación al trabajo y, sobre todo, los primeros destellos de una ardiente caridad, fueron los anuncios certeros que indicaban lo que más tarde sería el humilde y modesto joven seminarista. El consagró las primicias de la edad al servicio del Señor (1).

Y ¿sabéis cuáles fueron, al dejar los claustros del colegio, al gozar la dulce paz de la vida del campo, sus ocupaciones favoritas? Os lo diré: enseñar á niños pobres los elementos de la religión, socorrerlos generosamente en sus necesidades. Dios así lo preparaba en la soledad y el retiro con el fiel cumplimiento de los deberes domésticos, para los bellos proyectos de caridad que un día serían el objeto de sus fatigas, el fruto sazonado de sus vigilias y me-

(1) Parece indudable que el señor don Domingo Eyzaguirre tuvo voluntad de abrazar el estado eclesiástico; y sólo por humildad abandonó la ejecución de su pensamiento.

ditaciones; y, la verdad sea dicha, para la ejecución de esos proyecto, el joven D. Domingo buscaba en su fe ardorosa los recursos y las inspiraciones del genio. Y de otra manera, ¿cómo sería dado explicar ese entrañable y nunca desmentido amor á las clases menesterosas, que le hizo despreciar las dificultades y desafiar los peligros siempre que el grito del dolor ó de indigencias hirió sus oídos y tocó las delicadas fibras de su sensible y compasivo corazón?

Lo repetiré: D. *Domingo Eyzaguirre* fué hombre de caridad, porque fué fiel discípulo de la cruz. La abnegación es la muerte del egoísmo, el principio fecundo de la generosidad cristiana. No sabe amar á los demás quien no sabe santamente aborrecerse á sí mismo. Para amar y servir es necesario sacrificarse, inmolarse á la vez, como Jesús. La filantropía humana reconoce otra base: descansa en el movedizo cimiento de una gloria efímera, y por esto las manifestaciones de su decantado heroísmo no son más que vanos fantasmas de una virtud que se evapora. ¿Queréis el retrato del hombre de caridad, trabajado, permitid la expresión, en el taller de la abnegación? Oíd.

Mirar de la misma manera la próspera como la adversa fortuna; hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener en el corazón más que á Dios y su deber; no afectarse sino por los males de sus hermanos, considerar los suyos como una expiación pasajera, como una prueba necesaria á la virtud; hallarse siempre en la presencia de Dios; no emprender nada sino por El; no sufrir nada sino por El; y servir sólo para servir á los pobres de Jesucristo, hé aquí al héroe cristiano, he aquí á D. *Domingo Eyzaguirre*, siempre grande, siempre sencillo, siempre humilde y siempre olvidado de sí mismo. Hizo todo el bien que pudo, sin desear siquiera las bendiciones de aquellos á quienes hacía felices. Huyó de la gloria humana, porque sus esperanzas eran del cielo. Su vida entera pasó en la inocencia, y yo puedo concluír esta pincelada de su panegírico, añadien-

do: «que vivió en cilicio y murió casi en la pobreza» (1).

Y el principio de esta vida verdaderamente cristiana era la caridad; y la caridad fué en el Sr. D. *Domingo Eyzaguirre*, como quería el Apóstol (2), sufrida, dulce, bienhechora: la envidia, la soberbia, la temeridad, no empañaron jamás sus resplandores: no fué ambiciosa, no buscó sus intereses, no se irritó, no pensó mal de nadie, no se holgó de la justicia, se complació, sí, en la verdad: lo esperó todo, lo sufrió todo, se acomodó á todas las necesidades, vivió en todos los dolores y sintió todas las miserias. Y esa caridad no ha muerto, vive en la región de la luz, y en el cenotafio consagrado á la memoria de este héroe de la caridad no debería leerse otra inscripción que esta palabra de encantos, de consuelo y de esperanzas: *Caridad:* ella es el resumen de la Ley y de los Profetas y la expresión fiel de la vida pública y privada del Sr. D. *Domingo Eyzaguirre*. Seguidme, señores, en la aplicación de los principios que acabo de enunciar.

Caridad sufrida, dulce, bienhechora, debe ser el carácter distintivo de los discípulos de Jesús; sufrida en las tribulaciones que manda su ejercicio, dulce en los beneficios que dispensa, bienhechora en las necesidades que socorre. *Aprended de Mí*, ha dicho el Salvador, *que soy manso y humilde de corazón* (3). La mansedumbre, la dulzura, la tierna afabilidad de los servicios prestados tienen atractivos maravillosos, cautivan las voluntades, se roban los corazones: estas bellas cualidades de las almas generosas estrechan los santos vínculos del amor fraternal, identifican los intereses y anudan las relaciones entre el

(1) Pocas veces ha recibido la virtud un homenaje más hermoso que el que le tributó la envenenada pluma de Voltaire, cuando así describía las bellas cualidades morales de San Luis, Rey de Francia, cuyo retrato cuadra perfectamente á la vida del Sr. Eyzaguirre.

(2) I Corintios, XIII.

(3) San Mateo, XI, 29.

poderoso y el débil. ¡Felices los que lloran, felices los que sufren, y más dichosos los que enjugan las lágrimas y suavizan los sufrimientos! El hombre manso y afable tiene en sus manos el mágico poder de conquistarse las simpatías sin otro título que su misma mansedumbre. El señor D. *Domingo Eyzaguirre* hizo suya esta doctrina. Siempre en paz, siempre igual consigo mismo, la dulce sonrisa asomaba en sus labios toda vez que tendía una mano generosa y amiga al desvalido que demandaba su protección; y esa mansedumbre y dulzura no las desmintió en todo el curso de su vida. En los bancos parlamentarios, en las casas de beneficencia, en los establecimientos de la industria y de las artes, en su trato familiar, en el hogar doméstico, en todas partes, el Sr. D. *Domingo* era siempre con los menesterosos y desvalidos el hombre apacible, insinuante, simpático; el hombre de una caridad sufrida, dulce, bienhechora.

¿No visteis alguna vez á este venerable anciano, encorvado bajo el peso de los años, de las contradicciones y de las fatigas, cruzar alegre y sereno las calles de esta capital? ¿De dónde viene y á dónde va? Viene de un establecimiento de beneficencia, va á enjugar una lágrima, á mitigar un dolor de esa viuda triste y desamparada, de ese huérfano sin protección. ¿Qué busca este hombre con tan solícita mirada? Un campo espacioso donde desahogar el fuego de su ardiente caridad. ¿Quién jamás sintió herido su amor propio por las palabras de este humilde discípulo del Salvador? ¿Qué pobre hubo á quien no escuchase con ternura y benignidad? ¿Dónde está el que no bendiga esa mano siempre paternal para curar las llagas del infortunio y cerrar las fuentes de la miseria?

D. *Domingo Eyzaguirre* hacía el bien sin ostentación, prodigaba sus servicios sin despertar otro sentimiento que

la gratitud y el amor en los que los recibían. Empero, aunque generoso por carácter y por sus convicciones, él sabía poner un límite á sus liberalidades, el límite de la prudencia, que señala el grande Apóstol á la caridad cristiana. Su *caridad* era *prudente*, no obraba con precipitación ni temeridad.

La caridad sin prudencia es una nave sin brújula ni piloto, degenera en prodigalidad, y zozobra en los escollos á donde la empuja el inconsiderado deseo de surcar mares para ella desconocidos. El Sr. D. *Domingo* no perdía su tiempo en vanas teorías; era hombre práctico, marchaba á un fin—mejorar la condición del pobre en la mayor escala posible—y sus estudios se concentraban á la elección de los medios análogos para realizar un pensamiento tan eminentemente cristiano. Así explico yo sus activos conatos por la creación de establecimientos industriales ó de beneficencia donde las clases pobres encontrasen orden en los trabajos, economía en sus gastos y medios de adquirir una honrada subsistencia. El proyecto de grandes asociaciones y casas de asilo para las clases laboriosas é indigentes de la sociedad, fué favorito en la cabeza del Sr. D. *Domingo*. Para ejecutarlo, á pesar de sus años y de las dificultades de la empresa, se hizo cargo de la fundación de la villa de San-Bernardo. Aquí, por una noble decepción de su espíritu, se figuró hallar el oasis de sus bellas esperanzas. Nada le detuvo en su marcha; llevó su abnegación generosa gasta el extremo de soterrarse en un lugarejo desierto para fundar en él los establecimientos modelos que eran el suspirado objeto de sus deseos. La villa de San-Bernardo se fundó, D. *Domingo Eyzaguirre* la dirigió como su gobernador político, y sólo, á fuerza de fatigas y desengaños, pudo despertar de los ensueños en que le había sumergido el celo de su ardiente amor á los pobres.

Pero, señores, si los proyectos de este hombre célebre

fracasaron, ¿quién de vosotros podrá negarle la indisputable gloria de haberlos acometido con abnegación tan generosa y á despecho de tantos obstáculos? ¿Quién dejará de admirar los sentimientos de ese corazón magnánimo, dominado por el sublime principio de la caridad cristiana? Por lo menos este hombre grande ocupó su puesto con honor, combatió sin tregua los vicios, desarrolló, hasta donde le permitieron sus fuerzas, los elementos del bienestar y, en suma, fundó un nuevo pueblo para su patria querida.

Y, en todo esto, el Sr. *Eyzaguirre* no buscaba su propia gloria: el desinterés era el más hermoso timbre de su caridad. Hacía el bien sin el boato de los vanidosos del mundo. El sabía que servir á otros olvidándose de sí mismo, es el fruto ordinario de las almas compasivas por la virtud de la cruz. En su esfera, D. *Domingo Eyzaguirre* tiene pocos competidores en su generoso desprendimiento. ¿Qué recompensas esperaba él por los beneficios que prodigaba? ¿Los elogios de sus conciudadanos? Nó: su caridad era sobrado humilde y sobrado modesta para aceptarlos. ¿El aura popular, los honores? Tampoco: su caridad no era vanidosa para ensoberbecerse con ellos. ¿Brillar entre los demás, singularizarse? Menos todavía: su caridad era expansiva, no buscaba sus propios intereses: lejos de esto, forcejaba, quería romper, si puedo decirlo así, las paredes de los sentidos, para comunicarse á todos. La envidia, esta ruin pasión de corazones envilecidos, sufre por el bien que otros dispensan; pero la caridad de los hombres de Dios eleva al cielo sus ojos llorosos cuando ve almas heladas por los fríos cálculos del egoísmo; ella querría que todos ardiesen en el mismo fuego que la consume y devora.

Una prueba decisiva de que ésta era la índole de la caridad de D. *Domingo Eyzaguirre* la encontraréis, señores, en la infatigable constancia con que procuró en toda su vida aclimatar entre nosotros el espíritu de aso-

ciación. No hay tal vez un solo establecimiento de beneficencia que no lo contase en el número de sus protectores. Era para él máxima incontrovertible que la acción combinada de muchos es siempre más eficaz y certera en sus resultados, que los esfuerzos aislados de los particulares; y, cuando esa acción combinada se halla sostenida, vivificada, dirigida por los principios del cristianismo, entonces sus efectos se convierten luego en instituciones duraderas. Por esta causa acogió siempre con entusiasmo todo pensamiento, la más ligera indicación que tendiese al desarrollo de esta su idea favorita. Asegurar de un modo estable la subsistencia del pobre, era el fin de sus trabajos, y poco importaba para él que otros fuesen los autores de un buen pensamiento de caridad, con tal que en su ejecución se contase con el contingente de su influjo, de sus relaciones, de su fortuna y de sus trabajos personales. Así brillaba siempre en su frente el rayo luminoso de esa caridad divina, siempre pura, expansiva y desinteresada como la del mismo salvador. Nada hay en este fiel discípulo del Evangelio que revele el deseo de buscarse á sí mismo en las gloriosas empresas que acometía. Quiso siempre el bien para otros, y para sí la humillación, el desprecio, la mortificación de la cruz. ¿No le visteis alguna vez, señores, en el santuario de su hogar doméstico? Falto casi de todas las comodidades de la vida, poco menos que un austero franciscano en la pobreza, á no saberlo de antemano, ¿hubierais creído que éste era el hombre de fortuna, el descendiente de una de las más ilustres familias de la República? Unas cuantas sillas ordinarias, una mesa, un crucifijo, un breviario, unos pocos instrumentos de labranza, hé ahí todo el ajuar de D. *Domingo Eyzaguirre*, hé ahí el testimonio elocuente de su desprendimiento, de su abnegación y de su caridad humilde y desinteresada en favor de los pobres.

El verdadero amor, observa juiciosamente un escritor

contemporáneo (1), quiere dejar de pertenecerse á sí mismo para depender sólo del objeto amado, morir á su propia existencia para no respirar más que en la de otro; todas sus acciones, todos sus afanes se dirigen á esto; éste es su último período, su manifestación más brillante; es preciso que desaparezca la dualidad y que se consume la unidad en el espíritu y en el corazón, que todos sean una misma cosa por la caridad: *ut omnes unum sint*, como decía el Salvador (2).

Pues bien, el siervo de los menesterosos, D. Domingo Eyzaguirre, poseía en grado heroico esta cualidad del verdadero amor, y sin hipérbole puede afirmarse que, á imitación de los cristianos de la primitiva Iglesia, tuvo un solo corazón, una sola alma con sus pobres hermanos en Jesucristo. Su ingente fortuna distribuída en socorro de todos ellos da testimonio de esta verdad: vivió, lo repetiré, para servirlos y murió distribuyéndoles en despedida unas pocas monedas que le quedaban (3).

Volved, señores, los ojos á ese triste albergue de la miseria y del dolor; abrid, abrid las puertas de esa casa de la caridad; dejad que se vuelvan á presentar á vuestra vista esos espectáculos vivos de la enfermedad y de la indigencia; prestad atento oído al lastimero clamor de los mendigos, que acaso ayer no más asediaban vuestras casas y hoy viven en el hospicio de inválidos; y entonces, yo lo creo, señores, entonaréis conmigo un himno de bendición á la grata memoria del Sr. D. Domingo Eyzaguirre, que fué el restaurador de ese asilo de desgraciados. En 1823 se pensó en restablecerlo; pero no había rentas para llevar a cabo la obra; no había quienes quisiesen aceptar la ingrata tarea de escuchar hora por hora las sentidas que-

(1) Augusto Nicolas, «Estudios sobre el Cristianismo», tom. 3.

(2) San Juan, XVII, 21.

(3) En vísperas de su muerte, el Sr. Eyzaguirre repartió á los pobres algún dinero que aun tenía, diciéndoles: *idos, no hay más*.

jas de los mendigos y buscar socorros para saciar su hambre, vestir su desnudez y curar sus dolencias. Entonces dos hombres (1) de abnegación y de fe, que ya no existen, tuvieron bastante grandeza de alma para colocarse al frente del establecimiento: uno de estos hombres de generoso desprendimiento fué D. Domingo Eyzaguirre; tomó para sí el cuidado inmediato de la casa; y en este templo, señores, existe un testigo ocular de las cuantiosas sumas que erogó, de los desvelos y de las fatigas que le costaron el sostén de los pobres, y, permítaseme la expresión, la angustiosa administración de sus rentas.

Hablad, ilustre jefe de la Iglesia Chilena, formulad vos mismo el elogio de este episodio de la vida de vuestro colega en el servicio de los pobres inválidos del hospicio.

Esa turba de pobres de ambos sexos y de todas edades, que ocupaban las tristes habitaciones de la miseria; ancianos que ya no podían tenerse en pie; niños que todavía no hablaban; huérfanos desamparados, viudas abandonadas y sin recursos, militares mutilados ó imposibilitados, hombres pálidos, extenuados, postrados en el lecho del infortunio á impulsos de crueles enfermedades.

¿Con qué fondos, con qué rentas contaban para subvenir á tantas, á tan urgentes necesidades? Decidlo, señor, vos que mirasteis de cerca tantos dolores, que escuchasteis tantos gemidos, vos que... pero vuestra modestia impone silencio á mi voz. Decidlo. ¿Con qué recursos, lo repito, se contaba para acallar el grito dolorido de tanto infeliz? ¡Ah! bien lo recordáis: casi con nada más que la compasión y generosidad de ese corazón cristiano, á quien parece que la naturaleza y la gracia se habían empeñado á porfía en formar para el alivio de los menesterosos (2).

En ese campo, señores, que observan con fría indife-

(1) Don Manuel Salas y Don Domingo Eyzaguirre.

(2) Pensamientos de Bridayne.

rencia tantos afortunados del mundo que pudieran cultivarlo, fué donde D. Domingo Eyzaguirre hizo ingeniosa su caridad. Allí vivió, como antes decía, en todos los dolores, sintió todas las miserias, se acomodó á todas las necesidades, se hizo todo para todos, para ganarlos á todos á N. Señor Jesucristo. Paciente, afable, cariñoso con sus mendigos, era entre ellos un Francisco de Sales en la dulzura, un Vicente de Paul en la caridad y un Javier en el celo por la salvación de sus almas.

Pudiera yo terminar aquí el elogio de este grande hombre. Pero apenas he bosquejado su vida en cierto modo privada, mientras que los hechos culminantes de su vida pública reclaman de justicia los recuerdos de nuestra gratitud. No seré yo quien con mano atrevida quite estos brillantes á su corona de gloria. Retrocedamos, pues, un paso para verle figurar en otra escena. Siempre será dominante el principio de caridad.

Para los espíritus vulgares la agricultura, la industria, las fábricas y todas las empresas particulares poco o nada ofrecen de provecho á las clases menesterosas de la sociedad, porque en sus especulaciones sólo toman en cuenta el interés individual ó privado; y muy raro es el hombre que explote estos veneros de riqueza, cuando en ellos no ve su propia ventaja; pero el hombre de Dios no discurre así; y D. Domingo Eyzaguirre, animado por este espíritu, resolvió consagrarse con todas sus fuerzas á este género de trabajos, porque en él veía un elemento de bienestar para el pobre. Notad lo que hizo.

El Canal de Maipo, esta obra colosal, la más antigua talvez de las que llevan el nombre de públicas, estaba destinada á dar un vigoroso impulso á la agricultura, y puede asegurarse que no se habría realizado en la época en que se ejecutó, si otro que no hubiera sido el señor Eyzaguirre la hubiera tomado á su cargo. La segunda decena del

presente siglo se empleó en la lucha de la independencia. Hombres, caudales y tiempo, todo lo absorbía el desenlace de este gran drama. La política y la guerra eran entonces las únicas atenciones de los hombres de estado, y no era posible demandarles las cuantiosas sumas y vigilantes cuidados que requería un trabajo que bien pudiera llamarse gigantesco. Sólo la abnegación y entusiasmo superiores á todo elogio que desplegó D. Domingo vencieron todas las dificultades, y, antes que terminase la guerra de la independencia, ya el agua del Maipo fecundaba vastísimos campos hasta entonces incultos y estériles. Don Domingo fué el director, el ingeniero, el sobrestante, el alma de cuanto se hacía en la obra. Cerca de medio siglo no dejó de tomar un interés tan vivo por ella, como si de esa empresa hubiera pendido el incremento ó la existencia de su individual fortuna. Viajes, privaciones y hasta peligros de su propia vida arrostró por dar cima á los trabajos. Gracias á su actividad, dieciséis mil cuadras de terreno han sido fecundadas, centenares de hombres socorridos con sus productos, y la República enriquecida con un monumento de gloria que no pudieron erigirle los antiguos hombres de la Madre Patria.

Para el señor D. Domingo el espíritu de caridad era el móvil de esta empresa. Sus especulaciones eran las de un cristiano fervoroso: adquirir para dar con abundancia. Y ¿no palpáis, señores, esta verdad, recordando los hechos de su vida? Su fortuna fué el patrimonio de los pobres: de ellos era todo lo que adquiría; y este hombre liberal en sus limosnas, ¡quién lo creyera! recibía como de limosna de la mano de sus deudos el vestido y las cosas más necesarias á la vida. ¡Hasta este punto llevó su abnegación y desprendimiento!

Por mejorar la condición del pobre, para proporcionarle medios de subsistencia, trabajó con infatigable tesón por introducir fábricas en el país. Prestó siempre protección

especial á cuantos se dedicaban á este ramo de la industria. En estos últimos tiempos, cuando supo que iba á disolverse la compañía que se formó para elaborar tejidos de lana, olvidando sus años y recuperando el vigor lozano de los primeros días de su juventud, abordó las graves dificultades que habían hecho fracasar la empresa, se puso al frente de ella y le sacrificó el último resto de su fortuna. La idea de ver ya en el país una vasta y bien dispuesta maquinaria para trabajar los tejidos, lo deslumbró de tal suerte, que no pensó más que en ponerla en ejercicio; la esperanza de ocupar con provecho en los trabajos á un centenar de pobres y desvalidas mujeres, le hacía sonreír dulcemente. Sus ojos estuvieron fijos en esta empresa hasta que vino á cerrarlos el frío de la muerte. La caridad cristiana, y sólo una caridad bienhechora, es para mí, señores, y debe serlo para vosotros, la clave para explicar tan sorprendentes fenómenos.

Don Domingo Eyzaguirre no pertenecía al número de los especuladores del cálculo. De principios más nobles y desinteresados nacía su celo ardiente por los establecimientos industriales. La caridad verdadera *non quaerit quae sua sunt*, no busca sus propios intereses; se sacrifica, sí, por los ajenos; y nada es más dulce para esta hija de los cielos que mendigar el pan, si es necesario, para socorrer á un indigente. No pidáis, señores, las inspiraciones de este genio divino á la filosofía del error, nutrida con las pasiones del libertinaje. Sólo el hombre de Dios, sólo el cristiano fervoroso, es el que se coloca á la altura de los bienhechores de la humanidad; y, en el siglo que atravesamos, ¿dónde está el esclarecido varón que no anda tras del oro, que no pone su esperanza en los tesoros? (1). ¿Dónde está, para elogiarle, ese hombre de negocios que en sus empresas no consulte ante todo su utilidad personal? Bus-

(1) Eclesiástico, XXXI, 8.

cadlo vosotros, señores, mientras yo deploro en silencio el inmenso vacío que nos ha dejado la pérdida del Sr. D. Domingo Eyzaguirre. «El fué probado por medio del oro y encontrado perfecto. El podía pecar y no pecó, hacer el mal y no lo hizo: por eso sus bienes están asegurados en el Señor, y celebrará sus limosnas toda la congregación de los santos (1).»

En un hombre de este carácter yo diviso el modelo del verdadero patriotismo, del patriotismo que sirve á los intereses comunes y no á las miras egoístas de las facciones particulares.

El patriotismo sin fe es el patriotismo pagano, orgulloso en sus antecedentes, funesto y destructor en sus consecuencias; y, como lo sabéis, cuando entre nosotros sonó el grito de la libertad y de la independencia, no faltaron por desgracia falsos liberales que se envanecían con el libertinaje de sus ideas, que hicieran consistir una parte de sus glorias en acatar como oráculos del cielo las doctrinas deletéreas del patriarca de la impiedad. En presencia de los hechos, era lógico esperar que también apareciesen en la escena otros para quienes la palabra libertad importase lo mismo que un grito fatídico contra las creencias de sus mayores. El Sr. D. Domingo Eyzaguirre escuchó también esta palabra: pero, creyente y piadoso por convicciones, se colocó en buen terreno al aceptar los compromisos que le demandaba. Suena la hora de la independencia para esta parte del continente de Colón, D. Domingo acude al llamado de la Patria; y su nombre figura entre los fundadores de la República. Temió, es verdad, para la religión y las costumbres, porque el horizonte se presentaba encapotado á sus ojos, porque el campo que se iba á desmontar se hallaba sembrado de escollos y dificultades. Por esto adoptó, como regla invariable de su conducta política, el

(1) Eclesiástico, XXXI, 9-11

sentimiento religioso y la piedad cristiana, llegando á conquistarse, si no las simpatías, por lo menos el respeto y la veneración de los más obstinados enemigos de sus principios republicanos. Así es que, mientras no pocos de sus correligionarios en ideas comieron en tierra extraña el pan del proscripto, nadie osó levantar la voz para acusar á este benemérito ciudadano, cuyas evangélicas virtudes le hacían recomendable á los ojos de todos.

Establecida la República, el Sr. Eyzaguirre fué uno de los chilenos que con más constancia reclamaron medidas conciliatorias y perdón para los enemigos de la Patria. ¡Siempre la caridad dominando en todos los actos de su vida! Y no se crea que á este ciudadano eminente faltase el coraje necesario para demandar providencias enérgicas. cuando la justicia las escogía; porque, como hombre público, el Señer D. *Domingo Eyzaguirre* se distinguía por un valor que desafiaba á todos los peligros, por una constancia que no se desalentaba con los más desastrosos reveses. Como hombre pudo sufrir sus engaños, y talvez en épocas de revueltas se ha abusado de su buena fe: pero su corazón jamás fué pervertido, ni en él encontraron eco fines torcidos ó ambiciones bastardas.

El patriotismo de este excelente ciudadano era el de la caridad, que no se huelga de la injusticia, *sino que se complace en la verdad*; y para decir, señores, la verdad austera y desnuda del ropaje de la adulación, pocos habrá que tengan la presencia de ánimo y el coraje á toda prueba de este humilde discípulo de la cruz. El defendió la justicia ultrajada delante de un Supremo Director de esta República (1), cuando nadie osaba desplegar ante él sus labios; y la defendió de un modo que dejó pasmado á todo el vecindario de esta capital.

Seguidle en su carrera pública, y siempre escucharéis

---

(1) El Sr. General D. Bernardo O'Higgins cuando desterró al Sr. Deán D. José Alejo Eyzaguirre.

de su boca el lenguaje severo de la verdad, en los cuerpos legislativos, en las magistraturas, en las reuniones populares, en medio de los tumultos y hasta en presencia de las bayonetas.

Para él importaba poco que las mayorías se completasen y que su voto fuese único; pues entonces desplegaba más energía que nunca para sostener sus principios. ¿No recordáis, señores, los aciagos sucesos de aquella época de ingrata memoria en que un espíritu de vértigo se había apoderado de unas cuantas cabezas influyentes en los destinos de la patria? El terror preocupaba los ánimos, y el triunfo de un sistema político que auguraba días de luto á la República, parecía inevitable. ¿Qué dique oponer al torrente que se desbordaba, empujado por la inmensa mayoría de los legisladores? La palabra de D. Domingo, desaliñada, si gustáis, *gótica*, como él la llamaba, pero franca, sincera, y, sobre todo, vigorosa y valiente. El sistema ése ganaba prosélitos. Era menester batirlo en el terreno de la ciencia. Una diestra pluma trabajó un voto contrario á la Federación; mas, por miedo nadie quería apropiárselo. Don Domingo lo sabe y vuela al momento á estampar su firma, aceptando con frente serena, con plena voluntad, las consecuencias de este compromiso.

¿Y esto no más, puede decirse, señores, en prueba de la santa libertad con que este patriota cristiano defendía los intereses de su nación? Nó, que su valor moral resalta brillante en las elecciones populares, en las gestiones públicas y en todo cuanto podía influír en la marcha de los negocios del país: él era el primero que acudía y el último que se retiraba del campo de la lucha. Combatía a brazo partido con los adversarios de sus principios. No le desconcertaban la debilidad de los medios, ni la defección de los amigos ni los denuestos de los enemigos. Si volvía la espalda, era porque nada quedaba por hacer y para preparar nuevos trabajos. En su alma de bronce, los descalabros

de una empresa eran como los golpes del martillo, que sólo sirven para mejorar su temple; y lo que sobre todo admira es que, triunfante ó derrotado, la sonrisa siempre estaba en sus labios y la dulce paz en su corazón. Impasible á las injurias como á las alabanzas, jamás de su boca cayó una palabra hiriente contra sus enemigos ó de elogio en pro de su persona. Buscaba él la gloria de Dios, se había vencido á sí mismo para triunfar de los demás, y sólo así se explica el estoicismo cristiano con que miraba las honras ó la ignominia, la gloria ó las humillaciones.

Y no se crea que el conjunto de virtudes morales y políticas de este hombre de caridad fuese fruto sólo de su civismo. Nó: tan estimables prendas eran hijas de su mortificación cristiana; las realzaba su eminente piedad. La mortificación y la piedad fueron el aroma de su vida, y yo deploro no tener el tiempo que quisiera para presentaros aquí su retrato bajo estos puntos de vista. El militaba bajo las banderas de la cruz, era un soldado cristiano, jurado enemigo de la ley de la carne, y triunfaba en sus combates, porque sabía crucificarse á sí mismo. Hacer morir al hombre de los sentidos, para que viviese el hombre moral, que percibe las cosas del espíritu, era su regla. La cama, el vestido, el alimento, la habitación, todo revelaba en él la pobreza evangélica, la austeridad de un religioso mortificado. Podía muy bien decir con el grande Apóstol: Estoy clavado en la cruz (1). «Lejos esté de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo» (2). El mundo pervertido no le contó entre sus locos adoradores, y desde los primeros albores de la vida hasta los pálidos reflejos de la vejez, la crucifixión de la carne con sus apetitos y concupiscen-

(1) Galatas, II, 19.
(2) Id., VI. 14.

cias, fué la ocupación favorita de este penitente y fervoroso cristiano. No bebió él en las turbias corrientes de un materialismo letal y corruptor, y por eso sus fuerzas fueron lozanas y vigorosas para la práctica del bien. Se mortificó con valentía para mejor amar á Dios y á sus prójimos. Si lo dudáis, allí está su vida, confirmando estas verdades con la irresistible elocuencia de los hechos; allí está su retrato predicando abnegación, penitencia, patriotismo cristiano por la verdad de la cruz.

Y ¿qué habré yo de deciros de su exquisita piedad? Los hechos hablan muy alto: son recientes y públicos y me excusan de prolijas reflexiones. ¡Oh vosotros, los que observáis con burlona sonrisa los pasos del hombre de Dios, del piadoso discípulo del buen Jesús! ¡Oh vosotros, los que, arrastrados por el torrente de las preocupaciones del siglo, suponéis divorciado el patriotismo de la religión, que es su base, de la piedad, que es su alimento! Abrid los ojos, y ved: *la piedad es útil para todo. Don Domingo Eyzaguirre* era un patriota distinguido; y, sin embargo, era uno de los que por apodo se llaman *devotos*. Oía diariamente con fervorosa devoción la santa misa, oraba con frecuencia para sentir mejor, rezaba con la sencillez de la virgen cristiana el oficio parvo á la divina María, acudía el primero á las funciones religiosas de nuestro culto católico, y con su exterior grave, edificante y modesto ejemplarizaba á cuantos de cerca ó de lejos le veían. *Don Domingo Eyzaguirre* era hombre de *los que se confiesan*, y cada ocho días, ó con más frecuencia talvez, como el grande O'Conell, se acercaba á los sacramentos de la misericordia y del amor, á la Penitencia y á la Eucaristía. Los recibía con fe, y nutría con ellos su magnánimo corazón. Aquí era donde, bebiendo en su fuente la misteriosa agua de la vida, aspiraba el aire puro de los hijos de Dios; aquí donde, embriagado en las castas delicias del divino amor, adquiría proporciones colosales, ex-

pansión casi ilimitada, su ardiente amor á los hombres; aquí donde estudiaba la nada de las cosas humanas para despreciarlas, la realidad de las cosas eternas para estimarlas; en suma, aquí era donde su larga vida fué el noviciado, la preparación nunca interrumpida para una preciosa muerte. Como el siervo fiel del Evangelio, este hijo dócil de la Iglesia duplicó los talentos, y, cuando sonó para él la hora de la partida, sus virtudes estaban sazonadas, la recompensa era cierta, y los goces anticipados, inefables. Tendido en el lecho del dolor, rodeado de las atenciones y cuidados, de sus deudos y numerosos amigos, el peligro de su vida circula por todas partes, y cada uno divisa un vacío difícil de llenar. El agricultor teme, el hombre industrioso se contrista, el pobre gime, todo se agita y conmueve alrededor del venerable anciano. El solo permanece tranquilo. ¿Es acaso porque desconozca la proximidad de la hora fatal? Nó... Es porque el término de la peregrinación se acerca y su noble espíritu recibe una dulce expansión con los consuelos de su fe; es porque setenta y ocho años y meses de una vida inmaculada no le han dejado contraer ligazones estrechas con los bienes caducos; porque las riquezas no le poseyeron jamás con su brillo deslumbrador; porque el tiempo fué para él la escuela de la muerte; porque... pero ¿á dónde voy? Una sola cosa le inquieta, y es el desamparo de los pobres. Fija en ellos sus ojos moribundos, los recomienda al ejecutor de sus voluntades, invoca los dulces nombres que eran su esperanza y consuelo en la vida, ora en silencio, y esta oración que comienza en la tierra, envuelta en aromáticos perfumes, sube y va á terminarse en los cielos... ¡Ah!... El impertérrito defensor de la justicia, el protector nato de los establecimientos de beneficencia y de la industria, el fundador de la obra que diera fecundidad y rica vegetación á vastas campiñas, el patriota cristiano en toda la acepción de la palabra, el generoso amigo, el pa-

dre tierno de los pobres, no existe ya... El frío de la muerte ha paralizado esos pies siempre veloces para correr en servicio del menesteroso, ha dejado sin movimiento esas manos siempre abiertas para distribuír cuantiosas limosnas, ha cerrado esos labios que un día vertieron palabras de esperanza y de consuelo para el afligido. No late ya ese corazón sensible á todas las desgracias, indiferente sólo á los propios dolores. ¡Ay! la segur de la muerte ha cortado un árbol frondoso que descollaba entre los demás de nuestro suelo querido. *¡Don Domingo Eyzaguirre* ha muerto!...

Y ¿qué nos queda de este eminente varón? nada más que la lobreguez de esa tumba? ¡Oh, nó! desechemos un pensamiento tan triste. Nos quedan los recuerdos de sus virtudes, las elocuentes lecciones de sus ejemplos. *Accediti ad eum, et illuminamini*: acercaos á su tumba para iluminaros. En torno de ese fúnebre monumento que le habéis erigido, puesta la mano en el pecho, protestad á Dios que seguiréis la hermosa senda que os dejó trazada su siervo. ¡Oh sombra venerable de Don Domingo Eyzaguirre, sed el terror y el espanto de los corazones egoístas y el faro luminoso de las almas generosas y compasivas!

Cristianos, tened caridad, y todo en vosotros será bello, grande, sublime, digno de la admiración de los ángeles y de los hombres; pero, si esta reina de las virtudes no es el ángel tutelar de vuestra vida, entonces temblad. Oíd el voto del grande Apóstol: *si no tengo caridad, nada soy.* ¡Oh Dios mío! el héroe del cristianismo, el que había domeñado el orgullo de los filósofos en Atenas, el furor de los centuriones en Roma, el que había hecho tremolar el estandarte de la cruz sobre las ruinas del paganismo en Grecia, en Macedonia, en Asia, en Italia; el hombre de los prodigios y de todas las virtudes, el grande Apóstol San Pablo, «se pára en medio de sus conquistas, y en el carro de sus triunfos se estremece, tiembla y, pareciéndole que caen

de sus manos marchitos los laureles de sus victorias, ajada la corona de sus méritos, enternecido exclama: *si no tengo caridad, nada soy*». ¡Sublime virtud, divina caridad! inflamad todos los corazones para que los goces de la patria del tiempo sean el preludio de los inefables goces de la patria de la eternidad.

Y Vos, Jesús amoroso, acoged benigno las preces que os dirigimos por el eterno descanso de un fiel discípulo que siguió vuestras huellas y cumplió vuestros adorables preceptos. Perdonad las faltas en que pudo incurrir por la humana flaqueza, y recibid su espíritu, purificado ya con esa sangre divina que acaba de ser vertida en las aras del altar: coronadlo de gloria y que él descanse en perpetua paz.



Panegírico del Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín

Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum. (Mateo, V, 19).

Pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos.

Con el laconismo admirable de estas solemnes y santas palabras, Jesucristo reveló en el sublime sermón de la montaña el secreto de la verdadera grandeza.

El mundo no comprendía, señores, este secreto, y por esto, en los delirios de su orgullo, ó en el frenesí de sus pasiones, decretó honores, firmó diplomas y celebró apoteosis en favor de los que merecían estos homenajes de estimación pública. Sus héroes recuerdan las lágrimas y la sangre, el exterminio y la muerte de mil y mil pueblos mutilados, destruídos, encadenados, y sin libertad y sin vida, convertidos en un montón ensangrentado de ruinas. Sobre estos escombros, por lo común, descansan el renombre y las glorias de los que el mundo llama sus grandes hombres. Verdugos de la conciencia y de la libertad de los pueblos, la humanidad abatida y degradada por ellos, nada tiene que agradecerles.

Sin embargo, el mundo los ensalza: está en su derecho, si el error puede tenerlo. No le disputo ni le envidio sus glorias.

Empero, para mí, humilde discípulo del Evangelio, no hay para el hombre otra grandeza verdadera, sólida y permanente, que la que entraña esta máxima divina: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.*

Esta es nuestra regla sencilla, siempre antigua y siempre nueva, siempre santa y siempre fecunda en todas sus aplicaciones á todas las condiciones y á todas las fases de la vida. Si la olvidáramos, por más que los hombres del siglo nos divinizasen, por más que nos prodigasen sus elogios y celebrasen nuestros hechos, siempre seríamos pequeños, y muy pequeños, en los consejos de la eterna Sabiduría. Sí; porque para ésta sólo es grande en el reino de los cielos el que practica y enseña los mandatos y las doctrinas de Aquél que es el camino, la verdad y la vida.

Y notadlo bien, señores: el reino de los cielos, en la lengua de los Evangelistas, en el pensamiento del Hombre-Dios, es verdad, gracia y virtud; es fe, esperanza y amor; lo que quiere decir que el reino de los cielos está y puede estar en el corazón que humilde recibe y agradecido cultiva esos preciosos dones con que lo enriqueciera el Criador. Si así no fuera, cruel ironía habría sido esta otra sentencia del Salvador: *Regnum Dei intra vos est.*

Y no olvidéis tampoco que esa sociedad visible y perfecta, esa Iglesia santa, católica, que viene ilustrando y santificando al mundo desde el origen de los tiempos; esa madre siempre virgen y siempre fecunda, que tiene hijos esparcidos hacia los cuatro vientos del globo, se llama también, y con derecho, el reino de Dios en la tierra. Su fundador le ha dado este nombre glorioso, y la historia de sus proezas, y los anales de sus conquistas responden que lo ha merecido; dicen más: que ha sido digna de llevarlo como la enseña de sus inmortales destinos.

Por manera que el que toma en sus manos esa poderosa palanca de la grandeza intelectual y moral, el cumpli-

miento y la observancia de la ley, llevará en su frente la aureola de una triple grandeza. Es y será:

Grande en presencia de sí mismo; grande en presencia de la Iglesia Católica, y grande en la patria de los escogidos de Dios.

Qui, etc.

Estas deducciones son inflexibles, rigorosamente lógicas, y, en mi derecho, las aplico sin vacilar al incomparable Doctor y Padre de la Iglesia Aurelio Agustín de Tagaste, que hoy es el objeto de nuestro culto.

Encargado yo de bosquejar el elogio de este varón eminente, de este hombre verdaderamente grande, me siento, como nunca, abrumado con el peso de tan honrosa tarea.

Los esplendores de este astro de primera magnitud en el cielo de la Iglesia me deslumbran, me oprimen, y, al fijar en él las trémulas miradas de mi pobre inteligencia, me ciegan los excesos de su brillantísima luz. Más de una vez me he dicho á mí mismo, suspendido entre la admiración y el asombro: *puer ego sum; nescio loqui:* soy un niño; no sé expresar todo lo que mi corazón siente, todo lo que mi entendimiento concibe de esa obra colosal del Artífice Supremo, de ese genio sin igual en la república de las ciencias y en el santuario de las virtudes.

¿Qué decir, señores, que sea digno de la sabiduría, de las virtudes, de los esclarecidos méritos de Aurelio Agustín? Era él, como el Bautista, *lucerna ardens et lucens* (1), antorcha que ardía y brillaba: que ardía en santos y divinos amores, y brillaba como el sol en el firmamento con rayos de altísima sabiduría.

Permitidme decirlo, señores, en este lenguaje popular «que en su sencillez aparente, revela las luces del buen sentido y los secretos de la ciencia de Dios» (2): hombre de fe,

(1) Juan, V, 35.
(2) Dupanloup.

hombre de genio, hombre de corazón, hombre de bien, hombre de ciencia, Aurelio Agustín reunió en su persona todo lo grande, lo bello y lo sublime que puede haber en el hombre. Fué un héroe en la más alta significación de esta palabra. Profundo filósofo, teólogo eminente, controversista incomparable, historiador concienzudo, expositor claro y sublime, sacerdote ejemplar y modelo, Pontífice sin mancilla; en una palabra, Aurelio Agustín fué el hombre providencial, el hombre de Dios predestinado para las grandes cosas.

Nó, nó, «jamás perecerá su memoria, y su nombre será repetido de generación en generación».

«Las naciones pregonarán su sabiduría y la Iglesia celebrará sus alabanzas» (1).

Aunque sea, pues, invirtiendo el orden de mi tema, también yo, pagando este día una antigua deuda de gratitud, vengo á preconizar su sabiduría y á celebrar sus virtudes en presencia de sus hijos y delante de vosotros, señores.

1.º San Agustín grande, soberanamente grande, en las ciencias.

2.º San Agustín, más grande aún en la santidad de la vida, en el heroísmo de sus virtudes: he aquí el plan y la división de este discurso.

Veremos, por tanto, al gran sabio y al gran santo. Uno y otro es demasiado grande, y su orador es demasiado pequeño. *Te invoco, Deus veritas:* á Ti te invoco, ¡oh Dios de verdad! Bajo tus auspicios abro mis labios, ¡oh Virgen pura, oh dulcísima María! ¡Ave María!

I. De cuando en cuando, señores, Dios envía al mundo hombres excepcionales y privilegiados para que lo irradien, lo rehabiliten, lo fecunden y lo salven con las verdades que enseñan y las virtudes que practican. «Este es el orden de la Providencia; ésta es la gloria de la humani-

(1) Eclesiastés. XXXIX.

dad», ha dicho muy bien el elocuente señor Dupanloup, obispo de Orleáns (1).

Estos hombres de inteligencia superior, que no pocas veces dan el nombre á su siglo, han recibido del cielo «la noble necesidad y el instinto invencible de usar de sus facultades en toda la plenitud de su poder y de su acción».

Imaginación rica, fecunda y depurada; sensibilidad exquisita, generosa, divinamente inspirada por todo lo que es bello, noble y sublime; atención fina y penetrante, raciocinio vigoroso, investigación paciente y certera, exactitud en los juicios, intuición en los más profundos secretos de la ciencia, generalidad portentosa en las concepciones del espíritu, y en todo grandeza, originalidad, elevación, sublimidad; ved aquí unos cuantos caracteres de esas inteligencias que dominan, y con justicia, en el universo científico.

Para ellas, Dios, el hombre y el mundo casi dejan de ser un misterio.

Y ¿no veis, señores, en este pálido bosquejo algo de lo que distingue al espléndido trofeo de la elocuencia del grande Ambrosio y de las lágrimas de la ilustre Mónica? ¿No veis en este imperfecto retrato al célebre Aurelio Agustín de Tagaste?

Hombre verdaderamente extraordinario, aprendió sin maestro todas las artes liberales. La filosofía, la historia, las ciencias morales y teológicas, la exégesis bíblica, ó la exposición de nuestros Libros Santos; la zoología, las humanidades, la pedagogía, y hasta la música, le son deudoras de inmensos trabajos, de profundos y luminosos escritos. Genio asombroso, dominó sin rival todos los ramos del saber y los cultivó con esa constancia, con ese infatigable tesón que son el patrimonio de las grandes inteligencias y de los grandes corazones.

El *Hortensius* de Cicerón inflamó su amor á la sabiduría;

(1) De l'Education, lib. 5.º, cap. 6.º

Platón y Aristóteles, los mas célebres filósofos de la antigüedad, le fueron familiares; los estudió, también sin profesores, y los aventajó, los excedió en mucho con su doctrina. Insigne retórico, Cartago, Roma y Milán oyeron con admiración las lecciones de su elocuencia, y esto cuando apenas habían transcurrido los cinco primeros lustros de su vida.

Una cosa, sin embargo, le disgustaba en el *Hortensius* del Orador romano... Era no encontrar en él el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que su santa madre había grabado hondamente en su corazón desde la infancia.

¡Y esto sucedía, oídlo bien, oh vosotras *en cuyo maternal regazo descansa el porvenir de la familia y del mundo* (1); esto sucedía, digo, cuando Agustín era el hombre de las vanidades, el esclavo de los placeres del siglo, cuando no era más que un simple catecúmeno extraviado! ¡Qué grande es la misión de una madre cristiana en la tierra! ¡qué influyente es su palabra en todas las evoluciones ó peripecias de la vida!

¿Queréis, señores, una prueba del ingenio fecundo, de la vasta erudición de Aurelio Agustín? Voy á darla. Escuchad.

En pocos meses de retiro en la hermosa quinta de su amigo Verecundo en Casiaco, en este lugar de sus indelebles recuerdos de fervor cristiano y de sincera amistad, compuso sus tres elocuentísimos libros contra los académicos; obra bien poco inferior en el latín á las Tusculanas de Cicerón, y muy superior, en cuanto al fondo de la doctrina, al vigor de los razonamientos y á la ciencia filosófica; allí también escribió los dos libros de sus *Soliloquios*, los dos del *Orden* y uno de la *Vida feliz*.

¡Era entonces el joven Agustín, lo repito, no más que un catacúmeno; se preparaba para recibir el sacramento

(1) Gaume.

de la regeneración...! Y, con todo, ya en esas obras clásicas y monumentales dejaba el escepticismo vencido, la Providencia vengada, y la verdad y la vida feliz bien definidas.

Tan preclaro talento no podía dejar de hacer maravillas, una vez consagrado al servicio de la verdad. Y así fué, señores.

Purificado en las aguas regeneradoras, Agustín recibió en las fuentes del bautismo, como el hijo de Helcías, el magisterio divino de la palabra: *Ego dediverba mea in ore tuo* (1).

Fué en este gran día constituído por Dios como la columna de hierro, como el muro de bronce contra todos los enemigos de la verdad. La santa Iglesia de Jesucristo debía saborear los frutos de esta preciosa conquista, y sus esperanzas no quedaron burladas. Vuelvo á los hechos.

Manes, Arrio, Donato, Pelagio, ved aquí cuatro hombres del error que encontraron en los escritos de Agustín su ruina, su muerte, su tumba. ¿No los habéis visto alguna vez postrados á los pies de este príncipe de los doctores en uno de esos bellos cuadros que recuerdan las espléndidas victorias de su genio? Esa es la verdad, señores Manes con sus dos principios coeternos, el *Bien* y el *Mal*, con este enigma indescifrable y fecundo en deplorables sistemas para la antigua y moderna filosofía que desdeña las luces de la revelación; Arrio, este altivo progenitor del viejo y del joven racionalismo, con su Cristo puro; Donato con los ensueños de su verdadera Iglesia en un rincón del ardiente suelo africano; Pelagio con sus hijos de Adán justos, inocentes y puros cual si fueran en su naturaleza física, intelectual y moral como el primer hombre antes de su tremenda caída; todos por diferentes caminos

---

(1) Jeremías, I.

marchaban á un mismo fin: á la negación absoluta del imperio de Jesucristo en el mundo y en el hombre. Los fatídicos nubarrones de estas grandes herejías hacían sentir su influencia en el oriente y en el occidente, tenían sus partidarios y sus defensores: el veneno del mal se infiltraba, cundía por todas partes.

Pero nada temáis, señores; sonó la hora fatal para todos estos errores. Agustín llega, las nubes de la herejía se disipan, el cielo se despeja, y la virgen de Sión, la inmaculada Esposa de Jesús, la Iglesia Católica, recibe en su corona de gloria los nuevos brillantes que le conquista ese hijo de sus ternuras.

Con mano rigorosa pulveriza la primera piedra del edificio de Manes.—*La Epístola del fundamento* en el libro que contra ella publica; y con más diestro pincel todavía retrata al vivo *las costumbres de la Iglesia y las costumbres de los maniqueos* en las dos obras que con este título lanza á las consideraciones del público. ¡Qué contraste, qué paralelo, señores! Allí resaltan en todos sus coloridos los encantos y las bellezas de la moral católica, las virtudes de los fieles hijos de la Iglesia y los hermosos triunfos de sus héroes; y aquí en toda su desnudez y deformidad los vicios y la torpe ignorancia de los sectarios de Manes. Veinte y tres libros contra Fausto, el maniqueo por excelencia, y doce *de Génesi ad litteram*, entre otras brillantísimas producciones (1), cierran el debate, detienen las turbias corrientes del error, salvan los tesoros de la verdad y vengan cumplidamente á la santa Iglesia Católica.

El maniqueísmo bambolea, se desploma y cae hecho mil pedazos á los pies de su formidable adversario. ¡Honor y prez á San Agustín! Así se vengaba este joven campeón de la causa católica de los ocho ó nueve años que lo tuvieron de oyente los discípulos de Manes.

---

(1) Véanse los tres libros sobre el *libre albedrío*, el de la *verdadera religión* y el de *las dos almas*, del santo Doctor.

Y no es éste el único triunfo de su genio. El más alto de nuestros misterios, aquel en cuya contemplación todo entendimiento es obtuso, toda capacidad limitada, toda ciencia oscura, toda tentativa vana y todo arrojo infructuoso (1), el misterio de la augusta Trinidad, señores, halló á San Agustín no menos humilde para adorarlo, que grande y profundo para defenderlo.

Arrio había sido batido en brecha por el invicto Arzobispo de Alejandría, Atanasio el Grande. Las reverberantes lumbreras del oriente y del occidente católico, esos reyes de la palabra y del humano saber, Basilio de Capadocia, Gregorio de Nacianzo, Crisóstomo de Constantinopla, Hilario de Poitiers, habían dado golpes mortales y decisivos á la secta impía. Esta, sin embargo, en tiempo de San Agustín, contaba aún numerosos partidarios. El más distinguido de ellos, el Obispo Maximino, salta á la arena del combate. Nuestro eminente doctor le arroja el guante en un certamen público. Maximino lo recoge, la lucha comienza y Aurelio Agustín lo bate, lo confunde y lo anonada. El arrianismo recibe el último golpe de gracia, y quince libros *sobre la Trinidad* son el inmortal é imperecedero monumento que erige San Agustín para perpetuar la memoria de esta otra espléndida victoria de su colosal inteligencia.

¡Qué alta penetración, qué sutileza de espíritu revelan esos quince libros de la Trinidad! dice Casiodoso (2). «Parece, añade Genadio (3), que su ilustre autor hubiera sido introducido en la cámara del Rey inmortal de los siglos, y recibido allí las inspiraciones de divina sabiduría para resplandecer con toda clase de bellezas».

Y, con todo, señores, y al través de las corrientes de luz que iluminan el rápido vuelo de esa grande inteligencia,

(1) Joaquín Ventura.
(2) Instituciones, cap. 16.
(3) Descriptor Eccles., cap. 38.

y con todo, y á pesar de haber, si puedo decirlo, penetrado los secretos del Altísimo en el más profundo de nuestros venerados dogmas, Agustín, al terminar su trabajo, humilde y enternecido, exclama:

«Señor, Tú conoces mi fuerza y mi flaqueza, mi ciencia y mi ignorancia. Conservad la una y curad la otra... Haced, Señor, que yo no os olvide jamás, que yo os conozca, que yo os ame, y aumentad en mí vuestros dones hasta que yo sea rehabilitado y completamente restablecido»(1).

Hé aquí el verdadero sabio. Sigámosle todavía en su gloriosa carrera.

Su patria reclama sus servicios, y él se los presta sin tardanza. El cisma de Donato la tenía fraccionada, envilecida, degradada. No menos que quinientos obispos donatistas (2) hacían correr en líneas paralelas el error y el crimen en el suelo africano. La obra, pues, del gran Cipriano era amenazada con el exterminio y la muerte; pero llega Aurelio Agustín, penitente y convertido, y todo cambia de aspecto: pueblos y ciudades enteras vuelven al seno de la unidad católica: conferencias públicas y privadas, oraciones y penitencias, brillantes y vigorosos escritos, concilios provinciales y nacionales, todo se pone en movimiento, y de todo es el alma, el corazón y la fuerza motriz este atleta infatigable. No hay quién resista al torrente de su elocuencia y al vigor de sus razonamientos. Su lógica es aterradora, su raciocinio concluyente y su erudición sin ejemplo. Los enemigos de la unidad huyen avergonzados, despavoridos, y no se encuentra uno solo que se atreva á medir sus fuerzas con el nuevo David del saber, después de las derrotas de los esforzados gigantes de la secta.

Allí tenéis, señores, entre otros, sus hermosos tratados de la unidad de la Iglesia y de la unidad del bautismo.

(1) Lib. 15 de Trin., cap. 28.

(2) Butler, Vida de San Agustín.

Allí están sus tres libros contra Parmenión, sus otros tres contra Petiliano, sus siete del bautismo de los Donatistas, sus ciento veinte y cuatro tratados sobre el evangelio de S. Juan. Leed alguna siquiera de estas originales producciones, y leedlas ahora que el protestantismo alza osado entre nosotros la cabeza, y diréis con el muy erudito, con el muy elocuente Joaquín Ventura de Ráulica:

«Aurelio Agustín es el mayor genio del mundo». Y también exclamaréis conmigo: nó, jamás la Iglesia Católica, apostólica, romana, ha tenido un defensor tan ilustre de su preciosa unidad, como el grande obispo de Hipona.

Diez siglos antes que vinieran al mundo los pretendidos reformadores del siglo dieciséis, que con sacrílega mano rompieron esa sacrosanta unidad, ya estaban condenados por San Agustín. Las obras de este ilustre Padre contra los refractarios de todos los tiempos y de todos los colores existían cuando Lutero y Calvino alzaran el nefando estandarte de la rebelión, y esas obras pusieron en transparencia sus criminales propósitos, les imprimieron el sello que merecían, el de las apostasía; y para eterno oprobio de sus autores, este sello lleva estos tres jeroglíficos: orgullo, ambición, sensualidad, o sea: ¡concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida!

Perdonadme, señores, no tengo valor, me siento débil, no puedo negar á mi héroe los honores del triunfo por los laureles que recogió en ese otro campo de sus combates por la santa causa de Dios: el pelagianismo.

Pelagio, hélo allí bajo las brumas de Gales, y hélo allá bajo el ardiente sol del oriente, astuto, hipócrita, soberbio, diseminando una herejía perniciosísima, en expresión de San Jerónimo (1). Para ese monje de Inglaterra no había pecado de origen en los descendientes de Adán. La obra, pues, de la redención quedaba con solo esto minada en su

(1) Epist. 134 ad August.

base. Pelagio negaba la necesidad de la gracia interior para el mérito de las buenas obras; y así, de negación en negación substraía por una parte al hombre del imperio de Dios, por la otra exaltaba sin límites las fuerzas de la humana naturaleza; y, en fin, á pretexto de ennoblecer á la humanidad enferma y degradada, le quitaba sus más gratos consuelos y sus más risueñas esperanzas.

Y lo más peligroso era que propinaba el veneno de estos errores en dorada copa. Lo sabía ocultar con destreza para que lo bebiesen los incautos. Como era natural, se ganó prosélitos; con maña se hizo absolver en el Concilio de Diópolis, y ¡quién lo creyera! hasta obtuvo por uno de sus partidarios, y merced á sus protestas hipócritas, cartas de recomendación de uno de los sucesores de Pedro (1) en la cátedra de Roma. Con tales antecedentes, sin que yo lo diga, vosotros, señores, comprenderéis muy bien el ascendiente y las proporciones del mal que amenazaba á la púdica Esposa del Salvador.

Mas, ¡oh Iglesia de Jesucristo! nada temáis: en vuestro seno tenéis un hijo que con penetración casi divina conoce el error dondequiera que se oculte. Este hijo de vuestros castos amores se llama Aurelio Agustín, y allí está, ya viene á la defensa de vuestras glorias y de vuestro honor. ¡Oh hija de Sión, saltad alborozada de gozo! El triunfo será infalible y la victoria completa.

¡Pelagio engañar á San Agustín! ¡Nó, imposible! La esforzada mano de este ilustre guerrero del Señor le quita al momento la careta, rompe el velo hipócrita con que ocultaba su herejía, descubre á ésta, la persigue, la combate sin descanso, la vence, le corta la cabeza, y, desfigurada, horrible, como era, la pone á la expectación de los siglos sobre los muros de esa ciudadela de Roma que en su recinto encierra el porvenir y las esperanzas del mundo.

(1) El Papa Zósimo.

¡Oh Iglesia! bendecid á vuestro hijo; decretadle honores y alabanzas. Y la Iglesia, señores, agradecida, decreta honores al hijo de su predilección.

«Aurelio Agustín se llamará el Doctor de la gracia». Y con razón, porque nadie como él ha sondeado mejor los abismos, las misteriosas profundidades del divino amor; nadie como él ha entrado á ese *sancta sanctorum* del corazón, donde Dios, sin perjuicio de los fueros de la libertad humana, intima sus órdenes y es obedecido, habla y es escuchado, atrae y es correspondido, ilumina y es adorado; donde, por decirlo todo de una vez, el entendimiento divino y el entendimiento humano, la voluntad divina y la voluntad humana se encuentran, se armonizan y se aman.

«Nihil tam admirandum et suspiciendum, reddidit Augustinum, quam doctrina de gratia», ha dicho el eximio Suárez (in Proleg., cap. 6): Nada ha hecho tan admirable y portentoso á Agustín como la doctrina de la gracia.

Y es la verdad, señores; por la gracia y la libertad, la naturaleza y el pecado original, el imperio de Jesucristo y el demérito de la culpa, el encanto de las virtudes y la fealdad de los vicios, todo está bien deslindado, todo perfectamente definido, todo admirablemente tratado en los escritos de este hombre singular. La acción divina y humana, los derechos de Dios y del hombreen la justificación del pecador, allí se hallan consignados. Nada se ha escrito mejor, nada más luminoso y original contra el pelagianismo. Sorprendido por esto de admiración el gran Jerónimo, decía: «Es superfluo, es inútil que yo escriba contra esta herejía, después de haberlo hecho el sabio y elocuente obispo Agustín. Si algo quisiera añadir, se me diría con Horacio: *in sylvam ne ligna feras.* Si algo nuevo quisiera agregar, mejor es lo escrito por Agustín (1).

---

(1) Dialog. adversus Pelag., Lib. 3, núm. 19. Migne.

El voto de S. Jerónimo es también el voto de todos los teólogos, de los Romanos Pontífices, de los Concilios provinciales, nacionales y ecuménicos; en cuyas definiciones sobre la justificación y la gracia brillan las doctrinas y hasta las palabras de San Agustín.

Para todos, dice el profundo Petavio (1), las sentencias del gran Padre y Doctor de la Iglesia son un argumento incontrastable de verdad. Permitidme una sola cita, que vale más que todas.

San Agustín, decía el santo Pontífice Juan II, cuya doctrina, según los estatutos de mis predecesores, aprueba y sigue la Iglesia Romana (2).

Y ¡qué originalidad al lado de esos prodigios de erudición sagrada y profana! El genio de San Agustín era creador. ¿Quién como él ha visto mejor los arcanos de la divinidad? ¿Quién antes, ni después de él, ha descendido con paso más firme y certero á esos insondables abismos de las misteriosas operaciones de la gracia? ¿Quién ha conciliado mejor la gracia con el libre albedrío, y el libre albedrío con la acción de la Providencia en el corazón de los hombres? ¿Quién como Aurelio Agustín ha tratado con más grandeza y elevación esos otros tremendos y profundos misterios de la *predestinación de los santos* y el *don de la perseverancia?* Parece, señores, que este hombre extraordinario hubiera asistido á los consejos de la eterna Sabiduría en los cielos. Fué, por lo menos, su mejor intérprete en la tierra.

Oráculo de su siglo, su nombre resonaba en todas partes, y de todas partes era consultado, y á todos respondía con los simpáticos atractivos de la verdad, del cariño, del interés y de la amistad.

«Genio sorprendente, elocuencia natural, prudencia consumada, piedad sólida, amor á la verdad, celo por la Igle-

(1) Lib. 9 de Deo, cap. 6, num. 1.º

(2) Ep. ad quosd. Senat., cap. ult.

sia, bondad siempre simpática, modestia sin igual», ved aquí, lo que á juicio de Ceillier, revelan sus cartas. (1)

Y ¿qué diré de sus discursos, de sus comentarios, de sus defensas de la religión, de su grande historia, de sus obras filosóficas, y de esa multitud de libros que dió á luz su ingenio portentoso? Que en todo es bello, fecundo, original, sublime, grande; que en todo es, como el gran Pablo, «todo para todos, para ganarlos á todos á Jesucristo». San Paulino no temía excederse, recogiendo sus palabras como si fueran divinamente inspiradas (2).

¿Queréis, señores, conocer ahora el juicio de los enemigos de la Iglesia sobre este Doctor incomparable? Oíd.

«Desde el tiempo de los Apóstoles no ha tenido la Iglesia un Padre como San Agustín», decía Lutero.

«Era el hombre mayor por su sabiduría humana y divina de cuantos le habían precedido y, según parece, de cuantos le podían seguir en adelante», afirma el Doctor Couel.

«El más grande de todos los Padres y el más digno de todos los teólogos de la Iglesia de Dios desde el tiempo mismo de los Apóstoles», lo denomina el Doctor Field.

«El astro brillante de la filosofía» Bruclher. «El Padre singularmente excelente, el principal ornamento y lumbrera de la Iglesia», Erasmo (3).

Pero ¿qué necesidad tenemos de invocar el testimonio de los extraños, cuando los nuestros superabundan en la materia? Pedro Lombardo, Alberto el Grande, el Angel de las escuelas—Santo Tomás de Aquino—, Suárez, Fenelón, Bossuet, toda esa pléyade de sabios de la Iglesia Católica han sido los discípulos, han seguido las huellas de San Agustín. Las importantes palabras que se han pronunciado

(1) Dom Ceillier, Hist. des Aut. Sac., tom. 12.
(2) Ep. 3 ad Alipium. Edic. Migne.
(3) Citados por Butler en la Vida de San Agustíu.

en el Vaticano por Inocencio I, Celestino I y San Gregorio el Grande ensalzan y glorifican á ese sol del cielo africano.

Y cuando, señores, el célebre Macedonio leía esa obra colosal, sin modelos ni imitadores, esos veinte y dos libros de la *Ciudad de Dios*, escritos por San Agustín, arrebatado por la fuerza de tan inmutable belleza, exclamaba:

«Pontífice de Jesucristo, yo no sé aquí qué cosa más admirar: si tu ciencia filosófica ó tus profundos conocimientos históricos, si tu elocuencia encantadora, ó tu santidad sacerdotal (1).

Y, al fijar yo también las miradas de mi espíritu en esa como en las otras obras monumentales de Aurelio Agustín y al observar su difusión y sus efectos por todo el mundo cristiano, no puedo dejar de exclamar con el poeta de Aquitania.

Flumina librorum mundum effluxere per omnem,
Quae mitis humilesque bibunt, campisque animorum,
Certant vitalis doctrinae immittere rivos.
(Prosp., Carm. 110 de ingratis) (2).

¡Oh Agustín! permitidme dirigiros la palabra, como uno de vuestros contemporáneos, con el ilustre San Jerónimo:

«El orbe todo te aplaude: los católicos te veneran com o

---

(1) Ep. 154.

(2) Límpidos ríos sus escritos sabios
Son, que se extienden por el ancho mundo,
En donde beben con ardientes labios
Las dulces olas del saber profundo,
Los que mansos y humildes los resabios
No consienten de espíritu iracundo;
Arroyos son de celestial doctrina
Con que regada el alma se ilumina.

(*Traducción del Pbro. D. Vicente S. Chaparro*)

al restaurador de la antigua fe; y lo que todavía es más glorioso, los herejes te detestan (1).

Basta: yo me repito.

Nó, jamás ha habido una inteligencia más privilegiada, un talento más fecundo, más universal, más viril, de más perspicacia, de más originalidad, que la inteligencia y el talento de Aurelio Agustín de Tagaste.

Es, pues, este hombre portentoso, grande, soberanamente grande en las ciencias.

¡Oh vosotros, amantes de la sabiduría, oh vosotros á quienes electrizan las conquistas de la ciencia! allí tenéis un bellísimo ingenio, un gran corazón, una grande inteligencia, un hombre celebérrimo, que consagra estos dones al triunfo, al servicio de la verdad; allí está la más grande personificación humana de la alianza entre la religión y las ciencias, entre la virtud y las letras. Contempladla. Es poco: haced un esfuerzo; imitadla. ¿Qué digo? El genio y la inteligencia de San Agustín en el alto poder que los caracteriza, no tienen imitadores; pero el genio y la inteligencia de este grande hombre sirviendo á Dios, á la Iglesia, á la humanidad, pueden tener y tienen admiradores y discípulos. Señores, sed vosotros de esta escuela: acercaos á ese foco de luz, recibid sus irradiaciones y glorificaréis el talento. La religión y las ciencias tienen sus coronas que no se marchitan con los años, ni se deshojan con el tiempo; os convidan con ellas. Marchad á conquistarlas, siguiendo la huella luminosa que dejó trazada el inmortal Obispo de Hipona. Negad siempre «los honores del genio al que abusa de sus dones» (2) y no olvidéis jamás que el talento corrompido nunca fué sublime. San Agustín usó bien de su talento y de su genio asombroso, y por esto fué ayer, es hoy y será

---

(1) Ep. 151 Aug. Edic. Migne.

(2) De Maistre, Veladas.

en todos los siglos grande, soberanamente grande, en el mundo científico y moral, con el doble magisterio del saber y de la virtud.

Jóvenes, hermosa flor, risueña esperanza de la religión y de mi patria, ciencia y virtud son el inmortal paladión de vuestro glorioso porvenir. ¿Qué haría la ciencia sin la virtud? ¿Qué haría?... Lo que hizo en el mundo antiguo, lo que ha hecho, lo que hace todavía en el mundo moderno: destruír sin edificar, sembrar orgullo y vanidad para cosechar tempestades. *Scientia inflat charitas, vero aedificat*, ha dicho el gran Pablo (1): la ciencia orgullosa destruye, la caridad edifica: y nada es más cierto.

Ciencia sin virtud fué la terrible y dolorosa enseñanza que dió el padre del error y de la mentira en los primeros días del mundo á los progenitores del género humano». «Seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal», les dijo Satanás; y desde entonces la historia de los siglos, manchada con negros crímenes, teñida con sangre y escrita con lágrimas y dolores, viene diciendo lo que ha costado y costará á la pobre humanidad el aprendizaje de esa ciencia satánica, la aplicación práctica de esa palabra blasfema.

Por esa ciencia mil veces maldita, el hombre quiso ser Dios, y por un justo castigo del cielo llegó á ser menos que hombre... «el esclavo de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida», el juguete de las pasiones. Si lo dudáis, allí está en testimonio de verdad el antiguo politeísmo con el torpe cortejo de todos los errores, de todos los vicios y de todas las infamias, reverenciado por la antigua filosofia y revelando á los hombres lo que importa la ciencia sin virtud; allí está viva y palpitante la memoria de ese reinado sin ejemplo en los fastos de la historia que prepararon Voltaire, D'Alembert, Diderot, Freret y demás filósofos de ciencia sin corazón, sin virtudes cristianas; allí está, digo, «ese rei-

(1) I Corintios, VIII, 1.

nado que se señaló á la execración del universo por el terror con el nombre de libertad, por el desprecio del hombre con el nombre de fraternidad, por la perpetración de todos los crímenes con el nombre de virtudes republicanas, y por el ateísmo más desvergonzado, bajo la máscara de una religión humanitaria. Acabo de nombrar ese gobierno que, a fines del siglo último espantó al mundo, y que Dios anonadó en unos pocos instantes por las manos mismas de los que lo habían establecido, después de haberlo tolerado por espacio de algunos años, para recordar á los hombres que parecían haber olvidado esta ley de su justicia: el reinado de los impíos es la destrucción de los pueblos: *Regnantibus impiis ruinae hominun*» Prov. 28 (1).

Hé aquí en la vida social el fruto amargo de la ciencia divorciada de la virtud. Y ¿qué no podría yo añadir sobre el mismo tema, si el tiempo me permitiera desenvolver las consecuencias de tan funesta separación en la vida individual y doméstica de los hombres?

Lo diré todo en dos palabras: ciencia sin virtud es la rebelión de la tierra contra el cielo, del hombre contra Dios.

«Y ¿quién, quién que no delire puede temer por Dios en ese duelo á muerte á que lo provoca la impiedad de nuestros días?» (2).

Yo no temo, señores, porque tengo en el fondo de mi alma el inefable consuelo, la indefectible seguridad que lucirá un día de triunfo espléndido de la religión contra la impiedad, de la verdad contra el error y de la virtud contra el vicio. Y, mientras este día viene, jóvenes, en estas luchas del tiempo por la santa y noble causa de los hijos de la eternidad, vosotros sois los llamados á tomar una parte activa y vigorosa. Seréis grandes, llegaréis acaso al heroísmo, si, como Aurelio Agustín, lleváis hondamente

(1) Ventura, Poder público crist.

(2) José Canga Argüelles.

grabadas en la mente y en el corazón estas dos santas palabras: *ciencia* y *virtud*; si, como él, no perdéis de vista jamás el principio de la verdadera grandeza, el cumplimiento y la enseñanza de la santa ley del Señor. *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.*

Descansemos aquí.

Hoy hemos visto al sabio: mañana veremos al santo. Entre tanto, en nombre de Dios os bendigo.

II

«Así como, dice el elocuente Joaquín Ventura (1), no hay astro sin eclipse, belleza sin mancha, ni virtud sin imperfección, así tampoco hay genio sin flaqueza».

¿Para qué lo había yo de ocultar? Aurelio Agustín no escapó de esta regla sin excepción en el orden humano.

También pagó su tributo á las debilidades del espíritu y á las flaquezas del corazón.

Al atravesar esa edad de las ilusiones y de los quiméricos encantos de la vida, pensó sin regla, reflexionó sin madurez, quiso ser amado y lo fué, buscó aplausos y los obtuvo. Las alabanzas se multiplicaron para él. La vanidad, pues, y el liviano amor lo perdieron, y cayó, señores, saboreando el fruto amargo de la lectura de las comedias de Terencio que tanto le complacían.

¡Pobre joven! ¡Siempre feliz hubiera sido si, cuando las olas de la pasión bramaban y los vientos del orgullo mugían, él se hubiera quedado en el puerto! Pero, imprudente y temerario, desafía á las tempestades; se embarca, y su débil barquilla zozobra. Compadecedlo: es un niño de gallarda figura y de alta inteligencia, que no tiene ni el aplomo de los años, ni la sensatez de la experiencia; brillan en su frente las primeras centellas del genio, es verdad,

(1) Poder público crist.

pero navega en mar borrascoso, y, sin timonel ni piloto, pierde todos los horizontes de luz, y se estrella. Lo diré sin metáforas: Aurelio Agustín tenía sólo diez y seis años cuando se abandonó á vergonzosas pasiones, y diez y nueve cuando aceptó los delirios del maniqueísmo. Nueve años en éstos, diez y siete en aquéllas cargó la pesada y doble cadena del error y del pecado.

Sin embargo, en medio de sus extravíos, había en el fondo de su alma gérmenes de decoro, elevación y dignidad.

Era como esos príncipes o reyes destronados que, a pesar de sus infortunios, algo conservan desu pasada grandeza. El cinismo de los cartagineses, sus conciudadanos, le disgusta, y, sediento de gloria, huye de su patria, y se dirige á Roma en busca de un renombre y de una fama esclarecidos. Crueles decepciones burlan aquí sus esperanzas, y entonces y con los mismos fines vuelta á Milán.

La mano de la Providencia lo guía; á todas partes lo siguen los ruegos, las maternales caricias y el triste llanto de Mónica. ¡Oh madre afligida! continuad vuestra plegaria; nó, no se perderá el hijo de vuestras lágrimas.

En efecto, en Milán la elocuencia del grande Ambrosio se insinúa, el corazón de Agustín palpita, y la duda aparece; y la duda, señores, lo abruma, lo aturde, lo devora. Los laureles literarios no le satisfacen, los placeres de Epicuro le hastían, y las flores marchitas de la sensualidad lo adormecen, pero no lo tranquilizan. ¡Qué luchas entonces en su espíritu! ¡Qué combates en su corazón!

Y en tal estado, la palabra de San Ambrosio, las lágrimas de Mónica, mejor dicho, las misericordias de Dios triunfan. ¡Y qué triunfo, y qué conquista para la Iglesia y el mundo!

Permitidme unas pocas palabras sobre esta escena conmovedora.

Un hombre de Dios, llamado Simpliciano, á quien Aurelio Agustín hizo confidente de sus errores y de sus extra-

víos, le cuenta con sencillez la conversión del célebre Mario Victorino, y otro hombre providencial, Ponciano, le refiere los prodigios, las santas austeridades, las heroicas virtudes, la eminente santidad del grande Antonio y de los solitarios del desierto. Al oír esta relación, el corazón de Agustín late convulsivo, su rostro se inflama, su cuerpor se estremece, y la terrible lucha comienza.

«¿Qué es esto?» dice, profundamente conmovido, á su amigo Alipio. «¿Qué es esto? Los ignorantes se arrebatan el reino delos cielos, y nosotros ¡ay, insensatos! con toda nuestra ciencia nos revolcamos en el fango inmundo de la carne y de la sangre. ¿Tenemos vergüenza de seguirlos? Más vergonzosa es nuestra impotencia para imitarlos» (1). En este momento solemne, la gracia y la pasión, las inspiraciones del presente y los recuerdos del pasado, Jesucristo y Satanás, se disputan el terreno, batallan en aquel gran corazón. La más santa de las indignaciones del hombre contra sí mismo aparece en toda su gravedad. Agustín se golpea la frente, se arranca los cabellos y cruza, pensativo, ambas manos sobre sus trémulas rodillas. Extraordinaria es su agitación, y no cabe ya en el pecho dolor tanto. Es menester un desahogo; lo busca; huye de Alipio; éste, sorprendido, lo sigue. ¿A dónde va? Vedlo allí bajo la copuda y frondosa higuera, derramando dos torrentes de lágrimas. Es Pedro, saliendo de la casa de Caifás; es Pablo, postrado en tierra en el camino de Damasco, y entre tanto, oíd las exclamaciones de su intensísimo dolor: «¿Hasta cuándo, Señor, dice, hasta cuándo estarás irritado contra mí? Olvidad mis pasadas iniquidades... ¿Hasta cuándo diré yo mañana, mañana? ¿Por qué no será hoy? ¿Por qué desde este momento no pondré fin á mis torpezas?» (2).

Los sollozos ahogan sus palabras: los gritos de su dolor

---

(1) Lib. 8, 8, Conf., cap. 8.

(2 Lib. 8, Conf., cap. 12.

hienden los aires y suben hasta los cielos, y entonces una voz angelical, en la solitaria y vecina casa, repite cantando estas dos misteriosas frases latinas: *tolle, lege; tolle, lege.* Agustín las oye, se levanta, camina, toma el santo libro, lo abre y lee. ¿Y qué lee, señores?—La sentencia de vida, pronunciada por el gran Pablo. «Andemos con decencia, no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias». «Mas revestíos de N. Señor Jesucristo y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad (1)».

Como el viajero que en oscura y tempestuosa noche va fatigado subiendo las cortadas crestas de nuestros Andes, ó como el marino que en deshecha tormenta ha perdido todos los rumbos y todos los horizontes, al aparecer el astro del día disipando las nubes é imponiendo silencio á los vientos, abandonan sus temores y bendicen alborozados y reconocidos la mano paternal y bienhechora del Señor que los ha salvado del peligro, así Aurelio Agustín, con esas santas palabras respira, se sosiega y tranquiliza. La tormenta ha pasado, la luz ha sucedido á las tinieblas, la seguridad á las incertidumbres y las resoluciones generosas á las vacilaciones desesperantes.

Agustín ya es el hombre de Dios: su amor doloroso y penitente es como el de Magdalena, y se le han perdonado muchos pecados, porque amó mucho. Luego será nueva criatura en Cristo Jesús por las aguas regeneradoras del bautismo.

Entre tanto, ¡oh hermosas campiñas de Casiaco, oh fieles amigos de Agustín, Navigio, Adeodato, Alipio, Nebridio, Trigesio y Licencio! contadnos sus soliloquios, sus lágrimas, sus conferencias, sus austeridades, sus santos amores con el Dios de sus esperanzas. ¡Oh Mónica! referidnos los consuelos, las emociones, las ternuras de vuestro

(1) Romanos, XIII, 13, 14.

maternal corazón á vista de ese hijo de vuestras lágrimas, ¡Oh Madre feliz! el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres se asocian á vuestra dicha y os envían los parabienes.

Y en esa silenciosa morada que acabo de nombrar, ¡qué patéticos son los acentos del penitente amor de Agustín!

«¡Oh Señor y Dios mío! exclamaba, mi esperanza no estriba en otra cosa que en tu grande misericordia... Tú me mandas la contienda. ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te he conocido!... Tú estabas conmigo, y yo no contigo. Tú has llamado, Tú has gritado, Tú has herido mi insensibilidad. Tú me has tocado, y yo estoy inflamado del deseo de tus abrazos. ¡Oh amor que siempre ardes y jamás te extingues! Dios mío, lléname de ese fuego» (1). El que así hablaba, señores, no había recibido el bautismo; pero, como lo veis, ya era un serafín en el amor.

Por fin, llega el suspirado día: Agustín deja la soledad, vuelve á Milán y S. Ambrosio le administra el sacramento de la regeneración. Desde este instante, todo en su persona es puro, santo, noble y generoso. El cristiano, el sacerdote, el Pontífice, en él se representan en todo su vigor y lozanía, y por él reciben las glorificaciones debidas al heroísmo de las virtudes. Resumamos su historia en estas tres fases de la vida.

El cristiano es como ese solitario, de que nos habla un profeta (2), que en el silencio y la paz contempla por una parte la grandeza de su Dios y por la otra el abismo de sus miserias. Si no me engaño, éste fué siempre el pensamiento dominante de S. Agustín, el punto de partida en su gloriosa carrera.

Vuelve regenerado y convertido á su patria; vende su patrimonio, dona su valór á la Iglesia de Tagaste y se

(1) Lib. 10 Conf., cap. 28 y 29.

(2) Jeremías, Trenos, III. 28.

retira con unos cuantos amigos á la soledad. Ayunos penitencias, oraciones, lecturas, trabajos escritos, todo lo emprende para iluminarse é iluminar, para santificarse y santificar. Los tiempos de Pablo, de Hilarión y de Antonio, de estos héroes de los desiertos del oriente, se trasladan como por encanto al suelo africano. Pobreza voluntaria obediencia sin reserva, castidad angelical, cántico de alabanzas, himnos de reconocimiento, caridad fraternal, amor divino, la imagen de los cielos reflejándose en la tierra, he aquí lo que se veía en aquel asilo de la paz, en esa morada de las virtudes que para sí y sus compañeros se había elegido S. Agustín.

Allí se zanjaron los cimientos de ese santo instituto á que vosotros ¡oh hijos de tan ilustre Padre! tenéis el honor y la dicha de pertenecer. Recordad esos tiempos felices, rejuvenecedlos, renovadlos con vuestros ejemplos.

No era posible que un hombre como Agustín tuviera por campo de acción el que se circunscribe por los estrechos linderos de la vida privada. Amaba, es cierto, el retiro, porque temía el ruido estrepitoso de las agitaciones del siglo; pero conocía las bellas dotes de su alma, y por lo mismo huía de las ciudades en que había sillas episcopales vacantes. Temía lo compeliesen á la aceptación de alguna de ellas; mas ¿qué pueden las precauciones humanas contra los designios de Dios? Nada, señores; y ved cómo este nuevo Pablo cae, permitid la palabra, en la red que le tenía armada el Señor.

La caridad lo arranca de las inefables delicias que gustaba en la soledad y en alas del celo lo conduce á Hipona; llega, entre tanto, á la iglesia, el pueblo lo ve, se conmueve, lo estrecha, lo toma y lo presenta al santo obispo Valerio para que le imponga las manos y le imprima el carácter sacerdotal. Agustín tiembla, se confunde, resiste y llora.

«¡Oh padre mío Valerio! dice sollozando al venerable

Pontífice que acepta entusiasmado los votos de su pueblo; «¡oh padre mío Valerio! ¿por qué me mandas perecer? ¿Dónde está tu caridad? ¿Me amas? ¿Amas á tu Iglesia? Seguro estoy de que sí.... Muchas cosas me faltan para desempeñar este cargo que no puedo yo adquirir á menos que el Señor me dirija, pidiendo, buscando y golpeando; esto es, orando, leyendo y llorando» (1).

Todo es inútil: las peticiones de la humildad son desechadas; sólo se le concede por gracia un tiempo limitado de retiro para mejor disponerse á las altas funciones del sacerdocio.

Aquí Agustín prolonga sus meditaciones, aumenta su fervor y multiplica sus estudios. Para él, desde su conversión, no hubo hora perdida; jamás el tiempo fué mejor aprovechado. Y una prueba de esta verdad es, señores, que esa nueva soledad de Agustín se convirtió bien pronto en un foco de luz, en una escuela de santos. A ella volaron sus amigos y de ella salieron esas nueve antorchas de la Iglesia africana, San Alipio de Tagaste, San Evodio de Ursalis, San Posidio de Calama, Profuturo y Fortunato de Cirtea, Severo de Milevi, Urbano de Cisca, Bonifacio y Peregrino.

Hé aquí los discípulos del candidato al presbiterado; hé aquí los sazonados frutos de su retiro. ¡Tan cierto es que los santos tienen el privilegio singular de formar otros santos!

Los días del retiro pasan y el de la irrevocable consagración al más augusto de los misterios llega. Agustín recibe la unción santa del sacerdocio á fines del año 390, y con ella es algo más que un simple soldado en la milicia cristiana; es el *sacer dux* del pueblo fiel, la fulgente estrella del clero de Hipona; comprende la santidad de su estado y toda la grandeza y extensión de los deberes sacerdotales, y los cumple con perfección.

(1) Ep. 21.

Por no repetirme, nada os diré de los trabajos de Agustín presbítero, nada de esas brillantes producciones de su admirable talento que ya entonces hacían su nombre célebre, hasta en los más apartados confines de la tierra; sólo quiero recordaros un hecho: sus predicaciones.

Su obispo, el anciano Valerio, le deja la palabra, ó con más propiedad, le encarga el santo ministerio de anunciarla á su rebaño; y la divina palabra en los labios de Agustín hace maravillas. Comienza esta gloriosa carrera, que no terminó sino con el último suspiro de su preciosa vida. Sus discursos son improvisados, sencillos, familiares; nada tienen de los estudiados adornos de la elocuencia humana; pero, llenos de unción divina y de fuego celestial, ilustran los entendimientos y cautivan los corazones. Pueblos y ciudades enteras se convierten por ellos.

Y no era, señores, que este inspirado predicador desconociese las reglas de la oratoria. Nó; las había enseñado, y en sus escritos de otro género resalta el brío del raciocinio al lado de la pureza del lenguaje y de los encantadores perfumes de la elocuencia en todas sus manifestaciones; mas en sus discursos olvida las reglas del Lacio y se inspira sólo en la sencillez majestuosa del Evangelio. Su precepto de oratoria sagrada era éste: «melius est ut nos reprehendant Grammatici, quam ut non intelligant populi» (1), que el pueblo, que el pobre y sencillo pueblo entendiese, aunque los retóricos se disgustasen. Y el pueblo lo entendía, se aprovechaba, lloraba y se convertía.

Discípulo del gran Pablo, el presbítero Agustín podía con aquél repetir: «No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo, y éste crucificado». «Y mi modo de hablar y mi predicación no fué con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios» (2).

---

(1) Enarrat. in Sap. 138.

(2) I Corintios, II, 2, 4.

«Y añadiré que, siendo sapientísimo, enseñó al pueblo y refirió las cosas que había hecho».

«Recogió sentencias provechosas y escribió documentos rectísimos y llenos de verdad» (1).

Hé aquí su retrato, y yo os pido, señores, que, puesta la mano sobre el corazón y leyendo algunos de los 396 sermones que conservamos de él, me digáis: si es ó nó conforme con su original, si de lleno no se representan en él esas pinceladas de nuestros Libros Santos.

Empero, todo esto no era más que los primeros ensayos del apostolado de San Agustín. La Providencia lo había predestinado para que fuera en la Iglesia *lucerna ardens et lucens*, encendida y resplandeciente antorcha, y este designio debía cumplirse. El venerable y anciano obispo Valerio, encorvado bajo el peso de los años y de las fatigas pastorales, siente la necesidad imperiosa de darse un coadjutor. La opinión pública, ó mejor dicho, la inspiración del cielo, le designa al presbítero Agustín. El voto unánime del episcopado africano aprueba la elección, y el pueblo la saluda con religioso entusiasmo. Sólo Agustín ignora lo que sucede, y cuando lo sabe ¡ah, señores! despliega todos los recursos de su talento, toda la energía de su alma para desconcertar el bien combinado proyecto de Valerio. ¡Vanos esfuerzos! Todas sus lágrimas, todos sus ruegos por declinar los honores y la tremenda responsabilidad del cargo pastoral se estrellan contra la voluntad del cielo clarísimamente revelada. A pesar, pues, de las protestas de su profunda humildad, inclina la cabeza y con la sagrada unción cae sobre ella la plenitud del sacerdocio.

Tenía esto lugar por el mes de Diciembre de 395 á los cuarenta y dos años de la edad de San Agustín. Hélo, pues, allí coadjutor de su obispo Valerio, y un año después, su sucesor en la ilustre silla de Hipona.

¿Y qué es, qué debe ser un obispo?

(1) Eclesiástico, XII, 9, 10

El hombre «irreprensible», responde el gran Pablo, «sobrio y prudente, grave y modesto, casto y benéfico, humilde y desinteresado, dulce y afable, justo y religioso. el doctor capaz de instruír en la sana doctrina y de redargüir á los que la contradicen» (1).

Pontífice, doctor y padre, el obispo debe ser la luz del mundo por su doctrina, la sal de la tierra por sus ejemplos. Sucesor de los Apóstoles, Príncipe de la Iglesia, el obispo es el continuador del augusto ministerio de aquéllos y defensor impertérrito de los derechos de ésta. Sucumbir primero que traicionar sus deberes con Dios y con la Iglesia, es el lema escrito en su bandera: podrá perecer; pero, con el evangelio puesto sobre el corazón, no será vencido jamás.

Valor á toda prueba, fortaleza cristiana, corazón magnánimo, alma sensible y generosa, prudencia celestial, dulzura y gravedad sin afectación, castidad angelical, celo ardiente, caridad discreta, fe viva, incontrastable esperanza, doctrina incorruptible, ved en compendio lo que se exige al obispo, lo que se pide á este hombre que debe ser el ejemplar y modelo de todas las virtudes cristianas, en expresión del Crisóstomo (2).

Y ¿qué se ha encargado á este Ministro Plenipotenciario, á este Legado del Dios Altísimo cerca de los hombres? Dejemos la palabra á San Agustín: «Corregir á los díscolos, consolar á los pusilánimes, sostener á los débiles, redargüir á los impíos, enseñar á los ignorantes, excitar á los perezosos, reprimir á los inobedientes, enfrenar á los soberbios, pacificar á los litigantes, auxiliar á los pobres, libertar á los oprimidos, aprobar á los buenos, tolerar á los malos, amar á todos»: *omnes amandi* (3).

Hé aquí la misión del obispo, y hé aquí ¡oh esclarecido

(1) I Timoteo, III.—Tito, I.
(2) In Ep. ad Tit., cap. 2.
(3) Serm. 349.

Pontífice de la Iglesia de Hipona! la que vos mismo desempeñasteis con lealtad, honor y dignidad nunca jamás desmentidos.

¿Qué viene á ser, pues, con todo esto la dignidad episcopal? Os lo diré, señores, con el mismo San Agustín: *Sarcinam* (1). Sí, carga; brillante, si queréis, pero pesada, abrumadora, terrible; carga formidable á los hombros de los ángeles; en una palabra, la servidumbre de otros.

¡Cuántos insomnios y pervigilios la acompañan! ¡Cuántos sinsabores y amarguras la rodean! Si supierais, os añadiré, con el Rey de la elocuencia cristiana, San Juan Crisóstomo, que «el obispo es el hombre de todos, el que lleva el peso de los deberes de todos» (2), seguramente lo compadeceríais; si supierais que el episcopado es, «como la navecilla azotada por vientos contrarios é impulsada por opuestas corrientes, á la que amigos y enemigos, propios y extraños, asestan á su vez los tiros de la persecución, de la maledicencia, de la calumnia y de la envidia» (3) ... ¡oh! entonces, quizás los que gratuitamente aborrecen al episcopado, no agregarían al peso de esa pobre barquilla el sarcasmo y el insulto de sus injustas y destempladas censuras; entonces no llevarían inermes á sus Pastores al banco de los acusados; entonces, cobardes, no arrojarían la bilis inmunda de sus iras sobre frentes venerables.

Y bien, señores; en presencia de este cuadro de imponentes deberes y de aterradores trabajos, el grande espíritu del nuevo obispo de Hipona no desfallece. A la magnitud de las tareas pastorales opone generoso la grandeza de su amor; porque, decía, donde es mayor el amor, el trabajo es menor. *Ubi major est amor, minor est labor* (4). Siguiendo el consejo del Apóstol á su discípulo Timoteo,

(1) Serm. 339.

(2) Homil. 3 in Act. Apost. Migne. «Omnium esse, omnium opera ferre».

(3) Ibidem.

(4) Serm. 140 cit.

establece desde luego el buen orden, el más perfecto arreglo en su casa episcopal. En este santuario no había más que un solo corazón, una sola alma en el Señor. La comida, el vestido, la habitación, los goces y las penas, todo era común. Reinaban allí la paz, la franqueza y la cordialidad, y allí por la oración, el trabajo y el estudio retoñaban y florecían las virtudes de los primeros días del cristianismo, se aspiraba el aire puro y perfumado de la piedad sacerdotal. No se conocía el odio, lejos estaban la envidia y la maledicencia de aquel sagrado recinto de canónigos regulares. ¡Qué unión, qué concordia, qué fraternidad en esta santa familia, cuyo padre era el obispo Aurelio Agustín! El era el que daba la dirección, el movimiento y la vida á ese cuerpo moral de tan sorprendentes bellezas. Su autoridad era querida, respetada, prontamente obedecida, y con profundo amor venerada.

Y esa morada, digna de los tiempos apostólicos, donde rivalizaban los placeres de la ciencia con el encanto de las virtudes, estaba, señores, siempre abierta á la hospitalidad para todos los desgraciados; y de esa morada partían aquellos mensajeros veloces de que nos habla Isaías (1) *á la nación conmovida y despedazada*, al pueblo que los esperaba como á los enviados del cielo.

La casa episcopal de San Agustín era, pues, un foco reverberante de luz, un seminario de Apóstoles y de Evangelizadores de la paz.

Y ¡qué celo el de este hombre incomparable por los intereses de Dios y la salvación de las almas! Como otro Moisés, cual otro Pablo, «yo no quiero salvarme sin vosotros, decía á su pueblo. ¿Qué desearé yo? ¿Qué diré? ¿Para qué soy obispo? ¿Para qué estoy en el mundo? Sólo para vivir en Jesucristo; pero para vivir con vosotros en El. Este es mi deseo, mi honor, mi gloria y mi tesoro» (2).

---

(1) Isaías, XVIII, 2.
(2) Serm. 17, cap. 2.

Fruto de su celo por el triunfo de la verdad son sus asombrosos trabajos contra todas las herejías que pululaban en su tiempo. ¿Qué no hizo por conquistar para Dios inteligencias y corazones extraviados? Recordad esa célebre conferencia que él mismo provocó y sostuvo en 411 contra todos los jefes de los Donatistas. Los hombres del error y los hombres de la verdad allí se dieron la cita, y en este duelo, el obispo Aurelio Agustín fué el campeón elegido de la causa católica. La defendió, combatió y triunfó, mil y mil conversiones ruidosas coronaron sus varoniles esfuerzos.

Deudor, por su ministerio, á sabios é ignorantes, á ricos y pobres, á grandes y pequeños, en los inagotables tesoros de su celo encuentra siempre recursos para satisfacer las necesidades de todos. «¡Cómo se transforma en todas las condiciones y estados! dice Erasmo (1). ¡Con qué solícito interés ruega por aquellos inicuos circunceliones que merecían más de una muerte! ¿Quién jamás abogó por sus amigos, como él lo hizo por sus enemigos?»

El celo, señores, no es más que la llama del santo fuego del divino amor, y donde éste existe hace siempre grandes y bellas cosas. *Amor ubi est, magna operatur* (2). Ese fuego y esa llama ardían y reverberaban en el corazón del obispo Agustín, y por esto, en sus grandes obras se multiplica, y, casi estoy por decirlo, se excede á sí mismo. Su mirada se extiende á todas partes, y en todas partes deja recuerdos de bendición. Funda monasterios de vírgenes, les da reglas, los dirige, y en estos asilos de la piedad, inaccesibles á los contagios del mundo, el divino Esposo escucha complacido los cantares de las esposas que le ha preparado su siervo Agustín.

¡Y el pobre pueblo, señores! ¡Ah! el pobre pueblo es también el objeto de su predilección. Diariamente le su-

(1) Praef. in Ep. Aug.

(2) San Greg.

ministra el alimento del alma y el sustento del cuerpo: la instrucción y la limosna. Allí donde hay una lágrima que enjugar, una necesidad que socorrer, un dolor que mitigar, una pena, un infortunio que consolar, allí está la mano bienhechora del obispo Aurelio Agustín. El es el padre del pobre, el tutor del huérfano, el protector de la viuda, el consuelo de todos los desgraciados. Nada reserva, empeña sus rentas, contrae deudas y hasta derrite y vende los vasos sagrados, cuando las necesidades de su pueblo así lo reclaman. ¡Qué caridad, qué celo, señores!

Y cuando este gran pontífice, después de tantas fatigas y de tantos trabajos por la gloria de Dios y el bien de su grey, entraba al santo templo del Señor, ¡oh cristianos! me parece divisar en su noble figura, en su grave y modesta actitud, al hijo de Onías, al gran sacerdote Simón.

«Como el lucero de la mañana entre tinieblas... y como resplandece la luna en tiempo de su plenitud ... cual sol refulgente, así él brillaba en el templo de Dios. Como arco iris que resplandece en las trasparentes nubes... como el olivo que retoña y como el ciprés que descuella por su altura... tal parecía el pontífice Aurelio Agustín cuando se ponía el manto glorioso y se revestía de todos los ornamentos de su dignidad. Cuando subía al altar santo hacía honor á la vestiduras sagradas» (1).

Y al verlo extender la mano para la santa oblación, sus hijos entonaban en armonioso concierto el cántico de la nueva alianza, y el pueblo caía de rodillas, y rostro en tierra dirigía sus plegarias al Altísimo Dios Omnipotente.

No creo exagerar aplicando á nuestro santo estos inspirados conceptos de Jesús, hijo de Sirac (2).

Y también, al través de tales esplendores, de tanta majestad y de tanta grandeza, el santo obispo de Hipona era el más humilde y modesto de todos los hombres.

(1) Eclesiástico, L.

(2) Autor del Eclesiástico.

La humildad es la primera flor en el jardín de las virtudes morales. Sin ella no hay perfección evangélica ni grandeza posible delante de Dios. El que pretende elevarse por el yo humano, vanidoso y altanero, desciende, y desciende como el ángel rebelde, hasta los abismos de toda degradación. Para subir la escala misteriosa del heroísmo cristiano, fuerza es, señores, descender; y descender siempre, y el que desciende como el Hijo de Dios, hasta el propio anonadamiento, *semetipsum exinanivit*, ése es el que se eleva en presencia del mismo Dios. Tal es el orden, tal es la ley de la Providencia; ensalzar, glorificar á los humildes, levantar del polvo de la nada al pobre y colocarlo en el número de los príncipes: *ut collocet eum cum principibus*, (Luc. VII, Ps. CXXII). ¡Cuánto mayor fueres, más humilde debes ser en todas las cosas, ha dicho el Sabio, y el que quiera ser grande, ha de comenzar por ser pequeño (1), ha repetido San Agustín. Por esto, la humildad fué para él la virtud de predilección, la que practicó y recomendó como la primera, la segunda, la tercera, y siempre, la firme escala de la verdadera sabiduría.

El mundo y los hombres lo aclaman grande en todas las cosas, y, realmente, lo era, y él responde á los hombres y al mundo con los trece libros de sus *confesiones* y con los dos de sus retractaciones. En aquéllos describe punto por punto la historia de las flaquezas de su juventud, y en éstos no se avergüenza de corregir, modificar y aun retractar alguna de sus opiniones. En unos y otros se revelan el santo y el sabio eminente, y al remitir los primeros á uno de sus admiradores, al conde Darío, le dice, entre otras cosas, estas notables palabras: «Las caricias del mundo son mucho más peligrosas que sus persecuciones... Véase lo que yo soy por estos libros, y créanme,

---

(1) Serm. 69.

pues doy testimonio de mí mismo, y no se atienda á lo que otros dicen de mí» (1).

Pero, donde su profundísima humildad brilló con más perfección, fué en su controversia con San Jerónimo. Por incidentes extraños al debate, la cuestión se envenenó, el ilustre solitario de Belén se creyó herido con injusticia y tratado con deslealtad por su no menos ilustre adversario. Le escribe con calor y con no poca acritud. Y ¿qué hace San Agustín? Le contesta con prodigios de mansedumbre, con el mágico lenguaje de la dulzura, y lo atrae, lo cautiva y lo vence con tales armas. Oíd, señores, el diálogo que hubo entre estos dos grandes hombres, superior en belleza á todo lo que en este sentido nos refiere la antigüedad clásica.

«Te ruego por la mansedumbre de mi Señor Jesucristo, dice Agustín á Jerónimo, que me perdones... terminemos la disputa, si no puede continuarse sin amargura de corazón» (2).

«Te suplico una y mil veces... oh varón santo y querido, le añade, me corrijas siempre que lo creas necesario, pues, aunque el episcopado sea mayor que el presbiterado; con todo eso, en muchas cosas Agustín es inferior á Jerónimo» (3).

«Ojalá, responde Jerónimo, pudiera yo gozarme en tus abrazos... Déjame elogiar tu ingenio... porque he resuelto amarte, venerarte, admirarte y defender tus escritos, como si fueran los míos...» (4).

«En todo tiempo he venerado tu dignidad... pero al presente no puedo pasarme ni una hora siquiera sin recordar tu nombre querido» (5).

---

(1) Ep. 131.

(2) Ep. 73.

(3) Ep. 82, cap. 2.

(4) Ep. 134.

(5) Ep. 151.

Aunque en larga distancia estos dos soles de la Iglesia Católica, estos dos grandes corazones, estas dos grandes inteligencias se encuentran, se conocen y mutuamente se irradian, se aman con indecible ternura. Y para gloria de Dios, yo lo digo, el triunfo es debido á un movimiento de descenso del astro brillante de la Iglesia de Hipona, quiero decir, á la profunda humildad de San Agustín.

El corazón de este santo obispo no latía jamás por el odio, había nacido para el amor, y el amor en sus más puras manifestaciones era su aroma, su aspiración y su vida. *Amore feror*, repetía, y la tierra era, señores, bien pequeña para que ese corazón sensible y magnánimo buscase en ella su reposo. Como la Esposa de los Cantares, suspiraba por el Amado, y al cielo enviaba sus quejas desde el destierro del mundo.

Es débil, señores, y muy pobre la palabra humana para describir los deliquios, los éxtasis, la grandeza de los castos amores de San Agustín con su Dios. «A Ti te invoco, ¡oh Dios de misericordia mía!... Dónateme, Dios mío: te amo, y, si es poco, te amaré más», decía en los arranques de su fervor. *Da mihi te, Deus meus, redde te mihi; amo te, et si parum est, amem te validius* (1). Los cielos y la tierra y todo lo que contienen, me dicen, Señor, que te ame, añadía. ¡Oh hermanos! exclamaba, ¿no os avergonzáis de decir: amamos? Que venga, pues, el que amamos, y entonces, le veremos y le amaremos, le amaremos y le alabaremos: «*videbimus et amabimus, amabimus et laudabimus* (2). Vivía, pues, por el amor en los cielos y muy bien podía repetir con el Apóstol: «Vivo yo, mas no yo, es Jesucristo el que vive en mí... mi conversación está en los cielos».

Yo no sé, señores, si notáis algo de menos en el cuadro que acabo de exhibir en diseño á vuestras piadosas consi-

---

(1) Lib. 13, Conf., cap. 8.

(2) Enarrat. in Ps. XLI.

deraciones. Miradlo bien, y decidme si no es, en miniatura, si gustáis, el más perfecto y acabado modelo de todas las virtudes cristianas. ¿Qué le falta en orden á su magnitud y bellezas morales? Para mí, una sola cosa, el colorido del pesar, las sombras del infortunio; y la mano del grande Artista del universo le imprime con amoroso pincel esas sombras y aquel colorido. Era menester, señores, que á la majestad de las virtudes correspondiera la majestad del dolor, para que nada faltase á la grandeza del inmortal y santo obispo de Hipona.

San Agustín tenía dos patrias, la del cielo y la de la tierra, la del tiempo y la de la eternidad. Ambas le ocupaban, y por ambas su amor era pujante, vigoroso y ardiente. Lo sabéis, señores: «después del amor de Dios, el amor de la tierra que guarda los huesos de nuestros mayores y que deberá también guardar los nuestros, el amor de la patria, del suelo natal, es el más noble, el más poderoso, el más invencible de los amores que la Providencia ha depositado en las profundidades del corazón humano» (1).

Pues bien, este amor sagrado de la patria vino á ser para San Agustín el cáliz de sus amarguras en la tarde de su vida.

En efecto, la patria de San Agustín, ese suelo fecundo con sus doctrinas, regado con sus sudores y testigo de sus proezas, se convierte de improviso en un teatro de sangre, de lágrimas y de muerte. Cae sobre él un enjambre de vándalos capitaneado por Genserico y llamado por un mal ciudadano (el conde Bonifacio), lo atierra, lo devasta y lo cubre de ruinas. ¡Qué sombrío cuadro de desventuras se presenta á los ojos del hijo más ilustre de la nación africana! Allí ve ciudades destruídas, campos talados, aldeas arrasadas; aquí compatriotas mutilados ó muertos, ó perdidos entre las selvas; allá oye el grito lastimero de las

(1) Dupanloup, Discours en faveur des pauvres catholiques d'Irlande.

víctimas inmoladas en la tortura ó en los cadalsos; acá el ruido de las cadenas y el triste quejido de los infelices que las cargan. En este lugar ve vírgenes errantes y fugitivas, buscando en los desiertos y en las soledades un asilo contra la ferocidad de los bárbaros; en aquel otro, ancianos y jóvenes, niños y sacerdotes sepultados en las cavernas, alzando al cielo ojos llorosos y pidiendo protección. En todas partes, iglesias incendiadas, pontífices en duro cautiverio, ó errantes también y reducidos á extrema mendicidad. No escucha ya la divina salmodia, no ve ya el coro de las vírgenes de Sión; la casa del Señor está profanada, el culto santo abolido, y dispersos los ministros que escapan de la cuchilla de los verdugos. Nada queda en pie de la floreciente Iglesia africana. Sólo se conservan en medio de tan melancólicas ruinas, como un recuerdo de tiempos mejores, las sillas de Cartago, Cirta é Hipona.

¡Oh Dios mío! El corazón patriota de vuestro siervo Agustín es la primera víctima de tantos horrores. Me parece que este anciano de la ley, suspirando con amargura, sentado sobre los muros de Hipona, entonaría el lúgubre canto de Jeremías: ¿*quomodo sedet sola civitas*? ¿Cómo han quedado solitarias las ciudades, en otro tiempo, ayer no más, tan florecientes y populares? . . . Enlutados están sus caminos: ya no hay quién vaya á sus solemnidades: destruídas están sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, llenas de tristeza sus vírgenes. . . Sus enemigos se han enseñoreado de ellas (1).

Y, entre tanto, Hipona es sitiada también: sus hijos la defienden con el denuedo de los héroes: los combates y las victorias se suceden: mas, el peligro arrecia, el sitio se estrecha, y al cabo de tres meses de asedio, el primer defensor, el más valiente soldado, por la fuerza de su plegaria, el veterano de la causa católica, el santo Pontífice Aurelio Agustín, enferma y muere á los 76 años de su edad. Su

(1) Trenos: I.

muerte es para los habitantes de Hipona mayor calamidad que la invasión y el sitio de los bárbaros.

Pero también esa muerte, señores, es por esta vez el iris de paz, la señal de salud. La sombra venerable de San Agustín es el terror y el espanto de los enemigos de la patria. Los vándalos suspenden el asedio y se retiran avergonzados. Catorce meses de infructuosas tentativas les hicieron conocer que en el recinto de Hipona había una trinchera impenetrable.

Ese baluarte era, señores, el corazón del santo obispo Aurelio Agustín.

Muere este grande hombre sin hacer testamento, porque nada tiene que dejar sino es la memoria de sus virtudes y los recuerdos de su sabiduría; muere cargado de méritos y con la preciosa muerte del justo. Combatió bien, guardó la fe, terminó su apostolado y recibió la corona.

Ha muerto, es verdad; pero sus obras viven y no morirán jamás. Ayer hizo catorce siglos que dejó de existir este hombre extraordinario; mas hoy, como ayer, como siempre, vive y vivirá en los gratos recuerdos de la Iglesia por su doctrina, por su genio, por sus ejemplos, por sus heroicas virtudes. «*Defunctus adhuc loquiur*» (1). Sí, señores, habla por sus escritos, habla por sus virtudes; y su palabra de verdad y de vida ha venido ilustrando y santificando á las generaciones que se han sucedido, durante esos catorce siglos.

Atleta de la verdad, restaurador de la antigua fe, hombre de corazón y de inteligencia, luchó contra todos los errores, recogió toda la ciencia de la antigüedad y la derramó transformada, purificada en todo el universo.

Combatió, venció y arrojó sobre el campo de batalla los restos dispersos y mutilados de las herejías vencidas y derrotadas. Es el Doctor, el pensador por excelencia, que

---

(1) Hebreos, XI, 4.

hizo salir de en medio de las ruinas amontonadas por el vandalismo el edificio inmortal de la ciencia cristiana» (1).

Cristiano fervoroso, sacerdote modelo, pontífice augusto, santo, noble y puro por las lágrimas de la penitencia, glorificó las fases todas de su preciosa vida.

Inclinemos pues, señores, la frente ante la doble majestad del saber y de la virtud y concluyamos sin temor que San Agustin fué grande, soberanamente grande, en las ciencias y más grande aún en la santidad de la vida, en el heroísmo de las virtudes. Y todo esto fué porque, como ninguno, cumplió esta máxima del Salvador: «*Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum*».

Ved aquí, señores, lo que son los humildes hijos y por lo mismo los grandes hombres á quienes la Iglesia católica decreta sus honores.

¡Santa Iglesia Romana, Iglesia escogida, madre y maestra de todas las iglesias, péguese al paladar la lengua mía, séquese mi mano derecha, si tú no fueres siempre la primera en mis recuerdos, la primera en mis cánticos de regocijo! (2). ¡Oh Roma! ¡oh silla de Pedro! tú reúnes en torno de la cátedra del pescador de fe las esperanzas y el amor del universo católico; tú has hecho tremolar el estandarte de la religión allá donde no alcanzaron las conquistas de tus antiguos guerreros; y con ese estandarte vencerás á los enemigos de hoy como venciste á los enemigos de ayer. Tu pasado nos responde del porvenir.

¡Oh Roma cristiana! yo te venero, te envío mis parabienes, te saludo reverente como á mi madre, y más que á mi madre querida.

Allí está ese hijo tuyo. Te ha glorificado, y tú ¡Roma! lo glorificas también. Es la columna sobre que descansa

(1) Massure, Monde, 2 May. 1863.

(2) Bossuet, Serm. sur l'Unité de l'Eglise.

el majestuoso edificio de tus glorias; es el hijo de tus caricias que proclamó á la faz del orbe tus eternos destinos, tus bellezas inmortales y tus sacrosantos derechos; es el hijo humilde que recibió tus oráculos cual si vinieran del cielo; es el mismo que pronunció esta sentencia que han repetido los siglos: *Jam duo rescripta de Roma venerunt;.. causa finita est.*

Cristianos: en los borrascosos tiempos que atravesamos, la justicia y el derecho, la religión y la sociedad, reciben por doquiera hondas heridas. Volvamos los ojos á Roma para salvar del naufragio común. Allí está el puerto, allí el faro de la humanidad regenerada por el Cristo Jesús; porque allí está su Vicario, el inefable maestro de la fe y de la moral. Recibamos como San Agustín la palabra de los sucesores de Pedro, y con ella la verdad será nuestro patrimonio en el tiempo, y la dicha nuestra herencia en la eternidad. Esa palabra atraviesa los espacios, cruza los mares, resuena en los desiertos y en las soledades, y encuentra ecos que la repitan y veneren hasta en la espesura de los bosques y en la cima de las montañas. Esa palabra es luz y verdad, esperanza y amor para todos los que creen en la palabra del Verbo de la vida. Esa palabra en San León el Grande salvó á Roma y detuvo en sus destructoras conquistas al orgulloso Atila, y esa palabra en los labios del mártir de los tiempos actuales, del inmortal Pío IX, ha enfrenado el furor de las iras revolucionarias, ha desconcertado los planes de los hombres y de los poderes enemigos, y, desarmada y débil en apariencia, ha triunfado ya de los ejércitos que la impiedad y la astucia habían lanzado contra ella. Bendigamos al Señor, y dóciles escuchemos la palabra de nuestro querido y venerado Padre, el Soberano Pontífice, que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos y las del gobierno religioso y moral de las sociedades cristianas. Unidos de corazón á la cátedra de San Pedro, inclinemos humildes la cabeza para

recibir las bendiciones que desde allí nos envía el santo y venerable viejo que dignamente la ocupa. Constituyéndome su intérprete, en su nombre osbendigo otra vez, y os deseo contento, dicha y prosperidad en la tierra, y una diadema brillante de gloria en los cielos.—Así sea



ORACIÓN FÚNEBRE

Por el Illmo. y Rmo. señor Arzobispo de Santiago, doctor don Rafael Valentín Valdivieso

Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. (San Mateo, XVI, 24).

Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz y sígame.

Vengo, señores, á cumplir el más triste de los deberes de mi vida; vengo á pagar una deuda de gratitud, de veneración, de respeto y de entrañable amor; vengo á depositar una flor humedecida con lágrimas sobre la urna funeraria del más viejo y querido de mis amigos; vengo, en suma, á recordar los hechos del esclarecido pastor de la ilustre y floreciente Iglesia de Santiago, que era la gloria más pura de este suelo de mi patria, y uno de los más brillantes ornamentos del episcopado católico.

¡Ay! Ni pronunciar casi puedo el nombre venerado del ilustre amigo á quien refiero estos melancólicos acentos de mi dolor. Como el gran Jerónimo en el elogio fúnebre de Nepociano, siento ahogarse la voz en mi garganta, oprimirse el corazón, correr gruesas lágrimas por estas viejas mejillas, turbarse mi espíritu y desconcertarse mis ideas y conceptos al repetir el nombre de aquel que fué

mi guía, mi consejero, mi apoyo, mi modelo, mi consuelo, mi colega y, más que todo, mi amigo. *Quotiescumque nitor in verba prorumpere et super tumulum ejus flores spargere, toties lacrimis implentur oculi, et remoto dolore, totus in funere sum.*

¿Cómo queréis entonces, señores, que bajo estas impresiones, que destrozan mi corazón, formule yo el elogio fúnebre del eminente Arzobispo de Santiago, cuya muerte es para mí un martirio y para la Iglesia Chilena y para el país una verdadera calamidad? ¿Cómo sobreponerme á esos sacrosantos derechos del corazón para exhalar hondos gemidos en los grandes dolores, en las grandes pérdidas y en los supremos infortunios de la vida? El amigo, el chileno, el obispo, el compañero de vigilias, de estudio y de trabajo, ¡ah! ¿qué podrá deciros del denodado campeón de la causa católica que la muerte nos arrebató, derramando por doquiera la amargura y el desconsuelo, y llevando á todas partes la desolación y el llanto? ¿Por dónde comenzar el elogio de este hombre extraordinario?

Un recuerdo, señores, de la antigüedad clásica de la Iglesia viene á darme la llave para abrir el santuario de una vida llena de buenas y santas obras.

Cuando el elocuente San Gregorio Nancianceno pronunció el elogio fúnebre de San Atanasio, el grande y doctísimo Arzobispo de Alejandría, comenzó por estas palabras: *Athanasium laudans, virtutem, laudabo:* alabando á Atanasio, alabo á la virtud; porque nombrarlo es encomiar todas las virtudes, pues todas las tenía.

Sin vacilar, yo aplico desde luego el mismo elogio al esclarecido príncipe de la Iglesia de Santiago, y con poco trabajo, aplicando el análisis con lógica imparcial á su edificante vida, podría llevar la demostración de esta verdad hasta el más alto grado de la certidumbre moral; pero esto me conduciría muy lejos, y dejo al historiador de la vida de este dignísimo sucesor de los apóstoles el cuidado de los

detalles y colorido del hermoso cuadro que de ella en días más lejanos nos ha de presentar.

Entre tanto, y por lo que á mí toca, fijo mi atención en una de las virtudes del venerable Arzobispo que descuella por su altura entre las demás, como el ciprés entre los arbustos. Esta virtud fué el móvil de sus acciones, la palanca de su fuerza, el paladión de su valor y la síntesis, por decirlo así, que compendia sus hechos y domina toda su vida.

Y esta virtud, señores, se llama la abnegación, amor de la cruz, que viene de los cielos y, teñida con la sangre de la inmolación y el sacrificio, desciende de la colina del Gólgota. En un siglo de grandes iniquidades, de flaquezas humillantes y de injusticias soberanas, nuestro ilustre Arzobispo amó la cruz y la abnegación con el noble ardor de las almas puras y con la santa pasión de los grandes y esforzados corazones: le consagró reverentes cultos y fué por eso el *Justo que vive por la fé*, según la frase de nuestros Santos Libros.

Por amor á la cruz «hasta la muerte combatió por la Justicia» y Dios por eso lo colocó en el pedestal de los grandes hombres. Por abnegación amó la justicia, aborreció la iniquidad, y por eso ha merecido bien de la Religión y de la Patria: amó la abnegación y la cruz, y por eso su gran corazón se mantuvo puro y virginal al través de las putrefacciones del siglo, y su grande alma no conoció el desaliento ni el miedo al través de las timideces y cobardías humanas. Fué, señores, un gran discípulo de la cruz, y será esto lo que veréis en la vida para siempre memorable del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Santiago, doctor don Rafael Valentín Valdivieso, á cuya memoria de bendición consagramos esta lúgubre ceremonia.

Sacerdote del Dios Altísimo, orad por mí; mis hijos queridos, *ignoscite mihi*, compadeced á vuestro padre,

miseremini mei, miseremini mei saltem vos, amici mei, permitidme deciros con San Bernardo, sollozando en circunstancias análogas por la muerte de su hermano Gerardo.

Yo también sufro indecible dolor, yo también lloro por la muerte de un hermano mío en el apostolado dela verdad. Las fuerzas me abandonan y casi estoy por bajar de esta cátedra sagrada, repitiendo el *erumpite, lacrimae* del melifluo doctor de las Galias. Orad, hijos míos, por mí, y vos Virgen pura, venid en mi socorro, proteged á vuestro siervo.

Dios es admirable en sus escogidos: los elige y los prepara para que sean los ejecutores de sus misericordiosos designios: llama á los combates de la vida á los que destina para las victorias del tiempo; *vocat ad pugnam quos praeparat ad victoriam:* les concede sus altos dones, los previene con sus bendiciones de inefable dulzura: *praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis*, y en las asperezas de los caminos dela cruz les tiende su mano protectora y les hace amar los encantos de la virtud sin el goce de sus ternuras. Siempre en el Calvario y nunca en el Tabor, estas almas escogidas llevan esculpida en sí la imagen del Crucificado y el *pati et contemni pro te* de los grandes amantes de cristo, padecer y ser despreciado por Jesús, es la delicia de sus corazones.

Sublime locura de la cruz, señores, que forma los apóstoles de la verdad y los grandes héroes del Cristianismo, que en todo los instantes y en todas las horas de la vida se sobreponen á las funestas influencias del mal, lo combaten y lo vencen. Inspirado siempre por el deber austero, lo cumplen, sea cual fuere el sacrificio que impone. Es ésta la vida de inmolación en las aras de la justicia que enaltece á los hombres y los hace brillar como el astro del día en la mitad de su carrera. Es ésta la santa ley de la abnegación

de sí mismo, *abnegei semetipsum*, que ha poblado las soledades de anacoretas como los Pablos, los Hilariones y Antonios; los claustros de cenobitas, como los Domingos, los Franciscos y los Ignacios; las academias de sabios, como Buenaventura, los Tomases, los Canicios y los Suárez; y los pueblos y las ciudades de apóstoles de celo y de caridad, como los Vicentes de Paul, los Javieres y los Claver.

Cruz, abnegación, renuncia de sí mismo, odio santo de las vanidades del siglo, amor de Jesús, ved ahí vuestros triunfos, ved allí los trofeos de vuestras victorias.

Fué ésa, señores, la escuela del grande Arzobispo que lloramos; fué en ese magisterio divino del Evangelio donde estudió esas maximas de altísima filosofía, que le sirvieron de clave para penetrar los secretos de Dios. El niño, el adolescente, el joven, el ciudadano, el sacerdote, el pastor, todas las fases de la hermosa vida del ilustrísimo y reverendísimo señor Valdivieso se explican por estos principios, se descifran por estos antecedentes.

El niño bebió la piedad con la leche maternal: descendiente de vieja y noble raza, apenas la razón iluminó los primeros pasos de su vida, cuando él perteneció á Dios por la pureza y las gracias de su infantil corazón. Sus primeros juguetes revelaron desde entonces lo que más tarde sería: sacerdote fiel, formado como Samuel, según el corazón del Señor. Este niño, señores, vivo, inteligente, simpático, de rica y fecunda imaginación, llevaba en su pecho, en su índole y hasta en su modesta y penetrante mirada, los tesoros de un brillante porvenir. Era noble por su familia, pero más noble todavía por la inocencia y santidad de su vida: *Nobilis genere, sed multo nobilior sanctitate*, como ha dicho San Jerónimo en su epitafio de Santa Paula.

Adolescente, la aplicación al estudio, el amor al trabajo, la madurez del juicio, los prodigios de la memoria, la elevación de las ideas, las concepciones profundas del espíri-

tu y los generosos arranques del corazón lo distinguieron entre sus compañeros de tareas. Amable é indulgente con todos, era consigo mismo severo. Amó desde esa temprana edad las santas austeridades del Evangelio, que no abandonó hasta el último suspiro de su vida.

Permitidme, señores, referiros aquí un incidente de esa época de su vida, del cual talvez sea yo el único testigo. En las confidencias de nuestra amistad le interrogaba, le advertía y casi le reconvenía por el ningún cuidado que ponía en el arreglo externo de su persona, por estrafalarismo de sus vestidos, como él mismo lo calificaba. Y entonces, con asombro me convencí por sus respuestas que en el desaliño exterior se ocultaba un fondo de alto desprendimiento y mortificación evangélica.

Los primeros años de este niño predestinado para grandes cosas, se deslizaron al lado de su abuela materna, que en los excesos de su cariño y ternura hizo cuanto pudo por complacerlo, por satisfacer todas las exigencias y puerilidades, comunes y frecuentes en esa edad de las irreflexibles locuras. Pero Dios quiso que el inteligente niño comprendiera el grave mal que la exagerada condescendencia con las pasiones de la niñez, el regalo y los excesivos cuidados, podían traerle y le traerían en adelante. Adoptó, pues, el sistema contrario: al blando lecho opuso la dureza de la tierra; al vestido muelle, el pobre y hasta desaseado; y á los placeres de la mesa, la indiferencia más completa por todos ellos. Larga fué su lucha para triunfar del cariño de su segunda madre, que al fin se conformó, en parte, con esa, según el mundo, rara y extravagante vida de su nieto. Y eso lo hizo este adolescente porque no quería ser niño mimado primero y después hombre débil, afeminado y sin carácter. Muchas veces tenía yo, señores, que aderezarle su pobre y humilde sotana, y él lo sufría, lo toleraba sin inmutarse, *perinde ac cadaver*. Estaba ya

muerto por su abnegación para estas necedades de la vida.

Perdonad, querido amigo, estas reminiscencias y revelaciones, y comprended vosotros, señores, por ellas el espíritu que inspiraba á ese adolescente cuando, dejando apenas el maternal regazo y las delicias de la infancia, ya penetraba con tanta elevación el sentido de esta máxima del gran Pablo: «Si viviereis según la carne, moriréis; mas, si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (1).

El adolescente que con varonil entereza domaba así las pasiones de la carne, joven no desmintió jamás el vigor lozano en las luchas del discípulo de la cruz contra el hijo de la concupiscencia del mundo, que debía sostener en otros campos más escabrosos y difíciles que los risueños jardines de la adolescencia que acababan de perfumar los días más gratos de su vida.

El joven Valdivieso, de austeras costumbres, en su desprecio por los atavíos del siglo, se asemejaba á ciertos filósofos que celebra la antigüedad pagana, pero los aventajó en las miras y en los fines que para esto se proponía. El era filósofo del Evangelio, y su amor á la verdad, su ardiente pasión por las ciencias, no contrariaban ni se oponían á su profunda humildad. Lejos de esto, lo enaltecían, porque nada es más bello que la modestia unida á la aristocracia de la sangre, del talento ó de la fortuna. El joven cuyo preclaro ingenio celebran á porfía sus profesores y reconocían sus condiscípulos en la gimnástica de la inteligencia, en el ejercicio de las facultades intelectuales, en el cultivo de los ramos del saber y en la adquisición de los conocimientos humanos, en que no tenía iguales ni competidores, buscaba, señores, una cosa grande, excelsa,

(1) Romanos, VIII, 13. El *Bonum in cruce* de su escudo.

soberana: buscaba á Jesús y la elevación de su alma, y podía decir con el Apóstol de las gentes: «No me precio de saber otra cosa entre vosotros que á Nuestro Señor Jesucristo, y éste crucificado». *Verum in luce.*

El sabio cristiano dobla la cabeza ante la cruz y no se deslumbra con el brillo de los aplausos y de las grandezas humanas.

A los veinte años de edad, el joven Valdivieso tenía asiento entre los jurisconsultos de su país, atraía sus simpatías, merecía sus distinciones y con ellos compartía sus tareas en la defensa de la justicia y del derecho. Los puestos y los empleos honoríficos de alta importancia se anticipan á su edad, y ora en los municipios, ora en los bancos de los defensores de la inocencia, ya en las Cámaras Legislativas ó ya al lado de los intérpretes del derecho de los viejos sacerdotes de la ley, su palabra fué siempre la palabra del sabio, del honrado ciudadano y del íntegro magistrado. Inflexible en sus convicciones, nadie era capaz de doblegarlo, si no lo convencía primero. Carácter firme y resuelto, jamás por respetos humanos y condescendencias humanas traicionó los altos fueros de la justicia y de la verdad. Como juez primero y como diputado después dió brillantísimos testimonios de esas cualidades que honran sobremanera al hombre público y al magistrado.

La justicia y las libertades políticas son deudoras á este ciudadano ilustre, y nobilísimos ejemplos y de muy elocuentes lecciones de austero y cristiano republicanismo.

No sacrificó sus convicciones á las exigencias del poder, y ni en la tribuna parlamentaria ni en los sillones de la magistratura condenó lo que su conciencia le mandaba absolver.—«¡Qué joven tan hábil», me decía uno de los jueces, el día mismo en que, gracias á la vigorosa elocuencia forense del abogado Valdivieso, absolvía á los colegas de éste de la acusación de prevaricato que por orden del Gobierno se les había entablado. «¡Qué joven tan hábil!

Ha hecho pedazos las alegaciones del fiscal; cada golpe, cada herida que le ha dirigido, iban rectamente al corazón». ¡Y ese fiscal era, señores, una de las grandes figuras del foro y de la cancillería chilena, era Don Mariano Egaña!.. Y ese joven tan hábil, que lo vencía en la arena de los combates legales, era don Rafael Valentín Valdivieso!

El ciudadano esclarecido que «en las obras de justicia alcanzaba tan espléndidos triunfos y obtenía tan prósperos sucesos», *in operibus justitiae succesus habebit* no era menos admirable en la práctica de la excelente virtud de la caridad con el huérfano y el menesteroso. Defendía con celo, diligencia y desinterés la suerte y la fortuna de los menores que la ley había confiado á su cuidado, y luego en alas de la fe y del amor volaba á ese asilo de la indigencia, que lleva el nombre de hospicio, y allí prodigaba las ternuras de la paternidad cristiana, los desvelos y las enseñanzas del apostolado católico á esos infelices que en su mayor parte no contaban siquiera con la razón para llorar sus desventuras. En cada uno de esos desvalidos veía un representante de Cristo, y con la deferencia, las simpatías y el cariño que comunican al alma las santas inspiraciones de la fe y de la abnegación, amaba á sus pobres, los complacía y los servía. ¡Feliz el que tiene compasión por el desamparado y el pobre; el Señor lo protegerá en las duras pruebas de la vida! *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus.*

Paso en silencio, señores, los detalles de los grandes servicios que la ingeniosa y activa caridad del señor Valdivieso prestó á los pobres en el hospicio de los inválidos de la capital de la República. No acabaría si hubiera de detenerme en los encantos de esa caridad que siente todos los dolores, que vive en todas miserias, que llora con los que sufren y ríe con los que gozan, *gaudere cum gaudentibus flere sum flentibus*, que en aquel asilo y fuera de él, practicaba este humilde discípulo de la cruz.

———

Dios preparaba de esta manera á su siervo para hacerlo un día el confidente de sus secretos, el dispensador de sus misterios, su legado cerca de los hombres, *pro Christo legatione fungimur*, en una palabra, el amigo de sus ternuras: *jam non discam vos servos, vos autem dixi amicos.* Le inspira, pues, un pensamiento magnánimo y una resolución generosa: lo llama al santuario, y el joven abogado á quien por su familia, talento, servicios, simpatías y relaciones sociales sonreían el mundo con sus ilusiones y el porvenir con sus glorias, oye, como Samuel, la voz del cielo y la obedece sin trepidar.

El árbol era frondoso, señores, y su fruto estaba en sazón. El señor Valdivieso, por la pureza de sus costumbres, por su alta y cultivada inteligencia, por su espíritu sacerdotal, por su abnegación y caridad, por su desinterés y desprendimiento, por la firmeza de sus convicciones y por la entereza de su carácter, era ya sacerdote antes de recibir en sus manos la unción santa de la consagración. Convendréis, sin embargo, señores, conmigo en que, para todo esto y para dar el magnánimo adiós, era menester la suprema energía del alma; se necesitaba la práctica de la valiente abnegación de sí mismo, que forma los grandes discípulos de la cruz. *Bonum in cruce.*

Como el célebre Aurelio Agustín de Tagaste, pero sin tener que llorar tributo alguno pagado á las debilidades humanas, huye del comercio de los hombres, y en el retiro y la soledad, en la contemplación de la virtud religiosa y en la conversación con su Dios, se preparó para recibir las sagradas órdenes, y las recibió, en efecto, en los meses de Junio y Julio de 1834.

¡Qué cambio, qué transformación, señores! Digo mal. que no se ha cambiado nada sino el vestido. El espíritu y el corazón, las costumbres y las creencias, el fervor y las austeridades, la abnegación y la fortaleza eran siempre los mismos; mas, ¡qué nuevo campo de acción se presentaba

á la actividad portentosa de ese hombre singular! ¡Oh! si me fuera dado descorrer el velo que nos oculta los íntimos secretos de su vida, veríamos talvez, en ese grande corazón, arder la llama del intrépido celo de San Francisco Javier, la humildad profunda de un Solano y la caridad ardiente de un Claver.

El joven sacerdote sabía muy bien esta máxima de una de las grandes lumbreras de la Iglesia griega: «Purificarse para purificar; instruírse para instruír; iluminarse para iluminar; acercarse á Dios para acercar después á otros; santificarse para santificar; trabajar y aconsejar con prudencia».

Y todo esto, señores, practicó con infatigable constancia el presbítero don Rafael Valentín Valdivieso desde el principio hasta el fin de su carrera sacerdotal. Oración, estudio, mortificación, ayunos, cilicios, maceraciones, confesonario, predicación, conferencias, trabajos literarios, obras de celo y caridad apostólica, todo esto y algo más todavía, ocupaba y dividía su tiempo. Tenía sus horas bien distribuídas y no había de ellas un solo instante perdido.

Yo fuí, señores, su compañero de trabajo, su confidente y su amigo en aquel tiempo, el más feliz de la vida, y puedo aseguraros con verdad que no he conocido hombre alguno más constante en el trabajo, más vigoroso en sus tareas, ni más igual consigo mismo en medio de las pesadas y abrumadoras ocupaciones del sagrado ministerio. Nunca salía de sus labios una sola palabra que revelase fatiga ó cansancio: su paciencia era invicta, y siempre jovial y festiva, con la exuberante riqueza de su talento prodigioso y con las galas de una imaginación fecundísima; siempre ocultando sus trabajos y penitencias, solazaba á sus amigos con instructiva y amena conversación en los pocos ratos que reservaba al reposo.

¡Oh mi dulce amigo! ¡oh tiempos pasados! ¡oh recuerdos

de mejores días, dejadme en mis tristezas enviaros en la tarde de mi vida el adiós postrero de despedida!

¿Quién no recuerda en la capital de la República y fuera de ella esa hermosa época de la vida del señor Valdivieso? ¿Quién como él ocupaba más horas en la meditación de las verdades eternas? ¿Quién como él estaba más largas horas en el confesonario? ¿Quién como él solucionaba con más lucidez los arduos problemas de la ciencia y del corazón? El pobre y el rico, el sabio y el ignorante, la señora de ilustre cuna y la humilde hija del pueblo, todos oían de sus labios la doctrina de Cristo, y á todos, sin distinción de personas, atendía con igual mansedumbre, interés y caridad Se hacía, como el gran Pablo, todo para todos, para ganarlos á todos para Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué sacerdote, señores!

Y ¿sabéis cuál fué la más querida y la primera de las ocupaciones de su sacerdocio? ¡Ah, señores! la capellanía del hospicio de los pobres de Santiago, y allí fué, os diré con San Jerónimo, *caecorum baculum*, *esurientium cibus*, *spes miserorum*, *solamen lugentium*, báculo de los ciegos, alimento de los hambrientos, esperanza de los miserables, solaz de los afligidos. De tal manera resplandecía en cada una de las virtudes, como si no hubiera tenido las demás. *Ita in singulis virtutibus eminebat quasi si coeteras non haberet.*

Y luego después de estas modestas y oscuras, pero sublimemente meritorias tareas de su ministerio sacerdotal, como el águila que se remonta á las alturas, tiende sus miradas al Sur y al Norte de la República y ve necesidades que socorrer, y con otros sacerdotes á quienes comunica el sacro fuego que ardía en su pecho, vuela primero al Mediodía y después al Norte de nuestro país, llevando á esas pobres regiones, hambrientas de verdad y de bien, la antorcha del Evangelio, las luces de la fe, los consuelos de la esperanza y los encantos de la caridad. ¡Qué apóstol, se-

ñores! En débil leño, por el amor á sus semejantes, cabalga sobre las ondas del archipiélago de Chiloé, y más de una vez, sereno en medio de las tormentas y tempestades, convidó á uno sobre cubierta à observar la Naturaleza con toda su magnificencia. Ved aquí, señores, la intrepidez del apóstol al lado de la abnegación general del gran discípulo de la cruz.

Grande y copiosa fué la cosecha de bienes y buenas obras de este evangelizador de la paz en el Sur y Norte de la República; pero su corazón de apóstol no se satisfacía con esto, y más de una vez, en los puros y expansivos goces de nuestra amistad, nos sonreía la idea que tenía en su mente de consagrar nuestros días al servicio de Dios en una congregación destinada á las misiones y á la enseñanza.

Dios no lo quiso así, y el señor Valdivieso, al lado del venerable y muy piadoso ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo Vicuña, que, conocedor de sus relevantes méritos, lo había hecho su consejero, su confidente, su amigo, su compañero de apostólicas tareas, recorría los curatos del Norte de la arquidiócesis, trabajando sin reposo en las múltiples, variadas y pesadísimas tareas de una visita episcopal. En todo el vigor lozano de la vida no daba otra tregua á sus ocupaciones que unas pocas horas de sueño que dejaba á sus trabajadas fuerzas. A todo atendía, en todo se fijaba, todo lo ordenaba y para todo le daba sus horas y sus instantes el tiempo. Era el alma, la vida y el gran motor en ese gran torneo apostólico por la virtud y contra el vicio, si puedo expresarme así, emprendido por aquel venerable prelado de la Iglesia chilena. Todo quedó, pues, en parroquias y en sus archivos, en iglesias y sus consagraciones, en el culto y sus dependencias, perfectamente arreglado.

Y cuando, vuelto á Santiago, podía darse un descanso después de siete meses de incesante y fatigosa labor, este

hombre de fierro, ese carácter de antiguo romano ó de los hijos de España conquistadora, salta de nuevo, y con mas bríos que antes, á la arena de sus combates contra los vicios y las pasiones, y una vez más en la cátedra evangélica y otras en el tribunal santo de la rehabilitación, ilumina, convierte y santifica á los extraviados.

¿Y no más que esto, señores? ¡Oh nó! que también consagra horas de su tiempo á la discusión, por la prensa y la tribuna parlamentaria, de los grandes principios religiosos y sociales sobre que descansa el bienestar y la libertad de los pueblos. Sin hablar del profundo y distinguido escritor, ¿quién de vosotros, señores, ignora su famoso proyecto de ley en la legislatura de 1837 para restringir las facultades del poder ejecutivo durante los estados de sitio? ¿Quién de vosotros no conoce las que en aquel tiempo llevaban el nombre de leyes marianas? Contra las exorbitancias del poder que á la sombra de sus atribuciones podía convertir la República democrática en monarquía absoluta, fué dirigido este proyecto de ley presentado por mi ilustre amigo. Era la expresión sincera de su fe republicana y de su amor nunca desmentido á la justicia y á la libertad.

La idea no triunfó, á pesar de la vigorosa defensa que de ella hicieron, notadlo bien, el señor Valdivieso y otros compañeros sacerdotes que le seguían en la noble y gloriosa lucha parlamentaria. Cuántos obstáculos hubo que vencer y cuántas insinuaciones y empeños que rechazar ese noble corazón para llevar adelante ese proyecto reparador, para practicar ese acto de justicia y de libertad, lo juzgaréis vosotros, señores, con solo considerar que el denodado diputado era querido, venerado y cordialmente respetado de los hombres de Estado que entonces se hallaban en las alturas del poder.

Pero el señor Valdivieso no sabía ceder cuando estaban de por medio la justicia y el deber. Fué, pues, también

este un acto de verdadera abnegación en su vida sacerdotal que, unido á tantos otros de justicia y misericordía, y, sobre todo, de amor con los pobres, lo colocó de bulto entero en el número de aquellos para los cuales el Sabio, divinamente inspirado, escribió esta máxima de eterna verdad: «El que ejercita la justicia y la misericordia hallará vida, justicia y gloria».

Amado y respetado de todos sus compatriotas, acatado por los hombres de todos los partidos, sin odios ni prevenciones de nadie, cargado de méritos y buenas obras, querido y venerado del clero, el sacerdote don Rafael Valentín Valdivieso era, á los 40 años de edad, el hombre de su época, la más alta y simpática personalidad de Chile; era, señores, si puedo usar esta frase de nuestros Libros Santos, como Moisés, amado de Dios y de los hombres, *dilectus Deo et hominibus.* Los pueblos celebraban su sabiduría y la Iglesia de Chile sus alabanzas.

A esa edad de su vida, ya por la humildad y modestia no había aceptado en dos ocasiones las altas dignidades de la Iglesia de su patria, que con su asentimiento pudo haber obtenido.

Pero, señores, Dios, que ensalza á los humildes y abate á los soberbios, sabe también cuándo le place glorificar á quien lo glorifica: *quicumque glorificaverit me, ego glorificabo eum.* Y era esta ley ineludible de su eterna justicia la que debía cumplirse en esta vez en el presbítero Valdivieso. A despecho de todos, él debía de ser glorificador glorificado, como decía del grande Ignacio de Loyola uno de los mejores panegiristas.

La opinión pública, el clero y el pueblo fiel señalaban con el dedo á ese esclarecido sacerdote para suceder en la silla arzobispal de Santiago al venerable señor Vicuña. Y el Gobierno de aquella época, honorable y concienzudo, in-

terpretó con fidelidad el sentimiento público y la voluntad unánime del clero y pueblo de la arquidiócesis, designando con su consejo al presbítero Valdivieso para tan elevado cargo, después de haber aceptado la renuncia de otro sacerdote, también ilustre por su saber, por sus canas y virtudes, que antes había propuesto para el propio fin. Sucedía esto, señores, por el mes de Mayo de 1845. Un grito de aplauso y de alegría resonó en todos los labios. Ese acuerdo del poder no llevó inquietud á ningún corazón: estaba ya hecho en lo opinión de todos los hombres de bien, y entraba en el orden natural de las cosas que así sucediera; porque la justicia como la verdad tienen para mí el privilegio de hacerse acatar casi siempre de los espíritus no prevenidos.

El Gobierno había practicado, pues, un grande acto de justicia, y por él, un porvenir risueño se preparaba á la Iglesia de Santiago; pero faltaba la aceptación del hombre de Dios, de aquel que estaba destinado para ser el instrumento de la Providencia en sus designios de amor para con esa parte selecta de la viña de Jesús. A la vista del sabio modesto y del apóstol de Chiloé y Atacama había ya dos mitras, como un trofeo de las victorias de su desprendimiento y abnegación; indudable era, para los que conocíamos bien la entereza de su carácter, que allí cerca de las de Ancud y Serena se colocaría también la mitra de la Metropolitana Iglesia de Santiago. Esto estaba en la lógica y en la índole característica de la persona.

Sin embargo, la gracia de Dios sabe triunfar de las resistencias del hombre y en ocasiones por medios harto débiles é insignificantes. Y fué esto lo que sucedió esta vez.

Permitidme, señores, referiros aquí con sencillez un incidente que resolvió el problema de la aceptación.

Pocas horas después que tuvo lugar en los consejos del Gobierno el acuerdo de la designación del señor Valdi-

vieso para el Arzobispado de Santiago, un hombre ilustre, que era mi amigo y no existe ya, me llamó á su casa y me reveló el acuerdo del Gobierno, que era todavía un secreto para el público. Me agregó que era necesario persuadir al señor Valdivieso á que no opusiese resistencia y aceptase el cargo, que en la noche de ese día le iba á proponer el señor Ministro de Justicia á nombre del Gobierno.

Yo era, señores, amigo leal del señor Valdivieso, y en vista de esta revelación confidencial comprendí toda la gravedad é importancia del asunto: me dirigí al señor don José Miguel Arístegui, finado é ilustre Obispo de Himeria, que era entonces, como yo, un simple prebístero, pero antiguo y muy sincero amigo también del señor Vadivieso, y á cuyas opiniones éste teníagran deferencia, le expuse el caso que ocurría, y ambos nos fuimos á casa de nuestro común amigo. Sin descubrirle el origen, le dije que sabía de una manera segura que el señor Ministro de Justicia lo llamaría para proponerle el Arzobispado de Santiago; que, cumpliendo un deber de amistad, venía yo á traerle esta noticia, triste sin duda para su corazón, pero de consuelo para la Iglesia, que en mi humilde opinión exigía de él este sacrificio. El señor Arístegui corroboró esta opinión con la autoridad de su palabra y el ascendiente de su virtud.

La palidez de la muerte apareció en aquellos solemnes momentos en el semblante de aquel hombre, en cuyo levantado pecho no cabían el sobresalto ni el miedo: dió sus razones; expuso los motivos de sus anteriores resistencias; con su mirada de águila y con las intuiciones de su genio vió todo el porvenir que le aguardaba; lo comparó con sus fuerzas, con sus principios, con sus teorías y hasta alegó la inconsecuencia que había en aceptar un Arzobispado después de haber rechazado dos obispados. Mas nosotros le observamos que sobre todas las consideraciones de su razón y los inconvenientes de sus principios é ideas para el régimen y gobierno eclesiástico estaba la gloria de Dios

y el interés de la Iglesia y la santificación de las almas, en cuya presencia debían callar todos los motivos de insuficiencia y hasta las exigencias del amor propio ó lo que podía llamarse humana dignidad en el caso presente. Larga fué la lucha y la duración de nuestra conferencia; mas al fin el señor Arístegui y el que habla triunfaron de aquel héroe de humildad. La idea del deber lo venció y, pálido como un cadáver, inclinó su frente y calló.

El ilustrísimo señor Arístegui y el ilustrísimo y reverendísimo señor Valdivieso se habrán dado ya en los cielos el abrazo de eterno amor, y yo, triste en el destierro de la vida, al contaros cosas que sucedieron hace más de treinta y tres años, les envío mis parabienes y me felicito de la opinión que entonces ante ambos emití.

Destinado para pastor de una ilustre y numerosa grey, el señor Valdivieso consagró, desde ese momento, toda la fuerza de su inteligencia, toda la energía de su voluntad y todo el entusiasmo de su corazón, á la que, dada la apostólica elección y canónica institución, debía de ser más tarde la púdica esposa de sus desvelos y solícitos cuidados.

Pero, señores, en la lengua del Evangelio de Cristo, ¿qué es lo que debe ser un pastor del místico rebaño de Jesús? Oíd á San Juan.

«En verdad, en verdad os digo que quien no entra por la puerta del aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, el tal es un ladrón y un salteador.

«Mas, el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas.

«A éste el portero le abre, y las ovejas escuchan su voz; y él llama por su nombre á las ovejas propias y las saca fuera al pasto.

«Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

«Mas, á un extraño no le siguen, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños.

«El buen pastor da su vida por sus ovejas.

«Pero el mercenario y el que no es propio pastor..., en viendo venir al lobo, desampara las ovejas, y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño.

«El mercenario huye por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas».

Ahora, señores, mirad al grande Arzobispo de Santiago, estudiad sus hechos y sus obras durante los treinta y tres años de su pontificado, y con la mano puesta en el corazón, decid si es ó nó el acabado tipo de ese buen pastor trazado por la divina mano del Supremo Pastor de los pastores.

Entró por la puerta del aprisco del Salvador; conoció á sus ovejas y sus ovejas le conocieron á él: combatió con varonil denuedo los vicios y los errores, y se opuso como un muro de bronce al torrente de las iniquidades del siglo. Centinela avanzado en los ejércitos del Señor, dió siempre el primer grito de alarma contra los enemigos de Dios; descubrió sus artimañas y las refutó sin descanso. Buen pastor, no economizó fatigas, ni rehusó sacrificios por el bien de su rebaño. Pastor, y no mercenario, no se intimidó por los aullidos de los carniceros lobos que intentaban dispersar y devorar sus ovejas. Nada temió en la lucha por el honor, la gloria y los derechos de la Iglesia, que siempre sostuvo con intrepidez apostólica. Atleta de Cristo, sacerdote del Dios vivo, con el santo Evangelio en sus manos, en sus memorables combates por la libertad de la Iglesia, os diré con San Cipriano, pudo ser muerto, pero no vencido; *occidi potest, non potest vinci.*

Amante de su rebaño, valiente, sabio, generoso y dispuesto á dar la vida por sus ovejas: *Bonus pastor dat animam suam pro ovibus suis;* ved aquí al pastor.

Irreprensible, sobrio, modesto, prudente, grave, casto, hospitalario, dulce y afable, justo, religioso y continente,

capaz de instruír en la sana doctrina y de redargüir álos que le contradijeren. Ved aquí al Obispo.

Y bien, tended la vista por el campo que le cupo en suerte cultivar: ¿qué veis en esa preciosa heredad del Señor, en la ilustre y floreciente Iglesia de Santiago? Todo en orden, como lo quiere el Apóstol: *omnia secundum ordinem.* Desde la limosna que se da á la viuda vergonzante ó al desamparado mendigo hasta el toque de la campana, y el último centavo que se invierte en la economía de la más pobre parroquia rural, todo está allí perfectamente arreglado. Genio altivo, emprendedor y eminentemente reglamentario y organizador, nada dejó por arreglar. Limosnas, ordenaciones y ordenados, seminarios, archivos parroquiales, cuentas diocesanas, casas de ejercicios, monasterios, congregaciones, etc..., todo quedó sometido á reglas claras y precisas que por sísolas bastarían para ocupar la larga vida de un laborioso prelado. Es muy difícil, señores, que haya en el mundo católico arquidiócesis mejor organizada y reglamentada que la de Santiago de Chile. ¡Gloria á Chile! ¡Honor y prez por todo ello al venerarable Arzobispo que lloramos!

¡Qué obrero del Evangelio, señores! ¡Oh, qué bien supo duplicar los talentos que el cielo le concediera! Y aquí, ¡qué cuadro tan bello y encantador se presenta á mis ojos! Allá veo en perfecta observancia de sus reglas y en angelical plegaria á esas vírgenes del Señor que San Cipriano llama flor y ornato de la Iglesia, *flos. Ecclesiae decus;* acá, esos ángeles que llevan el nombre de Hijas de la Caridad ó de la Providencia, á la cabecera del enfermo, ó al lado del huerfanillo prodigando abnegación y dulcísimas ternuras; allí, nobilísimas y abnegadas institutoras, las hijas del Sagrado Corazón de Jesús, formando á las jóvenes cristianas para la Religión, la familia y la sociedad; aquí, esas fervientes secuaces del Buen Pastor con sus inocentes preservadas y sus Magdalenas arrepentidas. En esta parte, las

hijas de ese grande Obispo, San Francisco de Sales, que sembró de flores el camino de la virtud, continuando la obra de su santo Padre; y en la otra, esa bella congregación de la Buena Enseñanza con sus educandas de mediocre fortuna; otra vez, allá á los hijos del grande Ignacio, derramando con larga mano la simiente de la verdad y del bien con la enseñanza y la predicación evangélica; y acá, al hijo de San Ligorio, de San Vicente de Paul, ó del Corazón de María, arrancando con sus misiones en nuestras ciudades y campos, almas del lodazal de los vicios y entregándolas en seguida á la virtud y al trabajo; en todas partes y por doquiera instituciones de caridad, hospitalarias, piadosas, de enseñanza, de artes y de trabajo, que dan ocupación y alimento á la clase menesterosa.

Y luego, ¿qué habré de deciros yo de esa obra monumental, erigida por este gigante del episcopado á la virtud y á la ciencia? ¿Qué habré de deciros de ese gran Seminario de la capital, que es una gloria de Chile, un ornamento de la América, y que aun en el viejo mundo tiene pocos competidores? Allí, está, señores, ese foco reverberante de la luz, esa grande casa de educación, esa fulgente antorcha de la juventud, ese santuario de virtud y de ciencia, de do han salido para la Religión y la Patria por centenares los obreros del bien, dando mejor que yo testimonios á la grandeza colosal del jefe ilustre de la Iglesia Chilena y del sacerdote eminente, del amigo de sus confianzas, que supo elegir para que lo secundase en aquel proyecto gigantesco.

En ese plantel, señores, se han cultivado esas hermosísimas plantas que son el adorno y la purísima gloria de la metropolitana Iglesia de Santiago. Allí se ha formado ese clero, tan ilustre por su saber como por sus virtudes y hasta por su clase social, y de allí ha salido esa falange escogida de soldados de la cruz que, con la pluma ó la palabra, en la prensa ó en la tribuna sagrada ó parlamentaria, vienen

defendiendo á Cristo, al Evangelio y á la civilización cristiana contra los vándalos del siglo XIX. El clero de la arquidiócesis por su ilustración y virtud podrá tener iguales, pero no mejores en todo el mundo católico.

¡Oh Iglesia de Santiago, qué bella eres! Razón tienes para llorar inconsolable la muerte del amado pastor que tantas glorias y tantos bienes os ha dejado. Como el gran sacerdote Simón, vuestro pontífice, cuando subía al altar santo, hacía honor á las sagradas vestiduras, ó como el filósofo Hipias Eleo, de la Grecia, enaltecía cuanto tocaba.

¿Qué faltaba, señores, á este gran discípulo de la cruz para tener todas las bellezas religiosas, sociales y morales? ¿Ciencia? La tenía en abundancia. ¿Virtudes? Se distinguía por todas, en especial por la que es reina de ellas, la caridad. ¿Obras? Eran grandes y multiplicadas las que había ejecutado. ¿Honores y distinciones? Los había recibido con profusión en el país y fuera de él: en el país, el tierno y afectuoso amor de su clero y de los fieles hijos que lo veneraban, era su corona, y fuera del país, en Roma sobre todo, el amor de Pío IX y las deferencias y distinciones honoríficas de la grande asamblea de la Iglesia docente, que se llama Concilio Vaticano, eran los brillantes que la decoraban.

¿Qué faltaba, pues, á este prelado eminente para ornar su cabeza con todas las coronas de honor y gloria? Una cosa, señores: la amargura y el dolor; y la amargura y el dolor fueron también su heredad y el objeto querido de sus santos y varoniles amores. ¡Qué augusta es, señores, la majestad de la virtud al lado de la majestad del dolor!

¡Ah! ¿qué es la alta dignidad episcopal? *Sarcinam*, responde el inmortal Obispo de Hipona. Sí, carga brillante si queréis, pero pesada, abrumadora, terrible. Si supierais, os diré con el Crisóstomo, que «el obispo es el hombre de todos, el que lleva el peso de los deberes de todos, la nave-

cilla azotada por vientos contrarios é impulsada por opuestas corrientes, á la que amigos y enemigos, propios y extraños, asestan á la vez los tiros de la persecución, de la maledicencia, de la calumnia ó de la envidia», si supierais, digo, todo esto, acaso compadeceríais á los obispos.

Y, si consideraseis que al obispo incumbe corregir á los díscolos, consolar á los pusilánimes, sostener á los débiles, redargüir á los impíos, enseñar á los ignorantes, excitar á los perezosos, reprimir á los inobedientes, enfrenar á los soberbios, pacificar á los litigantes, auxiliar á los pobres, libertar á los oprimidos, aprobar á los buenos, tolerar á los malos, amar á todos; si, digo, todo esto consideraseis, veríais que el obispo es la víctima de todas las horas y de todos los instantes, inmolado en aras del deber, del sacrificio, de la amargura, del dolor y hasta de la ingratitud.

El venerable Arzobispo de Santiago bebió en el torrente de la amargura todas las tribulaciones del episcopado; padeció persecución por la justicia, sufrió contradicciones sin cuento; la impiedad y la envidia clavaron su diente envenenado en su reputación inmaculada, y la calumnia, el insulto soez, y hasta la inmoral y grosera caricatura, se pusieron al servicio de una prensa impía y mercenaria para injuriar á este varón esclarecido. Y, cuando hoy recuerdo estas villanas y viles infamias contra uno de los hombres más grandes y más benéficos de mi patria, como soy chileno, señores, llevo involuntariamente las dos manos á la cara para ocultar la vergüenza que me causan estos cinismos sin nombre de la impiedad y libertinaje de los rudos tiempos que corren.

Tuvo, pues, el grande Arzobispo de Santiago la corona de este prolongado martirio tejida por chilenos indignos de este nombre, y por extranjeros, más indignos todavía de la hospitalidad generosa que reciben en mi país.

¡Oh amigo mío! gozad en el seno de Dios las eternas recompensas de la heroica paciencia y dulce y cristiana

mansedumbre con que llevasteis estas pruebas de la virtud en las peregrinaciones del tiempo. Perdonasteis generoso á vuestros detractores en la vida, rogad ahora por ellos en la eternidad.

Pero no eran la ingratitud y la perversidad de los hombres lo que más laceraba ese gran corazón. Hay, señores, para los grandes siervos de Dios un martirio mil y mil veces más duro que el martirio que dan á las víctimas la maledicencia, la ingratitud ó la tiranía de los hombres sin conciencia y sin honor. Es el martirio del alma, el martirio de la fe y del amor, que no conoce el mundo de la materia, ni comprende, ni explica la filosofía del egoísmo y de la sensualidad.

Sí, señores, hay un martirio del alma, más doloroso, más amargo que todos los martirios del cuerpo. Y de ordinario no hay santo alguno en el cielo que no haya pasado por esta prueba en la tierra. Allí es donde se conocen los quilates de virtud y la intensidad y la grandeza del amor. Sabedlo, señores: el Arzobispo de Santiago no tuvo el néctar delicioso y los dulces y tiernos consuelos de la virtud: la cruz fué su gloria, siempre estuvo en ella clavado, *affixus sum cruci*, y no tuvo más consuelo que la cruz: «vivió en la cruz y murió abrazado con ella»; hé aquí el epitafio que inscribiría yo sobre su tumba.

Como Rosa de Lima, ó como la gran Teresa de Jesús, nuestro grande Arzobispo padeció esos tremendos martirios del alma, esas penas crueles del corazón, no por quince años como la primera, ni por dieciocho como la segunda, sino casi por todos los años de su vida. Como Teresa de Jesús, en la expresión de Bossuet, Dios lo atrae y Dios lo retira; Dios lo llama y Dios lo rechaza; ya le descubre los inefables contentos de la eterna vida y ya le deja entre muy espesas tinieblas; su gran corazón busca al Amado de su alma, y el Amado de su alma se retira y esconde; como la tortolilla del bosque, gime por lo que ama su co-

razón y vuela, vuela en seguida por reposar ¡ay! en los desiertos y espantosas soledades de penas más amargas que la muerte.

¡Gran Dios! piedad para vuestro siervo. O no le inspiréis tanto amor ó permitidle seguiros.

¿No veis, Padre de luz, ese corazón destrozado por la amargura, el desamparo y el dolor, casi exánime después de dos ó tres, cuatro y hasta cinco horas de gemidos y plegarias al pie de la cruz? Dadle siquiera un consuelo... ¡Impenetrables juicios de Dios! ¡Profundos misterios de la Providencia en las operaciones de la gracia! Ese consuelo, señores, no lo hubo en la vida de este varón de dolores!

Gran discípulo de la cruz, ilustre pontífice del Señor, la tempestad ya pasó; peleasteis el buen combate, guardasteis la fe, consumasteis la carrera, vencisteis y alcanzasteis victoria. Feliz como Atanasio de Alejandría, al fin del combate, el buen ángel del Señor os anunció la victoria y os descubrió los arcanos de la pasada aflicción: *in fine certaminis illustri proeconio Athletam victorem pronuntiat et afflictionis arcanum aperit.*

Señores: al divisar de lejos ese venerando pastor, helado ya por el frío de la muerte; al recordar que fué un ciudadano ilustre, un sacerdote ejemplar, un Arzobispo que consagró toda su vida al bien de los demás, que se negó constantemente á sí mismo, se mortificó sin tregua y practicó todas las virtudes, yo inclino mi cabeza y repito: hé allí el gran discípulo de la cruz: *bonum in cruce.* «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame».

¡Ilustre y floreciente Iglesia de Santiago! llorad; grande, inmenso es vuestro quebranto: viuda del mejor esposo, huérfana del más tierno padre, alzad al cielo vuestros ojos llorosos y pedid amparo y protección. Habéis llevado á la fosa esos restos queridos entre cánticos,

gemidos y sollozos de un pueblo consternado. Así también se llevaron en otro tiempo, con grande y acerbo llanto, los despojos mortales del gran patriarca Jacob al sepulcro de sus padres, y así también se lloró en la lúgubre ceremonia de los funerales de Santa Paula en Jerusalén y de San Basilio en Capadocia.

¡Iglesia de Santiago, cuna de mis primeros años, continuad regando con lágrimas y cubriendo de flores y coronas el sepulcro de ese nuevo y grande Onías, que ruega hoy con más fervor y más eficacia que antes por su querida grey y su amado pueblo. Tened confianza: aun no os ha desamparado, está presente y con sus lecciones y ejemplos apacienta y conoce á sus ovejas y es conocido por ellas; las cuida, las mira desde el alto cielo, las protege contra las asechanzas del lobo infernal, y, mejor que en su vida, con su doctrina alcanza ahora, después de la muerte, con su plegaria, gracias y victorias para ella; *magis deprecatione sua quam prius doctrina.*

¡Esclarecido clero de la arquidiócesis, porción escogida y entrañablemente amada del grande Arzobispo! llegad también á esa tumba venerada, y de rodillas, con los ojos empapados en lágrimas, besadla una y mil veces con religioso respeto. Vuestro padre querido *defunctus adhuc loquitur*, os habla aun después de su muerte. Seguid constantemente sus enseñanzas, amad como él la libertad de la Iglesia, cuidad sus pobres, conservad el depósito de la verdad religiosa, defendedlo con varonil entereza, y ni por cobardía ni por respetos humanos echéis jamás un borrón á las glorias de su nombre. Orad sobre esa tumba, inspiraos en ella, y, elevando al cielo los ojos, prometed á vuestro padre que custodiaréis su obra, que no olvidaréis su memoria y que á ella consagraréis los recuerdos de gratitud y las ternuras del amor: decidle allí cada uno, con el gran Jerónimo á la sombra fúnebre de Blesila: «Dum vitae hujus fruimur commeatu, illum mea

lingua resonabit, illi mei dedicabuntur labores, illi meum sudabit ingenium».

Y en cuanto á mí, ¿qué os diré, mi inolvidable amigo? Nos amamos en la vida, ¿por qué nos hemos separado en la muerte? «Amavimus nos in vita, quomodo in morte separati sumus?» Dura, terrible, amarguísima separación, «amarissima separati!» ¡Oh muerte impía, que así separas á los hermanos! «O mors, quae fratres dividis, et amore sociatos crudelis ac dura disocias». Sólo tú podías romper los vínculos de esa unión.

Dejadme, grande y querido amigo, pagarte todavía este débil tributo de mi dolor. Me legaste tu última firma en la carta que me escribiste momentos antes de caer herido por el golpe de la muerte. Yo la conservaré como un rico tesoro y siempre la humedeceré con mis lágrimas. No lo extrañéis, hijos míos. Lloró Jacob por José y José por Jacob, lloró David por Jonatás, Jesús por Lázaro y la Iglesia de Jerusalén por su protomártir Esteban; y ¿por qué no había de llorar yo por ti, Jonatás, hermano mío? Yo lo sé, tú eres feliz y más digno de recibir felicitaciones que lágrimas, *non tam plangendus quam gratulandus*. Pero el pobre corazón humano tiene derecho á sus penas, y yo vengo á pedirte, mi dignísimo metropolitano, que aceptes esta fúnebre ofrenda de mi corazón. Será la última que pago á la grata memoria de los que fueron. A ejemplo del grande obispo, pongo fin á estos discursos, y quiera Dios que «estos cabellos blancos me recuerdan el deber de consagrar una voz que ya se va, sólo al bien de mi rebaño».

¡Oh sombra augusta del gran sacerdote de Chile! cubridme como un escudo de defensa en las luchas de la vida y sed el terror de los enemigos de la Iglesia de mi patria.

Adiós, querido amigo; adiós, por un tiempo que no ha de ser largo. Yo quedo en el destierro de la vida, y tú es-

tás en la mansión de la eternidad; yo quedo en la brecha y en las penas de los combates, y tú te regocijas en las alegrías de la victoria; yo quedo en la tierra, y tú, según espero, estás en el cielo. No olvides en la patria al peregrino del tiempo. Gemiste un día como peregrino y hoy gozas como ciudadano de las delicias de la eterna paz. «Qui non gemit peregrinus, non gaudebit civis».

Requiescat in pace.



Pbdo. D. Francisco de Paula Taforó

Nació en Valparaíso en 1817 y murió en Santiago en 1889, siendo Arcediano de esta Catedral. Fué cura de Copiapó, profesor del Seminario de La Serena y dueño de un colegio en Santiago. Miembro de la Facultad de Teología de la Universidad desde 1847, diputado al Congreso en 1849, tuvo parte en la Junta de la Sociedad de Instrucción Primaria y en la de los establecimientos de Beneficencia. Fué también Consejero de Estado y examinador prosinodal.

Sermón sobre el juego

Qui ponitis fortunae mensam, numerabo vos in gladis.

Los que exponen su fortuna al juego, serán heridos con la espada de la divina venganza. (Isaías, LXV, 11-12).

Mis amados hermanos:

Existe un mal que deplora la moral cristiana y que, cual plaga asoladora, cunde por todas partes, trabajando á nuestra sociedad de un modo espantoso. Un vicio funesto que, disfrazado con la máscara de un pasatiempo propio de la gente de buen tono, se ha introducido en los salones de los grandes, después de haberse revolcado en los garitos; que, comenzando por robar al hombre su fortuna, acaba por despojarlo de su ciencia; y que, después de haber lisonjeado á sus adeptos con expectativas brillantes, los sume en la miseria y en la más afrentosa degradación. Pasión formidable, que nada puede curar, una vez que el hombre se ha dejado dominar por ella. Ni los estímulos de una buena educación, ni las amonestaciones de unos padres virtuosos, ni los consejos de los amigos honrados, ni las súplicas mezcladas con lágrimas de una joven esposa, ni las caricias de unos tiernos hijos, que pronto serán sus primeras víctimas, ni los reveses constantes de la fortuna, ni el desprecio de los hombres de bien, ni la pérdida de la

confianza pública, ni la ruina de la salud, del reposo, del porvenir de las familias, de la conciencia, de los bienes inmortales del alma; nó, nada puede vencer.— ¡Este es el juego!

¡Ah! ¿Quién es bastante á explicar todas sus consecuencias? ¿Quién podrá recorrer todos estos escalones del crimen por donde precipita al hombre hasta el abismo? Los moralistas han agotado sus esfuerzos para pintarnos todos los horrores de esta infame pasión. Los historiadores han denunciado á la posteridad sus trágicos sucesos. Los poetas la han batido con el arma del ridículo, ó la han hecho asunto de dramas sangrientos. Los Padres de la Iglesia han fulminado contra ella sus anatemas. Las Santas Escrituras expresamente la prohiben. Las leyes de todos los países han quemado el hierro para imprimirle una marca de infamia; y, sin embargo, la civilización la autoriza. ¡Monstruosa contradicción!

No obstante, en unos días consagrados por la religión para hacer guerra á los vicios á despecho de esa falsa civilización y prescindiendo de todo respeto humano, hemos ensayado combatir uno que los abarca todos, y que lleva en pos de sí todos los males juntos.

Confesamos desde luego que no es nuestro ánimo condenar como vicio una distracción pasajera que busca en el juego moderado, en que no se atraviesan más que ligeros intereses, un desahogo á las ocupaciones serias de la vida. Un juego con tales circunstancias no creemos se oponga de ningún modo á la moral cristiana; por el contrario, él será lícito y honesto cuando se eviten por este medio otras entretenciones peligrosas en las cuales no siempre pierde una pequeña parte la caridad. Nosotros vamos á combatir el vicio del juego, vamos a combatir su abuso, ora sea por el tiempo que se le consagra, ora por las cantidades que se aventuran en él; y demostraremos, en cuanto nos permitan nuestras débiles fuerzas, que el jue-

go tomado de este modo, es una muerte moral para el individuo y la ruina de la sociedad, que él está prohibido por las leyes divinas, y debe ser castigado con todo rigor por las humanas: *Qui ponitis fortunae mensam, numerabo vos in gladio.*

Permitid ¡oh Dios mío! que este discurso pueda servir eficazmente para la reforma de nuestras costumbres; dignaos dar á nuestra palabra la unción de vuestra gracia, y á nuestro piadoso auditorio la gracia de vuestra verdad. *Ave María.*

Estamos perfectamente convencidos que habrá pocos en nuestro auditorio, ninguno quizá, de aquellos dominados por este vicio, pues no son los jugadores de profesión los que se cuidan de frecuentar los templos ni de venir á buscar el remedio de sus males al pie de los altares; pero no creemos por esto que nuestra predicación sea infructuosa. Ella servirá á preservar de él á la numerosa juventud que rodea nuestra cátedra, enseñándole desde temprano á mirarlo con horror, y á grabar en su imaginación el triste cuadro de todas sus miserias. Ella ilustrará a los padres de familia en las oportunas precauciones que deben tomar para formar los sentimientos y costumbres de sus hijos, antes que esta pasión los haya extraviado. Ella fortificará el corazón de los jóvenes que nos escuchan para no dejarse seducir de unos vanos atractivos, ó de un fingido amor que oculta un alma gastada por este vicio bien pronto insensible á las ternuras de la unión conyugal.

Ella, en fin, prevendrá á los magistrados de los escándalos públicos, de las escisiones ruidosas, de las lágrimas de familias enteras, que se ven amagadas á cada paso de los horrores del hambre, y á las mismas instituciones sociales, que falsean cuando esta inmoralidad ha llegado á afectar á personas constituídas. Tales son nuestros votos.

Y desde luego, ¿qué es el juego, como nosotros lo com-

prendemos ahora? Es una secreta codicia del bien ajeno, que pretende enriquecerse á costa de otro, sin trabajo y en breve tiempo.

Entre los medios más expeditos para improvisar una brillante fortuna, sin trabajo y en un momento, es el juego. Una esperanza presuntuosa de grandes bienes, sin títulos hereditarios, sin las vigilias del literato, sin los trabajos del negociante ni las penosas privaciones del labrador, preocupa ordinariamente á la incauta juventud. Los raros ejemplos de algunas posiciones aparentemente opulentas, conquistadas por este medio y, si se quiere, algunos ensayos de felices resultados, les hacen creer que la fortuna les será siempre propicia; de este modo se lanzan atrevidos á surcar un mar sembrado de escollos, seguros de arribar á esas lisonjeras playas que han divisado en sus dorados sueños, sin cuidarse de que los más han zozobrado y de que, aun los que han navegado más felices, ha sido á costa de lo que el hombre tiene de más estimable: su conciencia y su reputación.

Luego que un joven se ha entregado á este pernicioso comercio, comienzan á enervarse en su alma los más nobles instintos. La codicia se apodera de su corazón, y el frío egoísmo lo hace avaro y cruel, pródigo y mezquino, arrogante y servil, ligero y caviloso, bufón y mordaz, lúbrico y sibarita: en una palabra, enrolado en toda clase de gentes, toma todos sus vicios, hasta sus maneras groseras y su estoica indiferencia. Apenas puede darse una acción en la cual concurran todos los males juntos como en el juego, pues parece que cuantos son los puntos de los dados ó de las cartas, son otras tantas maldades que de ellos proceden: *unum gravius altero*, siendo cada vez más formidable el uno que el otro.

Por esto es que todo perece en el hombre cuando este vicio ha llegado á dominarlo. Los tesoros de gracia con que había sido enriquecido en el bautismo se disipan en un

instante; la amistad de Dios se pierde, los méritos de la virtud se anonadan, las buenas inspiraciones se ahogan, los frutos de una educación cristiana se siegan. Todas las felices inclinaciones de la naturaleza, la rectitud del corazón, la pureza de conciencia, dones sagrados, privilegios celestiales, todo se profana. Talento, inteligencia, prostituídos al vicio que los devora. Salud, fuerzas, juventud, ajadas antes de tiempo: hé aquí la obra del juego. Los más dulces objetos no tienen atractivos para el jugador: la belleza no tiene halagos; el amor mismo, esa noble pasión de todo corazón bien formado, no es á sus ojos más que una quimera; en su lugar queda el torpe deleite de los sentidos; el vicio fácil y pasajero, en cuyos brazos brutalmente se adormece para desquitarse de su pérdida. Pero el amor honesto, el amor puro, huye de su corazón, dejándolo semejante á un cadáver que la muerte deja frío é inanimado. *Vita cordis amor est*, ha dicho San Agustín: la vida del corazón es amor.

La esposa más amable y que poco ántes había formado todas sus delicias, experimenta los más duros tratamientos, que acaban siempre por la crueldad. Los tiernos hijos, en quienes se veían multiplicar afianzando una feliz unión, le son indiferentes; insensible á todo el jugador, y dominado por su loco frenesí, abandona los cuidados domésticos; descuida sus negocios; sacrifica su salud, su tranquilidad; desprecia los respetos sociales, y gustoso prostituye su conciencia ante las aras del ídolo que adora: el juego.

Encenegado en esta pasión, tan melancólica como irritable, no experimenta ya otras emociones que las del camino continuo de la suerte. Alegre cuando gana, porque hay más pábulo que arrojar á la hoguera que lo abrasa; y colérico cuando pierde, cuyo mal humor hace pesar sobre su desgraciada familia, derramando su bilis en imprecaciones impías.

¿Qué es, á la vista del jugador, el magnífico espectáculo de la naturaleza? Nada. La bóveda azulada del cielo no le anuncia la gloria de su autor; la tierra que se cubre de bellezas y las matizadas alfombras de flores que la Providencia extiende bajo de sus pies, no le revelan su amor y su bondad. Sepultado en la horrible caverna de su codicia, arrastra una vida sin inteligencia y sin afectos; allí olvida los placeres de la naturaleza y del espíritu; allí desprecia las artes, las letras y la ciencia: la fama, los grandes nombres, los intereses de la patria, las acciones heroicas, los nobles arranques del corazón, todo muere. No teniendo más tiempo que para jugar, renuncia hasta de su carácter de cristiano; jamás asiste á los divinos oficios, á las oraciones públicas, á la predicación; huye de los templos y se mofa de todo acto religioso; y, si alguna vez se dirige á Dios, dice un Padre de la Iglesia, es para ofrecerle un voto sacrílego, esperando que la divina Justicia sea la protectora de sus desórdenes.

De este modo, este horrendo vicio, dice un escritor contemporáneo, absorbe á todo el hombre y destruye todas sus facultades y potencias. Su corazón no tiene más que una fibra que le haga experimentar simpatía: un dado, una carta. Todas sus ideas se reducen á un círculo, todas sus sensaciones á un impulso, todos sus deseos á un fin; y, á pesar de reconcentrarse aquí todos sus sentimientos, su vida es siempre agitada y tumultuosa. Sujeto eternamente á la inconstante vicisitud de la fortuna, y esclavo de los caprichos de la suerte, experimenta á cada paso horribles alternativas. Hoy deslumbra con el resplandor de su lujo, de sus dorados coches, de sus soberbios banquetes, de sus valiosas joyas, arrebatadas á una familia que lamenta inconsolable su pérdida; y mañana tendrá que abandonar su casa y su país, para huír á sus desapiadados acreedores que lo acosan, dejando entretanto á su mujer y á sus hijos reducidos á la mendicidad. ¡Oh

vergüenza eterna para el hombre que aun conserva algún resto de honor!

«¡Oh manos crueles», diremos mejor con el elocuente S. Cipriano, «armadas para su propia ruina, que destruyen con ignominioso estudio la herencia de los antepasados, adquirida á costa de sudores y fatigas!»

Pero al jugador no desengaña la experiencia: irritado por esa fiebre violenta, lo mismo que debía servir para detenerle, lo excita y estimula con más ansia; y cuanto más hondo es el abismo que amenaza tragarlo, tanto más se precipita á él. Es una sed rabiosa, cuyos deseos nos se sacian jamás; cuanto más se gana, tanto más se desea ganar; cuanto más se pierde, tanto más se siente la necesidad de recuperar lo perdido. Es un suplicio de cada momento, es un infierno anticipado. Cualquier vislumbre de remota esperanza lo seduce; y esta ilusión, que nunca abandona, lo arrastra con tal fuerza, que, á pesar de los amargos desengaños y de la tenacidad de la fortuna, que él no cesa de llamar inhumana y cruel, apenas se presenta la ocasión, vuelve á aventurar los últimos recursos. El los pierde por un punto fatal; ¿es ahora cuando ha llegado al desengaño? ¡Ah! tristemente, nó: él no ha hecho sino añadir un nuevo eslabón á la cadena de su vergonzosa esclavitud.

Contempladlo en uno de esos momentos horriblemente solemnes, en que acaba de perder, con el último resto de su fortuna, los últimos sentimientos de piedad.

Transportaos por un instante á esa estancia, donde todo anuncia la confusión y el desorden más completo. Los pálidos reflejos de las lámparas moribundas, mezclados con las débiles luces matinales, comunican á todo este conjunto un color de muerte; el jugador está ahí, su semblante lívido, sus facciones desencajadas, sus cabellos están en desorden. En una órbita de sangre brillan sus ojos con un movimiento siniestro; sus labios contraídos pro-

yectan una risa sarcástica; su pecho jadeante, sus miembros tiritan fatigados por una larga vigilia, y su mano convulsa apenas puede llegar á sus dientes una carta en quien desea saciar su venganza y parece imprimir su odio sangriento despedazándola. Nó, no es el hombre, es el demonio del juego el que veis allí.

Pero ¿qué pasa dentro de él? ¡Ah! yo no sabré decíroslo; sin embargo, sus palabras algo revelan de lo que pasa en el fondo de aquella alma llena de rabia, de envidia, de remordimientos y desesperación. Oídlo maldecir su infame vicio á los que lo iniciaron en estos misterios de iniquidad; maldecir á sus cómplices, á sí mismo, á los autores de su existencia; y llegar, en su impotente furor, hasta maldecir al mismo Dios. ¡Horrible blasfemia, pero muy frecuente entre los jugadores!

En pos vienen los juramentos excecratorios que hacen estremecer á los que lo escuchan. El quisiera arrebatar al cielo sus rayos, y al infierno sus furias, que la tierra abriese sus sombríos abismos, y que la ira divina lo aniquilase, si volviese á tomar una carta en sus manos. No considerándose todavía seguro de sí mismo, se multa con gruesa suma, ya para los asilos de beneficencia, que nunca paga, ya entre los amigos, que fácilmente se absuelven; pero todo en vano, porque esta pasión, más exclusiva, más tiránica que cualquiera otra, más incorregible y más sorda á los consejos de la razón, á los gritos de la conciencia, llega por fin á embrutecer al hombre; así es que, por lo común, no acaba sino con la vida, ó por un extraordinario impulso de la gracia, que rara vez se concede al jugador.

Pero no lo hemos dicho todo aún, mis amados hermanos; supongamos por un momento que, más feliz nuestro jugador que el resto de sus compañeros, haya triunfado de todos los azares; que la suerte le haya siempre sonreído, y que goce, por fin, el fruto de sus ímprobas fatigas. ¿Será por esto feliz? ¡Ah! sí; lo sería, si pudiera estar tranquilo

en la adquisición de sus riquezas; pero no lo es, porque en medio de los placeres, de sus bulliciosas fiestas y del brillo que lo rodea, lleva dentro de sí mismo un pesar que lo consume. Porque mil asechanzas insidiosas lo persiguen mil enemigos que se ha concitado con sus ilícitas maniobras, han jurado vengarse y le han declarado guerra á muerte; porque no puede acallar los remordimientos secretos de su conciencia, que lo importunan con las desgracias que ha causado, con los hijos de familia que ha perdido, con las infamias de que se ha valido para arruinar á sus contrarios; porque estos remordimientos acibaran todos sus goces, lo persiguen en el sueño, como durante sus veladas, y destilan sobre su corazón gota á gota las lágrimas de sus víctimas, cual si fuera lava ardiente que lo calcina; porque le representan á cada paso sus injusticias, las familias arruinadas, las viudas y los huérfanos que ha formado; y porque ha oído, en fin, resonar en su oído las formidables palabras de Jesucristo: *Oculum pro oculo, et dentem pro dente;* esto es, que rendirá un día estrecha cuenta delante del severo Juez, hasta el último cuadrante usurpado á sus prójimos. Puede ser que su corazón esté disecado por el egoísmo, que su conciencia esté muerta; pero entonces, peor para él, pues su vida será semejante á la de los animales sin razón: no experimentará, es verdad, sino los goces materiales y creerá que todo acaba para él con la piedra del sepulcro.

Sin embargo, la Eterna Justicia no ha podido renunciar sus derechos sobre el hombre, y, si él no quiere adquirir por medio del arrepentimiento la eternidad del cielo, es preciso, y á su pesar, que acepte la eternidad del abismo: *Qui ponitis fortunae mensam, numerabo vos in gladio.*

——

Tales son pues, hermanos míos, las consecuencias del juego. Hemos visto cómo esta pasión quita al hombre la vida racional, la vida del corazón, la vida del alma y de la inteligencia; veamos ahora cómo causa igualmente la ruina de la sociedad.

La más ó menos felicidad de una sociedad, depende del mayor ó menor número de virtudes morales de sus individuos. Si estas virtudes se han relajado, si los ciudadanos son corrompidos, el bienestar desaparece, y en su lugar queda el vicio con todas sus consecuencias: el fraude, la mala fe, las injusticias. No habrá institución, por sagrada, por inviolable que sea, que no se profane y que no venga á ser un nuevo semillero de males.

Persuadidos. por lo que acabamos de decir, que el vicio del juego sofoca en el corazón del hombre toda virtud, y sustituye el germen de todos los vicios, debemos convenir igualmente, que su propagación en un pueblo cualquiera es un principio de corrupción, que infaliblemente lo arrastrará á su ruina. Testigos de esta verdad son aquellos países en donde el juego ha llegado á ser la primera ocupación de las clases elevadas, como de las inferiores; de los hombres, como de las mujeres.

¿Qué virtudes públicas quedan allí? ¿Qué virtudes domésticas se salvan? ¿Dónde está la fidelidad conyugal, la sinceridad en los amigos, la integridad en los magistrados, el pudor en las mujeres, la honradez en el artesano, la disciplina en el soldado, la probidad en los funcionarios públicos, la docilidad en la juventud, la gravedad en los ancianos? En una palabra, ¿dónde está el respeto por la ley, la sumisión en los súbditos, las garantías de la paz y del orden? Todo ha naufragado. En cambio, las orgías, las depredaciones, las cábalas, la ruina de los intereses públicos, de la justicia y, por conclusión, la debilidad, los frecuentes trastornos y la miseria más completa. Tal es un país dominado por el juego.

No son éstas vanas palabras que nosotros aventuramos para atemorizar espíritus débiles; por desgracia, éstos son hechos demasiado manifiestos para que puedan ocultarse. Y, á la verdad, ¿qué extraño tiene que el camino del vicio lleve al hombre al abismo del crimen? San Bernardo ha dicho «que la primera iniquidad que engendra el juego es la concupiscencia de los falsos bienes, y que esta concupiscencia inflama el corazón y lo impulsa al odio, al engaño y á la venganza». Ahora bien, el primer abuso que se comete en el juego es el de la probidad; pues, no proponiéndose el jugador otro objeto que la torpe ganancia, no se detiene en los medios. Y ¿quién dudará que cuando, sin ser descubierto, pueda dominar la suerte á su favor con una destreza de manos, ó aprovechando un descuido del contrario, ó en fin, ligándose con otros, no arruinará á un inocente, ó por lo menos, no sacará partido de las mil circunstancias que pueden ocurrir en el juego?

Yo bien sé que hay jugadores que estiman en muy mala celebridad la de ser exactos y escrupulosos en el juego; ellos lo dicen. Pero ¿qué derecho tienen á nuestra creencia? Cuando les vemos romper el único freno que contiene las pasiones humanas, el temor de Dios, violar escandalosamente todos los preceptos de la religión, y vivir como antípodas de la naturaleza, haciendo del día noche para dormir, y de la noche día para jugar; cuando les vemos, repito, abandonar la educación de sus hijos, muchas veces corromperlos con su pernicioso ejemplo; no pagar sus deudas más legítimas; retener el salario á sus criados, privar á su mujer y familia hasta de lo más necesario á la vida, y, en fin, atropellar los deberes más sagrados, ¿serán únicamente delicados y exactos en un punto donde se interesa más su pasión dominante, y con un enemigo que les disputa su dinero con igual codicia á la suya?

Es verdad que el falso honor del mundo, por una inexplicable aberración, no desdeña al que no paga sus cré-

ditos más sagrados, y aparenta despreciar al que no satisface puntualmente los contraídos en el juego. Pero esto mismo es un verdadero mal para la sociedad; pues que, para no incurrir en este desprecio y ser admitidos á las mismas tertulias, se apuran todos los recursos, por injustos que sean; se recurre a todos los arbitrios imaginables, se venden, por la mitad de su valor, las alhajas y muebles de la casa. Si es un dependiente el jugador, no trepidará en echar mano de los fondos confiados á su cuidado, incurriendo de este modo en un criminal abuso de confianza. Si es un comerciante, pagará también con aquello mismo que debía formar todo su crédito, aunque mañana aparezca en una vergonzosa quiebra. Si es empleado público, ó si es militar, se verá forzado, por este mentido honor, a comprometer la mayor parte de sus sueldos, dejando á su familia en la miseria, ó buscará por otros caminos menos lícitos el medio de salir de sus apuros. Aflojando a la vez todo vínculo social y extinguiéndose con este hábito culpable todo sentimiento humano, así como los padres destruyen el patrimonio de los hijos, y les legan por herencia un ejemplo funesto, así los hijos aventuran sobre una carta el fruto de las economías y de los sudores de sus padres; llegando algunos hasta apostar sus derechos hereditarios, como Esaú cambió su primogenitura por la satisfacción de un momentáneo deleite. No faltan tampoco jugadores tan depravados que han aceptado este partido, estableciendo así una horrible expectativa sobre la muerte de sus semejantes; ¡inmoralidad sin nombre, sin ejemplo!

Y después de todo esto, ¿qué garantías quedan á una sociedad en la que este vicio ha echado hondas raíces? No habrá intereses públicos ni privados que estén seguros, si son manejados por manos manchadas de este contagio. Porque, corrompido una vez el corazón, no se detendrá en las más viles bajezas, en las acciones más detestables, para conseguir sus fines. Y, á la verdad, que se necesitaría una

virtud á toda prueba para resistir á una tentación tan apremiante, como sería hallarse un hombre cargado de deudas, acosado por acreedores importunos, sin recursos para satisfacer su inclinación dominante, y presentándose la ocasión de enriquecerse cometiendo una acción inicua, en la que hay probabilidad de no ser comprometido el honor, saberse, á pesar de esto, contener.... ¡ah! esto sería un acto de virtud que de ningún modo debe esperarse de aquel que no posee ninguna.

¡Ah, infeliz! mil veces infeliz la sociedad en donde el juego ha llegado á profanar el santuario de las leyes; en donde él ha venido á ser la principal ocupación de los encargados de la autoridad pública, de la custodia de la justicia y de los derechos del ciudadano! ¡Qué días de amargura no le esperan á esta sociedad desventurada!

Si esta pasión hiciera solamente su mortífera influencia sobre sus viles esclavos, no sería tan odiosa. Pero el juego es una epidemia que contamina todo lo que está á su rededor. Cuando sus afiliados se ven favorecidos por la fortuna, entonces ese lucro de la iniquidad se dilapida fácilmente, y casi siempre sirve para fomentar nuevos desórdenes. Un dinero adquirido sin trabajo se malgasta sin pena, y lo que se arrebata al vicio, sirve de precio á la inocencia. *Scelesti homines sunt lusores*, ha dicho San Bernardino de Sena: los jugadores son hombres depravados, pues el juego es el fomes de la iniquidad y de la concupiscencia. La embriaguez es casi siempre su campañera inseparable; ella acaba lo que el juego ha comenzado: esto es, ella ahoga en el hombre los últimos sentimientos de pudor; de este modo, una casa de juego viene á ser una escuela de inmoralidad. El sarcasmo, la blasfemia, la detracción, las palabras más chocantes y obscenas, y hasta el lujo de la impiedad, encuentran siempre una sonrisa cínica como signo de aprobación. Por esto decía el Padre San Cipriano: «Cuando un hombre se ha entregado á sus

excesos, deja de ser para nosotros un cristiano, y sólo debe considerarse como un étnico ó un gentil».

No queremos detenernos ahora en los odios eternos que engendra el juego; odios que vienen á parar muchas veces en venganzas crueles, en catástrofes sangrientas y en homicidios alevosos. No queremos tampoco descorrer el velo á las llagas fétidas que corroen á una sociedad cuando las mujeres llegan á tomar parte en estos desórdenes. Conocemos bastante todo lo que se debe á la cátedra sagrada y tenemos fe en nuestras religiosas chilenas para esperar que no renunciarán jamás su noble dignidad. Por el contrario, nosotros sentimos el grito de indignación y de horror que sale del fondo de todas las familias cuando alguna de estas tristes excepciones ha arrojado una mancha sobre su sexo.

Pero no pasaremos en silencio otra calamidad que ha ido haciéndose cada vez más frecuente entre nosotros á medida que el juego se propaga y ensancha sus proporciones. Hablamos del suicidio. Pero ¿qué extraño tiene que aquel que ha hecho de su fortuna el único Dios del mundo, cuando la ve perdida, se apresure á entrar por la puerta del crimen al abismo de la nada? Un honor que no supieron conservar cuando aventuraron la fortuna ajena, les hace volver contra sí mismos, viéndola perdida, todo su furor; y pretenden corregir la adversidad de la suerte cometiendo un nuevo delito, que sólo enseña la iniquidad y que la naturaleza y la religión reprueban. Y no es esto todo el mal, pues, al fin, ellos responderán á Dios de un acto tan impío; pero el funesto ejemplo que legan á los pueblos es de más terribles consecuencias.

Ahora preguntaremos: ¿Qué vida está segura en medio de unos hombres sin religión y que estiman en tan poco la que les es propia? No quisiéramos recordar á nuestro auditorio lamentables acontecimientos; pero ya nuestros tribunales de justicia han tenido que condenar al último

suplicio á seres desnaturalizados que han manchado sus manos con la sangre de un padre, de un amigo, de un protector, y el patíbulo ha quebrantado más de una cabeza ingrata, cuyo crimen atroz tuvo su origen en el juego.

Pero concluyamos, hermanos míos, por deciros una última palabra sobre este vicio. Se declama frecuentemente contra la usura y se la considera como inmoral y como un principio de ruina para los pueblos; se desprecia á los usurarios como hombres sin corazón y sin piedad. Estamos en esto conformes. Pero ¿qué es el juego, sino la más perjudicial y la más escandalosa de todas las usuras? puesto que el daño que el usurero causa á su prójimo arrebatándole el ciento por ciento en un año, el jugador lo hace en una sola hora.

Confesemos, pues, con el ilustre Abad de Claraval, «que el juego es una verdadera depredación doméstica, madre diligente de las mentiras y engaños, fuente de impiedad, padre cruel de la blasfemia, corrupción de los pueblos, escándalo de los prójimos, hijo contumaz de la inobediencia, pérdida del tiempo, origen de discordias y homicidios, abismo de la desesperación, alimento del ocio y un verdadero título de infamia».

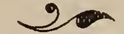
Nosotros creemos por nuestra parte haberos probado suficientemente que el juego es no sólo la muerte moral del individuo, sino también la ruina de la sociedad. Si estas consideraciones no son bastantes á hacernos detestar esta funesta pasión, tengamos presente que la eterna justicia no dejará impune una violación tan manifiesta contra la moral y contra la religión, contra los intereses del cielo y los de la tierra; y que ha prometido castigar un día al jugador, si no se arrepiente en tiempo de sus desórdenes, con todo el furor de su divina venganza: *Qui ponitis fortunae mensam, numerabo vos in gladio.*

Pero ¡qué, hermanos míos! ¿hemos de resignarnos á mi-

rar con ojo sereno ó á deplorar sólo en secreto la ruina de nuestra cara patria? ¿No habrá un dique que pueda contener ese torrente que se desborda y que amenaza envolvernos á todos? Sí, conocemos que lo hay, si todos cooperamos á su destrucción, cada uno en la esfera de sus atribuciones. Los magistrados públicos, dictando medidas severas, pero necesarias, ó haciendo cumplir las leyes establecidas sobre el juego, sin distinción de personas ni rango. Los sacerdotes, conjurando desde la cátedra sagrada con todo el celo de la religión y prudencia cristiana, la conciencia del pueblo, é ilustrando á la juventud sobre todas las desgracias que lleva consigo este vergonzoso vicio. Los escritores públicos, combatiéndolo de frente con todo el poder de su talento y de su convicción. Los padres de familia, preparando mejor los sentimientos de sus hijos y haciéndoles desde temprano amar el trabajo y evitar la ociosidad, que es la fuente primaria de este desorden. Las mujeres, contribuyendo por su parte con sus dulces consejos, ó si es preciso, alejando su confianza y su amistad á los que sean incorregibles. Finalmente, la sociedad entera protestando en alta voz y haciendo sentir toda la infamia, toda la degradación y desprecio sobre los que la insultan con tan infame conducta. Hé aquí el único remedio.

¡Plegue al cielo que estas palabras encuentren eco en todos los corazones cristianos! Trabajad, hermanos míos, con todas vuestras fuerzas por inspirar horror entre todos vuestros prójimos hacia este lastimoso estado. Interponed toda vuestra influencia y toda vuestra autoridad de padres ó de magistrados para detener enérgicamente sus progresos. Huíd, huíd, amable juventud, del contacto de esos seres desgraciados que están cubiertos de esta espantosa lepra; su aliento solo bastaría para contaminaros. Tiernas doncellas, jóvenes cristianas, ¡ah! no preparéis días de dolor á vuestras familias, no llenéis de amargura los últimos años de vuestros ancianos padres, concedien-

do imprudentemente vuestra mano y vuestro corazón á personas viciadas en el juego y que más tarde harán pesar sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos la miseria, talvez la desesperación y la infamia. ¡Ah! pidamos todos delante del Dios de las misericordias, que ya se ha dignado preservarnos por un efecto de su bondad, se digne conceder un rayo de su luz divina á aquellos de entre nuestros hermanos que se hallan oprimidos bajo el yugo de tan vergonzosa servidumbre; que en unos días de gracia y de perdón se levanten de esta segunda muerte, y puedan merecer como nosotros ser purificados con la sangre del Cordero. *Amén.*



ORACIÓN FÚNEBRE

En elogio del Sr. D. Andrés Bello

Corona dignitatis senectus, quae in viis justitiae reperietur. (Proverbios, XVI, 31).

La corona de honor y de gloria se debe á aquellos, en quienes con la edad han crecido las virtudes, y los méritos y talentos se han multiplicado con los años.

Señores:

¿Por qué tan pronto se ha cambiado en luto el traje de gala de la hija de Sión?... Apenas hace un mes que las bóvedas de este mismo santuario resonaban con los alegres cánticos de una fiesta consagrada á los más bellos días de la República; sus altares estaban adornados con laureles y guirnaldas, emblemas del triunfo que los hijos de Chile venían á deponer á los pies del Señor de los ejércitos; el estampido del cañón y el eco de los clarines marciales entraban á confundirse con las notas graves pero armoniosas de la salmodia; y hasta los ornamentos sacerdotales, al lado de los brillantes uniformes de los guerreros, formaban un hermoso contraste y simbolizaban una solemnidad cívico-religiosa.

¡Ah! era el gran día de Chile, el aniversario de su independencia política; el día de sus glorias y de los recuer-

dos de las heroicas hazañas de sus más ilustres y denodados hijos.

¡Hoy todo ha cambiado!... A la alegría y alborozo, han sucedido el duelo y la consternación más profunda; á los atavíos brillantes, el negro crespón de un funeral; y á las músicas festivas, los gemidos del laúd y el plañido desgarrador de la campana mortuoria. ¡Triste condición de la humanidad! La alegría será frecuentemente mezclada con el dolor, y el llanto irá pisando la orla del vestido del gozo! *Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat* (1). ¡Los goces de este mundo pasan con espantosa rapidez! ¡Tan frágiles y momentáneos como la vida del hombre, á quien el tiempo deshoja de una á una sus más halagüeñas ilusiones, y marchita las flores sobre su misma cabeza! Con razón nos dice Job: «Sólo la felicidad, la verdadera felicidad, nos es desconocida; pero el sufrimiento y la amargura, el tiempo los va destilando en nuestro corazón gota á gota». *Repletur multis miseriis* (2).

Pero, señores, ¿qué ha motivado entre nosotros esta cruel transformación? ¡Ah! vosotros lo sabéis demasiado bien. ¡El noble orgullo de nuestro país... el padre de nuestra joven literatura... el sabio americano... el jurisconsulto profundo... el oráculo de nuestra Universidad... el príncipe de nuestros poetas... el consejero de nuestros hombres de Estado... el padre modelo, el esposo tierno, el amigo fiel, el ciudadano ilustre y amante de nuestra patria, sin haber nacido en ella, el señor don Andrés Bello... ¡no está ya entre nosotros! ¡ha volado al cielo!

¡Venerables magistrados, á cuyos consejos él asistió é iluminó tantas veces con su sabiduría, venid; regad con vuestras lágrimas esa tumba que oculta bajo sus sombras fatídicas tan preciosos despojos! ¡Hombres amantes de la

(1) Proverbios, XIV, 13.
(2) Job, XIV, 1.

ciencia, justos apreciadores del saber humano, deplorad sin consuelo una muerte que os arrebata en Bello vuestro más luminoso fanal! ¡Jóvenes estudiosos, cuyas inteligencias él preparaba con sus lecciones y enriquecía con sus tesoros, esparcid flores sobre ese féretro, pero flores que simbolicen con su aroma el genio de sus inspiraciones! ¡Chilenos todos, acercaos; rodead ese ataúd que guarda los restos venerados del hombre laborioso que consagró cerca de cuarenta años al servicio de nuestra patria; esculpid sobre el bronce un sentido epitafio que pueda expresar fielmente el amor, el respeto y nuestra gratitud más profunda!

Mas ¿qué es lo que hago, señores? Me olvidaba sin duda que sólo debo hablaros en este lugar el lenguaje místico de la religión. Es verdad que esta madre de consuelos y de dulces esperanzas no nos prohibe el desahogo del dolor en la muerte de nuestros amigos; por el contrario, ella nos enseña que el mismo Salvador pagó el triste tributo de las lágrimas á la pérdida de su querido Lázaro (1); sin embargo, quiere que no desesperemos y que busquemos el alivio en la fe de sus divinas promesas. «No os afligáis», nos dice, «por los que duermen: si Jesús murió y resucitó, así también Dios resucitará con Jesús á aquellos que durmieron por él» (2). Pidamos, pues, á esta celestial doctrina el bálsamo consolador para las heridas de nuestro corazón. «Si los justos no mueren, sino que viven para siempre en el Señor de quien reciben su galardón eterno (3); para nuestro ilustre finado, que á los elevados dotes de su inteligencia reunía las virtudes del hombre cristiano, la muerte no ha sido sino el término de su larga peregrinación por este valle de lágrimas, y la que le ha franquea-

(1) San Juan, XI, 35.
(2) Tesalonicenses IV, 14.
(3) Sabiduría, V, 15.

do las puertas de la mansión de la paz y de la felicidad perpetua.

Encargado por la autoridad pública de hacer la oración fúnebre del señor don Andrés Bello, rector de la Universidad de Chile, nada me ha parecido que podía formar mejor su elogio como estas palabras que encontramos en el libro delos Proverbios: *Corona dignitatis senectus, quae in viis justitiae reperietur.* La corona de honor y de gloria se debe á aquellos, en quienes con la edad han crecido las virtudes, y los méritos y talentos se han multiplicado con los años. ¿No es verdad, señores, que á nadie corresponden con más propiedad que al señor Bello estas palabras del hijo de David? El vivió y envejeció más allá de la edad fijada al hombre por el profeta rey (1), sin declinar jamás de los caminos de la justicia; él llenó cumplidamente los deberes de ciudadano, de maestro y de escritor público; los deberes de esposo, padre y amigo; pero, sobre todo, llenó los deberes de un buen cristiano. Tales serán los caracteres con que vamos á diseñar, en cuanto lo permita la brevedad de un discurso, el retrato de este grande hombre, que á la sabiduría juntó la virtud, y á la ilustración de la inteligencia, la rectitud del corazón.

¡Sabiduría increada, fuente de eterna luz; creador de las inteligencias, que repartís vuestros dones á quien mejor os place! Vos que enriquecisteis con prodigalidad á esta alma que hoy habéis llamado á vuestro seno, permitid que, al hacer su postrimer elogio, nuestras palabras no se aparten de la verdad; haced, Señor, que el respeto y el amor que hemos profesado desde nuestra juventud á este talento esclarecido, no nos obligue á profanar vuestra santa casa con el incienso sacrílego de la lisonja; concedednos también que, al ilustrar y perpetuar su memoria con sus esclarecidos méritos, sea edificando á nuestros numerosos oyentes con los ejemplos de sus virtudes.

(1) Salmo LXXXIX, 10, 11.

Señores:

Encontrad á un hombre que, en medio de la corrupción de costumbres por la cual atravesamos, jamás declinó de sus deberes; que enseñó desde su juventud, y sostuvo hasta la más avanzada ancianidad, los derechos de la razón, sobreponiéndose á las preocupaciones de su siglo; que jamás tuvo otro interés que el de la verdad y el de la justicia, y que, habiendo participado de los honores, los aplausos, la reputación con que brinda el mundo á las más elevadas inteligencias, no se ofuscó con el humo de estos inciensos ni se prostituyó con sus engaños; un hombre de una virtud austera, pero sin exterioridad; que supo reunir á una erudición sólida y profunda, toda la modestia y sencillez de la humildad; en quien la confianza de cargos importantes y la influencia personal, no hicieron otra cosa que acreditar el mérito del hombre privado; que santificó el honor y la probidad por los principios del cristianismo; que se hizo admirar, aun de las naciones más ilustradas, por la extensión de sus conocimientos; que siempre rindió al talento y á la verdad los homenajes de su respeto; que hizo pesar sin debilidad ni temor su juicio ilustrado y severo, sobre el error; un varón hábil y prudente en los consejos más difíciles, certero en las decisiones, acatado de todos por sus talentos, amado de todos, porque era afable y bondadoso; temido algunas veces, porque era ingenuo y su censura severa; un hombre, en fin, de esta especie es un verdadero prodigio.

Ahora, decidme, señores: ¿Quién de vosotros que haya conocido al Sr. D. Andrés Bello no confesará que tales fueron sus cualidades características? ¿Quién que haya leído sus luminosas producciones, en las que campean á la par la profundidad del pensamiento, la precisión del estilo y el buen gusto, con los sentimientos de la moral más pura, de la rectitud en los juicios y de la buena fe en los principios, no ha tenido que aprender y se ha visto for-

zado á encomiar este genio privilegiado? ¿Quién, finalmente, que lo tratase en la comunicación privada, ó lo observase en el recinto del hogar doméstico, no quedaba cautivado de su trato franco y cordial pero sin afectación; de su cultura perfecta pero sin vanidad, y de su instrucción vasta y variada pero sin los resabios del magisterio? Ved aquí por qué Chile, á quien consagró con una laboriosidad asidua y fecunda las dos terceras partes de su importante vida, se hace hoy una gloria en contarlo entre sus prohombres, y en confesarlo á la faz del mundo ilustrado como el padre y el fundador de su literatura nacional, y el que ha comunicado más rápido empuje á nuestra ilustración, á los progresos de la educación pública, y al amor y entusiasmo por los conocimientos y adelantos de todo género.

Pero no defraudemos á su patria natal del honor que le es debido. La república venezolana lo cuenta en el número de sus más ilustres hijos, y la ciudad de Caracas tuvo la dicha de mecer por la primera vez su cuna el día 30 de Noviembre de 1780; así como á Santiago le ha cabido el doloroso deber de abrir su fosa y de conservar esas preciosas reliquias, que ofrecerán siempre motivos de dolor y de veneración aun á la más remota posteridad.

El señor Bello no presumía de contar entre sus ascendientes condecoraciones ni títulos, esas brillantes libreas con que los amos coronados disfrazan á sus esclavos para ocultar á los ojos de éstos toda la degradación de la servidumbre, y para enaltecer la grandeza de aquéllos y satisfacer su orgullosa vanidad. Sus padres eran nobles, pero sin títulos heráldicos; respetables y dignos por la ilustración y buenas costumbres, mas sin veneras ni cruces, que sin duda no habían comprado á la cancillería de Castilla. El señor don Bartolomé Bello, abogado de crédito de aquel foro, y la señora doña Ana López, matrona estimable por sus virtudes en aquella ciudad privilegiada,

que dos años después había de dar á luz al libertador de cuatro repúblicas (1), contaron entre sus hijos al señor don Andrés.

Siempre somos deudores de las primeras impresiones de bondad á una madre, como de la rectitud del juicio y el amor por los conocimientos á nuestro padre. La señora López infundió á su hijo, desde la más tierna adolescencia, el amor acendrado á la virtud, la bondad del corazón, la pureza de costumbres y delicadeza de conciencia; dotes sagrados, privilegios celestiales que, una vez inoculados en el corazón, rara vez se pierden, y que casi siempre se aumentan y se fortifican con la edad. El señor don Bartolomé, por su parte, sin dejar de ser un padre afectuoso con su hijo, lo habituó á una moral severa, á una reflexión detenida, al odio por la ociosidad y á un legítimo desprecio por la ignorancia. Confió al joven Andrés, luego que supo las primeras letras, á un sacerdote ilustrado y experto, muy versado en el idioma clásico de Virgilio y Cicerón, el cual comenzó á iniciar á su discípulo en los misterios de la ciencia y hacerle distinguir las sublimes bellezas de la poesía. El alumno correspondió por su parte más allá de las esperanzas del maestro, hizo extraordinarios progresos en el estudio de las letras humanas y su exquisito gusto por la poesía y la elocuencia lo pusieron en actitud de comprender no sólo todas sus bellezas, sino también aprender con exactitud todas sus reglas, para lo cual se entregó á un estudio laborioso y concienzudo de esa noble y sabia antigüedad que él miraba después como la fuente de la razón y de los progresos de nuestro siglo. Su afición por los libros de mérito, muy raros, sin embargo, y difíciles de poseer en aquel tiempo, su avidez por saber, su asiduidad en estudiar, y, si me atrevo á decirlo, su intemperancia en la lectura, pa-

(1) El general don Simón Bolívar, que nació el 24 de Julio de 1783.

siones de su juventud, lo hicieron bien pronto superior á sus maestros, y le granjearon una reputación que sólo podía igualar á su mérito.

En efecto, el joven Bello nada tenía ya que aprender en las aulas. Las pruebas públicas que él había exhibido en sus certámenes, á los que acudían mil curiosos, atraídos por la fama de ese talento precoz, extendieron su crédito y lo afianzaron. Asociado en breve á otros jóvenes distinguidos que, para cultivar la literatura, habían establecido una pequeña academia donde se comunicaban sus luces, se depuraba el gusto y se estimulaban al estudio, no tardó en ocupar el primer puesto y ser como el decano de aquel pequeño areópago. Fué allí donde nuestro vate caraqueño leyó sus primeras producciones, las que siempre sorprendían por la novedad del asunto y arrancaban estrepitosos aplausos por lo acabado de su ejecución; en éstas dejábase ya admirar la elevación de los pensamientos, la originalidad de las ideas, la pureza del estilo, los arranques espontáneos y brillantes del genio, junto con la dulce armonía del tono y la suave cadencia de la rima. Muchos jóvenes solicitaron con empeño ser discípulos de Bello, y él, que tenía un entusiasta delirio por la propagación de las luces y por la instrucción de la juventud, abrazó con abnegación y celo la noble carrera del profesorado.

¡Quizá sin advertirlo él mismo, era ésta su más alta misión recibida del cielo! Al pensarlo así, nos basta ver los opimos frutos que ha cosechado en ese precioso campo, no sólo en su país, donde contó entre sus discípulos al ilustrado Bolívar, sino también en Chile, en donde nuestros más distinguidos jóvenes, nuestras capacidades más eminentes, estiman como un título de honor y de gloria el haber recibido sus lecciones.

Es preciso no disimular aquí que las ideas del joven literato se resentían un tanto de ese ambiente deletéreo que

él había aspirado en los bellos jardines del paganismo; un espíritu fogoso, una imaginación exaltada y un corazón tierno y sensible lo impulsaban á dejarse seducir por todo aquello que lisonjea el amor propio y embriaga dulcemente los sentidos. Así era que sus composiciones abundaban de principios un tanto opuestos á la severa moral del Evangelio. No obstante, si sus ideas se habían extraviado un poco de aquellas que su virtuosa madre le había inspirado desde su infancia, su corazón y sus costumbres conservaban la pureza y sanidad en que habían sido formados. Tendremos ocasión de observar cómo más tarde él supo rectificar estas mismas ideas, y pudo inspirarlas, nobles y virtuosas, á sus hijos y discípulos.

Las grandes capacidades no pueden permanecer ocultas por mucho tiempo: ellas despiden sus luces doquiera que se encuentren esparcidas, semejantes á las piedras preciosas, que rara vez se escapan al ojo investigador y certero del hábil lapidario. El joven Bello, sin más solicitud y recomendación que la fama de su talento y probidad, fué llamado á los negocios públicos en calidad de oficial segundo de la secretaría de la Gobernación de su provincia; el literato no cedió el puesto al oficinista, ni las abrumadoras y monótonas tareas del empleado le hicieron perder el gusto y afición al hombre de letras; por el contrario, él supo amenizar ese terreno árido, introduciendo en él el orden y la regularidad, y expidiéndose en la variedad de negocios que corrían á su cargo con facilidad, método y exactitud. No era, pues, de extrañar que condiciones tan raras y recomendables le mereciesen la confianza de sus jefes, los que, reconociéndose sin las aptitudes de aquél, declinaron en su subalterno todo lo arduo y difícil de su cargo. El mismo capitán general, que seguía de cerca los pasos de su empleado y sabía estimar su contracción al trabajo y sus brillantes disposiciones, no vaciló en presentarlo á la Corte de Madrid para un empleo importante,

haciendo de él los mayores elogios y recomendándolo de un modo eficaz. Contra todo lo acostumbrado en aquel tiempo, y hasta contra las mismas esperanzas del joven Bello, le fueron acordados los despachos de Comisario de guerra. «Para que se comprenda», dice uno de nuestros más distinguidos escritores chilenos (1), en la biografía del Sr. Bello, «toda la importancia del título indicado, es necesario tener presente que los empleados de la administración tenían entonces en España, como ahora en Rusia y Prusia, cierto orden jerárquico análogo al de la milicia; el título de Comisario de guerra equivalía al grado de teniente coronel.»

Hemos dicho que las nuevas tareas á que se había dedicado nuestro empleado público, lejos de enervar su actividad para las investigaciones de la ciencia y para aumentar el caudal de sus conocimientos, no hicieron sino estimularlo y darle más fuerzas para acometer nuevos y difíciles estudios. Las lenguas de Racine y de Lord Byron estaban proscritas, por decirlo así, de la colonia; de consiguiente, carecían de cátedras y hasta de maestros; á pesar de esto, su ardiente deseo por conocerlas y su aplicación tenaz se sobrepondrán á estas dificultades. El consagra largas vigilias al aprendizaje árido de sus reglas; se remonta hasta descubrir su origen, su filosofía y su genio peculiar; se acostumbra á gozar todas sus bellezas, traduciendo las obras maestras de estos idiomas; y cuando echa de menos los sonidos de su pronunciación, se asocia á algún extranjero instruído, de los pocos que solían visitar aquellas remotas playas. De esta manera, llega un día en que ve coronados sus penosos esfuerzos, y puede lisonjearse, como el sabio de Israel, diciendo: todos los conocimientos y goces del saber me han sido dados por Dios con mi inteligencia (2).

(1) Amunátegui, Biografía de Americanos, pág. 28.
(2) Sabiduría, VII, 11.

Pero este talento necesitaba un teatro más vasto; su alma grande y ardiente era republicana aun bajo la opresión del despotismo; y su corazón estaba modelado á la manera del de los hombres de Plutarco. A fuerza de meditación y de estudio había llegado á familiarizarse con las ideas de la filosofía moderna y las más importantes cuestiones de la política y de las reformas sociales. Con el detenido examen de la historia había podido admirar las costumbres severas de la república en Esparta y las discusiones públicas y acaloradas de los pueblos libres é ilustrados en Atenas. Como hábil observador, había podido descubrir los manejos de la corte de España con sus posesiones americanas, y la calculada rémora que se ponía para atajar los progresos del comercio y de la inteligencia. El presentía la libertad, y no se engañó. El grito de independencia resonó bien pronto en todo el continente, y Venezuela fué una de sus hijas predilectas.

El genio es simpático; los grandes hombres se adivinan, se buscan y se comprenden fácilmente: así fué cómo Bolívar, cuyo coraje y audacia había de arrancar cuatro grandes provincias del yugo de la Metrópoli á que estaban uncidas, se encontró con Bello. cuyo talento había de contribuír en gran parte á disipar las tinieblas de la ignorancia en que estaban envueltas por más de tres siglos, y hacer brillar sobre ellas el sol de la verdad y de la ciencia. Bolívar empuñó la espada y corrió á los campos de batalla á conquistar los derechos de los pueblos oprimidos; Bello empuñó la pluma, formidable en sus manos como un alfange, y se lanzó á la arena de la discusión y del racionio á justificar la causa santa de la libertad; esto es, la causa de la humanidad oprimida y degradada. Aquél ganó victorias, éste enseñó á los pueblos á constituírse por sí mismos y á conocer sus derechos y los de las demás naciones; el primero organizó ejércitos y estimuló con su heroico ejemplo á vencer ó morir; el segundo combatió

las preocupaciones de una generación acostumbrada á la obediencia y al vasallaje; el libertador ciñó sobre sus sienes los laureles del triunfo; el literato ennobleció su cabeza con la aureola de la ciencia. Existía, sin embargo, una noble diferencia entre estas dos celebridades: Bolívar sujetó muchas veces la razón á las pasiones; Bello sujetó siempre sus pasiones á la razón. Ambos han inmortalizado sus nombres, pero Bello ha reunido á esta inmortalidad la bendición y la gratitud de una generación entera que él ha ilustrado con sus escritos.

Es preciso decir que Bello no asistió á las primeras luchas armadas de la libertad contra la tiranía; una circunstancia, providencial quizá, lo había llevada á Londres en calidad de asociado á la legación diplomática enviada por la junta gubernativa de Caracas, para proteger los derechos de Fernando VII á la corona de España. Esta importante comisión, que él y sus dos colegas aceptaron gustosos, creyendo inclinar al gabinete de San James en favor de las ideas republicanas que la mayoría de aquellos pueblos abrigaban, surtió de pronto un resultado contrario á sus proyectos, no obstante que realizaban los fines á que habían sido enviados: debiéndose al tino de Bello la redacción de un tratado con una nación de las más importantes del viejo mundo; tratado que hacía tanto honor á su patria como acreditaba á su autor. Siempre modesto, no quiso figurar en primera línea en esta negociación, contentándose con el menos ostensible título de cancelario, á pesar de que había sido investido de los mismos poderes que sus colegas.

El genio impaciente de Bolívar, uno de los diputados y que encabezaba la comisión, no pudo contentarse con este resultado. Volvió precipitadamente á su país, y allí, en unión de los republicanos más decididos, dieron el grito de revolución, declarándose independientes de la corona de Castilla el memorable 5 de Julio de 1811.

Bello y su compañero secundaban del mejor modo posible los sentimientos de sus compatriotas, ora acreditando su causa ante el Gobierno de la Gran Bretaña por medio de luminosas publicaciones, ora inclinando los ánimos de los más ilustrados ingleses á su favor. Ambos se lisonjeaban con la halagüeña esperanza de ver en poco tiempo á su país libre y formalmente constituído. Sentían, por otra parte, no encontrarse al lado de los valientes para engrosar sus filas y derramar su sangre en defensa de santos principios. Cuando más ocupados se encontraban de estos sentimientos patrióticos, una de esas terribles vicisitudes, tan frecuentes en la vida, vino á llenar de consternación á nuestros dos enviados. Un hecho de armas acababa de dar una completa victoria á los enemigos, y, por consiguiente, de sofocar la libertad en su misma cuna. Un suceso tan fatal hacía ya inútil y casi imposible su permanencia en Londres; sobre todo, su situación comenzaba á ser cruelmente azarosa por la falta de recursos y la imposibilidad de obtenerlos de su país.

Bien pronto Bello se encontró solo en aquella inmensa capital, porque su compañero se separó de él, no pudiendo auxiliarse mutuamente. He dicho mal: él se halló cercado de una joven esposa, á quien había ligado su suerte en época más propicia y de un tierno niño, fruto de esta unión, y se halló sumido en un momento en la indigencia. Apuró sus últimos recursos, pero la situación se prolongaba y se hacía cada vez más terrible y sin esperanza de remedio.

Una noche, noche fatal, nuestro ilustre extranjero vió agotado todo su fondo; no había que enajenar para proporcionarse al menos con qué comprar el alimento; no había tampoco á quién pedir en calidad de préstamo algún pequeño subsidio; abandonó su casa con el corazón saturado de infortunio, no teniendo valor para contemplar por más tiempo aquel cuadro lastimero. Talvez desde el

fondo de su alma se desprendía en ese momento aquella exhalación bíblica: *¡Non videbo morientem puerum!* (1), ó quizá, como Abrahán, confió en Dios y esperó contra la misma esperanza. Lo cierto es que la Providencia vino en su ayuda después de haber probado á este espíritu noble y generoso. Era también necesario que él enseñase con su ejemplo á la juventud este importante axioma: que el talento y la ciencia nunca son estériles.

En efecto, desde esa misma noche se abrió para este hombre de letras una senda de bienestar y de prosperidad; senda por la cual llegó hasta nosotros, hasta Chile, su segunda patria, y la patria de sus hijos; hasta este Chile que él amó tanto, y que supo conocer y apreciar desde que arribó á sus hospitalarias playas, á cuyo hermoso cielo tantas veces entonó himnos, embalsamados con todo el perfume de una imaginación oriental; cuyos bosques esmaltó de flores más delicadas que el lirio de nuestros campos y más fragantes que nuestras violetas; cuyas altas montañas....Pero ¿á dónde voy? El deseo de contemplarlo entre nosotros me hacía cortar el hilo de la narración.

Decía que había comenzado para el señor Bello una nueva carrera, y ésta fué la de las publicaciones literarias que, no solamente le proporcionaron recursos suficientes para una vida cómoda, sino que también le conquistaron un nombre ilustre y le franquearon la entrada á varias academias y la merecida estimación de las más célebres notabilidades literarias y científicas de Europa. Sediento siempre de estudios y de conocimientos útiles, se perfeccionó tanto en el de los idiomas vivos, que llegó á hablar y escribir muchos de ellos con toda perfección; descubrió y analizó todas las bellezas de la lengua de Cervantes; investigó los últimos sistemas de filosofía de la escuela alemana; comparó y concordó todos los tratados y

(1) Génesis, XXI, 16.

convenios celebrados por las naciones europeas unas con otras, en tiempo de paz y en el de guerra; y, por fin, acopió un depósito importante de conocimientos legales de derecho público y de gentes, que más tarde dieron por fruto los más interesantes trabajos y los más preciosos textos de enseñanza sobre estos ramos, haciendo del señor Bello uno de los más sabios publicistas y un jurisconsulto de primer orden.

Como su país retardase en reconquistar su independencia, él tuvo ocasión de servir, entre tanto, á otras repúblicas en sus relaciones diplomáticas, cuyos ministros, acreditados cerca de los gobiernos europeos lo llamaban en su ayuda para el acierto de sus negocios. El se prestaba á todos con aquella franqueza, aquella táctica exquisita, aquella rectitud y probidad que. como sabéis, formaban los distintivos de su carácter. Todos los americanos de importancia ó caracterizados, residentes en Europa, se daban prisa á relacionarse con este eminente publicista; todos se disputaban el honor de ser admitidos á su amistad y querían enriquecer su país con esta valiosa adquisición.

Nadie, empero, tenía un derecho más legítimo que Venezuela; pero la Providencia, que lo destinaba para ser en Chile el vehículo que condujera con acierto y rapidez á nuestra estudiosa juventud al templo de la sabiduría y de la gloria, permitió que los hombres que entraron á regir los destinos de su patria después de la emancipación, se condujesen con él indiferentes ó desconocidos.

«Nadie es profeta en su propia patria» (1), ha dicho el Salvador, y sin duda por esta razón Nazaret, patria de Jesús, no mereció la dicha de presenciar algunos de sus portentosos milagros. Frecuentemente se encuentran émulos entre los que nos han visto nacer; las medianías no pueden soportar con paciencia á los talentos que se

(1) San Lucas, IV, 24.

elevan sobre ellas. Por otra parte, los que ejercen el poder público alejan también muchas veces de su lado á aquellos que, con una prudente é ilustrada censura, sirven de freno á sus caprichos ó de fiscales á sus desaciertos. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el señor Bello no fué llamado oportunamente á su país; y, si más tarde se le ocupó como secretario en una legación cerca del gobierno británico, fué más bien para inferirle un verdadero desaire, que, á la verdad, no merecía bajo ningún pretexto, pero que él supo rechazar con toda la dignidad que le era propia.

Esta conducta de parte de los suyos decidió al señor Bello á buscar una patria donde pasar tranquilo el resto de sus días; y esta patria fué Chile, quien le abrió de par en par sus puertas y le anticipó la benevolencia de su gobierno y el respeto y admiración de sus nobles hijos.

Hemos dicho antes que no hay verdadero mérito en el hombre, ni sólida virtud, sin que sea probado como el oro y la plata se prueban en el fuego del crisol (1). Así es que, cuando Dios quiere ofrecer modelos á la humanidad, los depura antes por el fuego de las contradicciones; mas, al someterlos á la lucha, es para que venzan con el auxilio de su gracia y para que entiendan que de todas las cosas la más poderosa es la sabiduría (2). Hé aquí lo que experimentó por sí mismo este hombre virtuoso. El estaba destinado á enseñar, no sólo con sus palabras la ciencia del bien, sino también á enseñar con sus ejemplos las austeras virtudes del sufrimiento y de la paciencia; por esto es que él no solamente experimentó el abandono é ingratitud de sus amigos y discípulos, sino que también sirvió de blanco á los dardos emponzoñados de la calumnia, con que la envidia, esa pasión de las al-

(1) Proverbios, XVII, 3.
(2) Sabiduría, X, 12.

mas bajas, intenta deprimir el talento y el mérito cuando es impotente para elevarse por sí mismo á la altura de aquéllos. Una pluma aleve se atrevió á salpicar con la hiel de que estaba empapada, la reputación sin mancha del señor Bello, sin más pruebas ni datos que la misma malevolencia del que la dirigía. El señor Bello descansó tranquilo en su inocencia, y confió su causa al cielo. No obstante, ¡cuántas amarguras no devoraría en secreto esta alma sensible! Sólo los que han sido víctimas de esta especie de suplicio, pueden valorizar todos sus sufrimientos.

Señores, séame permitido aquí un arranque de confianza, que cede más en elogio de nuestro finado amigo que en desahogo del corazón. Le consultaba yo mismo en cierta ocasión, hallándome en idénticas circunstancias á las que él había experimentado, si me sinceraría de una calumnia con que se había vulnerado mi honor, y él me respondió: «¿Juzga usted desarmar con su respuesta al calumniador? Nó, jamás; con ella no hará usted sino irritar su saña y ofrecerle un nuevo pretexto á sus tiros. ¿Está usted seguro de su inocencia? Pues bien, no escriba usted ni una sola palabra. Dios hará lo demás». En su semblante resplandecía en ese momento la luz de su inteligencia, y dejaba entrever toda la serenidad del justo; sus palabras, además, contenían tan profundas convicciones, que me separé de su lado persuadido y tranquilo.

El señor Bello me hablaba con experiencia; él también había sufrido, y la eterna justicia había vuelto por su causa; en su persona se habían cumplido fielmente estas predicciones del libro de la Sabiduría: «En el dolo de aquellos que lo perseguían lo asistió la Providencia, y lo colmó en seguida de honor y de estimación» (1).

A la verdad, el gobierno venezolano no tardó en hacer una cumplida justicia al mérito de este eminente ciuda-

(1) Sabiduría, X. 11.

dano; mas, era ya tarde, por desgracia de aquel país y por fortuna del nuestro. El señor Bello había sido recomendado á nuestro gobierno por un distinguido chileno que sabía mejor que nadie apreciar su importancia; este fué don Mariano de Egaña, nuestro Plenipotenciario á la sazón en Londres, y el único quizá en ese tiempo con quien Bello podía rivalizar en conocimientos, que es cuanto puede decirse en su elogio. El fué, pues, el que lo recomendó al gobierno de nuestra República, y su ilustrado Presidente, el general don Francisco Antonio Pinto, digno amigo del señor Bello, le ofreció el puesto de oficial mayor de Relaciones Exteriores. Ved aquí, señores, los antecedentes y los favorables auspicios con que el apreciable señor Bello vino á nuestra patria.

Hablaros ahora de todo lo que trabajó en nuestras relaciones exteriores, hasta colocar á nuestro país á la altura de los pueblos más cultos y adelantados de Europa; deciros todo lo que escribió para difundir entre nosotros las luces y los más importantes conocimientos, desde la gramática y ortología hasta las más difíciles cuestiones del derecho internacional; haceros una reseña de todo lo que enseñó en los diversos ramos del saber, por más de veinticinco años de continuas tareas, sería interminable y además inútil, pues vosotros os halláis en aptitud de apreciarlo mejor que yo. Me limitaré solamente á preguntar: ¿Quién hay entre nosotros que no haya tenido algo, por lo menos, que aprender de este maestro enciclopédico? Si nos fuera permitido expresar nombres propios sin faltar á las reglas de esta clase de panegíricos, yo os citaría algunos cuyas publicaciones y cuya fama se han extendido allende los mares, nombres que hacen con justicia el blasón de nuestra literatura chilena, y que son frutos prematuros y preciosos del celo y enseñanza del señor don Andrés Bello.

Desde las más altas hasta las más ínfimas de nuestras instituciones sociales reconocen una deuda á la ciencia y á los talentos del señor Bello. Si subimos á los primeros tribunales del Estado, allí está su Código Civil, obra de sus largos estudios, de su experiencia y de su capacidad. Si recorremos los voluminosos archivos de nuestros ministerios, allí encontraréis los tratados, las estipulaciones, los pactos de amistad, de navegación y de comercio, que prueban, mejor que todo lo que que pudiera decirse aquí, sus estudios y meditaciones sobre el derecho de gentes; si echamos una ojeada á los antiguos trabajos del Senado, en el cual ocupó un sillón por el voto y confianza de los pueblos, descubriremos igualmente su luminosa huella; si visitamos nuestra Universidad, allí hablan por sí mismas sus memorias, sus leyes orgánicas y sus textos de enseñanza; nuestra Universidad, séanos permitida la expresión, era su hija predilecta; á ella consagró sus desvelos durante muchos años, era el objeto de su ternura, diré más, de un esmero y cuidado de cada momento: sí, hasta de los momentos dolorosos de su penosa y prolongada agonía. Si, finalmente, repasamos en nuestras observaciones el Instituto Nacional, la Sección Universitaria, los liceos, las escuelas normales y secundarias, por todas partes encontraremos estampado el signo de su inteligencia. ¡Parece imposible, señores, que en el corto período de siete lustros hubiese podido hacer tanto! No será, pues, exagerado decir de él aquello del libro de la Sabidaría: *Consummatus en brevi explevit iempora multa* (1).

Pero, lo que verdaderamente sorprende, es que en m edio de tantas y tan diversas ocupaciones, de atenciones tan serias y difíciles, no descuidase su culto á las bellezas de la literatura. Nuestros más lucidos poetas le consultaban frecuentemente, á sus observaciones deben ellos

(1) Sabiduría, IV, 13.

ese gusto, esa pureza y perfección que admiramos en algunas de sus composiciones poéticas. Los trabajos de este género que nos ha dejado, pasan, entre los más entendidos en el arte, como obras maestras. «El ocupa en América, dice un célebre escritor (1), el primer lugar como publicista, y el primero como poeta; sus versos son de una corrección cabal; tienen una fluidez que admira, una armonía que hechiza; su poesía es valiente, sentida, moral, llena de elevación, y tiende siempre á un fin noble. Patriota, creyente, sabio, americano sobre todo, sus versos participan de todos esos caracteres». ¿Qué más podríamos añadir á este breve pero elocuente elogio de nuestro gran poeta? Una sola palabra, que en nuestro concepto ha faltado aquí: él era, agregaríamos, un verdadero poeta cristiano. Conservamos aún fresca en nuestra memoria aquella tierna y ferviente plegaria que en el espantoso incendio de la Compañía, acaecido el día 30 de Mayo de 1841, dirigía á la Santísima Vírgen, en las siguientes estrofas:

¡Virgen! si compadecida
Te halló siempre el ruego humano,
Detén la fiera avenida:
Tiende el manto soberano
Sobre tu mansión querida;
Sobre tu bella morada,
Donde con ardientes votos
Has sido siempre invocada;
Donde mil labios devotos
Te llamaron su abogada.

¡Cuántas otras poesías de este género pudiéramos citar aquí, embalsamadas con esa suave y santa unción que

(1) J. M. Torres Caicedo. «Ensayos biográficos y de crítica literaria». Tomo I, pág. 94.

sólo puede producir la piedad cristiana! Pero temo, señores, abusar por más tiempo de vuestra bondadosa indulgencia.

Entremos ahora, como último término, á deciros dos palabras sobre la vida doméstica del señor don Andrés Bello. ¡Ah, si me fuera permitido descorrer el velo que oculta á vuestros ojos el hogar patriarcal de este venerable anciano, cuántas virtudes privadas, cuántos dolores consolados, cuánta humildad, cuánta caridad y abnegación no tendríais que admirar! Esposo y padre, estos augustos títulos fueron santificados por él. En dos enlaces sucesivos fué el modelo de los esposos. Joven todavía, la muerte le arrebató á su primera compañera; era preciso dar una madre á sus huérfanos hijos, pero una madre digna de ellos, una esposa digna de él; la Providencia, á quien él se abandonó siempre, y que siempre también veló por él, le deparó un ángel de bondad (1); ella compartió sus goces y sus penas durante su vida; ella veló cerca de su lecho sus dolores y agonías; ella, en fin, cerró sus párpados en el último sueño de la muerte.

Como padre, sus hijos poseyeron en el señor Bello el más apasionado de los amigos, el maestro más instruído y solícito, el sacerdote doméstico, que formaba sus costum-

(1) El señor Bello nos ha dejado un retrato moral de su digna esposa, la señora doña Isabel Dunn, en los siguientes versos de la «Oración por todos», dedicados á una de sus hijas. Dice así:

Ruega después por mí. Más que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, á nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

bres para la sociedad y sus almas para el cielo; ilustraba susinteligencias nacientes con el caudal de sus conocimientos y completaba su educación con sus ejemplos edificantes.

Su casa era la plácida morada de la paz, de la moral y de la piedad ilustrada; era también el asilo del consuelo y el alivio de los que sufrían. ¡Cuántas madres afligidas, cuántas viudas desoladas, cuántas huérfanas desvalidas encontraban allí el consejo y el socorro de sus miserias! Su caridad era según las reglas del Evangelio (1): «No sabía su siniestra lo que hacía su diestra»; de manera que los más ignoraban sus liberalidades. El había sufrido mucho; su vida entera había sido una cadena de dolores, pero de esos dolores que desgarran el corazón; él había visto hasta seis de sus hijos, uno en pos de otro, caer heridos por el golpe de la muerte en lo más florido de su edad y cuando comenzaban á ser el consuelo de su ancianidad, la fortuna de su familia y la esperanza de la patria; á la manera que el secular olivo ve tronchar de uno en uno sus verdes retoños por la segur inexorable del labrador. ¡Ah! sin duda estos acerbos dolores le hicieron exhalar, como á Job, estas sentidas y dulces melodías:

¡Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza, eres bondad, perdón!
Y Dios te oirá: que cual de la ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

El pedía aquí al Señor el auxilio en sus tribulaciones, él demandaba á una de sus hijas la plegaria de la inocencia en favor de su anciano padre, no creyéndose sin duda él mismo digno de obtenerla por sus ruegos! Sin duda Dios

(1) San Lucas, VI, 3.

le era propicio, pues la calma de la resignación entraba dulcemente en su alma. Hé aquí por qué las aflicciones y los pesares ajenos encontraban siempre un eco en su corazón que respondía con expresiones de esperanzas y consuelo.

Mas, ya es tiempo que recibamos de este sabio cristiano las lecciones más solemnes que compendian, por decirlo así, todo lo que el hombre tiene que aprender y saber en este mundo.

En los últimos días del hombre, dice un Padre de la Iglesia (1), es donde comienza á revelarse el arcano tremendo de la predestinación; es en ese término fatal de la vida donde se dejan sorprender con facilidad los caracteres de los escogidos. de aquellos que San Pablo llama vasos de misericordia; ellos previenen la muerte con una santa preparación, reparan en la amargura del corazón los extravíos de una juventud, olvidada algunas veces de sus más santos deberes; se purifican de las más ligeras faltas por medio del arrepentimiento y comienzan á contemplar tranquilos y llenos de paz serena el término de su carrera; sostienen, si es preciso, el combate con valor y firmeza y, muriendo, acaban de santificarse con la muerte, ó más bien, santifican la muerte con el fervor de su piedad.

Esto fué lo que aconteció y esto lo que fielmente ejecutó este varón sabio y prudente: él supo aprovechar en tiempo oportuno los auxilios de la gracia, haciendo preceder á su fin una vida contemplativa, penitente y fervorosa. Desde algunos años atrás había confiado los secretos y dirección de su conciencia á un sacerdote (2) ilustrado y celoso, con el cual conferenciaba frecuentemente acerca de su salvación; y aun en medio del torbellino de las ocupaciones diarias, de la etiqueta á que lo obligaba su posición, y de sus

(1) San Juan Crisóstomo, Hom. sobre el Salmo IV.

(2) El R. P. Fr. Domingo Aracena, de la Recolección dominicana.

mismos estudios, se entregaba con recogimiento edificante á las prácticas espirituales y á los devotos ejercicios de la piedad. Así fué cómo el señor Bello consagró los últimos años de su vida á todo lo que la religión puede inspirar de más santificador y más tierno á un corazón ocupado del amor de Dios. Por esto dijimos de él, al principiar este discurso, que se hizo acreedor á la corona de honor y dignidad destinada por el Espíritu Santo para aquellos en quienes con la edad se han aumentado las virtudes, y los méritos y talentos se han multiplicado con los años: *Corona dignitatis senectus, quae in viis justitiae reperietur.*

Una constitución, aunque robusta, trabajada y gastada por las fatigas y vigilias de un estudio de toda la vida y jamás interrumpido, una larga ancianidad más trabajada aún por los sufrimientos, la debilidad propia de los años, todo hacía presagiar que el término de su larga carrera estaba cercano. En efecto, su última enfermedad se pronunció con síntomas mortales, él la conoció, y, antes de esperar en los remedios humanos, quiso ocurrir á los divinos. Recibió, lleno de fe y de esperanza, los santos Sacramentos, miró con ojos serenos ungir sus miembros con el óleo sagrado y rezó con el sacerdote las últimas oraciones de los agonizantes. En vano la ciencia y la amistad (1) lucharon á brazo armado con la muerte. En vano la más activa y tierna solicitud de una esposa y de unos hijos consternados hicieron esfuerzos sobrehumanos para mantener siquiera por algunos días más esa lámpara moribunda que se extinguía! . . . No hubo remedio. . . sonó para él la hora suprema, y su peregrinación en este mundo terminó á los ochenta y cinco años de su edad! Murió el señor don Andrés Bello, pero murió como filósofo cristiano, porque manifestó al morir toda la grandeza de su alma; murió como

(1) El señor don Lorenzo Sazie, Decano de la Facultad de Medicina, quien lo asistió con todo el fervor de su amistad.

sabio cristiano, porque aprovechó su ciencia y talento para santificar la misma muerte.

¡Ved aquí, señores, á lo que quedan reducidas todas las grandezas humanas!

¡Ah! ¿Qué es la vida? ¡Una sombra fugaz que se disipa como el humo! ¡Con cuánta razón ha dicho el Profeta: «que toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo!» (1). Todo desaparece, todo huye, todo se escapa de nosotros; fortuna, placeres, dignidades, poder y gloria brillan un día, un solo día á nuestros ojos, y al día siguiente van á precipitarse bajo la losa de un sepulcro. Sobre esa losa se escribirá por una mano amiga una inscripción, que bien pocos leerán y que el tiempo borrará demasiado presto! *Siccine separat amara mors*! (2).

Por ventura, ¿será ésta la suerte de nuestro finado amigo? ¡Ah, nó, señores! La virtud y el talento no mueren; emanaciones divinas de la sabiduría increada, serán tan eternas como su origen. El señor Bello vive, pues, y vivirá por siempre en cada una de sus producciones inmortales; vive, y vivirá siempre en cada una de las inteligencias que él ilustró; vive y vivirá siempre en el corazón de todos los que le amaron; su memoria será transmitida con sus obras á las generaciones venideras; y sus virtudes harán siempre su nombre digno de amor y bendición.

Vosotros habéis visto á nuestra sociedad vestirse de luto por su muerte; y todos los que le conocían recibían con pesar esta infausta noticia. La prensa pública ha sido por algunos días una continuada plegaria; el Gobierno Supremo, olvidando por un instante las graves atenciones que lo ocupaban, se ha hecho un deber en decretar sus honores fúnebres; los Ministros del Estado, los altos funcionarios de la nación, el Cuerpo Diplomático, las Facultades Universitarias, los colegios, el clero, el pueblo, en fin, todos

(1) Isaías, XL, 6, 7.
(2) I Reyes, XV, 32.

han venido al pie del altar á manifestar su sentimiento por tan irreparable pérdida; todos se han prosternado delante del Dios de vivos y muertos y elevan sus preces por el eterno descanso de nuestro ilustre finado. ¡Honor á Chile, que ha sabido corresponder dignamente los servicios y méritos de aquel que le consagró la más preciosa parte de los frutos de su inteligencia!

¡Ministros del Señor, subid una vez más al altar: continuad vuestras oraciones y perfeccionad el sacrificio que yo os había interrumpido;... regad ese túmulo con el agua lustral, para que, si las debilidades de la flaqueza humana detienen aún esta alma en el dintel de la morada de los santos, quede purificada con los méritos infinitos del Cordero inmaculado, y por la misericordia de Dios éntre á descansar en paz eternamente.—Amén.



ELOGIO FÚNEBRE

del Sr. D. José Alejo Eyzaguirre

Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam neam faciet. (I Reyes, II, 35).

Me formaré un sacerdote fiel, que obre según mi corazón y mi espíritu.

Ilustrísimo Señor,

Señores:

¿Qué contiene este lúgubre aparato? un pueblo inmenso en quien se ve pintado el sentimiento más profundo, rodeando un altar funerario? unas armonías solemnemente tristes hiriendo el aire con sus acentos melancólicos? el senado de la Iglesia mustio y sombrío, y su Pontífice llevando, en vez de las preciosas galas, un vestido de luto?... ¡Ah! ya lo comprendo... El señor Eyzaguirre ha muerto...

Ved aquí el término inevitable de toda humana existencia sobre la tierra: la muerte! ¡Si por ventura el justo se hallase exento de su fatal guadaña! ¡Si como el bárbaro huracán se cebase tan sólo en el débil arbustillo, respetando á la robusta encina que le cobijara con su apacible sombra! ¡Pero, Dios mío! Tú lo has dicho: que toda carne es heno, y como el heno perecerá (1). Tú tienes numera-

(1) Isaías, XL, 6.

dos los días del hombre, de cuyo inescrutable término no pasará un instante (1).

En vano el mortal se afana por alcanzar unos placeres caducos, que se disiparán como el humo, y que no dejarán otra huella que el tormento de su pérdida en el pasado, y el remordimiento de su goce para el porvenir.

¡Feliz aquel que supo consagrarse á la virtud antes de pagar al mundo el caro tributo de su inocencia! ¡Feliz el que se sujetó casi al nacer bajo el suave yugo de su ley, y, moderando sus pasiones con el ejercicio de la virtud, consagró á Dios las primicias de un alma pura! Bramarán los confusos aquilones; se desatará contra él la violenta tempestad; tronará el rayo amenazador sobre su cabeza, pero permanecerá impasible, como la fuerza de Dios que le sostiene. Sucederá la bonanza a la tormenta: reaparecerán los días serenos, el mundo le brindará con mil halagos seductores, y cuanto encierra de fascinador la grandeza y la gloria se juntará para cautivar su espíritu; pero todo en vano, porque la virtud, secundada con el auxilio de la gracia, ha venido a ser en su alma una segunda naturaleza. Ya sea que una enfermedad dolorosa y lenta le muestre como en lontananza el día del Señor, ó ya que un golpe súbito, como a nuestro finado, lo precipite en los horrores del sepulcro; las circunstancias de su fin podrán ser diversas, pero su inmortalidad será siempre la misma.

¿Cuál es entonces, oh muerte, tu victoria (2), si la pérdida de su cuerpo no vendrá á ser sino la completa y dichosa posesión de su alma; ó más bien, un cerrar de ojos en el destierro del dolor y del llanto para abrirlos, y para siempre, á la patria venturosa y eterna? si muerto tan de antemano al mundo y sus risueñas expectativas, ha vivido tan sólo para el cielo? pudiendo decir como el Apóstol:

---

(1) Job, XIV, 5

(2) I Corintios, XV, 55.

Vivo yo, mas no yo: vive sólo en mí Cristo? (1) ¿Ni qué le importa que la memoria de los humanos se aniquile con el último acento del fatídico bronce, si él en Dios existirá para siempre, y su justicia, á pesar de la acción roedora de los siglos, le habrá granjeado entre los santos un nombre grato y eterno?

Hé aquí las solas consideraciones que pueden consolarnos en la funesta pérdida de nuestro venerable finado el señor Deán de esta santa Iglesia Metropolitana, Doctor don José Alejo Eyzaguirre.

Las sublimes virtudes de que estaba adornado forman el signo de predestinación que inaugura en la tierra la futura felicidad de los escogidos, y un dulce lenitivo que la religión concede á nuestro dolor por su separación.

Este ha sido, decía en otro tiempo un genio inspirado al dolorido pueblo de Israel en la muerte del Pontífice Simón, el mejor de tus sacerdotes, porque te prodigó siempre sus cuidados; porque en sus días se renovaron los manantiales de aguas vivas que fecundizaban tus estériles campos; porque se granjeó una gloria imperecedera, viviendo sencillamente en medio de su pueblo; como el lucero de la mañana al través de las tinieblas y como la luna en tiempo de su plenitud, así brillaba en el templo de Dios; como el árbol del incienso, que despide fragancia en tiempo del estío; como un vaso de oro macizo incrustado de toda suerte de piedras preciosas, ó como el ciprés, que descuella por su gigante altura, tal parecía cuando se vestía con los ornamentos de su dignidad; hacía honor á las vestiduras sagradas cuando subía al altar á ofrecer los holocaustos (2). Rogad pues al Señor para que nos devuelva la alegría del corazón. Os pregunto, señores, si está bien delineado en estos rasgos el inmortal Eyzaguirre, y si en

(1) Gálatas, II, 20.
(2) Eclesiástico, L, 3-12.

el designio que tengo de aplicarle estos elogios hay algo de exagerado.

Un sacerdote ejemplar, cuya memoria está por todas partes llena de honor y de bendiciones; que ha sido amado y respetado de cuantos lo han conocido; que le ha cabido parte en el gobierno de nuestra Iglesia Metropolitana; que ha instruído á tantas almas en las consoladoras verdades de la religión y en las máximas de una sólida piedad; que ha cautivado las voluntades de todos los chilenos por el excelente mérito de una dulzura casi inimitable; que ha enjugado tantas lágrimas; que ha restablecido la unión y la paz en el seno de las familias divididas por la discordia; que ha ilustrado el dictamen de los sabios por la prudencia de sus consejos; que ha, en fin, santificado á tantas esposas de Jesucristo y á tantos ministros del santuario. ¿No es éste, repito, el señor Deán Eyzaguirre, cuyas exequias nos congregan hoy bajo las bóvedas sagradas de este templo? Pero os lo diré en una sola palabra, palabra tomada de un libro sublime que envuelve todo mi pensamiento y forma, por sí sola, el más grande elogio que pudiera tributársele. Un sacerdote escogido por su fidelidad, que obró siempre según el corazón y el espíritu de Dios: *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet.* Tal es la idea bajo la cual me ha parecido presentároslo en este elogio fúnebre, que mi humildad viene a consagrar á su memoria.

No busquemos, pues, consuelos de otro género á nuestro dolor; es verdad que con él hemos perdido mucho: diré más, lo hemos perdido casi todo; pero, si hemos de esperar piadosamente, sin anticiparnos por esto al juicio infalible de la Iglesia, él ha sido trasladado desde la tierra al cielo y desde la morada de los hombres a la sociedad venturosa de los santos á recoger el fruto de sus trabajos. No malogremos en un sentimiento estéril lo que tanto puede contribuír á nuestra edificación espiritual con el fre-

cuente recuerdo de sus virtudes modelos. Tenga en buena hora el sentimiento su parte á proporción de su mérito, como nos dice el Sabio (1). La misma religión no se excusa de tomar una parte notable en nuestro duelo; pero, al consagrar con sus misterios nuestras lágrimas, se propone un fin más alto: ella quiere alentar nuestra tibieza con los ejemplos de aquellos varones insignes que, como el nuestro, sobresalieron por su religión y por su piedad. Por esto San Gregorio Niceno hizo a la muerte de San Basilio su elogio fúnebre, San Jerónimo el de Santa Paula y San Agustín el de su propia madre Santa Mónica.

Animado de estos sentimientos, escogeré algunas flores del santuario para esparcirlas sobre la tumba de nuestro venerable finado. No esperéis de mí, sin embargo, un discurso en que, campeando la vanidad mundana, venga á contrastar el pensamiento que revela ese fúnebre espectáculo; esto, á más de ser contrario al espíritu de la Iglesia, se conformaría mal con el digno sujeto á quien va dirigido, personificación animada de la modestia evangélica. Discurriendo, pues, brevemente por aquellos hechos que nos den á conocer mejor su corazón y su espíritu, aplicaré a la vez la instrucción moral que á mí y á vosotros corresponda.

Jesús amorosísimo, pastor y modelo del sacerdocio cristiano! el honor de tu ministro está íntimamente ligado con el vuestro y de vuestra esposa la Iglesia; dad á mi palabra algo de vuestra divina unción; permitid que, al hablar de uno de los más dignos de vuestros sacerdotes, lo haga de modo que pueda edificar con su ejemplo á este piadoso pueblo que lamenta sin cesar su muerte; y que, al consagrar este monumento á su virtud, no sea con los despojos de una ciencia profana.

Adquirir un gran nombre cuando empresas ruidosas han llamado siempre la atención pública, cuando hechos ex-

(1) Eclesiástico. XXXVIII, 18.

traordinarios y atrevidos se han practicado con éxito feliz, no tiene nada de raro: esto no sale sin duda dela órbita común de los sucesos humanos. Asombrar al mundo con una virtud austera y solitaria, protestar contra sus desórdenes desde el horror de un desierto ó desde el fondo de un claustro, fácilmente se comprende. Pero inmortalizarse y alcanzar una memoria por demás grata entre sus contemporáneos, viviendo en medio de la sociedad y sin más atractivos que el ejercicio de virtudes privadas, ocultando siempre con el velo de la modestia y hasta de una medianía vulgar, la abnegación más sublime, la caridad más heroica, la prudencia más candorosa y el celo más ardiente, esto, á más de ser extraordinario, arguye en el que lo posee una exquisita y singular virtud; esto demanda una constancia jamás desfallecida ni por los tiempos, ni por las circunstancias, ni por los vórtices ya prósperos, ya adversos, de una fortuna constante sólo en sus caprichos.

Atravesar el diapasón de todas las escalas sociales, desde el más ínfimo hasta el más eminente puesto, sin experimentar la más pequeña alteración á pesar de los distintos temperamentos de estos grados y de su emponzoñada atmósfera; por el contrario, descender en el concepto de sí mismo cuando más alto se halla en el de los demás, esto prueba una perfecta imitación de Jesucristo, que, siendo Dios, no quiso ganar la admiración de los hombres por las obras maravillosas de su divinidad sino por la mansedumbre de su corazón y la humildad de su espíritu (1).

Tal es el hombre cuyo corazón vamos á conocer; no para hacer el análisis de alguna virtud extraordinaria, porque en él todas lo fueron, pues sin el aparato de una ruidosa exterioridad, en el fondo todas eran grandes y sublimes: semejante á aquellos astros que sin herir nuestros ojos nos alumbran á la distancia desde hemisferios remo-

(1) San Mateo, V, 4.

tos; arrojando una luz clara y titilante, sólo despiertan en nuestras mentes la idea de aquella fuente eterna ó luz primordial de donde se han cebado; ó como esos ríos remansos que, á pesar de la inmensidad de sus aguas, se desprenden apacibles y silenciosos de las altas montañas, derramando sobre la tierra la fecundidad.

La primera virtud que se deja sentir en un alma cristiana es sin duda la fe; esta virtud la heredamos de nuestros mayores, y se inocula, por decirlo así, en nuestro corazón con la leche de nuestras madres. Empero, hay familias que la llevan como un lema de nombre y en quienes es hereditaria aquella fe sencilla y franca que viene con el tiempo á construír su natural carácter, y que es como el fundamento en que descansan aquellas costumbres patriarcales que tanto admiramos en los pasados siglos. Desde una inmemorial antigüedad se ha ido sucediendo, de padres á hijos y desde los más vetustos troncos hasta los últimos vástagos, este tipo característico, que forma, y con razón, uno de sus mejores florones. Tal es entre otras en Chile la antigua casa de los Eyzaguirres y Arechavalas, que cuenta entre sus antepasados al San Ambrosio de las Indias, el inmortal Alday, Obispo de Santiago; familia cuya nobleza, más se ha dado á conocer por el mérito sobresaliente de sus virtudes, que por el vano blason de títulos quiméricos ó condecoraciones ficticias. Nuestra república ha considerado siempre en ella uno de sus más sólidos baluartes, y la Iglesia y la patria han depositado más de una vez en sus manos sus más caros destinos, en circunstancias bien azarosas. A esta familia debió su origen nuestro ilustre finado.

Formado su corazón para la piedad desde la más tierna adolescencia, se fortificaba por los consejos de una virtuosa madre, como por los laudables ejemplos de su padre, y su virtud crecía á proporción de sus años; ó por valerme de una expresión de la Biblia, la vejez se anticipaba

en él por su prudencia y por una juventud inmaculada (1). A la sombra de sacerdotes respetables en el seminario de Santiago, donde hizo su educación; alimentado por el temor de Dios, que es principio de la sabiduría (2), y respirando el puro ambiente de costumbres sencillas y edificantes, su entendimiento se desarrollaba precozmente para las ciencias y las letras. Extraño á aquellos entretenimientos pueriles tan propios de la primera edad, y ocupado siempre del estudio y de las prácticas de una devoción sólida aunque prematura, el joven Eyzaguirre presagiaba lo que debía ser más tarde; pues no era necesaria una penetración muy fina para descubrir la centella del genio que oscilaba en su serena y despejada frente. Pocos años bastaron para que adquiriese una instrucción nada común en aquel tiempo. Después de consagrar á la ciencia de la religión sus primeros desvelos, que un porvenir marcado en los fastos de la Iglesia Chilena la habían de reportar tantas ventajas, estudió también los derechos del hombre con el laudable fin de hacerse doblemente útil á sus semejantes; de manera que adquirió con todos los ramos del saber humano una ilustración fecunda y bienhechora. No tardó la aureola de las ciencias en ceñir sus juveniles sienes como un debido tributo á su mérito y sus talentos. Bachiller en leyes y sagrados cánones; licenciado en el foro; individuo de la Real Academia Carolina y miembro de la Universidad de la República, son títulos que abonan suficientemente su alta capacidad.

Dejábase ver al mismo tiempo en este joven una imaginación viva y variada, que es comunmente el talento de las almas amenas; un espíritu noble y generoso; un carácter afable y dócil, y una lenidad de costumbres, no desmentida jamás hasta su muerte: todo esto, unido á una fisonomía varonilmente bella, insinuante, dulce y sim-

(1) Sabiduría, IV, 8.

(2) Eclesiástico, I, 16.

pática, lo hacía sin violencia amar de cuantos lo trataban.

¿No es verdad, señores, que hay ciertas almas privilegiadas en quienes parece competir á porfía la naturaleza con la gracia para formar casi desde la cuna una persona modelo?

Pues esto sucedió precisamente con nuestro finado. Sin embargo, es necesario confesar que estos atractivos de la naturaleza suelen ser dones funestos cuando el hombre no sabe encaminarlos al bien, ó cuando por una pereza criminal se estagnan en quien los posee. Pero, gracias, Dios mío, gracias; este reproche está muy lejos de nuestro héroe; él supo negarse desde la primavera de la vida á los falsos placeres, y dirigir sus pasos á otra ruta más certera y luminosa. No fué semejante á aquellos cuyas virtudes no han brillado hasta después de un prolongado eclipse, porque embriagados en una juventud tumultuosa, se han dejado arrastrar por el torrente de sus vanos deseos, sofocando dentro de sus pechos la voz austera de la conciencia. No aguardó á que un desengaño amargo y cruel asumiese el carácter severo de la virtud, ó que el mundo comenzase á mirarle con desdén para sacrificar á Dios, en una edad gastada, un corazón forzado y mal contento.

Era que Dios lo tenía destinado para que fuese uno de los levitas de su tribu electa; era que había de ser uno de los príncipes de su nación santa; era en fin, que la Providencia quería hacer alarde de un sacerdote formado según todas las medidas de su corazón.

En efecto, señores, persuadido que todas las edades pertenecen á aquel Dios que es dueño de los tiempos y de la eternidad, se propone renunciar al mundo aun antes de conocerlo; pero, no ignorando que al sacerdocio no se puede llegar sin una verdadera vocación y que es necesario haberse preparado como Samuel á la sombra del santuario, se ejercita en la oración y meditación, en la práctica de los sacramentos y en la frecuente lectura de libros es-

pirituales, donde se refresca el alma virtuosa, y donde se bebe, como en una fuente, la sublime ciencia de los santos. No resuelve por sí mismo; un sabio y celoso director de su espíritu dirige sus pasos, califica su vocación y vence los temores que le opusiera su humildad y una conciencia escrupulosa. Con estas disposiciones llega nuestro finado á recibir la unción santa de manos del metropolitano de Lima, donde se hallaba accidentalmente; quien, sabio apreciador de los talentos notables de este nuevo ministro, ansía por atraerlo á su Iglesia, haciéndole al efecto propuestas muy ventajosas, las que no admitió el señor Eyzaguirre, porque no quería defraudar á su patria de unos servicios que á ella antes que á ninguna otra pertenecieran.

¡Ah, señores! ¡qué hermoso campo no ofrece á su virtud el nuevo estado á que la vocación de una gracia especial acaba de llamarlo! Aquí es donde va á hacer sensibles sus influencias bienhechoras como astro de primera magnitud. La pureza de su vida será brillante como el sol; el soplo envenenado de las pasiones no empañará sus costumbres inocentes; la oración, más ardorosa y frecuente que nunca, lo pondrá en mutuo comercio con el Dios de las ciencias y de las luces, para derramarlas sobre los demás; el sacrificio heroico de su vida toda, y sus cuidados por la salvación de sus semejantes lo harán una viva imagen del sacerdote eterno, Jesucristo; y, si la Providencia lo enriquece con el caudal de sus dones, en vez de llenar su alma de una vana elación, multiplicará sus méritos y sólo servirá para humillarlo delante de sus hermanos.

El concepto que sus conocimientos en el foro, su circunspección y probidad le habían adquirido tan de antemano, lo colocaron, á su vuelta del Perú, al frente de los más importantes destinos. El prelado depositó en él, no obstante su juventud, su más absoluta confianza; pudiéndose decir del señor Eyzaguirre que comenzó su carrera por

donde muchos la acaban. Nombrado promotor fiscal, desempeñó este cargo con admirable acierto. En seguida fué hecho cura del Sagrario, en cuyas funciones laboriosas y graves se dió más que nunca á conocer el espíritu evangélico que lo animaba, modelando en todo su conducta por las reglas del Apóstol prescritas á su discípulo Timoteo (1): irreprensible, sobrio, prudente, grave, modesto, casto, amante de la hospitalidad y á propósito para enseñar á los demás; siempre exacto en la administración de sacramentos, en la predicación continua de la doctrina cristiana, y lleno de caridad para esparcir en manos de sus feligreses los escasos proventos de su renta, desplegando á la vez un celo tan ardoroso como el de David por la casa del Señor. Pero no presumáis en él aquel indiscreto que no va hermanado con la ciencia (2), sino el que, sin contemporizar con el error, sabe tomar todas las formas de una tolerancia cristiana, pero enérgico, decidido y firme cuando el honor del Señor ó el respeto de sus altares estaba de por medio. Esto le valió alguna vez el destierro de su patria, y comer el pan de las fatigas en tierra extranjera cabiéndole el timbre honroso de que tanto se gloriaba San Pablo: *vinctus Christi.* Pero es necesario confesar igualmente que esto mismo le valió más tarde, y de las mismas personas que contribuyeran á su destierro, quizá en uno de esos momentos de vértigo, tan frecuentes en los que gobiernan, el público reconocimiento de sus talentos, y la justicia hecha a su mérito.

Distante de toda pretensión, y ajeno á los empeños y mezquinas influencias, que tanta parte suelen tener en la elevación de los hombres, y de los que por desgracia no se halla exento ni el mismo Santuario, sus relevantes prendas y una integridad á toda prueba lo conducían como de la mano por todos los rangos del presbiterio.

(1) I Timoteo, III, 2.
(2) Efesios, III, I.

Después de haber desempeñado fielmente el oficio de párroco y otras muchas comisiones honoríficas, fué nombrado visitador de los cuatro curatos rectorales de la capital, en seguida Vicario Capitular, delegado para causas eclesiásticas, asesor general de la curia, juez eclesiástico y canónigo penitenciario de esta Catedral, por nombramiento espontáneo del Gobierno. Se le vió en cada uno de estos cargos desempeñarse con una laboriosidad, una constancia y una exactitud digna de todo elogio.

Desde el otro lado del Atlántico las miradas de un sabio prelado, que trastornos políticos habían separado de su Diócesis, se dirigen á él para delegarle sus facultades, y aun cuando no llegó á reconocerse su nombramiento, por motivos que no es de mi asunto mencionar, sin embargo, todas las personas timoratas, y en especial el clero, ocurrían á él para salvar sus dudas y tranquilizar sus conciencias.

No debo pasar en silencio una circunstancia en que tanto se había hecho admirar, y que tan altamente recomienda al señor Eyzaguirre á todos los chilenos conocedores de la historia de su patria. Una época sobrado difícil se sucedía en la República. La América acababa de romper las cadenas que la sujetaban al carro de la España, y Chile debía de ser uno de los primeros pueblos que recibiese con la sangre de sus caros hijos el bautismo de la libertad. Los corazones en quienes se sentía latir el sentimiento republicano, no podían permanecer indiferentes á la suerte de su patria, y la familia de los Eyzaguirres es una de las que más contribuyen con sus nobles y valientes esfuerzos á la salvación de la Madre común. Pero en el carácter de nuestro finado no era posible asumir una posición activa sin contrariar los santos destinos de su misión y sin sofocar los estímulos de caridad evangélica, que tan hondamente se abrigaban en su pecho; sabe, además, que, consagrado al altar,

no le es lícito dividir con el siglo sus cuidados ni interrumpir el apacible silencio del Santuario con el ruido de las armas. Sin embargo, patriota de corazón, amigo de la libertad y unido á la causa de la emancipación americana por convicción y por la sangre, sin apartarse del templo, la defiende y sostiene delante del Señor de los ejércitos con sus votos, con sus consejos, con su ciencia, cual conviene á un ministro de la religión. Pero si se invocan sus luces para el acierto de los negocios públicos, entonces no se exime, pretextando vanos temores, fácil efugio del indolente egoísmo; pues que su razón era de un temple muy superior. Tres veces fué llamado á las juntas y asambleas provinciales con que el país ensayaba entonces su nuevo sistema, y en ellas siempre excedía las esperanzas de sus comitentes por su celo y por una noble independencia. Formulada más tarde nuestra constitución política y creados los cuerpos deliberantes, el señor Eyzaguirre aparece en tres Congresos, llamado espontáneamente por los pueblos, para representar sus derechos.

Estas altas atenciones que con frecuencia le demandaba su merecida reputación social, en nada le distraían de los deberes de su ministerio. Si se aumentaban los trabajos, disminuía el tiempo de su descanso, y aun interrumpía su frugal alimento. Sin dispensarse bajo ningún pretexto de la asistencia diaria al coro, á las sesiones capitulares; exacto hasta la nimiedad en las funciones de su beneficio eclesiástico; con una asistencia de ocho horas diarias al confesonario, como vosotros mismos lo visteis y como lo prueba la multitud de personas religiosas y seglares de uno y otro sexo que con tanto anhelo dirigía, se le veía igualmente dedicado á dar los ejercicios espirituales á nuestros monasterios, á los religiosos, al clero y á toda suerte de personas, que, atraídas por el encanto de su ciencia y de una unción conmovedora, lo buscaban

con entusiasmo. Ni lo dispensaban jamás de correr presuroso á cualquiera hora del día ó de la noche, tanto al palacio del rico como á la cabaña del mendigo, aun en el rigor de la más cruda estación, y á pesar de una salud gastada más por las fatigas de una vida abundante de trabajos que por los años, á derramar en el lecho del moribundo el sagrado bálsamo de la religión. Tuve ocasión de verlo en casos semejantes. ¡Ah, qué palabras de tanto consuelo salían de su boca! qué torrentes de esperanza cristiana derramaba cada una de ellas! ¡Cómo endulzaba las agonías de la muerte y parecía amenizar la misma esterilidad de la nada con las consoladoras promesas de la religión! Su corazón se exhalaba todo en efusiones de vida y de consuelo. La misma víspera de su muerte pasó largas horas de la noche ocupado en este santo ejercicio á la cabecera de un sacerdote agonizante, prodigándole unos cuidados casi maternales.

Unas prendas tan sobresalientes no podían menos que atraerle el respeto y la benevolencia pública, la justa veneración del presbiterio y los más altos homenajes de parte del gobierno de la nación. Su nombre había volado también en alas de la fama por todo el continente americano hasta la culta Europa, y el gran Pío IX, que cultivó su amistad en su misión á Chile, y que tuvo oportunidad de observar de cerca sus estimables cualidades, preguntaba con interés á los que iban de estos lejanos países: «si aun conservaban los chilenos tan precioso tesoro». Sí, ilustre Pontífice: le conservaban, y esperaban que él fuese un día para su patria lo que tú para la Italia y el mundo: su salvación. Le amaban también y acataban sus virtudes y sus talentos, llamándolo siempre y forzando su profunda modestia, á los primeros puestos de la Iglesia y del Estado.

De la dignidad de Tesorero, que desempeñó algunos años, pasó á la de Deán, y poco después fué llamado al Consejo de Estado. Cuando se erigieron los nuevos obispa-

dos de Ancud y La Serena, se creyó que nadie como el señor Eyzaguirre era más á propósito para desempeñar tan alta dignidad. Se le propuso inmediatamente para este último, el que no admitió, tanto por humildad, que sabía vencer cuando la Iglesia necesitaba de sus trabajos, sino, como lo expresó él mismo en su renuncia, porque una penosa enfermedad le impedía hacer las visitas frecuentes, impuestas á los Obispos en el derecho, por los fragosos y dilatados caminos de esta vasta diócesis.

Pero había algo de providencial en esto Dios lo tenía destinado para que, colocado, aunque por poco tiempo, en el pináculo de su Iglesia, resplandeciese como los Atanasios y Basilios por su celo en la defensa de los derechos del sacerdocio; y como los Sales y Borromeos dominase con la miel de su prudencia todos los espíritus. Lo vais á ver brevemente.

Nuestra Iglesia acababa de vestirse de luto por la muerte de uno de sus más amados esposos, el inmortal Vicuña. El cabildo eclesiástico se dió prisa á nombrar á nuestro finado su vicario capitular, y las miradas del clero y de toda la sociedad se dirigían á él, como el único que podía cauterizar las hondas heridas hechas en todos los corazones chilenos por la prematura muerte del Prelado. El Gobierno, sin vacilar en instante, cumplió los votos de la nación, elevando al señor Eyzaguirre al Arzobispado de Santiago. Su humildad se resiste entonces á admitir esta dignidad; fueron precisas las súplicas de sus amigos, los votos del pueblo, las lágrimas del clero, y hasta tocar el resorte poderoso de su conciencia.

¡Iglesia de Chile! recuerda hoy, para enjugar un momento tu llanto, el gran día de tu solemnidad. Ancianos venerandos, cuyas trémulas manos descorrieron el velo fúnebre que cubría la arzobispal sede para sentar en ella á uno de vuestros hermanos más digno de ocuparla. ¡Cuál era vuestro regocjo entonces, cuál es hoy vuestra pena!

¡Quién no hablada de éste acontecimiento feliz, lleno de la más viva emoción! ¡Quién no se daba enhorabuenas de tan plausible nueva! ¡Los semblantes de todos los santiagueños anunciaban la alegría de sus corazones! ¡Mas hoy, ¿dónde está nuestro antiguio pastor? ¿Qué se ha hecho el ángel de nuestros consuelos? ¡Mirad esa tumba silenciosa, fría, helada como la muerte: ella os responderá!........

Revestido nuestro Deán de la más alta dignidad eclesiástica que existe entre nosotros; apoyado en una tradición no interrumpida devirtudes, de méritos y de honores, (cual rara vez contarse puede en un solo individuo) no apeó un ápice de su bondad característica, de su pobreza evangélica, de susmaneras suaves, y aun de esa amablejovialidad, que tanto lerecomendaba. No afectó aquel retiro estudiado, aquella mentida severidad con que espíritus vanos aspiran á granjearse el respeto de los demás; no se valió de aquellos artificiosos disfraces con que la prudencia del siglo pretende fascinar para captarse los obsequios de la multitud. El clero y todo Santiago, que lo vió suceder en tan diversas épocas, podrán decir si su trato fué siempre igual; si su corazón se hinchó jamás con los honores, ó se ensoberbeció con los halagos de una posición brillante. Superior á las lisonjas de mezquinos aduladores que siempre rodean el poder, no descendió á esas arterías insidiosas para sondear los sentimientos de sus súbditos y sorprender sus corazones, porque le bastaba saber que él era el dueño de ellos, y que no habría uno solo tan rebelde que fuese capaz de resistirse á sus moniciones paternales. Huyó también siempre de la delación como principio funesto de desunión y de discordia, porque sólo pretendía inspirar entre sus súbditos sentimientos fraternales.

El Seminario Conciliar atrajo sus primeros cuidados; convencido de que los sacerdotes deben ser los depositarios de las ciencias, los maestros de la más sana moral, para poderla enseñar á los pueblos, no tanto con sus pala-

bras, cuanto por los ejemplos de una vida edificante, emprende á este fin útiles mejoras, aumenta los ramos de la enseñanza. Visitándole frecuentemente y haciéndose familiar con la juventud, arroja en sus tiernos corazones gérmenes de piedad, y produce un poderoso estímulo que les alienta en las fatigas del estudio.

Nuestras parroquias yacían largos años sin el cuidado de pastores propios que con un título más noble que el de mercenario se consagraran á sus servicio. Convoca al primer concurso que viéramos después de veinte años á todos los sacerdotes de la arquidiócesis; con esmero prolijo investiga por sí mismo la idoneidad y costumbres morales de los aspirantes; rechaza con firme y noble entereza los empeños de los poderosos en favor de los menos doctos; y una imparcialidad justa y severa preside á todos sus actos.

¿Os parecerá, señores, que todo esto sería suficiente motivo para hacerle interrumpir aquellos pequeños cuidados que desde los primeros días de su sacerdocio le impusiera su caridad y devoción? Pero nada mejor que eso: la misma asistencia diaria á la Iglesia, al confesonario, al púlpito, á los asilos de caridad; pero ni aun le impedía las atenciones de una urbanidad cortesana. Visitó personalmente y sin distinción de personas á cuantos le habían felicitado por su elevación, abatiéndose hasta la choza del pobre, hasta el taller del artesano; y, á imitación del divino Maestro, no se desdeñaba en comunicar familiarmente con sus súbditos, entrar á la casa del más pobre ó del último de ellos, si es que en la Iglesia pueda haber último ó primero. El señor Eyzaguirre no conocía esa odiosa distinción de personas, que el mundo, siempre en contradicción con el Evangelio, canoniza como legítima; animado de un espíritu de caridad la más perfecta, entre sus súbditos se hacía como uno de ellos mismos.

Su casa no era en nada semejante á los palacios de los

potentados del siglo, en los que murallas humanas hacen impracticable todo acceso á la persona sagrada de sus dueños; donde la tímida doncella, la vergonzosa viuda y el anciano modesto, tienen que exponerse á las escrutadoras miradas de palaciegos engreídos con el poder de sus amos. Sin más aparato que una humilde habitación, donde todo respiraba modestia y compostura cristiana, ¡ah, cuántos de vosotros lo visteis el día de su muerte, que en su dormitorio no había un mal cobertor con que cubrir el pelado pavimento! El grande y el pequeño eran allí recibidos con igual agrado; él mismo introducía, lleno de angelical bondad, á todo el que deseaba hablarle; lo escuchaba benigno, y no había uno solo que saliese desconsolado de su presencia. Por el contrario, todos se hacían lenguas para bendecir en su persona la providencia animada de sus aflicciones y de sus miserias. Cuando no estaba en su mano remediarlas, sus entrañas se enternecían hasta el fondo, neutralizando, como el Apóstol, los ajenos males con su ternura (1), pudiendo decir como él: «¿Quién de vosotros se enferma, que yo no me enfermo? ¿quién de vosotros sufre, que yo no padezca? ¿quién de vosotros se escandaliza, que yo no me abraso?» No se si os habréis fijado conmigo en un prodigio que, á causa de ser tan frecuente, no excitaba la atención pública. Su escasa renta en manos de nuestro finado parece se multiplicaba milagrosamente como los panes del desierto; pues, siempre disminuída y nunca agotada, alcanzaba á sostener una infinidad de pobres que no contaban con otro recurso en su miseria. ¿Quién le visitó alguna vez que no lo viese levantarse cada momento de su asiento, para depositar en las manos del desvalido el recurso que había de arrebatar de los horrores del hambre á una familia indigente?

¡Ah, señores! ¡qué cuadro tan lastimero veo desplegarse

(1) Corintios, XI, 29,

delante de mis ojos! Allí la infeliz viuda bajo un desamparado techo ve suspirar de hambre y desnudez á sus pequeñuelos hijos, mientras ella se lamenta sin consuelo, porque ha perdido y para siempre al único apoyo de su miseria. Aquí las infelices huérfanas levantan al cielo sus inocentes manos por la pérdida de su bienhechor; por otra parte, el ciudadano que bajo una regular exterioridad oculta una pobreza desesperante, se queja á la Providencia, viéndose privado del único confidente de sus vergüenzas y de sus miserias. Por allá las vírgenes consagradas al Señor, deshechas en lágrimas, porque no les es permitido ni aun besar por la última vez aquella mano yerta que con tanta caridad proveía á su sustento. Acá, en fin, á todo el clero sumido en su dolor, sin el maestro, el padre, el amigo, el consuelo de sus pesares.

¡Ah, si me fuera permitido haceros una revelación de los infinitos efectos de caridad, para edificaros al menos con el ejemplo de sus liberalidades! Si, penetrando en el interior de muchas familias de esta capital, cuya exterioridad no da á conocer todo el horror de su pobreza, os demostrara en unas á la inocencia salvada de la prostitución por su compasiva mano; en otras al padre de familia libertado de las cadenas de una prisión por el reparador de sus deudas; vería... Pero á ¿dónde voy? Me parece que arranco un secreto sagrado á esas tinieblas, y que sus heladas cenizas, se resienten contra mí, porque profano aun en la tumba su modestia.

Y no creáis que empleaba solamente las reliquias inútiles de su lujo ó de su mesa para darlas con ostentación, nó: él honraba al Señor de su propia sustancia, escaseando hasta lo más necesario á su vestido y alimento para repartirlo entre los pobres. Su corazón compasivo y humano era todo para todos sin reservar nada su caridad. Hubo vez de dar su propia cama, otras sus ornamentos sagrados y hasta desnudarse de su propio vestido para cu-

brir la ajena desnudez. Y si nó, ¿dónde está su pingüe patrimonio, heredado de sus padres? dónde los emolumentos de su renta? dónde, en fin, el fruto del trabajo de más de cuarenta años? ¡Ah, señores! él sabía que para ser un verdadero discípulo del Salvador, era preciso renunciar todo lo que se posee para darlo á sus hermanos desvalidos; sabía que no le era permitido apropiarse todo el fruto de las rentas eclesiásticas á excepción de aquello indispensablemente necesario, porque pertenece á los huérfanos y á las viudas; sabía, en fin, que era preciso depositar su tesoro en el cielo para que allí estuviese su corazón (1). Pero digamos ya algo de su espíritu. Respiremos un momento.

Os he dicho que el Señor lo hizo a la medida de su espíritu, y el espíritu de Dios, según el profeta Isaías, es un espíritu de sabiduría y de entendimiento, un espíritu de consejo y de fortaleza, un espíritu de ciencia y de piedad (2). Para cumplir lo que había prometido debía hablaros por separado de cada uno de estos caracteres; mas, por no abusar de vuestra bondad, me limitaré solamente á su dulzura y mansedumbre, en que el Eclesiástico hacía consistir, hablando de Moisés, todo su mérito y santidad (3).

La dulzura y mansedumbre de su espíritu le era una cualidad inherente, que, á la vez que daba un precioso esmalte al fondo de su alma, lo ponía en posesión de todos los corazones, pudiendo decir el señor Eyzaguirre como David: que su espíritu benigno y dulce lo había acrecentado (4).

Cuando hablo de su dulzura, no creáis que me refiero á esa virtud común que fácilmente se encuentra en una con-

---

(1) San Lucas, XII, 34.
(2) Isaías, XI, 2.
(3) Eclesiastico, XLV, 4
(4) II Reyes, XXII, 36

ducta regularmente piadosa, pero que nada tiene de grande ni elevado. La dulzura que en el hombre se llama humanidad, es en Dios uno de sus más brillantes atributos; es, por decirlo así, la poesía de la divinidad; pues, cuando vemos que, á pesar de su justicia y de su poder, sufre paciente y misericordioso al impío que le desprecia y blasfema su nombre, y en vez de confundirlo le brinda un corazón todo paternal, derramando sobre su cabeza los mismos favores que dispensa al justo; y hasta parece prodigarle un cuidado superior, es cosa ciertamente digna de admirarse en ese orden adorable de su providencia. Las demás obras de su diestra soberana, á pesar de su grandeza, no son otra cosa que precisas consecuencias de su sér divino; pero el amor, la bondad con la criatura enemiga, he aquí lo más difícil de comprender al hombre. «En su Encarnación», dice San Pablo, «quiso el Salvador mostrar al mundo de un modo magnífico su benignidad» (1), canonizó esta misma virtud como la más excelente de su naturaleza humana cuando la ofreció á los hombres por modelo. «Aprended de Mí que soy manso» (2). La propuso también como el compendio de toda su moral y doctrina evangélica: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra»(3). Caracterizó igualmente con ello su dignidad real, para dar una lección ilustre á los monarcas del universo, muy especialmente á los príncipes de su Iglesia: «Vuestro rey viene á vosotros lleno de mansedumbre»; y, finalmente, el Apóstol la exigía á los fieles como el móvil de todas las operaciones cristianas: «Os ruego por la mansedumbre de Jesucristo» (4). Esto prueba bastante la excelencia y mérito de esa dulzura y lenidad de que os hablo; ella no es una vir-

(1) Hebreos, III, 4.
(2) San Mateo, V, 4.
(3) San Mateo, XI, 29
(4) II Corintios, X, 11.

tud particular, sino más bien un carácter normal de todas las virtudes; un temperamento de la gracia, que, según el dictamen de San Francisco de Sales, «viene á ser constitución del hombre interior, que le pone sujeto en todo á Dios; le tranquiliza consigo mismo, le hace bienhechor respecto de los demás; arregla los designios de la fuerza; modera la severidad de la justicia, inspira valentía á la humildad; corrige los excesos del celo y despoja á la caridad de todo afecto propio para vestirla del carácter de todas las virtudes».

Un hombre, pues, con semejantes disposiciones es, sin duda, afable y benigno, y el señor Eyzaguirre poseía todo entero este fondo de dulzura cristiana. Sin embargo, si no me engaño, aunque éste era el temple y natural de su espíritu, me inclino á creer que en él tenía gran parte la gracia y un triunfo alcanzado á fuerza de los más vivos combates y vencimientos más continuados, lo que en mi concepto da mayor realce á su mérito.

Donde se dejaba conocer mejor ese complejo de cualidades que adornaban su entendimiento, era en los ejercicios espirituales que con tanta frecuencia daba á toda suerte de personas, y en especial al clero. Están en la memoria de todos sus máximas sabias y prudentes. En posesión de un caudal de erudición, de ciencia y de doctrina adquirida en largos años de estudios y meditaciones profundas, con una memoria siempre joven y feliz trasladaba á sus oyentes hasta las primeras edades del mundo; los hacía hablar familiarmente con los patriarcas y profetas, ora colocándolos á las márgenes del Jordán para hacerles oír los melodiosos sonidos de laúd de los unos; ora sobre las ruinas de Babilonia para hacerlos suspirar con los gemidos lúgubres de los otros.

El desenvolvía con una maestría inimitable las páginas de la historia, y llevaba á su oyente como de la mano por todos los siglos. Cada pensamiento suyo iba siempre

apoyado con algún propósito original de las homilías de los Padres ó de los expositores sagrados. Las vidas de los santos le suministraban también mil ejemplos que, citados con oportunidad y gracia, acababan de convencer las voluntades que intentaba ganar. El no declamaba: persuadía, conmovía, hasta las entrañas. A la gracia familiar de sus discursos, á la viva y penetrante imagen de sus ideas, unía un análisis estrictamente lógico, concluyente. Su estilo sencillo, desnudo de esa fraseología bulliciosa, era á veces sombrío y grave cuando hablaba de la muerte, de la eternidad del castigo de los réprobos; pero dulce, festivo y casi armonioso cuando trataba de la caridad critiana, de la esperanza de los justos, del perdón de los pecadores, que eran sus materias favoritas. Su doctrina no desesperaba á nadie jamás; porque su virtud no era de aquellas melancólicas y sombrías, cuya severidad indiscreta de sus máximas pone no pocas veces á las almas en peligro de desesperarse; que casi siempre confunden el pecado con el pecador, y en cuyos discursos más se deja ver el mal humor del genio que el suave espíritu de la religión. Ni tampoco declinaba por el extremo opuesto, pretendiendo suavizar los preceptos de la ley con interpretaciones forjadas al gusto de la natureleza corrompida; sino que, colocada en un justo equilibrio, su doctrina era sabia y prudente, según todas las reglas de la fe y de la clemencia. Esto hacía que, á pesar de darnos los ejercicios casi todos los años, siempre íbamos llenos de placer á beber su doctrina en esa fuente dulce é inagotable. No era un hombre el que hablaba, era un ángel el que derramaba en su auditorio, compuesto las más veces de sabios y de las notabilidades del clero, ávido de escucharlo, torrentes de luz y de armonía cristiana.

No se limitaba aquí esta ciencia de un orden superior; su casa siempre estaba llena de personas de todos rangos que venían á consultarlo en sus dudas; porque Dios le

había dado el don de consejo. Cuantos asuntos arduos y difíciles se ocurrían, él los resolvía al momento con un tino y acierto que asombraba; todo esto, unido á su probidad, lo constituía frecuentemente el juez y el árbitro de muchas fortunas. Cuando más divididas se hallaban las familias por intereses encontrados, cuando más enconados los ánimos, cuando se habían agotado todos los recursos de conciliación, apenas se nombraba al señor Eyzaguirre, al instante todos deferían gustosos en confiarle sus más caros derechos; ya no era un juez el que iba á fallar en la demanda, era un padre el que arreglaba familiarmente los asuntos de sus hijos; era más, era la imagen de la justicia, personificada en este anciano venerable. Después de oír su decisión, todos se despedían contentos; todos volvían al hogar doméstico satisfechos de su equidad, de su sabiduría y de su prudencia, más y fuertemente estrechados con el suave ósculo de la paz y de la unión fraternal. Los esposos, divididos también por el genio enemigo de los celos y de las querellas domésticas, deponían ante su presencia todos sus disgustos y volvían al pacífico estado de la unión conyugal, edificados y conmovidos.

Su sabiduría no tenía los visos de pretensiosa ni arrogante; pues en todas las cosas no buscaba su propio honor sino la gloria de Dios (1). Si se le consultaba sobre alguna materia de moral ó de derecho, respondía con candorosa sencillez: «me parece hallarse este asunto tratado por tal autor», y, tomando el libro en sus manos, se encontraba con precisión hasta la página que acababa de citar. Si se le replicaba, cedía al momento que encontraba la razón, aun cuando fuese en la boca del más ignorante; de modo que nunca se le vió disputar con ese tesón con que el orgullo sabe salir siempre triunfante aun en los mayores errores.

(1) Salmo CXIII, 9.

Los más pretendían depositar en su buena fe la suerte de sus hijos y de sus esposas, y, á pesar que él resistía siempre con firmeza estos cargos, la suma confianza de los que conocían su integridad, arbitraba medios de eludir sus excusas, tocando el resorte tan poderoso de su conciencia.

¿Qué diré de su prudencia para corregir sin exasperar á los que habían cometido alguna grave falta; y de su misericordia para recibir y perdonar al delincuente? Para los primeros, era un Moisés hiriendo la dureza de los peñascos con su milagrosa vara, y haciéndoles brotar de ellos dulces y abundantes aguas; y para los segundos, un Josef estrechando entre sus brazos á los mismos que habían intentado su muerte. ¿No habéis visto, señores, un cuadro de la Escritura en que se nos pinta á Jesús desatendiendo á las acusaciones de los Fariseos contra la mujer adúltera, y vuelto su semblante, revestido de mansedumbre suprema hacia esta pecadora, á quien perdona y le encarga que no vuelva á pecar? (1). Pues allí tenéis el modelo que el señor Eyzaguirre se propuso imitar cumplidamente y la idea más completa de su bondad.

Pero ¡oh Providencia! ¿qué hacéis? ¿Por qué, mientras este santo Prelado devolvía con tanto esmero á tu casa el esplendor de sus antiguos días, no conjuráis la horrible tormenta que se armaba contra él? ¿Por qué, mientras la Iglesia Chilena se prometía un porvenir tan venturoso, no detenéis el brazo que le amenazaba? Porque Dios quería dar, sin duda, á este precioso cuadro la última mano que tanto le realzase, el último toque que tanto le embelleciese; porque para que fuese sublime necesitaba en sus detalles un claro obscuro; necesitaba la consagración de la desgracia; y, finalmente, porque, ya que nos había dado con su ejemplo el modelo de la bondad, nos

(1) San Juan, XIII,15.

diese también el del sufrimiento y de la abnegación cristiana.

Creo que me entendéis, señores: hablo de los motivos que fueron la causa de su renuncia, y sobre los que quiero correr un denso velo para no despertar en nuestros corazones sentimientos menos dignos de este lugar santo. La nación perdió mucho, pero su humildad adquirió nuevos méritos con la renuncia del Arzobispado. De superior descendió á ser súbdito; pero más alegre y ufano se le veía sirviendo oficiosamente al joven Pontífice que le sucediera, que cuando recibía de los demás estos altos honores. Se me representaba á Jesús cuando, cubierto con la toalla y postrado á los pies de sus discípulos, les lavaba los pies, todas las veces que en el altar se ejercitaba en los humildes ejercicios de su ministerio, dando ejemplo, como el Salvador, de sumisión y de humildad.

Alma virtuosa, si en el seno de la gloria has recibido la corona del triunfo, no te olvides de dirigir hacia nosotros tus compasivas miradas y pedir al Señor para que podamos imitarle. Pero ¿por qué os le he de representar gozando de la inmortalidad, antes de verlo pasar por las amarguras de la muerte? Apuremos, señores, este último trago.

¡Oh noche lúgubre! ¡noche por siempre funesta la del 3 de Agosto! ¡Presagio de dolor! el cielo parecía enlutado de un manto fúnebre... Una fatal noticia acababa de extenderse con una violencia eléctrica; un rumor sordo, como las lejanas olas del mar en una tempestad, se hacía sentir en todo Santiago... Los semblantes eran sombríos y pálidos... Una excitación momentánea se comunicaba á todos los ánimos... Los religiosos abandonaban sus moradas silenciosas; las vírgenes consagradas al Señor se postraban en oración; el clero corría despavorido por las calles; nuestras torres dejaban escuchar una triste plegaria, y la ciudad pasaba por uno de esos momentos de crisis que

preludian un terrible acontecimiento. ¿Qué hay...? ¿Qué ha sucedido? se preguntaban los unos á los otros.

¡El padre de los pobres... la antorcha del clero... el maestro de los sabios...la providencia sensible de los desgraciados... el alivio de la doliente humanidad... el señor Eyzaguirre se muere...

Una apoplejía fulminante acaba de sumirlo en una completa postración cerebral, y ha paralizado todos sus sentidos. ¡Cielos! en el momento que con el breviario en sus manos hacías sus últimas oraciones al Señor! La medicina apura los cuidados de su arte; los más hábiles de nuestros médicos hacen los más vivos esfuerzos por sacarle siquiera un instante de su funesto letargo. Los sacerdotes, entre tanto, bañados en tiernas lágrimas, unos ungen sus sentidos moribundos con el óleo santo, otros postrados en tierra le encomiendan el alma, y otros sostienen sus miembros desfallecidos.

Una multitud de personas entran y salen por las habitaciones del enfermo; el patio de la casa estaba lleno de pobres á quienes socorría en sus miserias; todos se interrogaban con las miradas. ¿Que no hay remedio? ¿No queda esperanza? ¡Un consuelo siquiera!... y todos quisieran con el aliento detener esos últimos restos de tan preciosa vida que se exhalaban. Pero ¡Dios mío! todo es en vano; su término estaba decretado y su destierro en este valle de lágrimas no había de pasar de 67 años.

La noche se pasa en amarga ansiedad. Viene el día: ¡día cruel!... y hasta el sol parece arrojar sobre la tierra una pálida luz para hacer más espantosa esta catástrofe. Se prueban los últimos esfuerzos, pero son impotentes. Las agonías comienzan... convulsiones terribles, precursoras de la muerte, se apoderan de él... un último suspiro se ahoga en su pecho; de repente un silencio solemne, tristemente lúgubre como el que reina cerca de los sepulcros, anuncia que.. el ilustre enfermo ya no existe.. ha muerto!...

San Francisco de Sales muere de la misma manera, casi á su edad y con iguales circunstancias. El se había propuesto imitarlo durante su vida; dejo á vuestra piedad la interpretación de tan preciosa conciencia.

¡Iglesia de Chile, una de tus más robustas columnas acaba de desplomarse en ese lecho de agonía! Bien pronto el pavoroso sonido de tus campanas llevará por toda la capital el llanto y la amargura, arrancando hondos gemidos, y sus habitantes, siempre alegres y festivos, se vestirán de luto. En efecto, señores, un duelo general se dejó ver en ese día; todos se transladaban casi irresistiblemente á la casa mortuoria, todos querían ver por última vez al venerable difunto; nadie se daba el pésame, todos lo recibían.

Así acaba el justo su carrera, llorado y bendecido de todos. Puede asegurarse que el señor Eyzaguirre no dejó un solo enemigo; y esto á pesar de los muchos y difíciles cargos que durante sus días había desempeñado. El consumó una vida de trabajos y de privaciones, y esto le mereció que nuestra piedad canonice sus virtudes, y que hoy, llena de gratitud, bendiga su memoria.

Pero ¿por qué no hemos de imitarle? En la doctrina que tantas veces oímos de su boca hallaremos con qué ilustrarnos; en sus ejemplos, lo que debemos hacer y en su conducta, por dónde nivelar la nuestra. El también tuvo en su vida pasiones que vencer, afectos que corregir, deberes que llenar, y con sus esfuerzos y el auxilio de la gracia todo lo alcanzó, arreglando siempre su corazón por el de su Dios. Tuvo también contradicciones que superar, casos difíciles que resolver y ministerios sagrados que llenar; por eso no apartó un solo instante su espíritu del Señor, lo vistió con el de su caridad, obrando en todas las cosas según su corazón y su espíritu: *Juxta cor meum et animam meam faciet.*

¿Con que es verdad, señores, que no volveremos á ver

ni aun por una sola vez ese semblante angelical que tanto nos consolaba? con que este templo, que llenaba con su bondadosa presencia, ya no le verá atravesar por sus sombrías naves? con que, venerables sacerdotes del coro, ya no le veréis presidiendo vuestros actos, ilustrando con su sabiduría vuestros consejos? Pero, señores, ¿qué es lo que hago? Yo, ministro del Dios de la verdad, de la esperanza y del consuelo, ¿me atrevo á blasfemar contra sus adorables promesas? No, señores. aun le volverémos á ver el día de la resurrección en el número de los santos, donde el Cordero habrá enjugado las lágrimas; donde no habrá ya más luto, ni clamor, ni otro dolor, porque todo habrá pasado (1).

Acercaos, venerable Pontífice: continuad las preces del sacrificio que yo os había interrumpido; regad su tumba con el agua lustral; y, si las faltas de la juventud, de que se lamentaban los santos, lo detienen á la entrada de la gloria, ofreced por su rescate la sangre de la divina Víctima.

Venid, noble y desconsolada familia de nuestro finado, y sobre ese sepulcro, en que la piedad de los fieles entreteje guirnaldas y esparce todavía flores mezcladas con lágrimas, escribid vosotros á nombre de la Iglesia y de la patria un epitafio de gratitud y de inmortalidad, para que en todo tiempo el sacerdote que aspire á la santidad de su estado, el ciudadano que desee poseer todas las virtudes cívicas y el cristiano la perfección evangélica, pueda encontrar un digno modelo en ese libro mudo pero elocuente y siempre abierto á la contemplación. Roguemos, entre tanto, nosotros para que su alma y la de todos los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz. Amén.

---

(1) Apocalipsis, XXI, 4.

Señor Presbítero D. Blas Cañas

Nacido en Santiago en 1827, murió en esta misma ciudad en 1886. Ordenado de sacerdote en 1849, se dedicó á las obras de caridad y fundó la Casa de María (congregación religiosa de mujeres para el cuidado de niñas decentes necesitadas) y el Patrocinio de San José (para niños hombres de la misma clase y condición). Fué miembro de la Facultad de Teología y de la Junta de Inspección de Ordenandos y el Supremo Gobierno alcanzó á designarlo como candidato suyo para Obispo de Concepción.

Sermón sobre la limosna

13 de Octubre de 1855

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem. Beatum faciet eum in terra, in die mala liberabit eum Dominus. (Salmo XL, 2).

Dichoso el que da limosna al pobre; el Señor lo hará feliz en la tierra, y lo libertará en el día del conflicto.

¡Qué fuera del mundo, hermanos míos, si no hubiera caridad! La Religión sería entonces un absurdo sofisma, la sociedad un abismo de desgracias, el individuo un objeto de horror, y la Divinidad misma un ser injusto, que destina al indigente á ser víctima de la miseria y del infortunio. Sin esta virtud divina yo no diviso más que un desorden monstruoso en el universo entero; y hasta la existencia de una Providencia que vela sobre todas sus criaturas aparecería á mis ojos como un bello ideal creado sólo por la imaginación y capricho del hombre; y si, mientras que el rico nadando en la opulencia divisa un risueño porvenir, el pobre rodeado de miserias no tuviera más consuelo que sus lágrimas, en el exceso de su amargura tendría derecho á retirar sus ojos del cielo exclamando adolorido: ¡Imfortunado, tú no tienes otro destino que sufrir ó morir! Pero no es ésta, hermanos míos, la suerte del pobre en la tierra. Aquella divina Providencia que no se olvida del ser más insignificante que se arrastra por

nuestros pies, no puede permitir que el pobre sea el blanco único contra quien se dirigen las maldiciones de la prevaricación primitiva. Sí, Dios es justo, y, si permite la desgracia en el universo, es para hacer resaltar más su omnipotencia, su misericordia y su amor. Y, á la verdad, ¿qué más hermoso cuadro de esta paternal Providencia puede presentarse a nuestra vista que el que nos descubre la caridad, practicada de un modo tan sublime en el seno del catolicismo? Aquí miradla sosteniendo en sus brazos los abatidos miembros del infeliz agonizante; allá, estrechando en su seno virginal, al desvalido infante que no divisa la madre que le dió el ser; ya consolando al anciano venerable, cuyas debilitadas manos no pueden encontrar el pan; ya cubriendo con su manto á la perseguida doncella, acosada por el hambre y la seducción; en fin, miradla cómo, transformada en distintas formas y en distintos modos, ella es el único consuelo de la angustia y el dolor. Mientras que el corazón cristiano se sienta conmovido por la caridad, yo no temo asegurar que la indigencia no sería entonces una desgracia, y que el pobre, lejos de maldecir su suerte infortunada, se consideraría feliz por recibir el sustento de las manos mismas de la Divinidad.

Católicos, bien sabéis cuál es el objeto de la presente solemnidad y el motivo que os conduce á este lugar sagrado. La Sociedad de Beneficencia de señoras ha querido cumplir hoy con un grato deber. El sentimiento de la caridad unió sus tiernos corazones y sin más divisa que esta virtud divina, no ha omitido sacrificio alguno por hacer el bien, y cuando apenas cuenta con pocos días de existencia, ya principia á saborear el fruto de sus trabajos. Pero esa sociedad es cristiana, y ha tenido presente que la abnegación propia de la caridad no podía beberse en las fuentes de la humana filantropía, que no conoce otro aliciente que la humanidad misma; por lo que ha querido recurrir á Dios, para dirigirle sus votos, implorar sus auxilios y dar-

de gracias por su divina protección. Para esto ha escogido por patrona y protectora á la Virgen Santísima de Mercedes; y, como su misión era favorecer á los desgraciados, quiso invocar á aquella misma Señora que ahora siete siglos bajó de los cielos á enjugar las lágrimas y romper las cadenas de los miserables cautivos.

¡Qué gratas ideas asoman á mi imaginación! qué poderosos sentimientos conmueven mi espíritu! ¡Cómo quisiera descubrir todo lo que siente mi alma! Todo me parece grande y sublime; pero ahora la caridad me cautiva y arrastra toda mi consideración y no puedo menos que ocuparme en cantar sus glorias y sus triunfos. Yo quiero haceros amable una virtud que, por sí sola, puede contentar vuestro corazón. Yo pienso hacer la apología de la limosna, que tantas gracias nos puede alcanzar. Para esto os haré ver sus ventajas, no valiéndome, ciertamente, del humano raciocinio, que tan fecundo puede encontrarse en una materia simpática por sí misma, sino de la autoridad del mismo Dios que ha querido adornarla de tan excelentes prerrogativas. *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*, dice el Señor por el Profeta; *Beatum faciet illum in terra, in die mala liberabit eum Dominus*. Dichoso el que dá limosna al pobre: el Señor lo hará feliz en la tierra y lo libertará en el día del conflicto. Hé aquí todo el objeto de mi discurso.

A ti recurro, soberana Señora, madre de piedad y misericordia; á ti se dirigen hoy nuestros cultos y los votos de nuestro corazón. Yo debiera sólo ocuparme de ti; mis palabras debieran sólo dirigirse á ti. Pero tú, Madre mía, eres la reina de la caridad, y el título de Mercedes no revela otra idea ni excita otro sentimiento. Yo creo que el mejor obsequio que pudieran ofrecerte tus hijos y devotos es un corazón caritativo y altamente conmovido por la suerte de los menesterosos; ayudadme, pues, soberana Señora: que, si yo logro ahora adquirir algún nuevo triunfo

para la caridad cristiana, te lo dedicaré gustoso, como efecto de tu divina protección. Te saludamos llena de gracia: *¡Ave María!*

No permita Dios que un ministro de una religión toda espiritual y divina, y que no ofrece á sus hijos otro premio, otro porvenir que el cielo, vaya ahora á excitar en vuestros corazones sentimientos indignos de un cristiano. Yo sé muy bien que el Evangelio nada promete para este mundo miserable y que sus hijos no deben, como los hijos de Israel fijar sus ojos en los portentosos productos de la tierra de promisión, ni en la halagüeña esperanza de adquirir una gloria material y terrena. Nó. Tengo la satisfacción de dirigirme á un pueblo cristiano y piadoso, altamente penetrado del espíritu de su religión y que, si divisa alguna felicidad en la tierra, ésta no ha de encadenar su espíritu, sino, al contrario, ella será un nuevo motivo para elevarse con más fervor á la fuente de todo bien y ventura. Siendo esto así, yo no trepido en asegurar, á gloria de la limosna cristiana, que, lejos de minorar nuestros bienes, los aumenta y derrama sobre ellos una celestial bendición; que, lejos de comprometer nuestra suerte en la vida, la asegura de un modo estable y glorioso; y que, lejos de presentar privaciones, proporciona placeres, harto más seductores que todo lo que pueda ofrecer la situación y el porvenir más encantador.

El que da limosna, dice el apóstol San Pablo, gana con usura, porque el mismo Dios se constituye en su deudor: dadla, decía a los fieles de Corinto, con una alegría llena de confianza y acordaos de que aquel Dios Todopoderoso os colmará de toda suerte de gracias para que, atendiendo siempre á vuestra subsistencia, tengáis abundantemente con qué practicar la caridad y las buenas obras. Dadla, añadía, con un corazón magnánimo, que no se arredre por

el falso temor del porvenir, porque aquel mismo Dios que da la semilla al labrador, no sólo os presentará el pan para la vida, sino que, multiplicando los frutos de vuestra justicia, os hará más ricos para que tengáis más y más con que socorrer las miserias de vuestros hermanos. ¡Qué pasaje tan sublime, católicos! ¿Qué no dicen estas palabras a cualquiera que las escucha con atención? y qué confianza no llevan al corazón cristiano que siempre es fiel en cumplir con el precepto de la limosna? Dios mismo se complace en bendecir la mano del hombre caritativo y de volverle en esta vida mucho más de lo que le ha prestado en la persona de sus pobres.

Bien conocido es, en la historia del pueblo de Dios, aquel piadoso Israelita que durante todo el curso de su vida se ocupó en hacer el bien: aquel caritativo Tobías, cuyo nombre no se puede pronunciar sin ternura y entusiasmo. Dueño, al parecer, de una escasa fortuna, su mayor placer era socorrer al pobre y aliviar al necesitado; y, lleno de confianza en la Providencia, al hacer limosna, nada temía por su porvenir. Arrastrado a un penoso destierro, sufrió con indecible paciencia los horrores de la miseria, sin abrigar la más ligera queja contra aquel mismo Dios á cuyo nombre repartía sus bienes con liberalidad. Sus compañeros de desgracia no tenían otro consuelo que su corazón caritativo, y, en medio de su dolor, Tobías mitigaba sus penas partiendo con ellos el pan del infortunio. La crueldad de Salmanasar sembró entre los miserables cautivos el terror y el espanto; su sangre corría á torrentes; el hambre y la desnudez los reducía al último extremo, sin escucharse otra voz que la del llanto y el suplicio. Tobías, hermanos míos, recurría al cielo y oraba con fervor, visitaba celoso las cárceles, asistía al agonizante y se constituía padre de mil familias que de repente se encontraban huérfanas, sin más recurso que la desesperación y la muerte. La impiedad del cruel monarca llegó al

extremo de prohibir, bajo pena capital, dar sepultura a los cadáveres de los cautivos; pero este héroe de la caridad, no temiendo los tormentos ni la muerte, se ocupaba incesantemente en recoger los mutilados restos, los tomaba sobre sus hombros, los conducía á su misma casa y les daba una honrosa sepultura. Pues bien, cualquiera habría pensado, al ver á este hombre extraordinario, perseguido, separado de su patria, víctima del hambre y la necesidad, extenuado por la fatiga y el cansancio, con sus ojos cerrados, sin tener el consuelo de divisar la luz del día; cualquiera habría pensado, digo, que a Tobías no se le esperaba otro premio que el cielo; pero nó: aquel Dios, que es fiel en sus promesas y que sabe recompensar la más ligera obra practicada en su nombre, quiso remunerarlo en la tierra colmándolo de toda suerte de favores. Un ángel baja del cielo, conduce a su hijo a Rages y le proporciona una fiel y casta esposa, lo liberta de mil peligros, cobra á su nombre una suma considerable de dinero y lo vuelve a los brazos de su padre lleno de contento y ventura; toca los ojos del anciano venerable y la cruel enfermedad desaparece; le revela altos y profundos misterios, y, bendiciéndolos á nombre del Eterno, los deja gozando de la mayor paz y felicidad.

Este pasaje, hermanos míos, es más elocuente que todo lo que puede producir el humano raciocinio y prueba á las claras cuál es la conducta de la divina Providencia para con el hombre caritativo.

Recorred la historia de todos los siglos; abrid los anales del mundo entero; poned vuestros ojos en las distintas épocas del universo; examinad todas las generaciones presentes y pasadas, y citad un solo hecho que manifieste que la limosna haya traído consigo la miseria y la escasez. Por todas partes encontraremos víctimas del orgullo, de la ambición y del placer; veremos mil familias obscurecidas por el lujo, aquel funesto azote de las naciones; di-

visaremos marchitos vástagos de troncos ilustres, que nada más conservan que un nombre que les legó la piedad, la virtud y la caridad. Pero, que la limosna haya hecho algún desgraciado, nó, hermanos, nó; por el contrario, á cada paso se presentarán a nuestra vista familias enteras que parece que la misericordia ha escogido para su santuario: todo corresponde a la medida de sus deseos, y sus bienes, multiplicados por Dios, anuncian a la posteridad que el pobre a quien favorecen es su mejor depositario. Encontraremos personajes ilustres, de cuya presencia nadie se retiró desconsolado, y que dejaron esta vida sin haber conocido jamás el hambre y la necesidad. Encontraremos, en fin, documentos preciosos que confirman aquella sentencia que el mismo Dios dejó consignada en su Escritura. «El que da limosna al pobre, nunca sufrirá la necesidad»: *Qui dat inopi, non indigebit.*

Permitidme, hermanos míos, pronunciar un nombre venerando que ahora asoma á mis labios, un héroe de caridad cuya memoria jamás perecerá entre nosotros: un venerable personaje, que practicó esta virtud hasta el extremo de reducirse á la indigencia por aliviar al necesitado. Bien conocéis que me refiero al señor Balmaceda, de cuyas virtudes hemos sido testigos. Dueño de un ingente patrimonio, todo lo cedió á los hospitales, sin reservar más que un reducido y humilde albergue, que los mismos pobres le prestaban, según decía. Su vida fué penitente y llena de privaciones, es cierto, porque todo lo había dejado por Dios; pero mirad cómo concluyó sus días, rodeado de mil consideraciones. El pueblo le da el nombre de santo; su familia, sus amigos, las casas mismas de beneficia le ofrecen á porfía sus servicios, todos quieren aliviar sus dolencias; y el caritativo sacerdote, en medio de su abnegación, fué feliz. Dejó de existir viendo multiplicados sus bienes en manos de los pobres y legando á la posteridad el ejemplo más heroico de caridad.

Ahora bien, hermanos míos, ¿puede presentarse algún pretexto que os arredre ó retraiga de repartir vuestros bienes con los pobres? ¿Qué temor puede haber por vuestra subsistencia, si practicáis una virtud que puede haceros felices en esta vida y en la otra? Me parece que escucho una voz que sale de mi auditorio, un clamor penetrante que quisiera decirme: «Yo soy padre de una numerosa familia; mis hijos, mis parientes, tienen necesidad de mi fortuna, y, si soy pródigo con los pobres, ellos también se verán en la necesidad de mendigar el sustento». ¡Ah! No quiera Dios, hermanos míos, que venga yo ahora á predicar una doctrina exagerada é imprudente; y que, al deciros seáis caritativos, os diga también que faltéis á los sagrados deberes que os impone la naturaleza y la religión misma, y que, al ensalzar la caridad, la haga aparecer ingrata y de fatales consecuencias. Nó. Yo quiero que seáis caritativos, más no indiscretos; y, si un padre de familia, arrastrado por un exceso de entusiasmo, me ofreciera todos sus bienes y heredades y dijera á sus hijos que le piden pan: hijos míos, nada tengo, todo lo he dado á los pobres, yo lo estrecharía á mi corazón, alabaría sus buenos sentimientos, pero al mismo tiempo le ordenaría cumplir con los deberes de padre. Pero decidme: satisfechas las necesidades de vuestros hijos, ¿nada os queda para el menesteroso? ¿Quedaría tranquilo vuestro corazón, si dijerais al pobre que se presenta á vuestras puertas: hermano mío, perdone, tengo muchos hijos y debo dejarles con qué vivir? ¿Os consideraríais por ventura desgraciados cuando el cielo os concede una nueva sucesión, y procuráis acaso apartarla como una enorme desgracia? ¿Cómo, pues, entonces, despedir desconsolado al Salvador mismo que os pide en persona de sus pobres le hagáis participante de aquel mismo pan con que se alimentan vuestros hijos? Nó, hermanos míos, no tengáis temor: existe una Providencia, y, si ésta os da hijos y fortuna,

no es para que les dejéis monumentos de vanidad y orgullo, sino para que les enseñéis á ser caritativos y humanos. No fué ésta la conducta de un padre de familia que setecientos años antes de Jesucristo, dirigió á su hijo estas palabras, antes de expirar: «Hijo mío, partid siempre vuestro pan con el necesitado, y si está desnudo, dadle aun de vuestros mismos vestidos. Jamás apartéis vuestros ojos del pobre, si queréis que Dios os tenga siempre en su presencia: si tenéis mucho, dad mucho, y si poco eso mismo poco repartidlo con un corazón lleno de alegría. En fin, hijo mío, sed caritativo como yo mismo os he dado el ejemplo, y de este modo tendréis un rico tesoro á que recurrir en el día de la necesidad». Y ¡qué!... Pero, hermanos míos, quizás yo me he extendido demasiado en considerar la limosna bajo un aspecto puramente material; vosotros sois cristianos, permitidme un momento más, y veamos cuáles son las gracias que nos puede alcanzar, los beneficios espirituales con que enriquece nuestras almas y los méritos que nos puede conseguir para con Dios.

Esta vida, católicos, no es más que un destierro, cuyos placeres son fugaces sombras que se disipan con rapidez y asombro. Los gustos de la tierra, la felicidad de la vida, el honor, la gloria, las riquezas, no son más que risueños encantos que aprisionan el corazón para abandonarlo más tarde, dejándolo herido y bañado en su propia sangre: y el hombre que ayer se vanagloriaba de ser feliz en el mundo, hoy ha desaparecido, su cuerpo ocupa una tumba silenciosa, y su alma, juzgada por Dios, reside ya en el lugar de su destino. Todo esto quiere decir, hermanos míos, que el cristiano no es de este mundo y durante toda su vida debe ocuparse en practicar la caridad y buenas obras. Pues bien, la limosna cristiana, hecha con un espíritu religioso, es un medio muy oportuno para acercarnos á Dios, haciéndonos adquirir un inmenso caudal de merecimientos á su presencia. Dejad, hermanos míos, toda preocupación, acallad

por un momento vuestras pasiones y, dejando á un lado la voz de la carne y de la sangre, abrid delante de Dios el libro de vuestra conciencia y decidme: ¿cuál es la historia de vuestra vida desde aquel momento en que la razón se desarrolló junto con la malicia y en que la pasión se dejó escuchar por primera vez en lo más profundo de vuestro pecho? y cuáles han sido vuestros pensamientos y afectos, vuestras palabras y acciones, en todos los días de vuestra vida hasta el presente? Si Jesús, bajando de los cielos, apareciese en gloria y majestad y, colocando su trono bajo las bóvedas de este templo, os llamara para ser juzgados, ¿cómo lanzaríais gritos formidables pidiendo un momento más para hacer penitencia y llorar vuestros extravíos? cuántos correríais á abrazaros de la cruz pidiendo misericordia y perdón? Hermanos de mi corazón, yo no exagero; ese día ha de llegar sin remedio, y para entonces no tendremos más consuelo que la caridad y las buenas obras. Pues bien, á vuestra mano tenéis la limosna; ella, al paso que os hace merecer ante Dios, como he dicho, os proporciona un medio poderoso de expiación por las culpas cometidas, como lo aseguró el arcángel San Rafael á Tobías, cuando le dijo al tiempo de marcharse al cielo: «La limosna satisface por los pecados y hace conseguir misericordia y vida eterna». *Eleemosyna purgat peccata, et invenire facit misericordiam et vitam aeternam.* ¿Quién puede recordar, sin una justa emoción, á aquel impío Nabucodonosor, azote del pueblo de Dios, profanador del Santuario, que con sacrílego atentado consagró a Baal los vasos del templo de Israel; aquel cruel monarca que arrojaba á las voraces llamas á los que rehusaban tributarle los homenajes de la Divinidad; aquel rey sanguinario y criminal, cuyo nombre no se puede pronunciar sin horror? A pesar de esto, mirad, cómo á su presencia un profeta del Señor le asegura a nombre del cielo que sus pecados

serán perdonados si con un espíritu penitente da limosna á los pobres. *Peccata tua eleemosynis redime.*

No despediciéis pues, hermanos míos, este arbitrio portentoso de gracias y perdón; haced participante al pobre de vuestras riquezas y, aunque la limosna no tiene la virtud de justificar por sí misma, pero, pasando de las manos del pobre al seno de Dios, ella consigue las más poderosas gracias, que convertirán vuestro corazón y le harán aborrecer el pecado y satisfacer por él á la divina justicia.

¡Cómo quisiera que el tiempo me permitiese presentar á vuestra vista un cuadro completo de todas la gracias y prerrogativas con que el cielo se complace en adornar el alma de un hombre caritativo! ¡Cómo quisiera recopilar todas la promesas de Dios y citar todas las palabras de la Escritura y Santos Padres, todos los testimonios y autoridades que las acreditan del modo más terminante! Pero esto no es posible; así es que, os suplico, como última reflexión, que con un espíritu piadoso os transportéis al último día de los tiempos y presenciéis la escena que ha de tener lugar á los ojos del universo entero. Yo me propongo suspender el curso de mis ideas; mis palabras y mis reflexiones no asomarán á mis labios; quiero que escuchéis la sencilla narración del evangelista San Mateo; sus mismas palabras, tales como están consignadas en su evangelio, y que escuchó de la boca misma de Jesús, hablarán mejor que yo á vuestro corazón.

«Cuando venga el hijo del hombre, dice, con toda sumajestad, hará comparecer delante de El á todas las naciones y separará á los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entonces el Rey dirá á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo, porque yo tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y

me hospedasteis. Alo cual los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer? sediento. y te dimos de beber? cuándo te hallamos peregrino y te hospedamos? Yel Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis».

¡Oh santa caridad! ¡oh virtud divina! el que da limosnaal pobre sela da á Dios. El pobre que la recibe enla tierra, exhala un suspiro de gratitud y Dios la recompensa con un reino inmortal. Pero continuaremos. «Almismo tiempo dirá á los que estarán á la izquierda: Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed y no me disteis de beber, era peregrino y no me recogisteis; á lo que replicarán también los malos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: Siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos mis pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo; y en consecuencia, irán éstos al eterno suplicio y los justos a la vida eterna». Hé aquí las palabras del Evangelio, yo nada tengo que añadir; ellas ponen fin á mi discurso.

Permitidme una ligera reflexión antes de concluír. Al desempeñar el cargo de hacer la apología de la limosna cristiana, yo no me he propuesto combatir la avaricia y la indolencia para con los pobres; inconsecuencia sería que un ministro de Dios fulminase anatemas contra un pueblo en cuyo seno la caridad triunfa y los menesterosos encuentran consuelo; yo veo con placer que no hay mano que no se abra para socorrer una necesidad, y que no hay corazón que permanezca tranquilo escuchando los gemidos de la miseria; yo veo que el huérfano encuentra un asilo en medio de su abandono, que el enfermo debilitado por el dolor se halla en brazos de ángeles que reciben sus agonizontes suspiros; yo veo que multitud de jóvenes

fervorosos se lanzan por toda la población buscando el albergue de la viuda desvalida ó del anciano. que en medio de su escasez hace votos al cielo por que sus años no se prolonguen más; en fin, yo veo que la caridad reside en vuestro corazón, que la amáis y cultiváis como la virtud más preciosa. Pero pobres existen siempre; así es que, os suplico con todas las fuerzas de mi alma, que nunca la abandonéis y procuréis legarla á vuestros hijos como el mejor tesoro. Las generaciones futuras se gloriarán con razón, de haber recibido de vosotros heroicos ejemplos de caridad, y cuando los pobres les pidan pan, lo darán con alegría, pidiéndoles rueguen á Dios por los que les enseñaron a ser caritativos y humanos.

Dad pues limosna á los pobres, que yo os aseguro que no os quedaréis sin recompensa; una limosna que no os causa el menor perjuicio, y que hace á tantos felices en la tierra, una limosna que no os puede hacer la menor falta y que hace latir á tantos corazones de gozo y alegría; una limosna que no os causa la menor pena y que arranca del pecho del necesitado un suspiro de agradecimiento, un clamor penetrante, un *¡Dios se lo pague!* que llega al cielo; una limosna, en fin, que enjuga las lágrimas de tantos desgraciados: la madre que había retirado de su seno á una multitud de niños, porque no tenía cómo alimentarlos, los llama, llena de gozo, para prodigarles maternales caricias; el padre se encuentra de nuevo en el centro de una familia que se había visto obligado á abandonar, porque no tenía con qué acallar sus clamorosos quejidos; y la destituída doncella entona un cántico de victoria, porque puede triunfar ya de los amagos de la seducción. Dad pues limosna; pero dadla con un espíritu religioso y cristiano; dadla con humildad y con reserva, y que Dios no mire en vuestro corazón otro deseo que agradarlo y servirlo y aliviar á vuestros hermanos: de otro modo ¡cómo no decirlo! todo quedará perdido.

Y vosotras, señoras, que os habéis asociado para practicar la caridad y prestar servicios a los pobres, no desmayéis por un momento en vuestros buenos propósitos; vuestra misión es grande y altamente agradable a Dios, porque sólo por El se pueden hacer los sacrificios que demandan vuestras tareas. Yo sé que abrigáis un pensamento altamente caritativo. Existe en nuestra sociedad una llaga profunda, una herida ensangrentada, á la cual no se ha aplicado hasta ahora el bálsamo saludable que impedir pudiera sus mortales resultados: hay entre nosotros una multitud de tiernas niñas sin recursos, sin principios y sin dirección alguna: unas circulan por toda la población pidiendo con grito lastimero el pan con que deben alimentarse; otras permanecen llorosas y solitarias, mientras que una madre desvalida va á buscar el sustento. ¡Pobres criaturas! El candor brilla en sus frentes, el aire de la inocencia realza su juvenil hermosura; tienen hambre; á sus pies divisan el oro seductor; la alternativa es sucumbir ó sufrir.

Vosotras, pues, promoviendo la fundación de las Hermanas del Buen Pastor, vais á darles educación y porvenir.

Más tarde podrán ser buenas madres, podrán abrazar una profesión honrosa, ó ser virtuosas ó fieles domésticas. En vuestra empresa encontraréis mil tropiezos y contradicciones; pero aquel Dios á quien hoy habéis invocado, os proporcionará todos los medios que os pueden conducir al colmo de vuestros deseos. Recurrid á vuestra patrona, la Virgen de Mercedes, y este solo título os dará aquella misma fuerza que tuvieron los hijos del inmortal Nolasco para dejar en el seno de la Iglesia un monumento heroico de abnegación y caridad. En fin, tened fe y confianza en el cielo, implorad sus auxilios con frecuencia, que os aseguro que vuestras fatigas serán altamente recompensadas, en esta vida gozando tranquilas las dulzuras de

la misericordia, mientras llega aquel día en que podáis entonar por una eternidad los cánticos de la caridad consumada.

Así sea.



Sr. Pbdo. don José Ramón Saavedra

En 1822 nació en Guacarhue y en 1907 murió en Cáhuil. Profesor del Seminario de Santiago, lo fué también del de Concepción y su Rector al restablecerse en 1855. Volvió á la enseñanza al de Santiago; publicó textos y otras obras originales, á más de traducciones. Fué miembro de la Junta de Inspección de Ordenandos, Adjunto de la administración del Seminario, examinador prosinodal, capellán de ejército, canónigo de esta Catedral y Vicario General interino del Arzobispado.

Sermón de San Francisco de Asís

Plenitudo ergo legis est dilectio. (Romanos, XIII, 10).

La caridad es la perfección de la ley de Dios.

Hay una diferencia muy notable, hermanos míos, entre los héroes del mundo y los héroes del cristianismo.

Colocados los héroes del mundo en una brillante posición social, poco han tenido que esforzarse para llegar á la cumbre de los honores y del poder. Ciro, Sesostris, Alejandro, Aníbal, César, Napoleón, ó eran reyes ó generales cuando su genio los elevó á mayor altura. La educación, las riquezas, la autoridad suprema y los ejércitos contribuyeron poderosamente á que la fama les abriese las puertas de su templo.

No ha sucedido lo mismo con los héroes cristianos. La mano de Dios los ha sacado generalmente de las medianías, ó casi siempre del último rango en la esfera social; y, lejos de contar con recursos humanos para el logro de sus empresas, han visto alzarse obstáculos á todas horas y en todas partes. Un viejo pescador de Galilea entra un día á Roma con una cruz por bastón. Ese anciano viene á confundir á los filósofos y á los sacerdotes de la metrópoli del mundo, á doblegar la prepotencia y altanería de los Césares, y á hacer que los hombres, embriagados con sus placeres, rompan los ídolos de su corazón; y los sacerdotes

y los sabios enmudecen, los emperadores caen de rodillas ante aquella cruz, y los pueblos sustituyen una religión de privaciones y de sacrificios á la antigua religión de goces y de deleites.

Por otra parte, los héroes del mundo fascinan por su grandeza, pero no cautivan por su belleza. Sus altas hazañas hablan al entendimiento, y lo sorprenden; pero no tienen ni una sola palabra que aromatice y entusiasme al corazón.

No así los héroes cristianos: sus hechos son elocuentísimo lenguaje para la inteligencia y para la voluntad.

La causa de esta diferencia está, hermanos míos, en que los héroes del mundo ostentan una grandeza puramente humana, mientras que en los héroes cristianos resplandece una grandeza sobrenatural y divina. Esos famosos conquistadores de naciones se habrán hecho temer y admirar, pero no han podido hacerse amar. Para conquistarse el amor de las generaciones venideras era necesario principiar por vencerse á sí mismos, que es la mayor de las victorias; y en seguida, y como consecuencia de ese primer triunfo, se necesitaba derramar beneficios á manos llenas sobre esta desgraciada humanidad. Lejos de esto, la muerte, la desolación y el llanto forman el pedestal de la estatua de esos grandes dominadores que el mundo admira.

Al contrario, los héroes del cristianismo, tomando por modelo al Salvador Divino, que *pasó su vida haciendo bien*, según la bella expresión del Evangelio, han procurado enjugar las lágrimas del desconsolado y apagar los tormentos del que sufre. *Haciéndose todo para todos para salvar a todos*, como San Pablo, han buscado en su ardiente caridad un lenitivo para todos los dolores y un bálsamo para todas las heridas.

En una palabra, los héroes del mundo han brillado con la luz del rayo que quema, y los héroes cristianos con la del sol que vivifica, ó de la luna que solaza.

Entre esos héroes cristianos, á cuya caridad debe tanto la triste descendencia de Adán, se destaca la radiante figura del grande San Francisco de Asís, á quien la Iglesia celebra este día. Y, ya que, muy inesperadamente, tengo que trazar hoy el panegírico de tan ilustre santo, bien pudiera poner ante vuestra vista el hermoso cuadro de su humildad ó de su pobreza, virtudes, ambas, que practicó con admirable perfección. Mas, en conformidad á las palabras de mi texto, quiero llamar vuestra atención á ese inmenso amor divino que ardía en el pecho del patriarca de Asís y que le mereció el título de *seráfico.* Esa encendida caridad era el origen de todas sus demás virtudes, pues ella es la perfección ó plenitud de la ley: *plenitudo ergo legis est dilectio.* Si fué tan humilde, era porque amaba mucho; si fué tan pobre, era porque amaba mucho; si practicó tantas virtudes en grado tan eminente, era porque su caridad propendía á ensancharlos límites del espacio. Intento, pues, probar que la extraordinaria caridad del patriarca San Francisco funda su más esclarecido elogio.

Para obtenerlo, ayudadme á implorar las luces del cielo por intercesión de la Virgen María, á quien saludamos con el arcángel: *¡Ave María!*

Para probar que el timbre más brillante de San Francisco fué su ardiente caridad, podría valerme del hecho de haber fundado órdenes religiosas, en las cuales hombres y mujeres son llamados a dar gloria á Dios y á servir al prójimo. Plantear esos albergues llamados monasterios, donde las almas se acogen como á puerto seguro para no naufragar en el proceloso mar del mundo, es seguramente una prueba de grande amor á Dios. Ilustres filósofos, subyugados por el amor divino, y huyendo del mundo, que no les ofrecía más que crímenes, se han asilado en esos claustros para entregarse á la contemplación de la belle-

za y á la práctica de la virtud. Describir la vida laboriosa de tales cenobitas, hacer ver los misioneros que de esos conventos han salido para civilizar al mundo, y, sobre todo, enumerar los muchos santos y santas que han florecido en la orden seráfica, sería realzar el esplendor de la caridad de San Francisco. Pero esto demandaría más tiempo del que puedo disponer, y quiero concentrarme á recordar tres circunstancias de la vida de nuestro santo que nos transportan su grande amor á Dios: su viaje á Siria con el deseo de padecer martirio por Jesucristo, su estigmatización ó la impresión de las llagas del Salvador y sus cánticos amorosos.

Por lo que hace á su viaje á Siria, él nos ofrece un espécimen de su encendido amor á Dios. Ya había enviado misioneros á Marruecos, y cinco de ellos habían obtenido la palma del martirio. Esto lo enciende más y más en el deseo que tiene de ser mártir por Jesucristo. Sabe muy bien que este divino Salvador nuestro dijo que *nadie tenía mayor caridad que el que daba su vida por sus amigos*, y él quiere atestiguar su amor con esa prueba. Juan, el hijo del opulento mercader Pedro Bernardone, el joven elegante de los primeros salones de Asís, viaja un día por Francia por mero pasatiempo, ó para perfeccionarse en el conocimiento del idioma francés que desde chico aprendió con tal soltura que le mereció el renombre de Francesco ó Francisco. Y ahora, que tiene en perspectiva el poder morir por su amado Jesús, ¿trepidará en desafiar las olas del Mediterráneo?

De ningún modo. Se hace á la vela para Siria, y los vientos conducen el bajel á las costas de Dalmacia. Vuelve á Italia y emprende su viaje á Marruecos; mas, Dios lo detiene con una enfermedad en España y tiene que regresar otra vez á su patria. Se embarca nuevamente para Palestina y llega con felicidad á San Juan de Acre. Pero las circunstancias eran en extremo azarosas para el

feliz éxito de su empresa. Los cristianos de la sexta cruzada se hallaban en abierta guerra con los mahometanos. Sangrientas batallas acaban de librarse; ambos ejércitos están prontos á venir nuevamente á las manos; los ánimos se hallan enconados al extremo, y el sultán de Damasco ha puesto á precio la cabeza de los cristianos ¿Qué importa esto para Francisco?

Desdeña los peligros y se hace conducir á la tienda del sultán.—«¿Qué rey te envía á mi presencia?» le preguntó éste.—«Ningún rey de la tierra», le contestó Francisco: «es el rey del cielo el que me envía para que abandones la falsa religión de Mahoma y abraces la de Jesucristo».

Sorprendió al sultán una respuesta tan altanera en boca de un hombre cuyo pobre vestido y cuyo semblante demacrado y humilde revelaban que no era un poderoso de la tierra.

—«Si dudas, añadió el santo, en preferir la religión de Cristo á la de tu falso profeta, haz encender una hoguera, y arrójanos al fuego á mí y á algunos sacerdotes de tu secta, y la religión de aquél que quedare ileso, ésa es la verdadera que deberás abrazar».

Estaba presente un sacerdote mahometano, y se retiró disimuladamente de allí para no someterse á la dura prueba.

—«No creo, le contestó el sultán, que algún sacerdote de Mahoma consienta en ser echado á las llamas».

—«Pues entonces, hazme echar á mí solo, replicó el santo, y si quedo sano, te convertirás á Jesús con todo tu pueblo».

Tampoco aceptó el sultán, pero quedó conmovido, y al retirarse Francisco, le hizo dar regalos, que el santo rehusó, y una escolta que lo condujese al campo cristiano.

¿Para qué hacer comentarios sobre ese episodio que revela tan encendido amor á Jesucristo?

La segunda circunstancia de la vida de San Francisco que nos suministra una prueba de su acendrada caridad, es su estigmatización, ó la impresión de las llagas del Salvador.

Es éste un fenómeno que muy pocas veces se ha dejado ver en el cristianismo en toda la serie de los siglos. San Pablo parece haber sido el primero á quien Jesucristo dió esa prueba de amor, imprimiéndole sus llagas en manos, pies y costado, según El las recibió por nosotros en la cruz: *Ego enim*, dice el apóstol, *stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*: «Yo llevo en mi cuerpo las llagas de mi señor Jesús». Pues, ese favor que Jesucristo ha otorgado á tan pocos santos, lo concedió al ínclito patriarca de Asís.

Ya se comprende que tan insigne beneficio debió ser efecto del amor de Francisco á su Salvador. Tal sería la vehemencia de sus afectos, tan intensos sus impulsos por transformarse en Jesucristo, que obtuvo de este divino Redentor el que le estampase sus amorosas llagas: la íntima unión de su alma con Jesús se reflejó en su cuerpo. Desde entonces su ardiente caridad lo haría exclamar muchas veces con San Pablo: «Vivo yo, mas no soy yo quien vivo sino que Cristo es el que vive en mí».

No ignoro, hermanos míos, que la incredulidad ha negado la impresión de las llagas de Jesús en el cuerpo de los santos. Ella ha dicho que eso es una baja supercheria y que tales llagas han sido abiertas con el propósito de seducir á los ignorantes.

¡Ah! hermanos míos! ¡cómo tratan de alucinarse los malos para continuar tranquilos en su maldad!

Las mismas ciencias físicas están demostrando la falsedad de semejante hipótesis. Las llagas que se abren con instrumento cortante no permanecen en un mismo estado: propenden siempre á cerrarse ó á extenderse, y aparecen rodeadas de cierta corrosión. Mas, las llagas abiertas de modo sobrenatural y milagroso permanecen constante-

mente lo mismo: no hay en ellas tendencia á la corrupción ni tampoco á cicatrizarse. La ley natural de la carne está paralizada; la sangre no se altera, el tejido celular no se descompone.

Además, esa estigmatización de los santos se presenta con otros signos que revelan su carácter sobrenatural. Casi siempre viene acompañada de agudos dolores periódicos los días viernes al acercarse las tres de la tarde y acontece que á esa hora sale sangre de las llagas, como sucedía también á San Francisco.

Respecto de este santo, el suceso de su estigmatización esta comprobado por muchos y fidedignos testigos contemporáneos, además de los cronistas de la orden. El monje inglés Mateo Páris dice que él vió esas llagas catorce días antes de la muerte del santo. Lucas de Tuy, obispo español, también coetáneo de San Francisco, asegura haberlo oído de muchos eclesiásticos y legos. El Papa Gregorio IX hace mención de esas llagas en una bula, y el pontífice Alejandro IV declaró en un sermón haber visto él por sus propios ojos las llagas del patriarca de los franciscanos.

Vengamos ya á la tercera y última circunstancia que nos patentiza el grande amor divino de San Francisco: sus cánticos amorosos.

El amor del hombre á Dios, hermanos míos, en su dilatación, tiene que rebosar del pecho, como los volcanes en su erupción: es demasiado estrecho el corazón humano para contenerlo. Las predicaciones de Francisco eran pequeñas válvulas para descargar tanta condensación de fuego celestial, aunque en ellas se deleitaba en saborear el nombre de Jesús cuando venía á sus labios.

¿Qué hace, pues, para que las llamas que se escapan de su pecho enciendan al mundo en el amor de Dios y tornen más abrasadoras á su corazón?

¡Ah, hermanos míos! El alma de Francisco era profundamente sentimental, alma de poeta. Formó del universo una espaciosa cítara, en la cual todas las creaturas eran sonoras cuerdas, y su amor, la diestra mano que las pulsaba. ¡Con cuánta dulzura llamaba hermanas suyas á la tierra, las piedras, las plantas, las golondrinas y todas las aves, y cómo las invitaba á que amasen á su Dios Creador! Todo lo que veía, los árboles, el fuego, el sol, todo le arrancaba del pecho centellas de amor divino que sus labios traducían en armoniosos versos. ¡Cuánto amor, y qué poesía tan arrobadora se hallan en su celebrado cántico al sol!

¡Ah, hermanos míos! nosotros vemos los mismos objetos que él veía; pero no nos inspiran versos de amor á Dios, ni siquiera talvez un elevado pensamiento. Es que nuestras almas, entumecidas con el amor del mundo, no pueden desplegar sus alas y remontarse al cielo. Han sido creadas para la gloria, y las dejamos enredarse en las bagatelas de esta vida, como se aprisionan las moscas en las telarañas.

¡Oh Dios mío! ¡quién me diera el amor y la poesía de Francisco de Asís para entonar himnos á la grandeza! ¡Quién pudiera tocar con tanta maestría las cuerdas del universo, que arrancase de todas ellas armónicos conciertos para elevarlos hasta tu trono en el empíreo! Mas, ya que es tanta mi pobreza, dejadme que tome prestadas al poeta de Asís algunas estrofas de su cántico al sol.

Omnipotente, sabio y buen Señor,
Solo á Ti se dé gloria y honor,
Toda bendición.
En la tierra no se halla ningún hombre
Digno de proferir tu santo nombre,
Por su perfección.
Alábente, Señor, las creaturas,

Y el hermano sol en las alturas
Te alabe con ellas:
Sumida en sombras la tierra estaría,
Si raudales no enviara en el día
De sus luces bellas.
Alábete la luna, Señor mío,
Que embellece las noches del estío,
Y las del invierno.
Las estrellas también himnos de amor
Entonen placenteras al Señor
Y al Dios eterno.
La perfumada brisa, el viento frío
Que en la noche con perlas de rocío
Recama las flores,
Al Dios alaben que el huracán desata,
Y el rayo que en letras de oro y plata
Escribe sus loores.

Hermana María Isabel Bona (1), ¿oyes esos versos impregnados de amor divino? ¿Percibes esas encantadoras melodías? Ese cántico fué compuesto por aquel que hoy te llama á que vengas á encerrarte en un monasterio de su orden para que aprendas á tocar como él tocó, y cantar como el cantó. Allí, en la soledad y en el silencio es donde se retemplan las almas para elevarse al cielo. También él se ocultó por muchos años en estrechísimo aposento, y allí adquirió su amor tanta perfección. Deja, deja pronto esos vestidos, esos adornos que el mundo necio aprecia tanto, y viste la túnica de tosco sayal que te ofrece San Francisco. Hubo un día en que un joven rico cambió sus vestidos por estrecho y pobre saco, y se lo ciñó con un cordón. Siguiendo su ejemplo y sus consejos, una señorita se despojó de sus joyas y atavíos, se ciñó la basta túni-

(1) La postulante que vestía en ese día el hábito de novicia.

ca, y fué á ocultar su hermosura y sus gracias en un convento; y ahora el cristiano los llama San Francisco y Santa Clara. Ellos van á ser desde hoy vuestros padres y vuestros modelos. También dos heroínas de tu nombre, Santa Isabel, princesa de Turingia, y la beata Bona, vistieron ese humilde hábito franciscano. Imítalas y serás feliz.

¿Qué digo, serás feliz? Ya lo eres desde el momento mismo en que diste oído á la voz de Dios y tomaste la generosa resolución de entregarte toda á Jesucristo. Has comprendido perfectamente lo poco que valen las alegrías y las riquezas de la tierra, y vienes á buscar aquí cómo conseguir las alegrías y los tesoros del cielo.

Pues, anda, hermana en Jesucristo, vuela á donde Dios te llama. Mientras otras se afanan por engalanar su cuerpo con seda y diamantes, tú te contentarás con apenas envolverlo en áspero sayal; mientras otras se esmeran en ensortijar y acomodar su cabello, tú vas á separarlo de tu cabeza y ofrecerlo a Aquel que por tu amor lo amasó con sangre y lo apretó con una corona de espinas; mientras otras ríen, tú llorarás; mientras otras bailan, tú orarás; y mientras otras se burlan de ti y de las que se consagran á Dios, tú pedirás á este Dios que conceda gracias y perdón á los que así se burlaren.

En fin, eleva al cielo tus ojos. ¿Ves aquellas vírgenes que hacen la corte á la reina de los ángeles? Son Clara, Coleta, Jacinta, Rosa de Viterbo, Verónica, Catalina de Bolonia. También ellas hicieron lo que tú vas á hacer y vivieron y murieron en los claustros franciscanos. Mira cómo te convidan á que las imites. Hazlo, y llegará un día en que, desde estos claustros, pases á entonar con ellas el himno de la eternidad. «Gloria, honor y fortaleza sean dados al que vive en los siglos de los siglos. Amén».



Sr. Presbítero D. Vicente S. Chaparro

Nacido en Concepción en 1825, hizo profesión religiosa y se ordenó en la Recoleta Dominica. Secularizó y fué profesor del Seminario de Santiago; después se incardinó en la diócesis de Concepción, en cuyo Seminario enseñó por más de veinte años. A la muerte del Illmo. señor Blaitt (1887), fué nombrado Vicario Capitular de aquella diócesis, cargo que desempeñó hasta la llegada del Illmo. señoı Labarca en 1890, que fué también el año de su muerte.

ELOGIO FÚNEBRE

Del señor don José Alejo Eyzaguirre. 26 de Septiembre de 1850 en la iglesia de Santo Domingo

Defecit gaudium cordis nostri.. cecidit corona capitis nostri; ideo contenebrati sunt oculi nostri.

Faltó la alegría de nuestro corazón, cayó la corona de nuestra frente; por eso nuestros ojos se han oscurecido con el llanto. (*Trenos*, V, 15, 16, 17).

El señor Deán, doctor don José Alejo Eyzaguirre, ha muerto. Al pronunciar, señores, estas palabras me cabe siquiera la mezquina satisfacción de no ser el primer heraldo de tan funesta calamidad nacional: hace ya cerca de dos meses que se repiten, y, al escucharlas, todos los corazones se han cubierto de luto, y muchas lágrimas amargas se han derramado. Sí, señores deudos del ilustre finado, vosotros podéis tener el consuelo de no haber sido los únicos que hayáis alzado la mano para enjugar el llanto más justo que jamás haya arrancado la muerte; se ha visto derramarlo en abundancia á personas á quienes la sangre del señor Deán era completamente extraña. Pero ¿qué hay en esto de raro, señores, si nuestro ilustre difunto era el amigo de todos? El áspero ruido que forma la tierra al caer sobre las tablas de un ataúd, produce

siempre en el corazón un sentimiento profundo, una severa melancolía, un no sé qué de tétrico y sombrío que se traduce por esta expresión: *¡hé aquí lo que somos, así pasa la vida!* Pero, cuando esa tierra nos ha ocultado restos queridos, cuando ha venido á separarnos de un buen amigo, de un bienhechor, entonces el dolor viene á unirse á esos sentimientos de una seriedad anormal y su expresión más legítima son las lágrimas. Y ¿en dónde está, señores, el hombre que no crea haber perdido un amigo en el señor doctor don Alejo Eyzaguirre? ¿En dónde está el corazón en que haya derramado una gota de amargura? ¿Quién es el que ha ido á pedirle un consuelo sin recibirlo? ¡Ah! si no viviésemos en una época en que se disimula todo, hasta el dolor, yo no dudo de que nuestras calles resonarían aún con los gemidos arrancados por la muerte del amigo universal. Sin embargo, ¡cuántas lágrimas secretas se habrán derramado! ¡Cuántos sollozos se habrán ahogado en el corazón! ¡Cuántos ayes doloridos habrán expirado en los labios! Y ¿no será bastante para consolar á la sombra veneranda de nuestro difunto amigo (si alguna ambición de gloria puede caber más allá de la tumba, al que tan heroicamente supo despreciarla en esta vida) esa manifestación espontánea de todo un pueblo que se agolpara tristemente en derredor de su féretro, fijando miradas llenas de melancolía y de profundo respeto en su rostro hermoseado con la solemne belleza de la muerte?

Y ¿qué es lo que dice ese pueblo tan hondamente afectado? Nada, señores; pero hé aquí la elocuente palabra de su silencio: ¿Qué se ha hecho el sacerdote santo, el fervoroso predicador, el confesor dulce é infatigable, el celoso párroco, el venerable anciano que desde tanto tiempo presidía en el coro de nuestra Iglesia Metropolitana, siendo indefectible en los divinos oficios, sin que le arredrasen el frío ni el calor, la vejez ni la enfermedad; el laborioso Arzobispo electo; el humilde renunciador de dos

mitras; el consultor supremo en las cuestiones más arduas de conciencia y de derecho eclesiástico; la gloria, en fin, de la Iglesia Chilena, en dónde está? ¿Qué se ha hecho el digno doctor de la Universidad de Chile; el patriota ferviente pero pacífico; el representante del pueblo en tres legislaturas; el concienzudo senador; el ilustre Consejero de Estado; el lustre, en fin, de la vida política de Chile, en dónde está? ¿Qué se ha hecho el hombre inmaculado; el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos; el amigo de todos: el que vivía tan pobremente, con una modestia ejemplar, una humildad tan profunda; el que llevaba una vida tan estricta y tan metódica, el que tenía una conciencia tan delicada, una piedad tan ferviente, una bondad y una dulzura tan sin afectación, el modelo, en fin, de todas las virtudes, en dónde está? ¡Ah, señores! lo sabéis; ya no existe. El huracán de la muerte ha tronchado este árbol precioso en todo su vigor y lozanía, y lo ha arrebatado prematuramente a la Iglesia y á la Patria, á la ciencia y á la virtud. Sí, ha desaparecido prematuramente, porque aun podía hacer mucho bien; y porque sesenta y siete años de una vida pura como nuestro cielo de primavera son la edad en que, como dice el más célebre orador contemporáneo (1), la ancianidad no es todavía más que una belleza.

Es verdad que él había vivido bastante para sí, estaba ya maduro para Dios; pero nosotros no estábamos dispuestos á perderle, teníamos todavía que esperar de él, y, sobre todo, no había llegado á aquella estación de la vida en que la resignación está ya preparada aguardando por instantes que una existencia querida se caiga por su propio peso. Así, pues, nuestro llanto en la muerte del señor Eyzaguirre no es ciertamente por él, sino por nosotros mismos, es el llanto de nuestro egoísmo.

---

(1) Lacordaire, Vie de Sainte Dominique.

Pero, si me pedís una respuesta categórica sobre la suerte actual de nuestro ilustre finado, os contestaré que, según mis convicciones profundas, el alma del señor Deán está en el cielo.

Lejos de mí, al expresarme de este modo, el pretender arrogarme una autoridad que la Iglesia sabiamente se ha reservado, atreviéndome á proclamar como santo al venerable personaje á quien lloramos; os propongo sólo una opinión humana, que podéis valorizar como os parezca. Así, pues, no vengo á balancear un incensario ante la sombra veneranda del señor Eyzaguirre, sino á deshojar algunas pálidas adormideras sobre sus frías cenizas.

Bien poco es, por otra parte, lo que podéis esperar de mí á causa de mi insuficiencia; á más de que hay una circunstancia que me es altamente desfavorable: el señor Eyzaguirre pertenecía á aquel linaje de hombres grandes que ponían particular esmero en ocultar sus virtudes bajo la capa de una aparente mediocridad, temiendo que el soplo de la vanidad venga á despojarlas, si las exponen al aire libre de la pública expectación. Nuestro ilustre finado no era el ardiente sol del estío, que hiere la vista y abrasa los campos con sus rayos penetrantes á la par que deslumbradores; era el tibio sol de primavera que, velado con la gasa de delgadas nubes, se contenta con derramar en la tierra una dulce claridad que la fecunde sin agotarla. Así es que, aunque sabemos mucho de sus virtudes sublimes y eminentes cualidades, un sentimiento íntimo nos hace adivinar que era mucho más lo que ocultaba. Esta circunstancia, lo comprendéis, es tan honrosa para nuestro difunto amigo, como desventajosa para el que trata de obsequiarle una corona fúnebre. Sin embargo, señores, me esforzaré por trazaros a la ligera el doble cuadro de la vida pública y de la vida privada de nuestro héroe.

¡Sombra querida y venerada! si, como lo esperamos, ocupáis un asiento en la patria de la luz, desprended de

ella un rayo y dejadlo caer sobre mí para que venga á dar vida y calor á mi pobre palabra á fin de que pueda hablar dignamente de los ejemplos admirables que nos legasteis, y abrir el precioso libro de vuestra vida para que los que me escuchan se estimulen á marchar por la senda luminosa que seguisteis durante la peligrosa navegación de este mundo borrascoso.

Entre las preciosas creaciones del cristianismo calculadas para elaborar eternamente la ventura de la humanidad, el sacerdocio católico es una de las principales y de las más fecundas en bienes inestimables. El ministerio del sacerdocio católico es augusto, misterioso, solemne, como los suspiros del arpa de la creación en el interior del desierto, como la voz de los que no existen, como el último momento del que deja la vida. Un hombre de cabellos blancos, como la frente de nuestros Andes, de semblante pálido y dulce, con algunas arrugas de una precocidad inequívoca, zanjadas no por los años ni por las pasiones, sino por el trabajo; de mirar modesto y amable; de sonrisa oportuna y apacible; de paso grave y mesurado; de palabras bañadas en prudencia, dulzura y consolación; de maneras contenidas y regulares; un hombre de corazón ardiente, de una actividad sin límites, que ora mucho, que habla mucho, pero siempre de un mundo mejor, de una vida que no se extingue, de un ser que es todo amor, todo misericordia; que lleva una vida pura como el cielo de donde deriva su misión. Un hombre que no tiene patria, no tiene familia; y que, sin embargo, sería difícil encontrar un patriota más ferviente, un padre más tierno ni más solícito; pues su patria es el mundo, sus hijos son todos los hombre, porque, condecorado con esa paternidad augusta que viene del espíritu y de la unción solemne del cristianismo, abraza á todos los hombres en ese amor so-

berano y sin límites que se llama la caridad, y que se extiende hasta la abnegación, hasta el sacrificio completo de todo el ser humano: he aquí el tipo del sacerdote católico. Su misión es hacer el bien, especialmente ese bien interior del alma que asimila al hombre con el ángel, y que hace de esta vida el punto de apoyo desde donde el hombre pasa á la feliz inmortalidad con solo dar el pequeño salto de la tumba. El sacerdote católico no vive para sí, es todo de la humanidad. Desde el primer aliento del hombre, hasta el momento en que se apaga con la última llamarada de la vida, el ministro de la religión no le abandona un instante. Apenas nacido, le toma entre sus brazos, le baña en la onda regeneradora, le lava del viejo Adán, y, vestido con la gala nupcial, le introduce en el salón de las bodas eternas, la Iglesia Católica. Más tarde, el óleo sagrado viene á humedecer la frente del infante regenerado y á robustecer la naciente planta con el sacramento de la confirmación, administrado por el pontificado católico, complemento augusto del sacerdocio.

Mas, la edad de las pasiones avanza, esos terribles torbellinos del corazón, esos sacudimientos del alma constituída en teatro, en que el genio del mal y el genio del bien se la disputan con un duelo á muerte, ¿llegan para el hombre con la estación de las risas y de las ilusiones? ¿Despunta esa faz borrascosa de la vida humana en que la nave del corazón casi siempre naufraga en el escollo del crimen? Entonces el sacerdote católico redobla sus solicitudes paternales, fortifica al que vacila con palabras preñadas de santo coraje y, mostrándole la espléndida palma de la victoría que le espera, alarga la mano al caído para levantarle, prepara su contrición haciéndole oír la dulce voz del perdón y de la misericordia; recibe las íntimas confidencias de su dolor, rehabilita el corazón degradado, y le envía en paz con la consolación en el alma. Pero después de estas conquistas gloriosas el campeón infatigable no se duer-

me sobre sus laureles: conoce que la debilidad y la postración moral son en su protegido la consecuencia natural de las hondas heridas con que el vicio le acribara, y que una segunda caída será inevitable si se le abandona. Pues bien, él es el enviado del cielo, el plenipotenciario de la divinidad, que todo lo puede, á quien nada se niega; él irá pues, arrancará á Dios de los inmortales alcázares y, convertido en alimento con la virtud de su omnipotente palabra, lo introducirá en el pecho de su lánguido favorecido, á fin de comunicarle toda la fuerza de Dios. Pero ni aun con esto se contenta: siempre temiendo nuevas caídas en el fragoso camino de la vida, le exhorta sin cesar á la perseverancia: le expone los imperiosos motivos que le ligan á la virtud: la tierra, el infierno, el cielo, el pasado, el presente, el porvenir, todo entra en sus planes de fortificación, hasta haber comunicado al alma ese nervio moral, hasta haberla revestido de esa coraza impenetrable que hace la desesperación del vicio, y colocándola en los escalones de la perfección cristiana. Entonces ya no es el laborioso batallador que levanta fortificaciones en derredor de la plaza amagada, es un amable pajarillo que gorjea trinos de dulzura indefinible, es un cantor de los cielos que hace oír melodías divinas, que arrancan al alma del mundo, y la pasea por esas regiones desconocidas de la luz y del deleite inexplicable; el amor es su tema, canta el amor, y el alma se eleva, se eleva con una ansiedad cada vez más vehemente hasta llegar al abrazo inefable que une al lodo con Dios. Pero el hombre hace su camino y, por fin, llega á las fronteras de la eternidad; allí termina la peregrinación de la vida. Entonces el sacerdote católico, más solícito que nunca, no abandona un punto el lecho de la agonía: escucha por la última vez los dolorosos secretos de la humana flaqueza, alimenta al moribundo con el pan de los ángeles; unge al atleta con el óleo bendecido, para prepararle al postrero y más formidable de los certámenes; le habla al

oído palabras inspiradas, que le alientan, le consuelan y envuelven su agonía en dulzuras celestiales; hasta que, llegado el momento solemne, la vida se apaga, y coloca entonces su alma entre las manos de Dios. Pero no pára aquí: se apodera de su cadáver, lo colma de piadosas bendiciones y, cubriéndolo con una tierra bendecida entre lúgubres plegarias, se despide de él deseándole que la tierra le sea blanda hasta el día inextinguible en que espera volverlo á ver en mejor suerte. Tal es la idea del sacerdote católico toscamente bosquejada por una ruda mano. He creído deber exponérosla con alguna atención, porque expresa completamente la vida sacerdotal del señor Eyzaguirre. En efecto, señores, si algo se puede añadir á este cuadro en que he intentado trazar la venerable figura del santo sacerdote que lloramos, son el colorido más vivo y más delicado de un pincel más diestro y las exquisitas perfecciones con que él engalanó, digámoslo así, el bello ideal del sacerdote católico.

El señor doctor don José Alejo Eyzaguirre y Arechavala nació en esta capital en 1783, de una de las familias más ilustres por su antigüedad, su nobleza y su acendrada piedad que la metrópoli española mandara á la más austral de sus colonias... Pero, ¿qué es lo que digo? No permita el cielo que la más ligera sombra de adulación venga á empañar mis labios sacerdotales. No son los timbres gentilicios los que recomiendan la persona del hombre que lloramos; su gloria no los necesita; al contrario, sus virtudes han legado á su familia uno de los nombres más gloriosos que pueda ostentar en su árbol genealógico. Bien temprano el joven Eyzaguirre, que, bajo la corteza de una fisonomía bella, calmada y agradable, ocultaba un alma profundamente sensible, á la par que pura y delicada, uno de esos caracteres apasionados y serios, junto con esa inteligencia penetrante y certera que encuentra con facilidad la verdad y la abraza con entusiasmo, manifestó una vo-

cación bien pronunciada al estado eclesiástico. Poderosas debieron de ser las tentaciones con que el mundo, apoyado de las ventajas de su posición social, solicitaría su corazón; bien espléndido el porvenir que le prometería: pero aquella alma generosa salvó sin trepidar los lazos que se le tendieron, y corrió á sepultar sus años juveniles en el Seminario Conciliar de Santiago. Allí, mediante los auspicios de su inmediato deudo, el Ilustrísimo señor Alday, esta lumbrera del pontificado americano, aquella inteligencia superior recibió las primeras semillas del saber, semillas que, fecundadas por su estudiosidad, le hicieron en breve uno de los jóvenes más aprovechados de su tiempo, y le han granjeado después la merecida reputación de ser una de las más brillantes ilustraciones del clero americano; hasta el punto de decir un personaje competente, al evocar los recuerdos de la proverbial sabiduría del señor Alday, que creía más eminente la del señor Eyzaguirre en aquella época.

Los estudios eclesiásticos le merecieron una preferencia tan decidida, como podía esperarse de la índole de su talento, sólido y profundo. El Texto Sagrado, los expositores más acreditados, los Santos Padres, los cánones, la historia de la Iglesia, la teología dogmática, la moral, los ascéticos y los místicos más eminentes le enriquecieron con ese caudal de conocimientos que llegó á hacerle el oráculo de nuestra Iglesia. Ni omitió tampoco el estudio del derecho civil, en el cual se adquirió igualmente una grande erudición, convencido de las íntimas relaciones que le ligan con el eclesiástico; cultivó, además, los otros ramos del saber, persuadido de que al sacerdote católico, como maestro del género humano, no le es lícito ignorar nada, puesto que desempeña una cátedra y una judicatura á donde todas las cuestiones pueden ser llevadas para recibir una resolución suprema. Tan vasto acopio de luces no podía menos que hacer muy expectable la persona del señor Eyzaguirre, á pesar de su reconocida modestia; así

es que, el Supremo Gobierno creyó hacer un eminente servicio á los intereses literarios del país nombrándole protector del Instituto Nacional (1); este precioso plantel en donde ha cosechado la nación opimos frutos y del cual espera un glorioso porvenir que la coloque al nivel de los pueblos más ilustrados del globo. El Supremo Gobierno, confiando al señor Eyzaguirre tan importante cargo, no hizo más que atestiguar su reconocido mérito y constituírse en órgano de la opinión general. Más tarde, cuando por uno de esos actos arbitrarios, comunes en los pueblos recién escapados de esas turbonadas políticas que remueven hasta las entrañas del cuerpo social, la mano de la persecución vino á clavar su garra en el señor Eyzaguirre y á arrancarle de sus lares para llevarle á comer el pan del desterrado bajo el sol del extranjero, el gobierno de Mendoza, justo apreciador de su ilustre huésped, á quien había precedido allí la fama de su profundo saber y de sus eminentes virtudes, le comisionó para que formulase el plan del Liceo Literario, que, á imitación de nuestro Instituto, iba á fundarse en aquella provincia. Desempeñada esta comisión con la perfección que era de esperarse, el señor Eyzaguirre fué nombrado primer rector de aquel establecimiento, no creyéndose que hubiese otra persona más á propósito para llevar á efec o un plan tan sabiamente combinado. El no trepidó en prestar este servicio, tan á satisfacción de aquel pueblo que se granjeó la veneración, que no la gratitud universal, hasta que la revocación del injusto decreto de destierro le arrancó á sus lágrimas y le volvió al consuelo de la patria.

Pero el señor Eyzaguirre había contraído una verda-

---

(1) Los diplomas por los cuales confirieron estos y otros destinos al señor Eyzaguirre se han encontrado originales entre sus papeles. Todos ellos son altamente honrosos al señor Eyzaguirre, y prueban más ó menos el elevado concepto que tenían de su mérito las autoridades civiles y eclesiásticas.

dera pasión por la difusión de los buenos principios, y no podía negar á su país los cuidados que en este sentido había prodigado al extranjero. Estaba, además, convencido de que el porvenir, tanto de los pueblos como de los individuos, está en manos de la educación de la juventud; si ésta es mala, si no está basada sobre principios sólidos de moralidad y de religión, tinieblas, errores, sangre, anarquía, corrupción, todos los males se encierran para ese pueblo y para esos individuos en la negra noche de un porvenir desastroso. Por el contrario, si la educación es buena, si descansa sobre el granito de la sana moral, de la religión verdadera, luz, verdad, amor, orden, pureza de costumbres, todos los bienes se entrañan en el claro día del porvenir de ese pueblo y de esos individuos.

Bien familiarizado estaba el señor Eyzaguirre con la historia, bastante había conversado con los siglos que fueron, para no vivir profundamente penetrado de esta verdad. Sin embargo, aunque conocía que había mucho que mejorar en la educación de ambos sexos en un país naciente como el nuestro, especialmente en lo relativo á la moral y á la religión, afligía particularmente su patriotismo y su celo sacerdotal la falta absoluta de buenos establecimientos de educación para el sexo débil. La mujer, esta providencia del hogar doméstico, estaba abandonada entre nosotros á sus nobles instintos; ningún broquel, ninguna égida para defender ese corazón tan delicado y tan exquisitamente sensible, de los rudos y capciosos ataques con que la corrupción le acomete sin cesar. No teníamos un taller en donde se formasen las buenas esposas, las buenas madres de familia, cuya mano, consagrada por la naturaleza para derramar la buena semilla en el corazón de la infancia, contiene el bien ó malestar de la sociedad entera. Estas consideraciones agitaban hondamente el alma del señor Eyzaguirre. Restringido en sus medios de acción, mientras fué una persona porticular, llegó al fin una

época, feliz para él, acaso sólo por lo que voy á decir, en que le fué dado ocurrir á tan grave falta. Entonces pudo realizar su pensamiento favorito: el de introducir en esta capital á las religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, á fin de que planteasen un establecimiento de educación para niñas, que prestase todas las garantías de moralidad y de religiosidad que de semejantes institutoras podían esperarse. Vinieron pues, señores, vinieron esas palomas de paz, esos ángeles de luz que han traído la oliva de la tranquilidad á nuestra sociedad alarmada por la suerte de su bello sexo, y la antorcha de la ilustración y de los sanos principios á sus jóvenes inteligencias. Gracias á nuestro ilustre finado, existe ese plantel precioso de donde saldrán las hijas sumisas, serias y laboriosas; las esposas fieles, amantes y modestas; las madres prudentes, ilustradas y enérgicas. Ya no se oirán los hondos gemidos de las madres piadosas que suspiran por un establecimiento para colocar á sus tiernas hijas, en donde, con los mezquinos conocimientos puestos á la orden del día, no beban esa terca indocilidad, esa frivolidad sistemada, ese enervamiento del corazón y esa predisposición para recibir las impresiones de la seducción y de la lisonja.

¡Oh pueblo de Santiago! nunca podrás honrar demasiado la grata memoria de tan insigne bienhechor.

Caed, pues, de gratitud ante su sombra venerada, y hacedle en vuestro corazón este voto de un poeta:

Siempre el honor y gloria de tu nombre
En nuestros pechos vivirá sin mengua (1).

Tan eminentes luces y tan decidido empeño por la educación de la juventud merecieron al señor Eyzaguirre la alta estima del Supremo Gobierno, quien le nombró uno de los primeros miembros de la Universidad de Chile al

(1) Virgilio, Eneida, l, I.

reorganizar la antigua de San Felipe conforme á la ley de 1842, cuyo claustro le llora al presente como á una de sus más esclarecidas lumbreras.

Inútil parece, señores, recordar la reputación de que el señor Eyzaguirre gozaba como hombre sabio, puesto que nadie la ignora. Baste decir que no había cuestión ardua en que no se le pidiese su parecer, y que este parecer era decisivo. El clero secular, sin exceptuar sus más altas ilustraciones, el regular, los hombres públicos, los particulares, los sabios, los ignorantes, todos le consultaban. Las cuestiones de interés público, las de interés privado, todo se llevaba á él; y él escuchaba á todos con una atención, una amabilidad y un cariño que encantaban; cada uno creía haberle merecido una distinción particular. Aclaraba todas las dudas, resolvía todas las dificultades, con una lucidez, una precisión y una fuerza de raciocinio admirables. La confianza pública se extendía hasta poner en sus manos los intereses materiales; muchos sometían su fortuna y todo su porvenir á su decisión; y siempre que se ofrecía algún asunto difícil y espinoso, bastaba que se acordase recurrir al señor Eyzaguirre para que se creyese que todo concluiría bien. Cuando el señor Eyzaguirre había emitido su parecer, todos cedían, y, si había alguno bastante obstinado para resistirse, sentía, sin embargo, un enorme contrapeso al persistir en su opinión.

Pero volvamos á la vida puramente sacerdotal de nuestro finado, la que hemos olvidado intencionalmente al tratar de sus primeros estudios en el Seminario Conciliar, para no tener que volver sobre nuestros pasos.

El señor Eyzaguirre recibió la unción sacerdotal en Lima de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Las-Heras, Arzobispo de aquella metrópoli. La acrisolada virtud, la madurez y profundo saber del joven presbítero cautivaron de tal modo el corazón de aquel ilustre prelado, que le colmó de distinciones, le eligió inmediatamente con-

fesor de ambos sexos y de monjas, é hizo cuantos esfuerzos pudo por conservarle en su Arquidiócesis. Pero los recuerdos de la Patria estaban palpitantes en el corazón de Eyzaguirre, como en todas las almas elevadas, y solicitaban poderosamente su vuelta. En fin, las playas de Chile le volvieron á ver, y desde entonces comenzó la larga serie de empleos, que le hicieron recorrer toda la escala eclesiástica sin omitir escalón alguno. Confesor extraordinario de todos los monasterios, Vicario Capitular delegado, Cura del Sagrario de esta Iglesia Metropolitana, Examinador sinodal, Gobernador del Obispado, Tesorero, Deán, Vicario Capitular propietario, Obispo electo de La-Serena, últimamente Arzobispo electo de esta Arquidiócesis, fuera de otros que omito; cada uno de estos destinos era un testimonio elocuente de la perfección con que había desempeñado el anterior.

Extraño parecerá, señores, en la humildad proverbial del señor Eyzaguirre, que no se hubiese negado á admitir tantos empleos honoríficos, pero él no veía en los empleos más que el trabajo; así es que, cuando se le presentó uno en que concibió que el honor no rendía parias al trabajo, se resistió cuanto pudo y no se tranquilizó hasta renunciarlo. A más de que el carácter sacerdotal del señor Eyzaguirre era enteramente canónico; por lo cual, cuando los cánones le llamaban á un destino, pasaba por sobre su humildad é iba á ocuparlo. Cuando Canónigo, cuando Vicario Capitular y cuando Arzobispo electo, tuvo mil ocasiones en que dió pruebas inequívocas de ese mismo carácter eminentemente eclesiástico, ya en las sesiones del capítulo, ya en otras circunstancias, ya, en fin, en todos sus procedimientos deliberativos y gubernativos. Pero el testimonio más culminante de esta verdad está en la renuncia que hizo del Arzobispado, ostensiblemente porque creía vulnerados los derechos de la Iglesia, poniendo en vigor ese malhadado senado-consulto que fija en veinte y cinco años el *míni-*

mum de la edad para las profesiones religiosas, cuya aprobación se le exigía. El señor Eyzaguirre creía que esto era atacar la más sagrada de las libertades, meter la mano en la conciencia del hombre, contener ese vuelo del alma que desde temprano quiere arrancarse del mundo y volar hacia Dios, usurpar el derecho, que sólo á la Iglesia ha sido dado, de imponer leyes á la conciencia y reglamentar sus pactos con Dios; matar, en fin, sordamente el estado religioso entre nosotros. Creyó pues que no le era lícito aprobar con su tolerancia semejante atentado y aprovechó esta bella oportunidad para sacudir la carga que tanto abrumaba su conciencia tímida, á consecuencia del bajo concepto que había formado de sí mismo.

Pero el señor Eyzaguirre no era sólo el hombre eclesiástico conforme á las sanciones legales de la Iglesia; era también el hombre apostólico, el perfecto sacerdote en todos sus números. Se le veía celebrar diariamente la misa con una devoción edificante, pero adornada de esa sobriedad que tan bien sienta en el ministro del altar; sin esa ostentación, sin ese lujo de fervor, que corazones poco experimentados en los movimientos del espíritu suelen interpretar siniestramente. Este era otro de los distintivos característicos del señor Eyzaguirre: la moderación, la parsimonia, la prudencia en todos sus actos públicos. Desde que ocupó un asiento en el coro de la Catedral, no faltaba jamás al oficio divino, sin que la lluvia, el frío, el calor, los achaques, fuesen un obstáculo que se lo impidiese, exceptuando sólo cuando una imposibilidad absoluta se lo estorbaba, que entonces, soltando probablemente las riendas que contenían en público su fervor, rezaba las preces canónicas privadamente con tan indispensable puntualidad que el último ataque le encontró con el breviario en las manos. Ni era menor su constancia en el confesonario. Admiraba, señores, ver aquel hombre, tan ocupado en los asuntos más importantes de interés público

y privado, dedicar diariamente largas horas á derramar el bálsamo del consuelo en los corazones ulcerados por el crimen; á dirigir en nuestros monasterios á las almas más encumbradas en los difíciles caminos de la vida contemplativa; en suma, á arreglar las conciencias de toda clase de personas. Pero ¿se le llama al lecho de la agonía? El cristiano al pisar en el umbral de la eternidad, ¿quiere apoyarse en un brazo seguro? Llama al señor Eyzaguirre, que nunca se niega. Allí, en presencia de la muerte el señor Eyzaguirre no es un hombre, es un ángel que vierte un bálsamo del cielo en los oídos del moribundo; sus palabras van, envueltas en misericordia, en fe, en esperanza, en amor, á arrullar al alma atribulada, cuyos lazos terrenos se disuelven por momentos; los últimos instantes de su vida fueron consagrados á este augusto ministerio del sacerdote católico. En la noche del 2 de Agosto, los débiles pasos de un anciano cruzaban las silenciosas naves de este templo pálidamente iluminadas; eran los del señor Eyzaguirre que venía en busca de un confesor para un eclesiástico amigo suyo á quien habia estado auxiliando. Esa noche, la última de su vida social, tuvimos el honor de gozar por la postrera vez de su conversación llena de dulzura y de esa amable jovialidad que la hacía tan interesante.

Pero ¿qué diremos de su predicación? Ahí está el clero secular, que tantas veces recibiera los documentos más preciosos de la vida espiritual y del completo desempeño de su ministerio, de aquella boca meliflua en los ejercicios espirituales. Ahí están tantas otras personas que deben la mudanza de su vida y los hondos sentimientos religiosos de que están penetradas á esa palabra llena de una unción divina y de una dulzura inexplicable. Aquí estamos también nosotros que tuvimos la felicidad de oír los últimos acentos de este amable cisne evangélico. Cuando fuimos á suplicarle que se dignase dirigirnos en nuestros ejercicios espirituales haciéndonos las pláticas de la no-

che, nos contestó con su acostumbrada humildad, que aceptaba gustoso el inmerecido honor que queríamos hacerle. ¡Oh! nunca olvidaremos aquellas ocho noches en que conocimos los quilates de la virtud del señor Eyzaguirre. La primera noche, antes de sentarse á predicar, se postró á los pies de nuestro joven prelado, y no quiso levantarse hasta que no le obligó á darle su bendición. Todas sus predicaciones versaron sobre los grados más altos de la perfección cristiana, y hablaba de tal manera, que se conocía, á no dudarlo, que él los había recorrido todos. Su estilo era sencillo, lleno de santa unción y amenizado con mil anécdotas piadosas, que nos deleitaban al paso que llenaban nuestras almas de saludables documentos. Nos trataba con tanta consideración y delicadeza, que una vez, por sólo habernos exhortado á que procurásemos elevarnos á cierto grado de perfección en la virtud de la caridad, creyó habernos ofendido y nos pidió perdón con palabras muy sentidas. Pero jamás se borrará de nuestra memoria aquella última noche de ejercicios. Todo fué sublime y patético en esa noche. El señor Eyzaguirre había concluido su tarea, que era también la última de su vida apostólica. Una débil luz proyectaba sus rojizos rayos sobre la pálida frente del venerable anciano, puesto de rodillas en medio de ese coro, anegado en lágrimas y pidiéndonos perdón con una voz entrecortada por los sollozos; todos nos pusimos en pie por un espontáneo movimiento de ternura, y cuando nuestros dos jóvenes prelados se acercaron á levantarle, «*Nó, padres míos*, les dijo, *no me levantaré mientras que todos no me hayan perdonado*»; palabras que se han grabado tan profundamente en mi alma, que me acompañarán hasta el sepulcro. ¡Ah! ¡quién nos dijera entonces que aquel hombre modelo, en menos de dos meses había de desaparecer!

Pero, señores, yo me haría infinito si me propusiese des-

arrollar todas las virtudes sacerdotales del señor Eyzaguirre. También debería hablar de su patriotismo al presentarle como hombre público; pero temería cansar demasiado vuestra atención reproduciendo acaso lo que ya sabéis. ¿Qué os podría decir? No ignoráis que en la época de nuestra emancipación abrazó la causa de la independencia con todo el ardor compatible con su carácter sagrado de amor y de paz. El no fué uno de aquellos sacerdotes asustadizos que identificaban el yugo del hierro del coloniaje con el yugo suave y la carga ligera de la religión; tampoco transigió con esas exageraciones de una libertad mal entendida, que, en su prurito de destruír el pasado, confunde lo malo con lo santo, y quiere arrebatarlo todo en su torbellino; al contrario, empleó su celo y talento en contener esas demasías. El, como buen ciudadano, se alegró al ver á su país, después de tres siglos de esclavitud, romper las cadenas con mano fuerte y sentarse como soberano en el banquete de las naciones; pero estuvo muy distante de aprobar los desórdenes que, á nombre de la Patria, cometían la venganza, la ambición personal y la demagogia, á veces contra lo más santo.

El señor Eyzaguirre ha dejado unas efemérides políticas escritas de su mano, en que se manifiestan bien á las claras las miras que le llevaron á las asambleas provinciales, y á los bancos de la representación nacional en ambas cámaras, y al Consejo de Estado el deseo de promover el bien de la patria, especialmente en lo relativo á la religión. En esas efemérides está consignada la marcha del país, minuciosa pero lacónicamente; los escasos progresos que hacía á pesar de la emancipación, á causa de no observarse la carta fundamental, la invasión progresiva del poder civil en los derechos de la Iglesia, y otras muchas cosas que revelan en el señor Eyzaguirre un vivo interés por el bienestar político y religioso de la nación. Hé aquí, señores, el cuadro de la vida pública del señor Eyzaguirre

imperfectamente bosquejado. Pasemos al de su vida privada.

Cuando un hombre ha conservado un alma sin mancha entre el bullicio atronador del mundo y de las pasiones, bajo la atmósfera infecta de los empleos honoríficos; cuando ha salvado del mar borrascoso de las revueltas políticas sin humedecer siquiera su vestido en las aguas de la tempestad; semejante hombre es para mí un prodigio de virtud. Tal fué el señor Eyzaguirre. El atravesó las épocas más turbulentas de nuestro país; él presenció desde el principio hasta el fin esa gloriosa lucha de la independencia, en que, débiles pigmeos, batallaban nuestros padres con el gigante poderoso que por tres siglos nos había tenido bajo su férrea planta; y en que el desorden consiguiente á semejante estado de cosas había alterado las más sólidas virtudes hasta en los espíritus más bien cimentados; pero el señor Eyzaguirre se conservó impasible á tan lamentable influencia: el mismo que era antes de la revolución permaneció durante ella y después de ella. Yo, señores, no trepido en asentar una proposición que seguramente va á sorprenderos: el señor Eyzaguirre no perdió la gracia bautismal en toda su vida. No creáis que éste es un arranque de entusiasmo, ó una ilusión producida por mi admiración hacia el hombre venerando que me ocupa; nó, es una consecuencia muy lógica de un antecedente que ha llegado á mi noticia. Cuando el señor Eyzaguirre hizo su confesión general en Lima para recibir las órdenes sagradas, el confesor que la oyó dijo después, lleno de admiración, que aquel joven no había perdido la gracia del bautismo. Ahora bien, señores, si en mediodía de la juventud, en esa estación de la vida en que casi todo corazón fracasa; cuando la orgía de las pasiones es más estrepitosa, cuando la sangre hierve en las venas,

cuando el mundo aparece en todo su brillo fascinador, el señor Eyzaguirre conservaba sin mancha la blanca túnica de la inocencia, ¿qué sería después, cuando las pasiones, derrotadas muchas veces en las lizas del alma, habían perdido su energía; cuando el corazón, avezado al bien, le conoce mejor y le abraza con más entusiasmo; cuando el mismo vigor de las fuerzas físicas va en declinación; en suma, cuando todo conspira al triunfo definitivo de la virtud? A la verdad, señores, todas las exterioridades del señor Eyzaguirre no revelan otra cosa que ese inefable candor del alma que hace la gloria principal de muchos santos, todos respiran ese aroma suavísimo de una virtud nunca ajada por la torpe mano del pecado. Díganlo, si no, los hechos que han podido escaparse á su modestia.

Con respecto á su caridad para con los pobres, nunca se le vió negar la limosna al necesitado. Parece que ésta fué su virtud de preferencia. Si alguna vez no tenía dinero, lo que le sucedía con frecuencia, porque todo lo distribuía, daba su ropa, sus utensilios, ó cualquiera otro objeto. Erogó la mejor pieza de ropa que tenía para presentarse en los actos solemnes, á un pobre joven eclesiástico que le pedía una limosna para comprar los libros que necesitaba para continuar su carrera. Un acto de caridad semejante ejerció con otro desgraciado que fué á pulsar á las puertas de su misericordia en idénticas circunstancias. Ni exceptuába los objetos que le eran más caros. A una señora que le pidió una cantidad para salvar de la prisión á su marido, le donó unas valiosas alhajas que estimaba sobremanera por ser un recuerdo de su padre, sin querer admitir siquiera el sobrante del valor que la señora le devolvía, después de haberlas vendido. ¿Qué más? La calumnia misma, que tuvo bastante audacia para pretender denigrar el oro de su delicadeza ante el tribunal eclesiástico, no pudo contener la corriente de su liberalidad de

que era objeto al tiempo mismo que arrojaba lodo impotente contra su reputación acrisolada. Hechos son éstos, señores, que podrían figurar ventajosamente en la vida de un gran santo. Pero, ¿cómo pasar en silencio las miserias secretas que remediaba de una manera tan eficaz y generosa, que casi podría adivinarse que estaba en ella oculto el dedo del que multiplicó los panes del desierto? ¡Oh, cuántas familias que bajo un exterior común y decente abrigan cual fiero escorpión una miseria mucho más horrible que la del mendigo que recibe públicamente el pan de la caridad, fueron salvadas por él de los furores del hambre! ¡Cuántos desgraciados devorarán ahora el último mendrugo de pan empapado en lágrimas que recibieran de aquella mano misericordiosa! ¡Cuántas infelices viudas rodeadas de numerosos huerfanillos! ¡Cuántas vírgenes trémulas de miseria y de vergüenza consumirán ahora la última moneda que pusiera en sus manos el padre de los pobres para arrebatarlas á la infamia, y acaso mañana, arrastradas por la desesperación, serán víctimas del crímen! ¡Oh Dios mío! ¡no las abandonéis! ¡Alma caritativa del señor Eyzaguirre, velad sobre vuestros pobres!...

La caridad de nuestro finado llegaba, señores, hasta hacerle prescindir de su modestia, otra de sus virtudes características. Sus sobrinos deseaban ardientemente poseer un retrato de su venerable tío; pero, por más esfuerzos que hacían, nunca habían podido inducirle á que consintiese en dejarse retratar. Lamentándose de esta dificultad en presencia de un retratista, éste se comprometió á superarla. En efecto, presentóse el artista al señor Eyzaguirre, y con ingeniosa astucia le hizo concebir que para salir de las tristes circunstancias en que se encontraba no le quedaba otro recurso que trabajar un retrato de Su Señoría para extraerlo del país. El señor Eyzaguirre, sintiendo vibrar en su corazón la cuerda de la caridad, con-

vino en que se le retratase, pero bajo la condición de que no había de quedar en Chile ninguna copia. Gracias á esta ocurrencia, tenemos el retrato del señor Eyzaguirre, cuyas copias se multiplican cada día.

Pero no era ésta la única virtud en que descollaba. Pródigo con los necesitados, se había constituído él mismo en pobre de Jesucristo. Amaba tanto esta virtud, que reprobó altamente en una ocasión el que se hubiese puesto en su habitación cierto objeto casi de absoluta necesidad, diciendo que éste era un lujo excesivo para un eclesiástico. Pero, cuando se conoció mejor la pobreza del señor Eyzaguirre, fué en su muerte; entonces pudo admirarse cuánto empeño había puesto en hacerse semejante á Jesucristo en esta difícil virtud.

La modestia y la humildad no sobresalieron menos en este sacerdote ejemplar. Confundía, señores, ver la resistencia que hacía á las más ligeras demostraciones de respeto y consideración á su persona. En este último año, especialmente después de los ejercicios espirituales que nos dió, y después que nosotros nos honramos haciéndole nuestro hermano, fuimos favorecidos con alguna frecuencia por sus visitas, como si hubiese querido indemnizarnos de las escasas relaciones de amistad que antes cultivaba con nosotros, sin duda por culpa nuestra. Pero confieso, señores, que me admiraba el empeño y la casi aflicción con que se oponía á que nuestros prelados saliesen á dejarle á la puerta, hasta amenazar dulcemente con que no saldría si persistían en hacerlo. No parece sino que se consideraba una persona muy insignificante y muy indigna de atención. Pero ¿puede haber prueba más clara de su humildad que la resistencia que hizo para admitir el Arzobispado; de suerte que fué necesario que se empeñase el Cabildo Eclesiástico y casi todas las personas notables de Santiago, que se le tocase la tecla de la conciencia y que su confesor le asegurase que él cargaba con la respon-

sabilidad delante de Dios? A pesar de esto, ¿no se vió deteriorarse sensiblemente su salud, enflaquecerse notablemente, y vivir en un perpetuo desconsuelo en el corto tiempo que cargó con el alto honor de Arzobispo electo; de suerte que le habríamos perdido sin duda mucho antes si no se hubiera presentado la circunstancia que sabéis para hacer con éxito su renuncia? Hé aquí la causa tal vez más poderosa de ese acontecimiento que tanto y tan justamente se ha deplorado: la profunda humildad del señor Eyzaguirre. La misma fué la que le movió á no admitir el Obispado de Coquimbo, aunque él, por esa misma humildad, protestase sus achaques.

Consecuente con la baja idea que había formado de sí mismo, acaso porque, como todos los santos, se creía un miserable pecador, era la vigilancia que ejercía sobre su conciencia. Llevaba un examen minucioso de todas sus acciones diarias y vivía sujeto á un método invariable Una hora de oración mental luego que despertaba; media hora de preparación para decir misa, otro tanto para las gracias después; tantas horas de confesonario, tantas de lectura, tantas de sociedad, tantas de reposo, etc. De este modo el señor Eyzaguirre tenía perfectamente distribuído todo su tiempo, y como un centinela vigilante velaba siempre á las puertas de su alma para impedir que entrase con la ociosidad el pecado y se apoderase de la fortaleza.

Temo, señores, cansaros demasiado; pero, no obstante, permitiréis que mencione siquiera la prudencia del señor Eyzaguirre, esta sal con que se condimentó todas sus virtudes. Nada de exageración, nada de austeridad repulsiva en su exterior, nada de intolerancia con los defectos ajenos; todo afabilidad, todo dulzura en las obras, en las palabras, en las maneras, en todo; tal fué el hombre que lloramos. Recorrer la serie de sus demás virtudes sería no terminar nunca. Preparémonos, pues, á recibir el más sensible de todos los golpes.

Cuando el astro del día arroja sus últimos rayos para hundirse como en un sepulcro en el océano, un fúnebre crespón se extiende sobre la naturaleza; para la agonía del órgano de la creación, las sombras se agrandan rápidamente, las montañas proyectan en la llanura sus formas opacas á manera de monumentos colosales; los pájaros nocturnos salen de sus madrigueras y vagan por la pálida atmósfera, haciendo oír lúgubres graznidos que por doquiera difunden el pavor, cual si se oyera la voz misteriosa de la muerte. En fin, el día llega á la última agonía y se apaga. Entonces el claro oscuro de la creación se hace más denso y profundo, á medida que la noche la cobija bajo sus alas inmensas. Se diría que la naturaleza enlutada hace los funerales por la muerte del día. Una cosa parecida se vió en este pueblo de Santiago ahora cerca de dos meses.

Era el día 3 de Agosto: un hombre venerable está tendido en el lecho de la agonía, herido por una apoplejía violenta que le tiene sin acción ni movimiento entre los brazos de la muerte. ¿Quién es?

Es el señor Eyzaguirre. La noticia corre intantáneamente como una chispa eléctrica. Un rayo ha caído sobre Santiago: todos se conmueven, todos se agitan; se miran con asombro; vuelan á la casa del amado enfermo. Una multitud compacta invade la calle, los patios, los aposentos todos, pregunta con ansiedad por la salud del enfermo. ¿Que no hay esperanza? ¿Con que se muere el señor don Alejo? Nadie se atreve á imaginárselo; pero la consternación, la angustia, están pintadas en todos los semblantes. El día es terrible; viene la noche, la noche enlutada y triste como el estertor de la agonía; esa noche cruel apaga los últimos destellos de la esperanza: la medicina agota en vano sus últimos recursos; la religión, anegada en lágrimas y con el corazón transido de dolor, rodea el lecho del amado agonizante, que ni siquiera

puede recibir sus consuelos. Por fin, viniste tú, día 4 de Agosto de 1850, día para siempre funesto; viniste tú, día de mi padre Santo Domingo, y tronchaste este árbol precioso arrebatándonos su sombra pretectora; y segaste la espiga madura ya para el cielo, entregándonos á la indigencia. Vinó, señores, ese día, y la agonía arreció terriblemente: no es posible alucinarse, la muerte se acerca, no hay poder que la detenga; suena la hora de la eternidad; se oye una voz: ¡ya murió!

Sí, señores, no existe el señor doctor don José Alejo Eyzaguirre... desapareció para siempre... Ya no le veremos en nuestras calles edificando con su modestia y cautivando los corazones con su afabilidad... Ya no le veremos en el templo enterneciendo con su humildad en las ocasiones solemnes... Ya no le veremos en el altar inspirando devoción y recogimiento... Ya no le veremos en el confesonario curando con bálsamo del cielo las heridas del alma... Ya no le veremos en el púlpito dejando caer la palabra de vida sobre los corazones como una preciosa lluvia sobre un erial abrasado! Pobres, desgraciados, pueblo, clero, vírgenes sagradas, venid: preguntad á ese fúnebre túmulo por vuestro padre, vuestro bienhechor, vuestro guía. Pobres, ¿con que ya no volveréis á besar la mano que os repartía el pan del amigo? Desgraciados, ¿con que ya no volveréis á oír aquellas dulces palabras que cerraban las heridas de vuestro corazón? Pueblo, ¿con que ya no volveréis á venerar al santo sacerdote que tanto os amaba? Clero, ¿con que ya no tendréis quién calme vuestras conciencias y disipe vuestras dudas? Vírgenes sagradas, ¿con que habéis perdido el sabio conductor que os dirigía tan seguramente por los oscuros caminos que os llevan á la luz? ¡Oh dolor! Sombra querida y venerada, ¿con que nos habéis abandonado? ¿En dónde estáis? Venid: que os sintamos, que os veamos; y si esto no es posible, venid, flotad al menos invisiblemente sobre nosotros. No

nos dejéis en esta oscura región del llanto, sin tu luz, sin tu consuelo. Padre amado, ¿quién como vos nos partirá ahora el pan de la doctrina? ¿Quién como vos nos hará ver la luz del buen ejemplo? ¿Quién enjugará nuestras lágrimas? ¿Quién aliviará nuestro dolor? Pero ¡Dios mío! vos le llamasteis; era vuestro; ¡bendito sea tu santo nombre! Adiós, pues, querido padre; dulce amigo: recibid la última despedida de nuestra ternura y el voto supremo de nuestro amor. Que vuestra alma y la de todos los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz. Amén.



ORACIÓN FÚNEBRE

en elogio del Illmo. señor don José Hipólito Salas

Dies pleni invenientur in eo. (Salmo LXXII, 18).
Días llenos se verán en él.

Al dirigiros la palabra desde este lugar y en estas circunstancias, ¿qué pensáis, señores, que querría yo pedir al cielo? Nada más que algunas vibraciones de esa lengua de oro que ¡ay! yace para siempre helada bajo la mano de la muerte. ¡Ah! entonces podría yo cantar el canto del cisne sobre la más querida de las tumbas. Pero sin ello, ¿quién soy yo, señores, para atreverme á memorar las glorias inmortales, á riesgo de mancillarlas, del Angel de Concepción, usando la frase del profeta de Patmos? Y ¿podrá una voz cascada, casi extinta por el golpear de los años y de los achaques, podrá una pobre y desautorizada palabra hablar dignamente de los triunfos de esa voz poderosa y resonante como las olas del mar, de esa palabra penetrante é imponente como el trueno del Señor?

La elocuencia y la poesía han agotado sus tesoros para encomiar el mérito incomparable del hombre extraordinario que lloramos; cubiertas de negro crespón, las liras inspiradas han exhalado tristísimos gemidos; de ésta y de otras muchas cátedras sagradas, y aun de las cátedras del mundo, han partido lamentos desgarradores; las prensas

de todos los colores y de todas las ideas no han tenido más que una sola lengua para ensalzar, unos mismos ojos para llorar al hombre más justo, al genio más esclarecido, á la gloria más pura, al ornamento más bello y conspicuo de este hermoso país. ¡Ah! ¿qué queréis entonces que yo haga, señores? Dejadme pues, os diré con el profeta de los dolores, dejadme plañir un poco más mi dolor antes que baje para no volver á esa tierra tenebrosa cubierta con la noche de la muerte. *Dimitte ergo me, ut plangam paululum dolorem meum, antequam vadam et non revertar ad terram tenebrosam et opertam mortis caligine* (1).

A! que habla, señores, no sólo ha cabido su lote respectivo en el inmenso acervo de dolor legado á todos los hijos por el más amado y dulce de los padres en Jesucristo, sino también algo que le es peculiar y que le afecta de una manéra especialísima; hablo de la pérdida de ese tesoro de amistad, tanto más noble y generoso, de parte de quien lo prodigaba, cuanto más honroso y halagador para la humilde personalidad que de tan alto lo recibía. ¡Ah! todavía resuena en mi alma el eco de las amables jovialidades con que ese corazón sin hiel regalaba al desigual amigo en las intimidades del hogar. Abierta pues y sangrando aún copiosamente la ancha y profunda herida que hiciera en medio del alma la más cruel de las muertes, no es mi lengua sino mis ojos, no es mi palabra sino mis lágrimas, las que debieran formular el elogio fúnebre del hombre incomparable, que la muerte acaba de arrebatar á esta Diócesis, á Chile, á la Iglesia de Dios, al mundo católico, y que se llamó el Illmo. Sr. Dr. D. José Hipólito Salas, Obispo de la Concepción. ¿Podría yo arrojar puñados de flores sobre esta tumba sagrada que oculta nuestro tierno amor y nuestro amargo quebranto? ¡Ah, nó! debería, sí, inundarla con la lluvia del corazón! Sin embargo, preciso es

(1) Job, X, 20, 21.

hablar, y hablaremos; seguro, no obstante, de quedar á inmensa distancia de la altura del mérito que quisiera expresar, y también del amor que él nos merece. El mérito de los seres queridos que la muerte nos arrebata, por uno de esos misterios profundos que se anidan en el corazón humano, al paso que aviva la intensidad del dolor, le comunica cierta ternura amorosa que lo dulcifica y ablanda; y cuando se trata de méritos como los del eminentísimo personaje que lloramos, esa ternura puede y debe convertirse en consuelo para corazones cristianos que besan y adoran la sacratísima mano que los hiere.

Señores: si os viera al presente inundar este templo con raudales de lágrimas, atronar estas bóvedas con gemidos desgarradores, ¿qué pensáis que os diría? ¿Palabras de consuelo? Nó. Os diría, por el contrario: sí, llorad, llorad más, llorad siempre, porque habéis perdido á un ciudadano, á un amigo, á un padre, á un pastor de vuestras almas, humanamente imposible de reemplazar; á un ciudadano, á un amigo, á un padre, á un pastor que llenó los numerosos días de su preciosa vida con tres plenitudes: plenitud de virtud, plenitud de ciencia, plenitud de acción. Plenitud de virtud: poseyó en altísimo grado todas las que constituyen al varón justo, especialmente al Obispo católico, al Obispo típico, tal cual lo describe el Espíritu Santo con la pluma de San Pablo, es decir, el hombre perfecto en el orden sobrenatural. Plenitud de ciencia: tuvo la humana y divina que puede apetecer un maestro supremo de la razón natural, llevada á la esfera de la luz divina. Plenitud de acción: acaso nadie la ha ejercido más extensa, más perseverante, ni más provechosa. Bien pueden pues aplicársele las palabras del Profeta: *dies pleni invenientur in eo*. Prestadme vuestra benévola atención, y, por poco que aquel Espíritu infinitamente sabio, que *linguas infantium fecit disertas* (1), que hizo elocuentes las

(1) Sabiduría, X, 21.

lenguas de los pequeñuelos, me comunique alguno de los rayos que tan vivamente brillaron en el varón egregio que lloramos, quedaréis convencidos de la verdad de mis asertos.

Era el 25 de Noviembre de 1835. Ese día, en uno delos templos de Santiago, subía las gradas del altar, para ofrecer por primera vez al Altísimo la sacrosanta Víctima, un joven de veinte y tres años, de estatura notablemente elevada, esbelto, delgado, de semblante pálido, demacrado, de cierta belleza varonil, que inspiraba respeto y simpatía. Imposible era no ver en el profundo recogimiento que su aspecto y todo su continente revelaba, en la gravedad, perfección y majestad con que practicaba las sagradas ceremonias, la vivísima fe de que estaba penetrado y el ardentísimo amor de Dios que abrasaba su joven corazón. Ni era menos visible la pureza y austeridad de sus costumbres, su ferviente piedad y cierto sello de ascetismo antiguo que nunca ó rara vez engaña. Un ojo observador habría descubierto en ese semblante pálido, en esas formas atléticas, pero descarnadas y enjutas, indicios claros de ayunos, vigilias y maceraciones secretas, inspiradas por el fervor religioso. Cualquiera, al mirarle, podría decir: «es un santo», y no dudo que muchos lo dirían en efecto.

Y ¿quién era, señores, ese joven sacerdote de tan edificantes y prometedoras apariencias? Muy pocos le conocían hasta entonces. Jamás se le había visto en los paseos públicos, en los teatros, ni en las tertulias. Silencioso y retirado, sin ser por eso misántropo, sino afable y de finos modales, sólo había frecuentado los templos, en donde daba muestras de un recogimiento y de una piedad ejemplares, y los anchos claustros del convento de San Agustín, en donde había estudiado, con tesón infatigable y con extraordinario aprovechamiento, la ciencia madre y fun-

damento de todas las ciencias, la filosofía, bajo la dirección de una gran celebridad de aquel tiempo, el R. P. Maestro Martínez. Ese joven, era, señores, el presbítero don José Hipólito Salas; el mismo que, elevado más tarde á la plenitud del sacerdocio, fué el incomparable Obispo de Concepción, cuya desaparición de entre nosotros nunca lloraremos bastante. Prometido os tengo, señores, mostraros en una de las fases de su vida la plenitud de las virtudes, y confío no defraudaros de esta esperanza.

No fueron, es verdad, cunas doradas las que mecieron la infancia del héroe que lloramos; el cielo no quiso, sin duda, que ese prestigio banal y de valor dudoso viniera á deslumbrar el brillo purísimo que debía cubrir el nombre de este gigante del mundo moral y religioso; empero, no por eso sus padres dejaron de ser muy honorables, muy respetables, y, sobre todo, muy virtuosos, los primeros tal vez en ese pequeño pueblo de la provincia de Colchagua que se llama el Olivar, y que de hoy más gozará de renombre envidiable entre los pueblos de Chile por haber nacido en su seno uno de los hombres más grandes de que este país pueda gloriarse. No tengo, señores, el don celestial de penetrar los espíritus; sin embargo, tengo para mí que las semillas de virtud que la santa madre y el virtuoso padre del señor Salas depositaron en el corazón de su tierno vástago tan pronto como comenzó á alborear en su alma la aurora de la razón, echaron en ella hondas raíces y produjeron los copiosísimos y sazonados frutos que han hermoseado su larga y ejemplarísima vida. Sí, todo el tenor de ella es una manifestación continua de la viva impresión que le había hecho aquella educación primitiva en las prácticas de la virtud y en el *santo temor de Dios*, como se decía en aquellos felices tiempos.

En efecto, si hubiéramos de mencionar los rayos de admirables virtudes escapados accidentalmente de la densa nube de humildad con que el señor Salas procuraba

ocultarlas, ¿cuándo terminaríamos, señores? Su caridad, sobre todo, su compasión, su ternura entrañable para con los pobres, esta su virtud característica, en que sólo encontrará superiores entre los santos más esclarecidos, ¿no excede todos los límites de un discurso? Sin embargo, me permitiréis indicaros por ahora un solo hecho, por referirse á la infancia de nuestro llorado amigo. El Sr. D. Juan José Salas, su digno padre, en su calidad de *alcalde* de su distrito, solía tener en su casa algunos delincuentes sufriendo el castigo denominado de la *barra*. Pues bien, ¿sabéis lo que hacía el pequeño José Hipólito? Reunía cuantas especies alimenticias podía y se las llevaba á aquellos infortunados con una alegría y con un cariño que enternecía á cuantos le observaban; indicio claro de que ya había prendido en su corazón la llama de la caridad.

Uno de los argumentos más irrefragables de la pureza de costumbres, de la viveza de fe, del acendrado amor de Dios y del prójimo que atesoraba el alma de nuestro héroe, es para mí, señores, y espero lo será también para vosotros, su temprana y nunca desmentida vocación eclesiástica. De aquí su aplicación al estudio de latinidad, bajo la dirección del cura de su parroquia el Sr. D. Ramón Carrasco; en seguida, de filosofía en el aula de San Agustín de Santiago, dirigido por el célebre Padre Martínez; y, por último, de la teología y cánones bajo el magisterio de una gran notabilidad del foro, el ministro entonces de la Corte Suprema, D. José Tadeo Mancheño. Solo en Santiago, lejos de la vista de sus padres, entregado á su propia dirección, este joven de veinte años, en medio de una populosa ciudad, parecía más bien un ermitaño, ó un austero cenobita.

En medio de una juventud más ó menos arrastrada por la ola de las pasiones, él permanecía impasible, recto, como el roble gigantesco en medio de los árboles menores tronchados por el huracán. ¿Era que no sentía la hir-

viente lava que abrasa los corazones juveniles? Probablemente no era eso, señores: aquella alma tan sensible, tan impresionable; aquella imaginación tan viva, tan rica; aquel corazón que atesoraba tanta ternura, tanto amor, no podían menos que hacerle sufrir los embates de tormentas pavorosas; pero él empuñaba con mano firme el timón del santo temor de Dios, miraba fijamente á la Estrella de los mares, á quien amaba con dulcísima ternura, y seguía su rumbo al puerto de la virtud, salvando con felicidad los escollos.

Al fin llegó el tiempo de que esta antorcha escondida apareciera sobre el candelero en la Iglesia de Dios, *ut qui ingrediuntur lumen videant* (1), para que los que entraran vieran esa luz y por ella se dirigieran. El Sr. Salas recibe la unción sacerdotal, y desde entonces ¿quién podrá expresar el esplendor de virtudes y santidad con que perfuma su vida pública sacerdotal? ¡Adiós, tímidas reservas; adiós, tesoros escondidos en el arca profunda de la humildad!

Su vida ya no es suya, es de la Iglesia de Jesucristo; es la luz del mundo, es sal de la tierra, *Vos estis lux mundi*, *Vos estis sal terrae* (2); es un apóstol, y un apóstol antiguo, de esos que predicaban la virtud no sólo con la palabra elocuente y penetrante del maestro, sino con la más viva y triunfadora del ejemplo. ¿Qué extraño es entonces, señores, que aquel sacerdote modelo se ganara en poco tiempo todos los afectos, y se atrajera todas las admiraciones? Así es que, durante los diez y nueve años que trascurrieron desde su promoción al sacerdocio hasta su elevación á la cumbre sagrada del episcopado, el nombre del Sr. D. José Salas estaba en todos los labios; el amor, el respeto á su persona en todos los corazones; la admira-

(1) San Lucas, XI, 33.
(2) San Mateo, V, 13, 14.

ción por sus relevantes y extraordinarios méritos en todos los espíritus de la populosa capital de la República. Y este nombre, este amor, este respeto, esta admiración no se limitaban á ciertas clases sociales que por su posición y sus luces eran aptas para apreciar sus merecimientos, sino que se extendían con igual intensidad á las capas inferiores del pueblo. Y esto ¿por qué, señores? Porque, fiel trasunto del apóstol de las naciones, el gran Pablo, como él lo llamaba, se hacía *omnibus omnia, ut omnes faeeret salvos* (1), todo para todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo. Sobre todo, los pobres, ¡oh, los pobres! eran el objeto especialísimo de su ternura, los pobres eran sus amigos, sus hermanos, sus hijos. ¿Sabéis por qué? Porque la caridad era su virtud característica, era su esposa, su madre, su todo. ¡Oh! *yo también soy hijo del pobre pueblo*, solía decir con inefable efusión y humildad edificante á los numerosos concursos de fieles que acudían á escuchar la palabra inspirada de su amado pastor. Podía pues aplicarse al Sr. Salas, con precisión incuestionable, el elogio que el Espíritu Santo hace de cierto personaje bíblico: *Dilectus Deo ei hominibus, cujus memoria in benedictione est, similem illum fecit in gloria sanctorum* (2). Amado de Dios y de los hombres, su memoria será siempre bendecida, porque Dios hizo su gloria semejante á la gloria de los santos. Al evocar, señores, estos recuerdos de la inmensa y justísima popularidad que, como una aureola luminosa, circundaba el nombre del presbítero Sr. D. José Hipólito Salas, el que habla tiene la satisfacción de no necesitar de ajenos testimonios, pues, contemporáneo consciente de la época á que se refiere, le bastan sus propias y vivas reminiscencias.

Después de lo expuesto, nada tiene de extraño que

---

(1) I Corintios, IX, 22.
(2) Eclesiástico, XLV, 1, 2.

hallándose vacante la silla episcopal de Concepción, todos los índices señalasen con inflexible uniformidad á la persona del señor don José Hipólito Salas como el designado por la divina Providencia para suceder al Ilustrísimo señor don Diego Antonio Elizondo en la dignidad de Obispo de esta Diócesis, tan gloriosa en otro tiempo por los eminentes prelados que ocuparon su cátedra pontifical, y á la sazón reducida á los míseros escombros de su antigua grandeza y á los melancólicos recuerdos de un pasado de gloria que parecía irreparable. Difícil habría sido encontrar en todo el país sacerdote más á propósito para ser el Esdras y el Zorobabel de esta Jerusalén y de este templo, por sus dotes naturales y adquiridos, por su ilustración y su ciencia, por sus virtudes eminentes y bien probadas, y por su actividad y celo verdaderamente apostólico, que nadie podrá poner en tela de juicio. Tal era al menos la expresión bien acentuada de la opinión pública, y el Gobierno de entonces estuvo lejos de desatenderla. Presentó, en efecto, para el obispado de Concepción al señor Dr. D. José Hipólito Salas, ante la Santidad del inmortal Pío IX. El que ahora, señores, tiene el alto pero doloroso honor de pronunciar este pobre elogio fúnebre, tuvo entonces la honra envidiable de redactar, en calidad de secretario de la corporación religiosa á que pertenecía, el informe demandado á su jefe para que formara parte del expediente que debía acompañar á las preces gubernativas.

Creedme, señores: en mi vida he prodigado elogios á un hombre mortal con más merecida justicia ni con más íntima satisfacción. Perdonadme esta confidencia íntima que os hago como un lenitivo á mi intenso dolor. Esto sucedía á principios del año de 1853, y las bulas apostólicas llegaron al año siguiente.

¡Oh día 29 de Octubre de 1854, seas para siempre bendito! ¡Que tu sol siempre te ilumine con sus más dulces,

esplendorosos y perfumados rayos; que jamás seas testigo de ninguna calamidad pública ni privada; que presencies en cada uno de tus anuales giros, siempre alguna gloria, alguna buena ventura de mi patria ó de mi madre la santa Iglesia! En este día, señores, el incomparable presbítero, Doctor D. José Hipólito Salas, era elevado á la cúspide de la jerarquía eclesiástica en el templo de la Compañía de Santiago, y recibía la unción episcopal de manos de su inseparable amigo, de su compañero de asiduas y santas labores, del jefe esclarecido bajo cuyas órdenes servía en calidad de secretario, de esa otra egregia y espléndida lumbrera del episcopado chileno y del episcopado católico, el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Santiago, Doctor don Rafael Valentín Valdivieso, de indeleble y santa memoria.

¡Oh Iglesia de Concepción, oh suelo querido en que bebí mis primeras auras; oh bello y majestuoso río, rey de los ríos de mi patria; oh verdes y graciosas colinas que rodeáis á esta bella ciudad como una cintura de esmeraldas, oh ciudad, madre de mis antepasados y madre mía. *Exulta et lauda, habitatio Sion: quia magnus in medio tui sanctus Israel* (1): alegraos, dad saltos de contento, saliendo al encuentro del Angel de Concepción, del padre cariñoso, del dulce pastor, del maestro de la verdad, del guía afanoso y seguro, que conducirá á tus hijos al través de los caminos tortuosos y sembrados de mil peligros, á los amenos verjeles de la patria perpetua de las almas; en fin, del más dulce, el más tierno, el más amante de los esposos que Dios envía á esta Iglesia lacerada y casi expirante.

En efecto, señores, los corazones rectos, los hombres buenos, los sinceros católicos de esta bella é histórica ciudad salieron al encuentro y recibieron en sus brazos al buen Pastor que Dios les enviaba en su misericordia.

---

(1) Isaías, XII, 6.

Que, si la alegría y el entusiasmo no fueron tan universales como era de esperarse, debido fué á que densas y ominosas nieblas políticas cegaron á muchos para no ver el brillo del incomparable tesoro que les caía de las alturas. Pero pronto la experiencia disipó la nube y todos amaron y admiraron al hombre incomparable que podía apropiarse estas sacratísimas palabras: *Regnum meum non est de hoc mundo* (1): no vengo enviado por las potestades de la tierra ni tengo que ver con las mezquinas intrigas de vuestra política, sino que el cielo me envía á vosotros para regir vuestras almas en los caminos del espíritu y de la virtud, *in ostensione spiritus et virtutis* (2).

¿Qué podré deciros de nuevo, señores, de las heroicas virtudes evangélicas con que nuestro querido Pastor edificó á su grey durante los 29 años de su gloriosísimo pontificado? Todos las conocéis, porque su vida era diáfana como la luz. Una que otra pincelada os mostrará la silueta de la figura más gráficamente episcopal que pueda darse. En las alturas del episcopado encuentra un teatro más vasto y más expectable en que desplegar los primores de su santa vida; muchas de las virtudes que antes ejercía libremente pasan á la categoría de deberes imperiosos, tanto más fácilmente desempeñados, cuanto que le eran familiares desde joven. La mano de su caridad puede abrirse con más profusión por estar menos estrechada con las ligaduras de la pobreza. Su amor ardentísimo al divino Jesús y á su divino Corazón adquiere talvez quilates de una intensidad desconocida para él mismo. ¡Ah! su buen Jesús casi nunca se apartaba de sus labios; el adorable Corazón era el único refugio de sus penas, el nido de sus amores. A él consagró su diócesis, su clero y su persona misma, con indecible fervor, fervor que, como

(1) S. Juan, XVIII, 36.
(2) I. Corintios, II, 4.

es sabido, hizo en su último momento una especie de explosión divina, y voló con su alma al cielo, dejando clavados en la sagrada imagen los ojos de su cuerpo. ¡Ah, con cuán amargo dolor y con qué sentidas palabras deploraba el sacrílego empeño de los tiempos que alcanzamos por destronar al divino Jesús del gobierno de las sociedades humanas que como Creador, como Redentor y como Dios le corresponde!

Y esto ¿qué prueba, señores, sino que el corazón de nuestro santo Obispo era un volcán de amor divino en grande y constante actividad? Ni semejantes sentimientos podían, como es claro, tener otro origen que la firmeza y vivacidad de su fe religiosa. Su esperanza en Dios era también otra de sus virtudes características. En medio de las amarguras que experimentaba su alma al sentir el oleaje de las pasiones desencadenadas azotar furibundas la nave de la Iglesia, él, que amaba á esta hija del cielo mil veces más que á su propia vida, esperaba firmemente el triunfo de ella únicamente de la intervención sobrenatural de Dios.

El que habla, señores, le oyó pronunciar tres ó cuatro horas antes de su muerte, más ó menos, estas palabras reveladoras de la firmeza de su esperanza: «En el orden humano todo está perdido; pero confiemos firmemente en que el sacratísimo Corazón de Jesús dará á su Iglesia un triunfo espléndido: así brillará más su poder infinito». Este pensamiento, que repetía con frecuencia, era el bálsamo con que aliviaba los dolores de su alma lacerada por las atroces persecuciones de que actualmente es víctima la sagrada Esposa del divino Redentor. En el caso especial á que me he referido acompañó sus palabras con una dulce y suplicante mirada á esa imagen del divino Corazón que tenía siempre delante en su dormitorio. Y esa misma confianza fué, sin duda, la que dictó, estando ya en los umbrales del cielo, la última plegaria que el filo de la muer-

te cortó en sus labios, y que conocéis demasiado para que me detenga en reproducirla.

Pero permitidme, señores, referiros, antes de terminar esta faz de la vida de nuestro amado padre, un hecho que prueba su omnímoda y absoluta obediencia al supremo jerarca, llevada hasta el heroísmo del sacrificio. Su octogenaria y santa madre, la dignísima señora doña Manuela Toro, objeto para él del amor filial más tierno y más profundo que jamás haya conocido yace en el lecho del dolor, poco menos que en agonías. En medio de esta angustia suprema, llega á los oídos de este Obispo modelo la voz del Pastor de los Pastores, del inmortal Pío IX, que lo llama á la más augusta de las asambleas que hayan visto los tiempos modernos, el gran Concilio ecuménico del Vaticano. Pues bien, nada le detiène; doma con denuedo esa exigencia del corazón, tan desgarradora como imperiosa, que nos manda recoger el último suspiro del ser que nos inspira el más sagrado de los amores humanos, y parte con el corazón destrozado y los ojos arrasados en lágrimas, á llevar al través de las grandes aguas el valioso contingente de sus luces á esa inmensa hoguera encendida por el soplo de Pío IX, bajo las grandiosas bóvedas de San Pedro. Acto de obediencia tanto más heroico, cuanto habría sido más justificada la excusa, y más probable su aceptación por el dulce Pontífice de la Inmaculada y del Concilio.

Yo no terminaría, señores, si me propusiera reseñar todos los primores de virtud que, como los rayos de un sol, se desprenden de la santa vida de nuestro llorado Pontífice. Empero, si queréis tener una síntesis tan perfecta como exacta de esa vida verdaderamente admirable, permitidme recordaros algunos rasgos del retrato que con mano maestra trazara el gran San Pablo del Obispo típico, del verdadero Obispo católico. «Es necesario, dice (en su epístola 1.ª á Timoteo) que el Obispo sea irreprensible,

sobrio, prudente, honorable, púdico, hospitalario, doctor; no crapuloso, no iracundo, sino modesto; no litigioso, no avaro, sino un buen regulador de sus gobernandos... También es necesario que tenga en su favor el testimonio de los extraños para que no sea objeto de desprecio y caiga en los lazos del demonio» (1). Y en su epístola á Tito, añade estas palabras, que expresan admirablemente uno de los caracteres más prominentes del pastor que hemos perdido: «Es necesario... que su lenguaje esté en perfecta conformidad con las divinas enseñanzas, á fin de que pueda instruír en la sana doctrina, y reprimir á los que se atreven á contradecirla» (2).

Yo no sé, señores, hasta qué punto estaréis vosotros en aptitud de hacer el paralelo entre la figura episcopal trazada por el Espíritu Santo con la pluma del grande Apóstol, y la de nuestro eximio Pastor. Empero, para todos los que hemos tenido la dicha de conocerle, no sólo en su vida pública sino también en su vida privada, y hasta cierto punto, en los secretos de su vida íntima, el retrato del perfecto Obispo, descrito por San Pablo, contenido bajo la forma de consejos paternales á sus discípulos Tito y Timoteo, es exactamente el del que en adelante será llamado antonomásticamente el Obispo de la Concepción. Fácil me sería hacer la aplicación de los atributos del Obispo bíblico á nuestro querido y venerado muerto; pero esto me llevaría muy lejos, y temo abusar demasiado de vuestra benévola atención. A más, en mi concepto, basta lo dicho para persuadiros de que los preciosos días del Illmo. Sr. Doctor D. José Hipólito Salas, fueron llenos de todas las virtudes. Os he presentado pues la primera plenitud que me propuse, plenitud de virtud. *Dies pleni invenientur in eo.* ¿Y éste es el hombre que hemos perdido,

---

(1) I Timoteo, III.
(2) Tito, I.

señores? ¿Esta es la columna tan súbitamente tronchada por el vendaval? ¿Esta es la gran lumbrera que la muerte ha extinguido para siempre con su soplo helado? ¡Bendito seáis, Dios mío, bendito seáis por tan tremendo golpe! *Daminus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum!* (1).

Ahora voy á presentaros, señores, en nuestro Illmo. finado la plenitud de la ciencia. No temáis: seré breve, lo más breve posible.

Labia sacerdotis custodient scientiam (2), dice el Libro Sagrado: los labios del sacerdote serán los custodios de la ciencia. En efecto, un sacerdote sin ciencia es un órgano sin voces, es una fuente sin agua, es un mueble inútil en la casa del Señor. A ellos es á quienes impropera con indignación el Profeta, llamándolos *canes muti, non valentes latrare* (3), perros mudos incapaces de ladrar. El sacerdote, señores, no es un simple varón de oración y de prácticas piadosas; es, además, un maestro de la humanidad para encaminarla por los senderos del cielo, á la luz de la ciencia que instruye y de la palabra luminosa que conmueve; es un batallador armado de punta en blanco para pelear las batallas del Señor en todos los campos, y adondequiera que vea flamear la bandera del error ó del mal. Para esto la ciencia, y una vasta ciencia, es indispensable. Así lo comprendió desde temprano el insigne personaje que lloramos. Sintiéndose desde la niñez llamado al ministerio sacerdotal, aplicó las poderosas facultades con que el cielo lo dotara, á la adquisición de los conocimientos humanos y divinos que deben enriquecer el espíritu de un ministro del santuario. Provisto de una inteligencia pronta, vasta, pro-

(1) Job, 1, 21.
(2) Malaquías, 11, 7.
(3) Isaías, XLVI, 10.

funda; de un juicio recto, firme, seguro; de una imaginación vivaz, brillante, correcta; de una memoria fácil, segura, tenaz, se lanza á la conquista de cuantos ramos del saber necesarios ó útiles á su objeto se presentan á su alcance, con ese ardor impetuoso, con esa voluntad de hierro, con esa energía indomable que forman los rasgos más prominentes de su gran carácter. Poco tiempo le demanda la difícil lengua del Lacio, esta madre de las lenguas modernas, que la Iglesia de Dios y las ciencias sagradas han consagrado como su idioma propio, y con tal perfección la posee, que puede expresar en ella los rasgos más valientes de su elocuencia viril y deslumbradora.

Las profundidades de la filosofía no ocultan tampoco sus fecundos y transcendentales principios por largo tiempo á su tenaz estudiosidad y á su notable y distinguido talento; y hasta tal punto se apodera de ella, que llega á ser en su propio curso, no sólo el primero entre sus condiscípulos, sino también el sustituto del famoso Maestro Padre Martínez, catedrático del ramo. La teología dogmática y moral, y los sagrados cánones que estudia en el magisterio privado de su protector el eminente jurisconsulto D. José Tadeo Mancheño, corren igual suerte; lo que le hace ganarse el acendrado cariño y la entusiasta admiración de su ilustre protector y maestro, quien lo ambicionaba para lumbrera del foro, y lo habría conseguido, si la voz de Dios, que llamaba á aquella alma privilegiada á las proezas del santuario, no hubiera sido en ella más poderosa que la voz de la amistad, de la gratitud, y los halagos de la gloria.

Los demás ramos importantes de las ciencias humanas y sagradas que poseyó con tanta amplitud, fueron fruto exclusivo de su estudiosidad privada. Así aprendió la gramática castellana, las lenguas francesa é italiana, la amena literatura, la historia sagrada, profana y eclesiástica, la hermenéutica, la liturgia, la patrología, etc., y todo

con la notable perfección que se revela á cada paso en sus escritos, sabios, profundos, correctos, brillantes. En la polémica religiosa es, sobre todo, donde más campea, á la par de una lógica de acero irresistible, la vasta erudición de que estaba provisto el arsenal científico del señor Salas.

Esos escritos son ciertamente la prueba más decisiva de la plenitud de ciencia que alcanzó el grande Obispo que lloramos. Dudo mucho que entre nuestros escritores eclesiásticos haya alguno que con él pueda competir, sea por la fecundidad, sea por la perfección y magisterio de sus obras religioso-literarias. Desde que comenzó su carrera sacerdotal puede afirmarse que su pluma, pronta y elocuente, no cesó de escribir un solo día.

Fundador de *La Revista Católica*, periódico famoso en la literatura eclesiástica chilena, asociado á su grande y esclarecido amigo el señor Valdivieso, de inmortal memoria, fué, por largos años, su redactor principal, y en algunas épocas, hasta su redactor único. Allí, su pluma magistral desde sus principios, consignó un número incalculable de artículos sabios y luminosos, que eran el martillo de los errores y sofismas contra la religión que pululaban en aquel tiempo. Entonces fué cuando sus enemigos, ó más bien, los enemigos de la verdad, comenzaron á enrostrarle el calificativo de batallador que, en vez de deprimirlo, tanto lo enaltece. Innumerables sermones panegíricos y morales, casi todos inéditos, pero de cuyo mérito puede juzgarse por el aplauso universal con que eran escuchados, y por el precioso espécimen que nos queda en el gran panegírico de San Agustín, predicado en dos días, y que vió la luz pública, arrancando entusiastas aplausos de todo cuando en el país puede llamarse saber y competencia; cuatro ó cinco Oraciones Fúnebres, de las cuales, especialmente de la del señor Arzobispo Vicuña, se ha dicho que son dignas del gran Bossuet, el tipo y el más alto modelo en el

género; un número considerable de opúsculos de largo aliento, tales como la *Defensa del sistema de misiones en la Araucanía*, trabajo leído en el cuerpo universitario, y que mereció, por el fondo y por la forma, los elogios entusiastas del sabio más eminente de la América Latina, el renombrado don Andrés Bello; los dos folletos sobre *Cementerios*, obras admirables de erudición, de ciencia y de lógica irresistible, que agotaron la materia, y que indudablemente habrían dado el triunfo á los derechos de la Iglesia, si, por desgracia, no fueran de ordinario las pasiones, y no la razón y el buen derecho, las que resuelven los grandes problemas religiosos y sociales; el libro del *Guerrero Cristiano*, joya literaria preciosa, que tanto le captó el amor y la gratitud del soldado chileno, y que, á no dudarlo, fué gran parte para que nuestros bravos se lanzaran como rayos, con Dios en el corazón y el valor en el pecho, contra las densas huestes enemigas, y las destrozaran completamente, cubriéndose á sí mismos de laureles inmortales, y á la patria de gloria inmarcesible en las campañas contra el Perú y Bolivia: son otros tantos monumentos imperecederos de la vasta ciencia, erudición y elocuencia del incomparable Obispo.

Lo dicho bastaría, señores, para saciar la ambición más inmoderada de gloria literaria; pero no era ésta la que buscaba el sabio prelado que hemos perdido; buscaba, sí, con afán infatigable, pura y simplemente la gloria de Dios y el triunfo de su Iglesia. Por eso su talento y su pluma no conocían la fatiga; toda cuestión en que de alguna manera estaban comprometidos los intereses religiosos, estaba segura de ponerlo en campaña, blandiendo la terrible espada de su pluma irresistible al servicio de la verdad y del buen derecho. Todo pensamiento, todo proyecto, toda obra, toda institución que tuviera por objeto el bien moral, religioso, patriótico ó social, encontraba en su ciencia poderosa y en su enérgica y laboriosísima voluntad, si no

el origen mismo de su existencia, la cooperación más decidida y el apoyo más eficaz. De aquí esas epístolas circulares, modelos intachables en su género como piezas literarias, empapadas en sabiduría, piedad, unción y entusiasmo santo, que brotaban de los puntos de su pluma, en cada emergencia, en cada circunstancia oportuna, como por encanto. De aquí sus innumerables edictos, reglamentos, formularios, plegarias, novenas y qué se yo cuántos otros monumentos de la alta sabiduría y profundo amor al decoro de la santa Iglesia, del celo por la salvación de las almas, que lo devoraba; de su ardentísima caridad para con los menesterosos; de su tierna devoción, profunda piedad y santidad eminente.

Pero, tratándose de la ciencia del grande Obispo de la Concepción, es imposible no recordar á Roma y el Vaticano. Sí, tú le oíste, gran templo de San Pedro, monumento el más augusto y grandioso que la piedad y la fe de los siglos cristianos pudieron erigir al Dios que reina en los cielos, y á cuyo arbitrio están sujetas todas las naciones de la tierra: el eco de tus bóvedas inmensas repitió los acentos de aquella voz tonante y majestuosa que no se arredraba de derramar torrentes de luz sobre las santas verdades de la fe, en presencia de toda la magistratura suprema de la misma fe. Sí, gran Basílica de San Pedro, reina soberana de todos los templos cristianos: tú le oíste, y vosotros también, Padres infalibles del Concilio Vaticano, órganos sagrados del Espíritu divino: vosotros oisteis á este nuevo Lactancio del último extremo de América, exponer, en el lenguaje abundante y musical del antiguo Cicerón cristiano, los dogmas sacrosantos de la revelación divina; vosotros oísteis á este Jerónimo americano, tan enérgico y elocuente como el Demóstenes latino, derramar torrentes de luz sobre los derechos y los fueros del episcopado católico, cualquiera que fuera la categoría y extensión de su diócesis, sin tomar en cuenta la fama colosal

de las eminencias cientificas á quienes contradecía. Sí, vosotros le oísteis, y vosotros lo aplaudisteis con entusiasmo, y doscientos de vosotros le tributaron las más fervientes expresiones de gracias, proclamándole salvador y vindicador de sus derechos desconocidos. ¡Y el sagrado anciano que se sienta en la cumbre del monte santo de Dios, el plenipotenciario de Jesucristo, el Jefe, en fin, de los jefes de las iglesias, también le manifestó su complacencia y le significó su singular amor; y quién sabe si no era la sagrada púrpura cardenalicia la que le esperaba tras la invitación que le hizo para que se quedase en Roma al lado de la Cátedra Apostólica, si él no hubiera preferido volver á sus humildes lares en medio de sus queridos diocesanos, á vivir entre los resplandores de la corte más augusta entre las cortes de la tierra!

Este hecho, señores, irradia una gloria tan viva y tan imperecedera, no sólo sobre el personaje que la mereció, sino también sobre la América, sobre Chile, y, más que todo, sobre esta ciudad y esta diócesis, que no se borrará mientras exista la Iglesia Católica, es decir, hasta el fin de los siglos. La historia eclesiástica universal tomará nota del hecho, y en todos tiempos se dirá: «el Illmo. señor doctor don José Hipólito Salas, Obispo de la Concepción de Chile, fué una de las lumbreras más esplendorosas del Concilio Vaticano». ¡Qué gloria, señores, qué gloria! ¡Gracias, mil gracias, bendita y querida sombra de nuestro inmortal Obispo!

Con lo dicho, señores, me atrevo á esperar haber producido en vuestros ánimos la convicción de que nuestro pastor amado poseyó la plenitud de la ciencia. *Dies pleni invenientur in eo.* Me resta exponeros la plenitud de su acción.

De nuevo, señores, seré breve. ¿Quién no conoce la increíble actividad del señor Salas? Apenas salido de las au-

las y ordenado sacerdote, el Illmo. señor Vicuña, de santa memoria, primer Arzobispo de Santiago, al restablecer el antiguo Seminario Conciliar, le cuenta en el número de sus más activos cooperadores, y le confía la cátedra de filosofía, que desempeña con tal contracción, habilidad y acierto, cual lo atestiguan los numerosos y aprovechados discípulos que de ella salieron, entre los cuales descuella el Illmo. Obispo de Martirópolis, doctor don Joaquín Larraín Gandarillas, hoy Vicario Capitular de la Arquidiócesis, cuyas relevantes prendas y altísimas dotes son de todos conocidas.

Simultáneamente es llamado á regentar las cátedras de religión en el Instituto Nacional, en donde es el primero que introduce el estudio de los Fundamentos de la Fe. Reorganizada la Universidad de Chile en 1843, es uno de los miembros fundadores nombrados por el Gobierno para la Facultad de Teología. Por el mismo tiempo funda con el señor Valdivieso el periódico *La Revista Católica*, y escribe en ella día á día largos, luminosos y bien pensados artículos. Entre tanto, predica casi diariamente en todas las iglesias de Santiago, da con frecuencia ejercicios espirituales en la casa de San José á caballeros, á señoras, á sacerdotes que lo demandan con instancias; y de mejor gana á sus queridos pobres, á quienes siempre amó entrañablemente; confiesa en todos los monasterios de Santiago, y hasta en las altas horas de la noche en la iglesia de la Compañía; asiste allí mismo á las conferencias morales y distribuciones espirituales que lo más selecto del clero y algunos caballeros de acendrada piedad tenían todas las tardes; dirige noche á noche la palabra de Dios al pueblo, y tal vez le acontece tener que predicar tres y cuatro veces en un mismo día en distintos templos; introduce la práctica de predicar las tres horas enteras de la agonía del Señor el viernes santo, y qué se yo cuántas otras tareas tan santas como abrumadoras se impone. Agregad á esto

el cargo de la secretaría arzobispal, que desde su elevación le confirió su amigo íntimo y compañero de labores, el señor Valdivieso, cargo laboriosísimo, puesto que, á más de las tareas ordinarias de la administración, comprendía la reorganización completa de la Arquidiócesis, llevada al estado admirable de perfección en que la actividad increíble de aquel prelado y la de su fiel amigo el señor Salas la dejaron. Por manera, señores, que. profesor en los dos principales colegios de la República, miembro de la Universidad primero, y más tarde decano de la Facultad de Teología; periodista distinguido, confesor solicitado por toda clase de personas, predicador incansable, secretario del Arzobispado bajo las órdenes del prelado más laborioso que se haya conocido, el señor Salas era un prodigio de actividad. ¿En dónde hallaba tiempo y fuerzas para tanta labor este hombre extraordinario?

Si del simple presbítero pasamos al Obispo. ¿qué podré deciros, señores? Aquí el campo es mucho más vasto, más inculto y más desprovisto de medios y elementos para su cultivo. Sin embargo, no por eso la tarea es superior á las fuerzas sobrehumanas de este Hércules de la Iglesia Católica. Empero, no esperéis de mi que os detalle las tareas propias del ministerio sacerdotal, tanto más laboriosas y abrumadoras en este nuevo teatro de su acción, cuanto era más exiguo el número de cooperadores con que contar podía; baste decir que aquí, como en Santiago, el señor Salas fué un apóstol en toda la extensión de la palabra; solamente que aquí se excedió, por decirlo así, á sí mismo. Tampoco mencionaré las múltiples y variadísimas funciones que en su carácter de Obispo se imponía. ¡Oh! la administración y organización completa de esta vastísima diócesis en toda clase de materias, sin procurarse ni admitir auxiliar alguno, por considerarlo innecesario á su actividad portentosa; sus largas y difíciles visitas episcopales, en que predicaba frecuentemente confesaba sin cesar y

administraba el sacramento de la confirmación con tal profusión, que pasan de trescientas mil personas las que confirmó en el trascurso de su misión episcopal; la frecuencia con que celebraba solemnemente los sagrados misterios en su Catedral con esa gravedad majestuosa y edificante que le era tan peculiar, predicando al mismo tiempo largos y elocuentísimos sermones, tan conmovedores como admirables, frutos las más veces de improvisaciones del momento, y distribuyendo con su propia mano el pan de los fuertes á millares de personas: todo esto, señores, excede con mucho los límites de un discurso. Solamente me permitiré indicaros algunas de sus obras más transcendentales, de aquellas que le aseguran una vida póstuma y una gloria imperecedera.

Señores, ¿qué era esta ciudad en 1854, cuando el Obispo de Concepción, que lloramos, tomó posesión de su silla episcopal?

En lo religioso nada más que un montón de ruinas, en que se veía sobresalir tal cual raro templo inconcluso, desmantelado y solitario; era una Jerusalén desolada que no tenía siquiera un Jeremías que llorara cantando las desventuras de la hija de su pueblo. Aquí no había una Catedral en que el clero pudiera pagar al Altísimo el tributo diario de alabanzas que le es debido en nombre del pueblo cristiano; no había un seminario en que pudieran formarse, alimentados con el pan de la doctrina y con la leche de la virtud, los futuros ministros del santuario.

No había tiernas madres que prodigasen á los infelices enfermos del pobre pueblo los cuidados y los consuelos de la maternidad. Casi no había familias regulares cuyos hijos, abrasados con el santo fuego que arde en sus sagrados Institutos, ayudasen al escasísimo clero secular á repartir el pan de la santa palabra, y á administrar, con los santos sacramentos, la vida del espíritu. No había escuelas ni maestras idóneas para educar á las jóvenes del bello sexo,

tanto de las clases acomodadas como de las menesterosas, en los sanos principios morales y religiosos, y en los conocimientos necesarios y útiles que forman las madres de familias cristianas para la ventura social. En suma, señores, no había nada, ó había muy poco. Y ahora ¿qué veis? Aquí una imponente y bella Catedral que, á poco que se la complemente, podría aparecer sin avergonzarse junto á los templos monumentales de la vieja Europa; más allá un cómodo y hasta suntuoso seminario, en que un buen número de jóvenes, alimentados con la ciencia y la virtud, se aprestan para engrosar las filas del ejército del Señor. Allí el bello templo de los PP. Capuchinos, en donde todas las llagas del alma encuentran pronta y eficaz medicina, y adonde todos los heridos en los caminos de Jericó hallan compasivos samaritanos. Allá la magnífica casa de ejercicios, en donde los hijos del gran S. Ignacio, estos cazadores de almas, distribuyen con larga mano el pan de la santa doctrina y apartan solícitos del abismo de la perdición á los perdidos en los caminos del mundo. Más acá las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, que con los conocimientos útiles á la mujer culta, inoculan en sus tiernas alumnas el amor á la virtud y los encantos de la inocencia. Allá las hijas de la Providencia, ángeles de amor, que, sustituídas á las madres de la naturaleza, crían en sus regazos virginales, educan y alimentan á los infelices huerfanillos, que sin su heroica caridad, ó morirían apenas nacidos ó crecerían pudriéndose en los cenagales del vicio. Acá las HH. de la Caridad, encarnación viva del alma seráfica de San Vicente de Paul, que tienen asombrado al mundo con los prodigios de su amor á la humanidad doliente. Más allá, por fin, las Hijas de la Caridad Cristiana, estas peregrinas del amor que vienen de lejanas playas á buscar el mal y el infortunio, bajo cualquiera forma que se presente, para combatirlo y vencerlo en favor de sus infelices y numerosas víctimas. Basta, señores, basta;

aun queda mucho que decir, pero no quiero hacerme interminable.

Y ¿á quien se debe, señores, esta transformación admirable, este cúmulo de instituciones, á cuáles más benéficas, á cuáles más santas? Nada más que á la actividad sin límites del incomparable señor Salas, inspirada por ese amor inmenso á Dios y á los hombres por Dios que en todos tiempos ha producido los grandes santos. Pero lo que más me admira, señores, es cómo pudo llevar á efecto tantas y tan grandes obras, sabiendo todos, como sabemos, cuán escasas y casi exiguas eran sus entradas, apenas suficientes para proveer á las exigencias de su menos que modesta vida. ¿De dónde sacaba los cuantiosos capitales que necesitaba, ora para levantar desde sus cimientos grandes y costosos edificios; ora para traer de Europa á sus expensas los operarios necesarios para cada institución; ora para sustentarlos aquí y proveerlos de todos los elementos adecuados para el ejercicio de sus funciones? ¡Misterio, señores, misterio de la caridad, que sólo saben comprender almas como la de San Vicente de Paul y la de nuestro querido y venerado Obispo!

Después de lo dicho, yo no dudo, señores, que estaréis tan convencidos como yo de que el incomparable amigo, padre y prelado que hemos perdido, poseyó la plenitud de acción que me propuse demostraros. Razón tenía pues yo, señores, para pediros un triple llanto cuando os decía que llorarais, que llorarais más, que llorarais siempre, porque habíais perdido a un hombre cuyos días fueron llenos con tres plenitudes: plenitud de ciencia, plenitud de virtud y plenitud de acción. *Dies pleni invenientur in eo.* En otros términos: el finado señor Obispo, Dr. don José Hipólito Salas, fué un hombre tres veces grande; gran sabio, gran santo, gran operario de todo bien.

Y ¿es posible que semejante hombre haya desaparecido para siempre? ¿Es posible que ya no exista el amigo, el padre, el pastor, á quien tanto amábamos, respetábamos y venerábamos, y que á su vez nos amaba tan tiernamente, nos amonestaba tan suavemente, y nos conducía tan dulcemente á los deliciosos pastos de la verdad y de la vida? ¡Oh muerte, maldita seas! ¡Nos has quitado la lumbre de nuestros ojos, la vida de nuestras almas! ¡Oh noche funestísima del 20 de Julio! ¡Atrás, fantasma horrible, que trajiste entre tus negras sombras el hierro sacrílego que venía á arrebatarnos la más preciosa de las vidas! ¡Oh, qué herida tan honda y tan insanable has abierto en el corazón de la patria, en el corazón de la Iglesia y en el corazón de todos los hijos de Dios! ¡Oh noche! ¡noche cruel! ¡que seas siempre triste y tenebrosa, que la luna y las estrellas no te envíen sus resplandores, que brisas tibias y perfumadas no acaricien tu negro seno!

Pero nó: ¡silencio, corazón! ¡El Señor lo ha hecho; bien hecho está!... El peregrino hacía mucho tiempo que andaba ausente de la patria y suspiraba por ella; el atleta hacía setenta años que peleaba una ruda, continua terrible batalla; vencedor siempre, pero ya fatigado, exhausto, deseaba la paz. El Señor Dios miróle desde las alturas del cielo, y dijo: basta. El ángel de la muerte cae sobre él, lecubre con sus negras alas, y él sube al cielo sobre las alas del ángel de la vida!

Sin embargo, oh amigo querido, oh padre muy amado, oh pastor venerado, ¿no es verdad que no habéis muerto? ¿No es verdad que sólo dormís, que sólo descansáis de vuestras fatigas en esa fría tumba? ¡Oh, que vuestro sueño no sea largo, que vuestro descanso no sea eterno! Que os veamos, que gocemos de nuevo de vuestra amable presencia; que besemos vuestra santa mano; que recibamos vuestra paternal bendición; que oigamos vues-

tra voz afable y melodiosa que nos aparta del mal y nos conduce por los caminos del bien.

Es verdad, señores, su ausencia no será eterna; un poco tiempo más, é iremos, unos en pos de otros, á reunirnos con él en la tierra de los vivientes. Entre tanto, que su bendita alma descanse en paz bajo las alas de la divina misericordia.



Sr. Presbítero D. Alejandro Echeverría

Nació en Santiago en 1846 y murió en la misma ciudad en 1886, siendo cura rector de Santa Ana. Desde su ordenación sacerdotal fué profesor de matemáticas y de filosofía en el Seminario por diez años; durante este tiempo y el que siguió hasta que fué cura, se dedicó mucho á la predicación, dió lecturas públicas en la Catedral y lecciones en muchos conventos.

Panegírico de Santa Mónica

Sanctificavi domum hanc, quam aedificasti.
Santifiqué la casa que tú me edificaste. (III Reyes, IX, 3).

La antigüedad, señores, no conoció el papel de la madre en la familia. No hablemos de la Escitia, de la Tracia, de la Libia y de los pueblos bárbaros, en que la poligamia, el divorcio y la prostitución legal hacían de las madres otras tantas víctimas de la tiranía del hombre. En el Egipto, que puede llamarse la cuna de la civilización antigua, las leyes y la religión consagraban el repudio y la poligamia; en Grecia, el esposo podía abandonar á la esposa, venderla, destruírla. Colocada bajo el dominio absoluto del hombre, no tenía facultad en Atenas para pedir una garantía, un favor de la ley. En Esparta eran siervas públicas que prolificaban para el Estado y carecían del menor ascendiente sobre sus hijos. En Roma se hallaba bajo el imperio de la esclavitud legal respecto de sus bienes y de su destino social y civil. No sólo el marido, sino aun los parientes masculinos, podían ejercitar sobre ella una autoridad ilimitada, hasta pronunciar sobre su cabeza sentencia de muerte.

Sólo el cristianismo canceló al fin la ignominia de la madre y le devolvió su rango natural en la familia. Tronchó la cadena de esclava y le ciñó diadema de reina. La

reformó, la perfeccionó, la purificó y le confió una misión tan noble, tan augusta, que la mereciera no sólo el afecto sino el homenaje y la admiración de todos. La madre cristiana está llamada á ser el centro de la sociedad doméstica, el lazo de amor entre el padre y el hijo; é inclinando el corazón del esposo á la virtud por el amor y formando al niño en la piedad, ha reivindicado su libertad para formar casi por sí sola la familia de padre, madre é hijo.

Pero ¿de qué medios se ha servido Dios para llegar á esta gran restauración? Ha dado de cuando en cuando á la Iglesia madres modelos, madres tipos, en que se formen las nuevas madres redimidas.

¡Oh Mónica! tú ves que yo principio á hablar de ti. Cuando aun no se habían olvidado los ejemplos de aquellas madres santas de los primeros siglos que formaron á los doctores y á los santos, Dios envió á esta ínclita mujer para que enseñase á todas las madres cristianas los recursos de que disponen por la naturaleza y por la gracia para ser la delicia y el milagro del hogar, puesto que ella, después de haber restaurado y santificado el suyo, pudo exclamar:—«¡Esta casa, esta familia, este esposo, estos hijos, oh gran Dios, que tú me diste, han sido santificados por mí!»—*Sanctificavi domum hanc, quam aedificasti.*

Mónica santificó á su esposo, santificó á sus hijos y se santificó á sí misma, hé aquí todo mi elogio.—*¡Ave María!*

El primer elemento, señores, que forma la familia, es el padre. No sólo pone la piedra fundamental al edificio doméstico, sino que con el sudor de su frente y la obra de sus manos lo levanta, lo pone en orden y desarrolla. Pero, como se trata de algo que es esencialmente moral, á más de presidirlo con la autoridad de su nombre, debe inspirarlo con sus sentimientos y afectos, y, sobre todo, vivifi-

carlo con su virtud. La santidad es, por lo tanto, el primordial elemento de la familia; es más todavía, su cúspide y su corona. El padre está llamado á ser otro Adán inocente y piadoso en el hogar renovado de su Edén.

Con todo, aunque la luz del cristianismo está ahora tan difundida, y la santidad es mirada por lo menos con respeto, no son pocos los padres que se acercan al matrimonial consorcio sin cuidarse de justicia ni de virtud. Corrompidos en su alma, vituperables en su cuerpo, se hacen padres de familia, aspiran á la dignidad de jefes y rectores domésticos. ¡Insensatos! ¿Cómo podrán gobernar su casa para el bien? ¿En qué bases la edificarán? ¿Qué cosecha podrán recoger sino el disturbio en la familia y la desestima é indignación de las gentes?

Uno de estos padres de familia fué el esposo de Mónica. La inocente Rebeca encontró al manso Isaac, que tenía con ella una misma fe, un mismo parecer, una misma inclinación. La hermosa Raquelse unió al infatigable Jacob, que supo acopiar dos almas en una sola con el nudo de la caridad. La festiva Micol va á parar en casa del pacífico David, que congenia con su carácter, satisface sus justos derechos y secunda sus razonables pretensiones como lo manda la paz conyugal. Pero la amable Mónica es desposada, por exigencias de sus padres, con Patricio, hombre por religión idólatra, cruel por índole, pésimo en sus costumbres, infiel, indolente en la educación de sus hijos, orgulloso, sanguinario. Las oraciones de Mónica le causaban hastío, sus limosnas le parecían excesivas, y juzgaba una extravagancia que visitara á los pobres y á los enfermos y tratase con amor á los esclavos. A cada paso encontraba nuestra santa en su camino las mil trabas descritas por Tertuliano, que una mujer cristiana hallará siempre en la compañía del marido que no participa de sus mismas ideas é inclinaciones. Si asistía al templo, la citaba para el baño; si ayunaba, disponía un festín; si pensaba

salir de la casa, jamás los criados habían estado más ocupados; si quería corregir á sus hijos, él los alentaba en los desórdenes con sus disipaciones y malos ejemplos.

Aquí empieza el papel de Santa Mónica como esposa. ¿Cómo se comportará en estas críticas circunstancias? ¿Hablará? ¿Le echará en rostro sus defectos y vil conducta?—Sería ofenderle más.—¿Le dará *opportune et importune* repetidos consejos?—Esto molesta, pero no cura. —¿Le amenazará con romper el lazo conyugal?—Peor que peor: y luego, ¡qué perturbación en la educación de los hijos y qué escándalo!—Entonces ¿qué hacer?—Lo que hace Mónica:—callar y corregirlo con el ejemplo. No profiere una palabra; no se lamenta, no se queja; lo sirve humilde y contenta; le da cada día mayores muestras de amor y de cariño; no hace á sus vecinas ó amigas las confidentes de sus dolores: de tal suerte que, admirándola este hombre aun en sus arrebatos de mayor furor, no podía menos que, á intervalos, entrañablemente amarla. ¡Oh prodigio del deber cumplido de la esposa cristiana! ¡Oh estupor!

«La mujer fiel, dice el Apóstol, santifica al marido infiel» (1). San Juan Crisóstomo comenta este pasaje diciendo:—«Nadie en el mundo es más capaz que una mujer virtuosa de enseñar y hacer practicar á su marido todo lo que ella quiera; y nunca escuchará éste con tanta benevolencia los consejos de un amigo ó de un maestro y aun los de un príncipe, como los de una esposa virtuosa: hay en sus insinuaciones encantos irresistibles».—El elocuente Padre de la Iglesia hacía en estas palabras el retrato de Mónica. Dulce, afable, humilde, caritativa, llena de viva fe, de espíritu de sacrificio, no tenía más preocupación, más amor, que su marido y sus hijos en la tierra, y Dios en el cielo. Devorada del celo de la salvación de su espo-

(1) I Corintios, VII, 14.

so, lo que no alcanzaba con las prudentes indicaciones, lo pedía á la oración y á la penitencia. Poco á poco Patricio se transformaba insensiblemente é iba ganando en elevación y nobleza, apareciendo mezclado su amor con un principio de respeto de que jamás había tenido idea. «Mónica le parecía cada día más bella, dice San Agustín, y esta belleza, que provenía de su virtud, empezaba ya á ganarle el amor respetuoso y hasta la admiración de su marido» (1). La purísima luz de sus costumbres disipaba las tinieblas de sus errores; la simplicidad de su corazón, la doblez de su carácter; la rectitud de su espíritu, sus injusticias; la modestia de su porte, sus extravíos; la humildad, el sufrimiento, la caridad, el amor de Dios, todas las virtudes que en grado heroico practicaba, acabaron por desarmarlo y por vencerlo. Un día Patricio se presenta en su retrete y le dice:—«¡Alégrate, Mónica; tus gracias y las del cielo me han rendido! Tu fe es la mía, y mi Dios el tuyo».— ¡Oh estupenda victoria! ¡oh triunfo memorable! Vedle al pie del altar, seguido de Mónica. Se arrodilla é inclina la cabeza, en tanto que el obispo le impone las manos y ruega al Señor le admita en el número de sus hijos. Hácele al mismo tiempo en la frente el signo de la cruz, se le impone en los labios la sal bendita, símbolo de la incorruptibilidad, y su nombre queda inscrito en los libros de la Iglesia. Admiran esta victoria los ciudadanos de Tagaste, que la reputaban imposible; la admira el inspirado obispo de Milán, que no puede menos de expresarle sus calorosas felicitaciones, y la admirarán siempre las esposas cristianas, tomándola por ejemplo y por modelo.

Y con razón, porque, salvo ligeras nubes que ella continúa disipando hasta hacer de Patricio un predestinado, la serenidad se establece en aquel hogar. La tempestad

(1) Confesiones, l. IX, cap. IX.

ha pasado y la primavera florece en la casa del neófito de Tagaste. Ya no se ocupa sino en cumplir sus promesas: sirve solícito á Mónica, la sonríe con el corazón en los labios, asiste con ella á los oficios religiosos, la defiende de sus enemigos y la cubre con el manto de su autoridad.

Empero, señores, ¿cuántos años de perseverancia ha necesitado Mónica para obtener este espléndido resultado? Asombro causa á las inconstantes y débiles esposas del día el decirlo: ¡dieciocho años! Era el rayo de sol que jamás deja de aparecer en el horizonte; el ángel que siempre nos acompaña; la gota de agua que, cayendo todos los días, termina por horadar la piedra.

Di entonces ¡oh Mónica! con santo orgullo, la palabra inspirada de tu elogio:—*Santificavi domum hanc, quam aedificasti.* «Este marido, Señor, que me diste, ha sido santificado por mí».

El segundo elemento de que se compone la familia, señores, son los hijos. Mientras éstos crecen al lado de la madre hermosos y obedientes, todo es delicia y gozo para ella. Pero, cuando se extravían.. ... ¡oh! es el tiempo de los grandes dolores y las lágrimas! Sin embargo, es precisamente la época en que se revelan todo el poder, todo el valor, toda la gloria de una madre cristiana.

Dios quiso dejarnos un tipo perfecto en Mónica, madre de Agustín. Muerto Patricio, la Santa quedó con su hijo en la flor de la juventud. En este período de las peligrosas pasiones, fué cuando comenzaron las nuevas y crueles pruebas que habían de hacer resaltar todo el mérito de esta mujer mil veces admirable. A pesar de todos los cuidados que había prodigado á su hijo, de todos los medios que había empleado, con un celo que parecería ahora axagerado, para evitar que la inocencia y la fe de Agus-

perjurio tratar de aparecer por el talento, por el trabajo y ni siquiera por la virtud. «Que nadie se acuerde de mí, ni dentro ni fuera, ni en el claustro ni en el mundo», ha de ser tu lema. Sí; es necesario que el corazón sufra la más dolorosa de las operaciones, que se deje cortar impasible las fibras delicadas de la vanidad y del orgullo. ¡Oh, y qué difícil es morir á este yo del amor propio, el niño mimado del alma! Estaría uno pronto á tirar por la ventana todos los bienes de fortuna, sacrificaría de buen grado seres muy queridos, pero pidiendo gracia para éste. Con todo, es este amor propio el principal objeto de la tarea destructora que se impone el alma en la vida religiosa. En consecuencia, evita las disputas y todo conato de superioridad; ama que la reputen la más inhábil de la casa y que le designen los oficios más bajos; no teniendo derecho para desplegar sus labios cuando la calumnia la ofende ó la envidia la muerde; antes bien, con la cabeza humillada en el polvo, déjase aplastar de todos como vil gusano. Dice á este propósito Santa Teresa en diferentes pasajes: —«Trabajad por sacrificar en el altar la víctima del honor. ¡Cuántos creen haberla degollado y palpita todavía! Quienquiera que sienta dentro esta vida de honores, empéñese por extinguirla; porque, mientras abrigue en su interior este fuego extraño, no dará un paso en la perfección; es una cadena harto difícil de romper, y por lo mismo conviene invocar á Dios para que venga á troncharla con su mano; no debiendo dejar pasar ninguna ocasión en que podamos cortar la cabeza de esta víbora que envenena y corrompe el poco bien que tenemos. Conozco almas tan elevadas y santas, que, al contemplarlas, me pongo como aturdida. No obstante, ¿qué las detiene, que parecen encadenadas á la tierra? Están apegadas á los miserables honores, creyéndose en el deber de aspirar á ellos para hacer mayor bien. Engáñanse estas almas: allá, en la raíz de la planta veo un gorgojo que roe y la hará per-

der toda su belleza. Yo, continúa la santa, tenía entre mis defectos el de no saber las rúbricas; otras novicias eran capaces de ser mis maestras; pero el amor propio me detenía por temor de revelar mi incapacidad. Cuando después comprendí dónde estaba la gloria, me alegraba de mostrarme la más necia, y sin la menor duda la última del monasterio. No sabía canto, y la voz no me servía de provecho; pero no experimentaba vergüenza por la risa que podía excitar en las que me escuchaban: como estaba decidida á hacer el sacrificio, reía de mí misma y gozaba en la risa de las demás. Hijas mías, hijas mías, si deseáis adelantar en la vida interior, entrad por la puerta de los desprecios y humillaciones» (1).

Pero, hermana mía, no basta morir á la libertad, á los honores, deber es también de la religiosa morir á los goces por la castidad.

Placer es el mundo, y sus secuaces no viven más que de goces. ¡Sensualismo! ved ahí el signo que distingue á la sociedad moderna. Nuestras generaciones enervadas se embeben en él, pretextando que de otro modo la vida es sin encantos. Para muchos la virtud no pasa de una higiene que permite prolongar los goces moderándolos. «Coronémonos de rosas, dicen, antes que se marchiten, comamos y bebamos, que mañana moriremos» (2). Mas, lejos de departir con los mundanos en este banquete de delicias, tienes tú que amar la mortificación para ser casta. Pero ¿cómo?

Siempre volvamos nuestras miradas á la figura propuesta.

El gusano en su voluntario y estrecho encierro renuncia á todos sus gustos. No ve, no oye, no tiene un brote

(1) Camino de perfección.
(2) Sabiduría, II, 8.

de la morera con que alimentarse, una gota de agua que beber. No alcanza á penetrar en su obscura prisión débil ráfaga de luz que lo alumbre ó un rayo de sol que lo caliente. A trueque de envolverse en los hilos de su limpia seda, extínguese y muere.

¡Oh generosa novicia! aparéjate para la mortificación y el martirio. Dentro de esa cárcel mística tu vista no se esparcirá á ningún objeto halagüeño, tus oídos no escucharán los cánticos y melodías del siglo, el olfato no podrá recrearse en los perfumes, el tacto no encontrará más que asperezas, disciplinas, cilicios. Parco el sueño, la cama dura, grosero el alimento, continuo el trabajo, el claustro es el traslado de la tumba. No lo baña la luz, no lo calienta el sol, por doquiera silencio, soledad, misterio, horror. No se siente otro ruido que el de los pasos de los sepultureros cuando vienen á depositar en la huesa un nuevo cadáver.

Hablemos sin figuras.

El campo de esta clase de operaciones es, para la religiosa, la carne, el viejo hombre, de que hace mención el Apóstol, ser arruinado y ruinoso, en el cual lo que no está corrompido y destruído, está por corromperse y morir. No hay en este cuerpo maravillosamente múltiple, un solo sentido, una sola fibra, una gota de sangre, un lineamiento del rostro, una sonrisa de los labios, que no éntre en la espantosa conjuración que el espíritu de la carne urde contra el espíritu de pureza, y á la cual no haya que oponer la mortificación religiosa. ¿Qué músculo, qué nervio no puede ser causa de una enfermedad, de un verdadero suplicio? «¡Ah! si el hombre es un gran tesoro de dolores, dice un escritor, convengamos en que es á su vez un gran arsenal de pecado, no solamente por la variedad de concepciones y combinaciones que nuestro espíritu tiene al servicio de las numerosas é insaciables pasiones de nuestro corazón, sino tambien por la admirable canti-

dad de medios que la variedad y fuerzas de nuestros órganos proporcionan á nuestra voluntad para ejecutar sus designios» (1). El encargo de la religiosa es, por tanto, perseguir la sensualidad dondequiera, detener sus pasos, prevenir sus consecuencias, ahogar sus gérmenes, combatir todos los principios, abolirlos, anonadarlos.

Y ¿qué diré de la muerte á todos los goces, aun los que á primera vista parecen más puros, por razón de la perfección, del voto de castidad? No sufre el cariño de una madre; la mirada de una hermana es capaz alguna vez de conturbarla, como tiembla en la hoja del árbol la gota de rocío que toca al pasar la brisa de la mañana. ¡Oh muerte de todas las afecciones! La religiosa es un cadáver.

No es esto todo. La religiosa perfecta debe morir juntamente á los consuelos, á los goces de suyo espirituales. Es la muerte más dolorosa que puede concebirse. Amar á Dios sin placer, sin gusto; verle esconder su amable rostro, tornarse cruel y dejar que el alma llore, padezca, agonice; sentir en derredor tinieblas palpables, clavada en la cruz, luchando con una verdadera inanición, el corazón como un catafalco cubierto de mármol negro, ¡oh! es un indecible martirio. No quedan más tristes los templos en los días luctuosos de semana santa, privados de adornos, vacíos de imágenes, abiertos los tabernáculos, desnudos los altares, las luces apagadas unas en pos de otras, que lo que está el alma en estos tormentosos instantes. «¿Dónde está mi Dios? dónde estoy yo?», son sus exclamaciones cuotidianas: se me figura un náufrago que lucha con las olas y que al fin arriba á una isla desierta y rodeada de mares solitarios. La pobreza la espanta, el desprecio la enciende en ira, los dolores la desesperan, el confesor no la consuela, los superiores no la entienden, el cielo es de bronce, es un alma sola, verdaderamente sola. Si ora, le

(1) Gay, De la vie et des vertus chretiennes, t. 2.º, pág. 32.

parece que no ora; si camina, que la tierra se abre; si ama, imagínase que aborrece. Por eso, ignorando por una parte que este trastorno se verifica en las bajas regiones del espíritu, y temiendo al propio tiempo haber ofendido a Dios y disgustado á su Bien, deja escapar de su corazón un grito tan terrible como el del Calvario:—«Dios mío! Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?» ¡Gran Dios, ¿hasta qué punto alcanza á subir la ola de este mar de amargura? Es una muerte que no puede ser seguida de otra muerte.

Es noble oficio del pintor amontonar las sombras y recargar el cuadro de tintas negras y parduzcas, para que se destaquen mejor los golpes de luz y los perfiles del retrato.

Alégrate, pues, hermana mía. Si mi lenguaje ha sido severo, á pesar del amor al sacrificio que te caracteriza, y terrible la pintura que te he hecho de la vida religiosa, es solamente con la mira de que más resalten sus beneficios y sus glorias. Después de la muerte, la vida; en pos de la destrucción, la resurrección. *Non vivificat, nisi prius moriatur.* «No hay vida, si primero no se muere». La metamorfosis ha terminado; el gusano se ha convertido en linda mariposa.

Expliquémonos por partes.

Se muere a la libertad del mal y se resucita á la libertad del bien, muere la religiosa esclava y resucita libre. Esta es la primera resurrección.

Pero tomemos antes por punto de partida la comparación de la mariposa.

Rotas sus ligaduras, dotada de alas vaporosas, vuela donde quiere, á la colina, al bosque, al prado, de jardín en jardín, de flor en flor. Nada le detiene. Cuando el niño cree haberla cogido, se le escapa de entre las manos.

¡Qué imagen tan exacta de la libertad para el bien de que dispone una religiosa! Libre de los vicios y pasiones, que son los peores tiranos, vuela libremente á Dios por la obediencia; y lo encuentra en el cielo y en la tierra, en el tabernáculo y en el superior, en las constituciones y en la regla, á todas horas y en todas partes, para resolver sus dudas, pedir doctrina y saber pensar, juzgar y querer en el orden del bien; en una palabra, puede, mediante la obediencia, desplegar noblemente todas sus facultades y acercarse al ideal supremo. Desde que no tiene más dependencia que la divina, ninguna consideración humana es obstáculo para ella. La gloria de Dios, el progreso en la virtud, es su norte y guía. Su esfera de acción se agranda, colocándose en horizontes infinitos: no se cierne con más libertad el águila en las elevadas regiones de la atmósfera. Es como el sol en las alturas del firmamento, que no tiene más traba que la que le impone la ley de gravitación; y por eso no hay rincón de la tierra que no alumbre y caliente con sus rayos. ¿Quién posee más libertad que Dios, que no puede hacer el mal? Pues por la obediencia perfecta, toda la voluntad de Dios pasa á la voluntad de la religiosa, la penetra, se la asimila. Concurre de este modo á hacer todo lo que Dios quiere y participa en cierta manera de su omnipotencia, por la cual hace todo lo que quiere sin dificultad alguna. ¡Qué libertad! En el infierno no se obedece nunca, en el cielo siempre: el claustro es entonces el cielo. Con la obediencia la religiosa queda en libertad de ejercitarse gradualmente en todas las otras virtudes; porque, según la expresión de los místicos, es el sello del desasimiento, el colmo de la mortificación, la flor del temor santo, la garantía y lustre de la pobreza y castidad, la última palabra en la obra de la perfección. En el mundo todo incita á caminar por la libertad del mal, que es esclavitud; en el claustro, la pendiente es al bien:

no hay más que dejarse llevar por la corriente como barco lanzado en rápido río.

¿Quién más libre para pensar y hacer que el que no puede errar? La obediencia, dice David, introduce en el santuario de las potencias del Señor, comoquiera que hace participar prácticamente de la infalibilidad divina (1). Factible es que un superior se engañe y aún que peque; el inferior, obedeciendo, no puede pecar ni errar.—¿Has cometido tal acción imprudente; omitido has aquella obra que todo el mundo calificaba de indispensable?—«Señor, he obedecido», es tu respuesta. ¡Qué libertad la del navegante que sabe va la nave á cargo de diestro piloto! Esa es tu condición. Amenazadores cuidados, zozobras, inquietudes, huíd lejos de mí. ¡Feliz eres, hermana mía, en aceptar este dulce yugo, que encadena para libertar! En adelante, no serás sierva sino libre. La libertad del mundo que abandonas, es la del Egipto. La profesión es el mar Rojo: en la orilla opuesta se canta con Moisés el cántico de la redención De hoy más, ¿quién puede repetir con mejores títulos que tú las palabras de David: «Señor, tú has roto mis cadenas, yo te sacrificaré una hostia de alabanza?» (2).

No puedo resistir al deseo de copiarte a la letra y con este intento unas sentencias de Santa Gertrudis tan exactas como hermosas.

«¡Oh dulce obediencia, dice, amable y cara obediencia! ¡cuán gloriosa eres desde que las otras virtudes no existen más que por ti! Eres una reina sin par. Quien se desposa contigo es rico en toda suerte de bienes y no sufre ningún mal. Los días de la obediente están colmados de paz y se deslizan tranquilos: las olas de la mar brava son impotentes para dañarla. El centro de su alma es inaccesible

(1) Salmo LXX.
(2) Salmo, CXV, 16, 17.

al odio y la injuria no le hace mella. ¡Oh dulce obediencia! Mucho parecido tienes al Verbo, el Hijo muy amado. Tú places á todo el mundo: el rostro siempre sereno; exhalas el perfume de una humildad sincera; nada deseas del prójimo fuera de mi voluntad. Recta eres y sin dolo, porque haces el corazón caritativo. Eres como la aurora que anuncia la gracia divina. Semejante al sol, calientas al que te posee, porque el ardor de la caridad nunca te abandona. Día a día fecundas la tierra, haciendo producir al cuerpo y alma un fruto que da la vida. Eres una perla preciosa pero oculta, que muchos no conocen y que el mundo loco pisa sin saber; con todo, despreciándote á ti misma y haciéndote pequeña en cualquiera ocasión, elevas las criaturas cuya conducta inspiras. Grande es tu poder, de tal suerte que nadie es capaz de resistirte, porque has salido de la servidumbre mortal de la sensualidad, que destruye toda grandeza y reduce el alma á esclavitud» (1).

———

Pero vengamos á otra resurrección no menos bella y gloriosísima.

Muere la religiosa á los falsos honores y resucita á las verdaderas grandezas, muere pobre y resucita rica.

No dejemos de mano el término de nuestras semejanzas.

El gusano, despojado de su ruindad, se transforma en una espléndida y brillante mariposa. Las alas y cuello ostentan una variedad y profusión de colores que no alcanza á imitar el arte ni trasladar la palabra. Dice Jesucristo en su Evangelio que su Padre viste á los lirios del campo con más riqueza que lo hiciera Salomón en el apogeo de su gloria (2). Otro tanto puede decirse de este misterioso insecto. El escamado que lo cubre imita el brillo

(1) Diálogos, 155.
(2) San. Mateo, VI, 29.

del oro, del rubí y los cambiantes de luz de las piedras más preciosas. Muerto, es todavía uno de los mejores trofeos que ostentan los gabinetes de la ciencia en que se exhiben las obras más perfectas de la naturaleza.

Del propio modo acontece á la religiosa. Si bien se confunde en su nada y suma bajeza, no por eso deja reconocer las gracias que Dios obra en ella. «La humildad, dice Santo Tomás, no consiste ni en ignorar ni en despreciar los dones que Dios nos dispensa» (1). Dios no es orgulloso, y, no obstante, es la excelencia esencial: El se lo sabe. Mostróle un día su omnipotencia á Santa Angela de Foligno y á continuación le dijo: — «Mira ahora mi humildad. Y yo vi, cuenta ella, un abismo de espantosa profundidad: era el movimiento de Dios hacia el hombre y hacia todas las criaturas» (2). ¡Qué pensamiento tan sublime y decidor! Pero hay otro ejemplo más cercano. María fué humilde sobre toda criatura. Con todo, ¿cuál fué la actitud que asumió al recibir las calurosas felicitaciones de Isabel? ¿Niega acaso los prodigios operados en ella por la virtud del Altísimo y la grandeza incomparable á que fué elevada con ser escogida madre de Dios? Nó; acepta los homenajes de que es objeto, pero los devuelve á Dios. *Magnificat aníma mea Dominum*, exclama. «Sí, grande soy, y todas las generaciones me apellidarán bienaventurada, porque el Omnipotente ha hecho en mí superiores maravillas» (3).

Magnificat, éste será, hermana mía, el cántico de reconocimiento que resonará siempre en tus labios por las grandezas á que en la religión serás ensalzada. *Magnificat*, porque te ha sacado de los lazos de este réprobo mundo; *magnificat*, porque te ha dado fuerzas para rom-

---

(1) Contra Gentes, lib. IV.
(2) Vie, par le Frère Arnaud, traducción d'Ernest Hello, cap. 22.
(3) San Lucas, I, 47.

per las dulces ligaduras de la carne y de la sangre; *magnificat*, por esta santa libertad de que aquí disfrutas, por la paz hallada del corazón, por el delicioso comercio con el cielo; *magnificat*, porque te ha traído á una tierra de bendición, en que tu nombre será grande y famoso de puro ignorado; *magnificat*, porque te ha hecho dueña de sus más escogidas gracias, de una pureza que emula á la angélica de la pobreza que se tiene por tesoro, de la humildad por grandeza y de la abyección por gloria; *magnificat*, porque has encontrado el camino, la verdad y la vida, tu luz y tu herencia, el lirio del campo, la montaña del incienso y el monte de la mirra; *magnificat*, en fin, porque glorificando tú á Dios, El te glorifica á ti. Con efecto, la religiosa perfecta es la verdad confesada, la justicia cumplida, el orden establecido, la obra maestra de la gracia, la perfección consumada. Es la imagen de la encarnación, opimo fruto de la redención, el tipo de la resurrección gloriosa, «la armonía plenaria de los mundos, según la expresión de un autor, con sus pensamientos, deseos y atractivos eternos». ¿Qué más? El hecho solo de tu profesión es un himno á la divinidad y á la virtud, y cada uno de tus pensamientos, afectos y acciones durante esta nueva vida escriben un verso más en esta sublime epopeya del alma con Dios. El mundo, á su despecho, te venera, los ángeles te admiran y la Trinidad se regocija, porque desde hoy eres su confesión solemne, su mejor alabanza y testimonio.

Refiere San Juan Clímaco que un siervo de Dios tuvo un día una visión. Aparecióle la humildad en toda su grandeza. Extasiado el santo, le dijo: dime el nombre de tu padre.—A esta exigencia, sonriendo la virgen con gracia y serenidad, le respondió: ¿Quieres saber el nombre del que me ha engendrado? Es precisamente el ser que no tiene nombre: yo te lo revelaré cuando veas á Dios, á

quien sea toda gloria por las eternidades de los siglos (1). La visión desapareció. Si no es una historia verídica, al menos es una santa parábola que te enseña serás tanto más grande cuanto más humilde, ya que esta virtud es la hija predilecta de Dios. César dijo: prefiero ser el primero en una aldea que el segundo en Roma. Tú dirás: en una comunidad, la primera es la última y la última la primera.

Ocioso sería después de esto entrar á revelarte la riqueza que encierra tu pobreza desde que todas esas gracias y grandes tesoros tuyos son. A través de ese pobre hábito, yo descubro tu alma recamada de lujosas labores y bordada con piedras de sumo precio, muy más ricas y lucidas que las que semejan las alas de la mariposa. La vida de una religiosa desprendida de toda posesión terrena, es una emigración á la patria celestial; hase cambiado en esperanzas de los bienes eternos, que, como dice el Evangelio, no roe la polilla ni come la tiña (2): aspira al cielo, por decirlo así, por todos sus poros. Su inteligencia es rica en ilustraciones celestiales y tesoros de sabiduría, porque Dios sólo acostumbra revelarse á los pobres y pequeñuelos, mientras el corazón desborda en oro de divino amor. Dice ingeniosamente San Gregorio que el que ama mucho es como el que llega á un país ardiente: el calor de la temperatura lo obliga á desvestirse. La pobreza y el amor son, pues, dos amigos inseparables, un hermano y una hermana que se abrazan, y que al fin, en una alta región, se unen como un esposo y una esposa en la comunidad de bienes de la eterna fruición.

¡Ea! hermana mía, en lo sucesivo serás pobre en la tierra, rica en el cielo; pobre en el cuerpo, rica en el alma; pobre según el hombre animal, rica según el hombre es-

(1) Scala Parad., 25.
(2 San Marcos, X, 21.

piritual; pobre de este mundo y en este mundo, rica de de Dios y en Dios.

Tiempo es ya, hermana mía, que procedamos á explicar la tercera y última resurrección.

La religiosa muere á los goces terrenos y resucita á los celestiales, muere virgen y resucita madre.

Profeta del ferviente celo y casto amor, purifica mis labios con el carbón encendido para que acierte á demostrar como conviene esta difícil transformación.

¡Qué sutiles son las alas con que resucita la mariposa! En su trasparencia son tan diáfanas como el cristal. ¿Quién no se ha advertido de la movilidad fugitiva de sus varios colores? Para usar de una gráfica similitud de Balmes, diré que no sufren el leve oreo del aura más apacible, desaparecen sus tintas con extrema facilidad, disípanse al más leve contacto como exhalación pasajera. Mas, con ser tan delicada, goza, mientras vive, de lo que tiene de más deleitoso la naturaleza, bebe la luz del sol, chupa el néctar de las flores y aspira los perfumes esparcidos en el aromático ambiente. Se fecunda de una manera prodigiosa.

Como es de severa la mortificación de una religiosa, en proporción es bella y deleitable la castidad que resguarda y conserva. De un lado se la ve, los ojos abrasados como hoguera, en la mano una antorcha encendida: tiene algo del querubín que velaba á la puerta del paraíso terrenal (1). Pero del otro es de una finura increíble: flor que dobla su corola á un rayo ardiente de sol, perla de la mañana que tiembla en la hoja del árbol, espejo que empaña el más leve aliento, sombra tímida y movediza. ¿Qué mayor deleite para el alma que el de contemplarse vestida de esta delicadísima belleza? Precisamente, porque la con-

---

(1) Gay, id., tom. 2.º, pág. 273.

signa de la castidad es repudiar los placeres carnales, prepara á los espirituales. Ella hace del corazón un templo, del cual puede repetirse lo que Dios decía del antiguo tabernáculo: «No os acerquéis sino temblando» (1). Dentro se verifican misterios inefables. Habla Dios al alma casi sin velos, enloquécela de alegría; la embriaga con éxtasis, raptos, deliquios; únela á El con desposorios de místico amor, divinízala, deifícala; mientras los ángeles la rodean, la sirven y celebran su dicha al son de cítaras armoniosas. Desde que es mariposa, se apacienta de brisas y aromas, se nutre de pensamientos puros, de afectos limpios, de esperanzas divinales y vive en un perpetuo festín. La mortificación desprende cada día más y más el alma del cuerpo y la deja más apta para disfrutar de los puros goces del espíritu. «Mis pies, dice la esposa de los cantares, lavados en el agua, han recobrado su nativa blancura; ¿cómo podría tolerar yo que tocasen el lodo que mancha? ¡Ah! mis manos destilan perfumes, la voz que oigo es más dulce que la miel y por entre mis dedos se escurre la mirra más preciosa» (2). Esa eres tú, hermana mía. Al paso que se multipliquen en tu cuerpo los estigmas de la mortificación, se aumentará en tu ser la castidad y la alegría. Tus ojos, cerrados á los entretenimientos de la tierra, se esparcirán en los panoramas celestes; tus oídos, sordos á los sonidos mundanales, escucharán secretas voces; tu boca silenciosa se abrirá á gustosísimos coloquios: ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón humano lo que Dios tiene preparado para las vírgenes que le aman (3).

¿Es verdad que el claustro es una tierra de desolación y duelo, una tumba ó sepultura? Lo es, si miramos la religión con los ojos de la carne; es un paraíso, si penetramos en ella con los ojos de la fe y del espíritu. Dijo Dios á

(1) Levítico, XXVI, 2.
(2) Cantar, V, 3, 5.
(3) I Corintios, II, 9.

Abrahán: «Cuenta, si puedes, las estrellas» (1). Lo propio te dice á ti: «Ensaya, si eres capaz, contar las alegrías que yo te tengo deparadas en la vida religiosa». En ella hay días de lluvia, pero los hay despejados; hay sombras y fantasmas, pero no falta de cuando en cuando luz y cielo sereno; hay rudos inviernos, pero seguidos de primaveras floridas y fértiles otoños; horrores hay que espantan, pero entre ellos se perciben cantos de aves y armonías de la naturaleza y de la gracia. Tiene sus consuelos la ciencia, la familia, la amistad, el amor. «Pero todo esto, dice San Agustín, son consolaciones de miserables; no es el salario de las almas castas» (2). Los ángeles recorren hoy este claustro y dicen como en Belén: «Os anunciamos un gran gozo, que será para todo este pueblo: hoy ha nacido una nueva religiosa, una corredentora más del mundo» (3). Por eso estos muros resuenan siempre con alegres cantos. «¡Dios mío!» decía el real profeta, ¡qué grande es la abundancia de las delicias que gustan en secreto los que os temen, aman y sirven» (4). Son alegrías sin cuento: de espíritu y de corazón, de conciencia y de sentidos, individuales y sociales.

La castidad no priva á la religiosa de los puros goces de la familia: eso sí que su parentela está metamorfoseada como ella. En vez de una madre y hermanas carnales, le sobrevienen muchas espirituales; el mundo todo acude á su seno maternal para pedir sus oraciones é implorar sus intercesiones y sus méritos. Convertir á los pecadores, guardar á los justos, formar los santos, es tu labor. Eres destinada á un prolijo y centuplicado alumbramiento, que te hará llamar de todos con justicia, madre! «Vi la castidad, dice con este motivo San Agustín, que brillaba con

(1) Génesis, XV, 5,
(2) De Civit. Dei, lib. XXII.
(3) S. Lucas, II, 10.
(4) Salmo XXX, 20.

una alegría pura y serena: como lo habría podido hacer una hermana, me invitaba hacia sí; pronta á abrazarme, tendíame las manos llenas de admirables ejemplos: niños, adolescentes, de todas las edades, viudas venerables, mujeres envejecidas en la virginidad, almas sin excepción castas, y su castidad no era estéril. Era una madre fecunda, que engendraba un sinnúmero de verdaderas alegrías, como otros tantos frutos que debe á vuestro amor, ¡oh Dios que sois su esposo!» (1).

Por último, es tanto lo que goza en el claustro una religiosa perfecta, que se entretiene en el mismo padecer del espíritu. Yo no sé qué hay en él de dulce, de arcano, que llega a deleitar a las vírgenes. Tus abolengos en la familia religiosa fueron todos de este temple y carácter. No te haré recuerdo de tu madre y fundadora, Santa Juana Francisca de Chantal, porque sería tarea larga y tú te los tienes muy en la memoria. Yo, dice Teresa de Jesús, me encuentro como fuera de mí, tengo las mejillas húmedas en llanto y las lágrimas corren por ríos de mis ojos, como cae la lluvia del cielo. Con todo, siento que un licor dulce penetra mis fibras y fortifica mis huesos, lo siento y me gozo con su perfume. ¡Ah! experimento en mi padecer tal valor, que arrojaría gustosa mi cuerpo bajo de las ruedas para que lo hicieran pedazos. Señor. hiéreme, traspasa el corazón de parte á parte, que una sed me devora; no puedo más del deseo de sufrir; ó padecer ó morir, ¡ó padecer ó morir! A Juan de la Cruz díjole el Señor: ¿Qué quieres, siervo mío, fiel? Dime: ¿quieres la quietud ó la unión? ¿el rapto ó el esponsalicio? ¿Quieres mejor el premio del paraíso? —Sufrir, Señor, respondió, y ser despreciado por ti.—Y á Luisa de Saboya le dirigió esta pregunta: Dime, ¿cuál de estas tres lanzas prefieres, la enfermedad, las persecuciones ó la calumnia? Escoge.—Las tres, dadme las tres, fué su respuesta.

(1) Conf., Lib. 8.º

No prosigamos.

Madre amante, enjuga tus lágrimas: la hija que hoy entregas muerta al mundo, va á resucitar en el claustro libre, grande y gozosa (1).

Hermanas, amigas queridas, no la lloréis; llorad más bien por vosotras que quedáis en medio de este siglo, donde la esclavitud se llama libertad, la humildad deshonra y se tiene horror al padecimiento. Estremézcanse de alegría vuestras cenizas humilladas, oh padre, en edad temprana perdido, porque en este momento muere una hija tuya para darte á ti la vida y completar tu redención.

La mariposa busca siempre la llama, y á menudo se abrasa y extingue en ella.

Sé mariposa hasta el fin, Sor María Zoila. Comienza á revolotear desde hoy en torno de las llamas del divino amor, que es el epílogo de todas las resurrecciones; bebe su luz, aspira su calor, apasiónate de sus dulces rayos, de modo que, abrasada y extinguida, te ofrezcas en un holocausto, que será para Dios de gloria y para ti de mérito, de vida, de consolación en la muerte, de gozo sempiterno en la patria de los bienaventurados.

(1) La señora Nicolasa Cerda de Alamos, madre de la nueva religiosa



Discurso de profesión religiosa

(Carmelitas de San Rafael). 9 de Septiembre de 1884

Surge, propera, columba mea, et veni.
Levántate, camina, paloma mía, y ven. (*Cantares*, II, 10).

Ilustrísimo señor (1):

Señores:

Esta debió ser la gozosa invitación con que Dios, después de la larga noche de cuarenta siglos, hizo brotar ayer en esta tierra de pecado á la madre de la gracia, la pura y bellísima María, y ésta es también, según me imagino, la dulce y misteriosa invitación que te dirige hoy á ti, generosa novicia, en este día de tu nacimiento espiritual á la vida religiosa, que es la vida de la gracia en toda su plenitud y excelencia. Contenta con el triple voto con que á El te has consagrado, hermosa con esta transformación sobrenatural en que como el fénix renaces de tus propias cenizas, Dios se complace en ti, te llama con el dulce nombre de paloma y te dice:—«Levántate, camina, nueva paloma mía, y ven». *Surge, propera, columba mea, et veni.*

(1) El Illmo. Señor Larraín Gandarillas, Obispo de Martirópolis y Vicario Capitular de Santiago.

Permíteme entonces considerar detenidamente el sentido de estas palabras, que tienen en este momento para ti la más alta significación. Desde luego, yo descubro en ellas las diversas gracias que el distribuidor de todo don pone en juego para transformar en El, con los vínculos de la caridad, un alma que le es querida. *Surge*, levántate;—hé ahí la gracia que los teólogos llaman preveniente, que excita, que mueve el espíritu á seguir el divino impulso. *Propera*, camina;—hé allí la gracia concomitante, que lo avalora y hace córrer en el camino emprendido. *Et veni*, y ven;—ven aquí, en fin, la gracia consiguiente, por la cual se llega al feliz término que la misma gracia ha tenido en vista (1).

Que contigo, hermana mía, ha usado de todos estos artificios el autor de la gracia, el que has escogido por tu celestial esposo, es lo que intento demostrar en mi discurso. Trazaré, pues, en él, bajo la alegoría de la paloma, las varias y principales alternativas de tu vida y los amorosos designios con que Dios te elige por esposa. Este figurado paralelo será para nosotros de santa admiración, para ti de fuerte impulso al más vivo y perpetuo reconocimiento, y para el mundo que se obstina en negar estas maravillas de la gracia, de vergonzosa confusión.

Gaudium annuntiavit universo mundo. Todo el mundo ¡oh Madre mía del Carmen! estuvo ayer de plácemes por tu gloriosa natividad; y nosotros lo estamos hoy por la natividad de esta hija tuya. Natividad por natividad, dígnate concederme la gracia para alabar fructuosamente esta otra obra de la gracia.—*¡Ave María!*

La vocación, señores, y muy en particular la vocación religiosa, viene de Dios. No es ésta una doctrina mía. «A

(1) Musso, Explicaciones de los Evangelios, 561.

los que eligió, dice el Apóstol, llamó; á los que llamó, justificó; y á los que justificó, glorificó» (1). Y la Iglesia aplica en el oficio de algunos santos estas palabras del real profeta, según las cuales, cada uno de ellos fué prevenido por Dios con bendiciones de dulzura: *Praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis* (2). Mas, de esta gracia de dulce prevención, que ilumina el entendimiento, que toca el corazón, que excita la voluntad, fuiste también prevenida tú, oh nueva esposa de Jesucristo, por puro don del cielo, cuando desde los más tiernos años, avisada por la luz de la fe, nutrida con el alimento de la divina palabra, dirigida por sabia y cristiana educación, sentiste inclinado tu espíritu á llevar á Dios en tu seno, como á centro de toda tu felicidad. La voz de Dios te despertó un día y te dijo con más claridad:—*Surge*, «levántate, paloma mía, ven. Levántate, que yo soy el que llamo, el mismo en que tú siempre has pensado». *Surge.*

Y bien, ¿qué respondiste?—Andabas todavía medio errante é indecisa, como pequeña palomita á quien no han salido las plumas; pero la gracia, después de crear en ti el pensamiento, excitó el deseo y te hizo exclamar con el Salmista:—«¿Quién me diera alas como de paloma voladora? *¿Quis mihi dabit pennas sicut columbae?* (3). ¿Quién me diera plumas y alas para soltar libre vuelo que me levante de sobre la tierra por las regiones de los vientos, que me aleje de los lazos del siglo, de las insidias de los cazadores, de las garras de las aves de rapiña, y mi corazón respirará entonces el aura serena de la verdadera paz que el mundo no puede dar y que el humano corazón no puede encontrar sino en Dios?» *¿Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo et requiescam?*

(1) Romanos, VIII, 30.
(2) Salmo XX, 3.
(3) Salmo LIV, 7.

La gracia proveniente había pues movido tus dos más nobles y hermosas facultades, el entendimiento y la voluntad, haciendo nacer en ti el pensamiento y excitando el deseo de la vida religiosa. Pero tenía aún que entrar en acción otra gracia, la gracia concomitante ó de correspondencia, que te ayudase á realizar tus propósitos y salvar los obstáculos que te salieran de tropiezo en el camino. Deja que yo te recuerde dos de estos bellos triunfos para gloria de Dios, *in landem gloriae gratiae suae*, como dice el Apóstol (1), y sin apartarme para ello de la alegoría que me he propuesto.

¡Cuán difícil no es que el delicado pichón de amorosa paloma abandone el nido en que con tanto cuidado es nutrido y con tanto afecto acariciado! Hé ahí tu imagen· Hija primogénita ahora del mejor y más amante de los padres, eras la niña de sus ojos, el corazón de su corazón. Perdida su consorte y tu cara madre, concretó él en ti y tú en él uno y otro amor. La paz doméstica, la risueña fortuna, la abundancia de comodidades, la naturaleza, la sangre, el amor correspondido, ¡ah, cuán amable y querido te hacían el nido natal! ¡Qué difícil era abandonarlo! En esta situación fué cuando la gracia se hizo sentir en lo íntimo de tu corazón y te dijo con silencioso pero elocuente lenguaje:—«Hija, el alma que yo me he escogido y á quien me he dignado llamar con el dulce nombre de paloma, no puede agradarme por completo en medio de las delicias del siglo, en medio de una vida muelle y licenciosa. Mi paloma, en prueba del amor que me tiene, y en signo del amor que yo tengo por ella, la quiero en soledad amiga, fuera del estrépito de las cosas humanas, defendida por los muros del sagrado claustro, escondida y custodiada en religiosa celda, como en el agujero de inaccesible roca. *Columba mea in foraminibus petrae* (2). *Propera*, «leván-

(1) Efesios, I, 5.
(2) Cantares, II. 14.

tate, camina, paloma mía, y ven». Y ¡cosa digna de escribirse en los fastos de la fiel y pronta correspondencia á la divina gracia! padre é hija, sin observación, sin réplica, sin excusas, el corazón herido, pero el alma llena de una resolución y gozo sobrenaturales, respondieron á una:—*Fiat*, *fiat*, «que se haga, Señor, tu voluntad; bendita y adorada sea».—Loado seas también, virtuoso caballero, por la parte que tuviste en este doble y generoso holocausto! (1).

Este triunfo de la gracia debía ser pronto seguido de otro no menos hermoso. «¿Y por qué (te dijeron un día tus amables y piadosas hermanas), ¿por qué te alejas para siempre de nuestro fraternal é íntimo consorcio? Que Dios exige de un alma á quien ama salir de Babilonia, es decir, dejar la casa en que han entrado el mundo y sus pompas, lo comprendemos. Pero tú, nacida en el seno de una familia pía, guardada por nosotras en el quieto retiro de los paternos muros, provista de todos los medios que has menester para adelantar en las cristianas virtudes, no tienes por qué temer peligros donde no los hay. No nos abandones, hermana nuestra muy querida, nuestra verdadera y segunda madre, no nos abandones!»

La espada era bien templada y de dos filos; el tropiezo formidable. Con todo, la gracia te armó de acerado escudo y cantaste el himno de victoria. La voz de Dios se hizo sentir por una vez más en tu corazón y te dijo:—«Hija, verdad que en el campo del mundo han brotado flores de bellas virtudes y frutos de gran santidad; pero todas volaron al fin, rotos los lazos del siglo, á esconder en la tierra de los santos, en los sagrados claustros, su rico tesoro, para completar en ellos el caudal de la cristiana perfección. Te quiero también, por seguridad mía y tuya, te quiero moradora de los antros desiertos, de los jardines

(1) El señor D. Galo Dueñas, padre de la nueva religiosa.

solitarios, de las secretas concavidades de las peñas: *Columba mea in caverna maceriae* (1). *Propera*, levántate, camina, amada paloma mía, y ven. Rompe esas últimas ligaduras; y sobre las alas de tus pensamientos y afectos despliega el vuelo que te lleve á mis divinos abrazos. *Propera*.

Me parece oír todavía, hermana mía, tu respuesta victoriosa en ese instante solemne.—«Sí, mi divino Esposo, seguiré el impulso de tu gracia; nada me detiene ya en el mundo ni en mi familia: sólo falta me digas á dónde he de dirigir mi vuelo. Héme aquí en presencia de tantos monasterios igualmente observantes y respetables, que dan lustre á los pastores que los gobiernan y á la patria de que soy hija. ¿Cuál será el de mi elección? ¿Teñiré mis plumas con color argentino por la pureza de mi intención, ó preferiré colorear mi dorso con tinta de oro por el amor que os debo? Me place el hábito blanco de las religiosas de Domingo ó del Buen Pastor y sus virtudes, aun más cándidas, que resplandecen como la plata. Suspira mi corazón por el oro finísimo del amor que exige de sus hijas la serafina de Teresa. Puesta entre estos dos partidos, hacedme, Señor, por gracia sentir de qué lado sopla vuestro espíritu».—«El Carmelo, te dijo una voz secreta y misteriosa, el Carmelo es el sitio de tus amores y mis alegrías: *Propera, propera*».

¿Cómo secundaste, entre tanto, este último movimiento de la gracia concomitante? Al penetrar por primera vez en estos claustros, exclamaste:—«Este es el celestial instituto, ésta la estrecha clausura, éste el antiguo monte y la gruta donde Dios me designara dirigir el vuelo y trabajar mi nido para siempre. Recogidas las alas, fija la planta, aquí encontré mi reposo. *Volabo et requiescam* (2).

---

(1) Cantares, II, 14

(2) Salmo, LV, 7.

Por eso, ahora que con triple nudo y de propia mano has ligado tus pies en este claustro, no te queda más que corresponder con generosa constancia á la gracia que desde hoy va á comenzar á ejercer en ti su oficio, la gracia consiguiente, que espera de ti la consecución de la perfección, perfección de paloma por la imitación mística de sus propiedades naturales.

Efectivamente, ¿cuáles te parece, nueva esposa de Jesucristo, que han de ser las virtudes que deben adornarte en la carrera religiosa que has emprendido?

Desde luego, has de ser como la paloma de Noé, que, huyendo del horror de las mortíferas aguas del diluvio y de los cadáveres que sobrenadaban, se refugió en el arca. Del mismo modo tú, huyendo del réprobo mundo, sembrado de náufragos y anegado en aguas homicidas, no debes entrar ya en comunicación con él ni salir de esa arca que, para seguridad y refugio de tantas vírgenes, construyera la reformadora del Carmelo. Has de ser como la paloma del Jordán, en cuya figura descendió el Espíritu Santo sobre la cabeza del Salvador en el acto de ser bautizado. La profesión es á manera de un segundo bautismo; y en esta transformación sobrenatural es necesario que adelantes día por día. Has de ser como las palomas que viven en sitios elevados, en las altas torres, *sicut passer solitarius in tecto* (1), serenas y tranquilas, aunque caiga en derredor el rayo y se desate la tormenta. El silencio del corazón, el retiro con Dios en las alturas de la contemplación, es tu género de vida y el continuo ejercicio de la vocación religiosa, por más que acá brame la tempestad revolucionaria contra Dios y contra su Iglesia. Has de ser como esas palomas que, cuando bajan, se estacionan cerca de las fuentes claras y cristalinas para beber y deleitarse en su imagen que refleja el cristal de las aguas.

(1) Salmo CI, 8.

Sí, después de descender tú de la oración, es preciso que no te separes de la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna; y qué te veas retratada en ella, es decir, en las máximas, en los ejemplos, en los ápices de la Regla de tus santos fundadores: *Sicut columba super rivulos aquarum* (1). Has de ser como esas palomas mensajeras, que atraviesan los mares y los campos de batalla para llevar las órdenes que se les encomiendan. Por mucho que te cueste en algunos casos la obediencia, acuérdate de tu voto y de la perfección del voto. Tus ojos han de ser también puros y brillantes como los de paloma, *oculi tui columbarum* (2), rectas tus intenciones, puros todos tus pensamientos y afectos. Con tu corazón inocente ha de resplandecer además aquella difícil simplicidad y mansedumbre, que, á ejemplo de estas avecillas, recomendaba el Salvador: *Estote simplices sicut columbae* (3). El gemido de la paloma, dulce y tierno, te enseñará, en fin, á cantar las divinas alabanzas con aquella modulación, con aquel indecible acento que te mezclará á los coros angélicos, aprovechando esos instantes de cielo para ofrecer por tu familia y por el mundo la plegaria de la expiación.

Yo me figuro verte en la hora del dulce crepúsculo de la tarde, entre el perfume que respiran las flores de tus jardines yal son del aura que susurra por entre las rejas de tu celda silenciosa, exhalarte en estas voces de la paloma del profeta Isaías:—«*Meditabor ut columba* (4). Mi vida, Dios mío, es meditar la dulzura de vuestros preceptos, la santidad de vuestros ejemplos, la excelencia de vuestras perfecciones infinitas. Feliz, si alguna vez llego al término de mi vocación, que es la unión con Vos! ¿Cuándo será, Señor, que yo viva sola con Vos? ¿Cuándo, que ni un

(1) Cantares, V, 12,
(2) Id.. II, 14.
(3) San Mateo, X, 16.
(4) Isaías, XXXVII, 7

instante me separe de vuestros ojos? Vos me dijisteis: Levántate, camina, paloma mía, y ven. Y bien, yo he obedecido vuestra palabra. Cumplid Vos ahora la vuestra. Venid, amado mío, venid á vuestro jardín; venid á habitar en este corazón, de suerte que no ame sino á Vos, que no palpite sino por Vos, que no suspire sino dentro de Vos. Venid, esposo mío, que vuestra paloma muere del deseo de oír vuestro acento, de amor para mí y de perdón para el mundo. *Ducam eam in solitudinem, et locuar ad cor ejus* (1).

Pero ¡mísero de mí! que mientras converso contigo de cosas tan celestiales y pacíficas, oigo el rumor del mundo que me increpa y me dice:—«¡Iluso! El llamamiento de esas jóvenes á la vida del claustro, es obra del temperamento ó de los desengaños, mas nó de una revelación de Dios».

No os escandalicéis, señores, de lo que acabo de repetiros. Hablamos de asuntos tan divinos y arcanos, que es natural que los hijos de los hombres, los incrédulos y libertinos, no los entiendan ni puedan llevarlos en paz. Dejadme, no obstante, responder con breves reflexiones.

Venid, oh sofistas, venid conmigo á los días de la creación. No había cielos, no había tierra, nada había; y Dios, para diseñar el principio de sus obras, se inclinó sobre la nada y llamó: y al divino llámamiento, la nada brotó mil prontas y variadas vidas. La voz divina dijo: Sé, oh luz, y la luz fué. Dijo: Levántate, firmamento, y vosotras estrellas, y tú, sol apresuraos; y el firmamento campeó en medio de las aguas, y el sol y las estrellas respondieron: Aquí estamos; y la tierra, danzando como una esposa en el día de sus bodas, entró en las ordenadas revoluciones del sistema planetario.

En consecuencia, cualquiera de los seres, un ave, una flor, es y ocupa su lugar en la creación por el simple lla-

(1) Oseas, II, 14.

mamiento de Dios. Y, si esto es así en el orden de la naturaleza, ¿cuánto más no lo será en el orden de la gracia? Llama Dios, *surge*, le dice á cada una de estas almas, como á esta joven; y, al escuchar ellas este acento, les revela el lugar de su felicidad, les imparte la luz, la alegría, el amor. Es una creación mística. ¿Podríais decirnos vosotros el número de las felices que han escogido en la escena del mundo su puesto, oyendo solamente la voz del interés ó de la carne?

¡El temperamento!—Las tinieblas ¿pueden ser origen de la luz? Del lodo ¿se engendra la pureza? La libertad ¿es madre de la clausura? ¿Suspira la carne por la mortificación y el martirio? La naturaleza de una joven, delicada y finita por condición, ¿es capaz de lo infinito? El carácter no basta para llevar á cabo tamañas empresas: no forma los héroes ni menos crea á los santos.

¡Nos echan en rostro con aire de triunfo los desengaños! ¡Ilógicos de mala fe, tomando siempre la excepción por la regla! Pero ¿qué? ¿no son muchas veces estos accidentes de la vida como faros de que se sirve la Providencia para apartar á ciertas almas de alegrías falaces, para detenerlas en la pendiente del abismo y encaminarlas al puerto de la regeneración?

Pero la grita del mundo se hace cada instante más atronadora. ¿De qué sirven, me dice, esas mujeres que se llaman contemplativas? Son jóvenes perdidas para la sociedad, y nada más».

Perdonadme, señores, que, para replicar, no me valga de los argumentos de la fe, y que sólo oponga á lo profano lo profano.

Ninguno, ni entre los antiguos, ni entre los modernos, ni entre los gentiles, ni entre los cristianos, excepción hecha de los ateos y necios, ha puesto en duda el valor social de la oración. Y para no citar sino á los antiguos, oraba Zoroastro y enseñaba al pueblo esta plegaria: «Dios

mío, tened piedad de mi cuerpo y de mi alma, en este mundo y en el otro»(1). Oraba Orfeo é incitaba á los griegos á que se dirigiesen al cielo con esta jaculatoria: «Señor, imploro de Vos me defendáis contra los ataques de mis pasiones». Oraba Jámblico y concluía sus oraciones así: «Te suplico, Libertador mío, disipes las nubes que cubren los ojos de nuestra alma, para que de este modo podamos conocer bien á Dios y al hombre». Numa, para conciliar autoridad á las leyes que dictaba, se engreía con las revelaciones que decía haber recibido en la congregación de las ninfas. Escipión el Africano se recogía en oración en el peristilo del Capitolio; porque confesaba que en ese *ocio* hacía más en pro de la nación que en público bullicio (2). Y César, el fundador del imperio romano, cuando vió que peligraba el éxito de los combates, alzaba las manos al cielo, dice Cicerón, *et Deos omnes in vota vocabat* (3).

¡Ah! ¿y es posible que vosotros tildéis de ociosas á las contemplativas, vosotros que no hacéis más por el bien público que recorrer los paseos ó sentaros en los cafés y en los teatros? ¿Qué sería de vosotros, si las esposas de Dios no rogaran? ¿Qué sería de Israel combatiendo en la llanura, si Moisés en el monte no levantara muy en alto los brazos? ¿Qué habría sido de nuestra patria en la pasada guerra, si en los oratorios de Betulia no hubiese pedido Judit el valor de la victoria? Nosotros no necesitamos de baluartes ni de minas. Estas son nuestras fortalezas. Cuando los claustros se relajan ó desaparecen (que tanto da) bajo el hacha demoledora de los revolucionarios del día, es fácil que un país católico se convierta en Sodoma, porque ha salido Lot, ó que se trueque en una Jerusalén

(1) Zend Avesta, t. II, p. 11.
(2) Cicerón, De officiis, III.
(3) De Bello Civili, III.

deicida, porque no hay quien salmodie en el monte de Sión (1).

Y ¿qué diré del ejemplo social de las virtudes de las religiosas contemplativas?

Cierto que ellas viven encerradas en el huerto del amor; pero de ese jardín se esparce en torno, por los caminos y por el valle, el perfume de sus olores. ¿Os parece que enamora poco el solo ejemplo de una doncella, noble, rica, en la flor de la edad, que abandona la familia y el mundo por consagrarse á Dios?

Contempla tú mi defensa, oh nueva virgen del Carmelo, porque no quiero detenerte con largas discusiones en la celebración de los últimos ritos de tu anhelada profesión, *Surge, propera, columba mea, et veni, veni, coronaberis.* «Levántate, camina, paloma mía, y ven, ven y serás coronada, te dice Dios. Recibe de mano de mi representante el velo de separación, que ha de consagrarte á Mí para siempre». Aprovecha tú de la contestación que le debes y di: «¡Oh hijos de los hombres, qué engañados estáis! Venid á ver si hay belleza igual á la de mi Amado; si hay felicidad como la de amarle y servirle en este apartado y silen-

---

(1) Donoso Cortés, hablando en su carta á Alberico de Blanch, marqués de Raffin, de los efectos sociales de la oración, dice estas notables palabras: «Creo que para el bien del mundo hacen mucho más los que oran que los que disputan. Si el mundo va de mal en peor, se debe á que las disputas son más que las oraciones. Si nos fuera permitido penetrar en los secretos de Dios y de la historia, creo quedaríamos asombrados al ver los prodigiosos efectos de la oración, aun en los humanos acontecimientos. Para que la sociedad esté en reposo, es preciso un cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las obras, entre la vida contemplativa y la activa. Creo que explicaríamos fácilmente los grandes trastornos que se verifican, si atendiéramos á la falta de este equilibrio. Mi convicción en esta materia es tan profunda, que creo que, si pasase un solo día, una sola hora, en que la tierra no enviase al cielo una plegaria, ese día y esa hora sería el último día y la última hora del universo.

cioso retiro. Yo siento que Dios me llama y atrae con un magnetismo irresistible. Dejadme, padre mío; adiós, hermanas mías y amigas; adiós, mundo.

Yo me voy ahora á Dios para salvarme y salvaros. Madre mía, arrebatada prematuramente á mi afección, sonríe y bendíceme desde el cielo, mientras mi nuevo padre y pastor me cubre para hacerme digna solamente de los ojos de Dios».

Sí, ve, Sor María Ester de Jesús, ve á los pies de nuestro Prelado; que, después de haberte perfeccionado la gracia consiguiente, podrás un día desplegar tu vuelo á la mansión celeste, quizás en forma de paloma, como tu madre Santa Teresa, para recibir, en cambio de tu correspondencia á la gracia, la suprema é inmarcesible corona de la eterna felicidad.



Sr. Pbo. D. Francisco Bello

Hijo menor del célebre venezolano D. Andrés Bello y de su segunda esposa la señora Doña Isabel Dunn, nació en Santiago en 1846. Después de seis años de profesorado en el Seminario, fué nombrado cura de Los-Andes en 1876 En 1883 pasó á serlo de San Lázaro, en Santiago, de donde partió á Europa para hacerse redentorista. No habiendo logrado esto por su débil complexión, volvió en 1885 á la misma parroquia de San Lázaro, en cuyo servicio murió dos años más tarde (1887).

ORACIÓN FÚNEBRE

En honor del R. P. Fr. Domingo Aracena, de la Recolección Dominicana

Labia sacerdotis custodient scientiam. (Malaquías, II, 7).
Los labios del sacerdote custodiarán la ciencia.

No extrañéis, señores, que á los elocuentes y multiplicados elogios prodigados por la prensa, la tribuna sagrada y diversos círculos sociales, al sabio y venerable religioso de la orden dominica, fray Domingo Aracena, se úna mi humilde palabra para entonar en este día un nuevo himno de alabanzas en su honor. Vengo en nombre de esa santa familia (1) á deponer una corona de amor y gratitud en la tumba del héroe ilustre cuya muerte todavía deploramos. ¡Ah, señores! ¡cuántos dulces, pero tristes recuerdos se agolpan á mi mente en este instante! Lo diré con franqueza: es también el pago de una deuda personal lo que hoy me conduce a los pies de esa urna mortuoria, me hace derramar dulces lágrimas de reconocimiento y me

(1) Esta oración fúnebre fué predicada por el autor en el Monasterio de las Rosas, por encargo de estas religiosas, en las exequias preparadas por ellas, en honor del R. P, Aracena, el 20 de Julio de 1874.

constituye, con derecho, admirador de su ciencia y panegirista de su eminente virtud (1).

«¡Cuán grande es el que posee la sabiduría, dice el Eclesiástico, pero no aventaja al que teme á Dios y observa sus mandamientos!» (2). Nada añadiré, señores, á esta magnífica sentencia de la Sabiduría, porque ella será todo el ornato de mi discurso, encadenará todo el plan de mis pensamientos y, realzando cada palabra, cada frase, cada sentimiento, tendréis necesariamente que repetir conmigo á cada instante: «¡Cuán grande es el que posee la sabiduría, pero no aventaja al que teme á Dios y cumple sus mandamientos».

¡Sabiduría cristiana, ciencia aprendida en la escuela de la cruz y robustecida en las austeridades del claustro! no necesito vanos adornos de elocuencia para ponderar tus creaciones y tus eminentes grandezas; la sombra ilustre de Aracena hará elocuente mi voz, y las lágrimas con que regaremos su sepulcro será la más fehaciente prueba de la justicia de mis elogios.

«Los labios del sacerdote custodiarán la ciencia», exclama el Profeta», y los pueblos recibirán de su boca la verdadera sabiduría».

Sí: el sacerdocio cristiano, y con más razón el sacerdocio perfeccionado en las austeridades de la vida religiosa, es el más perfecto santuario de la ciencia. *Sapientia aedificavit sibi domum* (3). Sí: la sabiduría, ella misma ha edificado su casa, demarcado sus cimientos y colocado las columnas que le sirven de fundamento. ¿Dónde? no necesito buscarla, ni en el esplendor de los tronos, ni en las suntuosas academias de Atenas ó de Roma, ni en las universidades más ilustres del mundo civilizado, porque sé que «su

(1) El R. P. Domingo Aracena fué el director espíritual de D. Andrés Bello, padre del orador.

(2) Eclesiástico, XXV, 13.

(3) Proverbios, IX, 1.

morada predilecta está en Jacob, y sus más hondas raíces en la casa de Israel». No diviso tampoco en sus claustros, en sus huertos, en sus ensenadas y jardines esos bronces soberbios, tributo con que el mundo recompensa á los genios del saber, pues han huído para siempre de sus hogares la riqueza y arrogancia de un mundo bullicioso; un solo monumento descubro, señores, en esa mansión misteriosa, una cruz, y en ella esta inscripción: «Dios es el Señor de las ciencias» (1).

No pudieron ocultarse á la virtud y esclarecido talento de Aracena las grandezas encerradas en la humildad y pobreza de ese divino santuario; habíase desposado con la virtud desde su infancia, y, enamorado su espíritu de aquella sentencia del Sabio «la sabiduría es la corona del hombre santo», cumplió sus altos destinos, eligiendo en la tierra el asilo que le designara la Providencia, como el único centro capaz de suministrar á su espíritu todos los elementos necesarios para satisfacer sus nobles y santas aspiraciones. Sí: Aracena debía ceñir sus sienes con la aureola del santo realzada por los esplendores de la sabiduría; el claustro tomó sobre sí la responsabilidad de la obra, y es hoy el día en que debemos formular nuestro juicio sobre el desempeño de su difícil como honroso cometido.

¡Ah, señores! en la época en que todo el conato de los sabios es borrar el nombre de Dios de los códigos de la ciencia, arrebatar al sacerdocio el ministerio de la instrucción y anatematizar los claustros, como centros de un refinado oscurantismo, la prominente figura de Aracena, alzándose majestuosa en nuestra patria, dice á nuestra sociedad: «la herencia del sacerdocio cristiano es la instrucción de los pueblos, los institutos monásticos son el taller de la sabiduría, la escuela de las inteligencias superiores».

He iniciado ya todo el asunto de mi oración; elevemos

(1) I Reyes, II, 3.

ahora al cielo una plegaria para que el Dios de las ciencias bendiga mis afectos y los haga dignos del ilustre religioso cuya pérdida lamentamos.

¡Yermos seculares del Oriente y Occidente, claustros santificados por la eminente virtud y sabiduría de los monjes de la antigüedad cristiana! dad inspiraciones á mi mente, sentimiento á mis palabras, y mostradme, aunque sea entre ruinas, las soberbias bibliotecas de vuestros doctores, los monumentos erigidos para perpetuar el glorioso recuerdo de sus grandezas!

Si nuestro intento, señores, es examinar los claustros á la luz que nos envía la tumba elocuente de Aracena, importa mucho que conozcamos la piedra angular sobre que descansa ese gigantesco edificio. Para quien no haya meditado jamás sobre la naturaleza del espíritu humano, sobre los sentimientos más delicados del corazón, ciertamente que las comunidades religiosas podrán aparecer despreciables, y acaso perjudiciales. Renunciar para siempre á los deleites de la carne y entregarse á los rigores de la más severa penitencia, hacerse esclavo de la ley, para ofrecer al Señor todos los días el holocausto de su propia voluntad, y constituírse en pobre voluntario, sacrificando las riquezas del siglo, ved aquí lo que la falsa filosofía del mundo nunca ha podido comprender, lo que siempre ha despreciado y aborrecido.

Pero, señores, hablo á un auditorio eminentemente cristiano y abrigo la íntima convicción de que todos vosotros tendréis á gloria confesar conmigo, en este día, para honra de nuestro héroe: «grande es la sabiduría de Aracena, los institutos religiosos su más perfecto santuario, porque la ciencia que en ellos se cultiva es hija de la virginidad, hermana de la obediencia é inseparable compañera de la pobreza evangélica».

«¡Cuán bella es una casta generación, adornada con la

claridad de la ciencia!» (1) Se afanan los hombres por investigar su propia genealogía en la serie indefinida de nobles generaciones y, olvidando la fuente de donde emana esa gota de vida que poseen, se imaginan conquistar su grandeza, cuando han logrado descubrir el tronco de sus ilustres ascendientes en las cortes de los emperadores ó en los castillos de los príncipes de sangre real. ¡Ilusión! El sabio cristiano ha encontrado una genealogía más espiritual que ésta: la santidad de nuestros padres temporales, imagen de la santidad de Dios: ved aquí el solo título de nobleza á que aspira el sabio, formado según el corazón de Dios.

Hijo de padres sinceramente cristianos, Aracena siempre recibió de ellos una educación inspirada en las máximas del divino Evangelio (2). ¡ Cuán bello sería ver á ese inocente niño dirigirse en compañía de sus padres, en las primeras horas de la mañana, al devoto santuario de la Recolección Dominicana! qué ideas vagarían entonces en su clara inteligencia, qué impresiones sentiría su corazón angelical! Yo lo contemplo anegado en el más dulce fervor, mezclando sus sentimientos á las preces fervorosas del sacerdote que ofrece el Santo Sacrificio. Después de haber terminado sus ejercicios de devoción, yo lo veo aún, alegre y risueño, recorrer los claustros del convento, para ofrecer sus homenajes de cariño á los que debían ser más tarde sus amigos y maestros más queridos; sí, bello sería también contemplarlo en el huerto y jardines de la casa, mirando esos pinos y cipreses venerables, en los cuales encontraba retratada la imagen de la eminente perfección que más tarde debía alcanzar en el seno de tan santo instituto (3).

(1) Sabiduría, IV, 1.

(2) El Reverendo Padre Aracena nació el 15 de Febrero de 1810.

(3) Aracena acostumbraba, cuando niño, visitar el templo de la Recoleta Dominica y en él recibió con frecuencia la sagrada Eucaristía.

No necesitó el joven Aracena visitar más de una vez ese campo bendito para exclamar con el Esposo de los Cantares: «Encontré el tesoro de mi alma, lo he asido con mis manos y no lo soltaré jamás» (1). En efecto, era la divina Providencia la que le conducía de la mano á esa tranquila mansión, y por eso pronto brilló para él el día en que debía trocar la librea del mundo por el tosco sayal del penitente. El día 14 de Agosto de 1825 fué la fecha marcada por el cielo para que Aracena se substrajese del bullicio del mundo y empezase á realizar en su persona los sabios designios de Dios.

Toda grandeza, señores, supone una preparación iniciadora, y, aunque cada uno de los años del noviciado de Aracena podría ser el asunto de una interesante historia, como su espíritu no bebió de la infancia más que su candorosa simplicidad, más tarde tendréis la satisfacción de percibir bajo un solo golpe de vista la majestad del anciano experimentado en la virtud, realzada por la simpatía que engendra la edad de la inocencia, en que hizo su verdadera preparación. A la manera que el agricultor diligente prepara la tierra que debe recibir la semilla de su cosecha, y como la tierna avecilla, previniendo el furor de la tempestad, emprende presurosa su vuelo, para buscar abrigo contra la inclemencia de los huracanes y las lluvias, así nuestro joven religioso dispone su inteligencia á la adquisición de la sabiduría, y previene su corazón contra el veneno de las pasiones, por la puntual observancia de las prescripciones monásticas.

Tan fecundo en virtudes fué el noviciado de nuestro joven, que, á no mediar un senadoconsulto que probibía se hiciera la profesión antes de los veintiún años, habría sido promovido á ella sin dilación alguna, una vez terminados los años de prueba estatuídos por las constituciones de la

(1) Cantar, III, 4.

Orden. Dolorosa situación, señores, era ésta para quien hacía tanto tiempo que dirigía al cielo esta queja deprecatoria: «¡Cuándo, Señor, me será dado subir al monte de la mirra y recrear mis ojos en los amenos collados del incienso! ¡Qué hermosos son tus tabernáculos, oh Dios de Israel! Hasta que sople el día y declinen las sombras de la noche, cual el ciervo sediento suspira por la fuente de las aguas, así suspirará mi corazón por poseerte!» Pero, al fin, lució para nuestro joven levita el momento más deseado de su vida: el día 18 de Marzo de 1831 hizo Aracena los votos de su profesión religiosa.

Hasta entonces esa tierna planta sólo había ostentado la belleza de sus primeras flores. Ella debía crecer con rapidez asombrosa; su ramaje cobijar bajo su sombra una numerosa familia y llenarse de fecunda semilla. Un solo complemento faltaba á nuestro humilde recoleto para que su espíritu adquiriera todo el ensanche posible: la promoción al sacerdocio. ¿Y qué? el santuario ¿podía cerrar sus puertas de oro, interceptar sus misteriosos vestíbulos al que, como nuevo Aarón del sacerdocio cristiano, debía presentarse ante el altar del sacrificio, vestido con el alba de la virginidad, ceñido con el cíngulo de la mortificación, calzado de la pobreza, llevando en sus manos el cetro de la virtud y de la ciencia? Grande, infinita, incomprensible, es, señores, la dignidad del sacerdote; pero no se desdeña de buscar en los desiertos y asilos más humildes á los que, en su misma pobreza y humildad, exaltarán sus maravillas, cumpliendo á la letra la predicción del Maestro divino: *Vos estis lux mundi, vos estis sal terrae* (1).

---

(1) S. Mateo, V, 13, 14.

No es mi ánimo sondear todos los secretos del sacerdocio de Aracena; pues mi principal propósito es manifestaros, desde luego, que los claustros son una escuela de ciencia, porque su sabiduría es hija de la virginidad; y, como por otra parte, el prototipo de la sabiduría casta, inmaculada, es el sacerdote católico, defraudaría á éste de la más pura de sus glorias, si, al hacer el panegírico del sabio inspirado en la virginidad monástica, no atribuyera como propios é inherentes á todo el sacerdocio de Cristo los triunfos en la ciencia del sacerdocio regular por medio de la virginidad. Sí, señores: los labios del sacerdote custodiarán la ciencia» (1), porque son puros; y, como «ella es un vapor de la virtud de Dios, y casi una emanación de la claridad del Omnipotente, nada manchado cae en la sabiduría» (2).

Veamos, pues, de qué manera la virginidad es un poderoso auxiliar de la sabiduría. Es una virtud tan celestial, que de seres terrenos y carnales nos transforma en ángeles de luz y reviste nuestra inteligencia de los fulgores de la inteligencia angélica: *Et erunt sicut angeli Dei:* serán como los ángeles de Dios en el cielo (3). ¿Quiénes? los que amáis con pasión un mundo corrompido? los que vivís esclavos del placer y repetís á cada hora del día: «¿Comamos y bebamos, que mañana moriremos? A vosotros, ángeles del cielo, con vosotros, sacerdotes del Señor, habla ahora el maestro de la virginidad: «Seréis como los ángeles de Dios en el cielo» (4). Penetremos, entonces, con el pensamiento en la región en donde moran esos seres tan bellos y felices. ¡Qué pálido resplandor arroja nuestra inteli-

---

(1) Malaquías, II, 7.
(2) Sabiduría, VII, 25.
(3) San Mateo, V, 13, 14.
(4) San Mateo, V, 13, 14.

gencia en presencia de esos focos de luz! ¡Ah! ¿quién puede seguir en su veloz carrera esos rayos, esas poderosas inteligencias á quienes el ser de Dios ha enriquecido con tan sublimes perrogativas? ¡Oh misterios del sacerdocio cristriano! *Erunt sicut angeli Dei* (1). Sí, os lo digo en el nombre de Jesucristo, venerables cenobitas: la virginidad de vuestro sacerdocio os hará semejantes á los ángeles del Señor.

Pero no es éste el solo privilegio de la virginidad en orden a la vida intelectual del hombre. El amor á las ciencias es condición indispensable para la adquisición de ella misma, comoquiera que esta virtud, refundiendo en el estudio y conocimiento de la sabiduría el cariño que podrían robarle las criaturas, convierte el tálamo nupcial en el desposorio del corazón y de la ciencia (2).

Más aún: el hombre no puede desarrollar conjuntamente todas las facultades de su ser; si el cariño de la esposa, la ternura de los hijos embeben la sensibilidad de su espiritu y enajenan su pensamiento, imposible es que su inteligencia, dividida la esfera de actividad y dilatado el campo de su ejercicio, pueda alcanzar todo el ensanche y robustez convenientes. No habréis visto nunca, señores, que la mano del labrador, encallecida por el manejo del arado, trace en el lienzo, con primor, los paisajes que en un instante dibujaría el diestro pincel del artista; ni habréis oído jamás que el mercader, engolfado en los negocios y el dinero, haya inmortalizado su nombre, dejando consignadas en un poema las creaciones fantásticas del poeta ó los arranques sublimes del orador inspirado.

Si tales son los fueros de la virginidad cristiana; si ella tiene el mágico poder de comunicar á nuestra inteligen-

---

(1) San Mateo, XXII, 30.
(2) Sabiduría, VII, 2.

cia cierta fuerza y penetración, propias exclusivamente de las inteligencias celestiales; si ella engendra en el sabio amor á la sabiduría y reconcentra maravillosamente nuestro espíritu en el estudio de las ciencias, no os extrañará, sin duda, que la página más brillante de la historia de Aracena sean sus conquistas en el campo de las letras y, sobre todo, en el campo de las ciencias sagradas. Como era natural, la gracia del sacerdote infundió en él un eficaz deseo de alcanzar por todos los medios posibles ese conocimiento profundo de los misterios revelados, que es, sin disputa, el principal mérito y la más rica joya del sacerdote ilustrado.

Pero, señores, es imposible recordar la vida científica de Aracena, sin traer á nuestra memoria ese magnífico palacio de las ciencias que existe en los claustros de la Recolección Dominicana. ¡Ah, señores! velo de amarga tristeza cubre ahora sus silenciosas moradas, vacío está el lugar del maestro y ya no se deja oír el eco de su inspirada palabra. Perdonadme, religiosos; soy talvez demasiado cruel en renovar en este instante la herida más dolorosa de vuestros corazones. Aracena ha muerto; sí... ha enmudecido la cátedra del sabio eminente... pero, ¿en qué momento no estáis mirando su sombra querida en el recinto de vuestra suntuosa biblioteca? Ha encarnado allí el espíritu de Aracena, y la misma muerte será impotente para borrar recuerdos destinados á vivir siempre frescos en la memoria de las futuras generaciones.

Para apreciar convenientemente el exquisito primor de nuestro sabio en el cuidado de tan precioso tesoro, es necesario haber visitado con detenimiento sus espaciosos recintos, haber estudiado el plan y orden admirable que, desde su creación, puso en la dirección y arreglo de ella. Como la abeja laboriosa extrae del cáliz de las flores la substancia que debe proporcionarle la miel de sus sabrosos panales, así Aracena, con infatigable tesón, busca,

registra y examina en los más preciosos catálogos de las ciencias todo aquello que pueda servir al embellecimiento del edificio encargado á su custodia (1).

Fué allí, señores, en donde Aracena bebió en la Biblia que contiene la palabra de Dios, y en la Suma del Angélico Doctor, que es la más profunda expresión del genio teológico de la Iglesia, la ciencia de los misterios revelados y el conocimiento de todas esas sublimes perspectivas del orden sobrenatural. No extrañéis que su inteligencia haya penetrado tanto en los misterios de la teología católica. El águila, cuando quiere fijar sus ojos en el sol para mirar de frente sus esplendores, emprende su vuelo á las altas regiones á fin de posar su planta en la cima de las montañas; así nuestro sabio, consagrado á Dios por la virginidad, siempre tuvo su corazón desprendido de los lazos de la carne y, por consiguiente, su espíritu en aptitud de elevarse á las regiones del infinito, contemplar de cerca sus resplandores y consumirse en el ardor de sus llamas. ¡Ah! ¡quién pudiera revelarnos todas las sublimes ideas é inspiraciones que mil veces brillarían en su mente cuando ofrecía al Señor el divino sacrificio! ¡Qué preciosa semilla de verdades no infundiría en su alma ese alimento celestial que diariamente robustecía su espíritu y ensanchaba su corazón! Figuraos al sabio recoleto en la biblioteca del convento, terminados apenas los piadosos ejercicios de la mañana; entregado al estudio de las ciencias, su mente está completamente abstraída en la meditación de los altos misterios de la sagrada teología. ¡Ah, señores! veo brotar de su frente ráfagas de luz que anuncian la inspiración de su inteligencia; es quizás el momento en que acaban de penetrar las más sabias razones que deben servirle de fundamento en la explana-

(1) La muerte sorprendió á nuestro sabio religioso cuando se ocupaba en escribir un catálogo ilustrativo de todas las obras contenidas en la Biblioteca de la Recolección Dominicana.

ción del dogma sublime de la Concepción Inmaculada de María; talvez tiene entre sus manos las páginas inspiradas del Doctor de la gracia ó los elocuentes sermones del Crisóstomo han trasportado su alma á la consideración de inefables, incomprensibles verdades.

A medida que voy penetrando más y más en los secretos científicos de Aracena, la grandeza del héroe me hace recelar de mis débiles fuerzas y temer que sean demasiado escasas para llegar al término de la empresa que me he propuesto realizar. Asombra la energía é intrepidez de nuestro sabio; no satisfecho con los prolijos estudios de la Biblia y del Angélico Doctor, dedicóse de una manera especial á adquirir profundos conocimientos de la Patrología Cristiana, de la Teología Moral, del Derecho Canónico y de la Historia Eclesiástica (1).

Al modo que el hábil artista necesita examinar circunstanciadamente todos los detalles de una hermosa pintura, la perfección del colorido, la naturalidad de los conjuntos, la gracia y elegancia de las sombras y la seguridad del pincel, para fallar en toda justicia que el autor es un genio artístico de primera categoría; así, para que comprendáis hasta dónde alcanza el mérito de Aracena, como hombre dedicado al estudio de las ciencias sagradas es necesario que excudriñéis sus eruditos conocimientos en todos los diferentes ramos que comprendió su vasta erudición.

¡Con qué laboriosidad y decidido entusiasmo no se le ve diariamente registrar las obras del gran Crisóstomo, con el objeto de aprender en sus sublimes homilías, sermones y discursos, la inspirada sabiduría del Apóstol, que nadie como él explanó, con tanta elegancia y lucidez.

---

(1) El R. P. Aracena parecía saber de memoria la Suma de Santo Tomás de Aquino, que se compone de tres mil artículos, unos que versan sobre el dogma y la moral y otros sobre filosofía,

¡Cuántas veces, impulsada su voluntad por el deseo de hartarse en el conocimiento de los misterios que tratan de Dios, la augusta Trinidad ó la Redención del hombre, no se le vería buscar con gran avidez el tesoro de la sabiduría en las inmortales obras de Atanasio, Hilario, Basilio, Bernardo y demás ilustres Padres y Doctores de la Iglesia!

No puedo menos, señores, al ocuparme de la vida científica de nuestro religioso, que recordar dos monumentos de su ilustración, que revelan perfectamente sus eruditos conocimientos en el estudio de las leyes y cánones de la Iglesia: la traducción con notas y sabios comentarios de la «América Pontificia» y la recopilación de las reglas y constituciones de todas las monjas de la Orden Dominicana. Ambos trabajos, aunque no son creaciones de la diestra pluma de nuestro religioso, suponen, sin embargo, un municioso estudio de las fecundas fuentes del Derecho Canónico. Quien haya registrado las notas ilustrativas de la primera de las obras ya citadas, y hecho un examen concienzudo de las prolijas adiciones que ha interpolado en el texto nuestro sacerdote, para esclarecer ciertos puntos difíciles relativos á las facultades decenales, concedidas por el Romano Pontífice á los Obispos de América, podrá formarse una idea de las muchas y muy sólidas investigaciones que había hecho acerca del Derecho Canónico y de la Historia Eclesiástica (1).

Una palabra, señores! sobre la segunda de las obras mencionadas os pondrá de manifiesto el tesón infatigable de nuestro sabio para realizar sus empresas en lo tocante al estudio de las ciencias sagradas. Para apreciar justamente el mérito de este trabajo, conviene tener presente que Aracena ha tenido necesidad, al perseguir su objeto,

(1) El R. P. Aracena poseía, además, profundos conocimientos en jurisprudencia.

que era dar á las religiosas dominicanas un código claro y completo de las leyes y constituciones del Patriarca de Guzmán, estudiar casi todas las reglas disciplinares de la Orden dominicana, registrar innumerables documentos antiguos de las diferentes órdenes monásticas, y aclarar muchas leyes que, por el laconismo con que habían sido redactadas por su fundador, ó por las oscuras interpretaciones que se habían hecho de ellas en tiempos remotos, aparecían casi absolutamente ininteligibles (1).

Una reflexión os dará mucha luz para que acabéis de formaros una cabal idea de los méritos de Aracena, como teólogo y hombre eminentemente erudito en ciencias sagradas. Veinte años hace que, con aplauso universal, no sólo de nuestra patria, sino también de la academia de la Inmaculada Concepción de Roma, el Instituto episcopal de Río Janeiro y otras famosas universidades católicas del mundo, se dió á la estampa su inmortal disertación dogmática acerca del misterio de la Concepción de María; podríamos decir que en aquella época nuestro religioso empezaba á figurar en el teatro de las ciencias divinas, y, sin embargo, basta haber leído los magníficos elogios que á porfía quiso prodigarle la prensa católica de aquel tiempo, basta saber la honrosa distinción que hicieron de su trabajo los sabios más ilustres de la Academia Romana; para comprender que, aun muchos años antes de su muerte, era con justicia un hombre de reputación europea.

¿Qué más argumentos queréis, señores, para convenceros de que los claustros son una escuela de ciencia, y que

(1) Hay, además, otros datos que manifiestan á las claras el tesón infatigable del R. P. Aracena en el estudio. Siendo profesor de filosofía, tuvo necesidad de dictar el texto á sus alumnos, por la carencia de libros adecuados. Aprendió sin gramática el hebreo y el griego: el hebreo por la comparación del texto latino y hebreo de la Escritura, y el griego por la comparación del texto griego y latino de los Padres de la Iglesia. Existe además en la Biblioteca una gramática latina compuesta por el mismo religioso.

la virginidad es la palanca más poderosa para poner en actividad las facultades de nuestra alma? En presencia de hechos tan elocuentes, me atrevo, sí, me atrevo á interrogaros á vosotros, sabios orgullosos del mundo. ¡Eh! sed francos; poned la mano en vuestro pecho y contestadme ingenuamente: ¿es ó nó el sacerdocio cristiano la luz del mundo? es ó nó la virginidad evangélica el auxiliar más poderoso de la sabiduría? son ó nó los institutos religiosos el taller de la ciencia? En vano se quiere prescindir de la fe en los diferentes monumentos de la sabiduría del hombre; en vano se quiere traer á nuestra memoria los infinitos catálogos de obras escritas por los genios más ilustres, que tratan de todo género de ciencias, en las cuales se maldice el Evangelio casi en cada una de sus páginas. No tenemos á mengua, señores, confesar el talento de los sabios en dondequiera que se encuentre; pero nos atrevemos á decir, y lo decimos con franqueza y entera convicción: si todos los genios del saber siempre hubieran sido esclarecidos por los resplandores benéficos de la virginidad cristiana, si en sus soberbios gabinetes siempre se hubiera ostentado una cruz, ¡ay! no registraríamos en sus obras tantas prostituciones del talento, tantas adulteraciones de la verdad, tantos poemas escandalosos del vicio y del error. A la verdad, si la pura religión de Cristo hubiera abrigado en su casto seno a todos esos genios é inteligencias superiores, nuestra vista hubiera sido inmensamente más pequeña de lo que es, para seguir en la celeridad y elevación de su vuelo á esas águilas majestuosas.

Hasta el presente, sólo hemos visto á la sabiduría educándose, bebiendo sus inspiraciones, extrayendo sus magníficas concepciones de la fuente inmaculada de la virginidad evangélica; veámosla ahora multiplicando la esfera de actividad, impulsada por la obediencia monástica.

Los sabios que se han atrevido á condenar esa necesidad que el hombre se impone, haciéndose *esclavo de la ley* é invocando en contra los inalienables fueros de la libertad personal, desconocen ciertamente que ese heroico esfuerzo de la propia voluntad, á más de suponer el perfecto ejercicio de ella, es, sin disputa, un medio muy poderoso y adecuado para asegurar al sabio el triunfo en las campañas de la ciencia.

El sabio, señores, para entregarse de lleno á la investigación de los mil secretos de la sabiduría, necesita, en primer lugar, vivir ajeno de los muchos cuidados é inquietudes que necesariamente trae consigo la acertada dirección de los intereses eternos y temporales de su persona.

Es tan inconstante nuestro corazón, las inclinaciones, pasiones y sentimientos de nuestro espíritu son á veces tan opuestos, reina en nuestra naturaleza una lucha tan encarnizada, que, á no mediar, como sucede en la vida religiosa, una ley clara, terminante y obligatoria, que nos marque el camino que debemos seguir á fin de asegurar el bien eterno de nuestra alma, nos encontramos en la imprescindible necesidad de vivir constantemente preocupados de nosotros mismos, y emplear una buena parte de nuestro tiempo en discernir lo que más convenga á nuestra vida espiritual.

Por otra parte, señores, la misma vida temporal exige de parte de los sabios una especial dedicación para entregarse al desempeño de ciertos negocios destinados á asegurar su subsistencia ó la de una numerosa familia, y para cumplir con honradez los deberes que exige el ejercicio de su empleo ó profesión en el mundo.

El religioso, señores, al contrario, nada tiene que temer, puesto que asegura el éxito de sus obras, en lo eterno y en lo temporal, con sólo repetir de lo íntimo de su corazón al comenzar el nuevo día: «Os bendigo, Señor, os doy infi-

nitas gracias porque habéis prometido que el varón obediente siempre cantará victoria» (1).

Pero la principal riqueza de la obediencia monástica no consiste solamente en independizar al sabio cristiano de toda inquietud ó preocupación que pueda estorbarle estrechar íntimas relaciones con la sabiduría; sino que el gran tesoro de la obediencia está en hacer de la ley del trabajo una ley obligatoria, una cadena que enlaza al sabio y á la sabiduría con tan fuertes ligaduras, que es imposible romperlas. ¡Ah, señores! en ninguna parte como en los institutos monásticos, ha resonado el eco de este infalible decreto: «Trabajarás». Concebir al sabio sin concebir el trabajo es un absurdo manifiesto; y precisamente, porque la ley del trabajo ha sido elevada al rango de voto religioso en los institutos monásticos, por eso no cabe la menor duda de que ellos son los talleres más adecuados para la ciencia.

¡Cosa singular! «El espíritu humano se asombra meditando el heroísmo sin ejemplo de los monjes del siglo XII. Ellos realizaron en cierto modo en Europa lo mismo que ejecutaban los primeros pobladores del mundo cuando procuraban devolver al globo desfigurado por el diluvio su primitiva faz; ellos previnieron con su infatigable laboriosidad el inevitable caos que amenazaba á las ciencias y á las letras, que, á no haberse refugiado en los claustros, difícilmente se habrían escapado de la muerte» (2). Y, sin embargo, señores, hay quienes se atreven á afirmar en nuestra época, que los claustros no tienen elementos de prosperidad intelectual para el hombre, y que no son las escuelas llamadas á darle toda la ciencia é ilustración que necesita.

¡Oh sagrados asilos de la virtud y del saber! nadie, nadie puede existir en el mundo, que, meditando á la luz de la

(1) Proverbios, XXI, 28.

(2) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

historia vuestras incomparables grandezas, y, sobre todo, los inmensos beneficios que habéis prodigado á la humanidad, no prorrumpa espontáneamente en este arranque convencido: «¡Sublime es el poder del trabajo santificado por la obediencia monástica!»

Después de tales reflexiones, de nuevo vuelve á presentárseme la simpática figura de Aracena, corroborando con su ejemplo la verdad de mis doctrinas.

Veámosle, desde luego, ejercitándose por orden de los superiores en los arduos ministerios de la enseñanza. «La voz de los superiores, se ha dicho nuestro obediente religioso, es la voz de Dios»; *non vos me elegistis*, no soy yo quien he hecho la elección. ¿Es la divina Providencia quien me deputa para ejercer el ministerio de maestro? pues, ¡adelante!; trabajaré por hacerme digno de ella y, Dios mediante, procuraré que mis discípulos siempre vean inscrito sobre mi frente este precioso lema: «ciencia y piedad».

Y ¿qué faltaba á nuestro sabio para que con justísima razón fuera presentado, por los prelados dominicanos, como el tipo perfecto del verdadero maestro? No es mi ánimo, señores, retratar, en esta parte de mi discurso, la figura del maestro cristiano adornado de la sabiduría; ya considerasteis la ciencia de Aracena, inspirándose en la virginidad evangélica; admirad ahora las bellezas del maestro, cuya norma, en el magisterio de las ciencias, son las máximas de una piedad viva é ilustrada. El óptimo educador, según el mundo, es aquel que hace de la instrucción de su educando el fin último de su noble misión; es aquel que sólo procura la ilustración de su alumno, pero sin imaginar fines más nobles y espirituales. Aracena ha podido comprender, á pesar de todo, que ese optimismo del maestro es el peor de los optimismos, porque la ciencia é ilustración del alumno no pueden ser el norte del maestro cristiano, sino solamente el medio para moralizar su corazón y enseñarle la práctica de la verdadera virtud.

El justo renombre de teólogo, que supo conquistarse nuestro sabio, me dispensa de manifestaros aquí el incomparable talento que tuvo para sacar de la enseñanza de los estudios teológicos todo el provecho posible en bien de sus queridos discípulos. Vosotros, religiosos que me escucháis, vosotros mejor que yo podríais manifestar y ponderar esas nutridas y piadosas disertaciones de vuestro maestro, esas elocuentes exhortaciones á la virtud, esas hermosas apologías de los misterios de nuestra fe, con que, á la vez que ilustraba vuestras inteligencias, enamoraba vuestros corazones de lo santo y lo perfecto, encendiéndolos en el amor divino» (1).

Hélo ahí, señores, en el aula explicando á los alumnos las tesis más difíciles de la ética ó la metafísica, dilucidando los más oscuros sistemas de la filosofía antigua y moderna. ¡Ah! él sabe ciertamente que el estudio de estas ciencias no es el estudio frívolo de los delirios y absurdos nacidos de la mente extraviada de los filósofos; nó, iluminada su sabiduría por la luz del Evangelio, ha encontrado en la fe, en la revelación cristiana, el infalible criterio con que preservarse de los infinitos errores de que puede ser víctima nuestra débil inteligencia, abandonada á sus propias fuerzas, y además el medio de ensanchar poderosamente la esfera de actividad de la razón humana.

Todo, señores, en manos de Aracena es un gimnasio de santificación para sus alumnos. Sin haber leído jamás al célebre filósofo pagano que dice ser la historia «émula del tiempo, testigo de lo pasado, aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir», pudo, no obstante, descubrir que el maestro, que instruyó á sus discípulos en los muy útiles conocimientos de la historia, no puede ser un cro-

---

(1) El R. P. Aracena fué profesor del convento mucho tiempo. Enseñó dos cursos completos de tres años de filosofía y seis de Teología; después fué nombrado regente de estudios, cargo que desempeñó 12 años.

nista frío, mudo, egoísta, insensible á las escenas más elocuentes que en ella aparecen. Para nuestro sabio, señores, la historia es la realización del plan eterno, como dice San Agustín; ve la mano de la Providencia así en la prosperidad y engrandecimiento de las naciones, como en su ruina y decadencia; llora con los que lloran, se alegra cuando la alegría es un sentimiento de justicia, y siempre está resuelta á defender con intrepidez los fueros de la verdad.

Largo sería caracterizar á nuestro sabio en todas las esferas de su múltiple magisterio. Un dato que voy á revelaros os dirá, señores, hasta qué punto es cierto que á nadie como al sacerdote cristiano pertenece el ministerio de la enseñanza. «Todos los discípulos del R. P. Aracena, sin una sola excepción que sepamos, han conservado aun en medio del tumulto y escándalos del siglo, el respeto por la religión de sus padres, el gusto por la virtud, su amor á la Iglesia y una exquisita pureza de conciencia que los distingue de todos los demás jóvenes» (1).

El trabajo, señores, cuando está santificado por la obediencia religiosa, se multiplica maravillosamente, y el religioso encuentra tiempo para todo. Vais á considerar á nuestro héroe esparciendo las luces de su sabiduría en una escuela cuyo único maestro es el sacerdote del Señor. Os confieso ingenuamente que lo que jamás acabaré de admirar en el virtuoso Aracena es su exquisito talento en aumentar el tiempo destinado á sus labores científicas, sin defraudar un ápice el ejercicio del ministerio sagrado. Cuando sepáis que ese religioso, que ha pasado cuatro y cinco años en el confesonario, es el mismo que, durante una gran parte del día se ha ocupado en instruír á sus alumnos en la clase, oír muchas y difíciles consultas de

(1) Nota tomada de la Oración Fúnebre del prebendado Dr. don F. de Paula Taforó.

los hombres más notables del foro y la magistratura, es el mismo que, sin dispensarse muchas veces ni de una sola de las prácticas religiosas mandadas por la constitución, ha estado quizás largas horas en la noche suministrando los consuelos de la religión á un pobre moribundo; ¡ah! creo que no trepidaréis en afirmar conmigo: Aracena es infatigable en el trabajo, Aracena es un santo.

No es vana lisonja, no es el fuego de un entusiasmo pasajero lo que me impulsa á decir en este instante: Es mi voz por demás desautorizada para cantar el himno de alabanzas que merece el sabio director de las conciencias, el padre bondadoso, el médico hábil y caritativo, el amigo tierno y desinteresado. Desahogad vuestro justo dolor ¡oh castas esposas del Cordero! dilatando vuestro corazón con el recuerdo de las virtudes de vuestro hábil y virtuoso maestro espiritual (1). Largo tiempo hacía que ansiabais ofrecer este homenaje de honor y de reconocimiento á aquel que pasó toda su vida derramando misericordias sobre vosotras. Y ¿qué prueba más elocuente podíais darle que ese grito universal de aflicción, esa triste y dolorida plegaria, con que, golpeando el corazón de vuestro Dios, en el día de la desgracia, llorabais vuestra orfandad? Nó; no era posible que el santuario de las discípulas de Aracena dejara de cubrirse de luto, que no ostentase en sus atrios y columnas, fúnebres crespones, símbolos del dolor; el magnífico jardín en que la diestra mano de Aracena había hecho florecer y fructificar tan delicadas plantas, debía hacer sentir en sus recintos esas tristes armonías, esos cánticos desgarradores que anuncian los gemidos de una familia desolada, y que busca en la religión el bálsamo que cicatriza sus heridas y mitigue sus penas.

---

(1) El R. P. Aracena fué durante largos años confesor del monasterio de Santa Rosa.

Mas ¡ay! no quiero renovar, ni para esos ángeles humanos, ni para vosotros, señores, llagas tan sensibles. Vivos están los recuerdos del infausto 2 de Mayo (1), y me parece percibir en este templo el eco lastimero que poco ha se oía por todos los ámbitos de nuestra culta población.

Que la más pura esencia del cristianismo sea el despojo voluntario de todos los bienes creados; y que la pobre cuna de Belén haya formado y formará en la serie de los siglos una crecida falange de genios de la ciencia, cuya escuela de aprendizaje es el Calvario, es una cosa que brilla en el pensamiento de todos con una evidencia tal, que no necesito demostrarlo. Aracena, destinado por el cielo para arrancar los tesoros de la sabiduría del océano de la virginidad evangélica y ensancharlos por medio de la obediencia monástica, debió optar por esta escuela. Hábil filósofo, y, más que todo, hombre eminentemente virtuoso, no se contenta con la adquisición de la sabiduría, sino que idea todos los medios imaginables para precaverse contra los peligros de la falsa sabiduría del mundo. Sí: Aracena debía manifestar con el testimonio de su vida que los claustros son una escuela de ciencia, no sólo porque ellos suministran los elementos de prosperidad intelectual, sino también porque ellos prestan los suficientes para precaver los extravíos del corazón y de la inteligencia en la adquisición de la sabiduría.

¿Cuáles son, señores, los más terribles escollos que pueden hacer naufragar la nave de la ciencia? cuál el luminoso faro destinado á salvarla de tan inminente desgracia? Brevemente resolveremos estas dos importantes cuestiones á la luz de la pobreza evangélica.

La pobreza religiosa, en esencia, consiste en el despojo

(1) El R. P. Aracena murió el día 2 de Mayo de 1874.

voluntario de la riqueza y demás bienes materiales por amor á Jesucristo. A juzgar por la teoría de ciertos filósofos economistas de nuestra época, la riqueza es el mejor elemento de libertad humana; y, cuando más rico es el hombre, de tanta más libertad disfruta. A la vista salta el sofisma de tan singular sistema, y la sola exposición de las doctrinas que enseña la pobreza monástica, basta para desvanecerlo. «La verdadera libertad del alma, dice un ilustre orador, consiste en no tener trabas; y para no tenerlas no hay más que un secreto: no estar apegado á nada, no estar detenido por nada; y yo afirmo que nadie hay menos libre en la tierra que aquel á quien la pasión ha entregado al servicio del oro, á la esclavitud del dinero» (1).

Aracena ha abrazado este sistema, y, abrazándolo, ha apartado de sí y para siempre la posibilidad de caer en la ominosa esclavitud de la riqueza. «El que ama con pasión la sabiduría, se ha dicho nuestro humilde religioso, debe remover todos los peligros que puedan pervertirlo en el estudio de ella. ¡Desgraciado del sabio á quien domina la codicia desenfrenada de oro, porque en ella encontrará la prostitución de sus talentos, el envilecimiento de sus facultades y la muerte de su corazón! «No puede negarse, señores, que el sabio, haciéndose pobre voluntario, se libra de una de las más terribles tentaciones que pueden asaltarlo, la tentación de la riqueza. Y es ésta una de las razones principales que debe convencernos de que los claustros son el más santo y seguro taller de las inteligencias superiores. Efectivamente, Aracena ha jurado al pie de los altares su completa abdicación, trocando la ambición del oro y los placeres que él proporciona por los rigores de la penitencia corporal y la mortificación interior. Las reglas y constituciones de la Orden prescriben

(1) R. P. Félix, *Conferencias.*

durante siete meses en el año ayunos rigurosos con alimentos cuadragesimales, disciplinas dos veces en la semana y muchos otros ejercicios de mortificación que sería largo enumerar. ¡Ah, qué bello campo no se presenta al fervor de nuestro austero cenobita! ¡Oh sala misteriosa del Capítulo! ¡cuántas veces no mereciste hacer descender sobre ti esas lenguas de fuego divino que alumbraron un día el cenáculo de Jerusalén, conteniendo entre tus recintos á ese varón penitente, á ese fervoroso sacerdote, que, deseando sólo la sabiduría, iba á buscarla en los rigores de la maceración corporal, mezclando sus plegarias con las lágrimas y suspiros de un corazón contrito y humillado (1).

La seria contracción de Aracena al estudio de las ciencias más difíciles pudo dispensarlo muchas veces de la observancia de ciertas reglas, y, sin embargo, sabemos que, al menos por el espacio de treinta años, hasta que sus enfermedades se lo impidieron, cumplía con todos los ayunos prescritos por la constitución dominicana.

Natural era, señores, que ese sabio, que había repetido tantas veces en su vida con el Apóstol, «no conozco más que á Jesucristo, y á éste Crucificado», y que había robustecido siempre su espíritu con los sublimes ejemplos de penitencia del gran Patriarca de Guzmán, procurara de mil maneras revestir á su sabiduría de ese colorido divino que sólo sabe inspirar la religión del dolor y del sacrificio. Por los frutos que ella ha producido conoceréis hasta qué punto es exacta mi observación. De las llagas de Cristo moribundo brotaron las virtudes que hacen de nues-

---

(1) En los dos últimos años de la vida del R. P. Aracena, como eran tan frecuentes sus enfermedades, los superiores tuvieron que designarle enfermeros que lo cuidasen; por medio de ellos vino á descubrirse que F. Domingo dormía en la tabla dura y no en el colchón. Cuando fué descubierto, suplicó á los enfermeros que no lo revelasen, asegurándoles que para él no era esto una mortificación.

tra religión la única cuyo maestro es el Dios de infinita santidad; Aracena buscará también la ciencia de los santos en esa escuela, y los cuadros que dibujará su pluma arrastrarán espontáneamente nuestro espíritu á recordar las tiernas escenas de Nazaret, de Belén y del Calvario. Ya comprenderéis, señores, que aludo á ese bello Quincenario con que la piedad fervorosa de nuestro sabio sacerdote quiso pagar el tributo de su talento á aquel á quien la Providencia le designara como estrella que debía conducirlo á la patria de los escogidos. Sí: no podía Aracena legar á sus hermanos en religión un recuerdo más simbólico, que el dejar esculpido, en cada una de las rosas del Santísimo Rosario, el retrato de los misterios y virtudes de Jesús y de María (1).

En el elogio de la falsa sabiduría, señores, los títulos de honor, los diplomas de las academias, las medallas y condecoraciones del mundo, son necesaria condición para realzar el colorido del cuadro y dar mérito al héroe que en él figura; en el panegírico de la sabiduría que desciende de lo alto, del sabio modesto, puro, lleno de misericordia y buenas obras, esta larga hoja de méritos, esta bulliciosa trompeta de la fama, no suministra un ápice de gloria esencial á la corona de sus triunfos. ¡Genios inmortales de la ciencia! ¡cuántos cismas, apostasías y defecciones de la fe habríais evitado! qué de lágrimas, miserias y desastres no habríais economizado á la pobre humanidad, si el eco halagüeño de los honores del siglo no hubiera cautivado tan poderosamente vuestros oídos!

La sólida virtud de nuestro humilde religioso jamás pudo temer ser influenciada por las astucias de ese amigo lisonjero; y, sin embargo, para prevenirse de los males que engendra en el sabio la soberbia, hizo extensivo el

(1) El R. P. Fray Domingo Aracena es también autor de una preciosa obrita, titulada: El tercero Dominicano ó resumen de todas las indulgencias y privilegios auténticos de la Tercera Orden Dominicana.

despojo voluntario de las riquezas al despojo de los honores y condecoraciones del mundo. ¡Oh excelso poder de la humildad! ¡Humilde fuiste, venerable sacerdote! Y héme aquí como el heraldo á quien la Providencia destina para dar cumplimiento a las promesas de la Eterna Verdad: «Confundiré las maquinaciones del soberbio y exaltaré hasta los cielos la humildad de mis siervos» (1). ¿Qué aguardáis, religiosos? Hablad, que ya es tiempo; amigos y deudos del finado, pueblo cristiano, deponed cuanto sepáis en honra del sabio eminente, porque Dios os manda exaltar en este día los triunfos de la humildad evangélica. ¿Me constituís intérprete de vuestros sentimientos? diré entonces a nombre de la ilustre religión dominicana: Grande es la sabiduría de Aracena, porque ha constituídos su trono en el augusto consejo de los ancianos de la Orden, y ellos se han inclinado reverentes para acatar su autorizada palabra (2). Pero, queridos hermanos, a vuestra fisonomía asoma la emoción profunda que os domina. ¿Qué queréis revelar en este instante? ¿Queréis decirnos que Aracena fué por largo tiempo vuestro dignísimo prelado, sabio sin ostentación, sacerdote modelo, religioso ejemplar, padre cariñoso? (3). No reprimáis

---

(1) San Lucas, I, 52.

(2) Cuando en el último capítulo reunido en Roma el Padre General propuso una ligera modificación de las constituciones de la Orden, el Consejo determinó aplazar su dictamen hasta haber consultado á todos los maestros de las órdenes que se encontraban ausentes. Consultado fray Domingo sobre la cuestión, respondió terminantemente que, según su modo de ver, no debía alterarse ni una tilde de lo que había sido escrito por el santo Fundador; porque la mayor gloria de la religión dominicana consistía en haber conservado estas constituciones originales, mientras que en las demás religiones se habían innovado. Bastó el dictamen de nuestro sabio para que el Consejo desistiera de su idea y declarase que no había lugar á reforma.

(3) El R. P. Aracena fué prelado del convento algunos años; el lema que se le oía repetir frecuentemente, cuando era prior, era el siguiente:

vuestro justo entusiasmo; venid al pie de esa tumba, y, mientras el uno esculpe en el mármol esta preciosa inscripción: «Maestro en sagrada teología,» preparad vosotros las coronas y guirnaldas que deben embellecer el monumento del sabio. Con el mismo empeño que Aracena ocultaba las glorias de su nombre y escondía en las entrañas de la tierra el brillo de sus honores, así debéis vosotros ahora desenterrar de su humilde celda y buscar en la biblioteca del convento el honroso testamento de nuestro hermano y amigo.

¡Cuán grande es, señores, la sabiduría, realzada por los esplendores de la santa humildad! De ella es de quien ha dicho el Espíritu Santo: «Me esperarán cuando calle, y cuando hablare, me mirarán, y cuando me extendiere en el discurso, pondrán las manos á su boca». En nuestro humilde recoleto se han cumplido á la letra estas palabras de la Escritura; puesto que su sabiduría, haciendo eco en nuestra patria, ha atravesado los mares y ha llamado vivamente la atención del más augusto consejo de los sabios de la Iglesia Católica. Sí, señores: la Academia de la Inmaculada Concepción de Roma, queriendo recompensar sus talentos en el conocimiento de las ciencias teológicas, lo alistó en el número de sus socios; el Instituto Episcopal de Río Janeiro lo condecoró con el honroso título de miembro honorario de esa ilustre Corporación.

A su vez el ángel tutelar de la Iglesia Chilena preside esta triste ceremonia y, cerniendo ahora sus alas misteriosas sobre esa tumba querida, dice á nombre de nuestro venerable Metropolitano y de sus esclarecidos predecesores: ¡Gloria al examinador sinodal, eterna bendición al sabio consultor del Arzobispado! Nuestra Universidad, haciendo también justicia á su saber, lo llamó á ocupar

---

«La felicidad de la vida religiosa consiste en obedecer, el sacrificio está en mandar».

un lugar entre sus miembros, haciéndole doctor en Teología y Ciencias Sagradas; fué el consultor de los hombres más ilustres por su ciencia, en la Iglesia, en la magistratura y en el foro, y el maestro, durante muchos años, de una selecta porción de jóvenes de las más distinguidas familias de nuestra sociedad. Sí: toda nuestra patria lamenta ahora la irreparable pérdida del sabio sacerdote de la Recolección Dominicana, y, bendiciendo el recuerdo de su virtud y talento, se apresura á recoger la hermosa página de su historia para insertarla en el libro de oro de sus héroes.

Señores, harto hemos ya deleitado nuestro espíritu admirando los prodigios del bello mausoleo que la virtud y la ciencia han erigido á la memoria de aquel, cuya vida forma el elogio más cabal de los institutos monásticos; y, á la verdad, que muy fecunda se ha manifestado la sabiduría cristiana para suministrarnos consuelos en el triste y doloroso acontecimiento que deploramos. Pero aun no nos ha revelado el cielo el bálsamo divino que debe cicatrizar completamente la herida que la muerte de nuestro sabio ha abierto en nuestros corazones. «Aracena ha desaparecido del teatro de este mundo, nos dice nuestra fe; pero la separación que lamentáis es pasajera; amaba con delirio la verdadera sabiduría, y podéis abrigar la íntima esperanza de que su alma ha volado á unirse para siempre con la Eterna Verdad»...

Patria querida, recibe la elocuente lección que, para tu mayor engrandecimiento y prosperidad, quiere legarte este insigne apologista de las grandezas del claustro. Nunca el eco de injusta persecución contra la Iglesia arranque de nuestro suelo los institutos religiosos; siempre sea tu mayor anhelo defender, propagar y enaltecer esas sublimes escuelas de la virtud y de la ciencia; y, sobre todo,

que tu noble conducta convenza de error á todos aquellos gobiernos mal aconsejados que, contradiciendo las doctrinas del Evangelio y recusando los abiertos testimonios de la historia, se atreven á decir con los hechos, con la injusta expoliación de los bienes sagrados y civilizadores del clero regular: «Los claustros son centros de ignorancia, genuinas producciones del fanatismo religioso».



El sacerdocio católico

Sermón predicado en el Seminario de Santiago con ocasión de la primera misa del Presbítero don Luis Antonio Iglesias Lopehandía. Diciembre 25 de 1885.

Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum in Israel. (San Lucas, II, 34).

Y ha sido colocado en Israel para la ruina y la resurrección de muchos.

Estas proféticas palabras fueron dirigidas un día sobre ese dulce y amoroso niño que hoy contemplamos recostado en las pajas de humilde y desamparado pesebre. Y, á la verdad, que la historia ha confirmado plenamente la profecía, pues á nadie podrá pasar desapercibido, que desde la cuna hasta el Calvario, ese divino y misterioso infante ha sido el blanco de las más terribles contradicciones: ruina y escándalo de los unos, vida, esperanza y salvación de los otros.

Ahora bien, cuál sea la misión que ese misterioso infante haya desempeñado en la historia del mundo y muy particularmente en las relaciones de la humanidad con su Creador, vosotros bien lo sabéis; y, si lo ignorarais, bastaría la simple inspección de esas pajas, de esos humildes pañales, para comprender que él ha sido colocado como el único supremo Sacerdote, que, participando de la

divinidad y de la humanidad á la vez, se ofrece al Dios Altísimo como la víctima de propiciación y satisfacción de nuestros pecados, como el Soberano Médico, que con su vida, sus ejemplos y su doctrina, viene á restableccr los derechos que la soberbia y la concupiscencia del hombre habían usurpado á la divinidad.

Y el sacerdocio que nosotros ejercemos, hermano mío, no es propiedad nuestra; nuestro sacerdocio es una simple participación de sacrosanto sacerdocio de Cristo.

¿Y seguiré deduciendo las consecuencias que se desprenden de la doctrina que dejo establecida? ¿Te lo diré todo, oh joven sacerdote? Temo turbar la dulce paz de tu alma en el día de tus solemnes desposorios. Cuando tus virtuosos padres y maestros, cuando toda esta selecta reunión de jóvenes levitas tapizan de flores y guirnaldas el santuario y entonan himnos de regocijo para celebrar tus bodas, ¿seré yo tan severo que venga á revelarte misterios de dolor? Sí, nada te ocultaré; y si, como lo espero, tu corazón se ensanchará contemplando las grandezas y maravillas del sacerdocio de Cristo, también rebosará tu espíritu de alegría al considerar sus cruces, su pasión, su doloroso martirio.

Entremos ya en materia, católicos, y tracemos á grandes pinceladas, á la par que el doloroso cuadro de las luchas y contradicciones del sacerdocio católico, el no menos imponente y grandioso de sus triunfos y maravillas. *Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum in Israel.*

¡Oh Belén, altar sublime, en donde se inició la grande obra de la redención del mundo! quiera el cielo que los himnos angélicos que resuenan en tus desnudas bóvedas, los misteriosos resplandores que te circundan y, sobre todo, los tiernos vagidos de la hermosa víctima que yace en tus aras de humilde paja, inspiren mi pensamiento y den sagrada unción á mi palabra. Por tu milagrosa fecundidad,

dulce María, poderosa protectora del sacerdocio cristiano, alcánzame de tu Hijo querido el auxilio de la divina gracia.

¡Ave María!

Es cosa singular lo que acontece, al advenimiento en el mundo de ese misterioso niño; se acerca la hora de su feliz nacimiento, las profecías se han realizado á la letra, y, sin embargo, se levanta una universal protesta, rechazando á Aquel, que, á pesar de venir á sus propios dominios, los suyos no quisieron recibirle, *in propria venit, et sui eum non receperunt* (1). No hay lugar en la posada, dicen los ingratos de Belén, y cuando la milagrosa estrella del Oriente pone de manifiesto su aparición, la Judea toda se conturba y se estremece y, secundando las pérfidas intenciones de un monarca soberbio y descreído, jura ahogar en su sangre al que ha nacido Rey de los judíos.

Las persecuciones al sacerdocio cristiano tienen una sencilla explicación. Contra ciertas teorías y ciertas pretensiones el sacerdocio tiene doctrinas que son reproches, preceptos que son acusaciones, influencias que son una barrera inexpugnable; de ahí el origen de los ataques y luchas que tiene que sostener. Mirad la manera como Jesús se explica con sus apóstoles cuando les mandó predicar el Evangelio por toda la redondez de la tierra: «Yo os envío, les dice, como corderos en medio de los lobos; vosotros no sois del mundo, y por eso el mundo os aborrecerá; á Mí me han perseguido, pues á vosotros también os perseguirán; seréis llevados al suplicio, se os hará morir y seréis objeto de odio á las naciones por causa de mi nombre». En efecto, los ataques han variado según la diversidad de los tiempos y lugares; ya los tiros se han dirigido

(1) San Juan, I, 11.

á las doctrinas que enseña, ora al libre ejercicio de su poder, ora á sus obras é instituciones. Unas veces la violencia ha sido el arma de destrucción, otras un hipócrita disimulo, que sin necesidad de cadalsos, destierros y derramamiento de sangre, ocasiona los más terribles estragos y da origen á los más funestos escándalos.

¡Oh, sí, hermano mío! las mismas escenas que tuvieron lugar en los días del sacerdocio de Cristo, los mismos lazos urdidos por la perfidia de los escribas y fariseos, la misma injusta rechifla de los enemigos de Jesús, que se levantara un día en Jerusalén, y hasta la misma sacrílega chacota de los impíos sayones del Calvario, sí, el mismo trágico cuadro se ha ido reproduciendo en el mundo contra el sacerdocio desde que la sangre del inmaculado Cordero se derramó en la ciudad deicida hasta la última de las inocentes víctimas sacrificadas por la impiedad de este siglo, en odio á la Iglesia, en odio á la religión del Crucificado. Yo podría hacer desfilar ante tu vista, hermano mío, ese abominable ejército de impíos perseguidores, esos infernales abortos que el paganismo, la herejía, el libre pensamiento y el insensato racionalismo de nuestros días ha suscitado contra aquel gigante indestructible sobre el cual están fijas las miradas del Universo entero, contra ese coloso invencible, que, colocado en el seno de todas las tempestades, dieciocho siglos lo contemplan, ¿qué digo dieciocho siglos? sesenta siglos lo contemplan, porque el sacerdocio católico remonta su origen al principio del mundo. Pero no necesito traer á tu recuerdo ni las catacumbas de la antigua Roma, ni los horrores de la Medialuna de Mahoma, ni los sangrientos episodios de la Reforma protestante, ni los excesos incalificables de la Revolución francesa. Subsistiendo la causa subsistirán los efectos; y, mientras de las sublimes cátedras del sacerdocio católico se levanta una voz unísona para condenar el cesarismo sacrílego, usurpador de sus poderes espirituales omnímodos y de su

independencia y soberanía, conculcador de sus derechos y libertades, terrible será la injusta revancha que tomarán los enemigos del Cristo para hacer prevalecer sus derechos. ¡Ah! y no se crea que los satélites de Satanás hayan olvidado para siempre las lanzas y los puñales; que palpitantes están los repugnantes horrores de la Comuna francesa, que arrasó los templos y profanó los altares, que no sólo proscribió á los sacerdotes, los apedreó en plena calle, los encerró en las prisiones de los bandoleros y malhechores, y no sació su sed de persecución hasta clavar el puñal sobre su pecho y ahogarlos en su sangre mil veces inocente y pura.

A cada paso vemos comprobado, amigo mío, la terrible profecía de Simeón: *Positus est hic in ruinam, in signum cui contradicetur.* A pesar de que es la voz del ministro de Dios la que está repitiendo noche y día, dad al César lo que es del César, respetad y obedeced su autoridad, porque es una participación de la autoridad divina; á pesar de que su moral sublime es la que está conteniendo el desborde de las pasiones populares, reprimiendo las sediciones y discordias, dando seguridad á los intereses materiales; á pesar de que se están palpando los maravillosos efectos de su divino apostolado, ora en la moralización de las masas, en la regeneración de las familias, en el orden y bienestar de la sociedad entera, ¡oh tremenda contradicción! todos los sistemas políticos de gobierno, casi todas las naciones y todos los soberanos del mundo lanzan contra el sacerdote cristiano un grito de persecución y de exterminio. El, que por la verdad infalible que predica es el lazo de unión de todas las inteligencias y corazones; él, que por la divina y consoladora moral del Evangelio, es el hombre que lleva á todas partes la verdadera dicha y felicidad; él, que por el sacrosanto ministerio que ejerce, es el pastor del rebaño, el maestro y conductor de los pueblos, la luz del ignorante, el consuelo del pobre y el médi-

co del que sufre, ¡oh vergüenza! por las bastardas ambiciones de un soberbio monarca, por los mezquinos intereses de una política maquiavélica, por los necios errores de una razón ofuscada, ó, lo que es triste decirlo, por los groseros extravíos de un corazón corrompido, viene á ser, nó el lazo de unión, sino la espada de la división, nó el hombre que brinda la felicidad, sino el fantasma de la desgracia; y ¡quién lo creyera, si no lo oyéramos proclamar á los cuatro vientos por los corifeos de la moderna filosofía! viene á ser el enemigo del pueblo, la valla de todo progreso y como la planta exótica de este gran jardín del universo, que es necesario arrancar y aniquilar para siempre. *Positus est hic in ruinam et contradictionem.*

Y ¿qué otra explicación tienen esos escándalos terribles que estamos presenciando en nuestros días, ya en el viejo como en el nuevo mundo, ya en las repúblicas, como en las monarquías y en casi todas las naciones del universo? La sacrílega implantación del matrimonio civil, de la escuela sin Dios, del cementerio laico, ¿qué otra explicación tienen sino la de la completa eliminación del sacerdocio cristiano del seno de la familia, de la escuela y hasta de la misteriosa morada de los muertos, en donde la majestuosa plegaria del ministro de Dios, su agua lustral y su sacrificio de satisfacción son la única esperanza del que llora en este destierro y el único bálsamo eficaz que mitiga las penas de los que han pasado á la eternidad?

Pobre sociedad, en vano te forjas ridículos sistemas para secuestrar de tu seno al sacerdote de Cristo; ese hombre misterioso á quien miras con tanto desprecio, ese hombre sencillo, modesto y sin fortuna, es hombre de Dios que enseña á encontrar riqueza en la pobreza, alegría en el dolor y placer en el sacrificio; ese hombre es la piedra fundamental de las sociedades humanas. *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

Sin embargo, católicos, sólo hemos analizado hasta aquí la parte más sombría del cuadro; tiempo es ya que á la tempestad siga la calma, y á los furiosos huracanes de crudo invierno la suave brisa de encantadora primavera. Sí, también ese dulce y amoroso Salvador ha venido al mundo para ser la vida, la esperanza y la resurrección de muchos en Israel, y, si es verdad que en el trascurso de los siglos ha habido espíritus bastante audaces que hayan maldecido su nombre y su doctrina, hayan declarado guerra á muerte á sus instituciones, también los ha habido y en infinito número que, jurando eterna fidelidad á su divino Evangelio, lo adoran y lo adorarán siempre como al único Redentor de los pueblos, como al soberano rey del universo, como al divino sol de toda verdad y justicia. *Positus est hic in resurrectionem multorum.*

¿Y acaso tu misión, hermano mío, no es la misma que desempeñara en la tierra el inmaculado Pontífice Cristo Jesús, el eterno Sacerdote, según el orden de Melquisedec?

«Así como mi padre me envió á Mí, así Yo os envío á vosotros», majestuosa y sublime declaración, católicos, que en cuatro palabras resume compendiosamente todas las maravillas y prodigios del sacerdocio católico. ¡Salud, gloria y honor, oh excelso y sacrosanto sacerdocio de Cristo! El Hijo de Dios, el Verbo Eterno es tu divino fundador, y, por lo tanto, su omnipotente brazo jamás se apartará de ti; sí, jamás se agotará en tu seno la caridad y el amor, y tus labios, depositarios de la verdad y guardianes de la ciencia de Dios, nunca estarán cautivos.

Contemplad á ese hombre extraordinario, sin fortuna, sin práctica, extraño completamente á los artificios y delicadezas de la elocuencia profana; mirad el valor y la fuerza con que deja oír su voz, en medio de los grandes, de los sabios y de los más ilustres personajes. Mientras que las enseñanzas humanas se suceden una á una, se

destruyen mutuamente las unas á las otras; mientras un sepulcral silencio domina en esas soberbias cátedras, tribunas y gabinetes, que por su elocuencia, poesía ó ilustración, provocaban las aclamaciones de pueblos y ciudades enteras, y de las cuales apenas queda uno que otro nombre, un ligero y despreciable recuerdo; sobre esas mismas ruinas se levanta la enseñanza del sacerdocio católico que reúne en torno de su modesta cátedra un auditorio que se renueva sin cesar, una escuela que no se cansa jamás y que continuará y perpetuará hasta el fin de los siglos la doctrina de su divino Maestro. «Yo os daré, dijo Jesús á sus apóstoles, una elocuencia, una sabiduría, á la cual vuestros adversarios no podrán resistir» (1). Y ¿quién jamás ha podido hacer resistencia á esa estruendosa trompeta, que, como la que sonó en los muros de Jericó y los desmoronó por su base, está demoronando día a día los templos del error. los pedestales de torpes divinidades y los muros de defensa que intenta levantar la herejía, el cisma y la osada incredulidad? *In omnem terram exivit sonus eorum, et in finem orbis terrae verba eorum* (2). Vana pretensión sería, señores, coartar el eco de esa robusta voz, más intensa que el vapor comprimido, más ágil que el viento y más veloz que el rayo; ridícula temeridad, desvirtuar las celestiales y magníficas armonías de una voz, lo diré con santo orgullo, que no es ni la voz del hombre, ni del ángel, ni del abrasado serafín, sino la voz de la eterna verdad, la irresistible voz del que «dijo y todas las cosas fueron hechas, mandó y todas las cosas fueron creadas» (3).

Pero, así como la palabra del sacerdote, hiriendo los oídos de la humanidad, está llamada á iluminar á todo

(1) San Lucas, XXI, 15.
(2) Salmo XVIII, 4.
(3) Salmo CXLVIII, 5.

hombre que viene á este mundo, así también, por su divino é incorruptible ministerio, el sacrificio, la sangre, la virtud y los méritos de la cruz deben perpetuarse sobre la tierra; es decir, que cada día y á cada instante, debe realizarse sobre el altar de nuestra redención la obra de nuestra expiación y purificación, haciendo correr por las venas de la humanidad la sangre de Jesucristo. Sí, católicos, la palabra del padre que perdona, la ternura de la madre que sostiene, el amor que borra y cicatriza las heridas, el poder infinito de un Dios que rehabilita y salva, hé aquí los incomparables privilegios que Jesucristo ha concedido al sacerdocio católico.

¡Oh veneranda dignidad del sacerdote, dispensador de las gracias, consagrador de los divinos misterios, ángel tutelar de sus hermanos y embajador del Dios Altísimo! Con la omnipotencia de su divino carácter, él guarda, como centinela vigilante, todas las sendas de la vida del hombre, para hacer correr por ellas la sangre que salva, que santifica y perfecciona. Sea que derrame el agua del bautismo sobre la frente del tierno infante, sea que más tarde, cuando la pasiones comienzan á marchitar su joven corazón, haga descender sobre su cabeza culpable el perdón y la misericordia; sea que, arrodillado ante su lecho de muerte, le haga oír el dulce lenguaje de los consuelos del cielo, y purifique con el óleo santo sus rebeldes sentidos, siempre tendréis en el sacerdote de Cristo al sublime embajador de los cielos, al ángel misterioso encargado de remover la sangre de esa inagotable piscina de nuestra redención, para hacerla correr por las venas de nuestra pobre humanidad.

Pero ya es tiempo, acercaos al altar, á esa divina hoguera del sacerdote católico; contemplad al ministro de las divinas expiaciones con la espada del sacrificio sobre sus labios y haciendo descender sobre ese altar al Dios del cielo, con su imperiosa é irresistible palabra. ¡Oh, qué diferencia entre el sacerdocio consagrado por la virtud de la sangre

de Jesucristo y el sacerdocio de los símbolos y figuras! Aarón, llevando á un altar corruptible toros y novillos, y el sacerdote de Cristo presentando ante el trono de Dios una oblación pura, santa, inmaculada, consagrada exclusivamente para la expiación de nuestros crímenes y pecados. Aarón, en un tabernáculo mortal, borrando algunas impurezas legales, algunas irregularidades contra la ley, y el sacerdote haciendo, por virtud de la sangre del inocente Cordero, la verdadera pacificación de nuestras almas.

Sacerdotes de los tiempos antiguos, decidme francamente, decidme: ¿qué pecados habéis borrado, qué llagas del corazón habéis curado, qué tristezas del alma habéis procurado endulzar y qué lagrimas habéis enjugado? Filósofos, poetas, aventajados genios de la antigüedad griega y romana, decidme: ¿qué certidumbre, qué sólidas lecciones, qué positivos frutos habéis recogido de vuestros adeptos y sectarios? Decidme los nombres de aquellos que, enamorados de vuestros hermosos cánticos, hayan podido contemplar en todo su brillo la luz divina y consoladora de las doctrinas del cielo. ¿Nadie responde á mi llamado? ¡Ah! es que solamente el sacerdocio católico, por su divina oblación, por su virtud extraordinaria, por su doctrina infalible, por su cruz y sus sacramentos, es el único que puede salvar y santificar, el único que puede domar las pasiones por la castidad, y las riquezas por la humildad, el único que puede comunicar por la fe, á los desgraciados resignación, á los pecadores perdón, á los débiles fuerza y al hombre una virtud sobrehumana.

Y ¿qué sería del mundo, qué sería de las sociedades humanas, qué sería de las familias, sin la influencia moral ejercida por el sacerdote católico, que es el solo que tiene el insigne honor de llevar encarnado en su corazón el principio religioso, el culto, la moral purísima y todo

aquello que tiende á obtener indefectiblemente el predominio del elemento espiritual sobre el temporal, del alma sobre el cuerpo y la completa victoria del mundo moral sobre el mundo de los sentidos, el mundo de la carne y de la sangre?

Quitad al sacerdote del seno de la sociedad, y los dogmas religiosos se destruirán por su base, y no habrá sanción para los deberes morales, y el poder se convertirá en despotismo, la ley en tiranía, el derecho en injusticia, la propiedad en latrocinio, la conciencia pública en el más insensato egoísmo. Arrancad del seno de la familia á ese ángel encargado de consagrar con su divina influencia el sagrado lazo del matrimonio. En lugar de una madre que haga germinar las virtudes en vuestros corazones, encontraréis un monstruo sin caridad, que pervertirá vuestras almas; á la esposa casta y sumisa sucederá la mujer sin fe, sin dignidad, sin conciencia, y á la hija pura, inocente y virtuosa, decoro y ornamento de vuestra casa, la víctima infeliz de las más audaces rebeliones, de los más inauditos escándalos.

Apóstol, dispensador de los divinos misterios, sacrificador por excelencia, el sacerdote es asimismo el pastor, el padre, el médico caritativo de la humanidad, pues no hay nada que se escape á los ardientes calores de su inagotable é intensa caridad: *Nec est qui se abscondat a calore ejus* (1). ¿Cuándo se ha oído decir jamás que el inflamado celo del sacerdote católico ha encontrado obstáculos que impidan la realización de sus amorosos designios? *Non est qui se abscondat a calore ejus.* Nó, nada es capaz de detener el vuelo de ese invencible caudillo de la causa de Dios, de ese coloso que se levanta como un gigante para poner fuego divino en toda la faz de la tierra. *Exultavit ut gigas ad currendam viam* (2). Ni la distancia de los lu-

(1) Salmo XVIII, 7.
(2) Salmo XVIII, 6.

gares, ni la fragosidad de las montañas, ni las tempestades del océano, ni la ferocidad de los bárbaros, ni la vista de los cadalsos y de la muerte, nada es capaz de detener la impetuosa carrera de aquel que sólo sueña y suspira por encontrar almas que salvar, lágrimas que enjugar y llagas que curar y cicatrizar. El Oriente lo ve plantar sus tiendas al lado de las del árabe vagabundo y del beduino indolente, el Africa regar con sus sudores sus abrasados desiertos, la América descender á sus inmensos ríos y engolfarse en sus espesos bosques, la Oceanía ve recorrer sus innumerables islotes y la China enrojecer con su sangre sus inhospitalarias tierras. *Nec est qui se abscondat a calore ejus*. En los asilos del dolor, de la pobreza y del infortunio, en el seno mismo del contagio y en presencia de los más temibles flagelos, en el campo de batalla y cuando suena para los pueblos la hora terrible de la persecución y de la prueba, siempre, siempre, veréis al sacerdote de Cristo afrontando de lleno todos los peligros y apaciguando con serena calma los más deshechos huracanes. Prestad atención, señores, y percibiréis que de un extremo á otro del mundo se deja oír un ruido inmenso de gemidos y como un prolongado grito de dolor; es el género humano que, desde el día mil veces infausto, en que, en castigo de su rebelión, fué herido con el rayo de la venganza divina, lleva sobre su frente como el fratricida Caín el signo de la reprobación. Desgarrada su diadema por el orgullo y con el viejo cetro de su antigua reyecía carcomido por los gusanos, se ha cambiado su púrpura hecha jirones por unos andrajos miserables que apenas sirven para cubrir su desnudez. Y ¿no habrá, señores, consuelo para tamaño dolor? ¿quién vestirá al desnudo, quién dará de comer al hambriento, quién derramará el bálsamo sobre tantos corazones heridos? ¿quién, me preguntáis? El sacerdote cristiano, el único de quien se ha dicho que su misión es evangelizar á los pobres, sanar á

los heridos de la desgracia y redimir á los cautivos; el sacerdote, cuya herencia predilecta es el huérfano y la viuda y cuyo paternal corazón sabe hacerse todo para todos, á fin de salvarlos á todos, que en su pobreza improvisa por encanto las más cuantiosas limosnas, y con la misteriosa cruz de su Maestro, su consoladora doctrina, su oración, sus sacramentos, tiene remedio eficaz para hacer brillar la paz y la más dulce resignación, ya en la pobre choza del indigente, ya en las opulentas moradas del poderoso, en donde, como dice un célebre escritor sagrado, detrás de las cortinas bordadas de riquísimo oro, suelen correr, y con más frecuencia de lo que se piensa, lágrimas más amargas y desesperantes que las que riegan la humilde tienda del obrero ó la desnuda cabaña del pobre pastorcillo.

Ved, aquí, carísimo hermano mío, ved aquí, aunque en imperfecto y descarnado bosquejo, el retrato moral del sacerdocio cristiano. Cuál sea la noble y grandiosa misión que pesa sobre tus hombros, cuál el espíritu que debe animar tu ministerio, no necesito decirlo.

Bien habrás llegado ya á comprender el espíritu de nuestra época. Cómo se quiere á todo trance desterrar al Cristo, de nuestra familia, de nuestra escuela, de nuestros parlamentos y tribunales; qué terrible cruzada la de la impiedad de nuestros días para arrancar la fe de nuestro pueblo é inspirarle un odio profundo contra la Iglesia y su divino sacerdocio. Y, meditando en estos tristes horrores, y palpando tan de cerca esta prolongada y dolorosa persecución que sufre la inmaculada Esposa del Cordero, ¿podré dudar por un momento del celo ardiente y fervoroso que animará todas las acciones de tu santo ministerio?

Ya me parece que te contemplo á los pies del crucifijo, elevando al cielo cada día humilde y fervorosa plegaria y

extrayendo de las inagotables fuentes del Salvador la ciencia, el valor y la firmeza incontrastable. Sin la oración, hermano mío, sin la oración, la ciencia no edifica, sino que destruye, el celo no es virtud sino indiscreción y capricho, y el trabajo, lejos de ser virtud, es tibieza y disipación.

Ea, querido hermano mío, ha sonado ya para ti la hora del trabajo y del combate, ve de una vez á enrolarte en el número de los valientes soldados del Cristo y de los fervorosos obreros de esa viña admirable de la Iglesia.

Que una inalterable confianza en la divina Providencia te acompañe toda la vida y que hasta el último suspiro seas incansable en promover la gloria de Dios, el honor de la santa Iglesia y la salvación de tus hermanos. Retardo demasiado el momento de tu suprema dicha y felicidad; muchos son los que ansiosos esperan recoger en este día las hermosas primicias de tu primero y más solemne sacrificio: esta santa casa, que ciertamente no olvidarás jamás, estos tus virtuosos maestros, que junto con la ciencia supieron infundirte las virtudes que serán la más bella corona de tu sacerdocio, todo este piadoso rebaño de jóvenes levitas y tus numerosos deudos y amigos que hoy comparten contigo tus muy justos y cumplidos regocijos. Ya te veo alzar la mano para bendecirlos á todos; pero ¿lo diré? tu corazón adivina mi pensamiento; ya sube al cielo el incienso de tu oración, pero entre tus votos y plegarias, hay una que aventaja á todas las demás y que es la primera que el Angel del altar ha depositado ante el augusto trono del Señor; es la plegaria por tu madre, por aquella que, anegada hoy día en un mar de dichas, felicidades, eleva al cielo himnos de la más profunda gratitud y reconocimiento. Tan fervorosa será esta plegaria que su virtud alcanzará también al que ya, bien tú lo sabes, duerme el sueño de la muerte.

Que el Señor te colme con los tesoros de su gracia, ami-

go mío, que el Señor esté siempre contigo, hoy en el altar de tu primera misa, para que acepte tus promesas nupciales, mañana, para que te haga comprender que la alegría del cielo es una alegría que no se acaba y que puede gustarse siempre, sin agotarse jamás, y en todas las circunstancias de la vida, en el pesar para recibir el consuelo, en el combate para recibir el socorro y en la hora de la muerte para merecer una eternidad gloriosa.—AMÉN.



Illmo. D. Fr. Juan Agustín Lucero

Nació en Putaendo en 1830. Profesó la vida religiosa en la Recoleta Dominica, en donde vivió consagrado á la enseñanza. Fué Provincial de su Orden y finalmente, en 1887, Obispo de Ancud. Murió en dicha ciudad á los diez años después (1897).

DISCURSO

Por las víctimas de la guerra que Chile ha sostenido contra las repúblicas de Bolivia y el Perú (27 de Abril de 1881)

Omnes isti in generationibus gentis suae gloriam adepti sunt. (Eclesiástico, XLIV, 7).

Todos éstos alcanzaron entre los suyos una gloria que pasará de generación en generación.

Lo comprendo, señores: después que por mucho tiempo habéis dado grata y alegre expansión á vuestros corazones de patriotas y de chilenos; después que muchas veces habéis levantado vuestra alma agradecida hacia el Dador de todo lo que es bueno y de todo lo que es justo, hacia aquel Dios á quien le es fácil vencer con los pocos y con los muchos, para darle gracias por sus repetidos y manifiestos beneficios; después de todo esto, digo, habéis venido hoy para postraros una vez más delante del Señor de los ejércitos y de las victorias, á fin de ofrecerle humildes y fervientes plegarias por los que, altivos, esforzados y generosos, sucumbieron en la difícil y penosa jornada, combatiendo como buenos y como leales.

¿Puede acaso pensarse cosa más recta, más religiosa, más santa?

Ellos, es verdad, han obtenido una gloria imperecedera, inmortal; porque con su heroico valor levantaron erguida y coronada de laureles la frente inmaculada de la patria, y porque sellaron con su sangre y con su martirio el deseo que se anidaba en sus hidalgos pechos, de ensalzarla y engrandecerla. Pero á nosotros toca ciertamente, al paso que cantamos con patriótico entusiasmo sus legendarias proezas, venir á orar con la frecuencia posible á la sombra del santuario, pidiendo el descanso eterno de sus almas por tantos títulos dignas de nuestro respeto y amor.

Yo considero que hoy, de todas las provincias, de todos los pueblos, de todos los hogares, de todos los labios de los hijos de Chile, brotan con profusión ardientes y devotas preces por los que perecieron en la sangrienta y titánica lucha, y que el ángel de nuestra querida república las recoge con avidez en dorados pomos, ofreciéndolas después al Altísimo por el pronto y perpetuo refrigerio de nuestros gloriosos muertos.

Sin embargo, no creo temerario el afirmar que esto no basta, y que es indispensable reunirnos aquí públicamente, junto al augusto solio del eterno Jehová, para pedirle en común y con fervorosa emulación, por que luego, luego se digne abrir las hermosas puertas de la feliz mansión á los que, á costa de su vida, nos legaron tantos días de engrandecimiento y de gloria.

Sí, señores: aquí, en el sagrado recinto del Dios de Jacob, aquí es donde debemos congregarnos para rogar por todos nuestros héroes; aquí, en este lugar santo, donde más de una vez ellos mismos oraron con nosotros, suplicaron con nosotros y con nosotros imploraron la poderosa ayuda del Señor.

No obstante, paréceme tarea demasiado fácil persuadiros de lo que acabo de exponer; pero no sucede lo mismo cuando me encuentro frente á frente con lo que debo decir en loor de esa gloriosa pléyade de invencibles campeones,

que han perecido en una campaña larga de dos años, por mantener siempre enhiesto el pabellón de nuestra querida patria.

¿Por dónde deberé principiar y por dónde es mi obligación concluír? ¿Haré la biografía de todos y cada uno de ellos? Empeño inútil, porque ésa es obra de muy largo aliento é impropia de este lugar. ¿Os diré que pelearon y murieron con la serenidad en la frente y casi con la risa en los labios, mientras el valor incontrastable solamente los abandonó con la vida? Pero esto consta de todos los boletines de la guerra. ¿Os diré que sobrepujaron en audacia á los más esforzados capitanes de Roma y de Esparta? Pero esto ya vosotros lo sabéis y no necesitáis que yo os lo diga.

Disculpad, pues, señores, mi embarazo y permitid os asegure con plena convicción que, si algo voy á decir para glorificar á nuestros heroicos muertos, es en la inteligencia de que siempre me quedaré muy corto; pues estoy íntimamente persuadido de que toda la retórica, toda la oratoria, todos los panegíricos son insuficientes para contar, como ellas merecen, las hazañas de nuestros invictos adalides y de que, para la cabal glorificación de ellos, será bastante que la severa é imparcial historia, que quizás pronto les hará justicia, narre sencillamente los hechos á cabo llevados por los soldados de Chile en la guerra del Pacífico, los que formarán la más gloriosa epopeya de nuestra joven, pequeña pero robusta república.

Es tan natural, y á veces tan justa, en el hombre la aspiración á la gloria, que sería imprudencia manifiesta condenar en él absolutamente ese generoso sentimiento

que tan arraigado se encuentra en la humanidad toda. Sí, la idea es universal; la encontramos en todos y en todas partes; el filósofo en sus abstractas elucubraciones, el literato en sus laboriosas veladas, el viajero en sus excursiones científicas, el bardo en los dulces acentos de su lira, ¿á qué otra cosa propenden sino á conquistar algunos lampos de gloria entre sus conciudadanos?

Pero, señores, cuando se trata del militar, es muy diferente el aspecto que toma el ideal á que me refiero. No hay duda, el soldado corre también presuroso en pos de una noble y esclarecida gloria; mas, su camino se encuentra siempre erizado de sinsabores, de disgustos, de privaciones, de peligros; y muchas veces sólo con el cruento sacrificio de su vida viene á conseguir el objeto deseado.

Esto último, no lo ignoráis, es lo que ha sucedido á todos y cada uno de los generosos guerreros que han perecido en la ruda campaña que hemos debido sostener. Y por eso, no extrañéis que yo en mi discurso me limite á deciros con brevedad: que ellos han adquirido gloria en su resignada abnegación, gloria en su indomable valor, gloria en su heroica muerte.

¿Quién lo duda? ¡Los siglos serán impotentes para eclipsar, y menos para borrar, el lustre de tanta gloria!

¡La guerra, señores! ¡qué cosa tan tremenda, tan espantosa, tan cruel! ¡Quien dice guerra, dice dolor, asolación, estrago, sangre, muerte! Y, á pesar de todo, los hombres y los pueblos la aceptan y la provocan; los hombres y los pueblos parece que se complacen en inventar diariamente nuevos y más poderosos instrumentos para anonadarse, para destruírse con bélico é inaudito furor.

Esta es, dicha sin ambages ni rodeos, la verdad de lo que acontece. Sin embargo, por lo que á mí toca, el pensamiento es ajeno, pero en este instante vais á permitirme hacerlo

mío: yo, señores, como ciudadano, y mucho más como sacerdote, abomino, anatematizo y maldigo mil veces la guerra; mas, tenedlo presente, como hombre civilizado, desprecio altamente á la nación que no sabe guardar incólumes sus derechos y su honor sin mancilla.

Había, pues, sonado para nuestro país la hora del combate, y desde los helados ventisqueros del estrecho de Magallanes hasta las quemantes arenas del desierto de Atacama sólo se oía esta voz: ¡guerra! ¡guerra! ¡guerra inevitable!

¡Chile, Chile, patria mía! hermosa odalisca, cuya serena frente coronan los altivos Andes y cuyos preciosos pies besan con respeto las aguas del mar Pacífico! ¿qué harás y cómo salvarás del conflicto? ¿Rehusarás desenvainar el acero de tu justicia y no acudirás á la cita de tus enemigos, terrible con tu indignación, y fuerte con tu derecho?

Nó, señores: apenas sonó la trompeta guerrera, cuando los hijos de Chile, como un solo hombre, se agruparon en torno del pabellón querido de la patria, para ennoblecerlo, para defenderlo y para hacerlo triunfar. De todas las provincias, de todos los departamentos de la república, brotan legiones de hombres abnegados que piden, que solicitan, que exigen un puesto cualquiera en las filas de nuestro ejército, para ir á compartir con sus hermanos las fatigas de una larga y difícil campaña.

Y ¿quiénes son los que así marchan, con tanto entusiasmo, á batirse por el honor de la bandera que cobija entre sus pliegues la estrella solitaria, pero radiante y pura?

Aquí es donde yo descubro los quilates de la más acendrada y sublime abnegación.

Los que, con tanto denuedo, anhelan partir al campo del honor son: el anciano venerando, cuya vida entera ha sido

un dechado de pundonor y de bondad para su hogar y para sus conciudadanos; el hombre de edad viril, que ha gastado largos años de su existencia en las fecundas y honrosas labores de la paz; el joven, que ve abrirse ante sus ojos, inmensos horizontes de prosperidad y dorados ensueños; el niño, que apenas principia á recorrer el sendero de la vida y ya siente en su tierno pecho el deseo ardoroso de combatir y morir por la patria; el esposo, que cierra sus oídos á las súplicas de una esposa idolatrada y de sus amantes hijos, cortando de un golpe los lazos que le ligan á la familia y marchando con paso firme al lugar de la contienda, del peligro y de la muerte; el sabio, que abandona el estudio, cambia la pluma por la espada, y corre á mezclarse entre los que soportan el fragor de los combates y los terribles efectos de la sangrienta lucha; el rico, que desprecia los goces y comodidades de la opulencia y abraza gustoso las molestias y privaciones de la vida del campamento; el pobre, que, aun cuando sólo desdenes debe á la fortuna, en esta tierra privilegiada de Chile nace patriota, vive patriota, y sobre todo, muere como gran patriota y como el más entusiasta ciudadano.

Y ¿á qué fin extenderme más? Baste decir que no ha quedado clase ni condición alguna que no haya dado su contingente para mantener sin mengua el brillo de nuestras armas siempre vencedoras.

Pero es indispensable que yo me detenga un momento en recordaros siquiera sea algunos de los muchos obstáculos que han debido superar nuestros soldados antes de luchar como gigantes y morir como héroes, para que así se conozca mejor cuánta ha sido en ellos la abnegación que precedió á la consumación de su último sacrificio.

Lo sabéis, señores, cuando los hijos de esta nación viril

se disputaban el honor de formar en las filas de nuestro ejército, conocían perfectamente que no se les llamaba para dar un simple paseo militar, acompañado de todos los regalos y comodidades apetecibles, sino que, por el contrario, les sería preciso luchar, antes que con el enemigo, con las duras resistencias que la naturaleza misma opondría á su paso. Y, en efecto, apenas nuestros soldados han puesto su intrépida planta en el territorio enemigo, cuando se ven acometidos sin piedad por las enfermedades de un clima insalubre, por el cansancio y la fatiga de marchas y contramarchas forzadas, por el hambre, por un calor tropical durante el día y por un frío glacial durante la noche. Nada es, sin embargo, todo esto.

De propósito no he hablado de un sufrimiento cruel, que ha sido una rémora, un martirio, y, si se quiere, hasta una matanza para nuestras invencibles legiones: hablo de la sed rabiosa y desesperante que en mil ocasiones han tenido que experimentar y devorar con paciente y muda resignación.

Al principiar un largo y penoso camino, se reparte á los soldados su frugal ración, se llena de agua su pequeña caramayola. ¿Qué más podía hacerse? Se empieza á caminar; un sol abrasador arroja sobre sus ya tostados rostros no rayos, sino gruesas gotas de candente plomo; una sabana inmensa de ardiente y sofocante arena se extiende bajo sus pies; allá muy lejos, á muchos kilómetros de distancia, se dice que está el enemigo, provisto con abundancia de todo lo que necesita, pertrechado y parapetado de una manera que pone espanto y en una situación á todas vistas inexpugnable. Es necesario, sin embargo, llegar hasta allá, ir á atacarlo en sus mismas elegidas posiciones; y nuestro ejército, y esos hombres que parecen de bronce ó de granito, avanzan, y avanzan todavía con paso firme y guerrero. Pero en algunos—no podía ser de otra manera—la naturaleza hace su oficio: les ha faltado el agua; están agota-

das las fuerzas; caen agobiados por la fatiga hasta tocar con su rostro la chispeante arena del desierto; más allá ¡otros también caen! Pero, fijaos con atención, caen, no para quedar entre los rezagados, sino... para no levantarse más! Sus compañeros de armas les presentan bondadosos los auxilios de que pueden disponer; lanzan sobre ellos la última y tierna mirada de compasión y de despedida; siguen después el marcado derrotero, llegan donde está el enemigo y, sin contar su número, lo acometen, lo dispersan, lo anonadan y lo vencen.

No hago la historia de la campaña, señores, es un simple y descarnado bosquejo. Pero ¿no es verdad que esto basta para decir con justicia que han alcanzado gloria inmortal en su resignada abnegación esos hombres cuyas sombras queridas evocamos hoy, rogando al Señor les conceda la eterna paz?

———

Si la patria exigiera del soldado abnegación solamente, el sacrificio, no hay duda, sería á la vez pesado y abrumador. Mas, á esto hay que agregar que también le pide é impone con severidad un valor á toda prueba, para no retroceder jamás ante las filas, ante el empuje, ante el plomo del enemigo, que de todos modos pretende triunfar.

Y ¿no es ésta la conducta que invariablemente han observado todos nuestros heroicos muertos en la guerra que Chile ha sostenido contra dos naciones coligadas?

Yo quisiera, señores, al llegar á este lugar, es decir, al tener que hablar de la gloria imperecedera que con su indomable valor se han conquistado nuestros soldados, en una guerra sangrienta que ha durado casi dos años; yo quisiera, digo, condenarme á un perpetuo mutismo; quisiera cerrar con un candado mis labios, y que en mi lugar hablaran los pueblos de la América que nos tienen mala voluntad, los neutrales, los extranjeros que han presenciado

el valor con que han lidiado nuestras tropas en los duros y multiplicados combates que han debido librar. Ellos, sí, ellos, sin temor de ser tachados de parciales, podrían decir cuál ha sido el audaz arrojo con que han resistido y atacado al enemigo esos hombres que ayer no más vivían serenos y mansos en medio de sus pacíficos hogares.

Pero, señores, si me es forzoso romper el silencio, excusadme si apenas toco los hechos de armas en que principalmente dieron nuestras huestes ejemplo de sin igual valor.

———

Por mucho tiempo había permanecido nuestro ejército en Antofagasta, aumentando y disciplinando sus improvisados tercios. Todos esperan con vehemente ansia el momento de lanzarse al través de las olas en busca del enemigo. Llega, por fin, el instante apetecido: se da la orden de partida, orden que es saludada con repetidos vivas á la patria; parte el convoy entre gritos de franca alegría y al son de los armoniosos ecos del himno nacional, tomando gran altura en el mar. Hasta ese momento muy pocos saben adónde se dirigen. ¿Será al puerto de Arica? ¿Será á Chancay, será á Lima? Oscuridad casi completa; lo que todos saben es que van al encuentro del enemigo, y esto les basta para marchar alegres y expansivos; el lugar hace poco al caso.

Se acerca la hora de la lucha, las naves viran hacia la costa en medio de las nebulosas brumas de un puerto del Perú. Se manda hacer alto. Y ¿qué puerto es ése? Es Pisagua, señores, ¡Pisagua! Pero, ¡si Pisagua es una empinada y escarpada colina, perfectamente artillada y defendida! No importa, hay que principiar el ataque sin pérdida de tiempo. Se echan botes al agua y principia el desembarque. Mas, ¡oh valor invencible de los hijos de mi patria! los primeros botes aun no han tocado la playa, y ya

sus primeros tripulantes comienzan á ser diezmados por los enemigos que dominan las alturas; continúa el desembarque, y continúa también el sangriento sacrificio de nuestros soldados. Y ¿qué pensáis que hacen mientras tanto los que aun no han podido desembarcar? ¿Pensáis que han acobardado al presenciar la matanza de sus hermanos? ¡Todo lo contrario! ¡Rugen como leones aprisionados en su jaula! gritan con toda la fuerza de sus pulmones: ¡botes! ¡botes! ¡embarcaciones para ir en socorro de nuestros compañeros! En condiciones tan desventajosas se verifica el desembarque de una pequeña parte de nuestras tropas, á la cual ni el peligro, ni la sangre, ni la muerte detiene; y en muy poco tiempo sube hasta la cúspide de la áspera montaña; de manera que, cuando el resto de nuestras fuerzas aparecía como auxiliar por la caleta de Junín, ya el enemigo estaba desalojado de sus posiciones, arrollado y completamente derrotado, quedando así expedito el camino para flanquear y batir al famoso ejército del sur, con que el Perú nos amenazaba confiando en la victoria.

Estamos, sin embargo, en el principio de la terrible jornada. Ya éramos dueños de tres vías férreas tomadas al enemigo. Camarones, Iquique, Islay, Ilo, Moquegua, estaban en nuestro poder. Era preciso reconocer todas las vías que podían conducirnos con más facilidad al inexpugnable Campo de la Alianza; con este objeto se desprende una división compuesta de pocas fuerzas; avanza en su derrotero; mas he aquí que una voz da el grito de alarma diciendo: ¡el enemigo! Y, en efecto, se había tropezado con el enemigo. Pero ¿dónde está? Encastillado y parapetado en el cerro llamado Los-Angeles.

Señores, si pasado algún tiempo un viajero, recorriendo el Perú, llegase á ese lugar, y alguien le dijese: por aquí subió una división chilena para atacar al enemigo, creería que realmente se hacía de él una solemne burla, porque ese cerro es casi perpendicular y cae a plomo sobre su base.

Pero ésa es la verdad pura y desnuda. Se da la orden de subir la montaña; se verifica la ascensión entre las negras sombras de la noche; en balde se mira á todas partes, no hay de dónde asirse; y entonces ¿cómo subir? El valor de nuestros soldados no se turba ni se detiene ante ningún obstáculo; echan mano al filo de sus puñales ó á la punta de sus yataganes, y con ellos principian á labrarse escalones por donde trepar á la cima; escalones que perpetuamente estarán abiertos en esa altura, atestiguando á las generaciones venideras cuál es el arrojo y brío del soldado chileno. Inútil es decir que, apenas asomó la aurora del siguiente día, cuando ya nuestros bravos coronaban las más altas crestas del inaccesible cerro y arrojaban de él al enemigo, que huía precipitado en desordenada confusión.

Aquí, señores, yo debía haceros siquiera una somera descripción de la batalla librada cerca de la ciudad de Tacna, en el famoso Campo de la Alianza; pero ¿á qué fin? Sabido es que en ese día mandaban las fuerzas enemigas los más acreditados y expertos jefes de los ejércitos aliados; que habían elegido y fortificado á su placer las quebradas y alturas del lugar designado por ellos para el combate; que en la lucha sangrienta de esa memorable fecha apenas si entró en acción una parte de nuestros invencibles soldados. Todo esto, digo, es ya perfectamente conocido y pertenece al dominio de la historia. Sin embargo, la misma historia, á fuer de imparcial, deberá también referir que en unas cuantas horas ese enemigo, que se creía inatacable en sus posiciones, fué roto, deshecho y vencido por el heroico valor de nuestras legiones.

Precisado me veo igualmente á ser muy lacónico al tener que hablar del asalto dado por los nuestros al célebre peñón de Arica. ¡Arica! Con razón se le llama el Gibraltar

de la América del Sur. Y, no obstante, nuestros soldados que acaban de pelear en Tacna, sólo encuentran una dificultad para entrar y tomar esa plaza formidable. Y ¿qué dificultad es ésa? El Chacayuta, que se atraviesa en su camino y cuyo puente han destruído los enemigos.

Con la presteza posible se salva este inconveniente; con la más caballerosa hidalguía se intima rendición á la plaza, á fin de evitar el sacrificio de nuevas víctimas; es rechazada la proposición; y entonces, sin demora, principia la embestidura de la plaza y todos se preparan al asalto. El resultado de éste no debéis, señores, pedirme que os lo refiera, aun cuando estoy seguro de que, al relatarlo, no me cegaría un exagerado patriotismo y diría toda la verdad; preguntadlo á los neutrales que presenciaron ese glorioso combate, y ellos os dirán..... sí, ellos os dirán, llenos de asombro y admiración, que, á pesar de los fosos y contrafosos, de las trincheras, de los fuertes, de los parapetos, de los cañones, de las minas de pólvora y dinamita, en pocos minutos, la fortaleza de Arica cayó sin remedio en nuestro poder, al empuje irresistible de nuestros guerreros.

Decidme ahora si he tenido razón ó estoy equivocado, cuando os he dicho que esos soldados, cuyas sombras augustas revolotean hoy al rededor de ese féretro, levantado por el agradecimiento y el amor á la patria, han adquirido una gloria inmortal en su indomable valor.

Aun os debo, señores, una palabra; es decir, tengo que probaros, aunque sea sucintamente, que los soldados de nuestro ejército, fallecidos en la prolongada guerra que Chile ha mantenido, se han cubierto de gloria inmarcesible en su heroica muerte. Pero, para cumplir mi compromiso, permitidme que retroceda un instante.

Sí, por fuerza tengo que retroceder y tengo que traer á la memoria la primera y valiosa cooperación de nuestros marinos en la contienda abrumadora y sangrienta contra dos naciones aliadas.

Era pues el 21 de Mayo de 1879; dos viejos y pequeños barcos de madera mantenían el bloqueo en la rada de Iquique; nada hacía suponer que en ese día el mundo de Colón y la misma Europa iban á presenciar cómo el soldado chileno sabe cumplir con el antiguo lema: vencer con gloria ó morir con heroísmo.

De improviso aparecen por el Norte dos espirales de humo. ¿Qué será? ¿Serán quizás buques neutrales? ¿Será el resto de nuestra escuadra que vuelve vencedora del Callao? Pronto se sale de la duda; y los capitanes de esas débiles naves, la heroica *Esmeralda* y la gloriosa *Covadonga*, dan la voz de alarma diciendo: ¡buques enemigos á la vista! Y ¿qué buques son ésos? Nada menos que dos formidables acorazados de la escuadra enemiga, el *Huáscar* y la *Independencia*. El invicto capitán de la *Esmeralda* arenga á sus soldados diciéndoles: que el combate es desigual, pero que no deben olvidar que el pabellón chileno jamás ha sido arriado sin combatir. Esto es suficiente para que todos se preparen á la gigantesca lucha. La *Covadonga* recibe orden de dirigirse al Sur, evitando el ser víctima inocente de su poderoso enemigo; inmediatamente se lanza sobre ella la *Independencia* con el fin de ultimarla: pero la *Covadonga*, cual ligera golondrina, corre batiéndose en retirada, tocando apenas con el dorso de su quilla las aguas del inmenso mar y salvando con imponderable agilidad los bajíos y arrecifes de la costa. No así su imprudente enemigo, que, ciego en su empeño de darle caza, una vez llegado á Punta-Gruesa, encalla y sucumbe miserablemente. Vuelve sobre sus pasos la frágil *Covadonga*, pero sólo á presenciar el incendio y la muerte de su colosal adversario.

Y entre tanto, señores, ¿qué es lo que pasa, qué es lo que pasa en las aguas de Iquique? Todos lo sabemos ya, pero refresquemos la memoria de ese glorioso episodio de nuestros valientes marinos.

El famoso *Huáscar* una y otra vez había hincado su afilado ariete en el casco de la vieja *Esmeralda*; la desolación y la muerte crecen por momentos entre los bravos que forman su tripulación; de tierra se les hace un fuego mortífero, pero ni uno solo piensa en rendirse; ya quedan muy pocos vivos en la cubierta, la mayor parte de esos titanes del heroísmo yace ó muerta ú horriblemente mutilada; el capitán de ese noble barco salta intrépido, con tres ó cuatro de los suyos, sobre el puente de la nave enemiga y ahí luchan hasta morir, pero como mueren los héroes. Por fin, la invicta *Esmeralda* se sumerge en el océano; mas, en poder del enemigo no ha quedado siquiera un pedazo de sus mástiles ni un pequeño jirón de su gloriosa bandera; apenas si ha recogido unos cuantos náufragos, que no prisioneros.

Esto es, señores, lo que yo llamo conquistar gloria inmortal con una muerte heroica.

De nuevo vais á concederme volver mis ojos á nuestro ejército de tierra, para señalaros una vez más la gloria que han conseguido nuestros muertos en el heroico sacrificio ofrecido por ellos en aras de la patria.

Voy á pronunciar un nombre que probablemente producirá en nosotros emociones de pena y dolor, pero también de legítimo orgullo; de pena y dolor, porque ese nombre traerá de súbito á nuestra mente el recuerdo de muchas sombras queridas de seres que ya no existen; de legítimo orgullo, porque no podremos menos de recordar que cayeron como esforzados y valientes en la desigual y sangrienta lid.

Voy, pues, á pronunciar ese nombre y vosotros decidiréis: ¡Tarapacá!

Sin duda, señores, tenéis muy presente que, en la quebrada que lleva esa denominación, una diminuta porción de nuestro ejército repentinamente se vió comprometida en combate encarnizado con un ejército ocho ó diez veces mayor. Por mil circunstancias el grueso de nuestras tropas no pudo prestar oportuno socorro á esa reducida falange de héroes; pero no por eso creáis que rehuyen la lucha; al contrario, ésta se empeña con el más incontrastable valor; caen, y caen unos tras otros, bajo el plomo enemigo nuestros soldados; los abanderados de nuestros regimientos se suceden con sorprendente rapidez; ya casi no hay jefes que manden, porque han sido heridos ó muertos; el hambre, la sed, el cansancio, la fatiga, abruman á esos hombres que se baten sin cesar; momento á momento la muerte agita sobre ellos sus negras alas sin darse punto de reposo; mueren, sí, mueren, pero ¿retroceder? rendirse?... jamás! Y por eso yo contemplo sus rostros inertes y sin vida, pero circundados de la gloriosa aureola que sólo pertenece al heroísmo en su grado más eminente.

Es cierto que el enemigo, más de una vez, se ha decretado los laureles de esa jornada; sin embargo, en este particular yo no haré más que una sencilla reflexión, reflexión que cien veces os habréis hecho á vosotros mismos: ¿qué victoria es ésa en que el enemigo, protegido por la oscuridad de la noche, abandonándonos el campo y sus más preciados elementos bélicos, huye sin detenerse, dejando sembrado de rezagados y de muertos el largo trayecto que recorre desde Tarapacá hasta el puerto de Arica?

Obligado me veo, señores, á pasar en silencio mil episodios que acreditan el acerado temple de nuestros soldados y el heroísmo de los que, serenos, se inmolaron en el

altar de la patria querida. Los callaré, pues, porque ya me acerco y la meta del camino comenzado; y sólo os hablaré de la última corona arrancada de manos de la Victoria por nuestros guerreros, como premio debido ciertamente á su constancia, á sus fatigas y á su valor.

Después de penalidades sin cuento, los vencedores de Tacna y Arica han acampado en el valle de Lurín; están ya al frente del enemigo; no cuentan su número, porque ésta es su costumbre; dada la orden, marchan sin trepidar y se lanzan al combate. Pero ¡ínclitos varones! ¿qué es lo que hacéis y á dónde vais? ¿Os proponéis acaso atacar las inaccesibles fortificaciones de San Juan de Chorrillos? ¿No observáis que, aun prescindiendo de las demás trincheras, frente á vosotros está el formidable morro Solar, erizado de bocas de fuego desde su base hasta su vértice? ¿No veis que todo el campo enemigo está salpicado de minas de pólvora, de dinamita y de cuantas sustancias explosivas se puede imaginar? ¡No tenéis dónde colocar el pie, sin estar expuestos á una muerte cierta y segura!

Sin embargo, nada detiene á esos gigantes del valor: avanzan siempre con dirección al enemigo; y fijaos en que no van como los antiguos caballeros, embrazando el escudo y defendidos por impenetrable coraza, nó; se aproximan cada vez más al lugar de la sangre y del exterminio, pero lo hacen al aire libre, con la frente alta y el pecho descubierto. Crece por instantes el furor de la lucha; nuestros soldados ven caer á centenares de sus hermanos; no obstante, siguen avanzando; los que sobreviven hacen prodigios de valor, toman fuerte tras fuerte, y, al fin de algunas horas, la victoria se inclina en nuestro favor; el pabellón de los tres colores ondea sobre las más altas fortificaciones enemigas; los derrotados huyen al pueblo de Chorrillos; allí son batidos segunda vez, y el lauro del triunfo pertenece á nuestras invencibles huestes.

El día 13 de Enero de 1881 será, no hay duda, memo-

rable en los fastos de la historia de Chile. Pero no penséis, señores, que todo ha concluído ya, es preciso llegar á la última y más terrible prueba.

El día 14 del mencionado mes apenas había sido suficiente para dar algún descanso á nuestro diezmado ejército y para recoger los heridos y muertos. Mas, los derrotados del Chorrillos, la guarnición del Callao, las reservas de Lima y Miraflores, se reúnen en este último punto, donde el Perú ha colocado su segunda línea de defensa y donde se prepara á jugar la postrer partida. Amanece el día 15; es violado inopinadamente el armisticio, y nuestros soldados se aprestan de nuevo al combate; corren al asalto con brío indescriptible; se repiten á millares las hazañas de Chorrillos; mueren; sí, mueren muchísimos, es verdad, pero, al fin, con su heroica muerte se han cubierto de eterna gloria, después de haber vencido completamente al enemigo.

Y esos rayos de gloria inmortal estarán siempre reflejándose en el risueño rostro de nuestra patria idolatrada, la que bendecirá perpetuamente la memoria de tantos hijos esclarecidos, así como nosotros la veneramos y bendecimos en este día. Por eso yo creo que en medio de esas dos sangrientas hecatombes de Chorrillos y Miraflores, debía erigirse una gran tumba, y después de guardar con respeto en su seno los restos venerandos de nuestros héroes, justo era escribir sobre ella el siguiente epitafio:

Aquí yacen las cenizas de los soldados de Chile, que, muriendo como bravos, vencieron á sus enemigos y colmaron de honra á su patria.

Y, necesario es decirlo muy alto, ese lustre de gloria y honor alcanzado por nuestra patria con el heroico valor de sus hijos, no será ciertamente el brilló de un día, sino que para siempre orlará su augusta frente. Pasarán siglos y siglos, generaciones y generaciones, y todavía el

anciano padre, acariciando á su pequeño hijo, enseñándole la historia de Chile y recordándole los nombres de las batallas en que esos intrépidos soldados vencieron, le hará repetir lleno de júbilo: Calama, Iquique, Punta-Gruesa, Angamos, Pisagua, Agua-Santa, Dolores, Tarapacá, Los-Angeles, Locumba, Tacna, Arica, Chorrillos, Miraflores, etc., etc.

Os debo, señores, una satisfacción y voy á dárosla.

A la ligera os he hablado en este día, consagrado especialmente á la memoria de nuestros muertos, de las principales hazañas llevadas á feliz término por ellos, pero á ninguno he nombrado en particular; y así he obrado: primero, porque no me habría sido posible nombrarlos uno á uno; segundo, porque creo que todos, todos sin excepción alguna, han sabido cumplir con su deber. Por esta razón, mis alabanzas y mi admiración las consagro á los que han sobrevivido después de la tremenda ¡lucha y, ante la tumba de los que en la lid perecieron, me inclino con veneración y respeto.

Al concluír, sólo me resta deciros: es innegable que nuestros queridos finados se han coronado de gloria inmortal con su abnegación, con su valor y con su heroica muerte; pero tampoco debemos olvidar que esa triple y gloriosa corona no habrían podido alcanzarla sino con un auxilio especial del cielo y bajo la égida poderosa del Dios de las victorias y de María, su excelsa Madre. En efecto, la abnegación, el valor y el heroísmo del soldado cristiano, arrancan indudablemente de su fe en un Dios justo, omnipotente y santo; esa fe es su guía en los peligros, su fortaleza en los combates, su lenitivo en los azares de la guerra. Y, por último, si cae agonizante al pie de las trincheras enemigas, muere tranquilo, con la conciencia de haber pagado una deuda sagrada, sacrifi-

cando la vida por su patria, á la que todo lo debe, después de su Dios.

Acerquémonos pues, señores, á ese túmulo santo, cuyo fúnebre aparato nos refresca la memoria de nuestros héroes, de esos héroes que ya no existen para el tiempo, pero que vivirán siempre en nuestros recuerdos y en nuestro amor; y, mientras la Iglesia dirige al Señor sus últimas preces, pidiendo para ellos el descanso eterno, unamos á esta madre cariñosa nuestra ferviente oración, para impetrar de Dios que, sin demora, sean colocados en la mansión venturosa de los vivientes.

No me lo reprochéis, señores; no me lo reprochéis, digo, porque no puedo olvidar que soy ministro de un Dios de misericordia y de bondad; de un Dios, ante cuyo acatamiento no deben existir odios ni venganzas. Estoy, pues, íntimamente persuadido de que vuestra hidalguía, vuestra generosidad y, más que todo, vuestra piedad, me acompañarán á ofrecer también nuestra plegaria postrera por nuestros enemigos. Oremos, sí, oremos con fervor, pidiendo al Altísimo que conceda felicidad sólida á los que aun viven y paz eterna á los que ya fenecieron. Así sea.



Rdo. P. Fr. Benjamín Rencoret

Nació en 1822 y vistió el hábito mercedario en 1840. En 1856 tuvo á su cargo el primer noviciado de su Orden que se estableció en el convento de San Miguel de Santiago (hoy Gratitud Nacional). Fué Provincial de su misma Orden por tres períodos (nueve años), Visitador de sus conventos en el Ecuador y Argentina, y Procurador General en Roma. Fué miembro del la Facultad de Teología en la Universidad de Chile, ocupó el segundo lugar de la terna que formó el Gobierno para proveer el Obispado de La Serena, y, finalmente, fué propuesto y aceptado como Obispo de Concepción; pero no alcanzó á ser preconizado, porque una rápida enfermedad lo arrebató en Mendoza el 18 de Noviembre de 1888.

ORACIÓN FÚNEBRE

Pronunciada en las exequias del Illmo. Señor Obispo de Ancud Dr. Don Fray Francisco de Paula Solar el 26 de Abril de 1882, en la Iglesia de la Merced.

Charitas Christi urget nos.
El amor de Jesucristo nos apremia.
(II Corintios, V, 14).

Ilustrísimos Señores (1):

Señores:

Este acento en que se oye prorrumpir al alma del gran Pablo será siempre la elocuente explicación de los actos de abnegación y de sacrificio de los hombres que, llamados por Dios á regir su Iglesia, dirigen sus pasos por la huella luminosa que dejó trazada con su conducta el Apóstol de las naciones. ¿Qué móvil más poderoso? ¿Qué estímulo más eficaz? El amor al Maestro divino es, en esas almas, una pasión ardiente, que las subyuga, las domina, no les deja un instante de reposo y las impele en el camino de esas obras que son admiración y ejemplo para la humanidad. Apenas ese sentimiento se apodera del mortal

(1) El Illmo. Señor Obispo de Martirópolis Vicario Capitular de Santiago, y el Illmo. Señor Obispo de La-Serena.

adquiere éste una fuerza y un vigor desconocidos; la inteligencia revela nuevas luces y el corazón un fuego que trasmite á cuanto le rodea; se obra entonces la transformación del hombre por la caridad.

Tal se presenta ante mis ojos la venerable persona del Illmo. Señor Obispo de Ancud, Doctor Don Fray Francisco de Paula Solar, cuya muerte llena hoy de duelo á la capital de la República, llevando la desolación á la lejana diócesis que le reconociera por su Pastor.

Llamado por mis prelados á deponer sobre sus restos queridos la ofrenda de mi respeto y mi cariño, no sé considerarle de otro modo, sino como un alma devorada por la caridad más sublime. Y en este noble y levantado sentimiento hallo el principio de los actos preciosos que embellecieron su existencia. Amó apasionadamente á Jesucristo y ese amor lo hizo digno hijo de nuestra Santísima Madre de las Mercedes, por la adquisición de las virtudes religiosas para sí y para sus hermanos. El amor á Jesucristo lo obligó á abandonar la paz de su solitaria celda, á aceptar los afanes de una diócesis laboriosa y á sacrificar sus postreros días en un apostolado que no terminó sino con la muerte.

¡Ah, padre querido! ¿quién me hubiera dicho, cuando de vos recibía, en los días de mi niñez, tan sabias lecciones de ciencia y de piedad, que había de ser yo quien viniera á pronunciar sobre vuestros restos mortales el elogio de vuestras virtudes? Perdonad á mi humilde palabra el que no se halle á la altura de vuestros méritos. Y vosotros, también, señores, sed indulgentes para escuchar los pobres conceptos de una improvisación que, solamente por obedecer y fiado en vuestra benevolencia, me permito hacer en estos solemnes instantes.

———

Se ha dicho que uno de los mayores dones que el hombre puede recibir al llegar al mundo es el poseer una madre verdaderamente cristiana, y ésta es una verdad cuya confirmación encuentro yo en el Illmo. Señor Solar. Diría que este bien, que le otorgó el cielo, decidió de su suerte futura. Hizo su primera educación sobre las rodillas de una matrona en alto grado virtuosa, quien le inspiró desde sus primeros días el más profundo amor á la piedad (1). Allí adquirió el amor á Jesús y á María, y esos amores le condujeron á buscar en los claustros de este convento un asilo seguro contra las seducciones del mundo y un medio para cumplir la voluntad del Señor que, como él la comprendía, lo llamaba al sacerdocio en la vida religiosa. La piadosa señora no vaciló un momento en desprenderse de ese querido niño, confiándolo á los sabios cuidados de un religioso de venerable memoria, el R. P. Fr. Bartolomé Rivas, quien, preciso es reconocerlo, halló en el joven Solar un terreno no ingrato á la semilla de verdad y de virtud que en él depositó. En 1832, el joven Solar emitía ya sus votos solemnes, y los progresos rápidos, sorprendentes, que había hecho en las ciencias, lo llamaron al profesorado, antes de que recibiera la unción sacerdotal. Así preludiaba el futuro reformador de la comunidad mercedaria su acción bienhechora en pro del cultivo de las ciencias, que iba á hacerse sentir en estos claustros, cuando la Providencia lo destinara para acometer una empresa que tanto lustre debía dar á las órdenes religiosas en Chile.

Fresco se halla en mi memoria el recuerdo del éxito brillante que obtuvo durante su largo y provechoso lectorado. Descolló como aventajado maestro en la enseñanza de la Filosofía y Sagrada Teología, y sus alumnos jamás olvidarán la riqueza de su inteligencia, la gracia de

(1) Su madre, la señora Doña María Elena Mery y Blanco.

su palabra y la profundidad de sus conocimientos. Dudo que otro profesor poseyera en grado más eminente la clave para explicar la Suma del Angel de las Escuelas, así como la facilidad para hacer la luz en las más oscuras cuestiones que se relacionan con los dogmas de nuestra santa fe. El estudio fué para él, nó un trabajo, sino un grato solaz; y, para hallar un reposo á sus continuas labores, no iba á buscarlo sino en la biblioteca, en donde no sentía el trascurso de las horas.

Pero lo que no olvidaremos tampoco es que el maestro, á la par del amor á las ciencias, inspiraba á sus discípulos el amor á la piedad. Frecuentemente interrumpía una lección para inculcar en el alma de los jóvenes, que le escuchaban con interés creciente, sentimientos de fe y de desprecio al mundo, de amor á Jesucristo y á nuestro santo hábito, y esto con frases tan sentidas y conmovedoras, que sostenían aquellas virtudes tiernas todavía, y animaban á la prosecución de una vida que es de abnegación y de propio vencimiento.

De esta suerte ejerció su lectorado el R. P. Solar; así cumplió esa misión que le confiaba el cielo. Y estos sentimientos de su alma tomaron nuevas creces y se hicieron más ardientes cuando el sacerdocio vino á aumentar su piedad. Desde entonces sus relaciones con sus discípulos se hicieron más íntimas y sus paternales consejos contribuyeron muy poderosamente á consolidarlos en la práctica de la perfección religiosa. Entonces también el celo que lo agitaba no se contuvo en el seno del claustro. La predicación de la divina palabra y la dirección de las almas en el ministerio del sacramento de la Penitencia consumieron buena parte de sus horas. Las breves temporadas en que cesaban los estudios, salía á dar misiones en los campos, y allí, testigo soy yo de su paciencia admirable y de su tenaz asiduidad para consagrarse á la instrucción de los ignorantes y á la santificación de las almas. ¡Ah! ¡con qué grato

placer narraría aquí hechos que revelaban su celo, verdaderamente apostólico, y su mansedumbre, llevada hasta el extremo de tolerar pacientemente los ultrajes de los mismos por quienes se imponía los más duros sacrificios!

Virtudes tan sólidas, tan altos talentos, tan fiel observancia de los deberes religiosos no tardaron en llevarlo á la Prelacía, y en 1855 el voto de sus hermanos le confirió el cargo de Provincial.

No vacilo en reconocer el hecho de que nuestra sagrada Orden reclamaba urgentemente la reforma. No era el estado en que entonces se hallaba el que le trazaban su regla y sus constituciones. Era ésa una situación que todos lamentábamos, y, cual nadie talvez, el religioso a quien sus luces y ardiente celo habían colocado á la cabeza de la Orden en Chile.

En el silencio de su celda ¡cuántas veces vertió lágrimas ocultas por el desvío de nuestras antiguas costumbres! Muchas, muchas veces, con el acento del amor más puro y con la humildad más sencilla, desconfiando siempre de sí mismo, nos reveló su dolor.

Pero era él el elegido del cielo para procurar á sus hermanos el señalado bien de una sabia reforma, y tan presto como sintió sobre sus hombros la carga de la Prelacía, que no aceptó sino con repugnancia extrema, no tuvo otra preocupación que la de levantar su querida Orden á la altura á que sus antecedentes y santas constituciones la llamaban. ¡Ah! ¿no preveía los combates que iba á sostener? ¿No imaginaba la magnitud de la obra que pretendía llevar á cabo? Vosotros, señores, conocéis cuánta es la fuerza de preocupaciones ya seculares, y cuánto debe de costar la vuelta á un régimen de severidad, en pos de hábitos que se estiman legítimos en fuerza de ser antiguos. La empresa era por demás difícil, el enemigo formidable. Mas el virtuoso prelado no se siente arredrar. Tiene fe en Dios, que lo inspira, y lo alienta el amor por su gloria. La

lucha no fué larga, y una bendición divina, que se hizo claramente manifiesta, vino á coronar los esfuerzos del R. P. Solar.

Este es el principio de la reforma obrada en los claustros de la Merced. Al venerable y virtuoso prelado á quien por disposición divina cupo gobernar la Provincia en esa época, se debe, después de Dios, la gloria por el inestimable bien de que hoy disfrutamos.

Pero reconoced, señores, el principio de la fuerza que lo sustuvo en esa empresa. Fué su amor á Jesucristo; fué el estímulo del amor al Maestro divino: *Charitas Christi urget nos.*

Mas, decretado estaba que ese celo se ejercitara, no ya en el recinto de un claustro, no tan sólo en la extensión que la humildad había trazado al ejemplar religioso. La diócesis de Ancud, vacante por la traslación á la de La-Serena del Ilustrísimo señor Donoso, era el nuevo teatro en que debían brillar las altas virtudes del R. P. Solar.

La prolongada viudedad había hecho aumentarse los gravísimos males de que aquella diócesis se encontraba aquejada, por la suma escasez de clero y su misma posición topográfica. Estos inconvenientes, añadidos á la humildad que le era propia, hicieron vacilar al R. P. Solar, cuando el Supremo Gobierno de la República lo llamara á ocupar esa sede. Aceptó al fin. Pero no vayáis á creer, señores, que algún sentimiento de vanidad ó de despreciable orgullo entrara en tal aceptación. Fué tan sólo el convencimiento de que iba á inmolarse por intereses que siempre le fueron caros y constituyeron el blanco de sus afanes y desvelos. Vió en el nuevo puesto un apostolado permanente, ejercido en bien de almas en crecido número abandonadas. Vió inteligencias muy débilmente iluminadas por los esplendores de la fe, corazones en quienes no ardía la

sagrada llama que devoraba el suyo propio. Vió un trabajo arduo y penoso, y, al mismo tiempo, ajeno de aplausos y gloria mundana, entre isleños que moraban en una apartada región de nuestro suelo, y en donde, sin más testigos que ellos y las miradas divinas, iba á consagrarse á una labor que le era muy querida. Y ante esta perspectiva no resistió, queriendo dedicar los postreros años de su vida al ministerio en que comprendía era el Señor más glorificado.

El Illmo. señor Solar recibió la consagración episcopal en este templo, el 20 de Septiembre de 1857, de manos del Illmo. y Rvmo. señor Arzobispo, don Rafael Valentín Valdivieso, de santa memoria, y el 18 de Febrero del siguiente año tomaba posesión de su diócesis.

Una sola palabra compendia toda su vida de Obispo: fué vida de completo sacrificio. No hubo para él descanso ni reposo, sino el que forzosamente le impusieron las dolencias de una salud que tuvo que doblegarse al peso de trabajos penosos é incesantes. Cuadro bellísimo sería, señores, el que yo podría trazaros, si pretendiera seguir al virtuoso prelado en los afanes apostólicos con que inició allí su sagrado ministerio. Veríais en él al digno Obispo realizando el hermoso ideal del Buen Pastor, que va constantemente en pos de las amadas ovejas para llevarles el alimento de la palabra divina, aliviar cariñosamente sus miserias y hacerles menos dura su laboriosa existencia; veríais al padre de esas almas, acompañado de uno ó dos sacerdotes, atravesando, en frágil embarcación, los difíciles y numerosos canales que separan las múltiples islas del Archipiélago de Chiloé, y permanecer en cada una de ellas largos días, anunciando la palabra de vida, administrando los sacramentos hasta las horas más avanzadas de la noche, haciéndose todo para todos, según la expresión del Apóstol, para ganarlos á Jesucristo.

Los hijos de Chiloé sabrán decirnos con qué tierno ca-

riño acogía á los niños y les enseñaba personalmente los primeros rudimentos de la fe, preparándolos para recibir los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Confirmación. Difícilmente olvidarán ellos el ardoroso empeño desplegado por el Obispo para apartarlos de los vicios y hacerles contraer los hábitos de la piedad y del trabajo, y cómo cada una de sus numerosas misiones se hacía sentir por muestras bien evidentes de la caridad en que su corazón abundaba.

Esas excursiones pastorales sólo se interrumpían para atender á otros trabajos que demandaban su vigilante solicitud.

El Seminario de la diócesis, que sufrió mucho durante la vacancia de la sede, le mereció los más asiduos cuidados, gozándose en regentar meses enteros las clases de Filosofía y Teología.

La Casa de Ejercicios Espirituales de Ancud vió constantemente al Obispo ocupar el puesto de predicador, no solamente cuando el clero hacía el retiro anual, sino en los retiros dados al pueblo.

Los hospitales, las cárceles y lugares de detención, no sintieron menos la influencia del activo prelado.

Cuando el Illmo. señor Solar entró á ocupar la sede, no halló en la diócesis sino cuatro sacerdotes del clero secular: circunstancia desalentadora para cualquiera otra alma no animada de su celo. Ello le obligó á redoblar su empeño para formar su clero, y, á la vez, para conducir á la diócesis á esas congregaciones religiosas, tanto de hombres como de mujeres, que señalan su acción, dondequiera que se establezca, por bienes de todo género.

Así le fué dado poseer en Puerto-Montt una casa de los ilustres hijos de San Ignacio de Loyola, y en más de una ciudad de las diócesis á las Hermanas de la Inmaculada Concepción, prestando siempre cuanta protección le fué

dable á los beneméritos religiosos franciscanos de Castro, cuyos relevantes servicios se hizo siempre un deber de reconocer y estimar.

Consumidos repetidas veces por varios incendios la iglesia catedral, seminario y palacio episcopal, así como barrios enteros de la ciudad de Ancud, ello dió ocasión al Obispo para ejercitar su inmensa caridad. Viósele entonces reducirse á vivir en humilde tugurio y recorrer las calles de la población llevando el socorro á miles de infelices que quedaban en la miseria. En el último incendio que visitó la ciudad episcopal, después de haber remediado hasta donde le fué posible las desgracias consiguientes, viendo que sus propios recursos no hastaban, emprendió viaje a esta capital para implorar nuevos auxilios.

En esta empresa santa fué cuando experimentó la agravación de la antigua enfermedad que le ha conducido al sepulcro, á la edad de sesenta y seis años, después de veinticinco de un fructuoso episcopado.

No sé, señores, si el cariño filial puede producir en mí una fascinación. Pero, decidlo vosotros: una vida como la del Illmo. señor Solar ¿no es la vida de un religioso y de un Obispo según el corazón de Dios? ¿No es esa vida inspirada en el sentimiento grande, divino del amor á Nuestro Señor Jesucristo, que obra acciones extraordinarias y lleva al heroísmo de la virtud? ¿No pudo él á su vez, como el Apóstol, exclamar cada hora de su preciosa existencia: *Charitas Christi urget nos?*

Y cierto, ciertísimo estoy de haber omitido hechos dignos de ser contados y que vendrían á corroborar mi aserto.

Pero basta ya: recojamos todas las lecciones que esos restos mortales nos están dando. Inspirémonos en el amor á nuestro divino Modelo. ¡Que la caridad de Jesucristo anime nuestra vida! Así podrá ésta ser menos dura

en lo presente y más consoladora en nuestro postrimer momento.

¡Padre querido! vivid desde ahora en otra mansión mejor, después de habernos dejado en vuestra mortal carrera tantos ejemplos de sólida virtud. La Providencia divina nos ha deparado el grato consuelo de que vuestros hermanos y vuestros hijos pudiéramos recoger vuestro último suspiro y vuestras postreras lecciones. Este ejemplo, en donde la Madre de las Mercedes acogió las inocentes y dulces plegarias de vuestra niñez, en donde sentisteis los primeros impulsos á la vida santa que hasta el fin llevasteis, se honrará con vuestros venerables despojos. Nosotros vendremos sobre vuestra tumba á inspirarnos en el amor al celestial Modelo, que es Jesucristo, ya que así vos nos lo enseñasteis con vuestra palabra y vuestro ejemplo. ¡Rogad, rogad, desde esa vida feliz de que gozáis, por los que todavía peregrinamos en el mundo! Nuestro recuerdo os seguirá mientras nos dure la vida. Y, si, á causa de la fragilidad inherente á la humana miseria, no os halláis aún en el seno de Dios, después de la oblación santa de la Víctima divina, de nuevo vamos á rodear vuestros restos queridos, á rociarlos con el agua purificadora y elevar una última plegaria. ¡Pueda ella introduciros sin tardanza en el seno de la eterna gloria!—*¡Requiescat in pace!*

Rdo. P. Fr. Salvador Angel Aliaga

Nació en Santiago y profesó los votos solemnes en el convento de la Merced en 1860. Fué profesor de filosofía y comendador en el mismo convento, maestro en Teología y Visitador de los mercedarios del Ecuador. Murió en Santiago en 1898.

ORACIÓN FÚNEBRE

Del Rdo. P. Fr. Benjamín Rencoret

Serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam. (San Mateo, XXV, 21).

Buen servidor, fiel en lo poco, se hizo digno de ser establecido sobre lo mucho.

Católicos:

Cuando en 1886 vinimos á este templo á celebrar el aniversario del Illmo. Señor Doctor Fray Francisco de Paula Solar, Obispo de Ancud, primer caudillo de la reforma de nuestra Provincia, y al inclinar nuestras frentes sobre las cenizas venerandas del Rvmo. Padre Comisario General Fray Lorenzo Morales en 1887, muy lejos estábamos de prever que muy pronto debíamos nuevamente cubrirnos de luto más oscuro y desolador.

Ya lo sabéis: es el Rvmo. Padre Maestro Fray Benjamín Rencoret, Visitador General de nuestra provincia del Plata, el objeto eterno de nuestras angustias y de nuestras lágrimas. ¡Oh dolor, oh funesto destino de la humanidad, cuán digno eres de nuestros gemidos! ¡Quién había de decirnos que cerca estaba el momento terrible é infortunado en que debía troncharse la columna más robusta de la Orden, que desde muchos años sostenía en

diferentes maneras las rudas tareas de la reforma trazada á los claustros mercedarios por el memorable Obispo de Ancud!

Por esto la Real y Militar Orden de la Merced se ha cubierto de fúnebre duelo. Cual rayo impetuoso que se lanza de la oscura tormenta, así, desde la cumbre de los Andes, repentina se desprende la noticia de su muerte, viniendo á sorprender á esta capital y á sepultar á sus hermanos y amigos en amargo dolor.

¡Día 18 de Noviembre de 1888, día de luto y de llanto, quedarás para siempre grabado en fúnebres caracteres en los anales de la Merced!

¡Oh desgracia, oh suceso funesto! No es una hoja la que se desprende del árbol sagrado; es uno de sus más sólidos brazos, activo en su cultura, una de sus más preciadas flores y el fruto sazonado que lo embellecían!

Prelado magnánimo, había formado una posteridad gloriosa, y, al coronar la Providencia sus trabajos y desvelos con la fundada esperanza de una elevada magistratura en la Iglesia, baja al sepulcro, envuelto en el sudario de la resignación cristiana.

Es preciso salir por un momento de este mundo de aparentes encantos para poder observar las hondas heridas que deja la muerte. La tierra, campo de grandes luchas sociales y políticas, es también el teatro sangriento en que la muerte cava la fosa á sus víctimas. El sepulcro se ha abierto, para devorar al jefe de tres provincias monásticas, al representante del Rvmo. Maestro General en Chile, Ecuador y República del Plata, en donde el Rvmo. Padre Rencoret fué sucesivamente Visitador y Vicario General.

Y, allá donde van á hundirse para siempre la vanidad del mundo y de sus glorias, la vanidad de las grandezas y de sus honores, la vanidad de la hermosura y de sus funestos atractivos y la vanidad toda del hombre, sin bue

el valor de la salud, ni el de las riquezas, ni el de los poderes de este suelo pueda jamás garantir al mortal contra el rigor de sus destinos, allá ha ido nuestro Padre amantísimo á pagar el forzoso tributo impuesto á la humanidad.

Pero este duelo universal de la Orden, donde cada miembro lo llora como á su hermano y cada religioso como á su padre, con lágrimas tan amargas como inagotables, ¿no son mil veces más elocuentes que las descoloridas frases de este discurso? No se trata sólo de llorar y de aplaudir á un ser querido y venerando, sino que conviene á la vez instruírnos aprovechándonos de las grandes lecciones que se desprenden del fondo de su tumba solitaria.

Buen servidor de la casa de Dios, supo llenar con fidelidad sus deberes. *Serve bone et fidelis.* Por eso mereció elevarse á la dignidad de Reformador y Prelado en los conventos de Chile y en otros de Sud-América: *Super multa te constituam...*

Doble punto de vista bajo el cual voy á hacer girar esta modesta oración, notando á la vez el gran vacío que deja en los claustros de la Merced nuestro benemérito Padre y hermano. Dulce esperanza de nuestra Orden, sólido apoyo de sus leyes, ejemplar de sus religiosos, digno en su vida, esforzado en su muerte: en su vida, que fué toda religiosa y abnegada, y en su muerte, que fué cristiana y santa.

Tal es el elogio que consagramos á la memoria del que fué en este mundo Fray Benjamín Rencoret.

Católicos:

Invitado por mis hermanos á formar el elogio del Rdmo. Padre Fray Benjamín Rencoret, no me propongo elevar sus méritos hasta la dignidad de una apoteosis.

Pero, al bosquejar su vida sacerdotal y monástica, me veo en el caso de imprimirle, si no todo el carácter, á lo menos algo que envuelva una apología.

Hay una gloria pura, excepcional, que sólo es propiedad del verdadero sabio, gloria que la fortuna no puede darle ni arrebatarle, independiente de las ilusiones, superior á las leyes de los tiempos, que no se impone ni por la grandeza de los sucesos ni de los fenómenos, que se substrae á la opinión de los políticos y al entusiasmo de la multitud. Esta gloria es la virtud sin fausto, sin ruido, confundida en la aparente obscuridad de los siervos de Jesucristo. Este género de elevación no admite público esplendor ni hiere la atención vulgar.

Sea distracción ó indiferencia, sea que los grandes movimientos sociales se interpongan, es preciso admitir que los hombres no admiran sino lo que brilla. El que se contenta con vivir sin remordimientos, vive ordinariamente sin gloria; y, como si la mejor recompensa de la modestia fuese gozar de sí misma, rara vez escapa á la censura ó al olvido. Tal se presenta en el destino de su vida privada nuestro esclarecido Padre Benjamín Rencoret.

Nacido en Valdivia en 1822, recibió su primera educación en esta capital. Desde su primera infancia se distinguió por su fe y piedad, sobre todo, por su notable devoción á Nuestra Madre Santísima.

A los dieciocho años de su edad se sintió llamado á enrolarse en las filas de nuestra real y militar Orden de la Merced, vistiendo el cándido hábito, que le separó totalmente del mundo y de su familia para consagrarse sin ruido á la santificación de su alma.

¡Oh dulces inspiraciones de la gracia, cuántos nobles sa-

crificios no habéis producido en las almas que obedecen á su influencia!

Ligado con los votos monásticos, el joven religioso sólo aspira á marchar por la senda de la perfección. La única norma de su vida es la observancia regular. Por eso y por su contracción al estudio de las ciencias eclesiásticas, mereció en 1845 ascender al sacerdocio, y en 1855 fué nombrado Maestro de Novicios y profesor de Teología Dogmática durante la administración del Rvdo. Padre Provincial Fray Francisco de Paula Solar.

Le devoraba el celo de la gloria de Dios y el progreso de la reforma iniciada bajo los mejores auspicios. El jefe de la Provincia Mercedaria había zanjado los cimientos y trazado el plan de esta importantísima obra; pero el fervoroso Maestro de Novicios, secundando sus esfuerzos, llevó adelante sus nobles miras en el cultivo y riego de las delicadas plantas del noviciado. Este era precisamente el horticultor destinado por Dios para vigilar el huerto sagrado de su casa, que más tarde debía dar gloria á toda la orden. Aquí brillaron su paciencia y su abnegación, su vigilancia y constantes desvelos para formar religiosos de virtud é instrucción, útiles á la Iglesia y á la sociedad.

Vió realizarse sus justas aspiraciones especialmente en 1857, en el convento de San Miguel, destinado exclusivamente á la vida común, que se planteó con todo rigor, conforme al decreto de Nuestro Santísimo Padre Pío IX. Nosotros somos testigos oculares del peso enorme que se impuso como Maestro de Novicios, como Comendador de la casa, sobrellevando las demás molestias consiguientes á los ministerios vacantes de la comunidad, por la escasez de personal para llenarlos.

¡Oh, qué cuadro tan interesante no nos ofrece la ejemplar vida de este insigne amante de la reforma! No buscaba él sus propias comodidades; todo lo posponía á su deber, complaciéndose en velar por la gloria de Dios y el

cumplimiento de su voluntad soberana. Su marcado interés por las ciencias divinas y humanas que había cultivado, le hicieron acreedor á la cátedra de Religión del Instituto Nacional y á los grados literarios de la Orden. Introdujo en ella el aprendizaje de las ciencias modernas, dando nuevo impulso á las ya establecidas. Además, en 1869 ocupó un puesto distinguido en la Universidad de Santiago, incorporándose en la Facultad de Teología y Ciencias Sagradas.

Tan nobles esfuerzos, tan levantados sentimientos, no tardaron en ese tiempo en dar á conocer el principio de las grandes obras que realizaba y que embellecieron su existencia. El amor á la Reina de los cielos, á la dulce Madre y fundadora de nuestra Orden, le había separado del siglo en su juventud, inspirándole interés por las ciencias y por el claustro; el amor al claustro le hizo también entregarse al duro sacrificio de la reforma para regenerarlo y engrandecerlo.

Este sentimiento de regeneración y de nueva vida para nuestra comunidad, le obligó á aceptar en 1861 el Provincialato, que desempeñó con indecible actividad hasta 1871. Este decenio fué para el aguerrido Prelado lleno de sinsabores y erizado de grandes dificultades; pero, á pesar de ellas, no vaciló ni retrocedió en la dura labor empeñada por el bien de sus hermanos. Yo no dudo que él fué el elegido del cielo para oponerse á la extinción de nuestra Provincia Chilena, y aun para robustecer en las Repúblicas hermanas las débiles raíces de la vieja oliva, blanco de los desvelos del gran Patriarca Nolasco.

Pero ¡oh milagro de la fe! ¡cuán cierto es que el sacerdote católico sobrepuja tanto al sabio, cuanto la obra de Dios le eleva sobre la obra del hombre! ¿Qué otro sentimiento más poderoso que el que inspira la religión pudo elevar sobre sí mismo á este esclarecido benefactor de la Orden para no volver atrás en su ardua empresa?

Cobraba nuevos bríos en la oración, en donde buscaba el consuelo de sus amargas penalidades. Sabía que éstas eran el más bello patrimonio de los fieles servidores de la cruz; por eso amaba la mortificación, el retiro y la observancia inviolable de los votos monásticos, estímulos poderosos para trabajar por la causa de Dios.

Y ahora que ha desaparecido del mundo de los vivos, veo brillar mejor los elevados méritos del Rdo. Padre Benjamín Rencoret. La antorcha fúnebre que se eleva sobre su tumba nos deja entrever verdad consoladora que nos revela la fe. El hombre, cuya vida fugaz, cual la sombra que empieza y acaba á un mismo tiempo, es el objeto más digno del filósofo pensador; pero el cristiano atiende á él con mayor seriedad, porque sabe que las buenas obras que le han acompañado, le seguirán más allá de la fosa; de suerte que, al desaparecer de la tierra, consume el término de su vida mortal para empezar otra nueva y eterna.

¡Oh grandeza del catolicismo! ¡tú sólo podías darnos la idea de una vida verdadera, perdurable, apartando de nuestros ojos el horror al sepulcro con la esperanza de la inmortalidad!

En presencia de la muerte pueden examinarse mejor las obras que distinguieron al hombre de bien, al religioso observante y al sacerdote abnegado; ellas son el único tesoro y comitiva que el mortal lleva al otro lado de los tiempos.

Ved aquí, señores, por qué, libres de las preocupaciones de los vivos, lucen con sin igual belleza los méritos de los que duermen en el Señor. Ved aquí también por qué pueden estimarse con mejor criterio las obras que realizó en vida nuestro esclarecido Padre Benjamín Rencoret. La preciosa semilla de regeneración que arrojara al centro del claustro, ha fructificado maravillosamente al choque terrible de intereses opuestos y de pasiones encontradas, desarrollándose aquélla contra las esperanzas de

los políticos, contra los esfuerzos desleales de algunos, contra las maquinaciones de otros y aun contra los fuertes vaivenes de la fortuna, que no le permitió terminar todos sus trabajos, y contra los obstáculos de todo género. La obra del Rdo. Padre Rencoret se mantiene firme y estable en nuestra patria; su influencia bienhechora se ha extendido á las repúblicas del Ecuador y del Plata, á España misma, cuna de la Orden, y á Roma. A Roma ¡ah! allí se presenta también el ilustre mercedario de América á poner el sello de su espíritu emprendedor para consolidar el adelanto y la prosperidad de su Orden.

Durante la época en que ejerció el cargo de Procurador General, dispuso los medios de asegurar el éxito de sus nobles aspiraciones, que no eran otras que las de promover la elección de un General adecuado á las grandes necesidades de la Orden. Proyecto difícil de realizar; sin embargo, no desmayó en su ardua pretensión hasta obtener de la Santa Sede que, mediante cédulas enviadas por los Provinciales de Europa y de América, se procediera á la elección de un nuevo Maestro General: y fué tanto el celo y la actividad que desplegó en su noble comisión, que la llevó á feliz término: de suerte que la autoridad suprema de la Orden quedó encargada definitivamente á un religioso chileno formado por el Rdo. Padre Rencoret en los claustros de la reforma de esta capital, Fray Pedro Armengol Valenzuela.

Y, sin embargo, ¡oh vanidad y contradicción de los juicios humanos! Unos no veían en el Rdo. Padre Rencoret más que un espíritu retraído ó apocado, poco susceptible de ideas vastas, escaso de grandes dotes de gobierno; otros no distinguían en él más que un entusiasmo piadoso, y una virtud hija más bien del gusto que de principios sólidos.

¡Pero nó, mil veces nó! su celo no era simple arranque de su carácter, ni carecía de discreción. El que, como él, está

dispuesto á sacrificarse por el éxito de una obra grandiosa, monumental, que exige no sólo nobles miras sino también amargos sacrificios, obra con razón poderosa y no intenta arbitrariamente la inmolación de los suyos. La obra de la reforma era gigantesca, colosal, superior, por lo tanto, á las fuerzas humanas; y nuestro esforzado Padre la acometió con denuedo y con amor.

El fiaba de Dios y amaba su profesión hasta el heroísmo. Por eso le vimos trabajar sin descanso, estudiar, orar, arbitrar medios de todo género para llevar adelante las tareas de su singular apostolado, hasta llegar á la capital del mundo católico y plantar allí el estandarte de su obra sobre el sólido peñón del Generalato, nacido en los claustros de San Miguel de Chile, de donde debían recibir bien pronto nueva vida y solidez todos los conventos de la orden mercedaria.

Sería simplicidad del Padre Rencoret la que se estimaba en su patria; pero simplicidad heroica y fecunda en bellos resultados.

Y esto sucedía precisamente cuando sobre un mar tempestuoso flotaban opiniones encontradas de uno á otro extremo del continente sudamericano.

Mas él ni oye ni atiende sino á la voz de su deber; no consulta sino los intereses de su obra, hasta verla coronada de brillantes triunfos, sobre todo, con el dorado grano de arena que de los claustros de Chile trasladó á Roma para convertirlo en la piedra angular de la casa del Patriarca Nolasco.

De manera que, á la constancia invencible de este ilustre mercedario debe atribuírse el estado de prosperidad en que ahora se encuentra la corporación, sobre todo en el país.

Coronado, pues, con tantos lauros, era preciso coronarse con el mayor de todos, la propia abnegación, porque el vencimiento de sí mismo es el más espléndido de los

triunfos; medida indeclinable para obtener la conquista del reino de Dios, según aquello del Maestro divino: *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* El Rdo. Padre Rencoret se venció á sí mismo para lanzar hasta las más pequeñas nubes que pudieran oscurecer la generosidad de su apostolado y el brillo de su ministerio. Si algún ocaso sufrieron sus méritos, fué para tornar, como el astro del día, á lucir con mayor lucidez.

Por eso lo vimos obrar con mayor esplendor no sólo en los sucesos que he narrado antes, sino también en las honrosas comisiones que desempeñó como Visitador de la provincia mercedaria de Quito, donde trabajó con notable provecho de aquella comunidad durante siete años. Supo atraerse la marcada estimación de los hombres más importantes de aquel país, especialmente la amistad íntima del Presidente García Moreno, que se hizo su consultor. Igualmente, durante su permanencia en Roma, desempeñó con lucidez el cargo de Procurador General, sabiendo captarse los respetos y consideraciones de los altos dignatarios de la Corte Pontificia.

Mas el Rdo. Padre Rencoret se desvelaba no sólo por el engrandecimiento de su Orden y delicadeza de su ministerio, sino también aspiraba ansiosamente contribuír al progreso de su patria.

No se olvidó de ella en el extranjero. Cuando en Chile se preparaba la exposición del Coloniaje, abrió comunicaciones con su iniciador señor Vicuña Mackenna, ofreciéndole muchos objetos de arqueología encontrados en las tobas de los indios ecuatorianos y algunos fósiles de animales y de gigantes que la tradición de ese país refiere haber existido en aquellas regiones.

En el Museo de esta capital hay una sección destinada á recordar el acendrado patriotismo de este ilustre mercedario, como igualmente le recuerdan con satisfacción las sociedades de Arqueología y Zoología de Santiago, que le

consideraron como á uno de sus miembros más notables para el estudio de las antigüedades americanas.

En 1881 volvió al seno de su patria para descansar en el retiro de su celda. Pero en 1886 la obediencia le confirió nuevamente el cargo de Visitador General en nuestra provincia de ultra-cordillera.

El Rdo. Padre Rencoret, viajero infatigable, que había visitado la Europa, Asia y Africa, no retrocedió ante las graves molestias de un viaje dilatado. Resuelto á sacrificarse por la gloria de Dios y el bienestar de su Orden, sobrepasa los Andes y recorre los diversos conventos, introduce reformas de consideración y con notables ejemplos de virtud deja entre sus hermanos los más honrosos recuerdos. Pero, al mismo tiempo que desempeñaba su cargo bienhechor á los intereses mercedarios del Plata, examinaba los archivos, especialmente los de Córdoba y de Buenos-Aires, extrayendo lo más importante para los apuntes de la historia de la Merced en América. Con igual fin recorrió el Paraguay, fijando su residencia en la Asunción por algunos meses. No se olvidó tampoco el inquebrantable mensajero del progreso moral del rebaño de Jesucristo. Se trasladó al territorio del Gran-Chaco á expedicionar entre los indios. Allá condujo los auxilios de la religión, ocupándose en la gratísima tarea de las misiones apostólicas. Y, cuando suspiraba por volver al seno de su querida patria, llega á su noticia el ofrecimiento que se le hace de la mitra del Obispado vacante de Concepción; pero, á pesar de saber positivamente que era bien aceptado en Roma, se detiene, sin embargo, en el extranjero por razones de distinguida prudencia, prefiriendo permanecer en nuestro convento de Mendoza, soportando los efectos de la pobreza evangélica que había profesado, sin conceder un solo palmo de terreno á las más lícitas comodidades y exigencias de su salud. Allí fué detenido en su carrera mortal.

¡Oh, cuán preciosos fueron sus últimos momentos, es-

pecialmente á los ojos de la religión! Sus pasos fueron siempre los de un verdadero cristiano y los de un sacerdote intachable. Enemigo de toda pompa y regalo, mantuvo hasta el último momento la firmeza de su fe, la severidad de su conducta, la delicadeza de su conciencia, el amor á su Orden y el temor de Dios, que es el principio de toda sabiduría. Nuestra Orden ha perdido al más ilustre de sus miembros y al más interesante de sus hijos; pero la patria ha perdido también un excelente ciudadano y un leal servidor.

¡Sombra querida, Padre Rencoret! tus hermanos de Chile no te hemos olvidado en nuestras humildes plegarias; ante los altares del Redentor Jesús hemos depositado el tesoro de nuestras lágrimas, ofreciendo por tu dicha la Víctima divina que se inmoló en la cruz para extinguir con su sangre las llamas devoradoras de la suprema expiación. Tú viviste entre nosotros soportando los amargos infortunios y las grandes necesidades de tus hijos y hermanos. ¡No abandones tu obra, ruega al Señor por su feliz éxito!

La mejor inscripción que pondremos sobre tu losa funeraria, será: «Servidor de Dios, de sus hermanos y de su patria».



Sr. Pbo. D. Esteban Muñoz Donoso

Nació en Curicó en 1844. Ordenado sacerdote, continuó de profesor en el Seminario de Santiago por once años (1879), hasta que salió á redactar el diario *El Estandarte Católico.* Estando en ese puesto, fundó el diario popular *El Chileno*, que después traspasó á una sociedad, En 1899 obtuvo por oposición la canonjía lectoral, y por ascenso llegó á la dignidad de Maestre Escuela, que tenía cuando murió en 1906.

ORACIÓN FÚNEBRE

De los héroes de Iquique

Vivent mortui tui... expergiscimini et laudate qui habitatis in pulvere: quia ros lucis ros tuus. (Isaías, XXVI, 19).
Tus muertos vivirán.. despertaos y cantad los que habitáis en el polvo del sepulcro, porque tu rocío, Señor, es rocío de luz.

Excmo. señor: (1)

Illmo. señor: (2)

Señores: ¡yo no sé si cantar ó llorar!... Este fúnebre aparato, el dolor que se pinta en vuestros semblantes, el luto de tantos hogares, arrancan lágrimas al corazón; pero los ecos del vivo entusiasmo que aun resuenan hasta en los confines de la república, la luz de inmensa gloria con que brilla la imagen querida de mi patria, ponen en los labios del alma himnos de admiración y de júbilo. ¡Ah! esas nobles vidas segadas en flor, esas madres desoladas, tantas esposas sumergidas en llanto, tantos huérfanos que preguntan por sus padres, en medio de la alegría universal, me

(1) S. E. el señor don Aníbal Pinto, Presidente de la República.

(2) El Illmo. señor don Joaquín Larraín Gandarillas, Obispo de Martirópolis y Vicario Capitular de Santiago.

obligan, sí, me obligan á llorar. . . Pero esos jóvenes que de un solo golpe se han ceñido la difícil corona de los héroes; esa espléndida victoria, inaudita en los anales de la guerra; ese heroísmo sublime, así en los que sucumben en brazos de la gloria, como en los que, uno contra ciento y en frágil tabla, vengan á sus hermanos, estrellando contra las rocas y pulverizando con valor indomable una poderosa y acerada nave, me obligan á cantar la belleza del heroísmo y las inmortales hazañas que inspira el amor santo de la patria!

¡Oh señores, sí, cantemos y lloremos! ¡Cantemos á los héroes, lloremos á nuestros hermanos; y, ya que no nos es dado hacerlo sobre su lejana tumba, corran nuestras lágrimas de gratitud ante los altares de Dios; sean ellas, en parte, la expiación y el sufragio que atraigan la misericordia divina sobre las almas de esos muertos queridos!

Al expresar, señores, nuestro duelo por la pérdida de los héroes de Iquique; y cuando aun estamos en el comienzo de la tremenda guerra á que nos han arrastrado los enemigos, debe ser varonil nuestro dolor y nuestras lágrimas ardientes, de modo que enciendan más y más en los corazones el fuego del amor patrio. En tales circunstancias, el elogio fúnebre de los que caen, como cayeron en Iquique esos ínclitos chilenos, debe ser un canto al heroísmo.

Yo leo en el más sublime de los profetas estas palabras de esperanza y de vida: «Tus muertos vivirán. . . despertaos y cantad vosotros los que habitáis en el polvo del sepulcro; porque tu rocío, Señor, es rocío de luz». Aunque ellas, en su literal sentido, se refieran á la resurrección de los justos, podemos aplicarlas en sentido moral á la inmortalidad que se han conquistado nuestros héroes de Iquique. Veamos cómo ellos se han glorificado y han glorificado á su patria.

¡Y tú, Señor, Dios de los ejércitos, que amas á los héroes; tú que encendiste en el corazón del hombre la llama

celestial del heroísmo para que lo guiase y lo inflamara en defensa de la patria y en defensa de la justicia, pon en mis labios palabras de verdad y de admiración, palabras de consuelo y de esperanza.

Nunca, señores, aparece el hombre más grande y admirable que cuando se eleva á la región altísima de la virtud heroica. Entonces se olvidan las humanas miserias, la materia vil se transforma en ropaje de luz y se palpa la imagen y semejanza de Dios. Entonces caen espontáneamente de nuestros labios las palabras de David: «Lo hiciste, Señor, poco menos que el ángel, lo coronaste de honor y de gloria». (1).

Ni el brillo de la púrpura real, ni los resplandores del oro y de las piedras preciosas, ni la aureola misma del genio, hacen resaltar la grandeza del hombre como el heroísmo, que lo ennoblece y sublima. Los honores y las riquezas apenas si lo escoltan hasta la tumba; el genio es en buena parte obra de la naturaleza. Sólo en el heroísmo es donde se ve al hombre en toda su majestad y poder, luchando contra su propia miseria, contra las más terribles pasiones, contra las más dulces inclinaciones de su ser; sólo en él, sin más armas que la energía de su voluntad, canta victoria sobre sí mismo. Por eso las acciones heroicas ejercen sobre los hombres una influencia verdaderamente mágica; su luz los atrae, su luz los purifica. ¿No habéis observado, señores, lo que os sucede cuando presenciáis un acto heroico? El corazón se ensancha, el alma se eleva y olvida los intereses del tiempo, como si quisiera volar á su origen divino. Cuando la inaudita victoria de Iquique estremeció de gozo nuestros corazones, se vió á hombres

(1) Salmo VIII, 6.

separados por odios personales ó de raza, estrecharse con abrazo fraternal.

El tiempo es la pesada losa que cubre todas las grandezas humanas: pero es impotente para apagar los rayos del genio y del heroísmo. Los espléndidos palacios desaparecen; la ciudades populosas se reducen á míseras ruinas; aun las naciones pasan: que todo lo gasta el roce incansable de los siglos. ¡Ah! id á las Termópilas, y un simple pastor, que no sabrá deciros en dónde se alzaron las ciudades y los admirables monumentos de la antigua Grecia, os señalará el lugar en donde brilló la voz de Leónidas y de sus invictos compañeros. Ella es hoy, como entonces, una viva llama que arde en esas cumbres memorables é ilumina las sombras de los que se sacrificaron generosamente por la patria. Sí, en los sabios y en los héroes sobreviven las naciones. Pasaremos nosotros; desaparecerán nuestras ciudades, aun los monumentos que con tanta razón erigiréis á esos muertos gloriosos; podrá en los siglos futuros borrarse hasta el nombre de Chile, pero vivirá el de Arturo Prat y el de los héroes de Iquique. *Vivent mortui tui.*

De aquí, señores, aquel sentimiento innato en el hombre, aquel destello precioso de sus eternos destinos, que lo hace luchar contra el olvido y anhelar la inmortalidad de la gloria. No es ésta una palabra vana para los que unieron la virtud al genio ó á las acciones heroicas. Nada nos impide creer que la fama póstuma forme parte de la dicha accidental de los justos. En los Libros Santos el anciano Matatías exhorta á sus hijos á que adquieran grande gloria y eterno renombre: *et accipietis gloriam magnam et nomen aeternum* (1).

La Iglesia Católica rinde culto al heroísmo. El meció su cuna; él es su más hermosa corona. ¿Qué son esos atle-

(1) I Macabeos II, 5.

tas de la gracia, los mártires y demás santos, sino hombres que en el orden sobrenatural practicaron en grado heroico las virtudes? ¿Cuál es el más elocuente símbolo del cristiano, bajo qué forma adoramos al Dios Redentor? Bajo la forma del Crucificado. El es el héroe de los héroes; hizo de la cruz el emblema de un heroísmo divino, y del Gólgota la peana de su gloria infinita.

Isaías nos habla de la gracia, cuando dice que Dios derramará sobre los huesos de los justos un rocío de luz, cuya fuerza los hará revivir gloriosos. El heroísmo de que tratamos es también entre los dones naturales de Dios, como un celestial rocío que cae sobre el nombre de los valientes y los reviste de luz inmortal: *ros lucis, ros tuus.*

Ahora bien, señores: ¿en qué grado practicaron ese heroísmo los chilenos muertos en Iquique? En el más alto grado, en el holocausto de sus vidas sacrificadas en aras de la patria. ¡Ah! nuestros corazones agradecidos se complacerán en recordar una y otra vez las circunstancias de acción tan generosa: la gratitud besa siempre la mano del bienhechor.

El 21 de Mayo de 1879 será una época memorable y gloriosísima en nuestra historia; se grabará con letras de oro al lado del 5 de Abril y del 12 de Febrero.

Bien lo sabéis: la *Esmeralda* y la *Covadonga*, las más débiles de nuestras naves, fueron sorprendidas entonces en la rada de Iquique por el *Huáscar* y la *Independencia*, todo el nervio de la marina peruana. Dos férreos colosos de estos en que el arte moderno de la guerra acumula todos los elementos de muerte y de destrucción, al mismo tiempo que los hace casi invencibles, atacan á dos viejas y gastadas naves de madera. Un solo barco de aquella clase ha bastado para poner en fuga ó vencer á numerosas escuadras. Por eso, apenas se extendió el rumor de la sorpresa, el dolor embargó vuestros corazones, creísteis locura pensar en la victoria. Os olvidasteis del heroísmo,

medio natural de que Dios se vale para proteger á los débiles. Esas naves tenían gloria, y esa gloria inspiró á sus capitanes y los hizo más fuertes que el hierro y el acero: Arturo Prat ha recibido orden de mantener el bloqueo de Iquique, y la cumplirá, aunque sea contra el poder de toda la escuadra enemiga: muerto él, se romperá el bloqueo; mientras viva, nó. ¡Hé ahí el mártir del deber! Pudo ceder á la fuerza mayor y rendirse sin disparar un tiro, no habría merecido alabanza, pero tampoco nota de cobarde; muchos valientes hay en la historia que en tales circunstancias rindieron su espada. Pudo, después de dos horas de tenaz resistencia, arriar el pabellón chileno. Prat y los suyos habrían sido prisioneros gloriosos. Pudo, siquiera, ya agotadas las municiones y muerta la mayor parte de la tripulación y sin la menor esperanza de triunfo, salvar su vida, quedando incólume y altísimo el honor. ¡Nó, resiste y lucha y ataca hasta morir. ¡Hé ahí el héroe!

Y ¡cuánta serenidad en ese heroísmo sublime del guerrero cristiano que se sacrifica por la patria! No teme; no se turba; alienta á los suyos; los hace prometer que no se rendirán, aunque lo vean cadáver: á todo atiende y aprovecha hasta el último soplo de vida en dañar al enemigo. ¿Quién puede pintar, señores, ese cuadro de horror y de gloria? Mi alma vuela en alas de la admiración y de la gratitud, á aquellas olas agitadas, rasga las nubes de humo pavoroso y contempla á aquel puñado de héroes sin par. Están en la flor de sus años, muchos son casi unos niños; pero nadie flaquea, todos quieren morir por la patria. Luchan contra torrentes de mortíferos fuego de parte de mar y de parte de tierra, contra nuevas y numerosas embarcaciones y contra el incendio en su propia nave. ¡Cada cual en su puesto, nadie se rinde! Brilla en su frente serena, cual rayo celestial, la resolución sublime de morir antes que arriar el pabellón chileno.

¡Cómo se abrazan los unos á los otros y se dan la eter-

na despedida! ¡Oh dolor! ¡esperar á cada instante por largas horas el momento supremo; ver el espectro horrible de la muerte que se complace en derramar gota á gota su acíbar sobre corazones juveniles, llenos de esperanza y de vida! ¡Cuántas tiernas y queridas visiones se les presentan entre el humo del combate y les hablan el lenguaje del alma! Aquélla es la imagen de los ancianos padres que conjuran al hijo para que no enlute sus canas, que no los abandone en los últimos años de una vida consagrada toda á sus desvelos y solicitudes! Esta es la imagen de una esposa que, desgreñada y sumergida en llanto, tiende los brazos al que es la mitad de su corazón, y le dice: ¿por qué me condenas á prematura viudez? Allá son los hijos queridos, que por la vez postrera se cuelgan al cuello de su padre y claman llorando; ¡Ah, te vas para siempre: ¿qué te hemos hecho para que nos dejes en mísera orfandad?

Pensar que una sola palabra habría bastado á nuestros héroes para satisfacer á tan dulces y nobles sentimientos, y que no la pronunciaron por aumentar tu gloria, ¡oh cara patria! eso inflama á todo corazón chileno de admiración y gratitud!

Sí: después de Dios, la imagen de la patria los sostuvo en tan dura prueba. Yo los veo dirigir de vez en cuando sus miradas al sombrío horizonte que les oculta á su hermoso Chile; buscan por última vez estas altas montañas, estas verdes llanuras, estos ríos, estos bosques, estas ciudades y hasta las olas amigas de este tranquilo mar. ¡Ah! el recuerdo de las alegrías pasadas, de los beneficios que deben á su patria, los conforta más y más en su heroica resolución.

Largas horas de sangriento y desigual combate tienen á la *Esmeralda* llena de estragos, heridos y cadáveres. El enemigo, desesperando ya de ver arriar el glorioso tricolor chileno, resuelve cantar su vergonzosa victoria. Aque-

lla inmensa roca de acero se lanza contra nuestra frágil y despedazada nave. Esta le opone los pechos de sus valientes, y en vano el choque siembra muertes y destrozos, porque sólo se oyen los vítores á la patria: ¡nadie se rinde! El sublime Prat hace un esfuerzo supremo, da el grito y el ejemplo de abordaje, y, hacha y revólver en mano, salta sobre la cubierta del *Huáscar*, esperando quizás poder estrellarlo contra las rocas... Un segundo y más terrible choque acaba de destrozar á la *Esmeralda*, pero aun truena el cañón chileno y nadie se rinde! Un nuevo héroe, Ignacio Serrano, con unos cuantos valientes, siguen las huellas de Prat y caen sobre la inexpugnable cubierta del *Huáscar*... Un tercer golpe abre los abismos bajo los pies de nuestros heroicos compatriotas; pero el postrer aliento de la *Esmeralda* es un último disparo dirigido por el animoso joven Riquelme: la nave se hunde, y todavía nadie se rinde! Cuando el enemigo espera la palabra rendición, suena, como salido de las olas, el último ¡viva Chile! digno epitafio de aquella tumba abierta en el inmenso mar... Así desapareció esa nave gloriosa. verdadera esmeralda de la corona de nuestra patria. Anhelaba el enemigo hacer de ella un trofeo de victoria; mas, sólo consiguió el pobre honor del sepulturero: recogió pocos náufragos y muchos cadáveres.

¿Qué era en tanto de vosotros, impávido Prat, heroico Serrano, magnánimo Aldea, y de vuestros generosos compañeros?... ¡Caísteis uno contra ciento, vengando vuestra perdida nave, y como caen los héroes de la guerra, hiriendo y matando! Más de ciento cincuenta víctimas se sacrificaron en aras de la patria. Sus despojos flotaron sobre las olas; pero el ángel del heroísmo se alzó sublime, brillante como el sol del mediodía que alumbraba la escena, los cubrió con alas de luz, grabó aquellos nombres en el libro de la inmortalidad, los esparció á los cuatro vientos de la tierra, obligó á los mismos enemigos á rendir-

les homenaje de admiración y respeto, y, como lo esperamos, purificó esas almas con tan noble martirio.

Señores, yo registro en vano en la historia de los héroes antiguos y modernos una hazaña que sobrepuje á la de Prat y de sus ínclitos marinos; no la encuentro. Sí, estos muertos vivirán. *Vivent mortui tui.* Cuando los viajeros surquen aquellos mares, tenderán ansiosas sus miradas buscando las angustas sombras de Prat, Serrano, Aldea, Riquelme y demás hijos de Chile, muertos allí el 21 de Mayo de 1879.

¡Oh negras playas de Iquique, oh mares siniestros! que huya de vosotros el navegante, que sólo os visiten los monstruos de las aguas, que el ave solitaria gima en vuestras rocas, que siempre os azoten los huracanes, y las fieras tempestades; porque visteis caer á la héroes de mi patria, porque bebisteis la sangre de su juventud generosa!.

Pero nó, señores, tal imprecación sería justa, si el heroísmo chileno hubiera sido estéril; la más espléndida victoria fué su primer fruto. Prat y sus compañeros no se dejaron matar por vanidad ó desesperación; nó, ellos preveían las trascendentales consecuencias que su rendición ó sacrificio traerían á la patria.

Si Prat y los suyos no luchan hasta la muerte, la *Covadonga* habría sido presa del enemigo, ó en vez de celebrar su hazaña, lamentaríamos hoy su destrucción. Sin amenguar en nada la gloria del denodado Condell y de sus valientes marinos, es indudable que sus lauros no habrían germinado sin la sangre de la *Esmeralda*. ¿Habría Condell conseguido, con sus hábiles maniobras y sereno valor, encadenar entre las rocas y despedazar a la *Independencia*, si el *Huáscar* la hubiese auxiliado una ó dos horas antes? Cierto que nó. Luego el sacrificio de Prat y de sus compañeros contribuye eficazmente á esta victoria increíble, que nadie siquiera imaginó y que tanta gloria da á las armas chilenas.

¡Ah! hermoso triunfo, señores, digno de tan hermoso heroísmo. Una fragata soberbia, orgullo de los mares, con muchos y poderosos cañones, escudada por su férreo blindaje, es vencida y pulverizada por una débil goleta de madera. Nunca se aplicaron mejor las palabras del Macabeo: «No pende la victoria del número de los ejértos, sino de una fortaleza que viene del cielo» (1).

Bien podemos exclamar como Isaías: *Ululate, naves maris, quia devastata est fortitudo vestra:* Llorad, naves del mar, porque ha sido destruído vuestro poder. No estéis orgullosas de las humanas invenciones, porque le basta á Dios encender el heroísmo de un valiente para destrozaros y dar la victoria á quien la merezca.

Prat y sus guerreros sabían bien que convenía sentar heroicos antecedentes en los principios de la tremenda lucha á que ha sido arrastrada la nación. Dar en tales circunstancias un glorioso trofeo al enemigo, era envalentonarle y sembrar el desaliento entre nosotros, al mismo tiempo que abrir el camino de la deshonra. Por eso el héroe decía á sus marinos: «Nunca se ha arriado el pabellón chileno en nuestras naves; no seremos nosotros los primeros en cometer tamaña cobardía; antes la muerte!» Ellos dieron un ejemplo sublime á nuestros soldados de mar y tierra, y estoy seguro de que tendrá imitadores. Sí, valientes, sí, jóvenes que me escucháis: así se ama á la patria, así se pelea por ella, como Condell y sus marinos de la *Covadonga*; así se se muere por ella, como Prat y sus marinos de la *Esmeralda*.

Esos mártires del patriotismo han enseñado á las naciones que Chile engendra héroes dignos de la epopeya, que el egoísmo y los placeres no enervan á sus hijos, y que le sobran brazos para defender sus derechos, su honor y libertad. Las naciones lo han oído con estupor y

(1) I Macabeos, III, 19.

entusiasmo, porque hazañas como las de Iquique son honra de la humanidad. Chile ha sido ensalzado por los más poderosos pueblos de la tierra, y hasta su crédito público ha reportado frutos del heroísmo de sus hijos.

Expergiscimini et laudate, qui habitatis in pulvere. Sí, despertados y cantad vosotros los que habitáis el polvo del sepulcro. Levantaos, sombras ilustres de los padres de la patria, y cantad, porque vuestra sangre no ha sido estéril, porque vuestros hijos no han olvidado lo que se debe á la patria y al honor. Ancianos que visteis la lucha titánica de nuestra independencia, regocijaos, porque la juventud que se levanta también da á Chile días de gloria y de esplendor! Y tú ¡oh patria mía! inclina tu frente inmaculada, y cíñete el nuevo lauro que Prat y Condell te han entretejido: él brilla á la vez con el sublime heroísmo de Rancagua y con la gloria inmortal de Maipo!

Alabemos á Dios, señores, alabemos al Dios de los ejércitos. Está su invisible mano dirigiendo nuestra prosperidad en la contienda é inclinando la victoria en nuestro favor. Su providencia se ejerce de una manera especial en las naciones; y, cuando horribles guerras amenazan destruír á unas y engrandecer á otras, El, que á cada cual ha señalado su misión, dirige los ejércitos de modo que no siempre venzan los más poderosos, sino aquellos que defienden la justicia y que han de contribuír á la ejecución de sus planes soberanos. Por eso, cuando llega la hora y cuando el débil va á ser deshecho, manda sobre sus hijos él heroísmo como un rocío de luz, y humilla á los fuertes y á los soberbios.

No ha mucho y aquí mismo, el pueblo de Santiago invocaba la protección de Dios por medio de la Virgen poderosa. Y bien, cuando os preparabais no más para esa solemne manifestación de fe y de piedad, ya una de nuestras naves ponía en vergonzosa fuga á dos barcos enemigos. Cuando con el mismo objeto la invocabais en

otra solemna rogativa, se obtuvo la espléndida victoria de Iquique. Podemos creer piadosamente que no son desoídas nuestras súplicas y que Dios está con nosotros. ¡Oh! si El nos protege, ¿á quién temeremos? ¡Ah! no te salvarán de sus manos, ingrato Perú, ni tus férreas naves, ni tus muros erizados de cañones; ni á ti, Bolivia, el valladar de tus espantosos desiertos.

Pero, señores, continuemos ya nuestras preces por las almas de los que han dado por nosotros su sangre y su vida. Prat y los suyos se aprestaron al combate, escudados bajo la santa enseña de la Patrona de nuestros ejércitos: ¡ejemplo edificante de cristiana piedad!

Y ¡cuán cierto es que ésta no enerva sino que vigoriza á los valientes!

El Dios de las infinitas misericordias, así firmemente lo esperamos, derramó sus gracias sobre aquellos mártires del deber y del patriotismo. Ellos eran hombres de fe, y sin duda no olvidaron purificar sus corazones en aquellos instantes supremos. El heroísmo ejerce en el alma tan bienhechora influencia, que la desprende de los afectos terrenales y la prepara á recibir el rocío de la gracia. Fácilmente arde el amor de Dios en quien se deja matar por cumplir la voluntad divina, y muere por sus hermanos. El soldado cristiano que tiene recta intención, es un mártir.

Oremos, señores, por todos los hermanos que ya han muerto como buenos en la presente guerra; por los que cayeron en Calama y en las diversas expediciones de nuestras naves, y en la *Esmeralda* y la *Covadonga*. Oremos también por las almas de los mismos enemigos: todos son hijos de Dios y á las playas eternas no llegan las divisiones ni los odios de este mundo.

¡Oh Dios mío! mira este inmenso pueblo que rodea tus altares; desde el supremo magistrado hasta el último ciudadano, aquí están para suplicarte que tengas piedad

para esos muertos queridos. ¡Ah, Señor! atiende á nuestras lágrimas, de gratitud, atiende al dolor de los deudos, que fué también el dolor de tus víctimas; atiende á la generosidad de su sacrificio y á su tremendo martirio. Purifica, Señor, sus almas de las humanas fragilidades, oye los tristes gemidos, los ayes del perdón que por ellas exhalan el pontífice y el sacerdote! Hable, sobre todo, por ellas la sangre divina de Jesús, vertida en ese santo altar. Que la justa gloria que han adquirido en la tierra, sea sólo el emblema de su gloria inefable en los cielos. Amén.



DISCURSO

La guerra en manos de Dios

Judicabit in nationibus, implebit ruinas, conquassabit capita in terra multorum. (Salmo CIX, 6).

Juzgará á las naciones y las llenará de ruinas y conculcará en tierra las cabezas de muchos.

Hay, señores, un Dios omnipotente que rige la suerte de las naciones como rige la suerte de los individuos. La doctrina que entrega la humanidad á los caprichos del acaso y hace del Dios del cielo un ser cruel é indiferente con sus propias obras, es una doctrina anatematizada por la Iglesia, reprobada por la sana filosofía y en evidente oposición con las Santas Escrituras. Nó; el Criador, que hace cumplir exactamente las leyes que dió en el orden físico, hace con mayor razón cumplir las del orden moral que atañen á los individuos y á las sociedades.

Por eso exclama inspirado el Rey-profeta: «Tú, Señor, juzgas á las naciones. Tú, Señor, las llenas de ruinas y desolación. Tú, Señor, conculcas, aun aquí en la tierra, la cabeza de los reyes y de los gobiernos malvados». *Judicabit in nationibus, implebit ruinas, conquassabit capita in terra multorum.*

Los naciones, como tales, no reciben premios ni castigos

eternos; ellas no sobreviven más allá del tiempo, y justo es que en el tiempo tengan la sanción de sus obras. La mano de la Providencia se hace palpable en la vida de los pueblos. Abrid, señores, la historia de las naciones, y veréis que toda ella se reduce á la ejecución de este juicio tremendo de Dios, que las engrandece, las humilla ó las borra de la faz de la tierra según sean las virtudes ó los vicios sociales. Sí, El juzga á las naciones: *Judicabit in nationibus*.

Aquellos remotos imperios del Oriente que en su tiempo llenaron el mundo con la gloria de su nombre, son una prueba de esta verdad. Se alzó la Asiria como un gigante de hierro y de oro; temblaron en su presencia todos los pueblos del Asia. Pero la soberbia y la tiranía lo hicieron abominable á los ojos de Dios, y cayó y fué suplantado por el frugal y valeroso pueblo de los Persas. A su turno la molicie enervó á los descendientes de Ciro, y la victoriosa espada del Macedonio sentó á los Griegos en el trono de Babilonia. La anarquía, la ambición y la crueldad dominaron á los sucesores de Alejandro, y el brazo irresistible de los romanos recogió sus cetros y coronas. Más tarde los césares introdujeron en Occidente los vicios y el despotismo del Oriente, y Roma cedió su puesto á las naciones modernas. Si quisiéramos seguir la historia de cada una de ellas, veríamos tambien que en cada cual se cumple ese juicio que las eleva ó las llena de ruinas y desolación y conculca á los más poderosos monarcas. Sí, *Judicabit in nationibus*.

Ahora bien, señores, y ¿cuáles son los medios de que Dios se vale para castigar á las naciones? Entre ellos figura principalmente el flagelo de la guerra. La guerra en manos de Dios, como agente de su providencia sobre los pueblos, hé aquí el asunto de vuestra atención. Veamos, pues, cómo la guerra es castigo ó prueba de las naciones; cuál de estos dos caracteres tendrá la que actualmente

envuelve á nuestra patria, y qué podremos hacer para convertirla en bien y gloria de Chile.

Yo veo al Dios de los ejércitos, al Rey de reyes y Señor de los señores, sentado en el altísimo trono de su justicia eterna, velado por nube misteriosa, desde donde escudriña la tierra y los mares, los cielos y los abismos. Yo veo como dormidos á sus pies tres monstruos, que despiertan á una sola mirada de Jehová y se convierten en prestísimos rayos de su ira. El uno se estremece agitado por convulsiones de dolor y de angustias indefinibles; el otro semeja á un esqueleto cubierto apenas de piel; y el tercero es una figura sanguinosa vestida de llamas. La Iglesia de Cristo ruega á Dios que mantenga allí encadenados á esos monstruos, que no quiera lanzarlos contra la humanidad. *A peste, fame et bello libera nos, Domine:* Líbranos, Señor, de la peste y del hambre y de la guerra. ¡Ay de las naciones, cuando la ira divina desata contra ellas estos tres rayos de su venganza!

El más terrible de ellos y el que generalmente usa Dios para castigar ó probar á las naciones, es la guerra. Sí; la guerra, hija primogénita del pecado, hizo verter las primeras lágrimas á los padres del linaje humano. Mientras el pecado exista, existirá la guerra. Ella es á las sociedades lo que la enfermedad al individuo. En vano los utopistas modernos han querido aniquilar la guerra, sin contar para nada con la Iglesia; en vano han pretendido hermanar la paz con la impiedad. Está escrito: *non est pax cum impiis*, no hay paz con los impíos. A pesar de esos esfuerzos, el siglo XIX pasará á la historia como uno de los que han visto más grandes y desastrosas guerras. La Iglesia Católica, si los pueblos modernos quisieran oírla, podría aún hacer mucho en bien de la paz, como ha con-

seguido endulzar un tanto la guerra y atenuar sus consecuencias, si bien no del todo extinguirla. Pero se desprecia su voz, y, doloroso es decirlo, guerras habrá hasta el fin de los tiempos, y precisamente inauditas y espantosas guerras serán señales del fin.

Y ¿qué es la guerra, señores? Es una ola de sangre que se extiende sobre los prados floridos, los jardines deliciosos y los convierte en yermos horribles; es un río de fuego que toca á las más populosas ciudades y las reduce á míseras pavesas. ¿Qué es la guerra? Es un huracán espantoso donde resuenan los gritos del odio, de la venganza y de la muerte y los gemidos del huérfano y de la viuda y el llanto desesperado y el estertor de la agonía. ¿Qué es, por fin, la guerra? ¡Ah, señores! es la ira de Dios, que vuela con alas de llama vengadora sobre torrentes de lágrimas y sangre, precedida de turbación y de luto, seguida de la miseria, el hambre y la desolación: á su pavoroso paso los reinos florecientes se tornan en vastos cementerios.

Cuando Dios quiere castigar y anonadar á los pueblos, suelta contra ellos el monstruo de la guerra.

Resolvió pulverizar á la soberbia Nínive, y desató contra ella la guerra, y la inmensa Nínive quedó convertida en una llanura reluciente. Resolvió castigar á esa antigua Babilonia, trono de tantos y poderosos imperios, soltó contra ella el monstruo de la guerra. Y ¿qué fué de la Reina del Oriente, la ciudad de los palacios de oro, de la muralla gigante, de los jardines suspendidos? ¡Ah! la guerra la redujo á lo que hoy vemos: ruinas miserables, selva de insectos venenosos, lago pestilente, triste soledad. En los palacios de Semíramis y de Nabuco, donde brilló la gloria de Alejandro, duerme hoy tranquilo el león del desierto.

Roma, la invencible Roma, se señoreó de todos los pueblos; jamás hubo poder comparable á su poder ni pujanza igual á su pujanza; sus patricios eran más ricos que los

reyes de la tierra; sus legiones hacían temblar los límites del mundo. Pero ¡ay! pecó delante de Dios, y Dios desató contra ella al monstruo de la guerra. El monstruo se asió á su garganta, le despedazó el corazón y abrazó con sus alas de fuego las invictas águilas romanas. Y el vándalo y el huno, el godo y el germano se convidaron al festín de las naciones y se dividieron el cadáver del imperio que se decía eterno.

En tiempos más modernos ¿qué se hizo el cetro de Cárlos V y de Felipe II? ¿Dónde está esa monarquía que, según la expresión de un tribuno, tuvo al sol por brillante de su diadema y á los mares por esmeralda de su sandalia? Pecó también contra la humanidad, y fué presa de la guerra; la guerra despedazó ese cetro y redujo á jirones esos vastos dominios.

Los Libros Santos nos presentan la guerra como el medio de que Dios se vale para castigar á las naciones. Ved, si nó, la historia del pueblo de Israel. Aunque este pequeño pueblo no sea comparable en su importancia política con los grandes imperios que acabo de citar, fué, empero, el escogido por Dios para hacer brillar su providencia de un modo visible y milagroso; para que indujésemos de su conducta con Israel, la que, valiéndose de los medios naturales, observa con las demás naciones. Y bien, señores, ¿qué hacía Dios cuando pecaba su pueblo? Enviaba contra él la guerra; lo entregaba en manos del filisteo, del moabita, del amalecita, del egipcio y de los poderosos reyes de Asur.

Sin embargo, no siempre la guerra es castigo para entrambos beligerantes; frecuentemente es castigo para uno y prueba y premio para el otro. Dios saca bienes de los males, y con ser la guerra lo que es, El la convierte en azote del vencido y en gloria y prosperidad del vencedor. El pueblo que sabe sobrellevar esta prueba y que, al sentirla, despierta entre sus hijos el patriotismo, la caridad, el

culto de Dios, el desprendimiento y demás virtudes sociales y particulares, se hace comunmente digno del premio; sobre todo, si á esos títulos une la defensa de una causa justa. Los reinados de David, Ecequías y Josafat fueron fecundos en terribles guerras, lo que no impidió que la nación prosperara y llegara á ser en tiempo del primero una de las más gloriosas del Oriente. Esas guerras sirvieron de prueba y de premio al pueblo de Dios y de castigo para las naciones enemigas.

La misma reflexión podríamos hacer respecto de todos los pueblos: el Señor los juzga, y, según sus obras, se vale del mismo agente que humilla á los unos para engrandecer á los otros.

Ahora bien, señores: ¿qué carácter tendrá probablemente la actual guerra á que se ve arrastrada nuestra patria? ¿Será castigo ó prueba para Chile? Examinemos este punto en cuanto sea permitido rastrear los ocultos designios de la Providencia. Abramos el corazón á la esperanza: no creo firmemente que esta guerra, en que á su pesar se ve sumergida nuestra patria, será para Chile una prueba fecunda en beneficios y tremendo castigo para el Perú y Bolivia. Como el Señor se valía de Israel para castigar á los cananeos y filisteos, se valdrá hoy de Chile para castigar á nuestros gratuitos enemigos. Y ¿por qué? Porque está escrito, señores: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum*: la justicia eleva á las naciones, y el pecado las sumerge en abismos de miseria. Entra en los planes de la Providencia proteger tarde ó temprano á los pueblos que pelean por la justicia. Y nuestra causa es justa, digan lo que quieran nuestros enemigos. No tengo para qué demostrar lo que la prensa, la tribuna y la diplomacia han evidenciado. Nuestra causa es justa: basta recordar que Bolivia quebrantó un tratado solemne, faltó á la fe ju-

rada, á su palabra de nación soberana. A este hecho se opondrán sofismas falaces, pero jamás se dará de él una explicación satisfactoria. Chile, que había esperado cerca de doce años impedir la guerra, agotó los medios pacíficos, instó repetidas veces, casi llegó hasta humillarse; y, sólo cuando vió enlodada su honra de nación (y la honra para las naciones es la vida), entonces, y sólo entonces desenvainó su generosa espada. Con la rapidez y el coraje del león cobardemente herido, saltó sobre su presa, se echó sobre ella; y no la soltará, mediante el auxilio de Dios, la justicia de su derecho, la constancia y el valor indomable de sus hijos.

Ni es menos justa la guerra contra el Perú. Esta nación se coliga contra nosotros sin pretexto alguno razonable, se pasa al bando enemigo, se convierte en beligerante sosteniendo ocultos tratados contra Chile y enviando armas á Bolivia, al mismo tiempo que con pérfidas palabras se nos ofrecía cemo árbitro de paz. ¿Habría algún antiguo resentimiento del Perú en contra de Chile, y se aprovechaba la ocasión de la venganza?

Sí, señores: Chile había cometido un gran crimen contra el Perú. ¿Sabéis cuál es? Cuando apenas salíamos, pobres y desangrados, de esa lucha titánica de nuestra Independencia, cuando los héroes de Chacabuco y Maipo pedían el justo reposo de sus fatigas; Chile mandó á esos héroes generosos á derramar de nuevo su sangre en defensa del Perú, aunque para ello fuese menester agotar los últimos recursos y exponerse asimismo á inminente peligro de perderse. Chile fué á libertar al Perú, lo enseñó á pronunciar la dulce palabra de libertad, lo enseñó á sostenerla. Más tarde, cuando un soldado ambicioso pretendió quitar al Perú su autonomía, Chile corrió de nuevo en su auxilio, abrió y agotó sus tesoros y sacrificó por él la flor de sus hijos. Cuando, últimamente, el Perú se vió acometido por la España, Chile, aunque desprevenido para la guerra

y teniendo que hacer ingentes gastos, aunque estaba en las mejores relaciones de paz, comercio y amistad con el invasor, pasa por todo á trueque de auxiliar al Perú, se pone á su lado y por él ofrece en holocausto sublime la reina del Pacífico, la floreciente ciudad de Valparaíso. ¡Oh, el Perú cuesta á Chile torrentes de oro y de sangre generosa! Mas, el Perú olvida hoy tantos sacrificios y los corresponde con horrenda ingratitud: con el insulto, con la calumnia y con el odio á muerte. Pero hay un Dios en el cielo que no olvida estas cosas, ni la fraternidad de las naciones, y que tiene muy presente la justicia que como tales practiquen, para enaltecerlas ó castigarlas: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populus peccatom.*

Perdonad, señores, que me haya detenido en un asunto que os pudiera parecer ajeno de esta cátedra sagrada; pero necesitaba dejar bien establecida la justicia de nuestra causa, porque en ella fundo yo, en buena parte, nuestra esperanza de victoria.

Pero, me diréis: si la guerra es castigo del pecado, todos debemos temerla, pues somos pecadores. Cierto, somos pecadores y precisamente llenamos los templos de Dios para pedir misericordia por la intercesión de María, para alcanzar de la divina clemencia que nuestros pecados personales no recaigan sobre la suerte de la patria querida. Y ¿por ventura son santos nuestros enemigos? Dejemos sólo á Dios el juicio de la mayor ó menor culpabilidad personal de los hijos de estas tres naciones. No son los pecados del individuo, sino principalmente los de la sociedad y de los gobiernos, los que se oponen á esa justicia que eleva á las naciones, y que no es otra cosa que el respeto al derecho internacional, la probidad política, la moralidad y honradez de los hombres públicos, el acatamiento á la religión, la justicia, en fin, así en el gobierno interior como en las relaciones con los demás pueblos soberanos. Chile posee esa justicia en un grado muy superior al de sus dos enemigos;

éstos están oprimidos por ese pecado que conduce las naciones á la miseria: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum.*

Dios, por otra parte, atiende en su misericordia á las virtudes sociales para pesar en la balanza de su justicia la suerte de las naciones. Y, si entre nosotros hay, por desgracia, muchos pecados, hay también heroicas virtudes que inclinan en nuestro favor el fiel de esa balanza. Tenemos, gracias á Dios, un clero digno, religiosos ejemplares, purísimas vírgenes del Cristo, que con su vida angelical oran día y noche por el bien de la patria; tenemos estas nobles y generosas matronas, estas puras y piadosas doncellas, que han hecho de la caridad su segunda naturaleza; tenemos un pueblo lleno de fe religiosa y de confianza en Dios; tenemos esa falange de jóvenes y caballeros católicos, que han grabado en sus corazones con sello de oro este precioso lema: «Dios y Patria»; tenemos, sobre todo, la protección omnipotente de la Virgen del Carmelo, nuestra Madre querida, que siempre nos ha protegido y que hoy, por cierto, no burlará nuestra confianza. Si la justicia, si las virtudes sociales hablan en nuestro favor, ó mucho me engaña el corazón, ó veo ya clarear las primeras luces de la victoria.

Pero, aun en el supuesto, señores, de que por nuestros pecados tuviéramos irritada a la divina justicia y la actual guerra fuese un castigo para Chile, la religión nos ofrece medios de convertirla en útil prueba y sacar abundantes bienes de lo que era un mal.

Me bastaría recordar la historia de Nínive pecadora y Nínive penitente. Recordemos y practiquemos esos medios, y de todos modos la patria será salva, la victoria vendrá.

La oración es el primero de esos medios; pero no me

detendré á hablaros de su excelencia y eficacia, por cuanto este asunto ha sido ya ante vosotros suficientemente dilucidado.

No olvidéis, señores, que la guerra es castigo del pecado; por consiguiente, la abstención de él, el espíritu de penitencia, la práctica de las virtudes son en las actuales circunstancias un medio poderosísimo de alejar el castigo, ó de convertir el rayo de la justicia divina en dulce sonrisa de amor y de perdón. Cuando Israel ofendía al Señor y era entregado en poder de sus enemigos; cuando olvidaba la ley y se daba á la idolatría, á la embriaguez ó la impureza, aparecían esos hombres prodigiosos, esos viejos profetas, que exhortaban al pueblo al arrepentimiento, á la abstención del pecado, á convertirse á Dios. Si Israel los oía, las mismas guerras que habían comenzado para su mal, terminaban en espléndidas victorias.

Odiemos, pues, el pecado; en especial evítense los escándalos públicos, reflorezcan en vosotros las virtudes cristianas, confiad en el Señor, y yo os aseguro que tarde ó temprano la victoria vendrá. ¡Oh, qué buena ocasión es ésta para sacrificar en aras de la religión y de la patria los excesos del lujo! Cercenad las locas prodigalidades del fausto y aplicad ese dinero al buen equipo del soldado, al auxilio de los heridos, al consuelo del huérfano y de la viuda, y haréis obras de cristianos y de patriotas; dad hoy un golpe mortal al sensualismo, que comienza á enervar nuestra sociedad, y os atraeréis las bendiciones de Dios.

La práctica de las virtudes es una oración elocuentísima. Todos sabéis que una obra buena tiene el carácter impetratorio, esto es, especial fuerza para alcanzar del Señor lo que necesitamos. La parte impetratoria de las buenas obras puede dirigirse á un fin determinado. Y en las actuales circunstancias, ¿no es justo que nos propongamos en todo la salvación y la gloria de nuestra patria querida? Que todos los sacrificios que el patriotismo os

exige se dirijan á Dios con este santo fin; que á él tiendan todas las obras de piedad y de caridad. ¡Cuán grata es á los ojos del Señor la resignación de una madre desolada, de una esposa anegada en llanto por la separación del hijo ó del esposo! Que ellas ofrezcan á Dios su propio dolor, sus justas lágrimas, no sólo por la salvación de esos seres queridos, sino también por el triunfo de la patria. ¡Oh, es imposible que cuando vuelan al cielo como una inmensa plegaria las oraciones de todo un pueblo arrodillado al pie de los altares, el aroma de tantas virtudes, la voz poderosa de tantos sacrificios, gemidos y lágrimas, no desciendan las bendiciones de Dios! Es para mí motivo de grandes esperanzas ver que nuestros enemigos tocan las campanas de sus templos para asambleas de odios y maldiciones, mientras que nosotros tocamos á plegaria, nuestros paseos están solitarios, porque ricos y pobres, jóvenes y ancianos llenan los templos para orar por la patria!

Por fin, señores, la intercesión de los Santos es otro gran medio de alejar los castigos de Dios y de alcanzar la victoria. El heroico Judas Macabeo temía una vez, en vista del número y poder del ejército enemigo. Consolábase en la oración ferviente que dirigía al Señor en la soledad de la noche anterior á la batalla. Dios lo confortó con una visión maravillosa. Vió el héroe á un anciano venerable, el santo pontífice Onías, que con sus brazos levantados rogaba por el pueblo. Cuando aun contemplaba á Onías, éste se dirige á él y, mostrándole otro anciano más venerable aún y resplandeciente de luz y de gloria, le dice: «Hé aquí al gran protector de Israel, que por él intercede incesantemente; hé aquí al santo profeta Jeremías». Suspenso quedó Judas ante la majestad y resplandor de Jeremías, quien, blandiendo en su diestra una espada de oro, la pasó al héroe, diciéndole: «Recibe esta espada como un don de Dios: con ella conculcarás á los enemigos de mi pueblo Israel». Judas contó á sus compañeros la visión,

y fué tal el valor con que pelearon, confiados en tan santos protectores, que no sólo vencieron al enemigo, sino que mataron al blasfemo Nicanor, su general, y clavaron su cabeza y su brazo frente al templo de Dios, que aquél había prometido destruír.

En otra ocasión el mismo Macabeo pidió al Señor que enviase al ángel de Israel en defensa de su reducido ejército, que debía luchar con numerosísimos y fuertes enemigos. Al salir de mañana los israelitas contra los sirios, vieron á su vanguardia un apuesto guerrero, vestido de albísimos ropajes y con armas de oro resplandeciente, que reflejaban su brillo en valles y collados: era el ángel de Israel que los conducía á la victoria.

Chile también tiene su ángel tutelar, y en este instante se cierne quizás bajo las bóvedas de este magnífico templo, escuchando vuestras oraciones. ¿Por qué no hemos de invocarle con amor y confianza? Sí, acudamos á su intercesión; sí, yo lo invoco con todo el fervor de mi alma, yo le digo á vuestro nombre y al de todos los chilenos:

¡Oh Angel hermoso de mi patria! despliega tus alas, más relucientes que las alas de la aurora, suelta tu cabellera de luz y vuela, vuela á los desiertos que recorre el Loa, escuda y dirige á los ejércitos chilenos; vuela sobre las olas de ese mar y serena las tremendas tempestades en torno de nuestras naves; vuela delante de ellas y traza con tu dedo celestial la estela feliz que conduce á la victoria.

Sí, tenemos grandes y poderosos protectores: ese Apóstol, patrono de esta ciudad, que defendió á nuestros abuelos en los combates ¿por qué no ha de interesarse por nosotros? Todos los santos tutelares de nuestra patria, y esa Virgen soberana, a cuyos pies nos encontramos. Suba hoy á su trono altísimo la oración del pueblo de Santiago, esa oración tierna que dice: Virgen santa del Carmelo, salva y glorifica á nuestra patria querida. Si nosotros somos in-

dignos de presentarla, que por nosotros hablen el bello ángel de Chile, el glorioso Apóstol protector de esta ciudad. Y, si Israel tuvo santos pontífices que por él intercedieran, ¡que rodeen, señores, el trono de María las sombras augustas de los pontífices sobre cuyas cenizas oráis, la sombra querida del que ayer no más perdimos, grande obispo y gran patriota! (1). ¡Que la Virgen del Carmelo oiga nuestros votos y haga descender sobre Chile luz de prosperidad y de victoria!

(1) El Illmo. y Rmo. Arzobispo de Santiago, D. Rafael V. Valdivieso.



ORACIÓN FÚNEBRE

Del R. P. Zoilo Villalón, de la Compañía de Jesús, predicada en el primer aniversario de su muerte en las solemnes exequias celebradas en el Seminario de Santiago el 29 de Noviembre de 1882.

In ascensu altaris sancti, gloriam dedit sanctitatis amictum. (Eclesiástico, L, 12).

Cuando subía al sagrado altar, honraba las sagradas vestiduras.

¡Aun me parece verlo, señores, cruzar estos espaciosos claustros, orar aquí en este mismo santuario, ó sentado largas horas en el tribunal de la penitencia aconsejando á los unos, consolando á los otros, curando las heridas todas del alma!... ¿Dónde estás, maestro querido de mi juventud, amigo sin par y experto consejero en los arduos problemas de la vida? Yo busco en balde aquí, entre tantos semblantes que me son caros, aquella tu alta y majestuosa figura que inspiraba devoción, confianza y cariño: adusto parecías, pero luego tus finos modales, tu amabilidad exquisita, tu desinteresado celo por el bien de todos, tu caridad generosa, tu paternal ternura y solicitud atraían los corazones con profundas y santas simpatías. ¡Ay! y ¿por qué te hirió la muerte? . . . ¡Noche infausta aquella en que salió de esta casa, como el resplandor de un incendio, la súbita, fatal noticia: el R. P. Villalón se muere, el R. P.

Villalón ha muerto! ¡Corrieron muchas lágrimas silenciosas, porque era el consuelo de muchos: lloraron los que sólo saben reír con inocente alegría, y lloraron los numerosos discípulos á quienes había enseñado el camino del cielo y del sacerdocio sublime, y las almas santas á él ligadas por los lazos de purísima gratitud, y los dignos hermanos de Religión que habían admirado de cerca sus virtudes, y los viejos amigos que en él perdían el mejor apoyo en la dura jornada del tiempo! Corrimos á darle el postrer adiós, mas, ya era tarde; casi nos sentimos sin fuerzas para orar por él, que parecía dormir el sueño delicioso de los justos...

Yo bendigo, señores, este piadoso homenaje de amor y gratitud que tributáis á su memoria. Con sobrada razón; porque amó á esta Casa con toda su alma, y consagró su vida toda al bien de la juventud; la juventud más preciosa, la destinada á ser la heredad escogida del Señor.

Y, al hacer el fúnebre elogio del R. P. Zoilo Villalón, creo compendiarlo suficientemente en estas sencillas palabras: fué modelo de sacerdotes en el clero secular; fué modelo de religiosos en el clero regular.

No permitáis, Dios mío, que yo deslustre los méritos de este varón eminente en virtudes, ni sacrifique la verdad á los arranques de un corazón agradecido; sino quedad á mis palabras la gracia, que harto necesitan, para más y más glorificaros.

In ascensu altaris sancti, gloriam dedit sanctitatis amictum: cuando subía al sagrado altar, honraba las sagradas vestiduras. Este bello elogio que el Eclesiástico hace de un gran Pontífice de la antigua ley, es perfectamente aplicable al sacerdote ilustre, de cuya muerte el primer aniversario conmemoráis. Tan excelente es a los ojos de Dios el sacerdote digno, el sacerdote santo, que cuida de cum-

plir su ministerio altísimo; y así fué el religioso ejemplar que hoy recordamos, cuyas grandezas el sagrado texto no ya describe sino canta con oriental inspiración. «Este levantó de nuevo, dice, la casa del Señor, y fué el restaurador del templo... Cuidó de su pueblo y lo libró de la perdición... Como el lucero de la mañana entre tinieblas, y cual resplandece la luna en su plenitud, y como sol refulgente; así brillaba él en el templo de Dios. Como el arco iris que colora las trasparentes nubes, y cual la rosa en tiempo de primavera, ó las azucenas junto á la corriente de las aguas, ó el árbol del incienso que exhala su fragancia en el estío, como reluciente llama ó cual vaso de oro y piedras preciosas, como olivo que retoña, ó ciprés que descuella por su altura: tal era el Pontífice Simón cuando se ponía el manto glorioso y todos los ornamentos de su dignidad. Cuando subía al sagrado altar, honraba las sagradas vestiduras...»

Como si el hijo de Sirac hubiese visto, señores, en toda su magnificencia la gloria del sacerdote santo, casi delira de entusiasmo y admiración, y busca todas las bellezas de la naturaleza y del arte para compararla, y las acumula, por si logra dar así idea de la celestial visión que le arrebata.

Y, cuando el autor inspirado en tales términos elogia al sacerdote digno, ¿qué tiene que envidiar éste á las glorias del guerrero, salpicadas de lágrimas y sangre, ni á las más tranquilas del sabio, ni á las azarosas y fugaces de los grandes y poderosos de la tierra? No preguntéis, entonces, por qué honramos la memoria de un pobre religioso, olvidado y desconocido del mundo; pues basta y sobra para su cumplida alabanza el haber sido un sacerdote que siempre trabajó por hacerse más y más digno de tal nombre, y se ocupó siempre en santificarse y en santificarnos.

Sí, señores: el R. P Zoilo Villalón fué una de esas almas generosas, á las que el mundo no puede seducir ni saciar

que parecen nacidas con alas de ángel para volar y mecerse siempre en las alturas, aspirando sólo á los purísimos goces de la virtud, iluminadas por celestial claridad. Por eso despreció el mundo casi antes de conocerlo. Juventud, familia, talentos, triunfos académicos (pues á los veintiún años era ya abogado) y hasta su gallarda y entonces hermosísima figura le brindaban halagüeño y brillante porvenir. Empero, el joven Villalón, con su aventajada inteligencia y las nobles aspiraciones de su alma, conoció muy pronto que bastaba tocar aquel fantasma de risueños colores para convencerse de que era humo y engaño peligroso. La felicidad para almas inmortales, es algo real y eterno, y no puede descansar en tan deleznables bases. La buscó, pues, en fuentes más puras, en el camino de las virtudes heroicas; y, sintiéndose llamado por Dios, se hizo sacerdote. ¿En qué otro campo hallaría mejores ocasiones de abnegación y de santificarse y desfogar el generoso ardor que lo devoraba de consagrar su vida al bien de todo el mundo y á la gloria del Señor?

Con tales móviles y fervor nunca desmentido, fué siempre la edificación del clero de Santiago. Aquel joven sacerdote, tan celoso del bien y de la verdad, tan dado á la oración y al estudio, austero, penitente, aunque afable y bondadoso con todos, era sólo consigo cruel; tan lleno de prudente y solícita caridad, fué desde el principio una de las más puras glorias de nuestra Iglesia. Para llenar con éxito feliz su alto ministerio y hacerlo más y más fructuoso, escogió el camino único seguro: se puso en manos de su Obispo, para hacer en todo, no la propia voluntad, sino la de Dios.

El insigne Arzobispo señor Valdivieso—¡ah! no puedo nombrarlo aquí sin bendecir su inmortal y santa memoria!... ¿Por qué me ha cabido a mí el grande, pero tristísimo honor de recordar las glorias y virtudes y sentir de nuevo el dolor de la muerte del Pontífice augusto que de

tramó sobre mí el óleo sagrado, y del sacerdote santo que me dijo: anda, no temas, éste es para ti el camino del cielo? ¿Acaso no era ya duro destino el verlos pasar y alejarse entre las brumas eternas y sobrevivirles aquí en este más y más oscuro y peligroso desierto de la vida? ¿Por qué irritar esta honda é insanable herida del corazón?...

Pero sigamos, señores, ya que así lo habéis querido.

El insigne Arzobispo, señor Valdivieso, apreció en todo su valor las aventajadas prendas y sacerdotales virtudes del Presbítero Villalón; y, aunque tan avaro de alabanzas, llegó á decir de él que era útil para todo. Confióle, pues, altos puestos y misiones delicadas. Siendo todavía casi un niño y antes de ingresar al clero, el joven Villalón dedicaba ya las mejores horas de su tiempo á la enseñanza en este Seminario. Continuó en las monótonas tareas del profesor, á las que agregó más tarde las de Vice-rector del establecimiento. Tengo para mí que en ello hacía un noble sacrificio; pues su carácter le inclinaba á más tranquilas ocupaciones: había nacido para la oración y contemplación, para dirigir las almas que van por vías extraordinarias, para el estudio profundo, minucioso y solitario de la Moral y de la Mística, y se le obligaba á vivir entre el bullicio de los niños. Sin embargo, aquí lo pusieron, y aquí se quedó toda la vida, hasta morir entre vosotros.

Ya con pequeñas interrupciones, ya á la vez que desempeñaba estos ministerios que requieren no poco tino y abnegación, se expedía también en otros aun más delicados é importantes. Fué Secretario del Illmo. Señor Valdivieso, miembro y Presidente de la Junta de Ordenandos, varias veces Rector sustituto de este Seminario, y Provicario de la Arquidiócesis. No hay para qué decir que en todos estos puestos se condujo con aquella dedicación y escrupulosa exactitud que lo caracterizaban. Era del temple de esos hombres que todo lo hacen bien y ennoblecen los cargos que desempeñan, se santifican en las cosas menudas y se

hacen acreedores á grandes recompensas: *quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam* (1). *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis* (2).

Esto no era obstáculo para que á la vez sirviese á la Iglesia y á los prójimos de mil variados modos: en la Universidad, en la prensa católica, en el confesonario, en los ejercicios espirituales y en innumerables obras de caridad y piedad cristiana.

Cooperó con asiduo tesón y ardiente celo á la magna empresa de reformar las Ordenes Religiosas, especialmente de mujeres, no sólo con sus consejos sino también con sus trabajos personales. Las Casas de Religiosas más observantes bendicen su memoria, ya como capellán, ya como consultor ó padre espiritual.

A ejemplo de los santos, enseñaba más con las obras que con las palabras; él era siempre de los primeros en las piadosas prácticas así privadas como públicas que pudiesen contribuír á la gloria de Dios, á la propia santificación ó la de los sacerdotes y fieles. Su conversación estuvo siempre en los cielos.

De tal modo le admiro yo en el clero secular, y tal concepto se había granjeado ya de ministro dignísimo del Señor, que, aun sin haber sido llamado á superior vocación, bendecirían los buenos su memoria y en los anales de nuestra Iglesia brillaría él como dechado de sacerdotes. Porque no está, señores, el mérito del cristiano en precipitarse intrusamente á un grado superior de perfección, sino en aprovechar todas las gracias de aquel en que Dios lo ha puesto, y, si á más no lo sube, en él santificarse. Es funesto engaño aspirar desordenadamente á mayores gracias, cuando no se coopera á las que actualmente se poseen. ¿De qué sirve generalmente suspirar por la soledad y el

(1) San Mateo, XXV, 21.
(2) Salmo CXVIII, 4.

rigor de los claustros, si no se cumplen con exactitud todas las obligaciones del sagrado ministerio? Llenémoslas primero todas ellas con exquisita fidelidad, merezcamos mayores gracias con el buen uso de las menores, y, si Dios nos asciende, ascendamos.

Porque, permitidme la expresión, hay también en la carrera del cielo sus ascensos: los unos que tienen algo de humano y que no nos es lícito ambicionar, y los otros del todo divinos, que podemos santamente envidiar y aun merecer como buenos soldados de Cristo. Pero ¡cuenta! que muchos, por aspirar imprudentemente al título de mártires, cuando debieran sólo ser confesores, fracasaron y perdieron aun el de simples fieles. Santos hay en todos los estados, y santos en el clero secular y santos en el clero regular.

Por eso, señores, yo admiro y ensalzo al R. P. Villalón como sacerdote secular. ¡Y qué! ¿era por ventura poco practicar todas las virtudes cristianas y los más arduos consejos evangélicos con ejemplar edificación? ¿No aventajaba él á los simples fieles en caridad divina y encendido celo por la gloria de Dios, en generosa caridad con los prójimos, en humildad profunda, en piedad fervorosa, en abnegación y penitencia, en angelicales costumbres y en obediencia á sus pastores?

Su salud, gravemente quebrantada, quizá por inocentes excesos de fervor, no fué parte para que se abstuviese de las fatigas del ministerio sagrado; antes bien, realzaba con sus dolencias físicas su exactitud en cumplir estrictamente las obligaciones de tan variados cargos, á más de las piadosas tareas que él personal y voluntariamente se imponía.

Ya entonces había llegado á brillar con tales virtudes, que bastaba verlo para edificarse; ya entonces resplandecían en él tal piedad, recogimiento y fervor, que, *cuando subía al sagrado altar, honraba las sagradas vestiduras*. Tal-

vez por eso mereció que Dios lo llamase á estado de mayor perfección.

Como aquellos antiguos y santos anacoretas que, huyendo del mundo, se soterraban en los desiertos, y á medida que crecían en caridad, parecíales nada el sacrificio, y, anhelantes de más soledad y penitencia, se iban después á las breñas más ignotas ó á yermos aun más espantosos, y disputaban á las fieras su guarida; así él, en su amor á Dios, tuvo en poco el primer desierto del clero secular, y se introdujo á lo más recóndito del yermo, sin temer á las fieras de la obediencia, de la pobreza y del rigor monástico, que á tantos intimidan. Esas fieras le habrían de obedecer y servirle de honesto solaz: las acariciaba desde pequeñas. ¿No había sido ya eximio en la obediencia? ¿No era pobre de corazón y no estaba seguro en su caridad de que su testamento poco le daría que hacer? ¿El rigor monacal, las penitencias? pero su cuerpo le repetía á menudo: nada tengo que agradecerte.

Resolvió, pues, el señor Villalón hacerse religioso. Golpeó á la puerta de aquella Orden esclarecida á la que tanto deben la religión, las ciencias, las letras, las artes y la civilización de los pueblos; aquella Orden que ostenta cual su timbre más glorioso el odio de los impíos, herejes y malvados y el amor de los buenos y hasta el de los sabios sin fe, pero imparciales; aquella Orden verdaderamente mártir y tan digna del nombre del divino Jesús; pues como Él ha santificado á tantos, y murió joven como El, porque era preciso que muriese por la salvación de la Iglesia, y que como El resucitó gloriosa, y, quiéralo Dios, para nunca más morir. El señor Villalón se hizo jesuíta

Hubo para ello de romper dulces y santos lazos. La gracia perfecciona la naturaleza, y la perfecciona en los amores puros que Dios ha encendido en el corazón del hom-

bre. ¡Ignoraba su destino, y tuvo que resolverse á dar eterno adiós á la patria y á la familia; á no ver ya más á los fieles amigos de la infancia con quienes mutuamente se sostenía en las nobles luchas por la verdad y la virtud; ni á los seres queridos que meció la misma cuna, cobijó el paterno hogar y con él crecieron y con él participaron de las mismas penas y dolores; ni oír ya más aquellas dulces voces, música siempre nueva, que le arrullaban desde la niñez, ni ya deleitarse en íntimos é inocentes recuerdos; y alejarse cuando seres débiles y caros iban quizás á necesitar de su apoyo y con él se consolaban! ¡Ah! yo no debo tocar dolorosas heridas que no han aún cicatrizado!... El señor Villalón era de sensibilidad exquisita y amaba tiernamente á los suyos: tuvo, pues, que acallar los gritos del corazón y desgarrar su alma para cumplir la voluntad de Dios.

Fué espectáculo sublime el que ofreció á nuestra sociedad aquel venerable sacerdote, tan justamente respetado y querido, cuando se sujetó á duras y públicas humillaciones para llenar el santo espíritu de su Religión. La araña teje su tela no sólo en los artesonados techos del lujoso palacio de la vanidad, sino también en los del templo, donde mueren los sagrados himnos, vuela silenciosa la plegaria y sube leve el incienso santo. Así la soberbia sutil é ingeniosa no sólo afea el alma de los hijos del mundo, sino que suele enredar también la del hombre virtuoso y del sacerdote, y causar espantosas catástrofes. ¡Ay! ¡el que ayer brillaba como un querubín en el templo de Dios, abate hoy sus alas y pierde sus resplandores y se arrastra y blasfema! Por eso las Ordenes Religiosas procuran sabiamente afianzar á sus hijos en la humildad y, por santos que sean, los someten á duras pruebas.

El R. P. Villalón luchó en todas estas nobles lides como viejo veterano acostumbrado á la victoria. En la Religión cobraron nuevo lustre sus virtudes; pues fué desde el pri-

mer día observantísimo religioso. Allí encontró mil ocasiones de quebrantar su voluntad, aun en las cosas más santas. No pudo ya darse libremente á sus queridas maceraciones, que hubo de reducir á la mortificación interior, que es el alma de la Compañía. Creyó talvez que en el claustro, libre ya de bulliciosas ocupaciones, vacaría sólo á las dulzuras de la oración y contemplación; empero, los superiores lo dejaron en sus antiguas tareas del Seminario, hasta la muerte. De modo que no tuvo del religioso sino la parte que pudiéramos llamar para él odiosa: se le negó lo que buscaba y se le dió precisamente aquello de que huía. La prueba era digna de él, y la sobrellevó siempre con perfecta resignación: Agregad á esto el trabajo abrumador y constante y las enfermedades que nunca le dieron tregua: todo era nada, comparado con el martirio del alma, en el hastío espiritual, zozobras, temores y tinieblas con que Dios prueba á sus amigos. Sin embargo, lo vimos siempre igual, magnánimo y superior á la felicidad y á la desgracia, á los espirituales consuelos y á las desolaciones. Practicó siempre aquella indiferencia sublime de la virtud, que con tan eficaz unción nos predicaba.

Fué varón profundamente cimentado en la humildad y en la obediencia. Tenía miedo á su propio juicio, y no se desdeñaba en consultar sus opiniones sobre puntos que había estudiado á fondo, con jóvenes discípulos que apenas tenían los rudimentos de las ciencias teológicas. La obediencia le exigió hasta lo último, sacrificios verdaderamente heroicos; pero no flaqueó jamás su magnánimo corazón.

Su caridad llegó á ser ingeniosísima, sobre todo cuando por la pobreza religiosa de nada podía disponer. Subvenía por medio de sus amigos á innumerables necesidades, y con tal arte que á las veces ni los favorecidos ni los favorecedores sabían que él era el principal autor de aquellas buenas obras. Sin tener nada, dió más que muchos millonarios. Aquel religioso, que no parecía ocuparse más que en

sus clases, en el confesonario y en la oración, era, sin embargo, un motor oculto de casi todas las grandes obras de caridad, de mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia, que desde un cuarto de siglo se han ejecutado entre nosotros. ¿Cómo? ni sus mismos autores lo saben ni lo sabrán.

Pero en lo que el R. P. Villalón prestó á nuestra Iglesia servicios inmensos y practicó la caridad en su grado más excelente, fué en los ejercicios espirituales y en el confesonario, donde descubrió y sostuvo las vocaciones al sacerdocio y á la vida religiosa. La mayor parte del clero secular de la arquidiócesis lo consultó como un oráculo para resolverse á abrazar el ministerio sagrado. Quien conoce la excelencia del sacerdocio y la grave necesidad que hay entre nosotros de no desperdiciar una sola vocación, podrá apreciar la solicitud que desplegó á este respecto el R. P. Villalón. Innumerables jóvenes abandonaron, merced á sus consejos, el mundo por la vida religiosa. No habrá talvez monasterio en Santiago donde más de una esposa de Cristo no bendiga el dichoso día en que aquel celestial cazador de almas la dijo: no serás feliz, hija mía, sino en Dios; vuela á El, que allí está tu esposo. A su celo se debe principalmente la Casa de la Visitación, que, después de hartos sinsabores, logró dejar en estado floreciente.

Conoce ahora, oh mundo insensato, á uno de tus grandes enemigos; se rió de ti, te aborreció de corazón y te arrebató muchas víctimas. Sí, él te robó tus más preciosas flores: ¿y por qué habían de marchitarse sobre el mármol de una tumba? Mejor están sobre el altar de Dios, donde inmarcesibles exhalan celestial fragancia ante el trono del Señor.

Porque tú, oh mundo, aunque rías, cantes y blasfemes ¡eres una tumba! ¡el egoísmo, el hastío y la soledad te devoran! Aunque te perfumes y vistas de oro y seda, eres una tumba: tus vicios y mentiras, engaños, envidias, odios

y venganzas son el hedor que respiras. Sí, oh mundo ¡tú eres tumba! Mas, no te irrites, porque en eso que te parece un mal, te hizo inmenso bien: las oraciones de las almas que él santificó, apagaron muchas veces el rayo que iba á calcinar tu impura y maldita frente. ¿Aun quieres vengarte? pide al águila sus alas y busca, si puedes, á tu enemigo: está más allá de las estrellas, piadosamente lo esperamos, en el paraíso de Dios.

El R. P. Villalón, señores, era además el consejero obligado en todos los arduos asuntos de la autoridad eclesiástica, de los sacerdotes y de los fieles.

Preparóse á tan alta misión con el profundo estudio de la Teología Moral y de la Mística: eran sus ciencias. ¡Oh! la Mística, dicen algunos, y se sonríen, como si se nombrara la astrología ó la magia. Pero, si tantas ciencias naturales hay para conocer la providencia de Dios sobre este mundo corpóreo corruptible, ¿no habrá otra más sublime para conocer esa providencia respecto de las almas inmortales? Los que la desprecian son ciegos que se ríen de la belleza de la luz: *caeci sunt et duces caecorum*. La Mística con sus misterios é inmensidad atrajo el alma del R. P. Villalón. En ella se complacía, como aquellas aves que sólo viven sobre las rocas del mar y parecen abismarse en su inmensidad y anuncian los vientos y las tempestades. Así él pudo salvar á muchos del naufragio. La Mística le enseñó á subir por el monte altísimo de la perfección. Hay en él simas profundas á cuyos hondos senos debe descenderse; otras que es menester orillar, y precipicios tales, que no pueden salvarse si no alarga Dios su mano. Hay allí monstruos que devoran á los cobardes y á los imprudentes. Tan enhiesto es el monte, que el que se detiene resbala al abismo; hay que subir y subir hasta la cumbre, donde sonríe espléndido horizonte, y hay flores embriagadoras y ángeles que suspenden con su canto. Como en el corazón de los Andes, á una cresta nevada suceden otra y otra

blanquísima cumbre, así no se llega al término de la perfección en el tiempo. El R. P. Villalón poseyó esta ciencia sublime, y era el gran consolador y hábil director de las almas extraordinarias. «Mientras vivió tuvo más nombradía que mil otros» (1).

Sus profundos conocimientos en la Teología Moral y en la Jurisprudencia civil y canónica campean en su excelente obra sobre la *Justicia*, donde, con aquel sabor clásico que caracterizaba su lenguaje y con perfecta posesión del asunto, nos ha legado la mejor obra que sobre tan importante materia cuenta la literatura americana.

Ya veis, señores, aunque someramente bosquejados, los méritos y virtudes de este sacerdote modelo en el clero secular y regular.

Pasarán muchos años sin que nuestra Iglesia repare esta pérdida, porque con la muerte del R. P. Villalón cayó una columna de oro en el templo de Dios. La muerte quiso sorprenderlo, pero éste hábil cazador sintió sus pisadas y estuvo preparado: la abrazó como á hermana querida y mensajera del cielo: *justus si morte praeocupatus fuerit, in refrigerio erit:* si al justo lo arrebatare la muerte, hallará en ella su reposo (2).

¡Oh! señores, oremos por él! No necesita quizás de nuestras plegarias; pero, si nos hubiese sobrevivido, habría sido el último de nuestros amigos en olvidarnos.

¡Oh padre y mentor querido de esta preciosa juventud, no lo olvides en el seno de Dios, donde sin duda moras! ¡Sostenla en los tremendos combates que la aguardan! Maestro de las almas, amigo leal, alcánzanos a todos consuelos y fuerzas para seguir este áspero camino de la vida, y que así como te amamos en el tiempo, te abracemos en la eternidad feliz! Amén.

(1) Eclesiástico, XXXIX, 25.
(2) Sabiduría, IV, 7.



ORACIÓN FÚNEBRE

En honor del señor Presbítero don Blas Cañas

Religio munda et immaculata apud Deum et Patrem haec est: visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc saeculo. (Santiago, I, 27).

He aquí la religión pura y sin mancha á los ojos del Padre-Dios: visitar al huérfano y á la viuda en su tribulación, y conservarse inmaculado en medio del mundo.

Illmo. y Rvmo. Señor: (1)

Señores:

Un año há que el humilde y santo sacerdote fundador de esta Casa, el verdadero y leal amigo que todos amábamos y admirábamos, el padre cariñoso de tantos huérfanos, terminó el destierro de la vida, y voló á la patria inmortal de las almas. Sin embargo, parece que ayer no más nos hubiera sido arrebatado: de tal modo viven sus obras, de tal modo nos lo vivifica el recuerdo de su dulce virtud. Que es privilegio singular de la virtud dejar por largo tiempo perfumados los corazones que la sintieron,

(1) El Illmo. y Rmo. sañor don Mariano Casanova, Arzobispo de Santiago.

triunfar de la muerte aun en este mundo, y grabarse profundamente en la memoria del hombre, como en el acometido de súbita ceguera no se borra, nó, la belleza de la luz. Así, señores, el recuerdo del presbítero Don Blas Cañas sigue como sombra amiga y simpática á todos los que tuvimos la felicidad de conocerle. Y, ya que en esta solemne y sagrada fiesta me cabe el honor de hacer el elogio fúnebre del sacerdote eminentemente caritativo y de acrisoladas virtudes, yo lo compendiaré en las hermosas palabras que acabáis de oír: *Reíligio munda et immaculata apud Deum et Patrem haec est: visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc saeculo.*

Sí, Señores: nadie entre nosotros, como el presbítero Don Blas Cañas, consagró su vida toda con mayor desinterés, con más nobles sacrificios y más tierna solicitud al consuelo del huérfano y de la viuda, á la salvación de la inocencia en peligro; y si algunos, muy pocos le habrán excedido en el celo por preservarse del contagio del mundo y por practicar todas las virtudes que hacen grande al sacerdote de Cristo: fué apóstol de la caridad para con el prójimo, porque fué ángel de caridad para con Dios. Hé aquí todo su elogio, su grandeza celestial, fundada nó en vanas teorías de la ciencia humana, sino en la verdad infalible de la ciencia divina, en las palabras mismas del autor inspirado: *Religio munda et immaculata*, etc.

¡Dígnese el Dios soberano que dijo: «Dejad que los niños se acerquen á Mí, porque de ellos es el reino de los cielos, y porque no entraréis en él si no os hiciereis como los niños» (1), dígnese poner en mis labios palabras que glorifiquen á este humilde siervo suyo que tan de veras amó á la niñez desvalida y que vivió y murió como un niño por obedecer á su Dios, por agradar á su Dios!

El elogio del heroísmo es el elogio del héroe, el elogio

---

(1) San Mateo, XVIII, 3

de la ciencia es el elogio del sabio, el elogio de la caridad es la mejor oración fúnebre del héroe de la caridad, del presbítero Don Blas Cañas. ¿Qué grandeza más sólida, qué hermosura más arrobadora, qué virtud más simpática y celestial que la de esta divina caridad, que vino de tan alto y que á tanta altura sublima su vuelo? Ella es la preciosa aureola de todos los santos que veneramos en los altares; á ella cantan en todas sus páginas los libros inspirados; por ella y para ella vino el Hijo de Dios de los resplandores de su eterna gloria á las oscuridades de este mundo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Tan santa y excelente es, que todo un Dios quiso hacerse su apóstol y la vino á enseñar y propagar del cielo á la tierra.

¡Oh ceguedad de nuestra naturaleza caída! la más hermosa de las virtudes, la más natural, la que de suyo proclama el corazón en sus generosos instintos, era desconocida entre los hombres y reputada como debilidad é imperfección. La filosofía pagana de Grecia y Roma, y la teología hebrea habían reconocido como virtudes la religión, la piedad, la paciencia y tantas otras; pero la caridad con el prójimo apenas si era conocida y practicada por uno que otro justo del pueblo de Dios. Fué menester que el Cristo viniese á enseñárnosla con la palabra y el ejemplo, y á decir: Os doy un nuevo mandato; que os améis los unos á los otros como Yo os he amado: que améis á vuestros enemigos y hagáis bien á los que os aborrecen y calumnian (1). La caridad es virtud esencialmente cristiana, y, con ser tan conforme á la naturaleza del hombre, es del todo sobrenatural, es el brillo inextinguible de la moral de Jesús, el sello de su doctrina; es astro nuevo que se alza en el horizonte del Calvario para alumbrar y dar la vida á un mundo nuevo, pues ella ha civilizado y transformado al mundo.

(1) San Juan, XIII, 34.

Y ¿en qué consiste, señores, la caridad con el prójimo? En que lo amemos como á nosotros mismos, no queriendo para él lo que para nosotros no quisiéramos; la ley y los profetas se compendian en estos dos preceptos: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y al prójimo como á ti mismo* (1). Y, como el verdadero amor á nosotros mismos exige que trabajemos ante todo por alcanzar la salvación eterna, y accidentalmente el bienestar terreno, la ley de la verdadera caridad consiste en procurar la salvación del prójimo, y en segundo término en subvenir á sus necesidades temporales. De aquí nace la excelencia de las obras espirituales de caridad sobre las corporales, y la regla de prudencia cristiana para saber preferir las unas á las otras, según lo exijan las circunstancias y cuando no sea posible satisfacer á entrambas á la vez.

Aunque la caridad sea paciente, benigna y compasiva, en todo se propone la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo; por consiguiente, si en un aspecto es todo misericordia y dulzura, en otro es todo energía y fortaleza. Si es virtud, es vencimiento, esfuerzo varonil y á las veces heroico. No comprende, pues, la caridad quien de ella se forma sólo el concepto de dulzura y condescendencia, como no comprendería esta máquina admirable del cuerpo humano quien lo estudiara superficialmente é hiciera abstracción de los nervios y de los huesos.

La caridad puso en las manos del Cristo la luz para los ciegos, la palabra para los mudos, el pan milagroso para millares de hambrientos, la vida para los que ya eran presa de la muerte; pero también puso el azote para arrojar del templo á los profanadores. La caridad puso en los labios divinos de Jesús el perdón, el consuelo y la esperanza; pero también la amenaza, el anatema y el vituperio

(1) San Mateo, XXII, 37 y 39.

contra los malvados hipócritas; ella le hizo fulminar contra los fariseos el «raza de víboras, sepulcros blanqueados». Por la caridad dice: *pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis* (1), y hace de la paz su salutación favorita, *pax vobis;* mas también por caridad exclama: *qui non est mecum, contra Me est* (2), y «no he venido á traer la paz sino la guerra, y á separar á la madre de la hija, al esposo de la esposa, al hermano de la hermana y, el reino de los cielos exige violencia y los violentos se lo arrebatan».

¿Habrá contradicción en la palabra divina? No la hay ni puede haberla; la contradicción está en el falso concepto que el mundo y el error se forman de la caridad, considerándola sólo en un aspecto y no queriendo admirarla en todo su maravilloso conjunto. Como no repugna en Dios la justicia al lado de la misericordia, la dulzura no excluye en la caridad á la energía y fortaleza. El médico que gratuitamente corre a salvar un enfermo no es menos caritativo cuando le aplica blanda triaca que cuando cauteriza ú opera dolorosamente.

No en vano os recuerdo, señores, la verdadera naturaleza de la caridad al hacer el elogio fúnebre del presbítero don Blas Cañas, porque no daría idea exacta de su carácter, de su grandeza moral, de sus ínclitas virtudes, si en vez de revestirlo con el traje espléndido y celestial de la divina caridad, os lo presentase con los harapos de la simple compasión humana ó de la humana filantropía.

Hay en la vida de este santo sacerdote muchos rasgos, algunos de los cuales conocéis, que no se armonizan con el falso concepto de la caridad que se forma el mundo. Más de una vez lo insultaron, calumniaron y maldijeron, porque era caritativo según Dios y no era caritativo según el mundo. Porque no exponía á la voracidad de los lobos

(1) San Juan, XIV, 27,
(2) San Mateo, XII, 30.

la inocente ovejuela que él había traído desde muy lejos sobre sus hombros, criado con desvelo, participándole de su propio pan y de su propio vaso; ó porque no admitía aves de rapiña al lado de la indefensa y mansa paloma. Era entonces cuando él se armaba de la energía y firmeza de la caridad para practicar la caridad. Y, si así no hubiera sido, no existiría esta santa Casa, ni él sería lo que es, ni yo ocuparía esta cátedra, ni vosotros honraríais esa tumba: porque de hombres compasivos y filántropos está lleno el mundo, de caritativos, nó; porque la compasión y la filantropía son generalmente estériles, y la caridad es fecunda en obras y en hombres admirables.

El señor Cañas nació para la caridad, hizo de ella su feliz pasión dominante, su segunda naturaleza. Le arrebataron desde un principio los encantos de esta reina de las virtudes, pues había leído en los Libros Santos que ella cubre ó borra la multitud de los pecados, *Charitas operit multitudinem peccatorum* (1), que no descuida su alma el que trabaja por salvar la ajena, y que el gran fundamento de la sentencia que expida el Supremo Juez será la práctica de la caridad: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer....» (2). Vió en el ministerio sacerdotal el medio más adecuado para aliviar y salvar á sus hermanos, y lo abrazó con el fin nobilísimo de santificarlos y de santificarse. El lo obligaba á buscar ante todo la gloria de Dios y á trabajar para ello en la defensa y propagación de la Iglesia: y ¿qué mejor modo de conseguirlo, que manifestar con las obras la eficacia de la verdad, librando á miles de almas de la perdición y haciéndolas hijas de Dios? Porque siempre serán los prodigios de la caridad católica argumento incontestable de de la divinidad de nuestra religión para todo hombre de

(1) I San Pedro, IV, 8.
(2) San Mateo, XXV, 34 y 35.

imparcial criterio y de corazón sano y honrado. El dedo de Dios está aquí, se dirá; porque no hay fuerzas ni virtud humanas capaces de los sacrificios que á cada paso presenta el catolicismo, y sólo el catolicismo. Porque, si esos fenómenos fuesen efecto de una causa natural, se verían en alguna de las religiones antiguas y modernas; pero todas ellas son estériles en verdaderas obras de caridad, y esta luz divina que sólo reviste á la Iglesia Católica, manifiesta su origen y naturaleza celestiales, y la distingue de las pobres invenciones humanas.

Y, á la verdad: ¿qué miseria no alivia, qué herida del corazón no cicatriza, á qué necesidad no satisface este fuego divino y perpetuo que sólo arde en el seno del catolicismo? Para la guerra y sus estragos, la peste y demás plagas homicidas, para el hambre y la mendicidad, para la inocencia que peligra y el huérfano abandonado; para las almas descarriadas, para el enfermo y el moribundo; para los cadáveres insepultos, para el crimen mismo que ruge entre cadenas; contra todos los peligros, contra los males todos del vicio y del error, tiene la caridad católica admirables instituciones y almas heroicas resueltas á sacrificarse por el bien ajeno: *Digitus Dei est hic*: sólo aquí está la obra de Dios. Por eso no menos demuestran la divinidad de la religión esos colosos de la inteligencia que se llaman Agustín y Tomás de Aquino, que esos colosos del corazón que se llaman Vicente de Paul, Juan de Dios, Camilo de Lelis, y tantos otros héroes de la caridad: aquéllos con libros admirables, éstos con hechos sobrehumanos.

Señores, la sangre del Cristo fué tan poderosa, que no sólo nos redimió de la culpa original, sino que tuvo fuerzas para quitar hasta las consecuencias del pecado: en rigor, pudo hacernos inmortales y acabar con todas las miserias humanas. No lo quiso Dios para darnos ocasión de eternos merecimientos. Mas, ya que el bondadoso Jesús

se llevó al cielo este derecho precioso de su redención, nos legó la caridad para que en parte produjese sus efectos, aliviando las penas de la vida: la caridad lo trajo de los cielos para franquear sus puertas á los hombres, y dejó la caridad para consuelo del hombre sobre la tierra, y para resolver los conflictos en que habrían de verse las sociedades humanas. Si pueblos y Gobiernos la comprendieran y practicaran, la suerte de la humanidad se acercaría mucho á la de su dichoso origen.

No digáis que olvido á mi héroe; porque os repito que estas excelencias y encomios de la caridad caen de lleno sobre él, son el mejor elogio del santo sacerdote que así la comprendió, que la amó de todo corazón, que la practicó con todas sus fuerzas; son la gloria y corona envidiables del señor presbítero Don Blas Cañas.

Pero, ¿á cuál obra de caridad, entre las muchas que veía en torno suyo, ó entre las que podía exigir entonces el bien del prójimo, dirigiría el jóven sacerdote los generosos conatos de un corazón compasivo y ansioso de sacrificarse por la felicidad ajena? El señor Cañas estuvo algún tiempo indeciso: conocía que Dios lo destinaba al apostolado de la caridad; pero exploraba bien el campo de acción á que consagraría del todo su existencia.

La caridad es como la luz, que viste los astros, ilumina y colora los cielos, trasparenta las aguas, penetra en los abismos, pinta los prados, matiza las flores, abrillanta las piedras preciosas, alegra al prisionero y al moribundo, todo lo esclarece, anima y vivifica. Así ella da su brillo á las almas privilegiadas que son los astros del mundo espiritual, colora el cielo de la Iglesia, penetra en los abismos de la maldad, conserva inmarcesible la flor de la inocencia, abrillanta más y más las virtudes, infunde santas alegrías en los corazones lacerados; para todos los deberes y necesidades humanas tiene consuelos y recursos misteriosos.

Mas, ¿á cuál de estas múltiples manifestaciones de la caridad daría preferencia el señor Cañas? Miró en torno suyo y vió que muchas flores celestiales se marchitaban, que muchas piedras preciosas y purísimas perlas yacían en el lodo y eran pisoteadas por los puercos; sintió el huracán de las pasiones que todo lo arrebataba y destruía sin piedad, y se dijo: yo cultivaré esas flores, yo sacaré del lodo esas perlas, yo seré la valla donde se quiebre ese furioso huracán.

No había en Chile instituciones suficientes y adecuadas para salvar la inocencia de las doncellas y de los niños desvalidos, y el señor Cañas se dijo: yo las fundaré; y de esta resolución brotaron la Casa de María, como jardín de azucenas; el Patrocinio de San José, como huerto de lirios. A esta resolución se debe la santidad de muchas almas, que serán hoy los brillantes de su corona en la gloria inmortal.

Pero, ¿cómo ejecutar tan magna empresa, que exigía inmensos recursos de dinero, heroicos sacrificios, corazón magnánimo y tesón incansable? Era menester mendigar toda la vida de puerta en puerta, devorar amargas zozobras, cargar con espantosas responsabilidades, arrostrar la maledicencia del mundo, desafiar las más furiosas pasiones, recibir todo género de ingratitudes y desengaños, soportar la calumnia, exponerse á mil peligros; era menester violentar el propio carácter, ocuparse en cosas muy ajenas de su natural, despedirse para siempre de la paz del alma y de las dulzuras de una tranquila piedad: el señor Cañas hará todo eso, aceptará con gusto tantos sacrificios á trueque de salvar las almas, de enjugar muchas lágrimas, de producir con las propias tristezas ajenas alegrías. No basta improvisar casas espaciosas, ni allegar elementos para alimentar, vestir y educar á millares de doncellas y de niños: es menester asegurar el porvenir de esas casas y de esos jóvenes, hay que establecer á las

unas de modo que se labren su bienestar y no se expongan á los peligros del mundo; hay que buscar colocación para los otros y asegurarles honesto porvenir; y se trata de miles de jóvenes de uno y otro sexo, de los más diversos caracteres é inclinaciones, con estas ó aquellas exigencias; y ellos se sucederán como las olas sin dar descanso ni tregua al fundador, que ha querido constituírse en padre de tantos hijos; no importa: el señor Cañas hará todo eso y mucho más. Seguirá á sus hijos adoptivos en medio del torbellino del mundo, se empeñará aquí, rogará allá, para dar á unos colocación, á otros estado conveniente; se afanará por la suerte de todos; abrirá de nuevo la puerta de sus santos asilos para los que no son felices, y acometerá otra vez la empresa de buscarles un porvenir: llorará con ellos, y con ellos compartirá sus inocentes alegrías.

Contad, si podéis, el número de honradas familias en cuyos hogares brillan la paz, el trabajo, la virtud y felicidad, familias que se deben á los desvelos del señor Cañas, y decid si sus obras no han sido fecundas en pro de la religión y la patria; contad, si podéis, el número de niñas cuya inocencia preservó, y el de los jóvenes que arrebató á la ociosidad y al crimen, convirtiendo á unas y otros en miembros útiles á la sociedad, y apreciaréis los maravillosos frutos de su caritativo celo. Cerca de mil cuatrocientas doncellas libradas de la perdición en esta santa Casa de María, é innumerables jóvenes educados para diversas profesiones y oficios en la del Patrocinio de San José, son la preciosa corona del señor Cañas.

Y ¿quién puede prever hasta dónde llegarán los beneficios de su caridad, y á cuántos ascenderán en adelante los que bendigan su memoria? Porque el señor Cañas procuró dar estabilidad á sus fundaciones para extender en lo posible sus benéficos servicios. Obtuvo del gran Arzobispo señor Valdivieso, á más de consejos dignos de tal

prelado y documentos importantísimos para el mejor logro y solidez de su obra, la institución de religiosas especiales que educaran y dirigiesen á las niñas de esta Casa. Surcó los mares para alcanzar de Roma nuevas concesiones, y traer religiosos para el Patrocinio de San José. No vió él todo el fruto de sus obras ni lo veremos nosotros: son las generaciones futuras las que admirarán en toda su extensión la fecundidad inagotable de la caridad del señor Cañas: se alzará para ellas mucho más grande y benéfico que para nosotros, cuando estas casas se multipliquen y huérfanos á millares lo bendigan.

Ni creáis con esto agotados los generosos impulsos de ese corazón siempre anhelante del bien ajeno: meditaba los planes, y aun daba los primeros pasos para una tercera fundación en favor de las viudas y de sus hijas desvalidas, cuando le arrebató la muerte. ¡Ah, señores! ¿por qué no viven siglos estos hombres que Dios manda de vez en cuando para consuelo de la humanidad que gime, que pasan haciendo el bien, que, como ángeles de luz, dejan en pos de sí estela esplendente y cantos de gratitud y bendición? ¡Pobre humanidad! son tantas tus heridas, tan copioso el torrente de tus lágrimas, y en cada siglo descubres tales miserias, tanto suben tus clamores y gemidos, que, aunque viviesen la edad de los antiguos patriarcas estos médicos divinos que te envía el cielo, no conseguirían sanarte! ¡Cómo se conoce que pesa sobre ti horrenda maldición!

¿No oís, señores, el llanto de millares de huérfanos y viudas desoladas que en toda la República va dejando la mano implacable de plaga espantosa? ¡Ah! ¿por qué te fuiste tan pronto, hermano querido? tu corazón habría encontrado cristianas invenciones para endulzar tanto dolor. Descienda desde el cielo tu espíritu y siga importunando santamente á las almas generosas para que, con larga mano, socorran y alivien á tanto huérfano que lla-

ma en vano á sus padres y nadie contesta, que pide pan y no hay quién se lo dé! *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangereteis* (1).

Hasta aquí, señores, yo no os he hablado sino de las obras públicas y permanentes, nacidas al calor de la caridad que ardía en el corazón de este sacerdote; pero ellas fueron precedidas y acompañadas de innumerables y bellísimos actos de caridad oculta que practicó hasta su muerte el señor Cañas. Casi no ingresó una niña á esta Casa ni un joven á la del Patrocinio que no fuese la historia viva de la solicitud paternal, y á las veces heroica del santo fundador. Los ángeles de Dios sólo saben escribir esa historia. y sólo Dios puede recompensar las proezas de este héroe de la cruz!

Fué la caridad quien lo hizo dedicar las primicias de su sacerdocio al ministerio augusto de la predicación, aurora divina que esclarece las inteligencias, disipando las sombras del error y la ignorancia; que refrigera los corazones con celestial rocío; que cura las hondas heridas del alma; escudo de oro que defiende á la verdad; dardo de fuego que calcina al vicio y al crimen; fuente inagotable y purísima á cuya margen florece la piedad; canto del cielo que celebra, enaltece y consuela la virtud. Casi todos nuestros templos resonaron entonces con la palabra de aquel joven sacerdote, de gallarda figura, angelical semblante, humilde y modesto continente, que inspiraba santas simpatías y edificación y piedad. ¡Oh! y ¡con cuánta unción manaba de sus labios la divina elocuencia, como gemido del alma que penetra en lo más recóndito de los corazones para purificarlos y salvarlos!

Fué la caridad quien lo hizo correr siempre al primer llamado de un padre ó madre moribundos para auxiliarlos, y luego oír aquel: ¡Señor Cañas, le dejamos tantos hijos y

(1) Trenos, IV, 4

tantas hijas; ya morimos tranquilos, pues usted será su segundo padre! Estos legados, especialmente de huérfanas desvalidas, que él colocaba siempre en el seno de familias respetables, fueron el origen de esta santa Casa.

En fin, la caridad le inspiró mil actos que, al tenor del siguiente, sería imposible enumerar. Pasando por un campo solitario, se detiene en el tugurio de un pobre labriego; aquel infeliz muere abandonado de todo el mundo y en la suma miseria. El señor Cañas le presta los auxilios materiales que puede, lo confiesa y exhorta hasta el último instante. Después de seguirlo con fervorosas preces á las regiones eternas, no puede conformarse con dejar abandonado el cadáver. ¿Qué hacer? ¿á quién acudir en tanta soledad? Pues bien, lo viste, lo cubre tal vez con su propio manto, lo coge y carga sobre sus hombros, y avanza paso á paso inclinado bajo el peso de aquel cuerpo y orando por el alma hasta llegar á donde pueda darle cristiana sepultura. Esto no se comenta: ¡qué corazón, señores, qué corazón!...

Verdaderamente, fué un gran sacerdote de esa religión pura y sin mancha á los ojos del Padre Dios, y que consiste en visitar y consolar al huérfano y á la viuda en su tribulación: *Religio munda et immaculata apud Deum et Patrem haec est: visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum.*

———

Et immaculatum se custodire ab hoc saculo.

I en conservarse inmaculado en medio del mundo.

La inmensa hoguera que en la oscuridad de la noche lanza álos cielos torbellinos de llamas y esparce lejos, muy lejos, sus vivos resplandores, está indicando que es muy abundante el combustible que la alimenta. Así es la caridad con el prójimo: magnífica, esplendorosa llama que se alimenta del amor á Dios y de la práctica de todas las virtudes. La caridad cristiana no se improvisa ni vive de sí

misma; ha menester cuidadosa y difícil preparación; viene de Dios, Dios la incrementa, sostiene y bendice, y se dirige á Dios. Ella exige amor al prójimo sólo en Dios y por Dios; rechaza todo fin ó motivo menos perfecto; requiere el espíritu de sacrificio hasta la heroicidad: nada de esto puede existir sin abundancia de caridad divina sin la práctica de todas las virtudes. ¿Podrá interesarse eficazmente por la salvación del prójimo (y ésta es la esencia de la caridad fraterna) quien por la propia salvación no se interesa? ¿Podrá amar el retrato quien no ama el original, podrá amar la imagen de Dios quien no ama á Dios? ¿Qué son todas las virtudes sino visos de la caridad divina? Ellas son sacrificio y vencimiento, que no pueden existir sin amor a quien los impone.

La caridad del soberbio fracasa en la primera humillación; la del que no es puro no levanta el vuelo y se apaga en el lodo; la del avaro es simplemente un absurdo; la del colérico es incapaz de perseverancia y sacrificios; y así en lo demás. Al contrario, dadme virtudes sobrenaturales, y cada una llevará nuevo combustible a esta llama generosa; la humildad os hará vencer toda contradicción y allanará el camino; la pureza os dará alas poderosas y elevación de miras, os reiréis de los peligros; la pobreza, el desprendimiento, fuente inagotable de recursos; la paciencia y resignación os harán enérgicos, abnegados, perseverantes, heroicos. Por eso el Apóstol compendia todas las virtudes al enumerar las condiciones de la verdadera caridad: *Charitas patiens est, benigna est* (1).

También por eso la caridad católica es la única verdadera, sólida y fecunda; no lo son la caridad masónica, la filantropía y la simple compasión humana.

Bien lo comprendió el señor Cañas, que, para hacerse digno apóstol de la caridad, no sólo se preservó desde la

(1) I Corintios, XIII, 4.

niñez del contagio del siglo con odio intensísimo á todas sus vanidades y pecados, sino que procuró con exquisita diligencia adornarse de todas las virtudes cristianas.

¡Oh, y cuánto amaba á su Dios! Bien lo sabéis vosotros, niños y niñas, pues el eterno consejo, la palabra permanente en sus labios era: *¡hijos míos, no le ofendáis por nada del mundo! ¡hijos míos, morir mil veces antes que cometer un solo pecado!* Los que le conocieron desde la infancia aseguran que no debió de perder la gracia del bautismo, que tanto fué siempre desde entonces su afán por huír de la culpa, tanta la delicadeza de su conciencia, tanto el fervor de su piedad y tal la pureza y compostura de sus acciones y palabras que, á ejemplo de esos jóvenes sublimes que veneramos en los altares, imponía su presencia respeto, moderación y recato. Bien pudo acordarle Dios el precioso don de contarse entre aquellas almas privilegiadas, de las que El mismo dice: *Beati immaculati in via... felices los que que atraviesan sin mancha el camino de la vida y siempre andan por los senderos de la ley del Señor* (1). *Feliz el varón que fué encontrado sín mancha, que no corrió tras del oro ni esperó en las riquezas; pero, ¿dónde se le hallará para colmarlo de alabanzas? pues ese sí que hizo cosas grandes, maravillosas* (2).

En la práctica de todas las virtudes cristianas, se esmeró especialmente en las que eran más propias del estado sacerdotal: pureza angélica, celo por la salvación de las almas y por la defensa de la verdad, apostólica pobreza y espíritu de sacrificio y abnegación, perfecta sumisión á sus prelados, piedad acendrada y humildad profundísima.

La calumnia fué impotente para desvanecer aun en los mundanos el justo concepto que todos tenían de su vida intachable, si bien harto le dió que merecer y en qué ejercitar su humildad, paciencia y caridad. Su celo por la

(1) Salmo CXVIII. 1.

(2) Eclesiástico, XXXI, 8 y 9.

defensa de la fe lo llevó siempre á ser de los primeros en protestar contra los avances de la impiedad moderna, y á tomar parte en cuanto se hacía por los buenos para defender la causa de Dios, aunque para ello fuese menester herir á personas de las que habría de necesitar para sus obras de caridad. Todos conocéis la modestia y pobreza con que siempre vivió y en las que quiso morir: cuanto dinero llegaba á sus manos era para los huérfanos y huérfanas. Además de las pruebas á que la práctica de la caridad sometió su abnegación, quiso Dios purificarlo con muchas otras: con las artimañas de Satán, que sin duda no lo amaba; con esa tremenda prueba de los escrúpulos, verdadero martirio de las almas santas. Claro y expedito para calmar y dirígir las conciencias ajenas, era todo temor y oscuridad en tratándose de la propia. A insignes santos y profundos teólogos acaeció lo mismo; como si Dios los cegase para que no vieran en sí la excelencia de sus dones y no deslustrase el orgullo sutil los grandes merecimientos.

El señor Cañas edificó siempre al clero de Santiago con el amor, respeto y sumisión á los superiores eclesiásticos, vió siempre en su Obispo el vicegerente de Dios, el respresentante de N. S. Jesucristo, y nada emprendía sin su consulta, aprobación y consejo. Sabía que el Espíritu Santo puso a los Obispos para regir la Iglesia, los acataba y veneraba. Grande ejemplo para sacerdotes y fieles, pues nada fructuoso haremos en pro de la verdad, si no oímos á aquellos á quienes dijo Jesús: *qui vos audit. Me audit; qui vos spernit Me spernit;* si no estamos á las órdenes del que es como la sombra del Altísimo.

Por eso, en virtud del mismo concepto que el señor Cañas tenía justamente de la alteza del carácter episcopal, se estremeció en su humildad cuando se le propuso la mitra de Concepción. Se negó con todas veras á aceptarla, y desde entonces pedía á Dios que antes lo sacara de este mundo que exponerlo á la tremenda responsabilidad de

tan sublime ministerio: talvez estas zozobras abreviaron su peregrinación sobre la tierra.

Basta, señores: que me haría interminable, si pretendiese analizar una á una sus virtudes; basta lo dicho para dejar demostrado que el señor Cañas fué dignísimo sacerdote de *esa religión pura y sin mancha á los ojos del Padre Dios, y que consiste en visitar al huérfano y á la viuda en su tribulación, y en conservarse inmaculado en medio del mundo.* Sí; él germinó como el lirio en obras santas y de purísima caridad. *Justus germinabit sicut lilium.* Sí; su memoria florecerá como la palma, sombreando estos claustros donde mora la inocencia: *Justus sicut palma florebit.*

¡Oh niñas y jóvenes que fuisteis sus hijos adoptivos! tendréis muchos otros padres solícitos y cariñosos; pero ninguno podrá excederle en el amor con que os tenía escritos en su corazón y se interesaba por vuestro bien. Corresponded á su cariño, elevando al cielo por él vuestras inocentes plegarias. Regad con vuestras lágrimas sus cenizas, que otros ángeles juntarán un día para que se alcen resplandecientes y gloriosas, ropaje eterno de su alma triunfante. Porque triunfas tú ya, hermano mío, así lo esperamos, triunfas tú en los resplandores del cielo. Sí; continúa allá tu obra: que estas casas prosperen, se propaguen y florezcan; bendícelas tú desde la altura, y guía á tus hijos con invisible y amorosa mano!



ORACIÓN FÚNEBRE

en honor del Illmo. y Rmo. señor doctor don Joaquín Larraín Gandarillas, Arzobispo de Anazarba. 1.º de Octubre de 1897.

> *Bene omnia fecit, et surdos fecit audire et mutos loqui.* (San Marcos, VII, 37).
>
> Todo lo hizo bien; abrió los oídos de los sordos, desató la lengua de los mudos.

ILLMOS. Y RVMOS. SEÑORES:

SEÑORES:

Adondequiera que en este instante vuelva mis ojos, diviso rostros amigos, que los unos me dicen: él nos enseñó el amor á Dios, el espíritu de sacrificio, la santidad y alteza del sacerdocio; los otros: de él aprendimos la rectitud y la justicia; éstos: él nos abrió el sendero de la honradez y del honor; aquéllos: él encendió en nuestros pechos el fuego sacro de la ciencia y del arte ó el sacro fuego del patriotismo. ¡Ah! sois muchos, señores; pero seríais muchos más, y no bastarían á conteneros los amplios ámbitos de tan espacioso templo, si la voracidad insaciable de la muerte no hubiese ya diezmado á tantas generaciones juveniles que él formó; si tantos y tantos generosos corazones, merced á lo que él les enseñó, no hubiesen caído como buenos en aras de la patria amenazada, ó

en pro de la caridad al soplo de plaga asoladora, ó en defensa de la libertad y de las leyes conculcadas. Mas, no me preguntéis quién es él, porque era el mentor querido que durante casi cincuenta años condujo los pasos de la juventud chilena á las lucientes cimas de la verdad y del bien; porque era el gran sacerdote, el sacerdote modelo que con la palabra y las obras á todos edificaba, porque era el gran ciudadano que, al par de la causa de Dios, se interesaba como nadie por la grandeza y felicidad de la República.

No me preguntéis quién es él; porque era el cumplido caballero que encontrasteis siempre en los caminos del honor y del deber; leal y consecuente con sus amigos, franco y generoso con sus enemigos; siempre el primero en toda noble causa: ora se tratase de las exigencias inagotables de la caridad, ora de la difusión de las luces, ora de la defensa de la justicia y del derecho ó de cuanto contribuír pudiera al progreso ó felicidad sociales. No me preguntéis quién es él; porque era el adalid incansable de la causa católica en la familia, en la sociedad, en la cátedra, en el púlpito, en la tribuna, en la prensa, en los centros científicos y literarios, en la política sana y levantada; porque fué siempre áncora de esperanza para los buenos y vestigio espantable para los malvados; dulce consuelo en días de doloroso luto; escudo invulnerable de la libertad católica contra la prepotencia y sacrílegos conatos de gobiernos opresores; porque fué, en fin, paz y gloria purísima de la patria, y columna de oro en el templo de Dios el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Joaquín Larraín Gandarillas, cuya súbita cuanto irreparable pérdida lloramos.

¡Ay! ¿y quién podrá consolarnos, si ya cayó también envuelto entre los oscuros pliegues de la muerte aquel gran consolador? Sólo tú, Dios mío, que envías cuando conviene estas almas extraordinarias y las recoges luego para coronarlas en las puertas de tu inmortal paraíso.

Pon hoy en mis labios palabras dignas de tu siervo, y que sea en gloria tuya su alabanza. Diga yo sin desdoro cuánto hizo por Ti este grande y cristiano mentor de la juventud chilena, cuánto se afanó por Ti este gran sacerdote de la Iglesia Chilena.

———

Bene omnia fecit, et surdos fecit audire et mutos loqui. Verdaderamente son aplicables á este varón egregio y prelado dignísimo las palabras con que glorificaban al divino Jesús los testigos de sus milagros: Todo lo ha hecho bien: abrió los oídos de los sordos, desató la lengua de los mudos.

Altos puestos civiles y eclesiásticos ocupó el señor Larraín Gandarillas, y en todos ellos desplegó incansable actividad, introduciendo con sabia reglamentación el orden y el método para conseguir en lo posible la mayor perfección en el desempeño de sus obligaciones y el logro de los fines en los cargos ó instituciones que se le confiaron. *Bene omnia fecit.* Pero á ninguno se consagró con más ahinco y por más largo tiempo que á la educación de la juventud, así la destinada al ministerio sagrado, como la que debía ingresar en las carreras ó negocios seculares. En esta ardua é importantísima misión logró aquel insigne maestro de la juventud hacer que muchos oyesen la voz de la divina vocación, ó la del deber y de la virtud, y desató muchas lenguas que habrían permanecido en eterna mudez: *et surdos fecit audire et mutos loqui.*

Nacido el señor Larraín Gandarillas en noble y cristiano hogar, aficionóse desde niño á la piedad, conoció desde temprano la excelencia de la virtud y vió en ella la inmortal sabiduría, única que puede hacer feliz al hombre. Resolvió sacrificar en obsequio de la gloria divina, de la propia y ajena santificación, todos los preciados dones que del cielo había recibido y, desdeñando placeres y gran-

dezas mundanas, buscó en el sacerdocio la conquista de una felicidad que el mundo no podía darle, porque nadie da lo que no tiene. En la flor de su edad ingresó al clero de Santiago en 1847.

Ancho campo ofrecían al celo del joven sacerdote las múltiples necesidades de la Iglesia Chilena que aun se resentía de los trastornos políticos y sociales que habían sacudido á las nacientes Repúblicas americanas. Con su esclarecida inteligencia y perfecto buen sentido vió el señor Larraín Gandarillas que en la buena formación del clero estaba el remedio eficaz á los males de la Iglesia, y en la cristiana educación de la juventud el de los males de la patria, y el secreto de su futuro engrandecimiento. Invitado por el Illmo. señor Valdivieso, de gloriosa memoria, á cultivar tan precioso campo, aceptó gustoso el rectorado del Seminario Conciliar, resuelto á trasformarlo material y moralmente en un vasto plantel que hiciera las delicias de la religión y de la patria. Era magna la empresa, muchas las dificultades, escasos los recursos, pocos los cooperadores, problemático el resultado. Sin embargo, nada acobardó al señor Larraín Gandarillas. ¿No se interesaba en ello el bien de la Iglesia y de la patria? pues entonces cualesquiera sacrificios le serían llevaderos, cualesquiera obstáculos supeditables. No era el temple de su alma de los que se descorazonan por las dificultades y peligros, sino de los que con ellos se vigorizan y de ellos mismos sacan alientos generosos, fuerzas gigantescas: almas varoniles y constantes, nacidas para llevar á feliz término grandes obras, arduas empresas.

Abandonando patria y familia, se expuso á los peligros de climas insalubres, á los de la tierra y el mar, á las incomodidades inseparables de largos viajes, sobre todo cuando no existían los innumerables medios de locomoción que hoy hacen fácil y agradable la visita de ambos mundos. El joven sacerdote se expone á todo y lo desprecia todo,

á trueque de estudiar inmediata y personalmente los últimos progresos en materia de educación é implantarlos aquí en pro de la juventud chilena.

Noble resolución llevada á cabo á costa de mil peligros y sacrificios.

¡Vecinas olas del Pacífico, olas remotas del Atlántico; oscuros bosques de las ardientes zonas que ocultáis bajo manto de esmeralda fieras, insectos venenosos, y, cual traidora saeta, el soplo de muerte contra el viajero que nació en templados climas; furiosos huracanes que súbitos agitáis las llanuras del mar, llevando en vuestras olas la tempestad destructora; vosotros le visteis pasar, desafiando sonriente y sereno vuestros furores por si encontrar podía nuevas semillas de progreso, nuevos rayos de luz en bien de su religión y de su patria!

Beati pedes evangelizantium bona, evangelizantium pacem! ¡Benditas las fatigas del viajador que evangeliza el bien, que evangeliza la paz!

Allá en las más adelantadas naciones del viejo mundo, pudo palpar el señor Larraín Gandarillas los últimos progresos de las instituciones científicas y establecimientos de educación eclesiásticos y laicos, como conocer también los espantosos efectos de la ciencia impía y educación atea. El socialismo y la anarquía amagaban sordamente los más sólidos cimientos de la civilización europea, la corrupción más desenfrenada agostaba las más bellas esperanzas juveniles. Había allí elementos preciosos que aprovechar, y otros funestísimos que evitar á toda costa. No es extraño que en su intenso patriotismo luchase siempre el señor Larraín Gandarillas por apartar de Chile la tremenda plaga de la educación atea, cuyos destrozos conoció de cerca.

Vuelto á la patria, dedicóse el señor Larraín Gandarillas con infatigable tesón á la obra de convertir el Seminario de Santiago en un establecimiento modelo, y acomodarlo á las necesidades especiales de la época, de modo

que formase virtuosos sacerdotes y virtuosos ciudadanos.

Eran aquellos tiempos tranquilos y felices, pero la lucha eterna del bien y del mal, de la verdad y del error, se libraba, como en todas partes, entre nosotros. Los hombres previsores podían columbrar días luctuosos de oscuro porvenir. El primer medio para conjurar futuros males, se dijo el señor Larraín Gandarillas, es dotar á Chile de un clero no menos ilustrado que virtuoso. Abrió nuevos horizontes á la ilustración de los jóvenes levitas, ya mejorando textos y métodos, ya aumentando los ramos de la enseñanza, así en el estudio de las ciencias profanas como de las sagradas; abrió academias de letras y artes, y procuró, en fin, por los medios posibles colocar la ilustración del clero á la altura de los modernos progresos científicos y literarios, Al par de estos nobles esfuerzos procuró con mayor empeño, si cabe, fomentar la piedad y todas las religiosas prácticas propias del sacerdocio, acomodándolas con exquisita prudencia á la edad y vocación de los educandos. Al lado de las academias están las congregaciones, á los actos literarios preceden o siguen los religiosos, formando así á un tiempo la inteligencia para la verdad y el corazón para la virtud. Profundo pedagogo, fué de los primeros en basar la buena conducta de los educandos en estímulos de honor, y romper con la secular rutina de que el niño no puede generalmente educarse sino al chasquido del látigo ó bajo la amenaza de dolorosos castigos.

En 1857, después de ingentes gastos, invirtiendo parte de su propia fortuna, tuvo la satisfacción de estrenar los para entonces magníficos edificios del Seminario de Santiago. Allí lo vimos sujetarse por más de veinte años casi á todas las privaciones del último colegial: allí desplegó todas sus dotes de educacionista eminente, enriqueciendo á la vez la inteligencia y el corazón de la juventud. Allí oímos mensualmente de sus labios aquellos sencillos, pero admirables discursos en que se acomodaba *todo á todos pa-*

ra ganarlos á todos; bajando el lenguaje y estilo al alcance de la primera niñez, subiéndolos y animándolos con los vivos conceptos de la juventud florida, alzando el vuelo á la meditación profunda, cuando se dirigía á los que pisaban ya los umbrales del sacerdocio.

Allí le vimos velar con incansable solicitud por sus educandos, por hacer reinar siempre orden perfecto y perfecta disciplina: *Bene omnia fecit.* Allí vimos en las altas horas de la noche vagar por claustros y galerías la negra sombra del Rector, vigilándolo todo, cuidando de todo como ángel tutelar de aquella santa casa. Y mucho antes de despertar la aurora, en el corazón del invierno, al soplo helado de los vecinos Andes, estaba de pie el Rector, viendo si cumplían sus deberes alumnos y prefectos. *Bene omnia fecit.* Aquel hombre ilustre, solicitado por la sabiduría de sus consejos y exquisita prudencia para decidir arduas cuestiones en la Iglesia, en el Estado, en la sociedad, no desdeñaba descender de la tribuna parlamentaria, después de agitadas y gravísimas discusiones, á pasearse en el refectorio del Seminario para enseñar al último de los niños el modo de sentarse á la mesa ó el de manejar el cubierto conforme á las reglas de la buena educación. *Bene omnia fecit, et surdos fecit audire et mutos loqui.*

Aun me parece oír sus sabias enseñanzas y consejos paternales; aun me parece ver la numerosa juventud que lo rodeaba con su respeto y cariño. ¡Dulces recuerdos de lejanos días, sagrados himnos que entre el canto de las aves subían al cielo en alas de la aurora, misteriosas delicias de infantil piedad, ideales hermosos de la primera juventud! ¿por qué venís á acibarar el dolor? ¡Revolad cual aves peregrinas, descended cual amorosa lluvia sobre estos restos venerandos!

Escasas eran entonces las fuentes en que pudieran beber los jóvenes la educación cristiana. En la principal de ellas comenzaba la amargura de las aguas del desierto, y,

al no aplicarles el misterioso madero de la cruz, único que podría endulzarlas, hubieron muy pronto de convertirse en el venenoso filtro de la educación atea.

Ella ha hecho y hace la inmensa desgracia de millares de jóvenes, que se creen ilustrados, é ignoran crasamente la única ciencia que encierra el secreto de sus destinos y señala el rumbo en la mar de la vida. No se ocultaron al señor Larraín Gandarillas las tendencias funestísimas que iban minando la educación oficial, tembló por el porvenir de la religión y de la patria, y procuró salvar en los seminarios y colegios católicos siquiera buena parte de la juventud educanda. De aquí sus nobles esfuerzos para propagar la educación católica, su lucha incesante hasta la muerte en contra del monopolio de la enseñanza oficial y en favor de la libertad. Sus impugnadores han fingido ver sólo cuestión de secta en lo que es cuestión de vida ó muerte para la nación misma. La juventud de hoy es la nación de mañana; si aquélla es atea, lo será también ésta. Un pueblo ateo no ha existido ni puede existir: lleva en sí doble germen de muerte, es ingobernable y por lo mismo se destruye y no puede llegar á la mayor edad; porque sin Dios no hay moral, sin moral no hay salud ni vida, y en este sentido el *stimulus mortis peccatum*, es verdad que se palpa en la experiencia cuotidiana.

No somos nosotros; es la posteridad la que hará justicia plena á los nobles esfuerzos del señor Larraín Gandarillas para salvar á su patria de las consecuencias del ateísmo en la educación.

Obedeciendo á estas profundas convicciones, dedicó los últimos años y hasta el último instante de la vida á la magna obra de la educación superior de la juventud, dirigiendo la Universidad Católica de Santiago.

A la verdad, era quedarse sólo á medio camino garantir la fe y la virtud de los educandos en el aprendizaje de las humanidades, si quedaban después expuestos á ser enve-

nenados con doctrinas deletéreas en la instrucción superior, y sin fáciles medios de salvarse, precisamente en lo más peligroso de la edad, y en el corazón de las seducciones y mundanas vanidades. No hacía el señor Larraín Gandarillas las cosas á medias, era perfectamente lógico y previsor: organizó la Universidad Católica para recoger el fruto de los colegios católicos. Como en sus mejores días, aquel hombre incansable para el bien, acopió recursos, apuró todo género de influencias, atropelló dificultades é imposibles hasta llenar las aulas de la nueva Universidad con pléyade brillantísima de numerosa y distinguida juventud. *Bene omnia fecit, et surdos fecit audire et mutos loqui.*

Si preocupaciones sectarias y mezquinas leyes aun encadenan entre nosotros el águila sublime de la libertad intelectual y moral, no desesperamos de que, mejor inspirados los legisladores chilenos, harán brillar alguna vez el triunfo del más santo de los derechos y perfecta justicia, y entonces aquélla tenderá cantando altísimo su vuelo, irradiará el espacio con luces desconocidas, y convertirá á Chile en el magnífico templo de las ciencias y de las artes que cobijarán en sus bóvedas á la juventud sudamericana.

Señores, no he agotado ni con mucho, sino desflorado apenas, la inmensa labor del gran educacionista, del cristiano mentor de nuestra juventud.

Nada os he dicho de la bienhechora influencia del señor Larraín Gandarillas en la creación y progreso de los Seminarios de Valparaíso y Talca y, en general, en todos los de la República; nada, de su acción fecunda para hacer brotar en todas partes nuevos establecimientos de educación cristiana; sus esfuerzos para abrir carreras industriales ó comerciales á los que no pudiesen aspirar á otras superiores; nada, de sus nobles lides en los campos universitarios ó en los congresos, para amenguar la tiranía del monopolio en materia de enseñanza ó alcanzar siquiera un jirón de

libertad en pro de la educación cristiana, ó aligerar el pesado yugo de pruebas y trabas intolerables con que aun aboga el entusiasmo juvenil por las ciencias y las letras. Puede que sus esfuerzos hayan sido infructuosos; no son por eso menos dignos de admiración y alabanzas sus generosos alientos. Y los profundos trabajos que en esta ocasión leyó y publicó, llenos todos de inmensa erudición, de sabiduría y perfecto buen sentido, al paso que su clara inteligencia y vastísima ilustración esparcieron saludable semilla de verdad y justicia y contribuirán tarde ó temprano á abrir los oídos de los sordos, á desatar la lengua de los mudos.

Nada, en fin, os he dicho de sus tareas en favor de la educación de la mujer, que no podía ser desatendida por el grande y cristiano maestro de la juventud chilena. A él, en buena parte, se deben magníficos establecimientos en que centenares de religiosas forman el corazón y la inteligencia de vuestras hijas, como han formado antes el de vuestras madres y esposas. Sí, desde el fondo de los más respetables hogares, levantan hoy sus ojos y manos al cielo millares de virtuosas matronas, gloria y encanto de las familias; millares de inocentes y piadosas doncellas, justo orgullo y prez de nuestra sociedad, para hacer también suyo el doloroso luto que hoy visten tantos nobles corazones; oigo, cual notas de música tristísima y lejana, el murmurar dulce y misterioso de sus castas bendiciones que arrullan tus restos venerandos ¡oh padre grande de la juventud chilena!

Saboreó el señor Larraín Gandarillas el fruto de sus desvelos. Si bien tuvo que lamentar tristes defecciones, hijos ingratos, falsos amigos, discípulos que no correspondieron á sus esperanzas y paternal solicitud; en cambio, tuvo la satisfacción dulcísima de ver que su obra había sido fecunda en frutos opimos para la religión y la patria.

Cuando agitó su tea la mano espantosa de la guerra y

dos naciones se conjuraron no sólo para exigir á Chile el tributo de su honra, sino llegar hasta pulverizarla, la juventud católica no desdijo de las enseñanzas de tal maestro; se encendió en sublime coraje y juró morir antes que tolerar tal mancilla. Millares de jóvenes salidos de los seminarios cayeron como buenos en la tierra y en el mar, escribiendo brillantísima página en la patria historia. ¿No les había enseñado él que debían amar la patria hasta soportar por ella los sacrificios todos del heroísmo? Cuando el soplo asolador de mortífera plaga diezmó los campos y ciudades de Chile, nos arrebató treinta mil vidas, sembrando dondequiera el pavor y la muerte, sacerdotes y generosos ciudadanos, formados en la escuela del señor Larraín Gandarillas, se encararon con el monstruo, arrancaron la presa de su boca homicida, y á costa de sí propios auxiliaron ó salvaron á millares. ¿No les había enseñado él que el hombre se debe á Dios y al prójimo aun hasta el martirio?

Cuando ayer no más, conculcadas la Constitución y las leyes, estalló entre nosotros guerra fatricida.. pero no debo yo, señores, irritar heridas mal cicatrizadas con tan luctuosos recuerdos, ni profanar este concierto de ternura y filial cariño con los rencores de civil discordia..

El señor Larraín Gandarillas fué un gran sacerdote y prelado dignísimo de la Iglesia Chilena; llevó su acción bienhechora casi á todos los campos del ministerio, y en cada uno se desempeñó como si fuera el único, gracias á su apostólico celo, piedad sincera, austerísimas costumbres, profunda ilustración y prudencia. *Bene omnia fecit.*

Redactor de *La Revista Católica* por muchos años, la convirtió en cátedra viva de nuestros dogmas y de los intereses religiosos, ora escribiendo él personalmente innumerables artículos de polémica ó exposición de la verdad,

ora abriendo allí un palenque á los jóvenes sacerdotes para que ejercitasen su pluma en defensa de la Iglesia y se hicieran aptos para acometerla en cualquier evento, y en un terreno que las costumbres modernas han hecho de primera importancia. La simple recopilación de sus trabajos periodísticos, al paso que manifiestan sus variados conocimientos, fino gusto y clara inteligencia, le merecerían la gloria del teólogo y del publicista.

Ejemplar de obediencia y respeto, por no decir veneración á sus prelados, se puso en las manos de su Obispo, el insigne señor Valdivieso, que supo aprovecharlo para las obras más importantes de su inmortal gobierno.

Cuando la funesta *cuestión eclesiástica* de 1846 introdujo lamentables divisiones en el clero y en los fieles, el señor Larraín Gandarillas fué de los primeros en formar al lado del defensor integérrimo de la independencia divina de la Iglesia, alentarlo y defenderlo en su nobilísima lucha contra las pretensiones del falso regalismo. Hízose el propagador entusiasta de lo que se llamó entonces *ideas cantorberianas*, ó sea, el dogma de la libertad de la Iglesia, ideas que recibieron más tarde la sanción apostólica del gran Pío IX.

No fué menos respetable y llena de sacerdotal entereza la actitud del señor Larraín Gandarillas cuando la espantosa catástrofe de 1863 nos arrebató la flor de las piadosas señoras de Santiago, esparciendo tristísimo luto en todos los ámbitos de lá República. Aprovechando entonces la impiedad aquel luctuoso acontecimiento, se lanzó como verdadero alud de odios, recriminaciones injustas y blasfemias contra el clero y la Iglesia. El, aunque sentía su corazón herido en sus más dulces afectos por la pérdida de deudos muy caros, salió á la defensa de las insultadas víctimas y á la defensa de la moral atropellada. Estos desbordes de la impiedad le hicieron ver que era menester oponer más robustos diques á la prensa incrédula, y

trabajó por la creación de los primeros diarios católicos, *El Bien Público* y *El Independiente*, atleta glorioso que por más de un cuarto de siglo sostuvo la causa de la verdad y de la justicia.

Elegido el señor Larraín Gandarillas diputado al Congreso, cumplió su mandato con la escrupulosidad y perfección que le caracterizaban: *Bene omnia fecit.* Sus luminosos discursos por el sostenimiento del Art. 5.º de la Constitución, son prueba elocuente de su religioso celo y acendrado patriotismo.

Pero, ¿á dónde me arrebató, señores, el encumbrado vuelo de este apóstol infatigable de la verdad y la virtud? Si entráis en los templos, allí está él ó curando las heridas del alma ó instruyendo á los fieles con discursos magistrales. Si vais á los directorios políticos, allí está él defendiendo palmo á palmo nuestros derechos, y aprovechando toda la fuerza de los buenos. Si os atrevéis á penetrar en los hospitales y lazaretos, allí está, confesando á los enfermos ó sirviendo personalmente á los variolosos, á riesgo de su vida y en los más humildes y repugnantes menesteres. ¿Visitáis al amigo moribundo? Allí está él: si católico, para confortarlo; si incrédulo, para convertirlo.

Elevado á la dignidad episcopal, y elegido Vicario Capitular de la huérfana Iglesia de Santiago, comenzó para el Illmo. señor Larraín Gandarillas un nuevo apostolado en que debía desplegar toda la entereza de su carácter y toda la solidez de su ciencia y virtud.

Todo parecía haberse desencadenado contra la Iglesia en los aciagos días que le cupo gobernarla; sus enemigos en el poder, divisiones funestas en el clero y en el pueblo, guerra destructora contra dos naciones, pobreza general. Parecía llegada la hora del poder de las tinieblas. Los impíos, viendo á la grey huérfana de su ínclito pastor, apenada, desfallecida y casi dispersa, decían: *Devorabimus*, es nuestra, la devoraremos.

Pero el señor Larraín Gandarillas burló sus furores, y, apenas supieron su elección, se dijeron los católicos: la Iglesia está salvada. Empuñó desde el primer día con atléticas fuerzas el pendón de la verdad y de la justicia, resuelto á luchar á su sombra hasta la muerte. Pretendieron los nuevos regalistas que pidiese la aprobación gubernativa de su propia elección al Vicariato y de sus inmediatos cooperadores. El Illmo. Señor Vicario Capitular sostuvo la libertad y divina independencia de la Iglesia, negándose á tales pretensiones y demostrando en brillantísimas notas, al paso que su respetuosa sumisión y obediencia á la suprema autoridad, la resolución inquebrantable de sostener la libertad eclesiástica.

Aplazadas con la guerra al Perú y Bolivia las hostilidades á la Iglesia, severas y urgentes atenciones pusieron á prueba el patriotismo del señor Larraín Gandarillas, y no es su menor timbre de gloria su noble actitud en aquellos tiempos calamitosos. Seguía con vigilante solicitud las necesidades todas de nuestro ejército de mar y tierra, y acudía con los recursos que estaban á su alcance. Excitó el patriotismo de su clero para acopiarlos y prudentemente distribuírlos; nombró celosos y valientes capellanes, que se expusieron á las balas por consolar ó salvar al soldado, que le enseñaron las resoluciones heroicas y la generosidad con el vencido. A la primera noticia de próximo combate, decretaba públicas plegarias hasta en la soledad de los claustros para atraer la bendición del cielo sobre nuestras armas. A la noticia de victoria, decretaba solemnes acciones de gracias y sagrados sufragios por las víctimas de la patria. ¡Hermosa figura la del anciano pontífice, de hinojos en el fondo del santuario, atrayendo con su plegaria y brazos extendidos, los favores de la victoria sobre las armas chilenas, cual nuevo Moisés desde el monte altísimo!

Pero nuevas y más tremendas tempestades vinieron á

excitar su apostólico celo. Siempre fueron peligrosas las vacantes para la huérfana grey, porque, aprovechando la debilitación de la autoridad, procuran los malos anublar la fe y corromper las costumbres.

En los casi nueve años de su gobierno desplegó el señor Larraín Gandarillas celosísima actividad para escudar á los fieles de los males y peligros que les amagaban. Con incansable solicitud atendió á todas las necesidades del culto, al mantenimiento y propagación de la piedad, á la defensa del dogma y de los intereses católicos, no menos que á la defensa de la moral.

Las leyes de cementerios laicos y matrimonio civil pusieron á dura prueba su patriotismo, su valor y prudencia. No trepidó en lanzar la execración de los cementerios profanados, y de ilustrar á los católicos sobre su actitud y deberes para no rebajar la santidad del matrimonio. Apreciaréis, señores, como queráis sus disposiciones á este respecto; pero no podéis dejar de inclinaros ante la sinceridad de sus profundas convicciones, los dictadas de su conciencia y de su virtud acrisolada: él mismo decía entonces que se le obligaba á torturar su corazón para cumplir tristísimo deber.

Para robustecer la autoridad espiritual, contribuyó directa ó indirectamente á las magníficas *pastorales colectivas*, firmadas por los obispos y vicarios capitulares de Chile, que derramaron tan viva luz sobre las graves cuestiones que se agitaban en aquellos luctuosos tiempos: ora sobre la santidad del matrimonio, desconocida y amenazada; ora sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado; ora sobre el liberalismo impío, que arrebata á Dios el cetro de las naciones para ponerlo en manos del repugnante y destructor ateísmo.

No satisfecha aún la paternal solicitud del insigne Vicario Capitular de Santiago, agregó sus propios edictos pastorales, ya descubriendo los antros tenebrosos de la

francmasonería, ya robusteciendo el lazo de oro que debe ligar los corazones católicos á la divina cátedra de Pedro, ya señalando las venenosas aguas de las malas lecturas y aun fulminando resueltamente contra los periódicos que insultaban con mayor cinismo el dogma y la moral.

Los grandes Pontífices Pío IX y León XIII reconocieron y aplaudieron las virtudes del señor Larraín Gandarillas, condecorándolo aquél con la dignidad de Obispo titular de Martirópolis, y éste con la de Arzobispo de Anazarba y aprobando encomiásticamente su gobierno.

Cuando todo parecía darle derecho al reposo de sus cansados años, el señor Larraín Gandarillas acometió la rudísima tarea de componer, en buena parte con sus personales estudios, las disposiciones del último *Sínodo*, magnífico resumen de ciencia moral, canónica y litúrgica que facilita inmensamente al clero sus deberes. De esta manera estrechó en paternal abrazo á todos sus hijos, coronando admirablemente su brillantísima carrera: comienza por formar al sacerdote en los Seminarios, concluye por señalarle todas sus obligaciones en la obra sinodal.

Nada os he dicho aún, señores, de sus virtudes internas, sus austeridades, su intensa piedad, su caridad humilde y generosa, no menos que prudente y delicada: hasta sus últimos días se consagró casi á mendigar personalmente recursos para el grande hospital de San Bernardo.

Pero me confieso rendido, señores; soy débil segador para recoger toda la inmensa mies de este sembrador apostólico...

O mors, ubi est victoria tua? Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Tú acabas con este traje de arcilla, con todo lo que hay de banal, riqueza, nobleza, honores; pero eres impotente contra el alma inmortal y la gloria de la virtud: ellas, como brillante durísimo, resisten á tu voracidad. Los que á Dios glorificaron participan eternamente de la gloria divina, se hacen uno de sus rayos. Podrá desa-

parecer la humanidad, aun pulverizar la divina potencia el planeta que habitamos; pero la gloria del justo seguirá eterna desde las alturas y flotarán lampos de luz en el punto del espacio donde los juntos se santificaron: *In memoria aeterna erit justus.*

Venid aquí, sacerdotes santos del Señor, á aprender cuánto se debe al amor á Dios y al prójimo, á informaros en el espíritu de este gran sacerdote. Venid aquí, generaciones juveniles que él formó, así aquellas que le han precedido en las eternas playas, como las que con él y después de él libráis la ruda batalla de la vida; venid aquí, vírgenes de Sión: él ornaba de púrpura y de oro vuestros vestidos, abrillantó vuestras almas; venid aquí, así las que perfumáis el mundo con vuestra modestia, como las que ocultas en la soledad os interponéis, cual blanca nube entre Dios irritado y el hombre pecador; verted lágrimas preciosas, esparcid flores de gratitud y de amor sobre este féretro glorioso! Sombras augustas de Valdivieso y Salas, que enseñasteis á pelear las batallas del Señor, salid á su encuentro y en fraternal, inefable abrazo, conducidle á los tabernáculos eternos!

¡Y Vos, Dios de las misericordias, purificad, si aun es menester, su alma con la sangre divina del Cordero que el tanto amó, y ceñid á sus sienes venerables la corona inmortal de los justos!



DISCURSO

De acción de gracias por la salvación del Rey de España Alfonso XIII de la bomba que se le disparó el día de sus bodas.

Illmo. y Rmo. Señor:

Excelencias:

Señores:

Un grito de execración universal se ha escapado espontáneamente de todo corazón honrado, á la dolorosa noticia del infame intento de regicidio habido en Madrid contra Su Majestad Católica Don Alfonso XIII. Los Gobiernos de todos los pueblos cultos congratulan al joven monarca por su preservación milagrosa en aquella sangrienta catástrofe. La Iglesia Chilena también quiere hoy asociarse á esta corriente de universal simpatía en pro de la augusta víctima, arrebatada por la mano de Dios á la ferocidad de injusta, temprana y espantosa muerte.

Tamaño favor nos congrega aquí para cantar solemnemente, más con el corazón que con las palabras, el himno sagrado y tradicional de la gratitud cristiana, y bendecir y alabar esa paternal Providencia que vela sobre los destinos de los pueblos, escudando principalmente la vida de los magistrados supremos.

A fe que no es fácil explicar humanamente cómo han

podido librar ilesos los augustos desposados, entre los estragos de aquel petardo, lanzado por mano tan cobarde como parricida, cuando sembraba la muerte á diestro y siniestro, en torno del carruaje real. No parece sino que la mano del gran Apóstol, patrono jurado de España, se interpuso entre la explosión regicida y las víctimas inocentes. Y ¿por qué no habría de alcanzar de Dios protección tan señalada el Señor Santiago, tan pródigo de favores con su España, en pro del joven Monarca, que ayer no más honraba sus cenizas con edificante piedad?

Ello es, señores, que este crimen execrable ha contribuído á abrillantar, si cabe, las regias dotes de Su Majestad Alfonso XIII, la lealtad de su corte, el amor y fidelidad de su pueblo.

Ese joven Soberano, que en peligro supremo se olvida de la esposa que acaba de recibir, de la madre idolatrada, que le precede, y de su propia vida, aun en flor, para acordarse sólo de su pueblo, y grita en las fauces de la muerte ¡viva España! es por demás digno de la corona, y, en vez de ser honrado por ella, honra á la corona. Ello es que esos nobles señores que corren, olvidándolo todo y exponiéndose á todo para escudar con sus pechos al joven Rey en peligro; y ese pueblo que fulmina contra el parricida y vitorea frenético á su Rey inerme y ensangrentado, nos trasladan á los días más heroicos de la noble, de la hidalga España.

De esa España, señores, que cual pueblo alguno luchó cerca de ocho siglos por su libertad, por la fe cristiana, por la civilización verdadera; que eclipsó á la Medialuna en Granada, que la hundió en Lepanto; esa España, señores, que sacó de las aguas á esta América salvaje, y la convirtió en el brillante y vasto mundo de Colón; de esa España, señores, que vertió á torrentes sus tesoros y la sangre generosa de sus hijos por defender la fe católica y domeñar la prepotencia de la herejía; de esa Espa-

ña que llenó los cielos de santos y la tierra de héroes, sabios y artistas admirables; de esa España, en fin, que es nuestra Madre España, que nos legó cuanto puede honrar y engrandecer á un pueblo. Sus glorias son nuestras glorias, sus penas son nuestras penas.

Ella celebraba feliz los desposorios de su joven Rey; su histórica Corte alberga en su seno huéspedes reales; ínclitos personajes, visitantes de todos los pueblos, vestíanse de gala y la alegría y el entusiasmo rebosaban en sus calles y plazas. Cual nube maldita, la felonía y la traición, como siempre envueltas en flores, sierpes venenosas que se ocultan en ameno jardín, caen sobre la pareja para despedazarla con espantosa muerte.

Se yerra el golpe, Dios salva á los Reyes, y el infame regicida se venga en balde en cien víctimas inocentes. ¡Monstruo sin entrañas! ¿qué te habían hecho ellas para que así les arrancases la vida? en qué te había ofendido ese Rey-niño que apenas ha salido de su palacio para derramar beneficios y mercedes, para atraerse las simpatías y bendiciones de todo el mundo? por qué eliges el día más alegre de España para enlutar á España?... Pero ¿a qué hacer reflexiones á ese género de malvados, horror y deshonra de la humanidad? Ni siquiera las comprenden; tanto daría hablar á los tigres de Hircania cuando se lanzan contra su presa.

No contaba el parricida, mientras preparaba su arma de muerte, ni mientras la lanzaba, con el poder de la oración católica. El «Dominus salvum fac Regem» resonaba en el fondo de los templos, en la oscuridad de los claustros, se exhalaba de muchas almas puras. Y el señor salvó al Rey, y por eso nos reunimos aquí para bendecir y dar gracias al Señor Dios que así confunde al malvado y salva al inocente. Sí, á Ti, Señor, la alabanza, á Ti la gratitud: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.*

Sí, une, Iglesia Chilena, tu canto de regocijo al de la

Madre España; no sean los mares obstáculo al abrazo de tu filial cariño: llora con su lloro, canta con su canto. Ayúdale á agradecer los favores del Omnipotente, á bendecir sus piedades, y á pedir con ella que Dios la aliente en sus pruebas, la serene en sus zozobras, en sus lágrimas la consuele, la colme en sus esperanzas; que su joven Rey sea digno vástago de los Fernandos, Carlos y Felipes; que la proteja y bendiga hasta hacer brillar de nuevo los días gloriosos de su prístina grandeza.

Te Deum laudamus, te Domínum confitemur.



Sr. Pbo. D. Salvador Donoso

Nacido en Santiago en 1840, murió en Valparaíso en 1892. Fué profesor en el Seminario de Santiago desde antes de terminar sus estudios hasta 1872. Al año siguiente fué nombrado cura del Espíritu Santo, en Valparaíso, y desde 1887 desempeñó hasta su muerte el cargo de Gobernador Eclesiástico de aquella ciudad.

ORACIÓN FÚNEBRE

por los valientes guerreros de Chile muertos en Tacna y Arica, predicada en la Iglesia Parroquial de San Felipe.—el 2 de Julio de 1880.

Beati eritis, quoniam quod est honoris, gloriae et virtutis Dei, super vos requescit. (I San Pedro, IV, 14).

Seréis felices, porque todo lo que hay de honor y de gloria reposa sobre vosotros con la virtud de Dios.

SEÑORES:

La religión y la patria, abrazadas á la sombra de la cruz, símbolo augusto de nuestra última esperanza, nos dicen hoy con acentos de indecible ternura maternal: *Beati qui lugent*, bienaventurados los que lloran (1).

¡Ah, señores! y ¿quién podría dudarlo?

Esa hija del cielo que ciñe la pura frente de Chile con los laureles inmarcesibles de cien victorias, posee el misterioso secreto de convertir las lágrimas en perlas, y las tristes sombras de la muerte en alegres resplandores de la vida.

Ella, y sólo ella, abre al hombre las puertas del templo de la inmortalidad, y sobre la tumba de los héroes que

(1) San Mateo, V, 5.

han vertido su sangre generosa por la defensa de una noble causa, escribe con letras de oro este sublime epitafio: *Beati eritis, quoniam quod est honoris, gloriae et virtutis Dei, super vos requescit:* «Seréis felices, porque todo lo que hay de honor y de gloria reposa sobre vosotros con la virtud de Dios».

Tal es, señores, el lenguaje de la divina religión de Jesucristo, describiendo la abnegación y el denuedo de esos ilustres guerreros de la virtud que en todos los siglos se han sacrificado por ella.

Pero al lado de los mártires están los héroes, y á los unos como á los otros les cubre con su manto el ángel de la gloria.

Por eso llamo felices á los bravos defensores de mi patria que en Tacna y Arica nos dieron espléndida victoria, invocando en su ayuda al Dios de los ejércitos.

¡Oh! son felices; sobre ellos reposa el honor y la gloria y no podemos llorarlos sino aplaudirlos con santo entusiasmo.

Vemos entristecidos sus hogares, huérfanos á sus hijos, vestidas de fúnebre crespón á sus madres y á sus esposas, y todavía en nombre de la patria, en cuyas aras sucumbieron, nos atrevemos á decirles como el Cristo á la viuda de Naín: «No lloréis, amables criaturas, no vertáis lágrimas de duelo sobre sus gloriosos sepulcros». Nó. Ellos viven en el corazón agradecido de sus conciudadanos y en las páginas brillantes de una historia imperecedera.

Reprimid con cristiana resignación vuestros sollozos y juntos depositemos sobre sus tumbas agrestes frescas rosas y fragantes lirios, porque grande ha sido su sacrificio y más grande todavía su heroísmo.

La abnegación y el heroísmo no son, señores, sentimientos de la tierra. El polvo vil que huellan nuestras plantas

no es capaz de inflamar esa llama sagrada que impulsa al hombre á la inmolación generosa de su vida por el amor irresistible de la patria; nó, de ninguna manera.

«*De coelo fortitudo est.*» La fortaleza, ese don divino, viene del cielo. La fe le cubre en vuestro pecho con sus vivos resplandores, la esperanza lo alienta con su inspirado soplo y la caridad lo ensancha y lo dilata con su poder sobrenatural..

Cuando el soldado escucha los acentos de esas tres virtudes que lo elevan á Dios y lo hacen poner en El toda su confianza, es invencible. No hay quien pueda detener su empuje, y la victoria le sonríe y se inclina á su pasaje como si le perteneciera de derecho. Teniendo delante de sus ojos la bandera de su patria, siente en sus entrañas un fuego abrasador y jura por ella «vencer ó morir». Tal es el lema del soldado chileno.

Por eso, señores, cuando se dió el grito de alarma y el clarín guerrero resonó en nuestras ciudades y en nuestros campos, vimos con asombro á millares de pacíficos ciudadanos que se disputaban el honor de ocupar un puesto en las filas de nuestro ejército. Jóvenes y ancianos, ricos y pobres, abandonaban sus hogares, olvidaban sus más risueñas esperanzas, sus más acariciados ensueños, para ir, para ir pronto, ¿á dónde? ¡Oh! á playas inhospitalarias, á desiertos intransitables, á montañas inaccesibles, para luchar con el hambre, la sed y toda clase de sacrificios en pos del honor y de la gloria de su patria ultrajada por dos enemigos dobles en número y atrincherados en sus propios hogares.

Cuando Chile recogía el guante lanzado á su rostro por los que el día anterior le brindaban fingida amistad, no habréis olvidado, señores, que la prensa toda del viejo y del nuevo mundo compadecía nuestra suerte.—¿Cómo, exclamaban, dos millones de hombres declaran la guerra á cinco millones? ¿De qué lado podrá estar la victoria?

Tenían hasta cierto punto razón. Pero ignoraban que esta tierra, especialmente bendecida por la Divina Providencia, tenía en su seno leones de bronce y águilas de acero en lugar de hombres comunes.

Las hazañas y los héroes de la Independencia dormían tranquilos el sueño de la paz. Hasta nosotros mismos habíamos olvidado el temple y el empuje de los ilustres nietos de O'Higgins y Carrera, de Bulnes y de Freire. Más de una vez, os lo decimos con sencilla ingenuidad, al ver sobre nuestras cabezas, tendidas en son de ataque, las negras alas del genio de la guerra, nos decíamos con cierta desconfianza, viendo desfilar nuestras legiones que marchaban á playas extranjeras: «¡Gran Dios! ¿cuál será el éxito final de esta funesta contienda? ¿Serán éstos los mismos soldados de Chacabuco y de Maipo? ¡Oh!»

¿Serán ellos, señores? Los conocéis y ya los conoce el orbe todo. Dignos y aventajados vástagos de los próceres de nuestra emancipación política, los soldados que hoy defienden el honor de Chile son admirables, son invencibles. Marchan al peligro como si fueran á una fiesta; duermen tranquilos la víspera del combate, y, al lucir la aurora del día en que deben morir, ríen y cantan como los mártires de la antigua Roma al subir desde las ensangrentadas arenas del Circo á la cima de la eterna Sión.

Para medir, señores, toda la abnegación y todo el denuedo de nuestros bravos combatientes, es necesario recordar sus privaciones y sus sacrificios sin cuento.

¡Oh! ¿cómo, cómo no agradecer los favores y la protección decidida que día á día recibimos del cielo? La fe nos enseña que todo don perfecto desciende del Padre de las luces, y este don tan precioso de amar con delirio á la patria lo hemos recibido de Dios. ¡Bendito sea una y mil veces, bendito hoy y en todas las generaciones venideras

que recuerden el 26 de Mayo de 1880 y el 7 de Junio de este mismo año, tan célebre y tan fecundo para nuestro amado Chile!

Y, ya que debo recordaros las victorias de esos dos días tan solemnes como inmortales para la República, permitid, señores, que, á la vez que alabo el sacrificio, aplauda también el heroísmo de nuestros bizarros batallones.

Después de haber recorrido desde Ilo hasta Tacna largo y penosísimo camino, combatidos por el calor de un sol tropical durante el día y por el frío del polo durante la noche, diezmados por un clima mortífero, azotados por el hambre y el cansancio, casi rendidos por la fatigosa marcha, llegan al fin á presencia del enemigo.

La hora del ataque está ya próxima y cada uno se cree feliz, porque ha sonado el momento supremo de dar á costa de su sangre nuevas glorias á la patria.

¡Santo heroísmo! ¡cuántas vidas hermosas, cuántas esperanzas halagüeñas, cuántos jóvenes amables van á caer al fiero golpe de la muerte en tus aras sagradas! ¡Oh dolor! ¡Oh guerra cruel! ¡Quién pudiera despedazar tus armas y apagar tus furores con el sopìo celestial del amor de Jesucristo que nos enseña la fraternidad y el perdón!

Pero ¡oh triste condición del humano linaje! Violó un día los fueros de la justicia profanando la ley eterna de Dios, y la guerra, ese monstruo nefando, pactó con la muerte la ruina y el exterminio de los desgraciados culpables.

Hé aquí, señores, una necesidad horrenda pero inevitable. Nuestros valientes guerreros han tenido que someterse a ella y desempeñaron su misión con increíble denuedo, con indomable valor. *Pro legibus et patria mori parati* (1).

(1) II Macabeos, VIII, 21.

Allí están prontos á sucumbir por la defensa de sus leyes y por el honor de su nación.

Mas, ¿qué va á suceder? Los ejércitos aliados del Perú y Bolivia, descansados y parapetados en formidables trincheras, destrozarán en pocos momentos á nuestros soldados rendidos de cansancio y que afrontan sus tiros á pecho descubierto. ¿No veis que ellos anticipan la victoria y preparan ya las viandas del festín y las flores con que han de ser coronados? ¡Oh! aun no han aprendido ni han escarmentado con tantos como repetidos desastres. Buscan todavía la victoria y no se convencen que les ha vuelto las espaldas, porque Dios está con nosotros.

¡Ea, intrépidos guerreros de mi patria! ¡adelante! El sol del 26 de Mayo os contempla y alumbra con sus rayos de fuego vuestro espléndido triunfo. La hermosa estrella del tricolor chileno simboliza el amor de nuestra patrona jurada, Nuestra Señora del Carmen, cuyo escudo lleváis en vuestro pecho con el sagrado escapulario. Habéis elegido el día miércoles, consagrado á su culto por la piedad de los fieles, y aquí en el seno de vuestra patria muchas almas fervientes elevan al cielo sus plegarias y sus votos para aumentar vuestro heroísmo.

De nuevo, ¡adelante! en el nombre de Dios y en el nombre de vuestros conciudadanos que os admiran y os bendicen. La mano del sacerdote ha dado la absolución á los que ya se despliegan en batalla, y, doblando su rodilla, con las armas rendidas en señal de adoración y respeto al Dios de los ejércitos, recitan en uniforme acento su última plegaria. Así pelea, señores, el soldado cristiano, y, si cae en medio de la lid, espera por su generoso sacrificio una vida mejor y una patria más feliz. Con esta íntima y profunda convicción se lanzaron al ataque los vencedores de Tacna. En pocos instantes, á paso de carga, llegaron al pie de las

trincheras enemigas erizadas de cañones y fusiles. Recia fué la contienda, sangrienta y dolorosa la jornada, pero en tres horas ocho mil infantes chilenos despedazaban y dispersaban á doce ó catorce mil aliados.

Impertérritos, terribles, indomables como el huracán que arranca de raíz los robles de la selva, ellos, sí, ellos, los invictos del Atacama, los denodados del Naval, del Valparaíso, del Coquimbo y Zapadores, los esforzados del glorioso 2.º de línea, los héroes sin igual de Taparacá, los valientes á toda prueba del Santiago, del Esmeralda, del Chillán, del Chacabuco, de la Artillería de Marina y de los Cazadores del Desierto, todos, en suma, rivalizando en coraje y denuedo, escalan las trincheras y hacen tremolar el tricolor chileno sobre las rocas de la fiera fortaleza. Mirad, señores, mirad una vez más ese campo de honor; 600 muertos y 1,500 heridos atestiguan con su sangre que no hay baluartes para el valor chileno y que en vano se parapetan los que con ellos se baten.

¡Oh! no sabría pintaros mi admiración y mi asombro por todos y por cada uno de esos hermanos nuestros tan heroicos como magnánimos. En la historia de otros ataques de pueblos famosos por su valor encontramos uno que otro héroe, á veces cientos de héroes, como los trescientos espartanos de las Termópilas, hasta hoy asombro del mundo. Pero aquí en el alto de Tacna, hay miles de héroes, todos son héroes, jefes y soldados, sin que podamos decir: éste fué más arrojado, aquél más intrépido.

Pero, con todo, en medio de la gloria que esparce sus purísimos reflejos sobre la frente de los muertos y de los vivos, oigo el clamor de los heridos y el dolorido y lastimero delirio de los que piden una gota de agua en el silencio de la oscura noche y tiemblo de horror y me sobrecojo de espanto.

¡Dios mío! ¡Dios de paz y de misericordia! Nó; es ya tiempo que pongas término á tamaña calamidad. ¡Ah, cuán justa era la ira de tu siervo David maldiciendo las montañas de Gelboé, en cuyas ensangrentadas faldas caían para no levantarse más sus amables y fieles compañeros Saúl y Jonatás. También hemos visto nosotros exhalar en la pendiente de Tacna su último suspiro á esos jóvenes ilustres que eran una esperanza y un porvenir para este suelo querido. ¡Benditos sean ellos, felices y alabados porque reposa sobre sus yertas y rígidas frentes la corona de la inmortalidad! ¡Héroes de Tacna, comoquiera que os llaméis, Santa Cruz ó Torreblanca, Guerrero ó Martínez, Ramírez ó Arce, poco importan las letras de vuestros gloriosos nombres, recibid con nuestros más ardientes homenajes la plegaria de nuestro amor ante el trono del Dios de las victorias, en quien creísteis y esperasteis la recompensa de vuestra noble y sublime inmolación!

Pero continuemos, señores, y veamos cuanto antes otra victoria no menos costosa y no menos atrevida para nuestros infatigables soldados.

Rendido Tacna, era necesario marchar sin pérdida de tiempo sobre la plaza de Arica, en cuya formidable ciudadela y en cuyo empinado Morro, el Gibraltar de la América del Sur, se encontraba el último baluarte de nuestros porfiados enemigos. Allí era necesario afrontar peligros sin cuento, minas y fosos, trincheras y fortificaciones, preparadas con calma y dispuestas con todos los últimos recursos del arte de la guerra.

Pero en vano, vuelvo á repetirlo: Dios está con nosotros y la victoria nos pertenece.

Quedaban aún intactas y animosas las tropas de reserva, la flor de ese ejército sin rival en su desprecio por la muerte y en su inmenso cariño por la patria. Buin 3.º y

4.º de línea con el Bulnes se disputan y se sortean el honor de morir en la contienda.

Se ha tirado esa suerte terrible, y en la madrugada del 7 de Junio, en cincuenta minutos mal contados, 3.º y 4.º de línea en unión del Lautaro, rinden la plaza y aplastan al enemigo como una montaña que se derrumba y aplasta al débil arbusto que se mecía á su falda.

Ciento veinte muertos y trescientos heridos escriben con su sangre la fecha de ese día, que leerá con inaudita admiración el viajero que ponga su planta sobre esa roca, mudo testigo de tan horrenda como inmortal tragedia.

Y por tercera vez, séame dado, señores, en presencia de tantas víctimas inmoladas en la flor de la vida, maldecir al monstruo de la guerra, aunque se ostente á mis ojos vestido de púrpura, coronado de yedra y alzando en sus manos humeantes el cetro de un nuevo triunfo.

Pero no por eso dejo de admirar á mis queridos hermanos, envueltos en el humo de la pólvora y tendidos en esas colinas gloriosas por la sangre con que han sido regados. Allí sobre las cenizas de esas cien víctimas y de ese Jonatás hermoso que se llama San Martín, muerto á la sombra de su bandera, después de haber recibido con profunda emoción cristiana la absolución del sacerdote, no puedo menos de volver á exclamar: *Beati eritis*. Seréis felices, porque todo lo que hay de honor y pura gloria con la virtud de Dios reposa sobre vosotros.

¡Ah! ¿y puede acaso encontrarse una muerte más honrosa que la que ellos tuvieron por la defensa de su patria? Sin duda, *Dulce et decorum est pro patria mori*. Morir por la patria, rendir una vida firme y robusta como el cedro, risueña y lozana como la palmera del desierto, es dar á la madre la más bella corona, el más puro y honroso timbre de gloria. No es digna de tristes gemidos y de dolorosos suspiros esa noble inmolación. El corazón late como un volcán, y, al estallar de júbilo y de admiración, confunde

la risa con el llanto, y el gemido con el himno de contento.

Lo hemos visto, señores, y el país entero ha batido palmas, ha levantado trofeos, ha recorrido las ciudades y los campos, gritando con delirio: ¡Gloria, gloria eterna á los héroes de Tacna y á los héroes de Arica!

Mas ¡ay dolor! esa gloria humana pasa como pasan las nubes del firmamento, como pasan los segundos del tiempo y el sonoro tañido de las campanas que anuncian en nuestros templos la noticia feliz de la victoria.

Sobre la humana gloria, fugaz y efímera, está la gloria de Dios. Sólo á El el honor, y hé aquí el último tributo de nuestra gratitud á nuestros hermanos inmolados en el fragor de la pelea.

Han caído, después de haber doblado su rodilla delante del cielo y de haber golpeado sus pechos en señal de arrepentimiento delante del sacerdote de Cristo. Los celosos capellanes de nuestro ejército, después de dar la absolución á los que marchaban al combate, han recogido el último suspiro con la última plegaria de la mayor parte de los que allí sucumbieron. ¡Oh consuelo supremo! ¡augusta religión de Jesucristo! eres en verdad la madre cariñosa de tus hijos, que enjugas sus lágrimas y mitigas sus pesares.

Señores: como los célebres soldados de la legión tebana, como los ilustres Macabeos, como los defensores del Santo Sepulcro, nuestros guerreros han sido siempre distinguidos por su ardiente fe. Al sentir los horribles dolores de sus heridas no han blasfemado ni lanzado gritos de maldición contra sus enemigos. ¡Oh! nó. Al contrario, han sido magnánimos para perdonar y sólo han pronunciado con sonriente plegaria los dulces nombres de Jesús y de María.

En esa noche aciaga, después de la victoria de Tacna, muchos de nuestros heridos pasaban tendidos en la tierra desnuda hasta el día siguiente. No había sido posible recogerlos.

Uno de nuestros ayudantes de campo (1) recorría ese lúgubre sitio, sembrado por todas partes de muertos y de heridos. Oía con el alma desgarrada los clamores de esos infelices, cuando á lo lejos distingue palpablemente una voz tierna y afinada que canta con dulce melodía. Se aproxima y puede escuchar de cerca la plegaria de un soldado que delira, próximo á expirar por la pérdida de sangre y el hambre que le agobia. ¿Sabéis, señores, cuál era su canto delirante, el último himno de ese cisne que partía á un mundo mejor? ¡Ah! él cantaba esta estrofa celestial: «Virgen del alma mía, ¿cuándo será ese día?»

Soñaba con la madre de Dios, le pedía tal vez en su éxtasis desfalleciente el día feliz de su gloriosa muerte. Y tal vez en esa misma noche cumplía sus santos votos.

¿Cómo entonces podemos dudar ni por un momento que ellos son felices? *Beati eritis*. Seréis bienaventurados, porque todo lo que hay de honor y de gloria reposa sobre vosotros con la virtud de Dios.

De ellos nos es lícito decir sin temor de ser exagerados: *Beati mortui, qui in Domino moriuntur* (2). Bienaventurados los muertos que duermen en el Señor.

¡Héroes de una santa causa! ¡mártires ilustres del amor á la patria! no os damos el último adiós como á los que parten desde su lecho de dolor. Nó, valientes y denodados triunfadores de Tacna y Arica: jamás nos despediremos de vosotros. Viviréis, y viviréis siempre en nuestros más gratos recuerdos y en nuestras más fervientes oraciones. Escribiremos vuestros nombres ilustres en el gran libro de

(1) Don Camilo Letelier,

(2) Apocalipsis, XIV, 13

la patria. Elevaremos arcos de triunfo y monumentos de perpetua duración para recordar vuestras proezas á las generaciones venideras. Y al viajero que pase por esos sitios consagrados á vuestra póstuma gloria, le diremos con acento de agradecida admiración: «Pasajero, ved ahí á los héroes inmortales de Tacna y Arica, que crecen en sus sombras venerandas mientras más se aleja el sol que ilumina sus sepulcros».

Y, cuando así hablemos invocando el amor de la patria, por quien se inmolaron generosamente, en nombre de la adorable religión que les enseñaron sus madres cristianas para saber vencer y saber morir, diremos al Dios de los ejércitos:

Monarca supremo del cielo y de la tierra; árbitro de la vida y de la muerte, de la paz y de la guerra: recibid el holocausto de esa sangre generosa vertida á torrentes con noble valor por la defensa de la patria. Escuchad benigno las ardientes plegarias de tantas madres que lloran á sus hijos, de tantas esposas que claman por sus amantes esposos y de tantos hijos que deploran al pie del ara santa la orfandad de sus padres, inmolados por ese amor bendito. ¡Oh¡ gran Dios, que en vuestros secretos designios habéis decretado la victoria para los ejércitos de Chile, y la vergonzosa derrota para las armas de las repúblicas aliadas, coronad vuestra obra!

Haced que aprovechemos el triunfo, nó para enorgullecernos con necia vanidad, sino para adoraros y bendeciros con humilde reconocimiento. Que conozcamos y confesemos que es vuestra la victoria y que es vuestro el valor y el arrojo con que han combatido nuestros ejércitos.

Y como última y suprema plegaria, nacida de lo íntimo de nuestras almas iluminadas por los resplandores de vuestra santa religión, dignaos perdonar las humanas flaque-

zas de estos ínclitos guerreros y abridles cuanto antes las puertas de la Jerusalén celestial.

¡Dios de bondad, que olvidáis misericordioso nuestros extravíos y miserias, dad el eterno reposo á los que en Vos confiados rindieron sus almas en noble lid! *Resquiescant in pace.* ¡Qué descansen en vuestra amable y dulce paz! Así sea.



SERMÓN

De los Santos Angeles Custodios

Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos, qui haeriditatem capiunt salutis. (Hebreos, I, 14).

Todos son espíritus mensajeros, enviados para el servicio de aquellos que han de heredar la salvación.

Ilustrísimo señor: (1)

Católicos:

Dios no necesita de intermediarios para crear y mantener en maravilloso concierto las obras de su mano. Nó; se basta á Sí mismo. Infinitamente sabio y poderoso, formó de la nada cuanto existe, y el orbe todo le cuesta una sola palabra: un *fiat*, según la sencilla expresión de Moisés; un *dixit*, según el sublime lenguaje del salmista. Habló una vez, y al instante, sin esfuerzo ni trabajo alguno, el firmamento se pobló de millares de estrellas, y la tierra, el mar y los aires, de innumerables creaturas, en cada una de las cuales se refleja más ó menos el esplendor de la gloria divina.

Tal es, católicos, la prodigiosa facilidad con que Dios ha ostentado su poder en la creación del universo.

---

(1) El Ilustrísimo Obispo de Himeria, Dr. D. José Miguel Arístegui.

Pero no es menos prodigiosa y admirable la facilidad con que rige y conserva en suprema armonía á tantas y tan diversas creaturas. Si dais una mirada en torno vuestro, contemplaréis siempre con suma sorpresa en un mismo cuadro, sin destruírse ni disolverse, la luz y las tinieblas, el agua y la llama, el espíritu y la materia: cada mundo en su órbita, y cada átomo de polvo en la esfera de acción á que le sometió un día la ley inmutable del Altísimo. ¡Tanto puede la sabiduría infinita!

Sin embargo, católicos, al lado del poder y de la sabiduría existe otra fuerza, el amor: esa Providencia divina, que vela sin descanso sobre todos y cada uno de los seres; ese soplo misterioso, que asocia en una misma luz, en un mismo movimiento y en una continua y común vida, á toda la creación.

Mas. católicos, como Dios y caridad son la misma cosa, según San Juan: *Deus charitas est* (1), ha querido que la Providencia no sólo sea ejecutada por su propio imperio, sino por la protección mutua de todos los seres. Les ha designado un grado distinto en la jerarquía de sus relaciones, y ha colocado con diestra mano á la tierra bajo del cielo, á la materia bajo del espíritu y al hombre bajo el ala amorosa del ángel.

Y, como el hombre es el vasto plan de su obra visible, la creatura más bella y más querida, no sólo ha enviado sus espíritus celestiales para que le cuiden en el sendero de la vida, sino que El mismo ha bajado del cielo en la persona del Verbo; se ha hecho hombre, y ha establecido un ministerio augusto, el sacerdocio cristiano, para extender á todas las edades su benéfico influjo.

Hé aquí, católicos, al ángel y al sacerdote, ambos ministros de Cristo, y semejantes en su misión á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres. *Omnes sunt administrato-*

(1) San Juan, II, 8.

rii spiritus, in ministerium missi propter eos qui haereditatem capiunt salutis.

Al celebrar en este día á los ángeles, patronos del Seminario, no puedo olvidar que á la sombra de este santo asilo se forman los soldados de Cristo, su milicia sagrada, y justo es que veamos cómo se asocian para un mismo fin el ángel y el sacerdote.

Ministros de la Providencia, tienen una misión semejante, y llegan al mismo término por los mismos senderos. Tal será, católicos, todo el objeto de vuestra atención.

Ante todo, imploremos la gracia, saludando á la Reina de los ángeles con esta palabra siempre antigua y siempre nueva del ángel de la Encarnación: *¡Ave, gratia plena!*

Es un hecho, católicos, que el universo visible ha sido creado para el hombre y el hombre para Dios. Unico ser inteligente y libre, el hombre, que á primera vista se pierde en el espacio como un átomo de polvo en comparación de esos mundos inmensos que giran por la esfera, es, no obstante, el rey de la creación. Hecho á la imagen y semejanza de su Autor, está destinado á la participación de su gloria, y es el único ser llamado á la inmortalidad.

Cuando la mano divina recoja los cielos, como una inmensa cortina que le oculta á nuestra vista, y sepulte á la tierra en la última catástrofe, sólo el hombre, cuyas cenizas se animarán de nuevo, vivirá eternamente para bendecir la misericordia, ó dar testimonio de la justicia.

No es extraño, por lo tanto, que Dios en su amor infinito haya desplegado tanta solicitud por salvar y engrandecer á su propia imagen. Se concibe que la madre no se conforme fácilmente con la pérdida de un hijo querido, porque es una porción de su sangre, y, en cierto modo, una parte de su corazón. Ahora bien, católicos, el amor

maternal no es más que un reflejo del amor divino, y la humanidad entera es hija predilecta de Dios.

Por eso el Verbo divino, que la vió un día perdida á las sombras del árbol de la muerte, descendió á recogerla, la puso sobre sus hombros, la volvió á la vida con la sangre de sus venas y la llevó de nuevo á los cielos.

Pero, así como la madre encarga á otros seres queridos el cuidado de sus hijos, y desea que todos los amores se concentren para amar lo que ella tanto ama, Dios, en cuyo corazón arde siempre la llama de una infinita caridad, ha ordenado que todos los amores del cielo y de la tierra velen sobre el hombre. Puso en su corazón la ambición de amar, como el móvil de todas sus aspiraciones sin que nadie se lo enseñe: naturalmente, podría decirse instintivamente, lo primero que hace el niño es amar. Su inteligencia y su corazón están destinados á la posesión de la verdad y del bien, y la ola que les arrastra á dondequiera que marchen en el camino de la vida, es el amor.

Pero, católicos, tanto la inteligencia como el corazón humano no son hoy la obra primitiva de Dios. Lo sabéis por la revelación y la experiencia, que la primera caída postró á nuestra naturaleza en el abismo del pecado, y desde entonces la razón vacila entre la verdad y el error, y la voluntad se engaña con un bien aparente en lugar del bien sumo.

Abandonado el hombre en manos de su propio consejo, iría sobre las agitadas olas de este mar de lágrimas como la nave sin piloto, y Dios, cuando le ha mirado en la desgracia, ha redoblado sus favores y ha multiplicado sus cuidados. Tan cierta es esta consoladora palabra del Apóstol: *Ubi autem abundavit delictum, superabundavit*

gratia: allí donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (1).

He aquí, por qué Dios, semejante á un rey poderoso que envía á sus más ilustres personajes para rescatar del cautiverio á un hijo querido, envía desde el cielo á sus ángeles para rescatar al hombre del cautiverio del demonio, ángel caído, que persigue á la humanidad doliente para arrancarla de los brazos de Dios. Tal es la misión de los ángeles. Por un momento recordemos su origen y su destino.

Los espíritus angélicos, sacados de las tinieblas, como cree San Agustín, el día que fué hecha la luz, son los mensajeros del Altísimo.

Fueron creados con el mismo fin que el hombre, para alabar á su autor y ser ellos eternamente felices, conociéndole, amándole y sirviéndole.

De ellos se sirve la divina Providencia para ejecutar sus órdenes y velar por la conservación del mundo. Hay ángeles que cuidan de los cielos, y los hay también que están encargados de la protección de la tierra. Las naciones, las ciudades, las familias y los individuos, tienen su ángel custodio; y en las divinas Escrituras se hace mención del arcángel San Miguel, protector de la sinagoga y de la Iglesia, del arcángel San Gabriel, protector del pueblo de Israel, y del ángel de Tobías, el amigo inseparable de la juventud, San Rafael, cuya interesante historia os es bien conocida.

En todos los grandes acontecimientos del mundo, los cielos y la tierra se relacionan entre sí por el ministerio de un ángel: *Vidi angelum Dei stantem inter coelum et terram* (2).

(1) Romanos, V, 20.
(2) I Paralipómenos, XXI, 16.

Yo vi al ángel de Dios que estaba entre el cielo y la tierra, exclama el Santo rey David en el libro de los Paralipómenos, cuando Jerusalén debía ser castigada por sus crímenes. Era éste el ángel de la justicia.

Mas, no sólo un ángel media entre el cielo y la tierra; legiones innumerables de esos espíritus purísimos descienden y suben llevando las preces de la humanidad al solio de Dios, y trayendo las bendiciones y las gracias del cielo. Esta es la escala misteriosa de Jacob, descrita por el mismo Jesucristo en las palabras que dirige un día á Nataniel, y que conserva San Juan en su evangelio: *Amen dico vobis, videbitis coelum apertum et angelos Dei ascendentes et descendentes.* En verdad te digo, que verás los cielos abiertos y los ángeles de Dios descendiendo y ascendiendo (1).

No es necesario recordar aquí todos y cada uno de los hechos que atestiguan la sociedad invisible de los ángeles con los hombres. La verdad altamente consoladora es que ellos nos asisten, y que cumplen fielmente su augusta misión al lado del hombre. Y no creáis, católicos, que es ésta una invención lisonjera del corazón humano, un bello ideal de sus amores, creación de la inteligencia para encontrar alivio en sus pesares. Nó; porque el mismo Dios nos lo asegura en muchos pasajes de la Santa Escritura.

Oíd, entre otros, cómo describe el rey profeta la solicitud del ángel por el hombre: «Ningún mal se acercará á ti; porque Dios ha enviado sus ángeles para que te guarden en todos tus senderos. Ellos te llevarán sobre sus alas para que tu pie no se lastime con las piedras del camino. Andarás sobre los áspides y los basiliscos, y conculcarás bajo tu planta al león y al dragón» (2). Sencillo pero

(1) San Juan, I, 51.
(2) Salmo XC, 3.

expresivo lenguaje que da á conocer en toda su hermosa plenitud la decidida protección de los ángeles.

Y no es esto todo, católicos, porque, para comprender la decisión del ángel por el hombre, es necesario estudiar su naturaleza y las dotes con que Dios le ha enriquecido para desempeñar cumplidamente su misión. Todo espíritu, sin el peso de esta estatua de barro donde se encierra nuestra alma, el ángel ejecuta las órdenes de Dios con admirable prontitud. En un momento atraviesa los espacios, baja á la tierra y sube á los cielos sin trabas ni obstáculos. Isaías les llama mensajeros veloces, «*Ite, angeli veloces, in gentem convulsam:* Id, ángeles veloces, á la nación conmovida (1). A su rápido vuelo se agrega su subida inteligencia y su inflamada caridad. Espíritus de luz, siempre iluminados delante de Dios, conocen la verdad, la defienden, la difunden y la comunican de una manera misteriosa á la razón humana.

Y no es esto todo, católicos, porque los santos ángeles se distinguen especialmente por la sublimidad de su amor. Son viva llama, fuego ardiente, como se expresa el salmista en estas inspiradas palabras: *Qui facis angelos tuos spiritus, et ministros tuos ignem urentem:* ¡Oh gran Dios! Tú eres el que envías como á vuestros ángeles á esos espíritus bienaventurados, y el que los hace ardientes como el fuego (2).

Inflamados por el ardor de esa divina llama, los celestiales mensajeros, como el ángel de Agar, vuelan presurosos á tender sus alas sobre el hombre, y no le abandonan jamás desde la cuna hasta el sepulcro. ¡Oh, cuántas veces el ángel de nuestra infancia enjugó las lágrimas de nues-

(1) Isaías, XVIII, 2.
(2) Salmo, CIII, 4.

tras madres en nuestros pesares, y derramó la alegría en sus corazones cuando sabíamos gozar!

Entretanto, católicos, si el ángel es el mensajero invisible de Dios, el sacerdote es su ministro visible. Estos dos seres se identifican por su nombre y se comparan por su destino. En el plan de la redención caminan juntos y al trono del rey de los siglos, Cristo Jesús, sube al mismo tiempo la plegaria del ángel y la oración del sacerdote.

Es verdaderamente admirable contemplar á la divina Providencia tendiendo sus alas amorosas sobre la humanidad, sin ahorrar sacrificio alguno; porque, si los ángeles nacieron del amor trino y uno, el sacerdote nació también de la sangre de Cristo, por la virtud de ese mismo amor.

Y, si queréis que comparemos al ángel y al sacerdote, basta abrir el gran libro de Dios, el viejo libro del hombre.

Allí á los ángeles se les llama siempre ministros, embajadores, enviados, y esto significa la palabra ángel.

No es otro el nombre que se da al sacerdote, para revelar la semejanza de su misión. Así dice el profeta Jeremías: *Et levitae et sacerdotes, ministri mei* (1): «Los levitas y los sacerdotes son mis ministros». San Pablo en varios pasajes se expresa con idéntico lenguaje: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi* (2). *Ut sim minister Christi Jesu in gentibus* (3): «Júzguenos todo hombre como ministros de Cristo. Yo fuí elegido para ser ministro de Jesucristo entre los gentiles. Y todos los sacerdotes debemos manifestarnos al mundo como enviados de Dios; porque, en ver-

(1) Jeremías, XXXIII, 21,
(2) I Corintios, IV, 1.
(3) Romanos, XV, 16.

dad, por Cristo desempeñamos nuestra augusta misión» (1).

———

El ángel y el sacerdote tienen, pues, un mismo nombre: son los mensajeros del Dios de paz, los custodios celestiales de la humanidad.

Ahora bien, católicos, para guardar al hombre, ¿qué se requiere? Conocer la verdad, que es el alimento de su inteligencia, y poseer la caridad, que es la vida de su corazón; como dice San Agustín: *Vita cordis amor est:* «La vida del corazón es el amor».

Por eso los ángeles, como depositarios de la verdad, y los sacerdotes reciben ese mismo nombre: *Vos estis lux mundi* (2); *vos estis sal terrae:* «Vosotros sois la luz del mundo; vosotros, la sal de la tierra». Aquéllos han recibido la misión de enseñar la verdad á los hombres con su secreta inspiración; éstos, con su palabra y con su ejemplo.

Por un decreto semejante del Altísimo, los ángeles anuncian al mundo los grandes misterios, y los sacerdotes las eternas y sublimes verdades. «Id y predicad el Evangelio á toda creatura» (3). Y, cuando el ministro de Cristo marcha, lleno de celo, á convertir á los pueblos, dispuesto á dar su sangre por Cristo, yo creo que legiones de ángeles le acompañan en su carrera para darle valor, abnegación y caridad.

Hé aquí por qué la divina Providencia convierte á sus ángeles en fuego ardiente, como exclama el santo rey, y á los sacerdotes en llama de fuego, según la expresión del gran Apóstol: *Qui facit... et ministros suos flammam ignis* (4).

---

(1) II. Corintios, VI, 4.
(2) S. Mateo, V, 13, 14.
(3) San Mateo, XXVIII, 3.
(4) Hebreos, I, 7.

¡Oh sublimes misterios! ¡oh inefable prodigio del corazón de Cristo! El lo dijo un día, lleno de caridad por la ventura del hombre: «¡Ah! Yo he venido á prender fuego sobre la tierra: ¿qué otra cosa he de querer sino que arda?» (1). ¡Oh! ¿quién duda que ese fuego abrasa á todas las criaturas inteligentes, y el ángel y el hombre, ungido por el óleo del sacerdocio, son los ministros que le conservan en el ara santa del augusto sacrificio?

———

Y aun no está terminada, católicos, la bella semejanza que existe entre estos dos medianeros de la justicia divina. Oíd algo más, que revela su estrecha y común alianza á los ojos del Altísimo.

Nuestro Señor Jesucristo compara su Iglesia á un vasto campo, sembrado de hermosas y abundantes espigas. Estas espigas son las almas. Los sacerdotes son los obreros encargados de hacerlas madurar con el calor de la gracia y el fuego de la caridad. Los ángeles son los segadores de la mies, los que conducen al cielo á las almas justas

A los primeros les llama el divino Maestro operarios. de su campo, y los evangelistas, San Lucas y San Mateo, se expresan de común acuerdo en estos términos: *Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (2): «La mies es mucha, los trabajadores son pocos. Rogad, pues, al dueño de la heredad que envíe operarios para la cosecha».

Y á la vez que los dos evangelistas hablan así, San Mateo agrega á esta hermosa idea llamando á los ángeles segadores de la mies, los encargados de la cosecha: *Messores autem angeli sunt:* «Mas los segadores son los ángeles» (3).

(1) San Lucas, XII, 49.

(2) San Mateo, IX, 37, 38.—San Lucas, X, 2.

(3) San Mateo, XIII, 39.

Podría continuar, católicos, recorriendo esas armonías secretas de la divina Providencia para salvar al hombre con la unión íntima del ángel, su ministro invisible, y del sacerdote, su ministro visible. Mas, ya habéis visto cómo se asocian en sus nombres y en su misión.

Contempladles ahora al lado del hombre, desde que nace hasta que muere. No bien ha lanzado su primer gemido el tierno niño, cuando un ángel desciende de los cielos para velar su cuna bajo sus alas de fuego.

Entre tanto, el sacerdote le recibe en sus brazos para purificar su alma en las aguas del bautismo. El uno le conduce al templo; el otro le consagra á Dios.

En seguida, el amigo invisible, el fiel custodio, prepara en su secreta inspiración al futuro soldado de Cristo. Lo acaricia en su sagrado regazo, lo arrulla entre sus alas, y lo contempla lleno de amor como la imagen de Dios.

El sacerdote, á su turno, toma al niño para instruírle; le prepara á recibir á Cristo en la sagrada comunión, y, cuando el inocente y candoroso ángel de la tierra se acerca al banquete divino, yo veo, católicos, que el ángel del cielo va á su lado y para adorar en una misma postración al Dios oculto de la misteriosa Eucaristía.

La confesión, el orden sacerdotal y todos los sacramentos son, á la vez, repartidos por el sacerdote que administra, y especialmente asistido por los ángeles que reciben las oraciones de los hombres y las elevan al trono de Dios.

Y, sobre todo, cuando el viajero llega á su término, la última despedida la recibe del sacerdote cristiano, y su alma, si ha sido fiel á la gracia, es presentada por el ángel de su guarda ante el trono de Dios.

«¡Oh!» exclama San Jerónimo, al contemplar, lleno de asombro, estos prodigios del amor divino, «¡cuán grande

es la excelencia de nuestras almas, para que desde el día que nacemos á la luz, tengamos á un ángel del cielo, encargado de nuestra custodia!» *Magna dignitas animarum, ut unaquaeque habeat ab ortu nativitatis in custodiam sui angelum deputatum!*

En este solemne día, consagrado á nuestros santos ángeles, alabemos, católicos, y bendigamos á la divina Providencia por tantos y tan solícitos desvelos como hemos recibido de esos amigos celestiales. Si ellos están siempre á nuestro lado, respetemos su amable presencia, agradezcamos sus tiernos cuidados y sigamos sus santas inspiraciones. Son nuestros modelos, imitemos, sobre todo, sus admirables y divinas virtudes. Que su celo por la gloria de Dios nos inflame en deseos de amarle; que su caridad por los hombres nos impulse á estrechar á nuestros hermanos con los vínculos de la más cordial fraternidad; y que la pureza y santidad con que adoran al Altísimo nos obliguen á ser en su presencia puros y santos.

He aquí, hermano mío (1), las tres virtudes predilectas del ángel, y las tres virtudes más caras al corazón del sacerdote.

La gloria de Dios es nuestra divisa; el amor al hombre, nuestra misión; y la santidad, nuestra herencia.

No lo olvides, carísimo hermano: sacerdote quiere decir hombre de Dios, consagrado exclusivamente a su servicio, inmolado siempre a la sombra de la cruz. Centinela del que se denomina Señor de los ejércitos, alza su estandarte para combatir, y eleva tu voz entre la multitud, para exclamar como el arcángel San Miguel, vencedor de Satanás: *Quis ut Deus?* ¿Quién hay como Dios?

A este grito de guerra su corazón se inflama en santa

(1) El sacerdote misacantano.

energía, y ante el error y el crimen no debe tener otra palabra que esta invencible protesta: *Non possum! Non licet!* No puedo; No es lícito.

Poco importa la persecución, la befa del mundo, y aun la misma muerte, si tanto exige la gloria de Dios; porque el soldado generoso de Cristo, el sacerdote católico, no debe ambicionar en el campo de batalla una guirnalda de rosas para ceñir su frente, sino una corona de espinas, símbolo del sacrificio. ¡Ah, hermano mío! no lo ignoras, y me es dulce recordártelo en este momento solemne, con la voz conmovida de San Pablo: «A nosotros no nos es dado gloriarnos sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo» (1). Es ésta nuestra ciencia, nuestra ambición, nuestra gloria. Que otros busquen la fama mundana y se embriaguen en el cáliz de Babilonia. Mientras nosotros, vestidos con la púrpura real de Cristo y anhelando el cáliz de su amargura, nos prosternamos reverentes a la sombra misteriosa del Calvario. Allí enseñó el Verbo eterno la caridad del hombre para el hombre, y allí aprende el sacerdote esa ciencia divina del amor desinteresado, solícito y constante a todos los que sufren en este valle de lágrimas.

Por eso, hermano mío, al sacerdote se le confía especialmente el amparo del huérfano y la protección del desvalido. A él se le ha dicho, por la voz inspirada del Profeta, así: *Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor* (2): Sí, á ti, oh sacerdote, fiel amigo de Dios, se te ha dado por herencia el pobre, y por patrimonio el infortunado. Has de ser el ángel de la caridad, y tu corazón ha de amar siempre, con alto, con vasto y con profundo amor.

De manera que, por llegar al lecho del moribundo ó al

(1) Gálatas, VI, 14.
(2) Salmo X, 14.

hogar del infortunio, no te arredre jamás ni la tribulación ni el martirio, porque eres víctima sagrada del que dió su vida en aras de un amor infinito. Vuela como el ángel, ligero, alegre, ardiendo en ese fuego celestial que inflama á los serafines. ¡Ah, hermano mío! nada hay más dulce que sufrir por Cristo, de quien se ha dicho «que servirle es reinar»: *Cui servire, regnare est.*

Talvez se presente á tus ojos la imagen del dolor y sientas vacilar tu corazón al peso de tan sublime misión. Mas no temas, no vaciles, no te arredres. Di con el Apóstol (1): *Omnia possum in eo, qui me confortat:* Todo lo puedo en aquel que me conforta. Y á esta plegaria las nubes de la tribulación serán disipadas, y á la serenidad de tu alma se unirá siempre la suave armonía de esa paz que excede á todos las goces de los sentidos.

¡Oh! en los momentos aciagos de la vida, cuando veas rugir en torno tuyo la tormenta y nublarse el cielo ante tus ojos, ora, ora, hermano mío, y sabrás cuán bueno es Dios para con aquellos que le aman.

Si la oración de un corazón humilde penetra las nubes, la oración del sacerdote es en cierto modo omnipotente. Es la sublime plegaria que en el tremendo sacrificio une las lágrimas del hombre con la sangre de Cristo, y estrecha á los cielos con la tierra en el amor infinito de la Víctima augusta, anonadada ante la majestad del Altísimo.

Tienes ese poder que impera sobre el mismo Dios. Esa palabra que convierte el pan en el cuerpo de Cristo y el vino en la sangre preciosa. Por la primera vez vas á pronunciarla hoy, y es justo subas cuanto antes á la cima mis-

---

(1) Felipenses, IV, 13.

teriosa de esa montaña que rodean en profunda adoración los ángeles del cielo.

Lleno de fe, de esperanza y de amor, sobrecogido de un santo respeto, continúa el sacrificio. Vas acompañado de tu ángel; bajo el amparo de sus alas amorosas, no temas, que él dará á tu plegaria el vuelo ardiente de una caridad inmensa. Pídele la inspiración y la gracia, y ora en seguida con incontrastable confianza y profunda humillación.

Clama, hermano mío, por la Iglesia Católica, esposa sin mancha del Cordero inmaculado. Ruega al Autor de todo bien envíe cuanto antes el ángel que un día tronchó las cadenas de Pedro, para que dé la ansiada libertad al inmortal Pío IX, hoy cautivo y afligido en su propia patria, cual si fuera un extranjero.

Ruega en seguida por tus ancianos y bondadosos padres, que unen en este momento á tu ferviente súplica las lágrimas tiernas de su justo é incomparable regocijo. Coopera á su dicha siendo desde hoy en adelante la luz de sus ojos, el báculo de su vejez y el consuelo de todos sus quebrantos. El ángel del hogar es un buen sacerdote, y a él corresponde enjugar todas las lágrimas, y mitigar con su ardiente palabra todos los pesares.

No olvides, hermano mío, una plegaria especial por la Iglesia de Chile y sus sabios y virtuosos pastores. ¡Que Dios prolongue sus días para la dicha de la religión y la ventura de la patria.

Por fin, ruega á Dios por el maestro y amigo que te acompaña en este instante, dándote el último y más grandioso testimonio de su amor paternal. Y á esa oración une un recuerdo por tus hermanos, amigos, conocidos y fieles, que juntos nos agrupamos en torno de esa ara santa, para clamar en uniforme concierto por nuestra dicha presente y nuestra futura unión con los ángeles, en la paz inefable de la Sión eterna, que á todos os deseo.

Sr. Pbo. don Carlos Cruzat

Nació en Santiago en 1851. Ordenado sacerdote, fué profesor del Seminario de Santiago, después capellán de la Armada durante la guerra contra el Perú y Bolivia, vicerrector del Seminario de Valparaíso y, por último, cura rector de La-Estampa, en Santiago, hasta 1900. Falleció aquí mismo en 1903.

SERMÓN SOBRE LA RESURRECCIÓN

Ego sum resurrectio et vita. (San Juan, XI, 25).

Soy la resurrección y la vida.

¡Oh hijas de Jerusalén! ¿por qué habéis enjugado vuestro llanto? por qué habéis cesado de gemir y entonáis himnos de júbilo? por qué habéis reemplazado el negro luto por la blanca vestidura? Casta Esposa, Iglesia santa, decidme, ¿acaso vive vuestro divino Esposo?

Mi sorpresa es mayor aún, católicos, cuando veo que las tinieblas de ayer han sido disipadas por una nueva luz. Hermosas flores despiden sus perfumes y un nuevo ropaje viste hoy el templo del Señor. Decidme, católicos, ¿qué grande acontecimiento ha venido á romper las cadenas de la muerte y á daros nueva vida?

Y tú, querido amigo (1), ¿por qué has determinado subir hoy, por vez primera, al altar del sacrificio? ¿Por ventura, la sangre del justo, que ayer se inmoló en aras de la cruz, no riega todavía la cima del Calvario? ¡Ah! nó, católicos: Jesús es la resurrección.

Las bóvedas del cielo se abren para recibirle; la tierra se regocija para adorarle y los justos rompen los lazos de la muerte para seguirle. El pecado ha sido vencido; la cautividad está cautiva: Jesucristo ha resucitado. Pueblo cristiano, entrégate al más justo regocijo, porque ahora

(1) El sacerdote misacantano.

eres verdaderamente hijo de la eternidad. Apóstoles infieles, venid hasta el sepulcro, abrid vuestros ojos y contemplad la victoria de vuestro Dios. Un día dudasteis de sus palabras y huísteis. Hoy vuestra fe se apoyará en una indesdructible verdad.

Hermano mío, ve que las gotas de sangre que ayer salpicaban las gradas de ese altar, se han convertido en hermosas flores que jamás se marchitarán. Tu paso sea firme y seguro; no temas, porque la Resurrección de Jesucristo es también la vida de los ministros del Señor.

Pero este regocijo no es sólo de la Iglesia; nosotros con ella debemos celebrar el gran misterio de este día.

Habíamos muerto por el pecado, y Jesús nos da la vida; estábamos sumergidos en la oscuridad de la culpa, y hemos, con Jesucristo, levantado la losa del sepulcro para revestirnos de la gracia, para vivir de la vida divina.

Tú también, ministro del santuario, has resucitado abandonando el mundo: despreciando sus placeres, te entregas por completo al Señor, subes al altar buscando la felicidad de tu alma, dejas la vida de la tierra para vivir de la vida de los ángeles.

Espíritu del cielo, acompañadme á felicitar á vuestra reina. Madre ayer de dolor, madre hoy de un nuevo nacimiento, permite que te saludemos, compartiendo tus justas alegrías: *Regina coeli, laetare. Alleluia.*

A la pálida luz de las estrellas, tres mujeres silenciosas y tristes dirigen sus pasos hacia el huerto en donde se levanta el sepulcro que encierra el cuerpo de Jesús. Comprimidos sus pechos por el dolor, agitados sus corazones por el amor, van presurosas á rendir el último homenaje al Dios á quien adoran.

Ricos perfumes, preciosos y delicados aromas llevan en

sus manos para embalsamar el cuerpo del Señor. Sólo el temor de no poder levantar la tosca piedra les intimida; pero de repente, un sordo ruido les detiene, el mundo se conmueve en sus cimientos, quizás el imperio de la muerte se destruye.

Mientras tanto, un ángel de los cielos abre el sepulcro. Jesús, dejando su blanca vestidura, sale triunfante y majestuoso. La turba confundida se dispersa; perdida la razón, huye veloz y deja por el suelo rotas sus lanzas. El sol derrama abundante sus rayos, una nueva luz parece iluminar el horizonte cuando las piadosas mujeres llegan al pie de la sepultura santa. Absortas y turbadas, buscan por doquier á Jesús, sus corazones laten con violencia y sus ojos vierten lágrimas de tristeza al contemplar vacío el sepulcro de su Amado.

Pero luego, ante su vista, aparecen dos ángeles vestidos de blanca luz; sus rostros apacibles calman un tanto á las afligidas peregrinas, y sus labios, llenos de sonrisa y amor, les dicen: «Jesús á quien buscáis, no está aquí, ha resucitado: id en busca de los apóstoles y discípulos y anunciadles la feliz nueva» (1). Dijeron, y veloces los celestiales mensajeros anunciaron el triunfo de Jesús. Juana, Salomé y María, henchidas de gozo, corren por la ciudad santa, y en todas partes dicen que Jesús ha resucitado.

Y presto se deja ver Jesús, y admirados le adoran y contemplan, ya en las anchas playas del mar de Tiberíades, ya en la cima del Tabor, como en el santo recinto del cenáculo.

¡Sublime prodigio, que diez y nueve siglos contemplan con asombro! Las generaciones de los antiguos tiempos esperaban en Jesús la resurrección y la vida. Moisés, en medio del boato de las grandezas de la corte de Faraón, va á ceñir un día la diadema real y á empuñar el cetro del

---

(1) San Marcos, XVI, 6, 7.

poder; pero, antes que gustar las delicias del siglo, prefiere, como dice el Apóstol, sufrir con el pueblo de Dios; y las aguas del Nilo libertan á los israelitas de las persecuciones de los egipcios.

Un hombre desgraciado, víctima augusta del dolor, cuando el azote de la prueba lo sumerge en un abismo insondable de miseria y llanto, exclama: «Sé que mi Redentor vive y que día vendrá en que, á su ejemplo y por su virtud, mi carne ha de resucitar; he aquí la esperanza que me consuela y que me sostiene en las pruebas á que la mano divina me ha sometido (1). *Reposita est haec spes mea in sinu meo;* conservo esta fe, me alienta esta esperanza en lo más secreto de mi corazón».

El anciano Jacob había sentido despedazado su corazón al saber la muerte de su querido hijo José. Padre amante, le lloraba inconsolable, y sólo un rayo de la luz divina venía á mitigar un tanto su dolor; pero un día feliz resonó en sus oídos el nombre del que creía sepultado tiempo había, y, lleno de entusiasmo, dice: «Para mí es bastante que mi hijo José viva.» *Sufficit mihi si adhuc Joseph filius meus vivit* (2).

Así también el alma fiel, el alma cristiana, se enciende en ardiente amor y rebosa de gozo cuando sabe que Jesús es la resurrección y la vida. Somos hijos de un padre que nos ha engendrado para la eternidad, sobre nuestra vida mortal hará renacer la inmortalidad. Y nuestra carne, divinizada con la sangre de un Dios, no podrá confundirse con los despojos que la muerte siembra en el resto de los seres. *Filius meus es tu, ego hodie genui te* (3).

Inútil sería, católicos, recurrir á cada uno de los grandes acontecimientos de la antigua ley para comprobaros

---

(1) Job, XIX.
(2) Génesis, XLV
(3) Salmo CXI.

que los Patriarcas y Profetas esperaban que el Mesías fuera la resurrección.

José, libertado de la prisión; Daniel, salvado de la furia de los leones; Jonás, salido de la ballena para convertir á los ninivitas, son otras tantas figuras de que Jesucristo había de convertir un día su debilidad en poder, la mortalidad de su cuerpo en eternidad, y los oprobios de su pasión en gloria y honor. «Nos destruyes en la vida presente, pero el rey del universo nos resucitará á la vida eterna, si morimos por la observancia de la ley», decía uno de los macabeos al impío Antíoco (1).

Pero, católicos, no nos detengamos, avancemos. ¿No es, por ventura, una resurrección permanente el cristianismo? ¿No ocupó Jesús su vida toda en comprobar que El era la resurrección y la vida? Su palabra resuena en los contornos de la Galilea: enmudece á los sabios y esparce los rayos de la divina luz en las oscurecidas inteligencias. Su corazón se abre á los menesterosos y necesitados, y por doquiera extiende los favores de su gracia: da vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, oído á los sordos, salud á los enfermos, vida á los muertos. Predica en el seno de las sinagogas y da á conocer las eternas verdades.

Noli flere (2), no llores, le dice un día á la viuda de Naín, y del lecho de muerte donde reposaba el hijo único de sus caricias y ternura, ve levantarse á quien no tenía bastantes lágrimas para llorarle.

Mujer pecadora, la Magdalena, movida por la curiosidad, abandona el castillo, funesto asilo de sus crímenes, corre presurosa en busca de ese hombre extraordinario; sus palabras le conmueven, las nubes que las pasiones habían oscurecido su inteligencia se disipan y, oprimida por el arrepentimiento, llega hasta Jesús. Anegados sus

(1) II Macabeos, VII, 9.
(2) San Lucas, VII, 13.

ojos en lágrimas, se postra á los pies de Jesús, los baña con exquisitos perfumes, los enjuga con sus cabellos y los besa con ternura. ¿Qué maravilla, qué acontecimiento es éste que se realiza en casa de Simón? ¡Ah! escuchad, católicos: una nueva resurrección se ha verificado: Magdalena no es ya la desgraciada moradora de Magdala, es inocente á los ojos de Dios, el amor es el bautismo que ha purificado su alma. Consolaos, no lloréis, exclama Jesús, tus pecados te son perdonados, porque has amado mucho (1).

Más tarde la vemos al pie del sepulcro esperando al objeto de su amor; quiere que los primeros rayos del nuevo sol que se levanta en el Oriente, enciendan cada vez más su amor. Le busca por doquiera con prolijo afán y quiere cuanto antes derramar en su presencia los ungüentos preciosos del puro nardo y del fragante aroma; Magdalena es feliz, ha resucitado á la vida de la gracia.

Mientras tanto, los campos de la Judea se conmueven con los numerosos discípulos de Jesús. Dejando á un lado la ribera izquierda del Jordán, parte á Galilea por el país de Samaria. Montañas de formas pintorescas, viñas y bosques de olivos, praderas y campos fertilizados por torrentes que descendían de las alturas, hacían del país de Samaria una de las ciudades más hermosas de la Palestina. En los alrededores de la ciudad se encontraba el pozo de Jacob. Jesús, fatigado por una larga jornada y los rayos abrasadores del sol, reposa á sus márgenes; estaba solo. Una ardiente sed de salvación de las almas abrasaba su corazón. Una mujer desconocida, en esos momentos va en busca del agua y escucha de Jesús estas palabras: «Dadme de beber, en cambio yo os daré del agua de la vida eterna» (2). Sorprendida la Samaritana, ve que Jesús descubre los secretos de su vida depravada y no puede por menos que reconocer al gran Profeta, al Cristo de la Redención.

---

(1) San Lucas, VII, 47.
(2) San Juan, IV, 7, 14

Transportada á una nueva región, ve descorrido el velo misterioso que le oculta al Libertador de las naciones.

Su voz se deja oír por todos los contornos de Samaria, anunciando al gran Mesías esperado en la serie de los tiempos.

Una nueva resurrección había obrado el Salvador del mundo. Católicos, los prodigios del amor se suceden; en cada una de las páginas del Evangelio encontramos el consolador epitafio que pudiera grabarse sobre la tumba de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida». Permitidme llegar á las cercanías de Jerusalén y trasladarnos á Betania sobre la pendiente oriental del monte de los Olivos. Allí está Jesús. Dos hermanas inconsolables, tres días há, daban el último adiós á su hermano querido. Lázaro, á quien Jesús amaba, había muerto. «Señor, dice Marta, si hubieras estado aquí, mi hermano viviría aún. «No temas», replica Jesús, «aquel que cree en mí, vivirá eternamente». Conducido al borde del sepulcro, Jesús llora. «Quitad la piedra», dijo el Maestro divino; y en presencia de los amigos y parientes, exclamó: «¡Lázaro, sal fuera!» (1) Lázaro vivió pues y, rompiendo las ligaduras, y arrojando el sudario que cubría su rostro, vióse realizado un nuevo milagro del poder de Jesús en presencia de una multitud de judíos y de lo más escogido de los habitantes de Jerusalén. Espectáculo grandioso, sublime, que el mundo ignoraba. Un cadáver que despedía los síntomas de la descomposición, á las solas palabras de Jesús se reanima. Jesús manda á la muerte, y la muerte obedece; jamás la divinidad de Jesucristo fué manifestada con más brillo.

¡Ah, católicos! dejadme dar alas á mi alma y penetrar así esos profundos secretos que sólo la infinita sabiduría de un Dios puede encerrar.

Sí, Dios mío, su voz misteriosa resonó un día en la nada

(1) San Juan, XI, 43.

y á su imperio se formó el mundo; una palabra restituyó la vida á Lázaro; una palabra bastará también para resucitar nuestras almas de la muerte de la culpa. La claridad de la gracia disipará las tinieblas de nuestros ojos; el santo ardor de la caridad reanimará nuestros corazones, y nuestros méritos multiplicarán nuestras coronas.

Pero, católicos, un nuevo sacerdote se levanta hoy en las jerarquías de la Iglesia. Justo motivo para que nuestros corazones se regocijen con sentimientos de ternura y reconocimiento. Al través de los tiempos los ministros del Señor también dan la vida y son la resurrección. *Praedicate évangelium omni creaturae* (1), dijo un día el Salvador del mundo, y las palabras de los ministros del Señor resonaron en la espesura de las selvas, en las cavidades de los montes, en los apartados desiertos y en las más remotas comarcas. Un mundo nuevo se forma y á la sola voz de los apóstoles y discípulos del Evangelio, el paganismo y sus errores se sepultan y la cruz ilumina á los pueblos. Las palabras del sacerdote son regeneradoras; son ellas las que sostienen la precipitada corriente de la impiedad; ellas son las que, penetrando cual saetas ligeras en los corazones, mueven al arrepentimiento y hacen que el hombre permanezca inflexible en la verdad. Genios ilustres, sabios de todos los tiempos han escuchado la voz del sacerdote como el oráculo de los divinos misterios, y sus inteligencias han sido iluminadas por los esplendores de la fe.

Vos estis lux mundi (2), sois la luz del mundo, dijo Jesús, y la palabra de Dios inclina la soberbia de los grandes y deja ver la dignidad de los pequeños.

---

(1) San Marcos, XVI, 15.

(2) San Mateo, V, 13.

Poderosa contra la impiedad, rompe sus envenenados dardos y detiene sus avances.

Suave y armoniosa, enciende en los corazones el puro y santo amor.

Clara y luminosa, irradia sobre los pueblos; y, sumisos y rendidos, se postran ante la majestad de Dios.

Las palabras de la elocuencia humana se admiran, las sublimes enseñanzas del sacerdote se veneran y respetan.

¡Ah, católicos! imposible me sería en este instante narrar siquiera uno de esos grandes acontecimientos que la historia consigna en las páginas de las conversiones. Nombres ilustres grabados están ahí con caracteres de oro, y todos los días vemos los poderosos efectos que causa la palabra de los ministros del Señor.

La predicación es, indudablemente, la continuación de la grande obra de la resurrección que da la vida á los extravíos de las inteligencias y á las perniciosas inclinaciones del corazón.

El corazón del pecador es un sepulcro donde la muerte oculta sus despojos. Rota en jirones la blanca vestidura de la gracia, el alma no refleja ya la imagen de su Dios. Desfigurada y triste, por todas partes busca quién la consuele: mira al ciélo, y sólo ve en el sacerdote al ángel de la resurrección que levantará la pesada piedra de sus ingratitudes. A él sólo fué confiado el poder de resucitar á los que habían muerto á la gracia: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis* (1).

Inexplicables misterios son los que se realizan en el sacramento de la Penitencia. La orfandad encuentra asilo; la viuda consuelos, el necesitado abrigo, y el pecador perdón y vida.

Sublime ministerio, cuyo ejercicio no confiara Dios ni á los ángeles de su soberana corte.

(1) San Juan, XX, 23.

Y nunca más imponente y consolador que en aquellos terribles momentos en que el mundo se pierde á la vista del que se va para encontrarse con su juez y remunerador eterno.

Pero, alma extraviada, no temas, ya el ministro del Altísimo te abre las puertas de una vida nueva, y de goces y felicidades sin límites; en la historia de tu vida la primera página es de gracia; la última también lo es, el sacerdote ha sellado tu conciencia y grabadas se encuentran las señales de la resurrección y de la vida de tu alma; parte tranquila, que el amante te espera para ceñirte la diadema de la recompensa. De esta manera llena el sacerdote sus funciones, siendo la resurrección y dando la vida.

Un momento más, y habremos llegado á la más espléndida confirmación de esta verdad. Sobre el ara santa del sacrificio se inmola diariamente el Cordero divino. Es la voz del sacerdote la que impera en los cielos y del solio de su Majestad infinita desciende el Hijo del mismo Dios.

La sangre inocente baña la cruz del augusto sacrificio, y, penetrando en las venas, es la savia que da la vida al ministro de los eternos destinos. ¡Oh felicidad incomprensible! El sacerdote ofrece el santo sacrificio y sus méritos se aplican á la Iglesia toda. Los fieles participan de él y alcanza á los que en vía de purgación esperan la resurrección eterna.

Mi alma se abisma cuando contemplo confundidos al pie del altar divino á innumerables testigos de los prodigios del amor.

No hay vasallos ni soberanos ante la majestad resplandeciente de Jesús sacramentado. La ciencia calla, la virtud se humilla y todos esperan con ansias el momento solemne en que el mismo Dios habite en sus corazones. La cándida víctima aparece velada por celestes resplandores; místicos cantares repercuten en las bóvedas del tem-

plo y los corazones, llenos de ternura, se mueven á impulsos de un mismo sentimiento. Nada más sublime, católicos, que la presencia de Jesús sacramentado. Cada cual siente en sí mismo los rayos abrasadores del puro amor. El principio de la unidad que constituye la vida de los fieles se encuentra en la Eucaristía. Nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos se alimentan con el manjar de los ángeles: todos encuentran un Dios, un padre y un hermano.

Yo os daré mi carne por comida y mi sangre por bebida, y el pan que yo os daré es mi propia carne por la salud del mundo. *Panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita* (1).

Y ¿dónde está, católicos, el poder sobrehumano que renueva diariamente ese néctar misterioso de la vida, dónde esa voz cuyos ecos resuenan hasta en los arcanos de Dios? ¡Ah, católicos! bien lo sabéis, es el sacerdote quien recibió la potestad de renovar el santo sacrificio en memoria de Jesucristo. ¡Oh, cuán grandioso y sublime es el ministerio sacerdotal! Los cielos le contemplan con asombro, los ángeles le admiran; y tú, pueblo cristiano, inclina vuestra frente en presencia de los ministros del Señor, porque ellos también son la resurrección y la vida. *Surgite, mortui.* Levantaos, muertos, será el grito de vida que conmoverá vuestras cenizas; así también permitidme exclamar en este día; y ligeros, vayamos á unir nuestros acentos á los que han resucitado con Jesús. Uncidos al carro de sus victorias, entonad el himno del regocijo, porque éste es el día grande que hizo el Señor. Alegrémonos y regocijémonos en él. *Hae dies, quam fecit Dominus; exultemur et laetemur in ea* (2).

Y tú, ministro del Señor, conductor del pueblo escogido

---

(1) San Juan, VI, 52.

(2) Salmo CXVII.

al través del desierto de la vida, escucha la débil voz del amigo que ve coronados sus esfuerzos y desvelos. Con las poderosas armas del sacrificio has vencido los atractivos que el mundo te presentaba. Has muerto a los placeres, has renunciado á los vínculos de la familia, y sin hogar seguro llevas contento las prendas de la alianza eterna contraída con tu Dios. Ya veo grabado sobre tu frente el lema de tu porvenir feliz. ¡Eres también la resurrección y la vida!

Las olas de la impiedad con su rugir violento, querrán sepultarte en el seno de los mares de sus depravaciones, querrán ofuscarte en la oscuridad de sus tinieblas; pero no temas, amigo mío. Allí, donde está el ministro del Señor, también estará Jesús. *Ubi sum ego, illic et minister meus erit.*

Tú serás el ángel de la resurrección en medio de la sociedad carcomida por el liberalismo; serás la estrella misteriosa, á cuyos reflejos huirán dispersos los enemigos de la verdad. Eres grande, hermano mío, porque eres la resurrección, y también feliz, porque eres y das la vida.

Por vez primera, en medio de misteriosa nube, descenderá á tus manos la Víctima divina; el incienso puro de tu amor y de tu fe te atraerá el holocausto santo que ofrecerás por la felicidad de los que amas. Y en estos momentos te admiro y contemplo con asombro tu dignidad.

El Dios, ante quien los ángeles se inclinan reverentes, vendrá en breves instantes á conversar amorosamente contigo.

Es tu Dios y tu amigo que quiere oír tus plegarias en estos solemnes momentos.

Ora, hermano mío, y no vaciles en pedir. Tu plegaria generosa haga brillar la eterna luz á los que en el mundo te engendraron.

Tú eres la resurrección y la vida. Ciñe esas frentes venerables con la corona tejida con tu amor. También aquí

una súplica reclaman los que comparten las grandezas y felicidades.

No olvides los lazos sagrados de la familia y las cadenas de oro de la amistad: únelos al cielo, y serán eternos. Cuando hables con tu Dios, dile que le amamos y queremos vivir con su vida.

Pide también que el rocío divino riegue las plantas que se desarrollan en ese plantel do tú aprendiste el saber y la virtud.

Ora por los que un día te enseñaron á amar á Dios.

Y este pueblo, que vió tu cuna y hoy se regocija con tu felicidad, vea, mediante tu oración, lucir el astro brillante de la fe, coronando sus labores y viviendo de la vida de la gracia.

Sube, amigo mío, á la cima de la montaña santa y con el soplo de esa palabra omnipotente convierte en Tabor de la esperanza ese Calvario del dolor.

Cual otro Moisés envuelto en misteriosa nube, trae del Sinaí de tus grandezas los divinos preceptos del Señor.

Consuma, entre tanto, el augusto sacrificio. Unimos nuestra plegaria á la tuya, y al contacto de esa divina sangre que por primera vez va á verter tu mano sacerdotal, aguardamos, llenos de suprema esperanza, la resurrección y la vida.



Illmo. señor don José Manuel Orrego

Nació en Quillota el 5 de Abril de 1818, á las mismas horas en que se ganaba la batalla de Maipo, que selló la independencia de Chile. Fué Rector del Seminario y del Instituto Nacional; fundó y rigió el Colegio de San Luis; ganó por oposición la canonjía magistral y llegó en la Catedral hasta la dignidad de tesorero. Elegido Vicario Capitular de La-Serena, poco después fué instituído Obispo de aquella diócesis, cargo que dimitió en sus últimos años por enfermedad. Murió en Santiago en 1891.

ELOGIO FÚNEBRE

A la memoria del Illmo. Sr. Obispo de Santiago Dr. D. José Santiago Rodríguez Zorrilla. (Catedral de Santiago, 30 de Diciembre de 1852).

Dedit ipsi Dominus fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus (Eclesiástico, XLVI, 11).
El Señor le dió la fortaleza, y le duró su virtud hasta la vejez.

Illmo. y Rmo. Señor: (1)

Señores:

Decidme: ¿qué significa ese fúnebre aparato que tenemos á la vista? ¿Por qué se halla hoy vestido de oscuro luto este santo templo, y resuenan en sus bóvedas los acentos del dolor y de la plegaria? ¡Ah! Si lo ignoráis, yo os lo diré: es que en ese féretro mortuorio se contienen las cenizas venerandas de un hombre eminente, que hace más de veinte años murió en tierra extranjera; es que allí están los mortales despojos del Illmo. Sr. Obispo Dr. D. José Santiago Rodríguez Zorrilla, uno de los prelados más ilustres que ha tenido esta Iglesia. El celo de nuestros metropolitanos y la piedad de su familia, á quien con tanta ternura siempre amó, los han hecho trasportar del lejano sepulcro en que yacían, á este suelo que lo vió na-

(1) El Arzobispo de Santiago Dr. D. Rafael Valentín Valdivieso.

cer, para que descansen en paz aquí, en el seno mismo de la que en otro tiempo fué su querida esposa.

Cristianos: la memoria de aquellos hombres, cuya triste fama sólo consiste en sus grandes crímenes, que la adulación sabe muchas veces ocultar bajo especiosos nombres, es vana y efímera: perece con el sonido de la campana que anuncia su partida de este mundo; *periit memoria eorum cum sonitu*. Obra de bastardas pasiones, el coloso de su fementida grandeza no puede resistir á la acción roedora del tiempo, que destruye y aniquila todo lo que no es verdaderamente grande, todo lo que no está marcado con el sello indeleble de una sólida y esclarecida virtud. No así el varón justo y magnánimo, que se halla fortalecido por el poder invisible de Aquel que hace grandes á los pequeños, y fuerte á la misma flaqueza. Aunque sujeto, como todo lo que es humano y perecedero, á la ley común de la muerte, su memoria y sus acciones son inmortales; ellas viven en el corazón de los que admiraron sus virtudes, y se trasmiten de generación en generación hasta la más remota posteridad.

Tal es, señores, el Illmo. Sr. Obispo Rodríguez Zorrilla, cuyo elogio fúnebre vengo á hacer en esta ocasión solemne. Yo admiro la especialidad de su carácter, de ese carácter elevado que muchos de vosotros conocisteis, y que jamás se desmintió durante el largo curso de su carrera mortal. Benéfico en la prosperidad, firme y constante en la adversidad, amable y afectuoso con sus amigos, noble y generoso con sus enemigos, hombre de corazón y de inteligencia superior, de convicciones profundas y vasta erudición en las ciencias sagradas y eclesiásticas, y, sobre todo, de una acendrada piedad, el Sr. Rodríguez fué un pastor digno de su alta misión y de mejor suerte. Yo no temo, señores, hacer de él el mismo elogio que el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico hace de uno de los más célebres israelitas: *Dedit ipsi Dominus fortitudinem, usque in senectutem per-*

mansit illi virtus. Sí: el Señor le dió la fortaleza, y le duró su virtud hasta la ancianidad.

No permitáis, Dios mío, que, al preconizar las virtudes con que adornasteis á uno de vuestros pontífices, á quien hicisteis probar las amarguras del destierro, venga á renovar las heridas que el tiempo ha cicatrizado. Espero de vuestra infinita bondad santificaréis mis labios é iluminaréis mi entendimiento con la luz de vuestro Santo Espíritu, para que nada diga que no sea en edificación del católico auditorio que me escucha.

La vida humana, señores, no es más que una serie de continuas vicisitudes, cuyo término fatal es la muerte. Por más que nos hagamos ilusiones, no es la tierra el lugar de nuestro reposo; no es este valle de lágrimas y miserias, donde podemos gozar tranquilos de una completa y verdadera felicidad. Es el cielo, esa dichosa patria de los bienaventurados, donde plugo á la divina justicia coronar los méritos de los que sufren y padecen en este mundo con cristiana resignación. Preciso sería renegar de la fe de Cristo y blasfemar de sus promesas, para no apreciar el valor del sacrificio y de los trabajos con que Dios en su misericordia quiere acrisolar las almas que están destinadas á reinar eternamente con El en los cielos. Lejos de nosotros esa doctrina impía que consiste en la deificación de la materia, y que no reconoce otra felicidad posible que los mezquinos y transitorios goces de la vida pasajera.

Si bajo este punto de vista hubiese de considerar al héroe de mi oración, diría que la suerte no le fué siempre propicia; que la estrella de su destino, espléndida y brillante en la mayor parte de su carrera, se eclipsó cuando estaba ya próxima á su ocaso. Pero nó: yo debo mirarle desde un punto de vista más elevado, debo considerarle

á la luz de la fe; y esta antorcha divina me hace ver en él á un hombre ensalzado por Dios para gloria de su nombre, y humillado en el último período de su existencia para expiación de las faltas en que pudo haberle hecho incurrir la flaqueza humana, y dejar á la posteridad un bello ejemplo de heroica constancia, de invencible fortaleza y acrisolada virtud en la ancianidad: *dedit ipsi Dominus fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus.*

Hijo de una familia no menos ilustre que piadosa, el señor Rodríguez manifestó desde temprano ese temple de alma en que contrastaban maravillosamente las ideas de elevación y grandeza con el sentimiento que inspira la cristiana humildad. Dotado de un entendimiento claro y despejado, su amor á la ciencia le hizo hacer aventajados progresos en los estudios que ornaron sus sienes con más de un laurel literario. Llamado por Dios al sacerdocio, supo corresponder á esta vocación sublime con una vida verdaderamente sacerdotal, que le mereció el aprecio y la confianza de todos sus prelados, y le hizo justamente acreedor á todos los honores del santuario. Recorrió casi toda la escala de la jerarquía eclesiástica hasta el Obispado, dejando en cada una de sus gradas ejemplos dignos de imitación y vestigios palpables de su saber é infatigable laboriosidad.

Al ver á este hombre singular tocar ya en el término ordinario de la vida, después de haber hecho una carrera brillante que le condujo á la más alta dignidad á que podía llegar; al verle, digo, amado y respetado por todo un pueblo, que veía en él á un Pastor celoso é ilustrado, sin haber experimentado ninguno de esos días borrascosos que suelen turbar la paz y serenidad de los tiempos bonancibles, cualquiera hubiera dicho era uno de los más afortunados mortales. Pero... ¡cuán lejos estaba de serlo!... El señor, que quería poner á prueba su virtud y fortaleza, permitió se desencadenase sobre su ancianidad una de esas

tempestades terribles que hacen temblar de pavor aun al más frío estoicismo.

La independencia americana, este gran pensamiento con que se ha querido cohonestar tantas injusticias, sirvió también de pretexto para que se declarase contra el señor Rodríguez una cruel persecución, que aceleró su muerte. Yo no sé por qué fatalidad, por qué lamentable desgracia, al lado de una grande idea se han de ver también las pequeñeces y miserias de los hombres! Esto es, sin embargo, lo que acontece ordinariamente. El vencedor de Chacabuco no creyó completo ni asegurado el espléndido triunfo obtenido por sus armas victoriosas, si no se arrojaba del suelo natal al anciano y respetable Obispo de Santiago, á quien se juzgaba digno del último suplicio por su opinión política. En efecto, pocos días después de aquella memorable acción, veíase al señor Rodríguez trepar las nevadas cordilleras de los Andes en compañía de otros beneméritos sacerdotes, para ir á comer el pan del proscripto lejos de su grey, de sus deudos y amigos. Privado de su renta, secuestrados sus bienes, sujeto á mil privaciones, víctima de los vejámenes y extorsiones injustas de un mandarín sin pudor y sin conciencia, yace cuatro años sepultado en la ciudad de Mendoza, que admiró la indecible paciencia con que el expatriado prelado soportó los más indignos y crueles tratamientos. Su ánimo varonil no se abatió, empero, bajo el peso de tan duro infortunio, y esperó, resignado y conforme, el término de sus desgracias. Escuchóse al fin, después de tan largo cautiverio, la voz de la nación, que por el órgano de sus representantes pedía se le restituyese á su Pastor, y el ilustre desterrado vuela gozoso al seno de su familia y de su rebaño; pero no se le permite residir desde luego en esta capital, ni reasumir el gobierno de su Iglesia; se le relega á una de las pequeñas poblaciones de esta provincia; y sólo al cabo de cinco años de ausencia se satisfacen los votos del pueblo que,

lleno de alborozo, como Alejandría y Constantinopla en tiempo de los Atanasios y Crisóstomos, ve reintegrado á su Obispo.

Desde esta época se empeñó el señor Rodríguez en manifestar, si no su adhesión, al menos su conformidad con el nuevo régimen político adoptado por la soberanía nacional. Predicó en la función religiosa con que se instaló el primer congreso constituyente, y juró la Constitución política dictada por el mismo congreso el año de 1821. ¿Qué más podría exigirse de un Obispo, cuya educación y principios eran esencialmente monárquicos? ¿Qué otra cosa podía hacer un hombre ligado por tan estrechos vínculos al antiguo régimen, en el cual, por las fuerzas mismas de sus convicciones, veía cifrada la esperanza de todo bien para la América? ¿Era, acaso, algún crimen, pensar de esta manera, sobre todo un prelado eclesiástico que había visto muchas veces asociarse la idea de libertad con la de irreligión? ¿Qué extraño era, pues, que un hombre timorato y profundamente religioso, temiese se produjesen en Sud-América esas escenas de horror y de sangre, esas expoliaciones sacrílegas, esa encarnizada persecución á la esposa de Jesucristo, que se habían visto en Europa á fines del último siglo, bajo la invocación de la libertad y de los derechos del hombre?

No hay para qué negarlo: ligada por varias relaciones de afinidad con la revolución francesa del 89, nuestra revolución no dejó de manifestar en algunos casos cierta tendencia hostil contra la religión, que no podían mirar con indeferencia los Obispos sin traicionar su conciencia, faltando á uno de sus más sagrados é inviolables derechos. Y esto explica y aun justifica, á mi modo de ver, la conducta del señor Obispo Rodríguez respecto de nuestra emancipación, que si reprobó y contrarió al principio, no fué por un sentimiente estrecho y mezquino, sino por la opinión, errónea si se quiere, en que estaba, de que era

perjudicial á los verdaderos intereses del país. El tiempo le habría desengañado, como ha desengañado á otros muchos; pero no se quiso aguardar que el tiempo reformase su opinión política, ni bastaron las reiteradas manifestaciones de sumisión y respeto á las autoridades constituídas por la nación, ni su conformidad con el nuevo orden de cosas por ella establecido. Una política demasiado tímida y recelosa se obstinó en mirarle como al adversario más formidable de la libertad americana; y, como si ésta no hubiese podido aclimatarse en nuestro suelo sin agotar el sufrimiento de un obispo septuagenario, se le separa por segunda vez, contra todo derecho, del gobierno de su Iglesia, obligándole á que delegase sus facultades jurisdiccionales en quienes no creía deber delegarlas. Grandes fueron las ansiedades é inquietudes con que esta medida, atentatoria de la libertad é independencia de la autoridad eclesiástica, perturbó la paz y tranquilidad aun de las conciencias menos escrupulosas. Firme el señor Rodríguez en sostener los fueros y prerrogativas inherentes á su dignidad episcopal, sólo cedió cuando juzgó infructuosa toda resistencia al poder de la fuerza. Decretóse entonces contra él un segundo destierro á lejanas regiones, que se llevó á efecto en las altas horas de la noche, arrancando violentamente de su lecho á un anciano achacoso, que por el mal estado de su salud, su mérito y dignidad, merecía, por cierto, se le hubiera tratado con más consideración; pero ni sus tristes circunstancias, ni el llanto de su familia, ni los empeños de sus numerosos amigos, ni los clamores de todo un pueblo que á gritos pedía la vuelta de su Pastor, bastaron para revocar el fatal decreto... ¡Oh noche infausta del 23 de Diciembre de 1825! Tú fuiste testigo del desafuero que á nombre de los principios liberales se cometió en la persona de un prelado venerable, cuyo único crimen consistía en la energía de sus convicciones y en la firmeza incontrastable de su carácter! ¡Tú viste correr las

lágrimas del más acerbo dolor, pero viste también la fortaleza y admirable resignación del desgraciado Pastor!

Encerrado en un estrecho é inmundo bajel, surca el océano, sumido en la profunda tristeza por la orfandad en que dejaba á esta su amada esposa, que más de una vez perdió la esperanza de volver á verla en medio de los azares y de una larga y penosa navegación. Fortalecido, empero, por aquel Dios que no deja sin consuelo á los afligidos, y resignado en los altos é incomprensibles designios de su Providencia, ve pasar con imperturbable serenidad las borrascas y tempestades del mar, en cuyos abismos le parecía á cada instante iba á quedar sepultado para siempre. Arriba, al fin, á las playas de Acapulco y allí, donde esperaba descansar de sus fatigas, le aguardaba una nueva persecución. Cual si fuera uno de esos maléficos, cuyo solo nombre esparce por doquiera la desolación y el espanto, el gobierno de Méjico le impide pasar á la capital de aquella república, y lleva á mal que se le hubiese concedido sin su anuencia el uso del Pontifical. ¡Como si el ejercicio del poder espiritual de los que constituyó el mismo Dios para dirigir y gobernar á su Iglesia, dependiese de la voluntad ó el capricho de los hombres! ¡Como si las augustas y pacíficas funciones del episcopado pudieran en manera alguna perjudicar á los intereses de que está encargada la potestad temporal!

Hostilizado de todos modos por el gobierno mejicano, vese obligado á emprender un nuevo y dilatado viaje por tierra con el fin de atravesar el Atlántico, para ir á buscar en el antiguo mundo la paz y el sosiego de su espíritu, que conocía le era imposible encontrar en ninguna parte de este continente. En su tránsito de Acapulco á Veracruz, si bien tuvo muchos sacrificios que ofrecer á Dios, tuvo también la satisfacción de ver las espontáneas manifestaciones del más profundo respeto hacia su persona y de benévola compasión por su desgracia de parte del clero y pue-

blo de Méjico que, no obstante la mala voluntad de sus gobernantes, supieron observar las leyes de la hospitalidad con el perseguido prelado.

Oprimido su corazón con el peso de tantos pesares, el señor Rodríguez no encuentra otro alivio á sus penas que la conformidad y la paciencia. Busca el motivo de tan encarnizada persecución, y no lo encuentra; pregunta á ese juez inexorable de las acciones humanas, y nada le responde: de ningún crimen le acusa su conciencia. Obedeciendo entonces á los consejos del salvador, huye del Nuevo Mundo, que se ha declarado su perseguidor, y con firme intrepidez arrostra de nuevo los peligros de una segunda navegación, mucho más larga y azarosa que la primera. Despídese de la América, da desde lejos un tierno adiós á este país de todas sus afecciones, y se hace á la vela para Europa. Pero, apenas han transcurrido cinco días, cuando ¡ay dolor! en medio del mar le asalta un aciago é inesperado acontecimiento; un pesar, el más acerbo de cuantos hasta entonces había experimentado, le hace apurar hasta las heces el cáliz de la amargura. ¡La muerte, este cruel enemigo de la especie humana, viene á arrebatarle de entre sus brazos al depositario de todas sus confianzas, al compartícipe de sus penas, al compañero inseparable de sus desgracias, á su secretario y sobrino, á quien tan tiernamente amaba...! ¡Oh! vosotros, los que sabéis por experiencia cuán duro es para un corazón sensible la eterna separación de una persona amada! vosotros, los que os habéis hallado en el caso de conocer lo que valen en la desgracia los consuelos de un fiel amigo! vosotros, digo, podréis calcular la intensidad del dolor que experimentaría el señor Rodríguez con tamaña é irreparable pérdida! Y, como si ésta no hubiese bastado para quebrantar el más duro corazón, pocos días después sufre otra no menos lamentable en el fallecimiento de uno de sus más antiguos y leales servidores, que exhaló en sus manos el último suspiro. No parece

sino que un fatal destino se hubiese obstinado en perseguir á este infortunado Obispo; pero nó: erais Vos, Dios mío, quien así ejercitabais su paciencia para que se ostentasen en él esa fortaleza de que le dotasteis, y esa virtud que le duró hasta la ancianidad: *dedit ipsi Dominus fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus.*

A la verdad, señores: ¿quién habría podido sobrevivir á tan recios golpes, á menos de estar sostenido por un auxilio superior á las fuerzas de la naturaleza humana? ¿Quién, sin esa fortaleza, que sólo Dios sabe comunicar al hombre justo, habría podido soportar, no obstante la natural debilidad de los años, el enorme peso de tantas desgracias? Fijos sus ojos en las celestiales recompensas, ora se gloriaba el Sr. Rodríguez, como el Apóstol, en sus propias tribulaciones y angustias que habían de labrarle la inmarcesible corona de la inmortalidad, ora se consolaba, como el santo Job, con la esperanza de que había de ver algún día en su propia carne á Dios su Salvador. Tal es, señores, el admirable poder de la divina gracia, que, sin hacer insensible al hombre, como lo pretendió la orgullosa Filosofía, le hace superior á sí mismo y á todos los trabajos y contratiempos de esta vida.

La corte de España fué el lugar que eligió el Sr. Rodríguez para su residencia en Europa. Parece que un hombre de sus antecedentes y de una fidelidad tan probada, debía haber sido suficientemente recompensado por su monarca; pero no fué así. La gran cruz de la Real Orden de Isabel la Católica fué toda la recompensa que recibió de la regia munificencia *en premio de sus distinguidos méritos y servicios.* Más de cinco años permaneció en la capital de la península, y durante este tiempo llevó una vida oscura, aislada, angustiosa por la escasez de sus recursos para sostener con la debida decencia su dignidad, hallándose privado de la renta de su Mitra. Sobrellevó, sin embargo, con gusto esta triste condición á que le había

condenado su desventurada suerte; y, contento con la tranquilidad de que no había podido gozar en su propio país, veía acercarse el término de sus días, sin inquietarse por la injusticia é ingratitud de los hombres.

Llegó, aunque tarde, el día en que Chile se acordara de su Pastor desterrado. En efecto, luego que se restableció el orden perturbado por las convulsiones políticas de 829 y 830, uno de los primeros pensamientos del Gobierno, fué restablecer en su silla al Sr. Rodríguez, quien recibió esta noticia con aquel contento inexplicable del proscripto que, después de un largo ostracismo, vuelve al seno de la madre patria. Sintióse palpitar de gozo el corazón del anciano, y en su rostro venerable, surcado por los años y marchitado por la tristeza que engendran los amargos pesares, dejóse ver la sonrisa y la alegría de sus más felices tiempos. Sus diocesanos, sus parientes, sus amigos, todo, en fin, lo que más amaba, pintóse con viveza en su imaginación, y sintió rejuvenecerse bajo el peso de los años. En nada pensó ya sino en volver con toda prontitud á su país y á su Iglesia; pero ¡vana ilusión! ¡desengaño cruel! Dios había dispuesto de otro modo las cosas; y no era Chile, su patria terrestre, á donde debía encaminarse, sino al cielo, la patria inmortal! Los mismos medios que empleó para robustecer su debilitada salud, sólo sirvieron para reagravarla; y en pocos días renunció á sus halagüeños proyectos, despidiéndose para siempre de la tierra y de todo cuanto á ella ligarle podía.

Aquí es, señores, donde yo más admiro la grandeza de alma, la fortaleza y virtud del difunto prelado. Dígase lo que se quiera, no hay quien no tema á la muerte: hasta los mismos santos han temblado en su presencia. El señor Rodríguez la ve, sin embargo, venir sin perturbarse; oye con admirable calma y serenidad la fatal sentencia de su próxima partida de este mundo, y trata de prepararse para el gran viaje de la eternidad con aquella apacible re-

signación que sólo puede dar el testimonio de una conciencia pura. Después de haber recibido los últimos consuelos y auxilios de la religión, dispuso de las cosas de la tierra y de lo concerniente á su entierro, como si se tratara de la cosa más indiferente. Una hora antes de expirar se hallaba en pleno uso de sus facultades, y hacía á los que le rodeaban las advertencias más oportunas tocante á lo que debía observarse luego después de su muerte. Murió con la muerte de los justos el 5 de Abril de 1832 á las cuatro y cinco minutos de la tarde; y, así que llegó á esta diócesis la noticia de su fallecimiento, el cabildo eclesiástico, el clero y las comunidades religiosas se apresuraron á honrar su memoria con exequias fúnebres por el descanso de su alma. Esta espontánea manifestación de ambos cleros, y el respeto con que miramos hoy sus cenizas, son la prueba más incontestable del mérito del señor Rodríguez, cuyo nombre ocupará algún día un lugar distinguido en la historia eclesiástica del país.

Señores: os he bosquejado imperfectamente el sombrío cuadro que presenta una parte de la vida del Illmo. Señor Obispo Rodríguez Zorrilla, cuyos hechos y padecimientos acreditan su virtud y fortaleza. Imitadle; y á vista de sus cenizas, contemplad la brevedad de la vida humana! ¡Coincidencia singular! Hace hoy un siglo que vino al mundo Don José Santiago Rodríguez Zorrilla; y en este momento rendimos el último homenaje de nuestro respeto y gratitud á sus restos mortales que, sepultados hacía ya más de veinte años en tierra extraña, van á descansar ahora hasta el día de la resurrección universal bajo el polvo del patrio suelo. Juzgad ahora si será prudencia olvidar los intereses de la eternidad por atender á los del tiempo, que huye como la sombra; si será posible

anteponer la vida de un instante á la que jamás se ha de acabar.

¡Venerable Pontífice! ¡respetables sacerdotes! ¡levitas del Señor! oremos todos sobre la tumba del desgraciado Pastor, y, al deplorar los infortunios que ocasionaron su pérdida, no olvidemos las virtudes de que nos ha dado ejemplo. Prosigamos nuestro camino de viajeros por este mundo, fijos siempre nuestros ojos en el cielo, donde han de vivir eternamente nuestras almas, sin ocuparnos demasiado del polvo que ha de cubrir nuestros cadáveres. ¡Que jamás sacrifiquemos los intereses de la verdad y de la fe á nuestra propia comodidad ó elevación! que no transijamos jamás con el error ó la mentira por consideraciones humanas, ni incurramos en la infame cobardía de renunciar á nuestras convicciones por el temor de padecimientos transitorios! La abnegación, el desprendimiento. la firmeza sacerdotal, la perseverancia en el bien y la constancia en las adversidades, son los más bellos timbres del sacerdocio católico, que le han hecho célebre en los anales del mundo.

¡Y vosotros, restos preciosos de una vida que fué tan cara! descansad en paz en el nuevo sepulcro que os ha abierto la piedad de los que amasteis y os amaron, hasta que llegue el gran día del Señor y seáis reanimados para mejor vida. Así sea.



Illmo. y Rmo. señor don Mariano Casanova

Nació en Santiago en 1833. Ordenado sacerdote, fué profesor del Seminario y del Instituto Nacional y miembro de la Facultad de Teología. Poco después, Cura de la Matriz de Valparaíso, Gobernador Eclesiástico de aquella ciudad y Rector del Seminario de la misma, que él había fundado. Consagrado Arzobispo de Santiago en 1887, gobernó gloriosamente su Iglesia hasta 1908, en que murió.

ORACIÓN FÚNEBRE

Pronunciada en las exequias celebradas el 16 de Diciembre de 1863 en la iglesia metropolitana de Santiago, por las víctimas del incendio de la iglesia de la Compañía.

Et aestimata est afflictio exitus illorum; illi autem sunt in pace.
(Sabiduría, III, 2).
Y su muerte ha sido mirada como aflicción, pero ellos están en la paz.

Excmo. Señor (1), Illmo. y Rmo. Señor: (2)

¿Qué otra cosa podré yo deciros que corresponda á vuestro sentimiento, á vuestras lágrimas, á vuestros recuerdos, al trágico acontecimiento que hoy deploramos? ¿Qué palabras podrán ser proporcionadas á vuestro dolor? ¿Cómo podré dar un alivio á tantas emociones, una esperanza á tanta aflicción?

¿Cómo os haría yo apartar en este instante la vista de aquel Calvario, regado con tanta sangre inocente, de esas ruinas hacinadas por la más inaudita catástrofe, y á cuyo alrededor parecen vagar errantes las desgraciadas víctimas, tendiendo sus brazos para que las amparen, y sentirse aún los doloridos ayes y el estertor de los que agonizan?

---

(1) El señor Presidente de la República.
(2) El señor Arzobispo de Santiago.

Católicos: no pretendo yo agravar el peso de vuestro justo sentimiento, y menos intento pintaros los horrores de aquella noche cruel. Para vosotros, para mí mismo, vengo á buscar los consuelos de la religión, único consuelo verdadero, al pie de los altares, en la casa de nuestro Padre Dios, de donde parten raudales de esperanza. En nuestra angustia pedimos al Supremo Hacedor, con toda la ternura de nuestro corazón, despedazado por el más terrible dolor, paz eterna para los que ya no existen y consuelos oportunos para los que en esta triste vida esperamos aún el día de la inmortalidad.

La verdad más consoladora y capaz de mitigar nuestro dolor, es el creer que la aflicción pasajera de nuestros hermanos se ha convertido en una eterna dicha. Por un momento de angustias, han ganado una paz inmortal. *Et aestimata est afflictio exitus illorum, illi autem sunt in pace.* Este es todo mi consuelo y todo el pensamiento de mi oración.

No insultaré vuestro dolor buscando en esta plegaria los frívolos adornos de la elocuencia humana. El asunto habla por sí mismo y con excesiva elocuencia. El llanto, los profundos gemidos, las tiernas súplicas, los cantos lúgubres, los vestidos de duelo, son el lenguaje propio de tanta desgracia. Yo necesitaría de los tristes ecos del profeta elegíaco de Jerusalén y de sus ruinas. ¡Noche terrible! ¿con qué te compararé? ¡Oh día lamentable, que en todos los siglos entristecerá con un lúgubre aniversario una de nuestras más bellas fiestas! ¡Oh vanidad de la vida! ¡Oh sorpresas de la muerte! ¡Oh profundidad de los consejos de Dios!

Inútilmente emplearía este precioso tiempo destinado á las lágrimas en probaros la existencia de la vida futura. Gracias á Dios, me dirijo á una asamblea de católicos que aman y reverencian la infalible enseñanza de la santa Iglesia Romana. Y, si en este numeroso auditorio que me

escucha hubiera uno solo que negara el más fundado y consolador de nuestros dogmas religiosos y filosóficos, yo le preguntaría: Si no tienes fe, si careces de esperanza, ¿qué vienes á hacer aquí? ¿Acaso á aumentar nuestro dolor y arrebatar nuestro único consuelo? Pero nó; de los labios de todos se eleva hacia el cielo ese grito magnífico de una fe respetuosa y sumisa: *Credo*, sí, ¡yo creo!

Entremos, pues, católicos, en el espíritu de la triste ceremonia que nos reúne al pie de esta tumba.

Es cierto: nada hay más doloroso en la vida que la separación producida por la muerte, aun cuando ésta se acerque con repetidos anuncios. Y ¿qué necesidad tengo yo de decirlo en este momento? Pesada es la cadena de infortunios que arrastramos desde la cuna hasta el sepulcro. Los trastornos de la fortuna, los accidentes imprevistos, la pérdida de caudales adquiridos con mil trabajos y fatigas, pueden, en verdad, arrancarnos muchas lágrimas. Mas, cuando la mano de la muerte viene á arrebatar de nuestro lado á seres que tiernamente amamos; cuando viene á privarnos, y de improviso, de mil hermanos y amigos, ¡ah, señores! entonces podemos sentir bien el peso del destino humano, y, sin quererlo, de nuestro pecho oprimido se eleva hacia el cielo el clamor del desgraciado amalecita: *Siccine separat amara mors?* (1). ¿Así es como la amarga muerte separa á los hombres?

Cada vez que la Sagrada Escritura nos habla, en sus inspiradas páginas, de semejantes dolores, pide al corazón humano sus más tiernos acentos y sus ecos más doloridos. Ya es Jacob, llenando de amargura los últimos años de su vida, porque llora á un hijo que cree muerto (2); ya es David, maldiciendo las montañas de Gelboé, porque en

(1) I Reyes, XV, 32.
(2) Génesis, XXXVII, 34.

su cima ha perecido el escudo de los valientes, Jonatás, el amigo de su corazón (1); ó bien exhalando el grito más doloroso que ha salido del corazón de un padre: *Absalón, hijo mío, ¡ojalá que yo hubiera muerto por ti!* (2).

En tales angustias, inútiles son los consuelos humanos. Sólo Dios es capaz de mitigar tan gran dolor. Sólo el cielo puede enjugar nuestras lágrimas. Sólo la religión, con sus sublimes máximas, puede templar nuestro quebranto. ¡Qué! ¿Acaso la muerte viene á romper todos los lazos que unen á los hombres? ¿Acaso nuestros clamores no pueden llegar hasta el lugar que hasta ahora habitan los que hemos perdido? ¿Nada podemos deponer sobre la tumba de nuestros hermanos?

En el seno de la Divinidad hay, católicos, una estrecha comunicación entre los miembros de la gran familia humana. La fraternidad cristiana abraza á la humanidad entera en la tierra y en el cielo, en la felicidad y en el infortunio. Donde hay una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. La Iglesia Católica es una grande y magnífica sociedad que va del tiempo á la eternidad, y que, abrazando con una misma cadena á los que todavía combaten sobre esta tierra, á los que ya han sido recompensados en el cielo y á las almas que sufren en el purgatorio, los une estrechamente á todos por los lazos de un divino amor. En presencia de tan bella armonía, los horrores de la muerte, por cruel que ella sea, reciben un dulce lenitivo. La piedra de la tumba no es una barrera de eterna separación. La muerte aparece entonces cual un ligero sueño, y de cada uno de nuestros hermanos difuntos podemos repetir lo

(1) II Reyes, I, 21,
(2) II Reyes, XVII, 32.

que el Salvador decía de la joven hija de Jairo: No está muerta, sino que duerme: *Non est mortua puella, sed dormit* (1).

Esta comunicación de las criaturas inteligentes en el seno de la Divinidad es una tradición universal del género humano, tradición ligada con los sentimientos más íntimos y más dulces, pintada por todos los historiadores, cantada por todos los poetas, inmortalizada en el lienzo y en el mármol por innumerables artistas. reconocida por todas las tradiciones y expresada en todos los cultos con ceremonias solemnes.

Así es que, si los queridos hermanos que hemos perdido en esa aciaga noche gozan en este instante, como lo espero, de la visión de Dios, podemos conservar con ellos una utilísima comunicación, invocando su amistad; y, si por las faltas propias de la humana flaqueza, sufren aún detenidos en el lugar de la expiación, tenemos también el no menos grato consuelo de aliviar sus tormentos con nuestras súplicas y nuestras lágrimas, con nuestros sacrificios y nuestras buenas obras.

Sí, yo me figuro verlos al pie del trono de Dios, cubiertos con vestiduras blancas y llevando en su mano la palma de su martirio; porque, según el Apocalipsis, «han ido de una gran tribulación, y lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero; por esto servirán á Dios día y noche en su santo templo, encargándose el mismo Señor de enjugar las lágrimas de sus ojos»: *Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum* (2). Y, á la verdad, todas las circunstancias de su muerte contribuyen á radicar en nosotros tan placentera convicción. Porque ¿quiénes son los que han muerto? ¡Ah, católicos! lloremos nosotros al vernos privados de su

(1) San Mateo, IX, 24.
(2) Apocalipsis, VII, 34 y siguientes,

compañía en la tierra. Sintamos su muerte los que no sabemos imitar sus virtudes. ¿Quiénes son, pues, los que han perecido? Bien lo sabéis, porque todos lo repiten en público y en privado. Han sufrido la muerte las personas más piadosas de nuestra sociedad, personas reconocidas por su vida caritativa, laboriosa, modesta y ejemplar, modelos de las más bellas virtudes. Hablad vosotros, deudos atribulados, y contadnos, para dar gloria á Dios, cuán sincera era su piedad, cuán entusiasta su caridad, cuán heroica su abnegación. Todos repiten á la vez que han perdido el ejemplo, el modelo de su familia y de su casa, que se ha apagado la antorcha más luminosa, y que ha sido segada la flor más fragante. ¡Ah! y, si pudiéramos nosotros correr ese velo que oculta tantas virtudes, que sólo eran conocidas por Dios; si nos fuera lícito, para consolaros, abrir en esta v z nuestros labios sellados con el más riguroso secreto. quizás entonces miraríais los restos de muchas de esas víctimas con la misma veneración que los primeros cristianos reverenciaban los despojos de los mártires; quizás entonces enjugaríais vuestras lágrimas, diciendo: A nuestros ojos aparecen muertos, pero ellos están en la paz: *Illi autem sunt in pace.*

¿Os revelaremos todavía más? Muchos de vosotros lo habéis visto. Al recorrer esos tristes lugares después de la tempestad, al recoger esos restos preciosos, templos poco antes del Espíritu de Dios, ¡cuántas veces la admiración y la sorpresa embargaron vuestras facultades, al ver caer de esos cuerpos devorados por la llama más cruel, los cilicios y otros instrumentos de penitencia, con que muchas de esas víctimas crucificaban su carne y purificaban su espíritu! . . . ¡Qué asombro al ver, bajo la rica gala, oculta tanta mortificación! Señores, bien lo sabéis: en aquellos sublimes momentos, hubo ejemplos de heroica virtud. Hubo mártires de la pureza, que prefirieron volverse á las llamas, por no permitirles su recato presentarse en pú-

blico en el estado en que se hallaban. También hubo víctimas de amor filial. ¡Virtuosa joven, que expiraste por salvar á tu venerada madre, que no pueda yo revelar tu nombre é inmortalizar tu memoria! ¡Dadme coronas para ceñir la frente de almas tan puras, dadme flores para esparcir sobre sus sagradas tumbas! Apresurémonos á erigir en su honor un monumento digno de tanta virtud en el lugar santo en que han sido depositados sus restos; y que los siglos futuros contemplen admirados, no sólo sus virtudes, sino también el justo tributo de nuestro amor.

¿En qué momento han perecido? Precisamente cuando los sentimientos de la piedad más tierna los llamaban á honrar á su querida madre, la Virgen María, Reina de los mártires y Consuelo de los afligidos. En el día más grato para el corazón chileno, el día aniversario de la declaración de aquel misterio que proclama á María Inmaculada. Sí, era el momento más solemne del culto de María. Durante un mes no interrumpido habían honrado y amado á tan buena madre. En tan largo tiempo se habían esforzado en practicar las más bellas virtudes, cultivando en el jardín de su corazón las flores espirituales. Llegaba el instante de presentar á la Reina de los cielos la corona formada con tan hermosas flores, y alegres marchaban á deponerlas á sus pies; y María, no lo dudo, habrá ceñido sus frentes en la patria inmortal con esas mismas coronas que ellas le presentaban. Almas felices, decidnos: ¿cuál fué vuestra admiración al veros en un instante en presencia de vuestra Madre, oyendo los cánticos de esa Sión feliz? ¿No habíais mil veces repetido que queríais la muerte antes que faltar á vuestras promesas?

Cantad, entonces, el himno de vuestro triunfo, mientras que los ancianos se prosternan, los mártires agitan sus

palmas, las vírgenes bendicen al Cordero y los ángeles mueven sus incensarios de oro.

¿Cómo se habían preparado para la muerte?

Permitidme, señores, os revele lo que yo sé y lo que he oído repetir á mis hermanos en el sacerdocio.

Como el cristiano fiel se considera en la tierra cual viajero, siempre está pronto á salir de esta vida y presentarse ante los umbrales de la eternidad. Mira este mundo como una prisión y todo su deseo es atravesar los espacios que le separan de aquel feliz lugar, á donde quiere irse toda alma, cuando, dilatada por toques misteriosos, irradiada por los destellos de una belleza infinita, con ansias de un amor perfecto, se siente tiranizada en este suelo y detenida por la mano del tiempo, que la estorba unirse eternamente con el único objeto de su amor.

Cual si una voz siniestra hubiera predicho la horrible catástrofe y recorriendo los negros muros de ese triste templo hubiera gritado: «Voz del oriente, voz del occidente, voz del septentrión, voz del mediodía, ¡ay del pueblo, ay del templo!» casi todas esas almas que hoy ya no existen en la tierra, se habían apresurado á confesar sus culpas con las más expresivas muestras de dolor. El ángel de la muerte ¿habría batido sobre ellas sus negras alas y les habría hecho oír su terrible voz? ¡Tú solo, Señor, sabes las inspiraciones felices que comunicas á tus escogidos! Lo cierto es que más de una, al separarse de su casa, presentía no había de volver jamás.

Cual se distribuía el pan de vida á los condenados al martirio en los primeros siglos de la Iglesia, mil, dos mil, tres mil y más todavía, acudieron á recibir el sagrado viático, en ese mismo templo, en la víspera y en el día de su muerte. ¡Ah, ignoraban que se hallaban sobre sus tumbas! Lágrimas abundantes de amor y resignación bañaban en

esos momentos sus mejillas. Y cuando el sacerdote, al verlas arrodilladas al pie del altar y mostrándoles en sus manos la hostia consagrada, les decía: «Este es el pan de Nuestro Señor Jesucristo que os custodiará hasta la vida eterna», *Corpus Domini nostri Jesuchristi custodiat te in vitam aeternam*, ellas, exhalando amor por esa vida que jamás termina, responderían intrépidas: *¡Amén!* ¡que así sea! Alimentadas con tal manjar, sintiéronse fuertes con fuerza divina y en su enérgico amor habían desafiado las iras del más cruel tirano y habían subido al patíbulo á morir por su Dios. Su deseo llamó el martirio. Fué terrible; pero al fin vencieron, y ahora son felices: *Illi autem sunt in pace.*

¿En qué lugar murieron? Allí donde desearíamos todos dar nuestro último suspiro, en la casa del Señor, en el lugar sagrado y en presencia del tabernáculo de su Dios. Más sentían que las llamas abrasasen el *Sancta Sanctorum*, que el que se cebasen en sus propios cuerpos. Lloraban la desolación del santuario y el que las crueles llamas devorasen hasta el mismo tabernáculo en que residía el Dios sacramentado.

Sus últimos sufrimientos, ofrecidos en expiación de sus pecados, aplacarían á la divina Justicia. Estos sufrimientos, tolerados con resignación, sí, con resignación heroica, colmarían las medidas de sus buenas obras y aumentarían en grado inmenso sus merecimientos. El martirio fué sufrido con resignación; y ¿quién lo ignora? ¿no lo habéis oído decir á algunas de esas personas que volvieron, por decirlo así, de la otra vida para contarnos lo que allí vieron y oyeron? ¡Qué actos de tan fervorosa contrición! ¡Qué suspiros tan tiernos! ¡Qué resignación tan heroica! ¿No divisasteis, á la luz de esa formidable hoguera, á muchas víctimas arrodilladas en acción de súplica, tender al cielo sus brazos y como si murmuraran sus labios aquellas

palabras del Profeta: «¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Señor, Dios de las virtudes, cuán hermosos son! ¡Mi alma desfallece al contemplarlos!» Y, pronunciada la súplica, inclinaban su cabeza esperando el golpe mortal.

¡Altares sagrados! vosotros las visteis postradas á vuestros pies ofrecer resignadas el sacrificio de su vida é implorar las divinas misericordias! Fuisteis el mejor asilo á sus almas afligidas, y sus almas moribundas se fijaron en vosotros. ¡Santos lugares de la penitencia! su postrer consuelo fué recordar que allí mismo habían escuchado las sublimes palabras del perdón. ¡Cátedra de la verdad divina! las enseñanzas de la fe animaron su corazón en sus últimas agonías. ¡Jesús benigno! al veros clavado en el patíbulo, bebieron con alegría el amargo cáliz que les presentaba el ángel exterminador, y, como Vos, repitieron el *¡Fiat voluntas tua!* (1) y cuando creyeron ver las ruinas del universo todo, conmovidos los elementos y el cielo cayendo sobre sus cabezas, como Vos, agregaron: *Consummatum est* (2). Y en ese mismo instante, la soledad de los sepulcros, el llanto, la desolación y la muerte fijaron en aquel lugar su morada. ¡Sólo se ven melancólicas ruinas, hacinados escombros, montones humeantes, los restos de los mártires, las piedras del santuario!... Mi voz se ahoga en el pecho y á mis tristes ecos parece respondieran los clamores de tantas víctimas, consumidas en tan formidable hoguera!...

¡Ah noche infausta! ya que cubriste con tu oscuro seno tanta desgracia, ¿por qué no ocultaste para siempre con densas tinieblas esas tristes ruinas? ¡Ojalá que el sueño poderoso del olvido borre de nuestras páginas el aciago 8 de Diciembre de 1863!...

¡Oh vosotros, los que fuisteis sus padres, hermanos ó amigos en la tierra! no lloréis á vuestros hijos y amados her-

---

(1) S. Mateo, XXVI, 42.
(2) S. Juan, XIX, 30.

manos, porque ellos no han muerto, sino que viven. A los ojos del mundo, han aparecido muertos: *visí sunt oculis insipientium mori;* pero sus almas están en las manos de Dios, y el tormento de la muerte no les ha alcanzado; *in manu Dei sunt et non tanget illos tormentum mortis.* Hemos mirado su muerte como una calamidad: el camino por donde han marchado, al separarse de nosotros, ha parecido que les conducía *al exterminio: et aestimata est aflictio exitus illorum, et quod a nobis est iter, esterminium.* Pero nó, sus almas están en la paz, en la alegría, en la serenidad de Dios: *illi autem sunt in pace;* y su esperanza se llena de vida y de inmortalidad: *spes illorum immortalitate plena est* (1). Purificados por la sangre del Cordero y por su propia sangre, no han hecho más que conquistar con su muerte una vida inmortal. Allá, en el cielo, en esa patria de las almas grandes, viven en el seno de Dios, mezclan su voz á los cantos de los ejércitos angélicos y arrojan á los pies del Cordero inmaculado, Príncipe de los mártires, sus palmas y sus coronas.

Cesen, pues, católicos, nuestros gemidos; mitiguemos nuestro amargo dolor y elevemos al cielo nuestras plegarias para que, si alguno de nuestros hermanos gime aún en el lugar de la expiación, salga pronto purificado por los méritos infinitos de la Víctima divina que acabamos de inmolar. La oración, hija del amor y de la esperanza, la oración, que se exhala de los labios del hombre, llena de gracia y de fuerza, teñida con la sangre de Jesucristo, salva el espacio, hace callar la justicia de Dios y hace hablar á su infinita misericordia. Reguemos también su tumba con abundantes lágrimas de sincero amor. ¿Qué no podemos alcanzar con nuestras lágrimas? Una lágrima enternece lo más duro, desarma lo más cruel, abate lo más

(1) Sabiduría, III, 1 y siguientes.

fuerte. Dios aprecia en tanto nuestras lágrimas, que se deja vencer por ellas, pues encadenan sus brazos y triunfan de su corazón.

Ofrezcámosle, sobre todo, el tributo de nuestras buenas obras, y desde luego, nada podemos hacer que le sea más grato que el socorrer con nuestras limosnas a los infortunados que quedan sin socorro después de haber perdido á sus padres, á sus hermanos y á sus protectores. Hay madres privadas de sus hijos, hijos desamparados, sin un pan para saciar el hambre, sin abrigo en su desnudez, sin consuelo en su orfandad. A vosotros toca socorrerlos. Dad, y dad abundantemente, pues tenéis más de lo que podéis necesitar. ¡Qué! ¿podrá vuestro corazón permanecer tranquilo en medio del fausto y de la opulencia, sabiendo que hay á vuestro lado quien gime en el hambre y en la desnudez?

Y nosotros todos, al pie de esa tumba silenciosa, recojamos la severa lección que la Providencia nos envía. Los juicios de Dios son abismos impenetrables. Premia ó castiga á las naciones, según la correspondencia que dan á sus beneficios. Esto nos lo atestigua la historia. Ignoramos los designios del Omnipotente, al elevar al colmo de la gloria á las naciones, ó al sumergirlas, cuando menos lo esperaban, en la desolación y en el llanto. Sólo, sí, sabemos que la serie de los acontecimientos humanos está de tal modo dispuesta, que todo sirva para nuestro bien. Y ¡qué emociones tan saludables no experimentamos al contemplar esta sin igual desgracia! ¿Quién podrá fiarse en la robustez de su naturaleza, en las precauciones del arte, en el más diligente cuidado? ¿Quién podrá figurarse que está muy distante de su morada la terrible parca, al contemplar hoy á tantas caras vidas segadas en la flor de la edad? Ignoramos si el sol que hoy nos alumbra volverá mañana á contemplarnos en la obscura fosa, y si los suspiros que hoy nos arranca la muerte de nuestros hermanos van muy

pronto á repetirse por nuestra propia muerte! Estad siempre prontos, nos dice el Evangelio: *stote parati* (1), porque no sabéis ni el día ni la hora, sino que el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo penséis: *qua hora non putatis Filius hominis veniet* (2). ¡Infeliz de aquel que en tan terrible momento pueda decir: he contado las noches del dolor y mis manos están vacías de méritos y llenas de faltas; mis días han concluído y no he alcanzado á ver la dicha! Como el humo han desaparecido, y cuando miré á mi alrededor me encontré entre el polvo del sepulcro. Lloré, pero todo fué en vano (3).

«¡Quiera Aquél que guarece del viento al cordero esquilmado dignarse consolar á los desamparados y afligidos, y esta tremenda dispensación de su Providencia recuérdenos en todo momento la instabilidad de la vida y la necesidad de hallarnos siempre preparados para acudir á su llamamiento!» (4).

¡Almas queridas, cuya muerte deploramos! delante del Señor, rogad por nosotros. Recia fué la tempestad; pero al fin habéis llegado al puerto, mientras que nosotros vagamos todavía en este proceloso mar. Vuestro sacrificio, vuestra sangre, vuestros clamores, vuestra muerte han de ser para la patria, para nuestros hermanos, fuente fecunda de inmensos bienes. ¿Qué no haréis por nosotros? ¿Qué no podremos esperar de vuestras súplicas? Mientras que, sumergidos en la más amarga pena, recordamos hoy vuestra

(1) San Lucas, XII, 40.

(2) San Lucas, XII, 40.

(3) Job.

(4) Bellas palabras del honorable señor don Tomás H. Nelson, Ministro de Estados Unidos, en su pésame al Supremo Gobierno, por el funesto incendio de la Compañía. ¡Qué lección para muchos de los nuestros!

muerte, alcanzad del Señor el consuelo necesario para los que aquí quedan en el más terrible dolor.

Y ahora sólo me resta una palabra, la palabra de la separación y de la tristeza, la palabra del último y solemne adiós!...

¡Adiós, víctimas queridas! !Adiós, en nombre de cuanto amasteis en la tierra! ¡Adiós, en nombre de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestros esposos y de vuestros amigos, que sólo sienten no haberos estrechado en sus brazos antes de la partida! ¡Adiós, en nombre de esa religiosa ciudad, que queda cubierta de luto, silenciosa y triste, lamentando vuestra muerte! ¡Adiós, en nombre de la Iglesia Chilena, vuestra querida madre!

Mientras nos dure la vida, vuestro recuerdo jamás se borrará de nuestros corazones; y, al dejar esta tierra de dolor, legaremos á las generaciones venideras nuestra veneración y nuestro amor hacia vosotras. Vuestro sepulcro será eternamente glorioso. Una y mil veces regaremos con nuestras lágrimas ese recinto sagrado, santificado con vuestra sangre, ensordecido con vuestros lamentos. Una y mil veces besaremos el polvo de vuestra tumba, respirando el aroma de vuestras virtudes y recogiendo en ella el soplo de vida y de inmortalidad que os anima.

¡Adiós, y por última vez, adiós!

¡Que los apóstoles, los mártires, las vírgenes y la Reina de todos ellos salgan á vuestro encuentro y os reciban en la eternidad!



ORACIÓN FÚNEBRE

Pronunciada en las solemnes exequias celebradas en la Iglesia Catedral ante los restos del señor don Manuel Antonio Tocornal, rector de la Universidad de Chile, el 17 de Agosto de 1867.

Et fleverunt eum omnis populus planctu magno. (I Macabeos, IX, 20).
Y el pueblo todo le lloró con abundantes lágrimas.

Illmo. y Rmo. señor (1), señores:

Antes de cerrar la fosa que guardará para siempre esos despojos de la muerte; antes de ver desaparecer de nuestra vista esos restos de un ciudadano tan justamente estimado, dejad que la voz grave de la religión junte sus lamentos á los del pueblo; pues, cuando todo el pueblo llora, esta tribuna santa no puede permanecer silenciosa: *Et fleverunt eum omnis populas planctu magno.*

¡Cristianos, á quienes reúne hoy un dolor profundo y justísimo! ¡Grandes del mundo, que formáis aquí el silencioso cortejo de la muerte! detened por un momento vuestra marcha, y permitid á la madre dé su adiós postrero al hijo que la amó.

Sí; la Iglesia simpatiza con nuestros dolores. Por medio de fervorosas preces envía al cielo nuestros lamentos y junta sus lágrimas á las que hoy derrama toda la República. Escuchad sus súplicas y repetid con ella: ¡Que los habitantes de otra mejor vida le reciban en el Paraíso; que con los ángeles tenga su morada, y que sea para siem-

(1) El Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo, doctor don Rafael Valentín Valdivieso.

pre su premio el Dios á quien sirve, pues tuvo fe y amó en la vida!

Y cuando esto he dicho, creo haberlo dicho todo.

No vengo yo á recordar la vida del señor don Manuel A. Tocornal. ¿Quién de vosotros no la conoce? ¿Quién no ha hecho ya el elogio de sus cortos pero fecundos días? ¿Quién no ha mirado su muerte cual una gran calamidad para la patria? ¡Justo Dios! ¡Bendita sea vuestra voluntad soberana!

Nada ha sido capaz de aplacar al cielo y concedernos por más tiempo esa preciosa existencia. Nada. Ni las más fervientes plegarias, ni los más diligentes cuidados, ni los esfuerzos del arte. ¡Oh muerte cruel, que así burláis nuestras esperanzas! ¡Oh vanidad de la vida! ¡Oh misterios de la eternidad! Mas ¡cuántas y cuán profundas lecciones no podemos recibir aquí al pie de esa tumba silenciosa!...

¿Cómo ha podido, señores, llegar este ilustre ciudadano á la altura en que le hemos visto colocado? ¿Cómo ha podido merecer los elogios de la Iglesia y del Estado, de todos los círculos y de todos los partidos? ¿Cómo ha podido pasar por todos los puestos, aun los más prominentes, sin despertar envidias, sin inspirar odios, rodeado del respeto y del amor de todos sus conciudadanos? ¿Qué mayor elogio puede hacerse á su memoria que lo que aquí estamos presenciando?

¡Ah señores, un pueblo que llora la muerte de quien nada puede ya concederle, es sin duda la preconización espléndida de una vida preciosa y el honor más elocuente que tributarse pueda á su memoria. Expliquen otros, en hora buena, estos singulares honores, recordando los talentos y las bellas dotes personales del señor don Manuel A. Tocornal. Esparzan flores á su memoria, elogiando su elocuencia, su saber y sus preclaros antecedentes; en una

palabra, todo cuanto el mundo estima y aprecia; mientras que yo, buscando mis inspiraciones en la fe que le animó en su vida y le consoló en su muerte, admiraré en él el modelo de un verdadero político cristiano. Juntó en su noble corazón el amor á su religión y el amor á su patria, y por eso sus días fueron felices y en su muerte le lloró todo el pueblo: *Et fleverunt eum omnis populus planctu magno.* Poco os podríamos decir en su elogio, si sólo le pudiéramos presentar cual grande á los ojos del mundo. Su elogio es cumplido, porque trabajó por ser grande á los ojos de Dios. Y, si así no hubiese sido, ¿qué tendría yo que hacer aquí ni qué parte podría tener la religión en su alabanza?

Si queremos buscar, señores, en la corta existencia del señor don Manuel A. Tocornal las causas que han hecho tan preciosa su vida y tan llorada su muerte, encontraremos desde luego que había conseguido arraigar en el país la convicción de su rectitud, de su generosidad y de sus ideas firmes y profundas. Sin estas condiciones, un hombre público no puede conservar por largo tiempo su prestigio, ni es posible que por largos años le acaricie la gloria.

Los hombres públicos se hallan colocados en una altura tal, que ninguna de sus acciones puede pasar desapercibida. Necesitan, para mantenerse en sus puestos y para hacer el bien, de virtudes sólidas, de energía perseverante y de ideas bien combinadas.

Navegar en los agitados mares de la política sin estas condiciones, es marchar sin brújula, es exponerse á un naufragio cierto.

Los pueblos, para dar su confianza á los que los gobiernan—no nos hagamos ilusiones—acostumbran examinar muy de cerca lo que son, lo que piensan y lo que pueden los que rigen sus destinos. Esto sucede en todas partes,

pero especialmente y con mejor derecho en las repúblicas. Por esto es difícil que el falso mérito se mantenga por largo tiempo en pie; y, cuando vemos al señor Tocornal influir por tantos años en la cosa pública, ejercer tantos y tan importantes puestos, hacer una carrera tan brillante, morir sin tener un solo enemigo, un solo émulo, y desaparecer dejando cubierto de luto su país, ¿no es verdad, señores, que es esto raro y que aquí se encierra el grande elogio de nuestro ilustre difunto?

El amó la justicia, y por amor á ella abrazó la nobilísima carrera del foro. Sí, amó la justicia, y fué recto.

¿Habrá uno solo que se atreva á dudarlo? Cuando veía ya cercanas las riberas de la otra vida; cuando su respiración angustiada le revelaba la proximidad de su fin; cuando las inspiraciones de su profunda fe le advertían que pronto iba á parecer ante aquel Dios que juzga á la misma justicia, aconsejando á sus hijos, les decía con inimitable elocuencia: *Elegid, como yo, la carrera del foro, amparad al inocente, jamás defendáis pleitos injustos. En mi vida de abogado he defendido uno solo dudoso; creí poder hacerlo, la sentencia me fué favorable, y, á pesar de todo esto, yo sufro ahora remordimientos.*

Sí, Tocornal fué justo, y puede aplicársele con toda verdad el elogio del Evangelio: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur:* Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. La justicia y la rectitud constituían el fondo de su alma. Ese amor le hizo desempeñar con brillo el elevado cargo de Ministro de Justicia; ese mismo amor le hizo pasar algunas épocas en la vida privada, cuando á poca costa habría podido seguir de honor en honor. Por su reconocido amor á la justicia, todos le destinaban á la magistratu-

ra, y nos habríamos creído felices con verle cuidando de nuestros más caros intereses, nuestras vidas y nuestros bienes. Su amor á la justicia le hizo emplear su inimitable elocuencia siempre en su defensa, en nuestros tribunales, en el Consejo de Estado, en la Universidad, y, sobre todo, en nuestras Cámaras, de que era una de sus más brillantes lumbreras. ¿Quién no recuerda sus bellos discursos y sus simpáticas palabras?

El amor de la justicia le hizo también defender principios y patrocinar causas en que dió pruebas brillantes de su respeto á los pastores de la Iglesia y de su veneración por los principios católicos. El clero de Santiago tiene con él una deuda sagrada, y con singular afecto honra hoy su memoria y depone á sus pies una corona de eterna gratitud. ¡Nadie nos reprenderá porque somos agradecidos!

Su amor á la justicia le hizo, á veces, adoptar medidas que creyó debían redundar en bien de la patria, aun cuando le era fácil presentir que no se atraería con ellas el aura popular, que tan fácilmente ciega las inteligencias y enerva las voluntades.

Así fortificado por la justicia, como hombre político trabajaba por sostener cuanto era necesario para conservar el respeto á nuestras instituciones, sin oponerse á las exigencias del verdadero progreso y desenvolvimiento social. Deseó para su patria cuanto podía hacerla feliz; pero estaba dispuesto á sostener en ella todo lo que miraba como elemento salvador. Sí; el político cristiano busca el progreso, ama la libertad, acaricia la civilización, pero el progreso, que adelanta, la libertad que da vida y la civilización que ennoblece á los pueblos. El señor Tocornal no era ni retrógrado ni utopista, y sabía bien distinguir la libertad de la licencia. Amaba la libertad, pero bajo la ga-

rantía de la autoridad, que, lejos de ser su ruina, es su más firme apoyo.

Y, si el señor Tocornal fué justo en su vida, no extrañéis el que haya sido tan amado, porque la justicia es el resumen de las más bellas virtudes. Nadie puede poner en duda su honradez ni como hombre privado ni como hombre público. Jamás se le vió emplear, para conseguir la realización de sus deseos, medios torcidos ó expedientes dudosos. Quería gobernar á la luz del mediodía y aborrecía las intrigas políticas por naturaleza, por convicción y por principios.

Y ¡cuán rara es hoy, Dios mío, la justicia! ¡Cómo no hemos de sentir la pérdida de quien era bello ejemplo de tan preciosa virtud! ¡Quiera el cielo que todos sigamos la huella luminosa que nos deja trazada! ¡Quiera el cielo que sus bellos ejemplos encuentren en la patria no sólo admiradores, sino mejor, fieles imitadores!

————

Mas, el amor á la justicia no le hizo jamás ni terco ni altanero. Quien se acercaba á hablarlo lo hallaba siempre suave é insinuante. En él, según la Escritura, se juntaban la justicia y la paz. Su justicia le hacía ser generoso. El carácter del señor Tocornal era naturalmente generoso. No necesito yo de grandes esfuerzos para probarlo. ¡Oh vosotros, los que más que yo le habéis tratado de cerca! vosotros, los que fuisteis participantes de sus trabajos y de sus fatigas, y también vosotros, los que fuisteis, no sus enemigos, porque jamás los tuvo, pero sí sus adversarios en las graves discusiones de la política, decidme: ¿no admirasteis más de una vez la nobleza de su corazón y la elevación de sus miras? La dulzura de la firmeza y la moderación en la fuerza le fueron inseparables en la vida. ¡Qué poder no tenía sobre sí mismo! ¡Cuántas veces no le

vimos, en las acaloradas luchas de los partidos, y cuando su honor, su nombre y su porvenir se hallaban seriamente comprometidos, detener las olas de su elocuencia y acabar en la dulzura la frase que había empezado en la energía! Una ley de clemencia reposaba en sus labios: *lex clementiae in lingua ejus*, y en él se cumplió la gran ley del orden moral y del orden eterno: La dulzura viene de la fuerza: *De forte egressa est dulcedo* (1).

Se necesita, señores, de un alma noble para perdonar, cuando la venganza se presenta fácil, ocultándose bajo bellas formas, capaces de disfrazar su deformidad. El señor Tocornal jamás se permitió la venganza, y yo aun temo el pronunciar esta palabra en presencia de sus restos, cuyo corazón sólo supo amar y perdonar.

Es digno de alto elogio el combatir, el luchar por largos años y en campos agitados, sin que jamás la injuria asomara á sus labios, sin olvidar los respetos que se deben á todo hombre, sean cuales fueren sus ideas. El señor Tocornal deseaba convencer, pero no dominar; derramar su alma sobre las almas de los que no pensaban como él, para uniformar las ideas y traer la paz á los espíritus agitados en la lid.

Desempeñó más de una vez elevados puestos; pero bien sabemos que jamás los pretendió y que los dejó tan pronto como pudo comprender que las circunstancias así se lo exigían. Sabía mirar los altos puestos cual cargas pesadas y no cual fuente de lucro y de honor personal. Su generosidad de hombre público aparecía todavía más brillante cuando se le trataba como hombre privado. Yo aquí llamaré caridad á su generosidad é hidalguía. Jamás habréis oído á persona alguna hablar con más paciencia y caridad de los que no pensaban como él. Era fácil observarle refrenando las palabras, que eran tan naturales en lo que

(1) Jueces, XIV, 14.

decía, que parecía imposible el poder reprimirlas, suavizando hasta el extremo, aun lo poco que se veía obligado á revelar.

Finalmente, lo que para mí elogia sobre todo al señor Tocornal eran sus convicciones fijas é invariables. Cuando formaba parte del gobierno del Estado, todos sabíamos á dónde nos conducía sin peligro alguno. Su alma estaba en transparencia, pues su escuela era la del cristiano, su filosofía la de la Iglesia, su ley la del Cristo. Los estudios literarios y religiosos, las observaciones hechas en largos viajes, los años todos de su vida le confirmaron cada vez más en la verdad cristiana, que profesó hasta su muerte.

El señor Tocornal temía á Dios, ante quien era responsable de sus acciones. Un político sin Dios será un hombre sin conciencia, que no se detendrá en presencia de la injusticia, á quien no enternecerá el clamor del inocente ni moverán á compasión los ajenos males. Un político sin religión no ofrece otra garantía á sus gobernados, que sus propias ideas, mudables á cada paso según los tiempos y los hombres. Ningún deber reconocerá quien empieza por negar los derechos del Creador, quien rompe el lazo divino que le une con el cielo. La ley será sólo para él un pacto social, y la autoridad una necesidad precaria y transitoria.

Las ideas y los principios del señor Tocornal fueron fijos, porque fueron los principios cristianos; y sus virtudes fueron preclaras, porque fueron animadas por la gracia de Dios.

Republicano sincero, hizo por su patria cuanto le fué dado y trabajó por ella hasta sus últimos días. No pretendo yo decir que jamás pudo errar. Nó, era hombre; pero siempre obedeció á la fuerza de sus convicciones, y esto es ya mucho en este siglo, testigo de tantas debilidades y humanas flaquezas.

Amó á su patria y trabajó por su progreso, porque la idea conservadora no detiene la prosperidad y las reformas justas y necesarias; pero sí evita que ese empeño generoso malogre los más bellos esfuerzos. Nó, el republicano cristiano no intenta condenar á su nación al atraso. Para él, el trabajo y el movimiento es un deber y una pena de que nadie puede estar exento. Todo el mundo se agita y se renueva y nuestra ley cristiana es altamente progresiva. Mas, nuestro progreso ha de ser ordenado, para que así sea útil. Que ante todo progrese el alma, la virtud, la gloria pura; que progrese después la materia, sin absorber al espíritu. Que el progreso sea ordenado, moral, intelectual y material. Y en un país cristiano, no proceder así será siempre excitar movimientos y facilitar graves trastornos.

Pero más todavía. El señor Tocornal fué cristiano franco, decidido y sincero. Cristianos de esta clase es de lo que hoy necesitamos. Pocos servicios prestan á la Iglesia del Cristo aquellos hijos cobardes que sólo buscan á Dios en presencia de la eternidad, avergonzándose de adorarlo públicamente en vida, aun cuando secretamente le tributan algún culto. Si el cristianismo es la verdad, es debilidad incomprensible el avergonzarse de profesarlo. Seamos francos y sinceros, señores, como lo fué el señor Tocornal

---

Y sus convicciones le siguieron hasta su muerte. ¡La muerte! Ved aquí el término temido por todos. ¡La muerte! Ved aquí el solemne momento en que todos nuestros hermanos, aun los que nos amaron en la vida, nos tienden sus brazos y nos confían sus secretos. Para el señor Tocornal la muerte fué el término natural de su vida. Llegó á desearla, pues para su alma cristiana no se presentó llena de horrores. La fe es el principio del verdadero heroísmo.

Y, al llegar á su muerte, yo desearía pintarla con toda su verdad. Es difícil presenciar un espectáculo más solemne y grandioso. La gravedad del mal que le aquejaba por tantos días había debilitado hasta el último grado las fuerzas de su cuerpo; pero parecía que en la misma proporción se aumentaban los bríos del alma. Sus palabras elocuentes eran revestidas con toda la entereza de una voz firme y con toda la convicción del que está ya en contacto con el Ser Supremo. Miraba de frente á la eternidad; sabía que dentro de pocos momentos su alma se iba á lanzar hacia ella, y ante esa vista imponente su noble espíritu se engrandecía. Nada de aquella frialdad estúpida del alma incrédula. «Siempre he creído en la inmortalidad», dice; y con esta vibración su espíritu resonaba armoniosamente y se sentía tranquilo, cual las aguas del mar en calma, que dan un gemido al llegar en pequeñas olas á la orilla, pero que reflejan toda la luz del cielo en su profundo seno.

———

Rodean su lecho los amigos más queridos; para todos tiene una palabra de consuelo y una lección elocuente que dejarles. «No es posible, dice á uno de ellos, prescindir de Jesucristo en la sociedad y en la familia: sed sinceramente cristianos; para morir cual yo muero, creed como yo creo. Respetad la religión y sus ministros». Recibe por la vez postrera el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que lo guardará para la vida eterna; y, sabiendo que aun le restan algunas horas de vida, hace su profesión de fe cual lo haría un santo, diciendo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo:* Sí, ya quiero morir y hallarme con Cristo. Se ocupa hasta de los más insignificantes pormenores que tienden al bien de sus prójimos y piensa en hacer obras buenas de caridad. Llama á su lecho de muerte á su amado Pastor, para atestiguarle su sumisión cristiana y para reiterarle los senti-

mientos de su amistad, y se consuela con sus paternales palabras. Y, cuando hubo hablado con su obispo, aseguró á uno de sus deudos que moría feliz, porque el ministro del Señor le aseguraba los premios eternos. La agonía apura. Abrázase fuertemente con el crucifijo, mientras que los sacerdotes, bañados en lágrimas, encomiendan su alma. Sus ojos dicen lo que ya sus labios no pueden expresar, y su última y tierna plegaria va á terminarse en la presencia de su Criador, con toda la paz del buen cristiano. Era tanta su tranquilidad, que su último suspiro más bien pareció un deslizarse el alma de esta vida á la eterna, que no el último momento de su agonía.

La noticia de su muerte, bien que temida desde muchos días, cae cual rayo en el seno de la sociedad. El dolor crece por instantes. Ayer el pueblo todo condujo aquí sus restos, y lo que todos sentimos no es menester decirlo.

Mas, ya es tiempo de concluír.

La fosa está ya abierta y la tierra reclama lo que le pertenece. Conducidle, pues, servidores de la patria; conducidle al verde y triste cementerio, sepultadlo en medio de este pueblo, en la tumba de sus padres y á la sombra de esta cruz que amó en la vida y que con tanta ternura abrazó en su muerte. Llevadle por nuestras plazas y calles, para que el pueblo todo pueda darle, bañado en lágrimas, el último y solemne adiós, homenaje debido á su virtud. Mas, ese adiós es sólo dirigido á sus cenizas, porque es sólo su cuerpo mortal el que conducís, con lágrimas de amorosa veneración. El no está aquí; empero, nuestros ojos llorosos se consuelan con la esperanza de verle en los cielos.

¡Oh amado patriota y buen hermano cristiano! nos es forzoso el dejaros! ¡Adiós, pues, hasta la eternidad! No sólo te lloran tus hijos, no sólo te sienten tus amigos; tus conciudadanos todos lamentan tu muerte, y vienen á tu

tumba á recoger el soplo de vida y de inmortalidad que de ella se exhala.

En presencia de esos despojos, juremos, señores, imitar las virtudes públicas y privadas de que nos quedan tan bellos ejemplos. Dios y los hombres pagan á su tiempo el tributo á la justicia. Ya que el cielo nos ha quitado á tan cumplido hermano, estrechémonos todos con los fuertes lazos de la caridad cristiana, y prolonguemos, para gloria de la patria y en honor de esas cenizas, el bello espectáculo de unión que aquí presenciamos. ¡Así, esta ceremonia sería un principio fecundo de grandes bienes!

Ministros del Señor, continuad vuestras devotas preces y vuestros tristes cantos que yo había interrumpido, que ya nos va á ser quitado el último consuelo.

¡Ilustre Pontífice de nuestra Iglesia! orad con nuevo fervor por el hijo fiel que habéis perdido y de cuyo amor recibisteis tantas pruebas en vida y en muerte. Rodead por última vez esa tumba, derramad el agua de la purificación, alzad vuestras manos al cielo, y como pastor de la grey chilena, pedid al primero de los pastores, nuestro Señor Jesucristo, que coloque al que hoy lloramos en el número glorioso de sus escogidos!

¡Que así sea!



DISCURSO

Pronunciado en la solemne apertura del Colegio del Sagrado Corazón, de Valparaíso, el 12 de Junio de 1870.

El bello establecimiento en que nos encontramos está destinado, señores, á una de aquellas obras que á nadie es permitido mirar con indeferencia: la educación de la mujer, que es como decir la formación para el bien, de la mitad del linaje humano. Bajo este techo se reunirán vuestras hijas para trabajar en su feliz porvenir: estas clases les darán la ciencia de que la mujer necesita; esa silenciosa capilla les inspirará la virtud, cuyo encanto dominará su alma; esos jardines y esos preciosos huertos les brindarán grata sombra y tranquilo solaz para renovar sus fuerzas y premiar sus tareas infantiles; y todo ese movimiento se obrará al rededor de aquel Corazón divino que, cual ningún otro, ha amado con ternura á la infancia; motivo por el cual esta casa se llama del Sagrado Corazón. Sus vírgenes, las que le han jurado por siempre amor y servicio, van á ser las encargadas de dirigir á la juventud por los senderos de la vida. La virgen cristiana, que no supo lo que era amor al mundo, amará tiernamente á la inocencia. Después que deje cada día al pie del altar las flores que presenta á su Dios, descenderá divinizada á sembrar virtudes en los corazones cuyo cultivo le ha encomendado la obediencia. Es la juventud planta tan tierna, que ha menes-

ter, para desarrollarse y florecer, del tacto exquisito, de la pureza y del aliento embalsamado de la divina gracia.

Las religiosas consagradas á tan noble y elevado ministerio están ligadas por un voto especial á educar la juventud. Es ése su deber, elegido libre y espontáneamente. Se comprende así cómo pueden encontrarse aquí especialidades de tanto mérito que por ningún dinero podrían conseguirse en medio del mundo.

Se me ha dado el honroso cargo de deciros algunas palabras en este día, y, después de daros alguna idea de este instituto, os manifestaré su importancia.

————

Esta congregación tuvo principio en Francia en los primeros días de este siglo. El Sumo Pontífice León XII aprobó sus constituciones en 1826, y hoy día posee grandes colegios en París y toda la Francia, en Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia y Polonia, en varias ciudades de Africa, y en el Norte y el Sur de nuestra América. Sus pensionados gozan en todas partes de una fama laboriosamente ganada y cuidadosamente sostenida. Bastaría dar una mirada á los colegios que la congregación posee en nuestra patria. Ha debido ser bien ostensible el mérito de este instituto para que en pocos años haya podido radicarse y desarrollarse tan sólidamente entre nosotros.

La primera colonia de religiosas del Sagrado Corazón fué solicitada por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Santiago para la educación de niñas, arribó á nuestras playas en Septiembre de 1853. Hoy cuenta ya con un personal de cuarenta religiosas, entre francesas, alemanas, norte-americanas y no pocas chilenas. El pensionado de Santiago educa más de ciento cincuenta jóvenes internas, ciento el de Concepción y casi igual número el de Talca.

Al lado de todo pensionado se levanta siempre una escuela gratuita de niños pobres.

En Santiago cuida también la congregación, desde 1854 y por encargo del Supremo Gobierno, de la Escuela Normal de Preceptoras, que se encuentra en excelente pie y que ya ha dado buen número de maestras virtuosas é ilustradas. El fin de la educación dada por este instituto está, señores, claramente expresado en las siguientes palabras de su prospecto, que dice así: «Inspirar á las jóvenes el amor á la religión, enseñarles la práctica de los deberes que ella impone, formar sus corazones en las virtudes cristianas, comunicarles sentimientos generosos y elevados, adornar su espíritu con conocimientos variados y útiles, y realzar dicha instrucción con los ramos de ornato: tal es el fin de la educación religiosa, y tal es el que se proponen, en efecto, las religiosas del Sagrado Corazón».

Desde hoy, cuenta, pues, Valparaíso con un nuevo plantel de educación católica para sus hijas y debe felicitarse de haberlo conseguido. Un establecimiento como éste es de grande y manifiesta importancia social. Este colegio compartirá las laboriosas tareas de las religiosas de los Sagrados Corazones, que han educado ya tantas jóvenes y á quienes tanto deben en esta ciudad la piedad y la instrucción.

Manifestados á la ligera los antecedentes de esta casa de educación, apenas parece necesario el decir algo acerca de su importancia. Esta numerosa y escogida concurrencia está manifestando ya la simpatía con que se ha acogida esta obra.

Un gran sabio (1) sostiene, señores, que la mala educación de la mujer trae peores consecuencias que la de los hombres, porque los desórdenes de éstos, dice, provienen de la mala educación que han recibido de sus madres, ó de

(1) Fenelón.

las pasiones que otras mujeres les han inspirado en su mayor edad. Y, en verdad, que es tristísima la página en que la historia narra los males que ha causado la mujer mal educada. ¡Cuántas guerras, cuántos trastornos y cuánta sangre derramada por una sola mujer!

Por la mujer las sociedades se corrompen ó se mejoran. Ella es la piedra angular de la sociedad moral. Toda la familia gravita en torno de la mujer, y la sociedad está fundada en la familia. Los deberes que la mujer tiene que cumplir son sin duda el fundamento de la vida humana. ¿Queréis reformar al género humano? queréis mejorarlo ó queréis pervertirlo? Apoderaos de la mujer. Tiene ella en sus manos el misterio del porvenir. y si las mujeres no ayudan, dice Fenelón, los hombres mismos que tienen la autoridad no podrán por sus solas fuerzas establecer ningún bien efectivo. Dios, que ha restringido los límites de las fuerzas de la mujer, ha dado á su corazón un poder admirable. Ha encerrado en él tesoros de amor y de fe, que de su corazón se derraman sobre la humanidad para remediar incesantemente los males que causan los extravíos de la razón (1).

Además, por bien educado que el hombre sea, ¿de qué felicidad podría gozar, si la sociedad íntima de su casa está llena de amargura? Y los hijos, que son toda la esperanza del género humano, ¿qué llegarán á ser, si sus madres no los forman desde temprano para el bien?

Es cierto que la mujer no ha sido llamada por Dios á dirigir los negocios públicos, ni á tomar parte en las guerras, en las cosas sagradas, ó en las artes mecánicas; pero siempre ha tenido una intervención poderosa en la sociedad. Si la mujer es, pues, más débil que el sexo fuerte, por esto mismo, atendiendo á su elevadísima misión, es necesario fortificarla por medio de una esmerada educa-

(1) Beluino, La Femme.

ción. «Los más eminentes personajes, dice Bellemont (1), no creerían rebajarse haciéndose los institutores de la mujer. Ellos abrirán así el surco del porvenir y allí sembrarían los granos fecundos de la virtud». Si las virtudes de las mujeres, agrega Rousell (2), son menos brillantes que las de los hombres, son quizás de una utilidad más inmediata y más continua.

Nunca serán, señores, bastantes los cuidados que se tomen para educar bien á la mujer, por quien dejará el hombre, dice Dios, á su padre y á su madre; aquella creatura encargada de formar á los guerreros y á los héroes, á los magistrados y á los sacerdotes, á los sabios y á los poderosos, en una palabra, á las generaciones que están por venir.

Así es, señores, que la buena educación de las que serán un día madres de familia, es uno de los pensamientos más grandiosos que pueden concebirse y realizarse en bien de la sociedad. Sólo con la buena educación puede lograrse aquel inmenso tesoro que se llama la mujer virtuosa.

Pero ésa es obra más seria de lo que se cree. ¿Cuándo se convencerán los padres de familia, dice un autor contemporáneo, de que la carrera de madre de familia que van á dar á sus hijas es más larga, más costosa y más difícil que la carrera de abogado, de médico ó de ingeniero, que proporcionan á sus hijos.

No me toca el trazar aquí, señores, el plan de todo lo que debe constituír la educación de una joven. Mas, hay dotes que la han de embellecer desde temprano. Ante todo, aquel sentimiento noble y generoso que eleva el alma y fortalece el corazón; aquella virtud que el Apóstol declara útil para todo, la piedad, en fin, bellísimo fondo, que hace brillar en su dominio todas las dotes y todas las virtudes; la piedad que va siempre acompañada de la gracia y

(1) Le Courrier des familles.
(2) Systéme de la femme.

de la inocencia, nombre amado del cielo y nombre de bendición para la tierra; la piedad, celeste don, ese sentimiento interior, esa virtud afectuosa del alma, que hace cumplir con amor todos los deberes de la religión hacia Dios, es sin duda, en la educación de una joven, el rocío de la tarde y el rocío de la mañana, y el rayo del sol que hace crecer y florecer en su corazón las más amables y las más enérgicas virtudes, es decir, la fuerza moral, la energía para el bien, el valor invencible contra el mal, y el heroísmo del alma en las duras pruebas de la vida.

No es posible imaginarse una mujer sin piedad. «La mujer que el mundo llama despreocupada y el diccionario incrédula, dice Severo Catalina (1), se nos figura un ser inverosímil, absurdo, la negación de sí mismo».

¿Quién, señores, será capaz, fuera de Dios, de dar á una joven fuerzas bastantes para resistir á los ataques del respeto humano, á la influencia de los malos ejemplos y pérfidos consejos? quién podrá sostener su debilidad en tantas rápidas pendientes y peligrosas inclinaciones?

Ahí, sin el auxilio de Dios, la nube de lisonjas que rodea á la joven oscurecerá la atmósfera y turbará infaliblemente su vista. Caerán sobre su desgracia las lágrimas de su madre y sus propias lágrimas, pero incapaces de sanar su alma y de tranquilizar su conciencia.

La piedad no puede estar ociosa, y naturalmente inspira el amor al trabajo. ¡Cuán útil no es, señores, enseñar á la joven que la fortuna de sus padres y la posición brillante que ocupan no la exoneran de la ley general del trabajo! ¡Cuántos riesgos no corre una joven cuando llega á olvidar que todo hijo de Adán, ora haya nacido bajo dorado techo, ora en humilde choza, está siempre obligado á regar la tierra con sus lágrimas y á comer el pan con el sudor de su rostro! ¡Cuántas no son las vicisitudes de la fortuna y las adversidades de la vida! Pero una buena

(1) La Mujer.

educación que inspira el amor al trabajo es un salvoconducto infalible para siempre.

Y el trabajo en una joven que se educa ha de empezar por ella misma, instruyéndose desde temprano en todos los conocimientos necesarios según sus circunstancias, es decir, llenando su corazón de virtudes y su inteligencia de variados conocimientos. Porque no son los ramos de adorno los que hacen cumplida á la mujer, como no es el rico traje que viste el título de su mérito: tiene mucho que estudiar para llenar cumplidamente la misión que la Providencia le depara.

La educación de la mujer debe, pues, ser un arca sagrada donde nadie pueda llevar su mano sin ofrecer á la sociedad y á las familias todas las garantías posibles. No se debería admitir en el cuerpo docente, dice á este respecto Beluino (1), sino personas de una moralidad á toda prueba, y, sobre todo, profundamente religiosas. Si se hiciera así, la juventud, nutrida con las únicas creencias que pueden formar buenos ciudadanos, ofrecería al porvenir consoladoras garantías de orden y prosperidad. «Una sociedad, agrega el mismo autor, en que las mujeres son religiosas, puede esperarlo todo para el porvenir; aquellas naciones en donde las mujeres no tienen creencias, deben temerlo todo, ó más bien, están ya perdidas».

Y la infancia es el momento más propicio, ó, si se quiere, el más precioso para emprender las grandes reformas. No conocen el corazón humano los que intentan mejorarlo cuando ya está definitivamente formado. Preciso es aprovechar este tiempo, que influye en toda la vida. No olvidemos tampoco que nada hay tan tenaz como los defectos de la primera educación. Esos defectos perseveran siempre en el fondo, bajo el barniz con que se les cubre más tarde y bajo las formas más ó menos graciosas que los ocultan.

(1) La Femme.

El colegio que hoy abre sus puertas á la juventud llenará, no lo dudo, las condiciones de una educación religiosa y elevada. Agradezcamos al cielo este nuevo beneficio.



ORACIÓN FÚNEBRE

En elogio del señor Don Gabriel García Moreno, Presidente del Ecuador, pronunciada en las solemnes exequias que se celebraron en la Catedral de Santiago, el 7 de Octubre de 1875.

> *Et dedit se ut liberaret populum et acquireret, sibi nomen aeternum.* (I Macablos, VI, 44).
>
> Y se ofreció á sí mismo para librar á su pueblo, ganando un nombre eterno.

ILLMOS. SEÑORES: (1)

¿Qué extraordinaria desgracia, qué tristísimo acontecimiento, ó qué acerbo dolor os reúne aquí, señores, cubiertos de luto y lleno de amargura el corazón, en los momentos en que la patria contempla sus progresos y eleva trofeos de felicidad y de grandeza? (2) ¿Por qué el santuario está de duelo, por qué ha huído la alegría; y los fúnebres cantos y las sentidas plegarias han sucedido á los himnos de regocijo? ¿Qué hay de común entre nosotros y esa silenciosa tumba? ¿No es acaso el nombre de un extranjero el que está escrito sobre esa losa sepulcral?

¡Ah, señores! la grandeza no tiene patria y todo el orbe le rinde culto; y á la luz de esas teas fúnebres y en medio de esos tristes despojos de la muerte, yo veo resplandecer

(1) Los Illmos. señores Arzobispo de Santiago y Obispo de la Concepción.

(2) Alusión á la Exposición Internacional.

un nombre inmortal. Esta tumba ha sido erigida en honor del patriotismo cristiano; y venimos á pagar ante ella un justo tributo de admiración y á llorar un enorme crimen que ha manchado la historia de nuestro continente y empañado el honor de una república hermana.

Ora seáis amigos, ora adversarios de la víctima del Ecuador, tendréis que convenir desde luego conmigo en que algo de grande y de extraordinario la rodea; porque la América se ha puesto de pie al sentir sus ayes de agonía y ha detenido su marcha para contemplar horrorizada la sangre inocente vertida por el crimen. A la vista de ese cadáver, unos han derramado sobre él torrentes de lágrimas como en la muerte de un padre querido, bendiciendo su memoria; otros han lanzado destemplados gritos de una alegría inexplicable y de un deseo ya satisfecho, maldiciendo su puro nombre. ¿Cómo avenir sentimientos tan opuestos, un amor tan entusiasta con un odio tan profundo, si esta tumba sólo encerrara los despojos de un hombre vulgar? A ese hombre no se le desprecia, se le teme, aun cuando sólo quede de él un recuerdo: como que el mérito extraordinario, siempre envidiado ó estimado, ha de acarrear poderosos enemigos ó entusiastas admiradores.

Que todo, pues, el que sepa lo que es honor y dignidad humana; que cuantos sientan en sus pechos las delicadas emociones del verdadero patriotismo; que cuantos amen ardorosamente á su religión, se inclinen con respeto delante de esa tumba y rueguen á Dios por el eterno descanso del benemérito Presidente del Ecuador señor don Gabriel García Moreno. La gloria que le rodea, se proclama por sí misma y ninguna voz mortal alcanzaría á articular debidamente el himno de admiración que sentimos resonar en nuestros corazones.

Los hombres grandes no mueren, aun cuando caiga su cuerpo despedazado por duro hierro. Ellos empie-

zan á vivir desde el momento en que el tiempo termina. Cuando la eternidad se ha sentado con todo su peso sobre la losa que cubre sus restos, aparece sobre su pedestal la gran figura del héroe, luminoso y transparente con los rayos de la inmortalidad. La patria pronuncia entonces su sentencia: le decreta los honores de la grandeza, é inscribe su nombre en el bronce ó en el mármol, diré mejor, en el corazón agradecido de los pueblos.

Y ¿quién con más justicia que el malogrado Presidente del Ecuador, merece la humana alabanza, los honores de la gloria y ese eterno nombre ganado á fuerza de tantos sacrificios? ¿Quién, señores, con mejor título que ese hombre á quien los representantes de su nación acaban de declarar *«El más grande entre los hijos del Ecuador; vigoroso gigante que, sustentando en los hombros todo el peso de la república, infatigable y animoso, subía la escarpada pendiente del progreso y de la gloria?»* (1); ese hombre, que en medio de la cobarde apostasía de los gobiernos contemporáneos, repetía de rodillas á Jesucristo aquellas palabras del príncipe de los apóstoles, *etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor* (2), aun cuando el mundo entero te abandone, yo siempre te defenderé. ¿Qué se ha hecho ese severo censor, con sus ejemplos, de las flaquezas y miserias que vemos por todas partes? *¿Cómo ha caído ese hombre poderoso que salvaba á su pueblo?* (3) ¿Dónde está, Dios mío, el ardoroso guardián de vuestra casa, el defensor de la justicia oprimida, el leal amigo de mi patria, la gloria y el orgullo de la América católica? ¡Ah, señores! Ya no existe... y al recordar su trágica muerte tiembla mi voz y siento pasar por mis venas un secreto estremecimiento de horror que me obliga á exclamar: ¡impiedad, hé ahí tu obra!...

(1) Manifiesto del Congreso del Ecuador, 16 de Agosto de 1875.
(2) San Mateo, XXVI, 30.
(3) I Macabeos, IX, 21.

Cayó, católicos, inmolado por la patria á cuyo engrandecimiento consagró su laboriosa existencia y bendecido por la religión que le animó en toda su vida. Ha ganado en el Ecuador un nombre grande por los servicios que le prestó como buen patriota, y un nombre mucho mayor aun en el universo, por lo que hizo por la religión como verdadero católico. *Et dedit se, ut liberaret populum suum et acquireret sibi nomen aeternum.* Este es todo tu elogio. varón preclaro: tú no quisiste otro en la vida y yo no contrariaré tus deseos; y, si me fuera permitido, sobre tu sepulcro grabar quisiera con letras de oro, como resumen de tu pura gloria: *mártir de la religión y de la patria* (1).

Sirviendo á tan noble causa el señor García Moreno ha ganado una triple victoria: sobre sí mismo y por un extraordinario trabajo; sobre sus enemigos, por su valor y sabia administración; y sobre las ideas de la política anticristiana, por su fe.

Llamado, señores, por una voluntad que no sé resistir, para preconizar la grandeza de tan ilustre americano, no vayáis á imaginaros que se me oculta la desproporción que existe entre el orador y el héroe. Nadie como yo desearía poderlo honrar debidamente, y ¡plegue al cielo que la pobreza de mis palabras no empañe el lustre de tan gloriosa vida! Pero os confesaré que me siento entusiasmado al saludar en un solo hombre al sabio, al político y al cristiano y que miro con gozo el que la América le cuente entre sus hijos. Me alienta por otra parte el recuerdo de vuestra benevolencia al volver á dirigiros palabras de verdad desde esta ilustre cátedra y traeros á pensar en la vanidad de la vida, la ingratitud del mundo, las incertidumbres de la muerte y los consuelos maravillosos de la fe cristiana.

---

(1) El autor emplea la palabra *mártir* en un sentido general y obedece en todo á los decretos de la Santa Iglesia y especialmente al de Urbano VIII.

Mas nó: sois Vos solo, Dios mío, mi guía y mi sostén. En Vos pongo mi esperanza. Adoraré al Dios de los ejércitos, pero invocaré al Dios de la paz. No permitáis, Señor, que mis labios pronuncien una sola palabra que no sea dirigida á daros gloria y á despertar en mis hermanos sentimientos de caridad y de edificación.

Cuando da Dios miradas de compasión á un pueblo afligido y se propone consolarlo, el medio más común de que se vale en su poder, es enviarle algún hombre extraordinario que reanime su valor y repare sus abatidas fuerzas. Aquel *homo missus a Deo* (1), el hombre enviado por Dios de quien nos habla San Juan, es en resumen la historia de la resurrección de los pueblos que ordinariamente repiten la queja del paralítico del Evangelio: *hominem non habeo* (2), me falta un hombre! Y, cuando ese hombre aparece, el pueblo oprimido sale del Egipto; Jerusalén se levanta en toda su gloria; el valiente Macabeo se hace respetar del poder romano; César domina al mundo; y Colón enciende la antorcha de la fe en un continente hasta entonces desconocido. Tal misión es el mejor presente que el Todopoderoso hace á los pueblos y la mayor gloria que pueda dar á la criatura; pero glorla casi siempre dolorosa y sangrienta.

El Excmo. señor don Gabriel Garcia Moreno recibió esa honrosa misión que cumplió hasta el sacrificio. Sacó al Ecuador de la anarquía y le dió una paz estable; durante su gobierno todas las esferas de la actividad humana se ensancharon; y el carro triunfante del progreso corrió majestuoso por todos los ámbitos de la feliz nación que veía llegar la hora de su grandeza.

«Desde que, poniendo en Dios toda nuestra esperanza,

(1) San Juan: I, 6.
(2) San Juan, V, 7.

decía á los legisladores de su patria (1), y apartándonos de la corriente de impiedad y apostasía que arrastra al mundo en esta aciaga época, nos reorganizamos en 1869 como nación realmente católica, todo va cambiando día por día, para bien y prosperidad de nuestra querida patria».

Vosotros conocéis los pormenores de la vida de ese varón ilustre. Tuvo en la juventud toda la prudencia de la edad madura; y, como no perdió sus mejores años en los placeres, vió llegar una ancianidad sana y vigorosa. Pasemos en silencio sus brillantes estudios que le abren las puertas de la Universidad de San Fernando y que obligan a Humboldt á guardar en su célebre *Cosmos* el nombre del sabio joven ecuatoriano. Su amor á la justicia le hace contarse entre los abogados más notables, para amparar á la inocencia perseguida; su amor á la religión le lleva á profundizar los estudios de la teología; y su amor á la humanidad le hace familiares los secretos de la medicina. Su sed de saber era inagotable. Interrogaba á las bibliotecas de su patria por sus más célebres obras y daba expansión á su elevado espíritu, leyendo el poema de la creación en los caracteres del cielo y de la tierra, y alabando en los astros, en los bosques y selvas, en las flores y bellísimas aves de la hermosa zona en que habitaba, el poder, la hermosura y el amor del que de la nada formó cuanto admiramos. No satisfecho con lo que podía aprender en América, corrió á perfeccionar sus estudios en Europa, á oír las lecciones de los sabios de la Universidad de la Sorbona; á aprovecharse de los últimos descubrimientos y aparatos científicos con que tanto han ganado los estudios de las ciencias naturales; á interrogar los antiguos monumentos; á admirar, en fin, los modelos de los grandes genios antiguos y modernos.

Cuando volvió á su patria cargado con utilísimos cono-

(1) Ultimo discurso presidencial de García Moreno.

cimientos, empezó á comunicarlos á sus discípulos para hacerlos participantes de su saber. Esas sabias lecciones sólo se interrumpieron cuando la patria le pidió sus servicios de ciudadano; porque García Moreno tomó, señores, desde joven parte activa en la política del Ecuador, deseoso de imprimirle una marcha digna y elevada.

Hay, es cierto, una política que se debe aborrecer, la política del egoísmo; la política sin fe ni ley, que sólo conoce el éxito por la fuerza, la astucia ó la mentira; la política de la tiranía y de la opresión; aquella política de los hechos consumados y de las grandes injusticias que despedaza á la Polonia y pone en cautiverio al represen tante en la tierra del honor y de la verdad.

¡Ah! cada vez que tal política alza la cabeza, es virtud, es deber de todo hombre honrado combatirla hasta morir. No importan los sufrimientos, que quien defiende una causa santa puede morir, dice un Padre de la Iglesia, *occidi potest*, pero no puede ser vencido, *vinci non potest* (1).

Al contrario, la política que respeta á Dios y á sus leyes, que quiere el progreso llevado en las alas de la libertad y de la justicia; la política del orden y de la paz que engrandece á las naciones reprimiendo la licencia, esa política ha de contar por cierto con el apoyo y simpatías de todos los corazones generosos, porque no es otra cosa que el buen servicio de la patria; y tan noble causa encontró siempre un robusto y decidido defensor en el señor García Moreno.

———

En la enseñanza como profesor y en la prensa como escritor distinguido, combatió enérgicamente la irreligiosa Constitución del Ecuador de 1843 y las leyes que atacaban los derechos de la Iglesia ó debilitaban la autonomía de

(1) San Agustín.

su patria. Nunca se pudo conformar con que bellísimas provincias hubieran quedado como prenda de vergonzosos arreglos con las naciones vecinas.

Cuando en nombre de la libertad, esa diosa que hoy ampara todo los crímenes, fueron expulsados los jesuítas del Ecuador, el señor García Moreno tomó su vindicación publicando una célebre Defensa, que le valió el ostracismo, teniendo que salir precipitadamente de su patria como proscripto. No lo extrañéis, señores: era, por una parte, gobierno liberal el que se había entronizado en Quito, y, por otra, Dios empezaba á probar con el sufrimiento á su hombre. Quien no ha sufrido, pregunta el sabio, ¿qué es lo que sabe? La adversidad, agrega, es la que saca del fondo del corazón cuanto tiene y revela al hombre todo lo que es. Dejar voluntariamente á los suyos es siempre un dolor. Abandonar violenta y repentinamente cuanto el corazón más ama, ha de ser un dolor incomparable. Marcha, joven ilustre, tranquila la conciencia y puro el corazón. Ve á lejanas playas en busca del asilo hospitalario que te niega la patria; ve á deplorar desde lejos las desgracias de tu pueblo: Dios es tu padre y ha declarado felices á los que sufren persecución por la justicia de una noble causa (1).

Por segunda vez visitó, pues, García Moreno la Europa, donde se contrajo á estudiar la marcha de los gobiernos al mismo tiempo que asistía á las lecciones públicas. El destierro terminó pronto, y su patria le nombró rector de la universidad de Quito, reputándole el hombre más ilustrado del Ecuador. No se engañaba: en ese puesto despertó el nuevo rector el entusiasmo por la ciencia y consiguió que los diferentes grados universitarios se otorgasen al verdadero mérito y no al favoritismo.

Como senador de la república, en diferentes ocasiones, llegó á ser el alma de tan respetable cuerpo, y por voluntad del pueblo fué, en 1859, mienbro del Triunvirato guber-

(1) San Mateo, V, 10.

nativo que se eligió para salvar á la república de la anarquía. Sus colegas le confiaron la dirección de la guerra, y García Moreno, que sabía ceñirse con honor la espada de general, empezó á llevar la vida austera del soldado en los campamentos. No penséis que vaya yo á aplaudir al guerrero. Sacerdote católico, deploro los misterios de la guerra, sin que pueda explicarme por qué las simientes de la paz sólo germinan en los surcos regados con la sangre. Mas ¿quién habrá que, deplorando la guerra, no admire al mismo tiempo el denuedo del soldado y los santos principios que defiende? ¿Quién no recuerda, lleno de entusiasmo, las heroicas hazañas de nuestros antepasados en Maipú ó Pichincha, en Junín ó Ayacucho? ¿A quién no consuela el pensar que el título de Dios de los ejércitos no brilla sin alguna grande y profunda razón en tantas páginas de la Sagrada Escritura? Pagó, pues, nuestro héroe tributo á la dura necesidad y fué soldado, defensor de su pueblo y de sus instituciones; y la fortuna le coronó en los campos de batalla. Su solo nombre reanima aquí el valor de los soldados, ó como en Guayaquil, intimida allá al centinela que vigila en los baluartes enemigos. Vencedor en las jornadas de Sablún, Yagui, Rababoy y otros puntos, con los ejércitos que ha improvisado su valor, estrecha y reduce al adversario, y vuelve á la capital lleno de gloria. En su entusiasmo el pueblo le proclama presidente provisorio, esperando que la paz se consolide para proceder á una elección constitucional.

La fama de García Moreno se aumenta más aún, cuando, resuelto á vencer ó morir, llama á los valientes que quieran seguirle á reprimir la rebelión, y, alzando la insignia de almirante en el vapor Talca, el mismo que hemos conocido en nuestras costas, arrebata al enemigo la única armada con que contaba la república, é inmortaliza su nombre en las aguas de Jambelí, dando muerte para siempre á la anarquía.

Tan espléndidos triunfos aseguraron definitivamente su influencia en la República, y, elegido presidente según la constitución del Estado, reducidos á la inacción sus enemigos, se entregó de lleno al engrandecimiento de la patria, sin que volviera á levantarse ningún nuevo perturbador del orden social.

Si fué célebre su nombre en los campos del honor militar, mucho más lo fué en las tranquilas tareas de la paz; y me veo embarazado para recordar siquiera en pocas palabras cuántas grandes obras realizó su genio creador. Para él nada era imposible. Semejante, os diré con un ilustre orador americano, á aquellas águilas que en el rápido curso de su vuelo, sea que se remonten sobre inflamados volcanes, hondos precipicios, lagos insondables, ó escarpadas montañas, jamás detienen su vista en lo que se halla á sus pies; así ese activo presidente, sin fijarse en las dificultades, dirige su ardoroso empeño á refrenar la licencia, á aumentar el crédito del Ecuador, á dar respetabilidad á su gobierno y solidez á sus instituciones.

Todo lo mejora en el orden material y todo lo consolida en el orden social. Los que últimamente han visitado el Ecuador han vuelto maravillados de sus progresos. Donde antes eran los caminos tan difíciles y tan peligrosas las marchas, cómodas carreteras comunican ahora á los pueblos más remotos, y centenares de puentes, levantados algunos desde los abismos, nivelan el desigual suelo de las grandiosas cordilleras. El tiempo y el espacio, estas dos grandes condiciones de nuestra existencia terrestre y á las cuales tienen que sujetarse nuestras almas á pesar de su naturaleza espiritual, van allí cediendo en presencia del vapor que recorre cómodas líneas férreas y de la electricidad que une y acerca á los pueblos. Los navegantes visitan sin temor los puertos del Ecuador, pues saben que sus bahías han sido escrupulosamente estudiadas y que en las oscuras noches serán protegidos por luminosos faros,

los mejores quizás de Sud-América. Las ciudades se renuevan y engrandecen ostentando bellos edificios, asilos los unos de las ciencias y de las artes, consuelo los otros de la miseria y del dolor. Amante toda su vida de la instrucción, le consagró García Moreno los más solícitos cuidados, pues estaba convencido de que la ignorancia es el mal supremo de los pueblos, y el peor enemigo de la sociedad y de la religión. ¡Cuánto hizo, señores, por la difusión del saber! ¡Escuela Politécnica y Observatorio astronómico de Quito, Cursos superiores de ciencias, letras, bellas artes; laboratorio de química y gabinetes de física, geología, botánica, zoología y mineralogía, durad largos siglos y publicad la gloria de vuestro ilustre fundador! ¡Y vosotros, colegios de San Gabriel en Quito, Loja, Cuenca, Riobamba y Guayaquil, sed á vuestro modo eternos testimonios de su entusiasmo por la difusión de las luces y la prosperidad de la patria!

Vedle todavía, señores, activar la creación de nuevas diócesis, enviar misioneros á las tribus aborígenes, fundar hospitales, casas de huérfanos y de maternidad y ser la viva providencia de los necesitados, visitando á cada paso y en el instante menos pensado, estos benéficos establecimientos, después de haber atendido á las necesidades generales de la nación. Su caridad fué admirable en las calamidades públicas, como lo manifestó en el gran terremoto de Imbabura. Y, á pesar de tantas obras ejecutadas, las rentas se multiplican de manera que alcanza á pagar las deudas públicas contraídas en las anteriores administraciones, y pide en seguida al congreso disminuya, en vez de aumentar, las contribuciones. Es esto tan conocido y estimado en el Ecuador, que en los grandes funerales que se le hicieron en nombre de la patria, el orador sagrado pudo decir en presencia de todo el pueblo: «Recuérdese el estado de las rentas antes de 1860 y búsquense los grandes gastos en obras públicas y en mejoras sociales, y nada se en-

contrará para explicar la inmensa deuda que venía amontonándose de años atrás» (1).

El orden moral mejoró tan notablemente que, á la penitenciaría por él construída en la capital, sólo cincuenta culpables han entrado de toda la población de la república, que pasa de un millón.

La escuela fué también para García Moreno agente eficaz del mejoramiento social. La estableció por todas partes, hasta entre los indígenas, tan despreciados y olvidados en las administraciones anteriores; y para contar con maestros aptos, fundó una Escuela Normal de Preceptores, que está dando sazonados frutos. Quienquiera la regeneración de las sociedades ha de empezar por la niñez. El alma del niño es una blanca página dispuesta para recibir la impresión de la verdad y de la virtud. Por medio de la niñez hace Dios *á los siglos corregibles y á las naciones curables*. Por medio de ella puede penetrar la inocencia en el mundo, así como por la desgracia sabe Dios despertar el arrepentimiento en los corazones rebeldes. Y la Iglesia, injustamente acusada tantas veces como enemiga de la instrucción, no ha esperado el siglo XIX para abrir escuelas hasta en sus mismos templos, pues á nadie como á ella viene mejor la luz. Pero, al dar la ciencia, se apresura á enseñar su recto uso, á fin de proporcionar la fuerza á la obra, la creencia al deber, manteniendo la armonía entre los destinos sociales; es decir, que la enseñanza católica desarrolla la conciencia al mismo tiempo que la inteligencia; enseña lo que se ha de hacer y lo que se ha de saber, y para conseguirlo coloca el catecismo á continuación del alfabeto, para irradiar desde temprano sobre el corazón del joven la *luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* (2). Por eso la escuela ha sido siempre en to-

---

(1) Oración fúnebre del señor Cuesta, *Nacional*, núm. 450

(2) S. Juan, I. 9.

das partes religiosa, y tal la estableció el Presidente del Ecuador. «La religión, ha dicho el célebre Tocqueville, es el primer elemento de la escuela norteamericana, porque la religión es la primera base de la libertad» (1).

No faltan quienes entre nosotros trabajen por derribar esa robusta base, dejando sin cimiento la conciencia del niño, porque nada han encontrado todavía con qué reemplazarla. ¡Ay de la generación sin fe que se levante! qué amargos días preparará á la patria!

Y, antes de pasar más adelante, no puedo dejar de recordaros que ese hombre tan ilustrado y tan patriota, tuvo á Chile un afectuoso amor. Cuando la España ofendía nuestro derecho, bloqueando nuestras costas y quemando nuestras ciudades, García Moreno fué nuestro más leal y desinteresado amigo. Después de decidir al Ecuador á hacer suya nuestra causa mediante la alianza, pidió á su gobierno le nombrara plenipotenciario del Ecuador en Chile. Habiendo examinado nuestra situación en tan injusta guerra, propuso diferentes proyectos, á cual más atrevido, dirigidos á humillar al enemigo, aunque peligrase su propia existencia, y sólo volvió á su patria cuando perdió las esperanzas de sernos útil. «No quise permanecer más tiempo, escribía á uno de sus amigos, de espectador de la peligrosa y costosa inacción en que se ven Uds. á pesar de la sensatez, valor y patriotismo admirables del pueblo chileno. Me vine, pues, á reposar á mi casa, rogando á Dios que esa nación no tenga tras sí la deshonra y talvez la anarquía y la ruina de ese rico y adelantado país que amo como mío y que es honra y prez de la América. ¡Ojalá mis súplicas sean escuchadas!» (2). Y, pasados los peligros materiales, se afligía pensando en los peligros mil veces mayores á que nos precipitábamos por nuestra pro-

---

(1) La Democratie dans l'Amerique.

(2) Carta fechada en Guayaquil, Febrero 12 de 1867.

pia voluntad y como cansados de nuestro progreso, prosperidad y dicha. Al saber las imprudentes reformas proyectadas, volvía á escribir algunos años más tarde: «Esa República para mí tan querida se ve amenazada por un porvenir triste y sombrío... Dios la preserve de los males que le preparan los que se avergüenzan ahora de la sagrada religión de sus mayores, á la cual debe Chile su grandeza y nombradía... Se acerca ya el tiempo en que todos tendrán que ser ó amigos verdaderos ó enemigos declarados de Jesucristo» (1).

¡Cuánta penetración y qué amor tan sincero y tan cristiano encierran esas palabras!

Seguía siempre con interés nuestros negocios y había manifestado el deseo de fijar su residencia entre nosotros, si la patria, como ordinariamente acontece á los hombres ilustres, le olvidaba.

¿Cómo ha logrado este hombre extraordinario realizar tantas obras? ¿Cuál ha sido el secreto de su poder? ¿A quién, á dónde acudía en busca de inspiraciones y de fuerzas? No lo ignoráis, señores: era un verdadero cristiano y confiaba en Aquel, á quien *el Padre dió todo poder en el cielo y en la tierra* (2).

«Siento que mi confianza en Dios crece cuando sé que se le ruega por mí, escribía. Ruéguele, pues, continuamente para que me conceda las luces y fuerzas que necesito, á fin de que busque únicamente en todo la gloria de El, de la cual depende exclusivamente la ventura de la sociedad» (3).

El Evangelio era su guía y su mentor y deseaba que esa luz divina descendiese sobre su patria con igual abundan-

(1) Cartas fechadas en Quito, autógrafos.

(2) San Mateo, XVIII, 18.

(3) Carta fechada en Quito, Octubre 29 de 1873.

cia que la luz del astro del día, y se gloriaba en presentar honores soberanos á la Hija del Rey de los cielos, la santa Iglesia, en su paso por la tierra. No dobló jamás la rodilla delante de los ídolos modernos, sino que con su corazón, sus palabras y sus obras repetía al Señor con el profeta: *Te oportet adorare, Domine, á Ti solo, Señor, yo adoraré* (1).

Cuando la ola del mal recorre todas las playas y en los momentos en que la América sigue servilmente los malos ejemplos de la Europa descreída, él sabe oponer á los torrentes de la maldad esa roca formidable á quien las persecuciones consolidan y los siglos vigorizan, la santa Iglesia Católica. Y ¡felices los pueblos, especialmente republicanos, que son gobernados por jefes sinceramente religiosos que respetan la ley de Dios, porque la libertad social está entonces asegurada! Ya un sabio moderno nos ha dicho «que siempre que han llegado á cerrarse á los hombres las puertas de la libertad, la religión se ha encargado de abrirlas. Hallándose degradados los pueblos, y careciendo de fuerza, no se encontraban en estado de defenderse, ni de hacer prevalecer sus derechos, contra la violencia de sus príncipes y señores: entonces les defendía la religión, sólo la religión les escuchaba, hablando en nombre del cielo». No vayáis, señores, á mirar con desdén estas palabras como si fueran las de un amigo parcial. Esperad, y sabed que han sido dichas por el protestante Guizot (2). La misión de la autoridad social es procurar la paz y la felicidad de los asociados y esto no puede conseguirlo sin la religión; porque la religión defiende nuestra alma, nuestra conciencia y nuestra libertad individual. Un gobierno sin religión es un gobierno sin límite, es decir, es un gobierno cercano á la tiranía, porque hará lo que le agrade, y ya sabéis que los tiranos lo quieren todo para sí, hasta los honores divinos. Tenemos el santo derecho de resistir

(1) Baruc, VI, 5.

(2) Civilización Europea, pág. 151.

cuando se viola nuestra conciencia, apelando á la eterna justicia; en presencia de las hogueras, de las espadas y de los cadalsos podemos y debemos repetir el inmortal *non possumus* de los mártires. Quitadme la vida, pero no dominaréis la conciencia; haced correr torrentes de sangre, pero no me arrancaréis la fe.

Y, para dar García Moreno en el Ecuador toda su grandeza á la religión, enalteció á la Iglesia tronchando las cadenas con que la encontró atada. «Pues tenemos la dicha de ser cristianos, dijo á las cámaras, seámoslo lógica y abiertamente y borremos de nuestros códigos hasta el último rastro de hostilidad contra la Iglesia, pues todavía algunas disposiciones quedan en ellos del antiguo y opresor regalismo español, cuya tolerancia sería en adelante una vergonzosa contradicción y una miserable inconsecuencia» (1).

Y ved aquí, señores, el modo de remediar eficazmente los males que algunos creen ver en la unión de la Iglesia y del Estado, y es el quitar á la Iglesia las cadenas con que la aprisionó entre nosotros la España regalista. Feliz y próspera marchará la República viendo en franca y cordial amistad á la Iglesia y al Estado como dos hijos del cielo. Y no olvidéis, señores, que en un país católico como el nuestro, no hay término medio posible, sino la Iglesia amada y respetada y la Iglesia perseguida. Ved lo que ha pasado en todos los pueblos donde se ha efectuado esa decantada separación y cuántos horrores, cuántas injusticias han tenido que deplorar.

Gozando la Iglesia de amplia libertad en el Ecuador, las instituciones religiosas han sido eficaces auxiliares del progreso cristiano y de la moralización del pueblo. Largo fuera enumerar cuánto han hecho allí en la enseñanza los sabios jesuítas y los célebres Hermanos de la Doctrina Cristiana; los celosos religiosos de los Sagrados Corazones y los

(1) Mensaje al Congreso en 1873.

abnegados Lazaristas y Redentoristas, á más de las antiguas órdenes religiosas. Y en los establecimientos de caridad y de beneficencia, cada miseria ha encontrado un consuelo, cada dolor un remedio en las benéficas congregaciones de la Providencia, del Buen Pastor y de la Caridad, esas mismas que el gobierno liberal de Méjico acaba de expulsar cobardemente para vergüenza de la humanidad.

Pero no puedo yo callar aquí aquel acto verdaderamente heroico de García Moreno, cuando protestó contra la ocupación de Roma en medio del culpable silencio é indiferencia de las naciones. El augusto y amadísimo Pontífice que es hoy la gloria más pura de la humanidad, ese venerable anciano sobre cuya frente brilla la triple corona de la dignidad, de la virtud y del sufrimiento, se vió de improviso despojado por la fuerza, de sus Estados, y cuando llamó á sus hijos en su defensa, sólo oyó la voz del menor de ellos que protestaba en nombre de la justicia contra esa deshonrosa y aleve opresión. ¡Eterna gloria para el Ecuador! Y vosotras, poderosas naciones que dejáis al justo oprimido por el fuerte y al inocente encadenado, oíd lo que el profeta os dice: «¡Ay de la nación expoliadora! Será á su turno despojada; ¡desgraciado de aquel que atesora la presa de su concupiscencia! Las piedras mismas gritarán contra él» (1).

Y, cuando García Moreno nada pudo conseguir de los Gobiernos, se apresuró á auxiliar al augusto Pontífice conforme á los recursos de la nación; y en su último discurso, que mejor llamaría público testamento, consignaba estas solemnes palabras: «Ya que nuestra debilidad nos fuerza á ser pasivos espectadores de su lento martirio, que reciba al menos en esa tan corta dádiva una muestra de ternura y de cariño y una prenda de obediencia y de fidelidad» (2).

(1) Isaías.
(2) Ultimo mensaje presidencial. *El Estandarte Católico*, núm. 348.

Ved, pues, apuntados á la ligera algunos de los títulos con que García Moreno ha merecido la humana alabanza y ha adquirido un nombre eterno en América y en el mundo. ¡Ah! y nada os he dicho de su vida privada como hombre, como esposo y como padre. ¡Oh! si al menos pudiera yo revelaros cuánta piedad, cuánto fervor y devoción encerraba ese cristiano corazón! ¡Qué ejemplos tan edificantes ha presenciado Quito! Dios hará célebre su sepulcro, y su tumba será en adelante el lugar donde vayan á reanimar el espíritu cristiano sus compatriotas. Yo no extrañaré que á los honores fúnebres que en América se le decretan por los pueblos, se agregue el honor más grande que un cristiano pueda recibir en la tierra, y es el merecer las plegarias del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, yo me figuro ver al mártir del Vaticano orando por el mártir del Ecuador y elevando al cielo por su eterno descanso el cáliz de salud. Un mismo amor los ha unido, una misma causa los ha coronado de dolor, un mismo Dios los ha de recompensar. ¡Restos despedazados del héroe, saltad de alegría en el sepulcro, que el Vicario del Cristo os bendice y os llama, no á continuar esta triste y mezquina vida, sino á gozar de vida inmortal!

Pero ya es tiempo de concluír. Y, al preconizar la grandeza de García Moreno, no es mi ánimo declararlo inmaculado. Fué hombre, y no hay virtud sin imperfección. Pero se hacen á su memoria imputaciones calumniosas y se propalan juicios evidentemente apasionados.

Para juzgar á García Moreno es menester fijarse en las circunstancias en que le tocó gobernar, en los enemigos que le contrariaban y, sobre todo, en que era defensor de la religión y observante severo de la ley de Dios; y dicho está que todos los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo han de sufrir persecución (1). ¡Oh cruel trastorno

---

(1) II Timoteo, II, 3.

de las ideas! A los que hoy día encarcelan obispos en Rusia, Alemania, Suiza ó Brasil, y destierran á millares de sacerdotes, se les llama héroes de la libertad, y no es extraño que á quien defiende á la religión se le llame por este solo hecho, enemigo de la patria.

Se le acusa de severo, sin recordar que las enérgicas medidas son tantas veces necesarias para refrenar la licencia, para conservar el orden social y satisfacer la vindicta pública. Más alto que las destempladas voces de la calumnia hablan las grandes obras que ejecutó, el dolor que por su muerte ha sufrido el Ecuador, y la unánime voluntad del pueblo que le llamaba por esos mismos días á ser por un nuevo período constitucional su Supremo Magistrado. Nó, á ese hombre no se le puede llamar enemigo de la patria, y para él me imagino dejó el Espíritu Santo aquel bello elogio y cumplida defensa: «Al protector de la ciudad, al defensor de su nación, al celador de la ley de Dios se atreven á llamar enemigo de la República» (1).

———

¿Qué falta, pues, señores, para que en presencia del Dios de la justicia reconozcamos que nuestro héroe merece un eterno nombre, porque en verdad se ofreció á sí mismo por librar á su nación? Y ¿qué recompensa le dará la patria? ¡Ah! viendo que en sus manos todo progresaba y que por todos modos procuraba exaltar á su pueblo (2), le ofreció por tercera vez el solio de la nación; pero Dios, que quería ya recompensarlo, le llama al eterno reino, y le prepara y le purifica por el dolor. Las ingratitudes de América para con Dios ¿exigen una víctima expiatoria? ¡Qué víctima más aceptable, ni más resignada! Mirad por todas partes, señores, y ved si divisáis algún otro Abel cu-

(1) II Macabeos, IV, 2.
(2) I Macabeos, XIV, 35, 36.

ya sangre derramada grite con más eficacia: ¡perdón, misericordia!

Venid, católicos, y ved á la víctima postrada ante el altar recibiendo el Viático para la eternidad. Venid y ved, quizás por la última vez, al Supremo Jefe de una nación confundido con la multitud, dando el bello ejemplo de la fraternidad cristiana al rededor de la mesa eucarística á que acostumbraba acercarse frecuentemente. Ignora que recibe á su Juez que en un instante más le va á sentenciar; pero él diría al Señor con el Salmista: mi corazón está preparado (1). ¡Silencio! que la víctima ora y los ángeles le tejen la corona del martirio....

Mientras tanto, sus enemigos le acechan: aquí se juntan para comunicarse las inspiraciones que les sugiere el infierno, allí se apostan para que la víctima no escape á su furor; ¡qué escenas tan opuestas! El nuevo Judas ya se acerca llevando oculto en su cobarde pecho el precio de sangre que acaba de recibir de algún secreto Sanedrín; y el mismo golpe fratricida que derriba en tierra y baña en su sangre á la ilustre víctima, arranca torrentes de lágrimas á la virtud, á la inocencia y á la gratitud de todo un pueblo..

¡Llora, llora, Ecuador, nación hermana, y haz resonar tus ciudades con clamoroso llanto, pues no hay para ti consuelo! Ha caído tu escudo y tu sostén. Una mancha de sangre señalará para siempre en la historia el aciago 6 de Agosto de 1875. Que la América toda te acompañe en tu pesar, deplorando tanto crimen. Y tú, santa Iglesia Católica, sostén en su dolor al augusto anciano, al venerado Jacob, padre de los creyentes, cuyo sensible corazón va á ser despedazado por tan inesperada noticia. ¡Ah, Jacob, padre mío! una fiera pésima ha devorado á tu querido José; mira si esta túnica sangrienta es la de tu fiel hijo (1).

(1) Salmo LIV, 8.

(2) Génesis, XXXVII, 32.

Los sacerdotes del Señor, llenos de amargura, recogen los miembros despedazados de la víctima que, antes de expirar, es fortalecida con los últimos consuelos de la santa Iglesia; y, como el ministro del Señor le preguntase: ¿perdonas de corazón á tus enemigos? no pudiendo ya hablar por no permitirlo la agonía, recoge con supremo esfuerzo los últimos restos de su vida para manifestar que su corazón perdonaba; perdón que oiría el Dios misericordioso.

La consternación es general y hasta los mismos culpables, que se proponían con tan funesto golpe trastornar el orden público, se sienten sobrecogidos de espanto y huyen precipitadamente. Por todas partes sólo se oyen gritos lastimeros de dolor, ó tremendas palabras de execración al crimen cometido. Con una celeridad extraordinaria se esparce por la República la funesta noticia, arrancando abundantes lágrimas á los ojos de sus habitantes. La turbación y el dolor son indescriptibles. Los unos creen que todo está perdido para siempre con la muerte del salvador de la nación y ya se imaginan ver al monstruo de la anarquía levantando su cabeza amenazante y al país bañado en sangre, teatro de crueles venganzas. Los otros deploran el descrédito que va á sufrir el país ante el mundo civilizado con un acto de tanta barbarie. Mas, pasados los primeros momentos, procuran todos salvar á la nación y juran ante el cadáver del héroe conservar en su honor las instituciones y el orden público. Al punto se dictan sabias medidas y todos los círculos sociales rodean á los representantes legítimos del poder ofreciéndoles su apoyo.

¡Católicos! ¿y qué alivio, qué consuelo, á más de nuestras plegarias, podremos enviar á la nación hermana en tan triste quebranto? ¿Qué lección recogeremos nosotros de tan trágico suceso? Es para mí un consuelo el pensar que esa sangre va á ser útil al Ecuador, porque inclinará en su favor las misericordias del Altísimo. La tierra man-

chada no se lava con la sangre de los animales, ni con la de los culpables derramada por la espada de la ley. La tierra siempre grita reclamando sangre, y, cubierta de cadáveres, se nos representa cual un altar inmenso, en el que todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin descanso, hasta la consumación de los siglos, hasta la extinción del mal. hasta la muerte de la misma muerte, como quiere San Pablo (1). La espada del ángel exterminador sólo se detiene cuando se presenta una víctima inocente, y entonces, dice el ilustre De Maistre (2), cambios más felices ocurren entre las naciones. La sangre de Lucrecia derrocó á los Tarquinos, la sangre de Virginia á los Decenviros. Cuando los partidos pugnan. continúa y alguno de ellos sufre el sacrificio de víctimas preciosas, se puede asegurar que el partido á que ellas pertenecen acabará por triunfar, á pesar de todas las apariencias en contrario. Antes que él nos había dicho el profeta, *que el justo que da su vida en sacrificio verá una larga posteridad* (3), porque *la sangre de los mártires*, agregaba Tertuliano, *es semilla de cristianos.*

He dado el consuelo y voy á recoger la lección. Yo miro en esa muerte una advertencia que hace el cielo á las repúblicas americanas. Cuando en el antiguo Egipto sucumbía un hombre bajo el puñal del asesino, la ley convocaba á todos los ciudadanos para que allí delante del cadáver, todos á su turno, jurasen no haber sido cómplices en el crimen (4). ¡Oh enemigos de la religión y de la Iglesia! oh apóstoles de la moral sin Dios! oh vosotros, los que á cada paso habláis á los pueblos de sus derechos, ocultándoles sus deberes! oh escritores que llamáis verdad al error y virtud al vicio! la América os cita delante de esa tumba ensangrentada: decid, si os atrevéis, que estáis puros de la

(1) I Corintios, XV, 26.

(2) Veladas de S. Petersburgo.

(3) Isaías, LIII, 10.

(4) César Cantú.

sangre de esa víctima. ¡Ojalá que tan horrendo espectáculo os haga sentir el consolador suplicio del remordimiento.

¡Que esa sangre sea, pues, la última que se derrame y que de ella germinen numerosos obreros del bien para el Ecuador y la América toda!

¡Que Dios conceda á la víctima lo que no le pudo dar la patria, eterno galardón; y que reciba complacido nuestras humildes plegarias. El solemne *Requiem* se eleva ya en todas las iglesias del continente en su favor, y nuestras miradas suben empapadas en lágrimas del Ecuador al cielo.

Dulce Jesús, que habéis dicho *que quien en Vos creyere vivirá* (1), premiad la fe, premiad el amor de vuestro servidor, y reconoced delante de vuestro Padre celestial á quien siempre os confesó en la vida como su único Dios y su único Señor. Así sea.

(1) San Juan, VI, 47.



DISCURSO

Pronunciado en la Catedral de Buenos-Aires el 24 de Noviembre de 1895, al imponer el sagrado palio al Rvmo. señor don Uladislao Castellano, Metropolitano de aquella Iglesia.

EXCMO. SEÑOR: (1)

ILLMOS. SEÑORES:

En medio de los afanes que impone el gobierno de las almas, he oído una voz que me llamaba con el acento irresistible del amor fraternal. Era la voz del dignísimo esposo elegido para esta Iglesia viuda, que quería asociar á un hermano ausente á las santas alegrías de su desposorio. Era la voz amiga del ilustre Pastor de este rebaño huérfano, que con una bondad que empeña profundamente mi gratitud, reclamaba mi presencia en el acto solemne de su investidura, para recibir de mis manos humildes la sagrada insignia de la dignidad pastoral.

Obedeciendo á este cariñoso llamamiento, he empuñado alegremente el bordón del viajero y, después de recorrer largas distancias á través de arduas cumbres y dilatados valles, me es muy grato deciros con Samuel: *Ecce ego, quia vocasti me* (2).

(1) General Roca, presidente de la República Argentina.

(2) I Reyes, III, 16.

Héme aquí, pues me habéis llamado. Héme aquí, Illmo. señor, trayéndoos el homenaje de mis votos personales por vuestra felicidad; héme aquí cargado con las bendiciones y fervientes plegarias de mi lejana grey, que desde hoy os ama; héme aquí como portador del estrecho abrazo de fraternidad de la Iglesia de Santiago á esta ilustre y venerable Iglesia de Buenos-Aires.

Y me congratulo, señores, de haber obedecido á este llamamiento, porque me ha sido dado presenciar un espectáculo que llena de dulce complacencia al corazón de un obispo católico: el espectáculo de un gran pueblo que celebra como una fiesta nacional el advenimiento de su nuevo Pastor, agrupándose en torno de su cátedra para atestiguarle sus filiales sentimientos. Yo veo con íntima satisfacción que esta ciudad, hermosa perla del Atlántico, se viste de gala para darle la bienvenida, y que la Iglesia y la Patria, dignamente representadas por sus egregios Pastores, por sus esclarecidos magistrados y por un gran número de ciudadanos de todas las condiciones sociales, se reúnen aquí formando una guirnalda de generosos afectos, que será, Illmo. señor, la corona más hermosa de vuestra frente, á la vez que un argumento incontestable de que vuestra elección ha sido dirigida por la mano invisible de Aquel que vela desde el cielo por los destinos de su Iglesia: *¡Vox populi, vox Dei!*

Este regocijo del clero y pueblo católicos, tiene la más perfecta justificación en los méritos y virtudes del varón eminente que hoy empuña el cayado pastoral. Sus preclaros antecedentes os dan, señores, plena garantía de que no se interrumpirá en sus manos la áurea cadena de beneméritos Pastores que han sido prez y ornamento de la Iglesia bonaerense. Y, si los ilustres Pontífices de esta Sede Metropolitana pudieran levantarse de sus veneradas tumbas, estoy cierto de que se asociarían al júbilo que hoy inunda á los corazones cristianos, porque saben muy bien

que el báculo que soltaron sus manos heladas por la muerte, ha sido recogido por otras que han de darle nuevo y esplendoroso lustre. Bendigamos á Dios, señores, porque concede á la ilustre Iglesia de Buenos-Aires un Pastor digno de ella, ya que los buenos Pastores son un beneficio inestimable con que Dios favorece á las naciones. ¡Cuánto no hicieron Isidoro en España, Carlos Borromeo en Italia, Francisco de Sales en Francia y Toribio Mogrovejo en Sud-América! El ministerio episcopal no sólo es grande á los ojos de la fe por su divina alteza: es grande también á los ojos de la razón y de la historia, porque es fuente fecunda en beneficios para la sociedad.

No necesito recordaros que la sociedad humana se compone de vocaciones diversas que se combinan para producir la felicidad social. El magistrado que dirige al bien común la actividad de los ciudadanos; el sabio que consume la vida en la investigación de la verdad y la difunde en obras inmortales; el obrero que con el esfuerzo silencioso de su brazo fecundiza los campos, desentraña los tesoros de la tierra y labra la piedra y el mármol de los monumentos de la civilización; el marino que tiene el vasto océano por imperio y acerca las distancias llevando á todas las playas los productos de la industria; el soldado que, exponiendo su vida, resguarda el orden público y defiende la honra de la patria: todos contri-buyen por distintos rumbos á la ventura social en conformidad á las desposiciones de la Providencia que, al hacer al hombre sociable, quiere que cada uno sea útil al bien de todos.

Y ¿qué parte de trabajo corresponde al obispo en esta inmensa faena social? ¿Qué puesto le ha sido asignado en el vasto campo de la actividad humana? El obispo es como vosotros, señores, ciudadano de una patria, miembro de una familia, y, como tal, sensible como vosotros á los progresos de la civilización, á la honra de la patria y á los nobles y santos afectos de la sangre. Todo legítimo pro-

greso le interesa, como todo santo amor conmueve su corazón. Pero su misión es mucho más importante que la de procurar á la sociedad el bien material; su puesto está colocado en alturas más elevadas. Su misión es cuidar de la parte más noble del ser humano: es impedir que el alma, que eleva al hombre sobre todos los demás seres, se haga esclava de la materia; es dirigir la actividad humana á la consecución del glorioso destino de las almas inmortales. Desde la altura de su cátedra enseña cada día que el hombre no vive de solo pan y que hay otra patria de eterna dicha. Cuando la civilización moderna conspira al triunfo de la materia, el deber del obispo es repetir á cada instante: *Sursum corda!* á fin de que el alma domine al cuerpo y Dios al hombre.

La historia nos enseña que, cuando el progreso material no avanza en dirección paralela con el progreso moral; que cuando el espíritu abdica su natural soberanía para hacerse esclavo de los sentidos; que cuando el sensualismo ahoga en las almas el imperio de la virtud y destruye la noción del deber, la civilización más avanzada camina á á la decadencia y está proxima á su ruina.

¿Qué civilización ha podido compararse en magnificencia con la que alcanzó la Roma de los Césares, dominadora del universo? Ella empuñaba el cetro de las letras y de las artes; era dueña de las riquezas de cien pueblos atados al carro de sus victorias; el genio romano había construído acueductos, palacios y monumentos que parecían desafiar á los siglos que llevaban impresos el sello de su majestad soberana.

Sin embargo, toda esa magnífica civilización se derrumbó como un edificio en ruinas, porque le faltaban virtudes y le sobraban vicios: cayó, cayó, señores, la reina del universo herida de muerte, y su cadáver, envuelto en púrpura, fué entregado á la voracidad de las hordas de bárbaros, cuyos jefes se apellidaban á sí mismos *el azote de Dios.*

Y ¿qué nos queda de toda esa brillante civilización? Ruinas gigantescas, providencialmente conservadas para que den al mundo entero testimonio de cómo se derrumban las civilizaciones que no tienen por base el orden moral.

Preservar á los pueblos de esta inevitable catástrofe es una de las principales obras del obispo católico. Todo es en él, ó debe ser espiritual. Padre de las almas se llama á sí mismo. y avanza en medio de sus amados hijos diciendo con sus palabras y sus obras á los que sólo se afanan por la prosperidad material: «Acuérdate, cristiano, que eres el rey y no el esclavo de la creación; debes en verdad presidir su desarrollo y multiplicar sus encantos, á condición de que en medio del movimiento de la industria, de las artes y del comercio, la parte divina de tu ser se enseñoree sobre el mundo exterior, cual el Divino Espíritu se enseñoreaba sobre las grandes aguas en los días de la creación; perfecciona al mundo material, pero no olvides que eres de raza divina y que tu patria es la inmortalidad; dirige las naciones hacia mejores destinos sociales, pero sin perder de vista que la virtud es la brújula que lleva á la felicidad; suprime las distancias, cruza los caminos con rieles y telégrafos, que el vapor surque los mares y aplane las montañas, pero cuida que tu alma no quede aplastada bajo el tren de los caminos de hierro; da á tu palabra las alas del viento, pero dejando libre las alas del alma para volar al cielo con sus pensamientos y sus afectos: *Sursum corda*!»

Este es el lenguaje del obispo, y este lenguaje, que recuerda al hombre sus destinos inmortales é impide que el oro del alma se empañe con el lodo de la tierra, no detiene el progreso, sino que lo perfecciona elevándolo al orden moral; no dificulta su marcha, sino que la dirige hacia la consecución del bien social, cuya síntesis es el cumplimiento de todos los deberes y el respeto de todos los dere-

chos. Y, si el verdadero progreso consiste en la ascensión de un bien á otro mayor, no hay progreso comparable con el que se efectúa por medio de la religión, que eleva al hombre de lo natural á lo sobrenatural, de lo humano á lo divino, dé lo terreno á lo celestial. Y por eso, la historia atestigua que todo lo grande y todo lo bello, las ciencias, las artes, las letras, la industria, han encontrado siempre en la Iglesia católica estímulo poderoso y protección decidida. Desde las cumbres del progreso cristiano la Iglesia abre sus brazos y dilata su corazón llamando á su seno á todos los genios, á veces despreciados ó desconocidos del mundo, para darles cariñoso albergue, trabajo honroso y gloria imperecedera. Nó; jamás han podido repetirse en la Iglesia Católica las desesperantes palabras del pagano: «Corromper y ser corrompido, hé ahí el progreso del siglo».

Esta noble misión de salvar las almas la desempeña el obispo derramando en ellas los más ricos dones de Dios, los dones de la gracia, de que es dispensador oficial: *dispensatores mysteriorum Dei* (1). Colocado en la Iglesia por el Espíritu Santo para regirla y gobernarla, es el obispo sucesor de los apóstoles, y por su medio, dice San León, «la Iglesia refluye hacia la Sede de Pedro». Para ser obispo legítimo es necesario que el Vicario de Jesucristo lo asocie al sublime apostolado y lo acerque á su corazón, de donde se comunican la verdad, la fuerza y la vida espiritual. Entonces su obra es fecunda. Porque el Papa es á la vez la cabeza y el corazón de la Iglesia; y así como la sangre, saliendo del corazón, circula por las arterias y venas y derrama el calor y el movimiento por todo nuestro organismo, así también la vida espiritual, emanando del Vicario de Jesucristo, pasa por los pastores y llega hasta los fieles para animar este gran cuerpo moral, á que tenemos la dicha de pertenecer y al que ningún poder humano ha

(1) I Corintios, IV, 1.

podido avasallar. La mano, en apariencia débil, del anciano de Roma, sostiene el universo moral que bambolea; su voz instruye é ilumina al mundo, y sus oráculos son confirmados por el cielo.

De una bellísima porción de este gran reino eres constituído jefe y padre, venerado hermano, y ante el Señor eres representante de todo este gran pueblo. El pontífice reúne en su persona á la multitud. A los ojos de Dios es una persona colectiva; su ser es un ser complejo que contiene, puede decirse, á la universalidad de los seres inteligentes colocados bajo su jurisdicción. Es su apoderado y su abogado: *Pro hominibus constituitur in iis, quae sunt ad Deum* (1). ¡Qué inmensa responsabilidad! ¡Qué dignidad tan augusta! Así. con justicia decía un sabio obispo moderno (2): «¡Cuán formidable presente es el episcopado! La raza de los hijos de Adán no puede subir más en el orden de las cosas divinas. Cuando ha llegado hasta allá, cuando ha sido revestido de este complemento soberano, de la plenitud del sacerdocio, que es el pontificado, sólo divisa como superior á él la humanidad del Verbo hecho carne y la dignidad de la maternidad divina. Del obispo á Jesucristo no hay intermediario humano ni intercesor terrestre, pues que el obispo es en la tierra el mediador establecido, el intercesor supremo entre los hombres y el Hombre-Dios». *Pro hominibus constituitur in iis, quae sunt ad Deum.*

Si todo cristiano se decía en la antigüedad *christianus, alter Christus*, con mucha más razón debe decirse del obispo que es Jesucristo obrando en el hombre y llevando á cabo la obra divina de su santificación: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos* (3). *Qui vos audit, me audit* (4). Ora en

(1) Hebreos, V, 1.
(2) Card. *Pie.*
(3) San Juan, XX, 21.
(4) San Lucas, X, 16

la cátedra de verdad, ora en el tribunal de la misericordia, ora en el altar del sacrificio, es Jesucristo hablando, perdonando, sacrificando, investido de la misma autoridad y cubierto de la misma majestad. Y por eso San Ignacio de Antioquía decía á los fieles de su Iglesia: «Respetad al obispo como á Jesucristo».

Razón, pues, tenéis, señores, para congratularos de tener desde hoy como padre de vuestras almas á un varón formado según el corazón de Dios, que sabrá desempeñar cumplidamente tan sagrados deberes. En él hallaréis la ciencia del maestro, el amor del padre y la energía, templada por la prudencia, del defensor de los derechos de Dios. Centinela del reino de las almas, encargado de responder cada mañana al ángel que vela por esta Iglesia: *custos, quid de nocte?* (1): ¿qué habéis visto en las tinieblas de la noche? El sabrá defenderos y protegeros aun con peligro de su vida, pues el buen pastor da la vida por sus ovejas.

Congratulaos también vos, Reverendísimo Señor, por la distinción altísima con que os ha favorecido el divino Maestro, eligiéndoos como á los apóstoles entre todos los miembros del clero argentino para regir esta ilustre Iglesia. Pesada es le carga que Dios pone hoy sobre vuestros hombros; pues, si es fácil dar rumbo al bajel en el océano, es muy difícil gobernar los libres movimientos de las almas sin ningún género de violencia y haciendo amar la mano que las conduce. Pero vos sabéis que el amor á Dios hace ligera toda carga y dulce todo sacrificio.

Espinas más que flores siembran casi siempre nuestro camino; pero es grato recordar que en el orden moral el sufrimiento es el secreto de las grandes cosas y la fragua en que se modelan los héroes y los santos. Tendréis enemigos, porque los tiene la Iglesia y porque, como representante de Jesucristo, el obispo deberá ser, á semejanza de

---

(1) Isaías, XXI, 11.

su maestro, un signo de contradicción: *signum cui contradicetur* (1). Pero Dios ha puesto en vuestra aljaba dos flechas que han sabido siempre vencer: la caridad y la paciencia. A la guerra del odio injusto responded con la guerra del amor: *Amor jacula valentes reddat* (2).

Además, contáis en vuestro auxilio con el robusto apoyo del ilustre episcopado, y vuestra cátedra resplandece con las luces y virtudes del venerable senado metropolitano, que mirará como propios vuestros trabajos y vuestras penas.

Un clero ilustrado y celoso os rodea, pronto á cumplir vuestras órdenes. Numerosas congregaciones, consagradas á la oración y á la penitencia, á la enseñanza y á la predicación y á remediar todas las necesidades sociales, son otras tantas piedras preciosas que embellecen vuestro trono.

Os deseo ante todo un gobierno de paz y de mucha paz: *Pax multa!* Es éste mi lema y mi ley. Formulé este programa en el día ya lejano de mi consagración y pedí á los míos que, si lograba cumplirlo durante mi vida episcopal, me recompensaran grabándolo sobre la humilde piedra de mi tumba. ¿Qué extraño será entonces que hoy repita el credo de toda mi vida y que, al sentir de vez en cuando con amargura de mi alma rumores alarmantes, alce la voz, aquende y allende los Andes, y pida con todas mis fuerzas una y mil veces, paz y mucha paz: *Pax multa diligentibus legem tuam?*

¿Qué cosa más propia se puede imaginar que el que los ministros del Dios de la paz pidan ardientemente al cielo el don precioso que nos trajo al nacer el divino Salvador? Mas, lo que hoy se llama paz armada no es la paz cantada por los ángeles sobre el portal de Belén, ni la anunciada á los hombres de buena voluntad. La paz armada es la

(1) San Lucas, II, 34.
(2) S. Gregorio.

ruina de las más poderosas naciones en Europa y en América. Ella consume en elementos de destrucción y de muerte los elementos de riqueza que Dios nos ha dado para progreso y vida. Los siglos venideros mirarán con asombro al siglo que ya termina bajar al sepulcro, cubierto de acero y de hierro y escoltado por millones de soldados, como si la guerra hubiera sido la gran preocupación de su vida. Nó; jamás resuene en nuestros valles el clarín guerrero; jamás nuestros campos se vean bañados en sangre de hermanos; jamás piense el mundo que hemos roto los dulces vínculos con que estrechamente nos unen el origen, la fe, el lenguaje y toda nuestra historia patria.

Que se dispersen cuanto antes nuestros ejércitos; que se reduzcan nuestras escuadras; que vuelvan á la agricultura y al trabajo tantos brazos lozanos que reclaman con urgencia la industria y el comercio. Que se empleen en elementos de progreso y bienestar, en templos y hospitales, en colegios y asilos, en caminos y puentes, en ferrocarriles y telégrafos, las ingentes sumas que sin razón, á mi juicio, se invierten en aprestos bélicos.

Todo se conseguirá sin duda reinando entre nosotros la caridad cristiana y observando todos la divina ley, sin olvidar jamás que somos hermanos. Toca, ante todo, á los ministros del Señor el excitar en los pueblos ideas de fraternidad y de paz, inclinándolos á buscar en el terreno de la justicia y del amor la solución tranquila de las dificultades que pudieran suscitarse por intereses de bien poca valía. Empero, si para conseguir la deseada paz exige Dios algún sacrificio; si una vez más se ha de cumplir esa exigencia fatal de la historia, esa ley tremenda de la civilización y del progreso; si es menester sangre, oíd, hermano venerado, oíd el voto más ardiente de mi corazón: estrechamente abrazados al pie del altar, ofrezcámonos hoy ambos como víctimas; que sobre nuestro cuello caiga el

golpe, repitiendo con el anciano Matatías: «¡Morir primero, antes que ver la desolación de nuestro pueblo!»

Mas ¿qué estoy haciendo, señores? Dispensadme. Soy obispo, pero el amor á la patria me entusiasma y me trastorna... Lejos de aquí, ideas lúgubres; no vengáis á enturbiar estos momentos de común felicidad y justísima alegría...

Subid, pontífice augusto, á esa cátedra ilustre que acaba de despojarse del crespón de la viudez para recibiros engalanada como el día de sus más solemnes fiestas. Subid á esa cátedra á que os conducen como de la mano la voluntad de Dios, la designación del pastor de los pastores, la veneración de vuestro clero y el amor del pueblo.

Que vuestro gobierno sea glorioso y que vuestras obras sean eterno monumento de vuestro celo pastoral. Que vuestra mano sea firme, *firmetur manus tua;* que vuestra diestra se alce para bendecir, *et exaltetur dextera tua;* y que la justicia y la sabiduría sean el adorno de vuestra sede episcopal, *justitia et judicium praeparatio sedis tuae* (1). Que se prolongue vuestra vida para felicidad de la grey; y, si nuestras costumbres presentes lo permitieran, resonarían en este instante, como en otro tiempo en Hipona, las aclamaciones en esta augusta asamblea, repitiendo conmigo: *Ad multos annos!* Esta extraordinaria y escogida reunión ¿no es acaso un coro unísono, un grito de amor, un himno, un voto, una aclamación tierna y afectuosa del episcopado, del sacerdocio y del pueblo pidiendo al cielo que conserve por largos años al digno heredero de los Escalantes y Aneyros y que le ofrece con entusiasmo amarle y venerarle como á padre y pastor?

Alcemos, pues, todos nuestras voces al cielo y entonemos con santo júbilo el himno sagrado con que la Iglesia agradece los grandes beneficios: *Te Deum laudamus.*

---

1) Salmo LXXXVIII, 14, 15.

DISCURSO

Sobre la música sagrada, pronunciado en la capilla del Seminario de los Santos Angeles Custodios en la solemne bendición de un nuevo órgano.—(8 de Septiembre de 1896).

Amados jóvenes:

Es antigua costumbre probar á los que se ama, que se les ha recordado en la ausencia, trayéndoles á vuelta de viaje algún objeto útil fabricado en el país que se ha visitado. Deseando pagar tributo á esta costumbre nacional ó familiar, en mi viaje á la República Argentina encargué á una afamada casa establecida en Buenos-Aires, la construcción de un órgano para vuestra capilla, instrumento que hemos venido á estrenar con las preces solemnes de la Iglesia.

La razón por que escogí un órgano, la vais á ver en este breve discurso, dirigido á despertar desde temprano en vosotros entusiasmo por la música sagrada. Y la razón por que preferí su construcción en la Argentina, la adivinaréis fácilmente, si recordáis con cuánta bondad fuimos allí acogidos por el Gobierno, por el clero y por el pueblo. Cuando los seminaristas, pensaba yo, oigan las melodías de este instrumento argentino, han de dirigir al cielo fervientes plegarias por aquella noble nación y me ayudarán á pagar la deuda de gratitud que me abruma: deuda tal, que se apresuró á reconocerla con acentos de singular ter-

nura el Vicario de Jesucristo, alzando sus augustas manos para bendecir desde la altura del Vaticano á las dos Repúblicas, dándoles la paz. Por esto el nuevo órgano se muestra allí orgulloso con los colores nacionales, chilenos y argentinos, entrelazados por la insignia papal.

Además, quise manifestar de algún modo el entusiasmo que me causó el gran progreso industrial de la República Argentina, la que, merced á sabias leyes económicas, está produciendo cuanto ha menester para su vida, en términos que pronto se bastará á sí misma en abundancia, dando á la América un hermoso ejemplo.

Viniendo ahora al asunto principal, empezaré por declararos que, aun cuando reconozco mi ignorancia en el noble arte de la música, encuentro en mi alma amor á esa melodía que se siente en toda la creación: en el aire, en el mar, en el bosque, en las aves, en el movimiento, en todo sonido, como nota sublime de un lejano concierto; música misteriosa que eleva y que conmueve nuestro corazón, aun cuando no sea fácil definirla.

Algo ha de haber de innato en este sublime sentimiento. Shakespeare ha dicho que «quien no siente esa música interior, tiene alma de salvaje». Mas, sería el caso de recordar al célebre poeta inglés que los indígenas del Paraguay fueron atraídos á la civilización por las armonías de la música con que los Jesuítas hacían resonar sus bosques ó alegraban las riberas de sus ríos.

En todo ser creado aquel sentimiento aparece como principio constituyente, pues gobierna Dios el mundo por la armonía. Los siglos, dice San Agustín, pasan delante de Dios, como un grato concierto que nos había de producir éxtasis, si pudiéramos oírlo: *Quae si sentiremus, delectatione ineffabili mulceremur* (1).

Entre estos sonidos ó ritmos musicales, hay unos que

---

(1) Epístola 168.

elevan nuestra alma y otros que halagan los sentidos; unos que llevan á Dios y á la virtud, y otros que excitan las pasiones.

En la naturaleza de las cosas está basada la diferencia entre la música sagrada y la profana. Ante todo, estableceremos con el Padre San León, que en el mundo toda cosa visible puede tener una misión sobrenatural y puede, por lo tanto, revelarnos la inteligencia y el amor de las cosas invisibles. *Quid est per quod veritas nobis non loquitur?* (1). La música, que para los espíritus superficiales es un arte profano, oculta profundos y sublimes misterios. *Creaturae sensibiles significant aliquid sacrum*, agrega el Doctor Angélico (2). Por esto la música ha tenido parte en todos los siglos en las fiestas religiosas, en la antigüedad y en el cristianismo.

Así debe ser, porque ella es una de las más dulces expresiones de la idea religiosa, como de lo verdadero y de lo bello. Los paganos sentían tanta veneración hacia este arte, que Quintiliano colocaba en igual categoría «á los músicos, á los poetas y á los sabios».

Entusiasmado San Agustín, proclamaba que la música era un gran beneficio del cielo para enseñarnos cosas grandes: *Unde musica ad admonitionem magnae rei Dei largitate concessa est* (3). Desde luego parece ser la voz natural de la creación. La naturaleza es un concierto permanente, concierto que el corazón del hombre celebra y que el músico y el poeta interpretan con primor. La música es, pues, el lenguaje inarticulado del universo, un sonido que nada tiene de material, grito sublime de la naturaleza á su Criador, expresión viva y mesurada de los más delicados sentimientos del alma. Según un antiguo y piadoso autor,

---

(1) Sermón I, 186 (*Migne.* Pat. lat. LIV).
(2) Suma Teológica, 2, 2, q. 60, a. 2.
(3) Epístola 166.

«es la lengua de los ángeles» (1); y según otro, «el idioma que hablaba el hombre antes de su pecado, lenguaje que volverá á hablar en el cielo» (2). «Amamos de tal modo el canto, dice San Juan Crisóstomo, que los niños, cuando lloran, se calman al instante que oyen una voz armoniosa, lo que bien saben las nodrizas, y por esto emplean esta ingeniosa estratagema. La misma influencia se nota en los animales privados de razón, y los conductores cantan para suavizar las fatigas de sus corceles. El cultivador, el que recoge la uva en tiempo de la vendimia, todo el que trabaja, ama el canto. El marino acompaña con su voz las cadencias del remo, y las mujeres gustan que el armonioso concierto de su voz acompañe al movimiento de sus manos cuando trabajan».

¿De dónde proviene esta ley general? Es que el alma sabe por un misterioso instinto que la música lo suaviza todo y que el trabajo llegará á ser más fácil con su auxilio. Así, viendo la Iglesia que este amor á la música estaba en el fondo mismo de nuestras entrañas, *hoc genus delectationis nostrae animae valde innatum;* y queriendo detener el mal efecto de la música peligrosa, ha introducido los cánticos sagrados á fin de que el alma encuentre reunidos en ellos el placer y la utilidad: *ut ex ea re simul caperetur voluptas et utilitas* (3). Parece que la religión, conociendo íntimamente nuestra naturaleza, espiara nuestras inclinaciones para darles una legítima satisfacción, y colocara á nuestra vista un puente para llevarnos al cielo.

«Nacida la música sagrada, como todas las virtudes cristianas, de la alianza misteriosa de la verdad y del amor, se expresa en estilo grave y severo, y se presenta como el tipo más elevado del arte. Ella obra sobre el hombre como una enseñanza; inicia su corazón en las grandes

(1) Durando, lib. 5.
(2) Anales de los filósofos cristianos, 1830.
(3) San Juan Crisóstomo, in Ps. 41.

verdades morales, y, dando alas á la oración, transporta el alma á las regiones de lo infinito» (1). El órgano en particular tiene algo de majestuoso, de solemne, de grave, de dulce, de suavemente melancólico, que parece darnos prisa para volar á la patria. Nuestra alma se recoge con el órgano, gime con él, ora dando gritos de dolor, ora en actitud suplicante desaparece como un suspiro que deja la tierra. A veces llora con el *Dies irae*, en que cree oír la voz de la justicia y los gritos de la angustia, ó bien siente agitarse todas las fibras del reconocimiento y de la alegría entonando el *Te Deum*, ó sube al cielo para cantar con los ángeles al Dios tres veces santo.

«¡Oh Dios mío! exclamaba San Agustín (2), ¡cuántas lágrimas me hacía derramar el canto de los himnos y de los salmos, que oía en vuestra Iglesia, y cuál era mi conmoción al escuchar vuestras alabanzas por boca de los fieles! A medida que herían mis oídos aquellas divinas palabras, las verdades que ellas expresaban se insinuaban en mi corazón, y el ardor de los piadosos sentimientos que excitaban, hacía correr de mis ojos un raudal de lágrimas deliciosas, que eran entonces el mayor placer de mi vida».

Tan alto y delicado fin se ha propuesto la religión al introducir la música en sus templos, dirigiéndose á la eternidad en marcha triunfal cantando las divinas alabanzas. Ella ha cantado en todos los siglos. ¿Quién no conoce los cánticos de Moisés y de Débora, de David y de Judit, de Zacarías y de Simeón, de la incomparable Virgen y de los ángeles saludando al Redentor? El Mesías es recibido en Jerusalén en medio del Hosanna entonado por los hijos de los hebreos; Pablo en compañía de Silas hace resonar las bóvedas del calabozo con sus cánticos, y los primeros cristianos se reúnen en las catacumbas para entonar himnos sagrados que la posteridad no ha echado en olvido.

---

(1) Perrin, «Influence des doctrines sur la Musique».

(2) Confesiones, lib. 9.

Los profetas cantaban como han cantado después, a su ejemplo, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús y Rosa de Lima. Francisco de Asís hacía tocar el arpa para trasladarse al cielo, y Toribio de Mogrovejo quiso que su agonía fuera acompañada por cánticos sagrados. Ellos encontraban en la música esa virtud de santificación que Dios le ha dado, como ha dado á las plantas virtud medicinal y á la flor delicioso perfume. «El Espíritu Santo ama la alegría y los cánticos inspirados, como el espíritu de las tinieblas ama la tristeza y los sonidos lúgubres. La alegría predispone á la virtud, y la tristeza á la desesperación» (1).

Traedme acá uno que taña el harpa, decía Eliseo (2); y mientras éste cantaba al son del arpa, la virtud del Señor se hizo sentir sobre Eliseo.

Siempre que asaltaba el mal espíritu á Saúl, cogía David el arpa y tañíala: con lo que Saúl se recreaba y sentía mucho alivio, pues se retiraba de él el espíritu malo (3).

Si resumís, amados jóvenes, todo lo que os he dicho, concluiréis con verdad que la música en el templo tiene la nobilísima misión de elevar nuestra alma al cielo, de purificar y ennoblecer nuestros sentimientos y de hacernos gozar anticipadamente del canto de los ángeles. Esas notas que hacen vibrar los corazones más duros enseñan al hombre que hay sonidos más elevados que los de este mundo, y que nuestra alma es un soplo inmortal en un organismo frágil. Nada encuentro en la vida tan grande como la filosofía cristiana, cuando fija su mirada y su pensamiento sobre las cosas de este mundo para elevarlas dándoles un carácter espiritual, sagrado y divino. ¡Qué diferencia con la tendencia sensualista y humillante que nos asemeja á los irracionales, mirando siempre á la

(1) Cornelio á Lápide.
(2) IV Reyes, III, 15.
(3) I Reyes, XVI, 23.

tierra! y esta tendencia intenta hoy invadirlo todo, hasta el templo de Dios, espíritu purísimo. ¿Quién puede encontrar palabras bastante duras para condenar la profanación que se hace del templo con acentos profanos, con melodías sensuales y con reminiscencias teatrales? ¿Qué sentirá el alma recogida que, por la oración se creía en el cielo hablando con Dios y rodeada de sus ángeles, al verse de repente trasladada por los acordes de la música profana en medio de las escenas del teatro ó de lúbricos bailes?

Para condenar tal crimen no se necesita de la fe, basta y sobra el buen sentido. Yo he oído más de una vez las protestas de almas torturadas por la crueldad de inescrupulosos músicos, que turbaban el arrobamiento celestial. En un día ya lejano, permitidme un recuerdo útil, al terminar unos ejercicios, cuando numerosa y distinguida juventud hacía la última meditación sobre el cielo, rompe de repente la orquesta con un aria que canta una mujer extraviada en cierta ópera, cuyo nombre no recuerdo. Los jóvenes cristianos, tan bárbaramente perturbados, se levantan y en elocuente protesta y con lágrimas me piden les deje continuar en silencio sus plegarias, como fué menester hacerlo.

Y yo sostengo que esto se repite con frecuencia, y que no sólo se permite sino que se paga dinero, y no poco, á los profanadores del templo en las fiestas solemnes, y especialmente en las ceremonias nupciales en nuestros templos.

Deseo, pues, amados jóvenes, que desde temprano adquiráis en el Seminario afición á la música sagrada, para que más tarde hagáis cumplir las leyes de la Iglesia en las parroquias que os fueren confiadas. El órgano obliga en cierto modo á fomentar esta sublime inclinación, pues sus sonidos son por su estructura religiosos y parece que protestaran cuando se intenta forzarlos á modular cantos

profanos. Por su naturaleza es el único instrumento sagrado que tiene pleno derecho para acompañar las divinas alabanzas. Los otros apenas son tolerados, y no todos. Por esto la Iglesia lo bendice y lo autoriza para celebrar la gloria de Dios: *Laudate eum in chordis et organo* (1).

Proseguid pues, Ilustrísimo Señor (2), esta augusta ceremonia que habéis querido solemnizar con vuestra presencia. El Seminario, al veros en sus fiestas, se regocija como hijo amante alrededor de su padre venerado. En verdad que nada puede ni debe amar tanto vuestro corazón como este establecimiento, que os debe su prosperidad y su vida. No sólo os rodean los jóvenes que son esperanza para mañana: están también aquí muchos de vuestros antiguos alumnos, que en el sacerdocio, en la enseñanza, en la magistratura, en el parlamento, en la prensa y en todas las esferas sociales, honran al Seminario y que han venido á recordar hoy aquellos días felices que animabais con vuestra palabra y enriquecíais con vuestros ejemplos. Alzad, pues, vuestras manos de pontífice, para bendecir con las preces de la Iglesia ese instrumento que debe acompañar noche y día las santas alabanzas, y pedid al divino Maestro que estos amados niños, encontrando en el Señor su contento, repitan con el Profeta con toda verdad el *Cor meum et caro mea exsultaverunt in Deum vivum* (3); y que «llenos de júbilo en la tierra, entonando cánticos espirituales, merezcamos llegar á los goces eternos del cielo» (4).

---

(1) Salmo CL, 4.

(2) El Illmo. señor Arzobispo titular de Anazarba, doctor don Joaquín Larraín Gandarillas, oficiante en la ceremonia.

(3) Salmo LXXXIII, 3.

4) Ritual Romano, Bened. Org.



DISCURSO

Pronunciado en la bendición del lago de Peñuelas,
el 27 de Enero de 1901 (1).

Excmo. señor, (2) señores:

Accediendo á una honrosa invitación, vengo como obispo católico á implorar las bendiciones del cielo sobre estas puras aguas que han de dar la salud y la vida á este gran pueblo, y á regocijarme como chileno de esta obra de colosal progreso que engrandece el nombre de la patria.

Nada más natural ni más grato que en un pueblo católico se asocie la religión á las grandes obras del progreso humano, porque ella tiene la virtud de santificar y de ennoblecer todo lo que toca con su mano divina y de hacerlas prosperar y perpetuarse con las bendiciones que alcanza de aquel Señor Omnipotente que con su palabra

(1) El lago de Peñuelas con todos sus adherentes es una obra colosal y digna de romanos, trabajada para surtir de agua potable á toda la ciudad de Valparaíso y poblaciones circunvecinas. La hoya hidrográfica del lago mide 9,995 hectáreas de superficie, con 53 kilómetros de circunferencia, y puede contener hasta 95.000,000 de metros cúbicos de agua, que, divididos entre todos los habitantes, dan una proporción de 600 litros por persona. Toda la obra cuesta á la nacióo más de 7.000,000 de pesos.

(2) El señor Presidente de la República, D. Federico Errázuriz E.

soberana tendió un día el manto de los cielos y abrió la urna anchurosa de los mares.

La religión aplaude los triunfos del progreso y jamás ha sido insensible al acrecentamiento del bienestar humano.

Ella sabe que Dios ha constituído al hombre rey del universo y es su voluntad que aproveche los dones con que le regala su Providencia bienhechora; pues, como decía un célebre apologista (1), «parece que Dios ha querido dejar incompleta la obra de la naturaleza á fin de que el hombre le dé una segunda forma por medio de las artes, de la industria, de las ciencias y del comercio». Y en esta economía providencial, yo no sé qué admirar más: si la bondad del Criador, tan soberanamente generosa en sus concesiones á la naturaleza humana, ó la grandeza y el poder del hombre para ejecutar tan grandes maravillas en esta tierra que le ha sido entregada como vasallo».

Pero este señorío sobre el universo no le ha sido dado sin condición, se le ha dado á condición de que el hombre no desconozca el dominio soberano de Dios y que en todas sus obras le rinda el homenaje del amor y de la gratitud que como criatura debe á su Criador.

En cumplimiento de altísimo deber yo levanto mi voz en presencia de una de las obras más grandes que ha llevado á término la República, para bendecir al autor de todo bien, que provee con infinita liberalidad á las necesidades de nuestra existencia terrenal.

Nada falta en este magnífico palacio que ha sido dado al hombre por morada; nada falta para el contento y deleite de la humanidad en este suntuoso banquete de la creación.

Aquí veis, entre tantos otros dones ese precioso elemento sin el cual se extinguiría toda vida en el mundo, la vida vegetal, la vida animal y la vida humana. A la voz del Cria-

---

(1) Tertuliano, De Anima.

dor, se separó un día de los demás elementos y desde entonces lo vemos en todas partes en una abundancia correspondiente á su necesidad. El agua circula por las arterias de la tierra como la sangre en las venas del organismo humano. Corre en todos direcciones en forma de arroyos, torrentes y ríos caudalosos que bajan de las colinas y de las altas montañas. La encontramos en pequeños y grandes depósitos, en la fuente que sale de las rocas, en las cisternas que recogen el agua de las lluvias, en el lago de mansas olas y en el vasto océano. El sol la hace subir en vapores imperceptibles, pero las nubes la devuelven en forma de lluvia y la atmósfera en perlas de rocío.

Al contacto del agua, la tierra parece saltar de gozo; los gérmenes despiertan, el valle se cubre de verdura, las flores abren sus cálices perfumados y los árboles alzan alegre su verde follaje y engendran variados frutos. Por donde ella pasa renace la frescura y brota el oasis en el desierto y todos los seres vivientes se regocijan porque pueden apagar su sed en las límpidas corrientes. Al contrario, donde el agua falta, todo languidece y muere; el desierto extiende tristemente sus áridas llanuras, y la roca levanta melancólicamente al cielo su frente desnuda.

A más de estas propiedades naturales del agua, el alma cristiana divisa en ella las dotes sobrenaturales con que ha sido ennoblecida por el Redentor del mundo. «Sobre el agua, dice un Padre de la Iglesia (1), era llevado el espíritu de Dios en el principio para fecundarla. Este nobilísimo elemento purificó á la tierra manchada por el crimen, á fin de que la figura del bautismo apareciera antes que la realidad del sacramento regenerador. ¡Oh noble substancia! tú das una segunda vida á los mortales: eres el principio de las cosas naturales, pues has precedido á la creación de los seis días, y eres también su término,

(1) S. Ambrosio.

porque nos introduces en la esfera de los fenómenos sobrenaturales; ó más bien, por el poder omnipotente de Dios, tus atributos como nuestros destinos no tienen límites. Tú sanas al cuerpo enfermo, tú borras toda mancha, y alegras al universo en los siglos. Cuando el pueblo hebreo huía de sus perseguidores, tú tomaste la dureza del cristal para darles libre pase, y, recuperando después la fluidez que te es propia, sepultaste en las ondas á los fieros hijos del Nilo. Los apóstoles y los profetas reciben de ti el nombre de nubes del cielo y sal de la tierra, y el mismo Salvador divino es llamado fuente de la vida y agua que salta hasta la vida eterna. Tú eres el alma de todos los elementos; pues, si se analiza el cielo, el aire, la tierra y el mar, se te encuentra en todas partes como principio de vida. Al golpe de la varilla profética brotaste de la roca misteriosa, así como manaste del costado del Salvador al contacto de la lanza del verdugo. Sí, por ti empiezan y por ti terminan los misterios todos». Este elemento esencial de toda vida es, pues, en manos de la religión, símbolo precioso de la gracia, que desciende como limpio raudal de las alturas del cielo para vivificar nuestras almas y formar en nosotros el ser sobrenatural.

Ved, pues, señores, con cuánta razón debemos bendecir á la Providencia que nos ha favorecido con este elemento indispensable para el bienestar de la vida. Ved también con cuánta razón debemos regocijarnos al pensar que esta fuente de puras aguas ha de traer la salud y el bienestar á los moradores de Valparaíso, hermosa perla del Pacífico y rico emporio de comercio, donde afluyen á millares las naves que nos traen los productos de otras zonas y las industrias de otros pueblos. Ved cuánto puede la mano del hombre para aprovechar los dones de Dios. La obra gigantesca de Peñuelas será perpetuo testimonio del celo inteligente y de la solicitud bienhechora del Supremo Gobierno y de sus iniciadores y ejecutores, cuyos nombres

sabrá conservar siempre el pueblo, honrándolos cual merecen.

Os ha cabido, Excmo. señor Presidente, la gloria de terminar esta hermosa obra, que será la vida y salvación de Valparaíso.

Al felicitaros cordialmente por ello, permitidme agregar que vuestros conciudadanos esperan con confianza que otra obra análoga á ésta, y que será la vida y salvación de Santiago, quede también ligada á vuestro nombre y asegurada antes de terminar vuestro laborioso gobierno.

Por fin, yo me siento orgulloso al pensar que esta gran obra de Peñuelas ha sido concebida y realizada hasta su feliz término por un hijo de Valparaíso con perseverancia y competencia admirables (1).

Recuerdo haber visto, hace más de treinta años, al digno ingeniero ofrecer este rico venero á los ediles de este puerto, sin recibir su respuesta más que tristes decepciones. Yo entonces pensaba en Colón cuando no hallaba quien quisiera aceptar un mundo que ofrecía. En estos instantes mi buen amigo debe sentirse satisfecho al ver realizada una obra que tantos bienes traerá á sus conciudadanos. La posteridad sabrá otorgarle cumplida justicia.

Este agradecimiento corresponderá ciertamente á la magnitud del beneficio, uno de los más grandes que pueda recibir un pueblo. Porque ¿de qué sirven los grandes palacios, los soberbios monumentos públicos, las fábricas magníficas en que la mano de la industria transforma la materia, si falta este elemento de vida, si el pueblo carece del agua suficiente para apagar su sed y satisfacer tantas premiosas necesidades?

¡Quiera Dios que jamás se agoten estas aguas bienhechoras, que nunca pierdan su virtud saludable, que conserven inalterables su transparencia y su pureza, á fin de

(1) El ingeniero don Jorge Lyon.

que en todo tiempo puedan las autoridades de Valparaíso repetir sin temor la invitación que hacía el profeta al pueblo de Israel: «Todos los que tenéis sed, venid á beber de estas aguas.» *Omnes sitientes, venite ad aquas!* (1).

(1) Isaías, LV. 1,



INDICE

Illmo. Sr. D. Rafael V. Valdivieso

Mons. Ignacio Víctor Eyzaguirre

Don Juan B. Ugarte

Illmo. Sr. D. Joaquín Larraín G.

Illmo. Sr. D. José Hipólito Salas

Don Francisco de P. Taforó

Don Blas Cañas

Don José Ramón Saavedra

Don Vicente S. Chaparro

Don Alejandro Echeverría

Don Francisco Bello

Illmo. D. Fr. Juan A. Lucero

Fr. Benjamín Rencoret

Fr. Salvador Angel Aliaga

Don Esteban Muñoz Donoso

Don Salvador Donoso

Don Carlos Cruzat

Illmo. Sr. D. José Manuel Orrego

Illmo. y Rmo. Sr. D. Mariano Casanova